

## Capítulo I

### Diamantes para el hombre nuevo

El cubano es un pueblo condenado a observar cómo otros cuentan su historia reciente. Poco importa si el tema es la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, la Crisis de Octubre, la muerte del “Che” Guevara o la guerra en Angola; en cada uno de ellos nos espera una lista de expertos extranjeros y de instituciones que yacen en las antípodas de nuestra cultura.

Cada vez que leo a alguno de esos sabedores de la historia de Cuba no puedo evitar el recuerdo de una frase de Isaiah Berlin en su ensayo *Las ciencias y las humanidades*: “¿Qué saben hoy los grandes estudiosos de Roma que no fuera del conocimiento de la criada de Cicerón? ¿Qué pueden añadir esos señores al acervo de esa muchacha?”<sup>2</sup>

Por razones familiares crecí en una casa que, si bien nunca llegó a ser tan importante como la de Cicerón, sí fue un sitio de visita y tertulia por el que pasaron muchas de las ideas, y algunas de las personas, que conformaron la historia reciente de Cuba.

Soy hijo de dos militantes del viejo Partido Comunista de Cuba (PCC). Mi padre, César Antonio Gómez Pérez de Medina, fue desde inicios de 1957 hasta enero de 1959, el secretario general de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana; una institución que por su importancia estratégica era considerada por el PCC como la séptima provincia de Cuba.<sup>3</sup> Mi madre, Thais Orquídea Aguilera Baqués, fue una de las pocas personas capaces de mostrar una doble militancia al triunfo de la revolución: en las células de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio (M26-7) y en la Juventud Comunista.

El comentario sobre la valentía física de mi madre fue lo primero que me acostumbré a escuchar cada vez que alguien, amigo o enemigo, me reconocía como hijo de ella. A pesar de esos elogios, ella siempre tuvo a bien reconocer que llegó viva al 1 de enero de 1959 gracias a la astucia conspirativa de mi padre. Creo que fue esa combinación de belleza y coraje físico, por el lado materno, y astucia e ideología, por el paterno, la que hizo de mi casa un sitio tan atractivo para el paso de los más disímiles personajes de la historia reciente de Cuba.

Llegaban, pedían café y se lanzaban a despachar sobre los temas más candentes de una política que creían conocer al dedillo. Los niños podíamos asistir, siempre que nos mantuviéramos callados. Y así crecimos, entre ideas y análisis que no solo estaban mucho más allá de los que expresaban las páginas del periódico *Granma*, sino que permitían entender una buena parte de lo que ese libelo insinuaba entrelíneas. Fue escuchando aquellas tertulias, o recordándolas después —gracias a mi hermana mayor y a mis tíos—, que pude descubrir algo que todavía hoy, cuando leo a la mayoría de los *cubanólogos*, me hace preguntarme si están hablando del país donde nació.

La inmensa mayoría de esos expertos describen la historia de la revolución cubana a partir de la figura de Fidel Castro y analizan esa historia como una cadena de hechos que se consideran aislados. Esas dos limitaciones son imprescindibles para crear el legado histórico que el castrismo pretende dejarle al mundo. Un cuento de hadas que reza más o menos así: un líder carismático y nacionalista desató una revuelta agraria, engañó a la alta burguesía y a los estadounidenses, derrotó militarmente al ejército regular de Batista, tomó el poder y se lo entregó, por razones de sobrevivencia económica, a unos viejitos comunistas y cobardes que siempre le estuvieron eternamente agradecidos.

La versión que yo crecí escuchando siempre incluyó esa mitología de profetas barbados y aguas partidas, pero le añadió un nivel de complejidad mucho más cercano a la realidad. Es una narrativa que parte de reconocer que a partir del año 1925 no hay un solo evento de la historia de Cuba —incluida la guerra de Angola— que pueda ser explicado sin tener en cuenta a la organización política más importante del país. Me refiero al viejo Partido Comunista de Cuba, a la organización fundada en 1925 y que en 1944 —siguiendo las órdenes de Stalin— cambió su nombre por el de Partido Socialista Popular.<sup>4</sup>

Al mismo tiempo, durante esas décadas de la historia de Cuba no existe una sola figura política cuyas acciones puedan ser explicadas sin tener en cuenta la relación de esa persona —directa o indirecta, a favor o en contra, de pertenencia o rechazo— con el PCC. Por último —y para llevar la complejidad histórica hasta niveles de molestia física—, cualquier análisis de la relación de una persona con el PCC tiene que ser hecho sobre la base de saber, o al menos imaginar, con cuál de los anillos o niveles de esa organización se relacionó esa persona.

Desde su origen el PCC fue una organización con un carácter dual o heterogéneo. Ante las masas y muchos de sus militantes siempre se presentó como un partido político cuyo objetivo principal era la defensa de los derechos de los trabajadores cubanos. Para un grupo muy reducido de militantes, a los que yo denomino Núcleo Central de Inteligencia Soviética (NCIS), la verdadera esencia del Partido siempre fue la defensa de los intereses de la URSS y, eventualmente, el acatamiento de las órdenes de

Stalin.

La estructura organizativa del PCC puede ser descrita —a grandes rasgos— con los siguientes anillos o niveles piramidales:

1. Núcleo Central de Inteligencia Soviética
2. Aparato de Inteligencia y espionaje del PCC
3. Comisión militar
4. Organización clandestina del PCC
5. Partido político en el sentido tradicional de las democracias burguesas
6. Organizaciones de base del Partido
7. Organizaciones sindicales
8. Trama empresarial y financiera
9. Organizaciones sociales

Es ahí, en esa madeja de niveles, círculos concéntricos, puentes y pasillos truncados donde se pierden muchos *cubanólogos* y donde otros aprovechan para reforzar el Castro-centrismo. La ignorancia de esa estructura tan compleja es la que permite equiparar a cuadros del ala política de la organización, como Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez o Lionel Soto, con cuadros que, como Fabio Grobart, Flavio Bravo o Isidoro Malmierca, siempre trabajaron para el NCIS. Esa homogenización a ultranza empobrece la historia del PCC y esconde muchos de los conflictos que la caracterizaron.

En varios momentos de su evolución, el PCC mostró contradicciones muy fuertes entre la proyección política de la organización y las decisiones que esta tenía que tomar para mantener su esencia prosoviética y estalinista. Como veremos a lo largo de este libro hay tres eventos de esa historia que, cuando se analizan desde la perspectiva de una organización política, pueden ser reconocidos como errores garrafales. Estos son: la expulsión de Julio Antonio Mella del PCC, en 1926; la negociación con el tirano Gerardo Machado durante la huelga general de 1933; y la alianza con Fulgencio Batista, en 1938.

Esas pifias políticas adquieren otra dimensión cuando se ven como triunfos de la línea de Moscú; o sea, como verdaderos aciertos de ese reducido grupo de hombres y mujeres que se encargaron de lograr que esa línea siempre se impusiera. Para garantizar esos triunfos, el NCIS tuvo que cumplir tres tareas fundamentales: 1) *Controlar* al PCC de una forma férrea. 2) *Utilizar* al PCC para *proteger* al NCIS. 3) Lograr que el PCC fuera algo más que una organización política y se convirtiera en un aparato de Inteligencia capaz de *penetrar* a la sociedad burguesa. Los tres verbos serían, entonces, *controlar*, *proteger* y *penetrar*.

Cuando se analizan los tres famosos errores desde esa perspectiva se puede ver que la expulsión de Mella encaja muy bien con el deseo de evitar que el control de la organización cayera en manos de un cubano valiente, carismático, inteligente y librepensador. De forma similar, la negociación con Gerardo Machado indica en el sentido de proteger al NCIS de los efectos devastadores que una intervención estadounidense podría haber tenido sobre el entonces frágil aparato clandestino del Partido. En cuanto a la alianza con Batista, es evidente que esta, además de tener su origen en la coalición entre Roosevelt, Stalin y Churchill, sirvió para que el NCIS penetrara a la sociedad cubana de una forma hasta ese momento inimaginable.

Como consecuencia de la tensión constante entre esas dos alas del Partido se generó, a principio de los años 50, una situación muy particular. Por un lado, el PCC sufrió un nivel tan alto de desprestigio político que su militancia se vio muy reducida y rechazada. Por el otro, sin embargo, la organización contaba con un aparato clandestino y de Inteligencia que, después de dos décadas y media de un riguroso e implacable trabajo de penetración, había logrado posicionar a sus agentes dentro de todos los niveles de la vida social, política, económica, militar y represiva del país.

Los comunistas estaban tan desprestigiados que no podían llegar al poder a cara descubierta, pero sí podían buscar a un candidato que se beneficiara de forma indirecta y, sin dejar muchos rastros, de una militancia relativamente pequeña pero muy disciplinada, de un aparato de Inteligencia muy eficiente, de grandes recursos económicos, de fuertes conexiones con el comunismo internacional, de cierto nivel de control sobre el movimiento obrero cubano, de cuadros con años de lucha clandestina y experiencia militar, así como de una organización con ramificaciones dentro de los Estados Unidos y, más importante aún, dentro de la Unión Soviética y el Campo Socialista.

Ese candidato fue Fidel Castro.

Fue ese pequeño núcleo de comunistas el que asesoró y protegió a los hermanos Castro desde finales de los años 40. Fueron esos cuadros los que prepararon la implosión o *desmerengamiento* de la tiranía de Fulgencio Batista. Fueron ellos quienes hicieron posible el triunfo tan rápido e inexplicable de la revolución castrista y guiaron, desde el mismo inicio de ese triunfo, la también rápida e inexplicable alianza del castrismo con la Unión Soviética.

Fueron ellos quienes catalizaron el enfrentamiento temprano y absurdo con los Estados Unidos,

hicieron posible las primeras derrotas de la llamada contrarrevolución, protegieron la vida de Fidel Castro y garantizaron, de una forma todavía inexplicable para los *cubanólogos*, el fracaso de casi todas las acciones de la CIA contra el castrismo. Además de eso se encargaron de profundizar la dependencia cubana del petróleo de Moscú, el uso de Cuba como punta de lanza de la geopolítica soviética, la ayuda de Cuba a los llamados movimientos de liberación nacional y, eventualmente, la participación cubana en la guerra de Angola. En todos y cada uno de esos eventos de la revolución cubana estuvieron involucrados los antiguos miembros del NCIS del PCC.

¿Quiénes fueron esos militantes? ¿Cómo fueron escogidos? ¿Quién los escogió? ¿Dónde se formaron? ¿Por qué nunca han sido reconocidos como tales? Las respuestas a esas preguntas serán el objetivo de este libro. Para empezar, entre los viejos comunistas cubanos esos militantes eran identificados bajo el nombre genérico de *la gente de Fabio*, por Fabio Grobart, un militante polaco de origen judío que llegó a Cuba en 1924 enviado por el Comintern y que en 1925 fue uno de los fundadores del PCC.

Desde su llegada a Cuba, Grobart empezó a trabajar en la creación de un grupo de cuadros muy bien escogidos que se encargarían de las labores clandestinas del PCC. Muchos de los miembros de esa primera hornada todavía hoy no han sido identificados, aunque sí se sabe que contó con militantes comunistas como Pinjos Moiseevich Meshkop, Noske Yalob, Jacobo Hurwitz, Ángel Ramón Ruiz Cortés, Jaime Novomodni, Ramón Nicolau, Marcelino Menéndez, Juan Blanco Grandío, Pedro Piñeiro y Secundino Guerra, entre otros. De todos ellos, y de los que se mencionarán a continuación, se hablará de una forma u otra a lo largo de este libro.

En 1928, una vez controlado el vendaval de Julio Antonio Mella, Grobart pudo al fin pasar a dirigir la Liga Juvenil Comunista, un salto que le permitió establecer un proceso de selección mucho más riguroso y del que salieron los cuadros que conformarían la segunda generación de hombres del NCIS. Entre esos militantes destacan Manuel Porto Dapena, Mariano Faget, Gervasio Rieumont, Víctor Pina Cardoso, Ella Sunshine, Osvaldo Sánchez Cabrera, Mario Morales Mesa, etcétera.

En 1936, después del nombramiento en 1934 de un secretario general tan dócil y discreto como Blas Roca, Grobart pasó a desempeñar el cargo de secretario de organización del Buró Nacional del PCC, responsabilidad que tuvo hasta el triunfo de la revolución cubana. Eso no significó que abandonara su trabajo de identificación, selección y reclutamiento de militantes jóvenes para el aparato de Inteligencia del Partido. Todo lo contrario, aquellos fueron los años del llamado “frente amplio”, de la alianza entre Roosevelt, Stalin y Churchill, de la disolución de la Liga Juvenil Comunista y la creación de organizaciones pantallas, como la Hermandad de Jóvenes Cubanos, que sin dejar de ser controladas por el Partido aspiraron a tener una fachada más inocua.

Al frente de la Hermandad de Jóvenes Cubanos estuvo Osvaldo Sánchez Cabrera, el hombre que se encargaría de la selección y los primeros entrenamientos del militante que eventualmente estaría llamado a convertirse en el delfín de Grobart, en el seleccionador de la tercera hornada de los hombres de Fabio, en el arquitecto de la llamada Generación del Centenario y en el manejador de los vínculos tempranos y profundos que Fidel Castro siempre tuvo con los comunistas cubanos: Flavio Bravo Pardo. El líder discreto e indiscutible de un grupo de militantes como Jorge Risquet, Joel Domenech, Isidoro Malmierca, Antonio “Ñico” López, Emilio Aragonés, Pablo Ribalta y Raúl Castro, entre otros.

La inmensa mayoría de esos hombres y mujeres, con la sola excepción de Raúl Castro, han recibido un tratamiento histórico marginal y en ocasiones nulo. Justo es decir que la explicación de ese tratamiento radica en el hecho de que casi todos fueron cuadros profundamente clandestinos, personas acostumbradas a trabajar desde las sombras, militantes seleccionados y entrenados para despreciar cualquier tipo de protagonismo y que a lo largo de sus extensas carreras políticas se acogieron a un principio básico: mientras el proceso fuera en el camino deseado —prosoviético, estalinista y antiestadounidense—, a ellos bien poco les importaba quién se llevara la gloria. Y si esa supuesta gloria caía sobre los hombros de alguien que les recordaba a su adorado Stalin, pues mejor.

La pregunta inevitable es: ¿por qué fue enviado a Cuba Fabio Grobart? Para responderla hay que recordar que, durante la involución del comunismo soviético desde Marx hasta Stalin, muchos en la URSS coincidieron en la necesidad de diseminar la Revolución de Octubre y crear, para esos efectos, una organización internacional. Así surgió, en el año 1919, la llamada Tercera Internacional, un aparato de trabajo político, clandestino y de Inteligencia encaminado a la creación y al control de una confederación de partidos comunistas extranjeros que respondieran, con absoluta lealtad, a los intereses del comunismo soviético y, eventualmente, del estalinismo.

Fabio Grobart fue el cuadro que esa organización envió a Cuba y fue, por tanto, el arquitecto del aparato que eventualmente haría posible que Fidel Castro triunfara donde antes habían fracasado hombres de la talla de Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras o José Antonio Echeverría.<sup>5</sup> Esa misión de Fabio tuvo dos razones fundamentales: la primera es evidente y tiene que ver con la importancia geopolítica de Cuba, ya fuera por su posición geográfica privilegiada o por su cercanía a los Estados

Unidos. La segunda, sin embargo, estuvo escondida durante varias décadas y tiene que ver con el hecho de que ya desde 1919 el Comintern había fracasado en su intento de crear una sucursal en Cuba. Durante décadas, la propaganda del PCC se llenó la boca para decir que el primer partido comunista de Cuba fue el que se fundó en agosto de 1925. Hoy los archivos muestran que en fecha tan temprana como diciembre de 1919 fue fundada en La Habana, bajo los auspicios de un enviado directo del país de los Soviets, la llamada Sección Comunista de Cuba. Una sucursal del Comintern que surgió a partir del encuentro entre el estadounidense Charles Shipman y Marcelo Salinas, un cubano con una larga historia dentro del movimiento sindical de aquellos años. Un encuentro cuyo origen se remonta a los primeros años de la Revolución de Octubre.

Unas semanas después de fundada la Tercera Internacional, Lenin nombró a Mijaíl Gruzenberg como representante secreto de esa organización en Latinoamérica y como cónsul general en México.<sup>6</sup> Gruzenberg, que es conocido por los historiadores del Comintern como Mijaíl Borodin, fue un comunista bielorruso de origen judío que tuvo una gran amistad con Lenin. En 1906 emigró hacia los Estados Unidos, adoptó la nacionalidad estadounidense, vivió en Chicago, estudió en la universidad, fue profesor de una escuela para inmigrantes, hizo algunos trabajos para la Fundación Carnegie y tuvo dos hijos. Durante esos años se vinculó al Partido Socialista de los Estados Unidos con el pseudónimo de “Berg”.

Once años después regresó a Rusia para ponerse bajo las órdenes directas de Lenin y fue enviado a México.<sup>7</sup> Para lograr el financiamiento de esa aventura Lenin ordenó que Borodin recibiera un grupo de diamantes de la antigua colección de los zares. Así empezó una historia llena de sorpresas y fracasos que llevarían al primer contacto de los radicales cubanos con la Tercera Internacional, y al surgimiento de la primera organización comunista de Cuba.

Una vez recibidos los diamantes, Borodin escondió algunos en el dobladillo de su abrigo y el resto los puso en el doble fondo de un maletín de cuero diseñado para esos menesteres. En algún momento, ya durante la travesía en el Atlántico y sospechando que había sido detectado, logró convencer a un pasajero holandés que iba en camino hacia Haití —llamado Henrik Luders—, para que se hiciera cargo del maletín, pero sin decirle que iba cargado con diamantes.<sup>8</sup>

Al llegar a Nueva York sus sospechas fueron confirmadas. El agente federal Jakob Spolansky lo detuvo para interrogarlo. Después lo dejó permanecer quince días en territorio estadounidense, pero con la condición de que reportara diariamente por teléfono.<sup>9</sup> Borodin visitó a su familia en Chicago y les hizo saber a sus contactos de la decisión tomada con respecto a los diamantes, además les solicitó un traductor-asistente que hablara español. Sus camaradas del Partido Socialista de los Estados Unidos le recomendaron a un radical llamado Rafael Mallen.

Al llegar a México, Borodin inició sus exploraciones diplomáticas y sus contactos clandestinos. Enseguida logró reclutar a Charles Shipman, un objetor de conciencia que se había negado a entrar en el ejército estadounidense —para no combatir en la Primera Guerra Mundial— y había tenido que salir huyendo de los Estados Unidos. En sus memorias, Shipman describe a Borodin como un hombre capaz de empezar una conversación sobre ping-pong y al poco rato tener a su interlocutor jurando que estaba dispuesto a matar a alguien.<sup>10</sup> En noviembre de 1919, ya establecido cierto nivel de confiabilidad, Borodin le pidió a Shipman que lo ayudara en una misión muy sensible.

Unas semanas antes el soviético había enviado a Mallen a Haití con la encomienda de recuperar el maletín con los diamantes. Y esas eran las santas horas que no tenía noticias de su enviado. El maletín, explicó, contenía unos planos que eran de vital importancia para su misión en Latinoamérica. Como no existía comunicación directa entre México y Haití, el viaje de Mallen, asumiendo que lo hubiera hecho, había tenido que pasar por La Habana antes de seguir camino hacia Puerto Príncipe. La misión de Shipman era agenciarse un pasaporte mexicano, repetir el periplo y regresar a México con los planos y con Mallen. La logística consistió en dinero para los pasajes y para el nuevo pasaporte (bajo el nombre de Jesús Ramírez), además de un revólver.

Shipman llegó a La Habana y no pudo encontrar a Mallen, pero en Puerto Príncipe sí pudo encontrar a Henrik Luders. El holandés le devolvió el maletín y lo botó de su casa gritando que poco había faltado para que el favorcito le costara varios años de cárcel en los Estados Unidos. En lo que a Shipman respectaba, la misión había sido un éxito, los planos estaban a salvo y ya podía regresar.

Cuando pasó por La Habana en camino hacia México decidió chequear por última vez la lista de los pasajeros que esperaban el buque hacia Nueva York. Grande fue su asombro cuando vio entre los nombres el de Rafael Mallen. Y decidió esperarlo junto a la rampa de embarque, y le dijo que en México lo estaban buscando y se lo llevó a punta de pistola para un hotel. Antes de embarcar hacia Veracruz envió un telegrama anunciando su llegada.

Fue recibido como un héroe en la estación de trenes de la ciudad de México. Borodin lo invitó a una comida de lujo en casa de un amigo y, no más llegando, se metió en una habitación con el maletín. Cuenta Shipman que lo que salió de esa habitación fue un león rugiente. Un agente bolchevique

preguntando a gritos dónde estaban los diamantes mientras agarraba a Mallen, lo metía en la habitación y lo menos que le gritaba era que lo iba a raptar hacia Rusia para allá torturarlo hasta que dijera dónde estaban las piedras. Mallen confesó haber tenido miedo después de su encuentro con Luders en Haití y por eso decidió regresar a los Estados Unidos sin decir nada, pero juró no haber visto nunca esos diamantes.

Esa aventura hizo posible que Charles Shipman conociera La Habana y la visitara dos veces antes de regresar a México. Esas visitas sirvieron de antesala para una tercera que sería clave en el origen de la primera sucursal del Comintern en Cuba. A inicios de diciembre de 1919 Borodin se embarcó de regreso a Rusia. Como ya había perdido la confianza en Mallen, y ya Shipman tenía un pasaporte mexicano, decidió que el estadounidense lo acompañara hasta España y después siguiera por su cuenta hacia Moscú.

La primera escala del viaje fue en el puerto de La Habana. A Borodin no lo dejaron desembarcar, pero a Shipman sí. Y bajó el estadounidense a tierra y unas horas después regresó con la grata noticia de haber creado la primera organización comunista de Cuba. Una célula nacida al calor de su encuentro con Marcelo Salinas, un anarquista cubano al que contactó en cuanto bajó del buque.

A la conversación entre Salinas y Shipman se sumaron otros cubanos —entre los que estaba Antonio Penichet—, quienes, al rato de intercambiar ideas con el emisario de Borodin, decidieron crear el Comité Ejecutivo Provisional de la Sección Comunista de Cuba. Una organización cuyo primer acuerdo fue nombrar a Salinas como secretario general. El segundo fue escribir una carta, enviada el 6 de diciembre de 1919, solicitando la admisión de los comunistas cubanos en la Tercera Internacional y expresando sus deseos de afiliarse, sin compromisos, a la organización creada por Lenin.<sup>11</sup>

Nunca fueron aceptados como miembros plenos. Las razones de ese desencuentro son varias. Por un lado, los bolcheviques y los anarquistas rusos siempre se miraron con recelo desde el inicio, y con marcada hostilidad después. En la medida en que a Cuba empezaron a llegar las noticias de la represión de los anarquistas por los bolcheviques, Salinas se fue distanciando del comunismo soviético. Poco a poco fue pasando del fervor de una esperanza a la desilusión de una cruda realidad. Para el Comintern fue un rotundo fracaso ese primer intento de poner una sucursal en Cuba.

Salinas es una de esas figuras de la historia cubana que son casi desconocidas y no por ello menos extraordinarias. No alcanza el espacio de este libro para describir su vida política y literaria. Baste decir que al momento de su encuentro con Charles Shipman ya Salinas tenía una larga historia de lucha sindical, una gran experiencia como organizador de huelgas y protestas, una probada capacidad como escritor y una larga lista de acciones en defensa de la Revolución de Octubre. Esos méritos fueron reconocidos por el propio Shipman en su informe al Comintern, en el que dice, entre otras cosas, que Salinas era *el alma* del periódico obrero *El Hombre Nuevo*, el organizador de la Federación de Sindicatos y el líder del *unionismo consciente de clase* en Cuba.<sup>12</sup>

Aquí es importante detenerse. La idea del hombre nuevo en la Cuba del castrismo siempre se ha asociado con la figura de Ernesto “Che” Guevara. Esa asociación se inició a partir del año 1965 cuando el “Che” publicó su artículo “El socialismo y el hombre en Cuba”.<sup>13</sup> Un texto en el que en una decena de páginas se repite más de diez veces la idea del hombre nuevo.

Lo que resulta irónico es que esa idea ya existía en la Cuba del año 1919 y era proclamada desde una revista anarcosindicalista cuya existencia reportan hoy los archivos del Comintern y confirmaron ayer las *Crónicas cubanas* de León Primelles.<sup>14</sup>

Lejos estaba Salinas de imaginar que cuarenta años después el “Che” Guevara acabaría con los sindicatos cubanos y se apropiaría de una idea muy antigua para darle nombre a una nueva aberración. A una forma de gobierno, el de la revolución cubana, que todavía hoy muestra rasgos de aquella antigua estructura del PCC, con su ala política, su NCIS, y su inevitable fachada castrista.

Cuando se mira la estructura del poder en la Cuba de hoy es posible identificar que Rodrigo Malmierca, el ministro de Comercio Exterior, es hijo de un antiguo miembro del NCIS; que Bruno Rodríguez, el canciller, es hijo de un militante del ala política del PCC, y que Alejandro Castro, el heredero real de la dinastía, viene de aquella fachada que el PCC tuvo que crear a inicios de los años 50. Muchos de esos vástagos, epítomes del hombre nuevo, estudiaron en la antigua URSS y cultivaron, como algunos de sus padres, fuertes lazos con la Inteligencia soviética de aquellos años, y con la rusa de hoy.

2. Berlin, Isaiah. *The proper study of mankind*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2000, p. 332.

3. En aquella época Cuba tenía seis provincias; de Occidente a Oriente: Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente.

4. En este libro, para evitar confusiones, llamaré al viejo Partido Comunista, al que surgió en 1925, como PCC; y al otro, al que fue fundado en 1965 por Fidel Castro, como PCC-castrista.

5. Para más información sobre ellos ver capítulos III, IV y XIV, respectivamente.

6. Lazar and Victor Jelfets. “The International Newsletter of Historical Studies on Comintern”, *Communism and Stalinism*, vol. II, N° 5/6, 1994/1995.

- Centro Ruso para la Conservación y Estudio de los Documentos de la Historia Reciente (a partir de ahora RCChIDNI por las siglas en ruso), 497/2/1/3; citado en Lazar and Víctor Jеifets, 1994/1995.
7. RCChIDNI, 497/2/2/199, citado en Lazar and Víctor Jеifets, 1994/1995.
  8. Contado por Norman Borodin (hijo de Gruzenberg-Borodin y también agente de la Inteligencia soviética) a K. Kasaturov, publicado en *Latinskaja Amerika*, Moscú, 1994, vol. 10, p. 107, referido por Lazar y Víctor Jеifets. *Diario de Borodin*, Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (sucesor del RCChIDNI) y a partir de ahora RGASPI por sus siglas en ruso, 497/2/7/92, citado en Lazar and Víctor Jеifets 1994/1995.
  9. Spolansky, Jacob. *The communist trail in America*, Macmillan, Nueva York, 1951, pp. 173-175.
  10. Shipman, Charles [Charles Francis Phillips]. *It Had to be Revolution: Memoirs of an American Radical*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.
  11. Carta de Salinas al secretario general de la Tercera Internacional, RGASPI 495/105/2/1, tomado de Lazar and Víctor Jеifets, *Memoria*, diciembre de 2009, N° 239.
  12. Informe de Shipman al Comintern, RGASPI, 495/105/2/2, tomado de Lazar and Víctor Jеifets, *Memoria*, diciembre de 2009, N° 239.
  13. Guevara, Ernesto. “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Marcha*, Montevideo, 12 de marzo de 1965.
  14. Primelles, León. *Crónica cubana, 1919-1922*, Editorial Lex, La Habana, 1957, p. 97.

## Capítulo II

### “El Polaco”

Tuvieron que pasar varios años antes de que volviera a surgir en Cuba una organización comunista con méritos suficientes para ser aceptada por la Tercera Internacional. Desde la lógica de Moscú era necesario crear un Partido capaz de garantizar que la adherencia de los cubanos a la causa bolchevique fuera lo suficientemente sólida, confiable y definitiva.

El comunista que logró crear esa organización no fue un cubano, fue la misma persona a la que Fidel Castro se referiría en 1975 —durante la clausura del Primer Congreso del PCC-castrista— con las siguientes palabras: “Tuvo a su cargo la presentación de la candidatura a primer secretario del Partido el compañero Fabio Grobart”.<sup>15</sup>

Una buena parte de las historias que narra este libro tienen que ver con la llegada a La Habana, en octubre de 1924, de ese comunista de origen polaco que con solo 19 años ya acumulaba una larga experiencia conspirativa. Su nombre se repetirá tanto a lo largo de este libro que muchos de los defensores de la visión Castro-centrista de la revolución cubana podrán pensar que quiero sustituirla por

una visión Fabio-centrista.

La diferencia radica en el hecho de que la figura de Fabio Grobart puede ser vista como una simplificación germinal. Cada vez que hablo de él me estoy refiriendo, en realidad, a una organización y a una experiencia de trabajo que son muy complejas y quedan resumidas, por razones de conveniencia narrativa, en un nombre. Fidel Castro, por su lado, puede ser visto como una simplificación terminal; o sea, como un nombre que lejos de resumir complejidad alguna lo que hace es servir como la imagen central y última de un mito terriblemente simple.

Grobart nació el 30 de agosto de 1905 en Trzciany, un *shtetl*<sup>16</sup> cercano a la ciudad de Bialystok. Sus padres fueron dos judíos askenazíes que llamaron a su hijo Avreml o Abraham. A los 9 años Avreml quedó huérfano y se mudó para Bialystok.<sup>17</sup> En 1920 descubrió su verdadera vocación. Ese año, como parte de la contraofensiva soviética contra las tropas del mariscal polaco Josef Pilsudski, el Ejército Rojo entró en Bialystok. Al frente de las tropas bolcheviques iba el célebre Féliks Edmúndovich Dzierzynski, quien ya en esa época alternaba sus funciones militares y políticas con su trabajo como jefe de la recién creada Policía Secreta de los soviéticos (Cheka).<sup>18</sup> Según Walter Krivitsky,<sup>19</sup> uno de los primeros desertores de alto nivel de la Inteligencia soviética, fue a partir de esa invasión que se intensificó la cooperación entre los comunistas polacos, el Comintern y los incipientes servicios de Inteligencia del Ejército Rojo.<sup>20</sup>

Después de la derrota soviética en Polonia, Grobart tuvo que dejar la escuela y empezó a trabajar como aprendiz de sastre. Se vinculó al movimiento obrero, ingresó en la clandestina Liga Juvenil Comunista e inició una carrera política que lo llevaría a convertirse en un dirigente regional de esa organización y en un cuadro muy perseguido por la policía.

En la segunda mitad de 1924 lo autorizaron a emigrar hacia Cuba.<sup>21</sup> Digo autorizar porque un cuadro como el que Fabio Grobart ya era no podía emigrar sin autorización de sus superiores. En algún momento reconoció que había salido “de Polonia para Cuba con un permiso... salí con todas las condiciones moralmente satisfechas para poder seguir siendo comunista en cualquier lugar que llegara”.<sup>22</sup>

Unos meses antes de la llegada de Grobart a Cuba ya existía, dentro de la Agrupación Comunista de La Habana, la llamada Sección Hebrea. Ese núcleo, creado en 1924, representaba a un grupo de jóvenes comunistas centroeuropeos que además de ser de origen judío provenían, en su inmensa mayoría, de ciudades relativamente cercanas a Bialystok; o sea, de esa región de Europa comprendida entre el oeste de Lituania, el norte de Polonia y el sur de Bielorrusia. La historia de la influencia decisiva de esos inmigrantes centroeuropeos en el surgimiento del PCC la escuché muchas veces en mi casa. Después del triunfo de la revolución cubana, mi padre fue el dirigente de la Asociación de Jóvenes Rebeldes<sup>23</sup> encargado de la fundación de la Organización de Pioneros. Una vez le pregunté, sabiendo que él había sido *Boy Scout* durante su niñez, si el diseño de los Pioneros se había basado en esa experiencia de su infancia. Su respuesta fue que sí, pero solo para hacerlos más llamativos, o apetecibles, a una masa de padres y madres que al principio de la revolución no querían saber nada de comunismo. Pero esa fue la fachada, porque el resto de la organización, sus principios esenciales y sus objetivos básicos, ya existían desde décadas atrás y habían sido introducidos en Cuba por *los judíos que fundaron el Partido*.

En aquel momento yo aún no había escuchado hablar de Aaron Radlow ni de Boris Waxman (dos polacos fundadores de la primera organización de pioneros creada por el PCC a finales de los años 20 y principios de los 30), pero sí sabía que el PCC había sido, en lo esencial, la creación de ese grupo de inmigrantes centroeuropeos que habían llegado a Cuba en el primer lustro de los años 20. El más importante de ellos era Fabio Grobart.

Hoy se sabe que no existió un solo partido comunista latinoamericano que escapara a la presencia, durante sus períodos fundacionales, de agentes de la Tercera Internacional que en muchos casos fueron de origen centroeuropeo y/o judío.<sup>24</sup> Las actas del Primer Congreso del PCC recogen la propuesta de Mella de reconocer *a los compañeros* hebreos.<sup>25</sup> En esa reunión, dice Fabio Grobart, participaron dieciocho personas y de ellas cuatro eran centroeuropeos de origen judío —Grobart, Félix Hurvich, Yoshka Grinberg y Karol Wasserman—.

Es importante recordar que al momento de su fundación la membresía total del PCC apenas rebasaba las ochenta personas.<sup>26</sup> Ese número de militantes, lejos de crecer a partir del surgimiento de la organización, se mantuvo estable. Una razón fue que al otro día de creado el PCC su flamante secretario general, José Miguel Pérez, fue detenido y en uno de sus bolsillos le encontraron algunas actas del Congreso.<sup>27</sup> A partir de ahí el Partido fue duramente perseguido y muchos de sus miembros encarcelados.

En 1931, casi seis años después de la fundación del PCC, todavía era posible constatar la enorme influencia de los comunistas centroeuropeos en esa organización. En mayo de ese año, el Comintern envió a Cuba a un delegado que respondía al pseudónimo de “Juan”; hoy se sabe que ese delegado fue otro polaco que dentro del Comintern era conocido como Witold Lovsky.<sup>28</sup> En su informe al Buró

Latinoamericano Juan escribió que ninguno de los miembros del Comité Central del PCC podía escribir materiales políticos y que la literatura del Partido era escrita por un estudiante o por un camarada judío (llamado “Hova”) que la escribía en yídish para que después fuera traducida al español. “Hova” —o “Jova”— fue otro de los nombres de guerra de Fabio Grobart.<sup>29</sup>

“El Polaco” llegó a Cuba en octubre de 1924 y ya en agosto de 1925, sin hablar español, estaba participando en el Primer Congreso del PCC. Una velocidad muy alta para una institución de ese tipo y para un país como Cuba. A su llegada a La Habana Grobart tiene que haber constatado que los cubanos, siguiendo la vieja tradición del caciquismo tropical, habían fundado casi tantas agrupaciones comunistas como militantes había.

Pero llegó, y caminando sin rumbo por las calles de una ciudad desconocida, enseguida hizo contacto con la Agrupación Comunista de La Habana, que había sido fundada en 1923, y con la Sección Hebrea de esa organización. Después se vinculó al Centro Cultural Obrero Hebreo, encontró un trabajo bien remunerado en la sastrería J. Vallés y tuvo más tiempo para conspirar.

Sobre los orígenes del Centro Cultural Obrero Hebreo, y del papel jugado en el mismo por Grobart, da información un memorándum confidencial de la embajada de los Estados Unidos en La Habana, que data del año 1940 y que hoy se encuentra desclasificado. En ese documento el rabí Meier Lasker es citado por un funcionario de la embajada diciendo lo siguiente: “[...] el Centro languideció; los miembros más viejos nada hicieron por los jóvenes judíos, con el resultado de que el judío polaco Abraham Simchovitch [Fabio Grobart], pudo encontrar seguidores ávidos entre los trabajadores judíos con ideas socialistas”.<sup>30</sup> Otro memorándum desclasificado de la embajada de los Estados Unidos en La Habana, este del año 1931, muestra las conexiones tempranas entre el Centro Israelita y el movimiento sindical cubano. Sobre todo, con los sindicatos de los zapateros y los sastres.<sup>31</sup>

Se sabe que poco después de su llegada, ya a inicios de 1925, Fabio Grobart estaba en comunicación directa con Moscú. Así lo demuestra la carta que su hijo hizo pública en el año 2010.<sup>32</sup> En esa misiva, sin fecha de envío exacta y con destinatario desconocido, Grobart le describía a alguien, allá en la URSS, las dificultades que enfrentaba la organización de un verdadero partido comunista.

Esa carta sugiere, a pesar de la ausencia de fecha y destinatario, que mucho antes de la fundación del PCC ya Grobart tenía canales de comunicación establecidos con Moscú. Esos canales son, a su vez, confirmados por los archivos del Comintern, en los que se conserva la traducción de una carta enviada a Moscú por el *secretario de la sección judía del PC de Cuba*, A. Simjovich.<sup>33</sup> Esa carta generó un memorándum a Otto Kuusinen.<sup>34</sup> Ese memorándum está fechado el 10 de agosto de 1925, o sea, seis días antes de la fundación del PCC.

Esa carta es un documento clave, es una prueba irrefutable no solo de que Grobart estaba en comunicación directa con Moscú antes de la fundación del PCC, sino de que sus comunicaciones alcanzaban, dentro de la maquinaria partidista de los soviets, niveles de Comité Central, algo que ninguna otra comunicación desde Cuba había alcanzado antes.

Eso demuestra que la fundación del PCC se debió a un trabajo previo del Comintern y permite esclarecer, además, otra de las casualidades que acompañaron a ese surgimiento. Me refiero a la presencia de un barco soviético en el puerto de Cárdenas y, como se verá en el próximo capítulo, a la comunicación entre los marineros de ese barco y los fundadores del PCC.<sup>35</sup>

Es posible pensar que, ante el fracaso cosechado por el Comintern con la Sección Comunista de Marcelo Salinas, la fuerte influencia del anarquismo cubano en el movimiento obrero de la isla, y la posición estratégica de Cuba con respecto a los Estados Unidos, los soviéticos hayan decidido enviar hacia Cuba a un grupo de comunistas europeos con la misión de crear una organización que cumpliera sus expectativas.

Los cuadros escogidos para esa misión tendrían que tener una probada experiencia de trabajo clandestino y un sólido compromiso con Moscú. Todos conformarían el primer Núcleo Central de Inteligencia Soviética del PCC. Un grupo reducido de personas, organizadas alrededor de Grobart, que tendrían entre sus funciones la selección y formación básica del personal cubano que trabajaría bajo sus órdenes. Esos cubanos completarían su formación en Moscú, ya fuera en la Escuela Leninista Internacional o en cualquier otra de las academias militares y/o de Inteligencia de los soviéticos.

Hoy se sabe que en los años 20 el Comintern fue utilizado como un servicio de espionaje soviético en el exterior. Esa información ha podido ser corroborada a partir del análisis y la comparación de diversas fuentes de Inteligencia, que han permitido establecer el carácter dual de la Tercera Internacional, como organización política y como instrumento de espionaje.

Dos investigadores que han descollado en el análisis de esa región de la Historia son Harvey Klehr y John Earl Haynes. De ellos me permito citar un fragmento del libro que escribieron, junto con el académico ruso Fridrik I. Firsov:

A principios de los años 20 el Comintern llevó a cabo operaciones encubiertas y actuó como la agencia de inteligencia extranjera de la Unión Soviética... En los años 20 existió una cooperación estrecha entre la OGPU y el Departamento de Relaciones Internacionales del Comintern conocido como OMS... En 1935 Osip Piatnitsky,

jefe del OMS, fue reemplazado por Mijaíl Trilisser, quien usaba el nombre de Moskvín.<sup>36</sup>

Con respecto a Osip Piatnitsky, y al OMS, Walter Krivitsky escribió lo siguiente:

El corazón del Comintern es el poco conocido y nunca publicitado Departamento de Relaciones Internacionales, que fue dirigido, hasta la última purga de Stalin, por Iosif Piatnitsky, un viejo bolchevique entrenado durante el régimen zarista en el práctico negocio de distribuir propaganda revolucionaria ilegal... *Él creó una red mundial de agentes permanentemente estacionados que le respondían de forma directa y personal y servían como oficiales de vínculo entre Moscú y los nominalmente autónomos partidos comunistas de Europa, Asia, Latinoamérica y los Estados Unidos.*<sup>37</sup>

Iosif Piatnitsky podría ser la clave a la hora de explicar la alta concentración regional de esos comunistas centroeuropeos que participaron en la fundación del PCC. Su nombre verdadero fue Iosif Aronovich Tarshis y nació en la ciudad de Ukmerge (en la actual Lituania) en el año 1882. Desde muy temprana edad, y a pesar de que su padre y sus dos hermanos eran carpinteros, empezó a trabajar como sastre. Enseguida se vinculó al sindicato de los carpinteros y posteriormente al de su propia profesión. Como él mismo cuenta en su biografía, el trabajo sindical y el contrabando de propaganda política le obligaron a cruzar constantemente las fronteras ruso-germano y ruso-polaca.<sup>38</sup>

En aquellos años Lituania era territorio ruso y Alemania controlaba una parte del territorio polaco que colinda con Lituania. Como consecuencia de esa repartición territorial, y de la localización dentro de la misma de una buena parte de la llamada “zona de asentamiento judío”, muchos sindicatos y organizaciones sociales extendían sus contactos más allá de las fronteras oficiales. Eso convirtió a Piatnitsky en un joven con muchos conocimientos y contactos a lo largo de esas fronteras.

Después de la escisión del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en Bolcheviques y Mencheviques, ocurrida en el congreso de 1903 en Bruselas (que se desplazó hacia Londres), Piatnitsky pasó a trabajar con los Bolcheviques y se encargó de la entrada y distribución dentro de Rusia del nuevo periódico de la facción leninista, llamado *Vperyod* (“Adelante”).

Es lógico pensar que años después Piatnitsky, ya como jefe del poderoso departamento OMS del Comintern, haya utilizado muchos de los contactos y conocimientos que acumuló durante sus años de trabajo en esa zona de Europa —fronteriza entre Lituania, Alemania, Polonia y Rusia— para reclutar a la mayoría de los inmigrantes centroeuropeos que fundaron el PCC.

Algo que pudo haber ayudado a reactivar y solidificar esas relaciones fue la invasión soviética a Polonia, en 1920, y el trabajo conjunto que el Partido Comunista Polaco y el Comintern desarrollaron durante la misma. Eso pudo haber hecho que muchos de aquellos jóvenes comunistas pasaran, antes de llegar a Cuba, por la selección, el adiestramiento y la evaluación de cuadros relacionados con Iosif Piatnitsky.

Grobart fue uno de ellos y siempre se presentó como un simple sastrecillo sin aspiraciones de gloria. En realidad, fue un falso comunista de filas muy bien entrenado para esconder su verdadero poder. En la actualidad, una buena parte de ese poder empieza a mostrarse y alcanza a explicar eventos que de otra forma serían muy difíciles de comprender. Uno de ellos es, por ejemplo, el papel jugado por Grobart en el “desenmascaramiento”, ante el Comintern, del recién descubierto tercer Partido Comunista de Cuba. A partir del año 1926 —inmediatamente después de la expulsión de Julio Antonio Mella del PCC— surgió en Cuba un tercer Partido Comunista que, sin estar afiliado al grupo de Fabio Grobart, logró ser reconocido por la Tercera Internacional, recibió fondos de esa organización y llegó incluso a intentar el envío de estudiantes cubanos a Moscú. Ese tercer Partido —contando al de Salinas como el primero y al de Grobart como el segundo— creó una gran confusión dentro de la burocracia del Comintern y llegó a convertirse en un verdadero dolor de cabeza para el recién fundado PCC.

Al final, después de muchos intentos fallidos para “desenmascarar” a ese Partido —mediante cartas al Comintern y contactos personales con algunos de sus delegados para Latinoamérica—, no quedó otro remedio que enviar a Fabio Grobart a Moscú, en 1929, para que aclarara el equívoco y pusiera las cosas en su lugar.<sup>39</sup>

Grobart dice en sus memorias que ese viaje fue para afiliarse a Cuba oficialmente al Comintern.<sup>40</sup> Esa justificación es falsa. Hoy existen innumerables pruebas de que ya desde 1925 la Tercera Internacional tenía establecido contacto con el PCC, lo mismo a través de sus sucursales regionales como de forma directa. Las verdaderas razones para esa visita de Grobart tienen que haber sido otras, y una de ellas bien pudo estar relacionada con la necesidad de aclarar el asunto del tercer Partido.

En sus memorias Grobart también reconoce, aunque sea de una forma oblicua, que tuvo muy buenas relaciones dentro de la alta jerarquía soviética. Durante esa primera visita a la URSS fue recibido por dos cuadros que él nombra como “Manuilsky y Platuisky”.<sup>41</sup> El primero es Dimitri Manuilsky, un dirigente muy importante del Comintern. El segundo es un apellido que no está recogido en los anales de esa organización y que con toda probabilidad refiere a Iosif Piatnitsky.

Hoy se sabe que las actividades cotidianas del Comintern, incluidas las relaciones con los servicios de Inteligencia, eran manejadas por tres miembros de la llamada Comisión Interna. Sus nombres fueron Dimitri Manuilsky, Osip Piatnitsky y Otto Kuusinen, un trío cuyas órdenes eran obedecidas al pie de la

letra.<sup>42</sup> Llama mucho la atención que de esos tres cuadros Grobart solo menciona uno (Manuilsky), mal escribe el otro (Piatnitsky) y olvida al tercero (Kuusinen).

El olvido de Kuusinen es inexplicable. Se trata de uno de los hombres más poderosos dentro del Comintern y del mismo cuadro al que fue a parar la carta que Fabio Grobart envió a Moscú en 1925. Kuusinen fue el encargado de establecer los vínculos tempranos entre la Inteligencia Militar Soviética (GRU) y la Tercera Internacional.<sup>43</sup> Su propia esposa, Aino, fue agente del GRU en Japón antes de ser llamada de vuelta a Moscú y apresada. Su marido pudo evitar todas las purgas y durante algún tiempo alternó sus funciones dentro del Comintern con la dirección de uno de los departamentos o secciones del GRU.<sup>44</sup> Otto Kuusinen es uno de los raros cuadros bolcheviques que hizo el viaje completo. Pudo ir desde Lenin hasta Nikita Jruschov y, en 1962, cuando se tomó la decisión de emplazar los misiles nucleares en Cuba, fue uno de los pocos dirigentes soviéticos que participó en la misma.<sup>45</sup>

A partir de estas informaciones es posible preguntarse: ¿fue Grobart un agente de la Inteligencia Militar Soviética o de las operaciones encubiertas del Comintern? Es muy probable que sí lo haya sido. Algo que habla en ese sentido es la extraña afinidad que siempre tuvo con los sospechosos. En el año 1929, durante su primera visita a Moscú, Grobart salió en defensa de Félix Hurvich, quien había salido de Cuba en el año 1927, al parecer por problemas de salud, y vivió en Francia y Alemania. Cuando Grobart llegó a Moscú se encontró con que Z. Angaretis, secretario de la Comisión Internacional de Control del Comintern, sospechaba que Hurvich había sido un delator durante su militancia en Lituania y Bielorrusia. Grobart logró refutar esas acusaciones y pudo obtener un permiso para que Hurvich entrara en la URSS.<sup>46</sup>

Para más afinidades con los sospechosos, el 14 de noviembre de 1931 la Comisión de Control del PCC discutió una acusación contra Grobart en la que se le imputaba el cargo de mantener contactos con un informante de la policía. La Comisión, tomando en cuenta la falta de pruebas y el buen trabajo de Grobart, decidió enviarlo a efectuar trabajo de base (sin derecho de ocupar los puestos dirigentes durante seis meses).<sup>47</sup> Treinta años después, y ya en el colmo de esas extrañas afinidades, Grobart vería su nombre asociado con una persona que el castrismo convirtió en el epítome del traidor. Marcos Rodríguez, el supuesto delator de los mártires de Humboldt 7,<sup>48</sup> fue detenido en Praga a inicios de 1961 y su primera carta de protesta y asombro la remitió a Antonio Blanco, otro de los nombres de guerra de Grobart.<sup>49</sup>

La mejor forma de explicar esas asociaciones sospechosas es asumir que fueron parte de un trabajo de Inteligencia que lo obligó a relacionarse con personas que parecían ser una cosa pero que en realidad eran otra. Esa dualidad, de ser y no parecer, también formó parte de la propia vida de Fabio Grobart, un hombre que siempre estuvo dispuesto a mentir para mantener intacta su leyenda. Así, en su biografía autorizada dice “que nadie va a creer o ha creído nunca que yo vine aquí como agente de Moscú, tal como me trató de presentar la policía de Batista, de Machado y de otros gobiernos, es importante comprender que sencillamente yo era miembro del Partido Comunista”.<sup>50</sup>

A la luz de las pruebas documentales que hoy existen, esa afirmación es una soberana mentira; un ejercicio de desprecio por la verdad que alcanza niveles de cinismo cuando recordamos que Fabio Grobart llegó a ser, al final de su vida, el director del Instituto de Historia del Movimiento Comunista de Cuba.

15. Disponible en línea en: <[www.cuba.cu](http://www.cuba.cu)>.

16. Caserío típico de la zona de asentamiento judío en Europa Central, todos desaparecieron durante la invasión nazi de esa zona.

17. Fuentes, Jorge. *El Polaquito*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005.

18. Kersffeld, Daniel. “De Trzciany a La Habana: los senderos de Fabio Grobart”, revista *Pacarina del Sur*, N° 21, octubre-diciembre de 2014.

19. Su nombre real fue Samuel Ginsberg, judío, nació en Polonia y desde muy temprano se vinculó al movimiento bolchevique. Alrededor de 1917 pasó a trabajar en la Inteligencia Militar (GRU) de la URSS. En 1937, horrorizado con los crímenes de Stalin, decidió desertar. En 1938 publicó su libro *En el servicio secreto de Stalin*, en el que avisó del eventual tratado de no agresión entre Hitler y Stalin. En 1939 su aviso se vio comprobado. Un año después fue encontrado muerto.

20. Krivitsky, Walter G. *In Stalin's Secret Service*, Harper and Brother Publishers, Nueva York, 1939, p. 29.

21. Fuentes, Jorge. *Op cit.*, p. 26.

22. Entrevista concedida por Fabio Grobart al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>, p. 46.

23. Organización heredera de la Juventud Socialista y antecesora de la Unión de Jóvenes Comunistas.

24. Kersffeld, Daniel. “El activismo judío en el comunismo de entreguerras. Cinco casos latinoamericanos”, *Nueva Sociedad*, N° 247, septiembre-octubre de 2013, p. 152; y “‘Polacos’ en Cuba: primeros pasos del comunismo judío en la isla”, revista *Estudios*, N° 23, 2010.

25. Pichardo, Hortensia. *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 295-301.

26. Soto, Lionel. *La revolución del 33*, citado en Jorge Fuentes, *op. cit.*, nota 38, p. 160.

27. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 41.

28. Conocido como Witold Antonovich Lovsky, aunque su nombre verdadero fue Mendel Nusenovich Mijrovsky. De origen polaco, militante del PC en Polonia. En 1925 emigró hacia la URSS y empezó a trabajar en el Buró Latinoamericano de la Internacional Sindical Roja (Profintern). En varias ocasiones fue enviado a Latinoamérica de forma clandestina como emisario. Regresó a Cuba unos meses después de la caída de Gerardo Machado para analizar los errores del PCC durante la huelga de agosto de 1933. Regresó a Moscú en 1934 para informar en el Comintern sobre la situación cubana y la revolución de 1933. En 1936 pasó a ser uno de los ayudantes de Alexander Losovsky (jefe del Profintern). Unos meses después fue apresado, acusado de trotskista y ejecutado (en marzo de 1938).
29. Reporte del camarada Juan al Secretariado del Buró del Caribe, mayo de 1931, RC 495/105/75. Tomado de Carr, Barry. "From Caribbean backwater to revolutionary opportunity: Cuba's evolving relationship with the Comintern, 1925-34" en *International Communism and the Communist International 1919-43*, ed. Tim Rees y Andrew Thorpe, Manchester University Press, 1998, p. 236.
30. Memorandum confidencial, llamada del rabí Meier Lasker a la embajada de Estados Unidos en La Habana, septiembre 25, 1940, Archivo Nacional y Registros Administrativos de los Estados Unidos (NARA, por sus siglas en inglés), copia traducida por el autor.
31. Sección de Expertos, Informe al Sr. Federico Rasco, La Habana, noviembre 13, 1931, Archivo Nacional y Registros Administrativos de los Estados Unidos (NARA). Copia del autor.
32. Kersffeld, Daniel. "'Polacos' en Cuba", *op. cit.*
33. A. Yunger y A. Simjovich fueron otros de los tantos nombres utilizados por Fabio Grobart. RGASPI, opis' 105, delo 2, fs. 54-55.
34. RGASPI, opis' 105, delo 2, f. 53.
35. García, Ángel y Piotr Mironchuk. *La Revolución de Octubre y su influencia en Cuba*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1977, p. 138.
36. Haynes, John Earl, Harvey Klehr y Fridrikh Igorevich Firsov. *The secret world of American Communism*, Yale University Press, 1996, pp. 20-22.
37. Krivitsky, Walter G. *Op. cit.*, p. 140. El destacado es mío.
38. Piatnitsky, O. *Memoirs of a Bolshevik*, New York International Publishers, Nueva York, 1933, p. 60.
39. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo I (1925-1935), Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 101.
40. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 78.
41. *Ibidem*.
42. Kuusinen, Aino. *The ring of destiny*, William Morrow and Company, Nueva York, 1974, p. 38.
43. Leonard, Raymond W. *Secret Soldiers of the Revolution, Soviet Military Intelligence, 1918-1933*, Greenwood Press, Westport, Londres, 1999.
44. Suvorov, Victor. *Spetnaz: the Inside Story of the Soviets Special Forces*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1987, p. 17.
45. Fursenko, Alexander y Timothy Naftali. *One hell of a gamble [La tremenda apuesta]*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1997, p. 181.
46. Jeifets, Víctor, Lazar Jeifets y Peter Huber. *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias, Moscú, 2004, p. 156.
47. *Ibidem*.
48. *Ibidem*, capítulo "El quinto mártir".
49. Barroso, Miguel. *Un asunto sensible*, Literatura Random House, Barcelona, 2009, p. 283.
50. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 27.

## Capítulo III

### El primer romano

El más popular de los comunistas cubanos, el hombre que todavía hoy, décadas después de su muerte, es recordado con gran admiración, tuvo un problema al nacer: lo llamaron Nicanor McPartland. Pero no se amilanó y en algún momento de su vida, ya convencido de un destino de grandeza, decidió llamarse Julio Antonio, en honor a los generales romanos Julio César y Marco Antonio.

Una vez cambiado el nombre la emprendió contra un apellido que, por ser un hijo natural, era el de su madre. Cambió el McPartland por Mella y de esa forma se acercó a la gloria de un abuelo paterno, el general Mella, que fue uno de los próceres de la independencia de la República Dominicana. Así surgió Julio Antonio Mella, un nombre que desde niño me enseñaron a asociar con los tiburones.

Un día a mi hermana le dio por preguntarme si yo sabía quién era Julio Antonio Mella. Mi respuesta fue instantánea: “Sí, claro, un tipo que no les tenía miedo a los tiburones”. Mi padre salió de la cocina riéndose y preguntando cómo era eso. Ahí mismo me explayé con la historia de un barco soviético que estaba lejos de la playa y de un tipo que era comunista y había ido nadando hasta ese barco, en un mar lleno de tiburones, para llevarles una bandera cubana a los marineros rusos.

Terminé mi historia y mi padre me preguntó de dónde la había sacado. Le respondí que de uno de los libros de la asignatura “La vida de mi Patria”. Me pidió, por favor, si yo podía traerle un ejemplar.<sup>51</sup> Al otro día llegué a la casa con el folleto en la maleta. Mi padre lo leyó en unos cuantos minutos y después me explicó que Mella había sido un hombre muy valiente, pero que esa historia del barco soviético no había sucedido exactamente así. La visita fue hecha por un grupo de compañeros que alquilaron un bote. Pero era mejor no hablar de eso en la escuela, o en cualquier otro lugar.

Hoy sé que en agosto de 1925 llegó a las costas cubanas el carguero soviético *Vatslav Vorovsky* y que el gobierno de Gerardo Machado le prohibió la entrada en el puerto de La Habana. Fue enviado a anclar en el puerto de Cárdenas y la Agrupación Comunista de La Habana decidió enviar a un grupo de militantes a ese puerto.<sup>52</sup> Iban con la misión de visitar el buque soviético, darle la bienvenida y establecer un contacto inicial que (¿casualmente?) coincidió con las vísperas de la fundación del PCC. Esos compañeros, entre los que estaba Mella, alquilaron un bote con motor, llegaron hasta el carguero y permanecieron unas cuantas horas conversando con los marinos soviéticos. Así lo cuenta

uno de los participantes, el ingeniero Ángel Ramón Ruiz Cortés, en un libro que echa por tierra el mito que una generación de cubanos, la mía, creció creyendo. De tiburones, nada, los visitantes al *Vatslav Vorovsky*, dice Ruiz Cortés: “Nos reunimos en el parque de esa ciudad [Cárdenas] y fuimos al muelle para contratar una lancha de motor de gasolina para que nos llevara al barco y a las cuatro horas nos recogiera”.<sup>53</sup>

Personaje interesante este Ángel Ramón Ruiz Cortés. Fue uno de los primeros comunistas cubanos que colaboraron con el Núcleo Central de Inteligencia Soviética. Ingeniero eléctrico de formación, miembro de la Agrupación Comunista de La Habana desde 1923 y participante, como observador, en el congreso fundacional del PCC. Cuando la represión del gobierno de Machado se incrementó y casi todos los miembros del Partido cayeron presos, Ruiz Cortés fue uno de los pocos que pudieron evitar la cárcel y fue promovido, junto con Fabio Grobart, a miembro del Comité Central del PCC. Esa promoción justificó su presencia como presidente del jurado que en enero de 1926 expulsaría a Mella del Partido.<sup>54</sup>

Fue, al parecer, un cuadro mucho más importante de lo que siempre aparentó. En 1933, cuando Grobart decidió visitar varios centrales azucareros —con el objetivo de diseñar las estrategias de lucha y penetración del PCC en esa importante área de la economía cubana— fue Ángel Ramón Ruiz Cortés quien preparó la leyenda de Fabio como un ingeniero alemán que estaba de visita en Cuba estudiando la producción del azúcar.

Después, ese mismo año cayó preso y pasó una temporada en el Presidio Modelo.<sup>55</sup> Entre 1936 y 1959 su rastro se me pierde para reaparecer, en 1960, como el primer embajador de Cuba en Checoslovaquia, país en el que Grobart vivía desde 1951. La hija del flamante embajador, Josefina Ruiz Yarini, fue la novia —durante su estancia en Praga— de Marcos Rodríguez, el supuesto delator de los mártires de Humboldt 7. Ángel Ramón Ruiz Cortés fue, entonces, un hombre vinculado a dos de las grandes defenestraciones de la historia de Cuba: la de Marcos Rodríguez<sup>56</sup> y la de Julio Antonio Mella. Hoy los archivos del Comintern permiten reconstruir la corta e intensa relación de Mella con el PCC, los eventos que antecedieron a su expulsión de esa organización y las consecuencias que la misma tuvo sobre la vida política de ese joven revolucionario. Esa relación es imprescindible a la hora de entender la historia de PCC, los orígenes del castrismo y algo tan distante en el tiempo, y en apariencia no relacionado, como la muerte de Ernesto “Che” Guevara.

Los análisis de la relación de Mella con el PCC son un ejemplo temprano y evidente de los embrollos que surgen cada vez que se intenta explicar las decisiones de esa organización a partir de una concepción homogénea de la misma. Al mismo tiempo, la mayoría de esos análisis son hechos sin tener en cuenta que la corta relación de Mella con el PCC se superpuso a esos años —entre 1924 y 1928— en los que el Comintern tampoco fue una organización homogénea, pues en ella coexistieron cuadros y visiones de la vieja guardia bolchevique —condenados a desaparecer— con la nueva y despiadada ola del estalinismo.

El Mella anterior a la fundación del PCC fue un joven librepensador y rebelde. Una figura cuyas formas de pensar y actuar siempre estuvieron más cerca del ideal libertario que de cualquier otra doctrina. No es casual que la persona que él siempre reconoció como maestro y guía de sus primeros pasos en la política haya sido el famoso anarcosindicalista cubano Alfredo López.<sup>57</sup> Tampoco fue obra de la casualidad su visión libertaria en el artículo que escribió en 1924 como un homenaje póstumo a Lenin.<sup>58</sup>

En el congreso fundacional del PCC esa actitud librepensadora de Mella se hizo notar. Las actas de esa reunión recogen que en casi todos los puntos discutidos Mella expresó sus opiniones sin tapujos e invitó a los presentes a expresarse. Esas actas muestran una tensión constante entre la visión —cubana y librepensadora— de Mella y la obediencia de un grupo de hombres a una organización, el Comintern, cuyos principios apenas entendían y cuyas directivas acataban a partir de la influencia de un número reducido de miembros de esa organización que, para más extrañezas, no eran cubanos.

Algo que llama la atención sobre ese Congreso es que al momento de conformarse el Comité Central Mella fue elegido como secretario de Propaganda, mientras que la elección para secretario de la Juventud recayó sobre Yoska Grinberg.<sup>59</sup> Esa decisión es absurda si se toma en cuenta que ya en el año 1925 Mella era, por méritos propios, el líder natural de los jóvenes cubanos con ideas de izquierda. Para cualquier organización que tuviera entre sus objetivos hacer proselitismo dentro de la juventud cubana Mella era un candidato caído del cielo; mientras que Yoska Grinberg era, por su condición de extranjero, por sus grandes diferencias culturales con los cubanos y por su escaso dominio del español, un cuadro que bien poco podía hacer por el PCC dentro de los jóvenes cubanos.

La explicación de ese desatino es que para algunos miembros del PCC era más importante garantizar el control y la lealtad a Moscú que diseminar las ideas comunistas dentro de Cuba. Bajo esa premisa, Yoska Grinberg devenía el candidato ideal para un trabajo con niños y jóvenes que, en la lógica del bolchevismo, tenía que ser un trabajo de selección, adoctrinamiento y sumisión. Solo así podrían

formarse cuadros con un nivel de lealtad a Moscú que Mella, por ser cubano y librepensador, nunca habría podido crear.

Algo que refuerza esta idea es el hecho de que a partir de 1928, y ya con Yoska Grinberg fuera de Cuba, la persona que estuvo al frente del trabajo con la juventud fue Grobart.<sup>60</sup> Esa responsabilidad, entre otras, estuvo en manos de “El Polaco” hasta el año 1936, fecha en la que pasó a ocupar el cargo de Organizador.<sup>61</sup> Dos responsabilidades que tienen una gran coherencia y continuidad: la primera consistiría en seleccionar y adoctrinar a unos cuadros que con el tiempo serían leales hasta el fanatismo y obedientes hasta la sumisión; la segunda emplazaría a esos cuadros, según sus talentos y características personales, dentro de una estructura organizativa que al paso de los años se convertiría en un aparato muy eficiente y muy difícil de penetrar.

Las tensiones entre Mella y el PCC no fueron, como ha querido hacer creer la propaganda del comunismo cubano, simples diferencias de opiniones entre hombres aunados por una causa común. No. Esas tensiones fueron expresión de un conflicto profundo e insalvable entre la visión hegemónica del estalinismo de primera hora y la perspectiva cubana y latinoamericana que Mella siempre tuvo a la hora de luchar por la justicia social.

Con ese conflicto como referencia se puede explicar mejor el origen de su expulsión del PCC. El 5 de diciembre de 1925, ya estando preso por órdenes de Machado, Mella decidió declararse en huelga de hambre después de que intentaran asesinarlo mediante la aplicación de la ley de fuga. En unas cuantas horas el huelguista se apropió de la primera plana de los periódicos cubanos. La gente empezó a seguir su huelga día a día y, ya al final, hora a hora. En medio de esa extraordinaria movilización popular el PCC, lejos de sumarse a la misma, al menos bajo la premisa de cooperar con lo inevitable, decidió distanciarse y en algunos casos romper relaciones con los grupos que apoyaban a Mella. Hoy los archivos liberados demuestran que la Liga Antiimperialista acusó al PCC de incompetente y que esa acusación se tradujo en una ruptura entre esas dos organizaciones.<sup>62</sup>

Después de diecinueve días sin ingerir alimentos, y de sufrir una complicación cardiorrespiratoria aguda que casi lo lleva a la muerte, Mella triunfó en su huelga y el PCC decidió expulsarlo de la organización. La primera de las acusaciones que usaron contra él fue haberse declarado en huelga de hambre sin autorización del Partido. Poco importó que con esa acción su popularidad y la del PCC alcanzaran niveles inconcebibles para una organización tan pequeña y de tan corta vida. La popularidad de Mella alcanzó un nivel tan alto que el PCC bien pudo haberla usado para lograr una mayor membresía y un mejor reconocimiento social. En contra de esa lógica, el Partido, lejos de felicitarlo, decidió apartarlo de sus filas. Una medida que fue sustentada en acusaciones absurdas y en un celo partidista exagerado. Un error de consecuencias tan negativas que durante décadas los comunistas cubanos lo escondieron.

Esa expulsión respondió a un grupo de preguntas que ya estaban muy bien definidas desde la misma fundación del PCC. ¿Un cubano librepensador y con conexiones anarquistas haciendo de las suyas? ¿Un miembro del Comité Central que lo discute todo? ¿Un militante con opiniones propias? ¿Un líder estudiantil que se niega a obedecer al Partido? ¿Un revolucionario criollo y popular apropiándose del PCC? ¿Pérdida de control del NCIS? ¿Zigzaguo de la línea del Comintern? ¿Lealtad a Moscú comprometida? ¿Cuba antes que la URSS? No, eso nunca.

Las actas del proceso, que ya hoy están disponibles de forma pública,<sup>63</sup> muestran muchas de las características de los procesos estalinistas que pocos años después se convertirían en habituales. Las acusaciones fueron: haberse declarado en huelga de hambre sin consultar con el Partido; seguir la huelga después de que el Partido le ordenó que la abandonara; haber permitido que en el famoso manifiesto de protesta, que fue firmado por muchos intelectuales de la época, apareciera escrita una frase —en franca referencia al PCC— diciendo que Mella había sido “abandonado, por mezquinos motivos, de todos aquellos a los cuales ha dedicado sus esfuerzos”.

¿Quién tenía dentro del PCC la autoridad moral y ejecutiva para imponer la expulsión de Mella? A inicios de 1926 el Partido acababa de nacer, había sido rápidamente diezmado y la gran mayoría de sus dirigentes estaban en la cárcel. Hoy se sabe que esas decisiones, aunque siempre se presentaban como colectivas y llegaban envueltas en un metalenguaje grupal, eran tomadas por una persona o por una claue muy reducida.

Mella no era un militante cualquiera, pero tuvo que escribirles varias cartas a sus compañeros para exigir que lo escucharan antes de juzgarlo. En una de esas cartas le dijo a Ángel Ramón Ruiz Cortés: “Espero que actúes para que la junta que pido se celebre lo más pronto posible. Es una cobardía el que se me esté acusando sin haberseme oído ni juzgado. Solo a envidiosos y a cobardes se les ocurre esto. No te creo de éstos, pero si no me dejan defenderme son todos unos miserables”.<sup>64</sup> Al final decidieron escucharlo, pero el juicio se convirtió en una de esas farsas decididas de antemano. ¿Quién o quiénes tenían la autoridad requerida para decidir el destino de Mella? La respuesta obvia a esa pregunta es que solo un representante del Comintern, o de alguna de sus facciones, pudo haber impuesto semejante

desatino.

Cuando se analizan las actas del juicio y de la sentencia contra Mella surgen interrogantes que podrían indicar una presencia oculta del Comintern. En el acta del juicio aparece que el tribunal estuvo integrado por Ángel Ramón Ruiz Cortés, José Peña Vilaboa, Alejandro Barreiro, José Rego y un tal M. Makinson.<sup>65</sup> La identidad de M. Makinson todavía hoy no se conoce. El acta de la sentencia profundiza aún más el misterio.<sup>66</sup> En ese documento encontramos que los firmantes de la condena son: Ángel Ramón Ruiz Cortés (presidente), José Peña Vilaboa (secretario), V. Félix, J. Pedrín y un tal Rosky. Por arte de magia, M. Makinson desapareció sin dejar rastro, o fue sustituido por un tal Rosky.

Una vez expulsado, Mella decidió apelar al Comintern y emigrar hacia México. El PCC, dando por contado que en Moscú ratificarían la sentencia, se dedicó a perseguirlo. Mella llegó a México en febrero de 1926 y ya en marzo de ese mismo año el PCC le escribió una carta a Rafael Carrillo, en aquel entonces secretario general del Partido Comunista Mexicano, para pedir que lo expulsaran de esa organización.<sup>67</sup> Hoy los historiadores del comunismo cubano ponen en duda la autenticidad de esa carta.

En mayo de 1926, sin embargo, el PCC volvió a la carga. Esta vez con un documento inobjetable en el que aparece una frase que echa por tierra algo que los comunistas cubanos repitieron durante décadas. Según la propaganda de los comunistas cubanos, Mella salió de Cuba porque el tirano Gerardo Machado había jurado matarlo y se temía por su vida. Esa versión encaja muy bien con la adjudicación ulterior de su muerte a los esbirros del tirano. En la carta de mayo de 1926, sin embargo, el PCC le deja bien claro a sus colegas mexicanos lo siguiente: “Mella salió de la prisión por la presión de la opinión pública, la que le garantizaba que su persona no corría peligro, y en vez de hacer lo que sus compañeros de prisión, que después de salir hicieron frente a la situación, se marchó dejándolo todo confuso y desarreglado”.<sup>68</sup>

A pesar de todos esos ataques, los comunistas mexicanos le dieron a Mella el beneficio de la duda y lo dejaron actuar dentro de su organización con toda libertad. En diciembre de 1926 el PCC envió un informe a Moscú para referirse al caso.<sup>69</sup> Finalmente, en enero de 1927, el Secretariado de la Internacional Comunista dio su sentencia sobre la expulsión y después de repartir críticas a diestra y siniestra terminó dándole la razón al expulsado. Así llegó la resolución del PCC readmitiendo a Mella en la organización.<sup>70</sup>

En buena lid ahí tendría que haber terminado todo. De hecho, la propaganda del comunismo cubano intenta ahora, una vez que las informaciones que ellos negaron durante décadas ya están disponibles, demostrar que ahí terminó todo, que la sanción fue revocada, que volvieron a ser “amigos” y que la muerte de Mella, solo diecinueve meses después, fue culpa de Machado. Por desgracia para Mella, eso no fue así. Ahí habría terminado todo si el PCC y el Comintern hubieran sido organizaciones homogéneas; si en Cuba el NCIS no hubiera estado luchando por el control del Partido, y si en la URSS, a casi diez mil kilómetros de distancia, la facción estalinista no hubiera estado luchando por el control del PCUS y del Comintern.

En febrero de 1927, ya recién reinstaurado como miembro pleno del PCC, Mella partió hacia Bruselas para participar en el Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial. Desde Bruselas viajó hacia Moscú en compañía de Sandalio Junco para participar en el IV Congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR). Durante su estancia en la Unión Soviética los dos supieron por primera vez de la lucha de poder que ya estaba ocurriendo en la URSS, de las tesis de la Oposición de Izquierda (léase trotskismo) y de los esfuerzos de Trotsky y sus seguidores para contrarrestar el enorme poder que ya Stalin empezaba a acumular. Junco regresó a Cuba convertido en un trotskista convencido, algo que también terminaría costándole la vida.

Durante su estancia en Moscú quedó claro que los problemas que Mella había tenido con el PCC, lejos de desaparecer, se extendían hacia la URSS y al grupo de poder que eventualmente saldría victorioso dentro de esta. En algún momento del congreso el delegado ítalo-argentino Victorio Codovilla, quien ya desde esa época empezaba a forjar su largo historial de estalinista rabioso, propuso la expulsión de varios trotskistas de la Internacional Sindical Roja y del PCUS. Mella no firmó esa solicitud de expulsión y a partir de ahí sus problemas aumentaron.<sup>71</sup> La propuesta de su candidatura para delegado permanente de Latinoamérica ante el ISR fue rechazada y tuvo que regresar a México, para morir.

En octubre de 1928 llegó a tierra azteca uno de los hombres más siniestros y oscuros en la historia del comunismo internacional: Vittorio Vidali. Otro estalinista rabioso que antes de llegar a México pasó por La Habana y se entrevistó con Fabio Grobart.<sup>72</sup> A partir de la llegada de Vidali, las cosas a Mella le empezaron a irle de mal en peor. En los primeros meses de 1928 creó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC) con el objetivo de preparar una invasión armada a Cuba. Desde el mismo inicio de su creación, la ANERC atrajo a emigrantes cubanos tan disímiles en sus orientaciones y lealtades políticas como Raúl Amaral Agramonte, acusado posteriormente de haber

sido un provocador al servicio de Machado, y Alejandro Barreiro, quien unos meses antes había formado parte del tribunal que expulsó a Mella del PCC y que bien pudo haber sido un elemento de penetración del Partido dentro de la ANERC.<sup>73</sup>

Mientras Vidali empezaba su trabajo de zapa en México, y quizás para ayudarlo, Victorio Codovilla siguió atacando a Mella desde el exterior. En la conferencia sindical panamericana, organizada por el Comintern en la ciudad de Montevideo durante la primavera de 1928, Codovilla acusó a Mella de ser un militante trotskista y pidió su expulsión del Partido Comunista Mexicano. Los comunistas mexicanos rechazaron esa acusación y nombraron a Mella como su secretario general interino cuando en junio de 1928 Rafael Carrillo, el titular de la plaza, se fue a Moscú —en compañía de Vittorio Vidali— para participar en el VI Congreso de la Internacional Comunista. Al regresar de ese congreso, que marcó la derrota definitiva del trotskismo dentro del Comintern y validó la nueva política estalinista de la organización, muchos comunistas mexicanos empezaron a distanciarse de Mella.

En aquel momento la obsesión del cubano era organizar una expedición militar para derrocar a Gerardo Machado. Lograr ese objetivo implicaba hacer contactos y establecer alianzas con elementos de la política cubana que, por no pertenecer a la clase obrera, caían fuera de la efímera política de Stalin que se conoció bajo el lema de *lucha de clase contra clase*. Una receta que prohibía, al menos de momento, cualquier tipo de alianza con elementos no obreros. Los planes de Mella no llegaron a ninguna parte. Intentó, a través de Rubén Martínez Villena, convencer al PCC de la validez de su propuesta, pero sin resultado alguno. Fue a Nueva York para establecer contacto con algunos opositores a Machado y muy poco pudo sacar en limpio. Envío a Leonardo Fernández Sánchez hacia La Habana, para que estableciera contactos con el movimiento antimachadista, y la Policía Secreta lo detuvo en unas cuantas horas. Al final, sus esfuerzos solo sirvieron para convencer a Machado de la necesidad de eliminarlo, y para aumentar sus fricciones con el siniestro Vidali.

Los problemas de Mella fueron de mal en peor cuando quiso crear en México la llamada tercera central sindical. La historia de ese conflicto es demasiado larga y compleja para este libro. Baste decir que el gran favorecido de la misma fue Vicente Lombardo Toledano, quien acababa de publicar a principios de 1927 un libro titulado *La libertad sindical en México*, un texto que Mella rechazó por hacerse eco de eso que él consideraba reformismo. Al mismo tiempo, y en otros textos, Mella criticó la corrupción de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), por su defensa de los intereses del gobierno y no de las demandas y los derechos de los trabajadores.

La propuesta de Mella chocó con cierta oposición dentro del PCM, sobre todo de Alfred Stirner, quien en ese momento era uno de los representantes del Comintern en México. La idea del cubano, sin embargo, no era descabellada y ya había sido discutida y aprobada durante el IV Congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR) en Moscú. De esa aprobación dejó testimonio Diego Rivera en una entrevista en la que dijo que una de las razones por las que lo habían declarado “sospechoso” durante su visita a la URSS fue por su defensa de una línea sindical para México que proponía, en contra de la opinión de una fracción del Comintern y de Stalin personalmente, la fundación de una tercera central sindical, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM). Esa línea, continuó diciendo Rivera, fue aprobada tras largas discusiones en la ISR.<sup>74</sup>

En cuanto Carrillo y Vidali regresaron de Moscú el PCM decidió disciplinar a Mella. Empezaron por criticarle su posición con respecto a la tercera central sindical y terminaron por prohibirle sus preparativos para derrocar a Gerardo Machado mediante una invasión armada a Cuba. Mella respondió presentando su renuncia. Después decidió retractarse y pidió ser readmitido en el PCM. Su solicitud fue aceptada bajo la condición de que no desempeñara cargos de dirección y acatará todas las decisiones del Partido.

Fue a partir de ese momento que empezó la hostilidad abierta entre Vidali y Mella, un conflicto que además se vio estimulado por la relación extramatrimonial que Mella sostenía con la comunista y fotógrafa italiana Tina Modotti. Una mujer de belleza inobjetable que enseguida llamó la atención de Vidali y que terminaría convertida, una vez muerto Mella, en la amante y cómplice del italiano.

Durante mucho tiempo se ha especulado sobre la participación de Vidali y de los estalinistas cubanos en la muerte de Mella. La respuesta definitiva tendrá que esperar. Por el momento se puede decir que habría sido una verdadera chapucería implicar al Comintern en la muerte del cubano. La razón es que no hacía falta. A Mella lo detestaban por igual los hombres de Stalin en América y los seguidores de Machado en Cuba; pero solo a uno de esos dos grupos le convenía convertirlo en bandera y lograr que fuera útil hasta después de muerto. En ese sentido no es descabellada la idea de Natasha Mella, la única hija reconocida de Julio Antonio, cuando expresó que el Comintern fue el autor intelectual de la muerte de su padre, mientras que los sicarios de Machado fueron los autores materiales.<sup>75</sup>

Mella no solo estaba marcado para morir físicamente sino también para ser víctima de un asesinato de su reputación. La relación extramarital que mantenía con Tina Modotti, las fotos que ella le había tomado posando desnudo y el escaso cuidado que dedicó a su esposa y a su hija eran elementos más que

suficientes para iniciar una campaña de descrédito en su contra. Pero ocurrió, además, el famoso incidente del ultraje a la bandera cubana.

En diciembre de 1928, unas semanas antes de su muerte, la ANERC organizó una *Noche Cubana* en el Centro Hebreo de la ciudad de México. Al parecer, los dueños del local prohibieron que se colgara una bandera cubana en el salón principal y a alguien se le ocurrió colgar una dibujada sobre un cartón. En algún momento de la velada, según cuentan Jorge García Montes y Antonio Alonso Ávila en su historia del PCC,<sup>76</sup> la estrella de la enseña fue cortada con una cuchilla y eso dio lugar a una campaña de descrédito contra Mella. Oportunamente los medios de prensa de Machado lo acusaron de haber cortado la estrella de cartón y de haber mancillado la sagrada bandera cubana. Días después Mella cayó abatido en la ciudad de México. Un asesinato anunciado que solo pudo ocurrir porque el cubano había sido abandonado por sus compañeros y estaba completamente desprotegido. A nadie se le ocurrió, a pesar de la experiencia conspirativa que tenían algunos de esos comunistas, ponerle guardaespaldas o cambiar sus itinerarios.

La triste ironía de la muerte de Mella es que muchas de las cosas por las que él luchó se hicieron realidad poco tiempo después. La famosa tercera central sindical es una de ellas. No la que fundaron sus seguidores, porque esa —la llamada Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM)— tuvo una vida muy corta. Me refiero a la Central de Trabajadores de México, fundada en 1936 con la ayuda y el respaldo del PCM y por Vicente Lombardo Toledano, el mismo hombre al que Mella había criticado cuando era uno de los ideólogos de la corrupta CROM.

Hoy está demostrado que Lombardo Toledano fue un agente de la Inteligencia soviética.<sup>77</sup> A partir de ese dato es posible preguntarse: ¿cuánto tuvo que ver la negativa del Comintern a la propuesta de Mella —de crear la tercera central sindical— con el trabajo que la Inteligencia soviética ya podría haber estado haciendo con vista a reclutar a Toledano? Un agente que, entre otras cosas, ayudó muchísimo a los castristas durante la preparación de la expedición del yate *Granma*.

Otra influencia de Mella que ha recibido muy poca atención fue la de haber inaugurado, en el PCC, la moda de los nombres romanos como pseudónimos de guerra. Fue Mella quien creó esa tendencia; pero fue Grobart quien la validó y le dio su carácter simbólico. Hoy se sabe que hasta el año 1930 Grobart solo había utilizado los pseudónimos de “Jova”, “Hova” y “Chico”, y los nombres falsos de Yunger Senjovich, Otto Modler y José Michelin.<sup>78</sup> Fabio, que es el nombre con el que hoy se lo conoce, fue un pseudónimo que empezó a utilizar después de la muerte de Mella y al regreso de su segundo viaje a la URSS, en 1932.

A partir de ahí empezaron a aparecer en el PCC los pseudónimos romanos. César Escalante, por ejemplo, escogió Fabián y Pedro Román como nombres de guerra. Aníbal Escalante se puso Antonio, Silvio Ramírez pasó a ser conocido como Severo Aguirre y Flavio Bravo terminaría heredando el “Julio” de Mella<sup>79</sup>. El nombre escogido por Grobart es una clara alusión a Quinto Fabio Máximo. El dictador romano que durante la Segunda Guerra Púnica decidió derrotar al cartaginés Aníbal con pocos combates y mucho desgaste. Esa estrategia, que hoy se conoce como Fabiana, fue utilizada después por jefes militares como George Washington en los Estados Unidos y Kutuzov en Rusia.

Para Grobart el simbolismo de su Fabio implicaba que el comunismo cubano nunca llegaría al poder gracias a la lucha frontal y nacionalista de un librepensador como Julio Antonio Mella. No, la victoria llegaría sin presentar grandes batallas, respetando siempre los dogmas de Moscú y desgastando al enemigo tanto como fuera posible. Antes de triunfar, el comunismo cubano tendría que estar listo para enfrentar a una reacción que es siempre muy poderosa. La verdadera victoria del PCC pasaba por llegar al poder con sus mejores tropas intactas y con un enemigo tan minado en sus entrañas que cualquier reacción, por poderosa que fuera, tendría muchas menos probabilidades de éxito.

Como sucedió.

51. *Cuatro horas bajo la bandera roja*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1968, p. 5.

52. Hatzky, Christine. *Julio Antonio Mella, una biografía*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008, p. 140.

53. Contreras, Nelio. *Julio Antonio Mella. El joven precursor*, Editora Política, La Habana, 1987, p. 70.

54. Fuentes, Jorge. *El Polaquito*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005.

55. Massón Sena, Caridad. *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2006, p. 97.

56. Ver capítulo XV de este libro.

57. Alfredo López fue uno de los líderes del sindicato de tipógrafos. Fundador, junto con Marcelo Salinas, Antonio Penichet y otros, de la Federación Obrera de La Habana (FOH) y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNO). Asesinado por los esbirros de Machado.

58. Mella, Julio Antonio. *Documentos y artículos*, Instituto Cubano del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba/Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, p. 240. Lenine coronado. Ver: <https://elsudamericano.wordpress.com/2014/08/21/lenine-coronado/>

59. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo I (1925-1935), Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 38.

60. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 78.

61. *Ibidem*, p. 147.
62. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 46.
63. Disponible en línea en: <[www.latinamericanstudies.org](http://www.latinamericanstudies.org)>.
64. RGASPI, fondo 495-105-2, hojas 13-22: Protocolo del Juicio del PCC a Julio Antonio Mella, enero-1926; y fondo 495-105-2, hoja 34: Copias de dos cartas enviadas por Julio Antonio Mella al Comité Central del PCC y a uno de sus miembros.
65. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 55, n. 59.
66. RGASPI, fondo 495-105-2, hoja 22: La sentencia, enero-1926.
67. *Ibidem*, fondo 495-105-2, hoja 23: Copia de la carta remitida por el PCC a Rafael Carrillo, La Habana, 23 de marzo de 1926.
68. *Ibidem*, fondo 495-105-2, hojas 44-47: Carta del PCC a los miembros del Comité Central del PCM, 31 de mayo de 1926.
69. *Ibidem*, fondo 495-105-1, hojas 40-41: Fragmento de un informe sobre el PCC, 31 de diciembre de 1926.
70. *Ibidem*, fondo 495-105-5, hojas 14-21: La “Resolución Cubana” del Secretariado Político de la Internacional Comunista, 28 de enero de 1927; y fondo 495-105-8, hoja 3: Reconsideración del PCC, La Habana, 29 de mayo de 1927.
71. Ravines, Eudocio. *The Yenan Way*, Charles Scribner’s Sons, Nueva York, 1951, pp. 57-58.
72. Passi, Mario. “Vittorio Vidali”, en *Civiltà della memoria*, vol. 2, Edizioni Studio Tesi, Roma, 1991, p. 76.
73. Graciella Garbalosa, amiga personal de Mella, escribe en un artículo —publicado en la revista *Bohemia*, 17 de septiembre de 1933, pp. 8-9, núm. 59— para decir: “En noviembre de 1928 yo sufría temores, por la vida de Julio Antonio Mella, y desconfiaba, desconfiaba hasta de algunos simpatizadores del Partido, que vivían unas veces en la casa de Julio Antonio y otras en el cuarto de algunos compañeros”.
74. Rivera, Diego. “Lo que opina Diego Rivera sobre la pintura revolucionaria”, *Octubre, La revista del marxismo revolucionario*, N° 1, México D.F., 1 de octubre de 1935, p. 51.
75. Cancio Isla, Wilfredo. “Falleció Natasha Mella, hija del líder estudiantil Julio Antonio Mella”, disponible en línea en: <[cafefuerte.com](http://cafefuerte.com)>.
76. García Montes, Jorge y Antonio Alonso Ávila. *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Ediciones Universal, Miami, 1970, p. 90.
77. Haynes, John Earl y Klehr Harvey. *Venona: Decoding Soviet Espionage in America* (Annals of communism. Yale Nota Bene), Yale University Press, 2000, pp. 283-284. Ver también: “Bogota KGB-Moscow Center Cables. Cables Decrypted by the National Security Administration’s Venona Project”, disponible en línea en: <[www.wilsoncenter.org](http://www.wilsoncenter.org)>.
78. Fuentes, Jorge. *El Polaquito*, *op. cit.*, p. 86.
79. Muchos comunistas cubanos quisieron tener el “Julio” de Mella como nombre de guerra. El primero fue Villena, después Blas Roca y por último Flavio Bravo.

## Capítulo IV

### La montaña rusa

Altas y bajas, giros inesperados, pérdidas transitorias de la orientación, vértigos, miedos, euforias, y una ridiculez tan visible que solo podía ser ignorada ante la certeza de que algún día, en un futuro no muy lejano, el carrito de la Revolución descendería triunfante hasta la plataforma de embarque.

Así, como en una montaña rusa, puede ser descrita la historia del PCC. Una organización que pagó un alto precio político por su obediencia a Moscú y que a cada rato vio su evolución marcada por decisiones que muchos identificaron como errores absurdos y garrafales. Por desgracia, no fueron lo uno ni lo otro.

El segundo de esos grandes errores del PCC fue la traición a la huelga general que derrocó al tirano Gerardo Machado en agosto de 1933. Una pifia que la inmensa mayoría de los comunistas cubanos todavía no se atreve a reconocer y cuya existencia es hoy un hecho inobjetable.

El 1 de agosto de 1933 y siguiendo los acuerdos del Comintern (de julio de 1929), el PCC convocó a huelgas y manifestaciones de algunas de las organizaciones sindicales que ya controlaba a través de la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOOC). El 2 de agosto, el Secretariado del PCC se reunió para discutir la pertinencia de hacer un llamado a la huelga general. Al final decidieron que era factible hacerlo y el día 3 publicaron un manifiesto en el que reconocían el carácter general de la huelga y llamaban a incorporarse a la misma a todos aquellos que no lo hubieran hecho.<sup>80</sup> A partir de ahí se sumaron a esa acción todos los que estaban en contra del gobierno de Machado. Eso incluyó a organizaciones de derecha, como el ABC,<sup>81</sup> y a los grupos de la izquierda trotskista que eran liderados por Sandalio Junco.

El 5 de agosto ya era evidente que la huelga se iba extendiendo por todo el país. Ante esa realidad, el PCC reconoció que era absurdo hacer un llamado a ampliarla porque de hecho ya tenía carácter general a causa de la acumulación de las huelgas parciales.<sup>82</sup> En la tarde del 7 de agosto la organización de derecha ABC Radical lanzó la noticia, a través de una emisora de radio ilegal, de que Machado había renunciado. Al anoecer, miles de habaneros empezaron una marcha de regocijo hacia las oficinas del gobierno. La manifestación fue recibida con fuego de ametralladoras y veintidós personas fueron asesinadas y más de cien resultaron heridas. Ante esa demostración de fuerza el PCC claudicó.

El 9 de agosto el Secretariado del PCC se reunió para discutir la conducta a seguir ante la nueva situación. Esa reunión, aunque contó con la presencia del secretario general en ese momento, Jorge Vivó d'Escoto,<sup>83</sup> fue liderada por el poeta Rubén Martínez Villena.<sup>84</sup> Al final, después de largas discusiones, se acordó negociar con Machado y hacer un llamado a la finalización de la huelga.

Varias razones y mandatos influyeron en la toma de esa decisión. La primera fue la estrategia Fabiana de no presentar batalla mientras existiera un riesgo de derrota. El PCC sospechaba de la existencia de militares cubanos leales a Machado y dispuestos a defenderlo hasta el final. Por otro lado, estaban las organizaciones de derecha, como el ABC, que podían convertirse en verdaderos flagelos de los comunistas. Por último, los marines estadounidenses todavía tenían derecho legal —gracias a la famosa Enmienda Platt de la Constitución cubana de 1902— a intervenir militarmente en Cuba cada vez que su gobierno así lo decidiera.

La existencia de militares leales a Machado fue confirmada por un espía que el PCC había logrado infiltrar en la Secretaría de Gobierno. En aquel momento el secretario personal de Gerardo Machado era el renombrado intelectual cubano Ramiro Guerra. Uno de sus hijos, José Antonio Guerra, era militante del PCC, miembro del Comité Central, y fuente para el Partido de informaciones frescas sobre las decisiones del Palacio Presidencial. En la reunión del 9 de agosto José Antonio Guerra informó que después de la matanza, y ya fuera por miedo a las represalias o por admiración castrense, la casta militar cubana apoyaba con más firmeza a Machado. Unos pocos días después esa información demostró no ser

exacta.<sup>85</sup>

En cuanto a la intervención militar estadounidense, nadie en su sano juicio podía descartarla del todo. De suceder, esa intervención podía convertirse en otro duro golpe para la estructura organizativa del PCC y, peor aún, para su NCIS. Eso explica que en el momento álgido de las discusiones haya llegado un cablegrama del Buró del Caribe del Comintern diciendo “demoren la venta final”. Ese mensaje, Fabiano en su esencia, estaba en perfecta concordancia con el razonamiento de Martínez Villena de que era “mejor un Machado débil que un nuevo gobierno de la oposición burgués-latifundista colocado por la marinería yanqui”.

Al final, el PCC decidió cubrirse de ignominia y negoció con Machado. Asaltaron el Palacio Presidencial con una misión diplomática y lograron que el tirano aceptara todas las demandas de los huelguistas. Obtuvieron la añorada promesa de legalización del Partido, liberaron a algunos compañeros que todavía estaban presos y prometieron que los trabajadores regresarían al trabajo. Enviaron al comunista César Vilar, uno de los líderes de la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOOC), a decir a los trabajadores que ya iba siendo hora de regresar al trabajo. La respuesta que recibió la vanguardia de la clase obrera (el PCC) de la supuesta retaguardia fue tajante: “Ni un paso atrás, que se vaya el animal”.

Tres días después Machado era derrocado y entre los papeles que el tirano dejó en el Palacio Presidencial estaban las pruebas de la traición de los comunistas a la huelga que ellos mismos habían iniciado, y al movimiento obrero que decían defender. Una traición que en el lenguaje eufemístico del Partido pasó a ser reconocida como *el error de agosto*. Una pifia que los acompañaría por el resto de su historia y por la que al final pagaron los que siguieron al dedillo la estrategia Fabiana y no los que la diseñaron.

El primero en pagar los platos rotos fue Jorge Vivó d’Escoto. Un chivo expiatorio a todas luces injusto cuando se constata que en 1933 el verdadero líder del PCC era Rubén Martínez Villena. Vivó, como secretario general que era en ese momento, convocó a las huelgas parciales del 1 de agosto y estuvo de acuerdo en convertirlas en una protesta general. A pesar de eso, Martínez Villena, que fue el máximo exponente de la estrategia Fabiana dentro del Partido, decidió culpar y sancionar a Vivó d’Escoto.

Cuando se analizan las actas de las reuniones del PCC para discutir *el error de agosto* se constata la existencia de un conflicto tanto dentro del Partido como entre este y los representantes del Comintern. En la primera de esas reuniones, que sucedió entre el 29 y el 30 de agosto de 1933, estuvieron presentes al menos dos delegados del Comintern: Juan “el Polaco”<sup>86</sup> y Pedro “el Canadiense”.<sup>87</sup> Una vez más Villena dijo que “la huelga no había tumbado a Machado, sino la presión del ejército, y que era preferible un Machado débil a la intervención norteamericana”. En este punto Juan “el Polaco” lo interrumpió para declarar que su opinión era una grosera subestimación de la huelga general y que su teoría de mantener a Machado como un mal menor la consideraba muy rara.<sup>88</sup>

En algún momento de esa reunión Vivó propuso que los miembros del Comintern presentes en la misma no solo tuvieran voz, sino también voto. Villena no estuvo de acuerdo y dijo que “una poderosa ayuda llegó a los compañeros del Comité Central [del PCC] que están en contra de *la línea del Partido*. Esta ayuda es llevada por los representantes del Comintern. Ellos no impresionan tanto por sus argumentos como por los puestos que ocupan”.<sup>89</sup>

Villena nunca aclaró a qué se refería él con *la línea del Partido*. Es posible que se refiriera a la estrategia Fabiana que él mismo había impuesto durante *el error de agosto*. Una visión que estaba en perfecta concordancia con el futuro pseudónimo de un hombre que regresaría a Cuba convertido en Fabio Grobart y que en aquel momento Villena todavía identificaba como “Jova” o “Chico”.

Grobart y Rubén se encontraron en Berlín en 1932. Sus caminos se cruzaron durante el viaje del polaco hacia Moscú y del cubano hacia La Habana. Hoy resulta imposible saber de qué hablaron exactamente durante ese encuentro. También sabemos, por las propias palabras de Grobart, que en 1933 él tenía serias dudas sobre la capacidad de sobrevivencia de una revolución en Cuba.<sup>90</sup> Una idea que coincidía con el principio estalinista del socialismo en un solo país.

Al final se perfilaron dos posiciones básicas: la de Villena y Grobart, que estaban en contra de arriesgarlo todo en una revolución que ellos creían no podría sobrevivir; y la otra, representada por Lovsky y de inicio por Vivó, que estaba en favor de derrocar a Machado primero y negociar o radicalizar el proceso después. Villena logró imponer su visión en la reunión del Secretariado que tuvo lugar el 9 de agosto de 1933; pero es cierto que recibió una extraordinaria ayuda del cablegrama ordenando “demoren la venta final”.<sup>91</sup> Resulta muy difícil aceptar que ese mensaje no haya sido aprobado por Moscú. ¿Quién, además de tener esa misma idea, tenía conocimientos sobre Cuba y conexiones en el Comintern para hacer valer la opinión de que era mejor negociar con Machado? La respuesta evidente es Grobart, quien además estaba en la URSS en aquel momento.

Los grandes triunfadores del *error de agosto* fueron Fabio Grobart y el estalinismo que este defendía.

Con Vivó d'Escoto expulsado del cargo de secretario general y Villena listo para morir o ser defenestrado por el Comintern, el trabajo de Grobart se hizo mucho más fácil. El *mellismo* había sido finalmente erradicado del PCC. La estructura clandestina creada por “El Polaco” no se había afectado por la caída de Machado. El trabajo de reclutamiento y selección de los cuadros jóvenes iba por buen camino. La organización crecía y por primera vez pudo contar con un secretario general idóneo. Blas Roca, un hombre al que Grobart le había echado el ojo desde que coincidieron en la cárcel, devino el secretario general eterno y perfecto. Era cubano pero su nacionalismo no pasaba de tres o cuatro frases huecas. Era marxista, pero su marxismo siempre se redujo a repetir lo que le dijeran que había dicho Stalin. Era mulato, que en Cuba es ser negro cuando hace falta y blanco cuando conviene. Era el máximo dirigente del Partido, pero siempre tuvo a bien reconocer que se hacía lo que Fabio dijera. Era infatigable, pero había áreas del trabajo partidista de las que él sencillamente no se ocupaba. Era, en esencia, un punto final y redondo, un Blas, creado para acallar a aquellos que creyeran tener una razón a favor de Cuba y en contra del estalinismo soviético. Con Blas como secretario general desaparecieron las tendencias nacionalistas dentro del Partido y la organización devino, al fin, el instrumento adecuado para el trabajo del Comintern (y la Inteligencia soviética) en Cuba y Latinoamérica. Un instrumento que llevó a la organización a explorar nuevos abismos de la ignominia. Una de las consecuencias negativas que tuvo *el error de agosto* fue el vacío de poder que surgió tras la caída de Gerardo Machado. Un momento convulso en la historia de Cuba en el que los comunistas fueron relegados, a causa del desprestigio que sufrían, y no alcanzaron a tener el protagonismo que habrían merecido de no haber claudicado ante el tirano. De ese vacío de poder surgieron los hombres y las organizaciones que conformarían la política cubana hasta 1959. Machado cayó el 13 de agosto de 1933 y fue sustituido por Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, el hijo del prócer que los cubanos reconocen como el Padre de la Patria.<sup>92</sup> Los primeros días de ese precario gobierno fueron, como es habitual, de saqueos y ajustes de cuentas contra los esbirros de la tiranía. Después empezó el pugilato por el poder real. Una lucha de la que emergieron los dos líderes de esa época: Fulgencio Batista y Antonio Guiteras.

A inicios de septiembre de 1933 las provincias centrales de Cuba fueron asoladas por un huracán. El día 4 de ese mes, mientras los comunistas todavía se rascaban la cabeza, y aprovechando que el presidente Céspedes estaba de visita en las regiones afectadas, Fulgencio Batista lideró la famosa *Revolución de los Sargentos*, una sublevación de suboficiales que terminó convertida en un verdadero golpe de Estado. El presidente Céspedes fue depuesto de su cargo y sustituido por una Pentarquía o Junta Revolucionaria. El 10 de septiembre, ante lo inoperante de esa forma de gobierno, los llamados *Pentarcas* se reunieron en el Palacio Presidencial y nombraron presidente al doctor Ramón Grau San Martín. Además, decidieron nombrar a Antonio Guiteras Holmes, el líder estudiantil que se había alzado contra Machado en la región oriental de Cuba, como representante del gobierno en la provincia de Oriente, primero, y poco después como ministro de Gobernación. Esa última responsabilidad Guiteras la desempeñó durante el breve período de tiempo que en la historia de Cuba se conoce como el “Gobierno de los Cien Días”, pero lo hizo tan bien que enseguida se ganó la enemistad de la extrema derecha y de la extrema izquierda.

Para Fabio Grobart, Antonio Guiteras bien pudo haber sido la confirmación de un viejo adagio: al que no quiere caldo le dan dos tazas. El ministro de Gobernación compartía demasiadas similitudes con el fallecido Julio Antonio Mella. Nombres aparte, los dos eran hijos de madre estadounidense de origen irlandés que defendían la independencia de Irlanda. En el caso de Marie Theresse Holmes por ser sobrina de John Walsh, uno de los líderes del movimiento independentista de ese país. Por el lado paterno, Guiteras creció escuchando —como Mella con su abuelo dominicano— las historias familiares sobre un tío, llamado José Ramón Guiteras, que había muerto en combate durante la guerra de independencia iniciada por Carlos Manuel de Céspedes.

Los dos hablaron el inglés a la perfección, vivieron y estudiaron en la provincia de Pinar del Río y en algún momento de sus vidas quisieron ingresar en academias militares y fueron rechazados. Al final terminaron matriculando en la Universidad de La Habana y en cuanto empezaron sus estudios se convirtieron en grandes líderes estudiantiles. Los dos tuvieron que luchar en dos frentes: uno contra Gerardo Machado y el PCC; el otro contra Fulgencio Batista y el mismo PCC. Los dos murieron antes de alcanzar los 30 años de edad y al momento de morir iban acompañados por personas muy vinculadas al movimiento comunista internacional. Con Mella iba Tina Modotti, y con Guiteras iba el revolucionario venezolano Carlos Aponte.

En el poco tiempo que estuvo al frente de la Secretaría de Gobernación, Guiteras impulsó la aprobación de un grupo de medidas evidentemente progresistas. Durante su mandato se aprobó la jornada de ocho horas y el derecho a un salario mínimo que no fuera de miseria; se decretó la autonomía universitaria; las tarifas de la electricidad fueron reducidas y se ordenó la intervención de la Compañía Cubana de Electricidad (que estaba en manos de capital estadounidense).

Acierta la historiadora cubana Olga Cabrera cuando reconoce que las directivas del Comintern para Cuba, representadas por la política general de *lucha de clase contra clase*, y por la directiva particular de creación de *gobiernos de obreros y campesinos (Soviets)*, trajeron como resultado “posiciones que en la práctica lo llevaron [al PCC] a atacar a Antonio Guiteras, por considerarlo un demagogo que trataba de utilizar al movimiento de masas para apartarlo del camino verdaderamente revolucionario”.<sup>93</sup>

Ya desde fecha tan temprana como septiembre de 1933, días después del estreno de Guiteras como ministro de Gobernación, el PCC decidió traer las cenizas de Julio Antonio Mella desde México. La idea era convertir el entierro de esos restos en una manifestación multitudinaria para desestabilizar al gobierno. Teniendo en cuenta el oportunismo evidente del momento escogido, y el desprestigio acumulado por el PCC durante la caída de Machado, el gobierno de Grau-Guiteras-Batista decidió negar el permiso para que se realizara el acto. Los comunistas hicieron caso omiso de la prohibición y el 29 de septiembre partió el cortejo con las cenizas de Mella hacia el Parque habanero de La Fraternidad. En el camino la multitud fue atacada por francotiradores y por militares leales a Fulgencio Batista. En la balacera murió el niño Paquito González, quien de inmediato devino una bandera de los comunistas cubanos.

Esos sucesos fueron una maniobra mediática que buscaba reparar la deteriorada imagen del PCC, y una prueba de fuerza encaminada a mostrar la capacidad de esa organización para las acciones violentas. Ese último objetivo fue consecuencia, a su vez, de la llegada a Cuba en marzo de 1933 del legendario Ramón Nicolau, el primer lugarteniente de Fabio Grobart. Nicolau nació en La Habana el 28 de octubre de 1905 y solo alcanzó a cursar estudios primarios. Fue zapatero de profesión y desde 1921 se vinculó a la Unión de Obreros de la Industria del Calzado, un sindicato que, junto con el del ramo de la sastrería, estaba controlado por los inmigrantes centroeuropeos que en Cuba se conocían como *polacos*. A través de ese trabajo sindical Nicolau entró en contacto con Fabio Grobart, fue reclutado y devino miembro del PCC desde octubre de 1926.<sup>94</sup>

Poco después, en 1928, llegaron a La Habana, procedentes de la misma región de Polonia en la que nació Grobart, los comunistas polacos Yakov Burstein, zapatero de profesión, y su sobrino Jaime Novomodni, que era sastre. A partir de ese momento Novomodni, quien a pesar de su juventud ya acumulaba una buena experiencia conspirativa, empezó a trabajar estrechamente con Nicolau. Ese dúo dinámico, necesario para conectar a los comunistas centroeuropeos con los cubanos, duró hasta después del triunfo de la revolución castrista.

En 1929 Nicolau fue promovido a miembro del Comité Central del PCC, cargo que desempeñó, junto con otras responsabilidades, hasta la disolución oficial del Partido en 1961. A partir de esa promoción “Monguito”, que es como se lo conoce en Cuba, estuvo implicado en casi todas las actividades ilegales del PCC. Cayó preso en 1930 por organizar la huelga del 1 de mayo. Durante los preparativos de esa huelga, Novomodni decidió hacer una bandera comunista pero la tela roja no le alcanzó y tuvo que empatarla con otro fragmento de tela negra.<sup>95</sup> Esa fue la primera vez que ondeó en Cuba una bandera rojinegra muy parecida a la que veinticinco años después el Movimiento 26 de Julio (M26-7) de Fidel Castro usaría para identificarse.

En 1931 Nicolau reclutó, armó, organizó y acantonó en distintos puntos de La Habana a varios grupos armados del Partido. Esos grupos constituyeron el embrión de lo que después se conocería como el “Frente Rojo” del PCC. Esos hombres, entre los que también estuvo Jaime Novomodni, debían participar en el intento de derrocamiento de Gerardo Machado que organizó el coronel Julio Aguado. Cuando la conspiración fue delatada a la policía, Nicolau cayó preso y estuvo en prisión unas pocas semanas. A su salida de la cárcel fue enviado a estudiar a la Unión Soviética, país en el que coincidió, mientras estaba en la Escuela Leninista Internacional (ELI), con su inseparable Jaime Novomodni. Durante esa estancia en la URSS “Monguito” conoció a Stalin y se codeó con la crema y nata del comunismo soviético e internacional. Conoció personalmente al búlgaro Jorge Dimitrov; a los alemanes Wilhelm Pieck y Ernst Thalmann; al italiano Palmiro Togliatti; al francés Maurice Thorez; al húngaro

36

Bela Kun y al vietnamita Ho Chi Minh. Hizo amistad con Dolores Ibárruri “La Pasionaria”, el legendario Enrique Lister y el venezolano Gustavo Machado. Volvió a encontrarse con Vittorio Vidali, quien ya había estado en La Habana en 1928, y su esposa Tina Modotti. De los líderes soviéticos pudo conocer a Dmitri Manuilski, a Viacheslav Mólotov y al mariscal Kliment Voroshílov, quien lo impresionó con sus conocimientos sobre las proezas militares de Máximo Gómez y Antonio Maceo en Cuba. En dos ocasiones Nicolau fue llamado al Kremlin para hablar con Stalin. Otra prueba de la alta estima en la que se le tuvo fue el haber sido seleccionado como el primer latinoamericano, y por muchos años el único, que cursaría estudios en la Escuela Superior de Guerra Mijail Frunze;<sup>96</sup> estudios que no pudo terminar porque el PCC decidió que regresara a Cuba.

En 1932 Grobart cayó preso y a su salida de la cárcel fue expulsado de Cuba y terminó viajando hacia la URSS. A partir de ese momento la tarea de “Monguito” fue terminar su adiestramiento en el trabajo

clandestino y de Inteligencia, regresar a Cuba y garantizar las condiciones adecuadas para el regreso de Grobart. Si algo salta a la vista en la historia del PCC es que, a partir del regreso de Nicolau a Cuba, en marzo de 1933, el trabajo clandestino e ilegal del Partido dio un salto cualitativo. De inicio, Nicolau fue detenido por la policía de Machado y torturado salvajemente. Pasó la prueba y en cuanto pudo salir en libertad, gracias a que no habló y a las protestas que se desataron dentro y fuera de Cuba, se perdió en la más profunda clandestinidad. Desde esos abismos se dedicó a extender y solidificar un aparato clandestino que llegaría a conocerse como la “Comisión Militar”.

Bajo la dirección de Nicolau el PCC creó una extensa red de casas de seguridad y de mecanismos de comunicación fiables y secretos. Muchos miembros de la organización dejaron de militar abiertamente y pasaron a cumplir misiones encubiertas. La imprenta del Partido, por ejemplo, fue camuflada de una forma tan efectiva que en varias ocasiones la policía registró la casa en la que estaba y no pudo encontrarla. Algo similar sucedió con los archivos secretos de la organización: durante décadas la policía intentó encontrarlos sin resultado alguno.

Gracias a la disciplina impuesta por Nicolau, a los conocimientos adquiridos por él en la URSS y al trabajo de selección que el Partido venía realizando desde su fundación, el Frente Rojo alcanzó un alto nivel de eficiencia en la lucha clandestina en las ciudades. Esos logros sirvieron para extender el trabajo militar hacia los campos de Cuba. Inicialmente hacia los Soviets que desde agosto de 1933 el PCC había creado en más de treinta centrales azucareros del oriente de Cuba.

En 1934, ya con Batista en el poder y durante el enfrentamiento de este con los campesinos del Realengo 18, fueron Nicolau y sus hombres del Frente Rojo los que subieron hacia las montañas del oriente de Cuba para llevarles las armas a los campesinos sublevados, entrenarlos en el manejo de las mismas y lograr que triunfaran. Esa primera operación en las serranías orientales fue la antesala para la creación, a partir de 1935, del Ejército Libertador Cubano (ELC), una estrategia de lucha guerrillera en las montañas de Cuba que el PCC concibió, y Nicolau empezó a desarrollar, veinte años antes del desembarco del yate *Granma* de Fidel Castro.

Cuando se pone el entierro de las cenizas de Mella en el contexto del trabajo previamente desarrollado por Nicolau es fácil entender que ese evento fue una demostración de fuerza muy bien planificada. También es posible explicar que después de esa manifestación, del tiroteo y de los muertos por ambas partes, Batista reafirmara su decisión de no darles tregua a los comunistas. A partir de esa fecha el nuevo hombre fuerte de Cuba se dedicó a perseguirlos sin descanso. La represión fue tan rápida y brutal que ya en octubre de 1933 el PCC proclamaba “¡Abajo el gobierno de Grau-Batista-Guiteras, masacrador de los obreros y campesinos!”. Un mes después, en noviembre de 1933, el PCC llamó con insistencia a la toma revolucionaria del poder y al derrocamiento del gobierno de Grau-Guiteras-Batista. En enero de 1934 el PCC emitió una directiva para boicotear la zafra azucarera en todo el país, sobre todo en los centrales que eran propiedad de capitales estadounidenses.<sup>97</sup> El 15 de enero de 1934 el gobierno de Grau-Guiteras fue derrocado por un golpe de Estado encabezado por Fulgencio Batista. Como resultado de ese golpe se instauró un nuevo triunvirato integrado por el nuevo presidente de la República, el coronel de la Guerra de Independencia Carlos Mendieta Montefur, el embajador de los Estados Unidos, Jefferson Caffery, y el jefe del Ejército, Fulgencio Batista. A Guiteras no le quedó más remedio que pasar a la clandestinidad y crear, en mayo de 1934, la organización Joven Cuba.

Siguiendo la absurda línea de Moscú los comunistas cubanos habían logrado desestabilizar el país, debilitar al gobierno progresista de Guiteras y radicalizar la revolución del 33 hasta un punto en el que fue inevitable el contragolpe de los elementos más proestadounidenses de la política nacional. El PCC, lejos de apoyar a un gobierno que intentaba mejorar las condiciones de vida de los trabajadores cubanos y defender los intereses nacionales, decidió torpedearlo hasta verlo desaparecer. Esa miopía política, impuesta por la famosa línea de lucha de *clase contra clase*, llegó al extremo de que ya con el gobierno de Mendieta-Caffery-Batista en el poder, y con la represión, el entreguismo y la corrupción en sus apogeos, los comunistas cubanos siguieron viendo a Guiteras como el peor de los males.

En el segundo congreso del PCC, celebrado en abril de 1934 en una finca cercana al pueblo habanero de Caimito, los delegados acordaron que la organización participaría en las elecciones a la Asamblea Constituyente convocadas por el gobierno de Mendieta-Caffery-Batista. No contentos con semejante traición decidieron también, después de discutirlo en ese mismo congreso, conceptuar a la Joven Cuba como “la izquierda de la burguesía y los terratenientes” e identificarla como “el peligro principal para el movimiento revolucionario en la situación actual”. Los resultados de esa actitud sectaria no tardaron en verse. En junio de 1934 la organización ABC, de ideología francamente fascista y ya en ese momento con representación dentro del gobierno de Batista, decidió hacer una marcha multitudinaria, al estilo de Mussolini en Italia, por las calles de La Habana. Una gran multitud vestida con camisetas verdes empezó a desfilar por vías céntricas de la ciudad y los comunistas, que ya para esa fecha tenían órdenes expresas del Comintern con respecto al fascismo, movilizaron al Frente Rojo y acabaron a tiros con la manifestación. El líder visible de esa acción terrorista del PCC, y la persona que cargó con la

responsabilidad pública del tiroteo, fue Joaquín Ordoqui, quien se vio obligado a salir de Cuba clandestinamente y emigró hacia la URSS.

En noviembre de 1934 el Comintern cambió de opinión y le propuso al PCC un acercamiento lento a los guiteristas.<sup>98</sup> A principios de ese año Nicolau se había entrevistado en la ciudad de México con el revolucionario venezolano Carlos Aponte. Como resultado de esa entrevista Aponte, quien antes había luchado con Augusto César Sandino en Nicaragua, viajó hacia Cuba y sirvió de enlace constante entre el aparato clandestino del PCC, dirigido por Nicolau, y la organización Joven Cuba. Como resultado de esa cooperación, La Habana se vio asolada por una serie de asaltos y acciones violentas que le vinieron de perillas a Batista para justificar su represión. Esa cooperación entre Guiteras y el PCC, a pesar de haber sido tardía y de no haber cambiado en nada el destino de la Joven Cuba, fue utilizada durante años por los comunistas cubanos para ilustrar su cooperación con Guiteras y su falta absoluta de responsabilidad en el fracaso de los planes insurreccionales y la muerte de ese joven revolucionario. El 8 de mayo de 1935, después de haber rechazado la propuesta de Batista de integrarse a su gobierno, Guiteras y sus hombres esperaron en El Morrillo por el yate *Amalia*. La embarcación se retrasó varias horas y en su lugar llegaron las tropas de Batista. En el combate cayó el líder de Joven Cuba junto con el revolucionario venezolano Carlos Aponte. Para muchos cubanos, y parafraseando a Mario Vargas Llosa en su *Conversación en La Catedral*, ese fue el día en que se jodió Cuba.

38

Con Guiteras muerto, y con el ABC aterrorizado, Batista y los comunistas pudieron, al fin, dirimir su propio conflicto. Ya desde enero de 1934 la pelea había sido pactada alrededor de la zafra. La frase utilizada por Batista, en respuesta a la orientación del PCC de boicotear la producción de azúcar, fue: “Habría zafra o habría sangre”. La zafra sucedió y la represión fue brutal.<sup>99</sup>

En marzo de 1935 la huelga fue aplastada sin misericordia y la montaña rusa de los comunistas cubanos volvió a alcanzar un nuevo punto bajo. Sus acciones contribuyeron a desestabilizar al gobierno más nacionalista y progresista de la historia de Cuba y sus posiciones sectarias hicieron posible el surgimiento de otra tiranía que después los reprimió sin piedad. El propio Fabio Grobart lo confirma así en sus memorias.<sup>100</sup>

En julio de 1935, Blas Roca partió hacia la URSS para participar en el VII Congreso del Comintern. Fue en esa reunión histórica en la que Stalin decretó oficialmente su famosa política de *frente popular*. Para el PCC ese cambio de política de Stalin no pudo haber llegado en un momento peor. Estaban desprestigiados por la traición de agosto de 1933, por la desestabilización del Gobierno de los Cien Días, por la responsabilidad indirecta que tuvieron en la llegada al poder de Fulgencio Batista y por la muerte de Antonio Guiteras. A pesar de eso, en enero de 1938, menos de tres años después de la huelga de marzo de 1935, Blas Roca y Joaquín Ordoqui se entrevistaron con Fulgencio Batista para pactar el inicio de una cooperación que duraría más de un lustro.<sup>101</sup> Tres meses después de ese encuentro Batista autorizó que los comunistas pudieran publicar su propio periódico, llamado *Noticias de Hoy*, y ya para el mes de julio el acuerdo entre ambas partes estaba bien definido. Habría amnistía para los presos, el Partido sería legalizado, podría participar en las elecciones en coalición con los batistianos y estaba autorizado, al fin, a crear una organización obrera que abarcara todo el país.

El primer mitin público y legal de los comunistas cubanos ocurrió en septiembre de 1938 en el estadio habanero de La Tropical. Cuatro meses después surgió la poderosa Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), una central sindical controlada por el PCC y con sucursales en toda la isla. A cambio de tan hermosos regalos el Partido se comprometió a darle todo su apoyo a Batista en las elecciones a la Asamblea Constituyente que tendrían lugar en noviembre de 1939, y en las elecciones presidenciales de enero de 1940. Más importante aún, los comunistas se comprometieron a contribuir con la paz social evitando huelgas, disturbios y enfrentamientos. Batista dejó de ser, de la noche a la madrugada, el asesino de decenas de comunistas durante la huelga de marzo de 1935; el carcelero de miles de militantes al final de aquel enfrentamiento; el responsable de la muerte del pionero comunista Paquito González durante el entierro de las cenizas de Mella; o el culpable del asesinato de Antonio Guiteras.

A partir de 1938 ya nada de eso fue así. Hasta nueva orden el coronel asesino se convertía en un líder popular perfectamente idóneo para guiar la coalición de partidos políticos que buscaría una victoria histórica en las elecciones para delegados a la Asamblea Constituyente. Unos comicios en los que Batista y sus aliados fueron derrotados y solo pudieron obtener 35 delegados de los 76 elegidos. Ante esa derrota, y con vista a las elecciones presidenciales de 1940, Batista tomó tres medidas: se retiró del Ejército, logró atraer hacia su coalición con los comunistas al Conjunto Demócrata Republicano del general Mario García Menocal y revocó de facto la prohibición que le había impuesto a los militares de inmiscuirse en el proceso electoral. Con esa veda levantada, el Ejército hizo y deshizo durante las elecciones y Batista salió electo presidente con una mayoría abrumadora.

Los comunistas celebraron su llegada al poder y el aumento de su membrecía. La cifra de afiliados

creció hasta varias decenas de miles. No alcanzaron a elegir senadores, pero sí a controlar 10 de los 168 representantes y uno de los 83 alcaldes del país.<sup>102</sup> Esas elecciones marcaron el inicio de la gran trepada del PCC hacia lo más alto de la montaña rusa. Durante los cuatro años que duró ese gobierno, el Partido acumuló una gran cantidad de ventajas políticas y pudo mejorar mucho su trabajo de penetración de la sociedad burguesa. Llegaron hasta la cima y después, cuando la realidad se impuso y Batista fue derrotado en las elecciones de 1944, empezaron a rodar cuesta abajo, se deslizaron a gran velocidad por una pendiente llena de altas y bajas que los llevó, como habían planeado, hasta la plataforma de embarque.

80. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo I (1925-1935), Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 183.

81. Organización clandestina, integrada fundamentalmente por miembros de la clase media, que tenía por objetivo derrocar a Machado mediante acciones violentas. Su orientación ideológica siempre fue hacia la derecha del espectro político.

82. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 186.

83. Nació en La Habana en 1906 y murió en la ciudad de México en 1979. Estudió Derecho y Antropología en la Universidad de La Habana y desde el mismo inicio de su formación se vinculó a las luchas estudiantiles. Asumió el cargo de secretario general del PCC en septiembre de 1931. En noviembre de ese mismo año Fabio Grobart fue sancionado por mantener contactos con un informante de la policía. Un año después D'Escoto fue expulsado del PCC. Sus dos hijos se educaron en la URSS y lucharon en la Segunda Guerra Mundial; uno de ellos murió en combate.

84. Nació en 1899 y murió de tisis en 1934. Excelente poeta y orador. Miembro del PCC desde 1927. Hombre de Fabio Grobart dentro del Partido.

85. Acta de la reunión del Comité Central del PCC, 9 de agosto de 1933. Archivos de la Internacional Comunista en Moscú. Tomado de Massón Sena, Caridad. *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2006, pp. 130-137.

86. Witold Lovsky. Ver nota 28 en el capítulo II de este libro.

87. Comunista estadounidense de origen griego conocido como John Bell. Nació en Salónica, Grecia, en 1897, y murió en 1977. En julio-agosto de 1932 viajó a Cuba como reportero de *New Masses* y asistió al V Pleno del PCC (agosto de 1932). En agosto-octubre de 1933 estuvo de nuevo en Cuba como enviado del Buró del Caribe (BC) y del Partido Comunista de los EE.UU. (PCEU). En 1935 fue llamado a Moscú para trabajar en la Escuela Leninista Internacional (ELI). Según algunos datos fue miembro del aparato clandestino del PCEU.

88. Massón Sena, Caridad. *Op. cit.*, p. 137.

89. *Ibidem*, p. 141. El destacado es mío.

90. Fuentes, Jorge. *El Polaquito*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005, pp. 102, 142.

91. Massón Sena, Caridad. *Op. cit.*, p. 130.

92. Líder de la independencia de Cuba que el 10 de octubre de 1868 les dio la libertad a sus esclavos y los invitó a luchar contra la corona española.

93. Cabrera, Olga. "La Tercera Internacional y su influencia en Cuba (1919-1935)", revista *Sociedad/Estado*, Universidad de Guadalajara, N° 2, enero-abril de 1989, p. 58. Tomado de Blaquier Rojas, *op. cit.*, p. 201.

94. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 31.

95. *Ibidem*, p. 46.

96. *Ibidem*, pp. 66-68, 70.

97. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, pp. 205, 208.

98. *Ibidem*, p. 209.

99. Jeifets, Victor, Lazar Jeifets y Peter Huber. *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943*.

40

*Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias, Moscú, 2004, p. 138.

100. Santamaría García, Antonio. *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana 1919-1939*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2001, p. 465.

101. García Montes, Jorge y Antonio Alonso Ávila. *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Ediciones Universal, Miami, 1970, p. 196.

102. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, pp. 109-110.

## Capítulo V

### Perder y reír

Los años que mediaron entre las elecciones presidenciales de 1940 y el segundo golpe de Estado de Fulgencio Batista, en 1952, pueden ser descritos como el período más contradictorio de la historia del PCC. Durante esos años el Partido sufrió grandes vaivenes en prestigio y popularidad. De inicio pagó

un alto precio por su contubernio con Batista, después capitalizó sobre esa alianza con logros que años antes habrían parecido sueños y ya al final, a inicios de los años 50, vio convertirse en cenizas muchos de esos logros.

El PCC pagó sus primeros platos rotos en cuanto anunció su entendimiento con Batista. Para muchos militantes esa fue una traición evidente a los principios de la organización y a la memoria de los compañeros que habían sido asesinados por el sargento golpista. El desencanto entre los estudiantes fue peor. En la Universidad de La Habana el contubernio con Batista fue rechazado con la pasión propia de la juventud. Por esa época la Universidad ya había caído en el llamado “bonche universitario”: grupos armados, algunos de ellos liderados por excombatientes de la guerra civil española, que campeaban a punta de pistola en los predios universitarios. Esa fue una combinación muy peligrosa para el PCC. La pérdida de prestigio empezaba a hacer conjunción con la existencia de grupos armados que no solo eran capaces de capitalizar las pifias de los comunistas, sino que además empezaban a mostrar una gran capacidad para sacarlos de la Universidad a golpes y balazos.

Antes de que esa situación se le fuera de las manos, el Partido decidió pasar a la acción y el 30 de septiembre de 1940, sabiendo que muchos elementos bonchistas celebrarían un acto político en el Teatro La Comedia, envió un grupo del Frente Rojo comandado por Manuel Porto Dapena, uno de los hombres más bragados de la organización.<sup>103</sup> Los comunistas forzaron la puerta del teatro y se abrieron paso a balazos. En el tiroteo murieron dos estudiantes y Porto Dapena.<sup>104</sup> Esa acción fue muy criticada por la opinión pública de la época y el PCC pagó un alto precio político por la misma, además de perder a uno de sus mejores hombres de acción.

Ese desprestigio fue aprovechado por otro de los grandes enemigos que el Partido tuvo que enfrentar en esa época. Me refiero al auge del movimiento trotskista en Cuba y al aumento del prestigio de Sandalio Junco, fundador y líder de ese movimiento, quien aprovechó los errores que el PCC estaba cometiendo para hacer proselitismo a favor de las ideas de Trotsky y para crear un grupo de sindicatos y federaciones obreras que no fueran controlados por los comunistas.

Sandalio Junco es uno de los revolucionarios cubanos más íntegros y al mismo tiempo más vilipendiados por la historiografía oficial. Nació en la ciudad de Sancti Spíritus en el año 1894. Tuvo el noble oficio de panadero y ya para 1919 era el líder sindical de ese gremio. Cayó preso durante la causa anticomunista de 1925. Salió al exilio y fue delegado, junto con Julio Antonio Mella, en el IV congreso de la Internacional Sindical Roja (Moscú, marzo de 1928). Durante su estancia en la URSS entró en contacto con las ideas de Trotsky. Entre 1928 y 1932 estuvo en la Argentina, México, Alemania y la URSS. Regresó a Cuba en 1932 ya convertido en trotskista o al menos en un antiestalinista convencido. No estableció contacto con el PCC y decidió fundar, en agosto de 1932, junto con Pedro Varela y Marcos García Villarreal, el Partido de la Oposición Comunista de Cuba (trotskista).

En septiembre de ese mismo año fue expulsado del PCC y de más está decir que no murió de viejo. Fue asesinado por un comando del Frente Rojo. En su caso, y para variar, los comunistas decidieron asumir pública y notoriamente la responsabilidad del asesinato.<sup>105</sup> La razón de esa arrogancia resulta todavía hoy muy difícil de comprender, pero es evidente que hicieron muy poco para culpar a otros de la muerte de Junco o para construir algo parecido a una inocencia plausible. Sencillamente avisaron que lo iban a matar y después lo mataron. Llenaron la ciudad de pasquines diciendo “Junco no hablará”, y no habló. Lo asesinaron el 8 de mayo de 1942 durante un acto por el séptimo aniversario de la muerte de Antonio Guiteras.

Hasta aquí tantos tiros y muertos podrían dar una idea errada del trabajo del PCC en aquellos años. Podrían hacer pensar que el Partido le dedicó más tiempo a la violencia que al trabajo político. Nada más alejado de la realidad. Mientras el Frente Rojo mataba a bonchistas y trotskistas, otros miembros de la organización se encargaban de extender y solidificar la base de la pirámide partidista. El primer paso fue la creación de un periódico que circulara legalmente a nivel nacional. Esa fue la primera de las tres demandas que le hicieron a Batista durante las negociaciones de enero de 1938. En cuanto les fue cumplida, lanzaron el periódico *Noticias de Hoy*, que en Cuba sería conocido como *Hoy*.

Ya desde su fundación el PCC había puesto un énfasis especial en la impresión y distribución de propaganda. En 1933 Ramón Nicolau logró esconder una imprenta manual tras una falsa pared levantada en un apartamento que dos miembros secretos del Partido —Juan Blanco Grandío y su esposa María Regla Hernández— alquilaron en la calle Lamparilla. La razón de ser de ese escondite era recibir la imprenta eléctrica y manual que Fabio Grobart consiguió después de su segundo viaje a la URSS. Cuando ese escondite estuvo terminado, Nicolau invitó a Fabio Grobart y a Blas Roca a visitar el apartamento e intentar descubrir dónde estaba la imprenta. Los dos fueron incapaces de hacerlo y dieron su aprobación al trabajo realizado.<sup>106</sup> Durante los años de existencia del periódico *Hoy*, entre 1938 y 1953, el Partido nunca dejó de tener y proteger su vieja infraestructura clandestina de impresión y distribución de propaganda. *Hoy* fue la fachada construida para esconder a otra más antigua e importante para el PCC: su aparato clandestino y de Inteligencia.

Poco después de la aparición del periódico *Hoy* el Partido se dio a la tarea de crear un conglomerado de empresas de comunicación que tenían como funciones principales el mercadeo de las ideas de izquierda y la adulación de Fulgencio Batista. Entre 1938 y 1943 surgieron la Cuba Sono Film, la emisora de radio conocida como Mil Diez, la Editorial Páginas, la revista *Fundamentos* y el famoso Teatro Popular. Todas esas instituciones sirvieron para que los comunistas se codearan con la crema y nata de la intelectualidad cubana de la época, para que colectaran agradecimientos de futuras estrellas a las que les dieron sus primeras oportunidades pero también, y más importante aún, para crear las condiciones técnicas y seleccionar a las personas que después pasarían a reforzar su aparato clandestino. La Cuba Sono Film fue una “empresa dedicada a hacer fotografías, ampliaciones, grabaciones, filmaciones, así como cine documental de carácter social”.<sup>107</sup> Fue creada, siguiendo las órdenes del PCC, por los primos José Tabío y Luis Álvarez Tabío, dos miembros de una de las familias más extensas y menos conocidas de comunistas cubanos. La sede de la Cuba Sono Film fue un apartamento interior de un edificio localizado en el número 1006 de la avenida Calzada entre las calles 10 y 12. Esa localización no fue casual. En ese mismo edificio vivían los padres de Víctor Pina, que ya para esa época era uno de los jefes del aparato de Inteligencia del PCC.<sup>108</sup> Para más, en esa zona de La Habana, y en un área de menos de un kilómetro cuadrado, estaban el archivo del PCC (calle 5ª entre 10 y 12), la casa de Víctor Pina (calle 20) y la farmacia de su esposa (calle 23). Una alta concentración que le permitía a Pina moverse, sin levantar sospechas, por un área que era muy importante para su trabajo. Hoy se habla de la Cuba Sono Film con mucho énfasis en el carácter social de la filmografía que esa empresa produjo. Casi nadie menciona la importancia que tuvo para el trabajo clandestino del Partido. Lo cierto es que tanto los equipos como los conocimientos y métodos adquiridos por los militantes de la Cuba Sono Film fueron utilizados después por el Partido para la confección de pasaportes falsos, y para la modificación de fotos y de otros documentos. Además, es importante recordar que a partir del año 1940 la microfotografía adquirió una gran importancia en las actividades clandestinas y de espionaje. A pesar del carácter pionero de su actividad, la Cuba Sono Film no fue la más exitosa de las empresas de comunicación del PCC. Las palmas se las llevó la Emisora Mil Diez, una estación de radio que estaba ubicada en el centro del dial, era de fácil localización para los oyentes y llevaba algún tiempo sin reportar grandes ganancias a sus dueños. El Partido la compró por 75 mil pesos y la Mil Diez, que es como se le conoce en Cuba, fue fundada en abril de 1943. Desde su fundación fue dirigida por el entonces representante parlamentario Joaquín Ordoqui, uno de los hombres más importantes en la historia del PCC y uno de los comunistas cubanos cuyo vínculo con la Inteligencia soviética ya nadie pone en duda hoy. El aporte de la Mil Diez a la cultura cubana es, quizás, el legado más importante que dejó la existencia del PCC.

Desde el punto de vista de la propaganda ideológica la Mil Diez fue también un éxito rotundo. En unos pocos años sus programas políticos alcanzaron un nivel de audiencia respetable. En enero de 1948, cuatro años después de que Batista y los comunistas hubieran perdido el poder y en pleno gobierno del Partido Auténtico, el programa de la Mil Diez del representante parlamentario comunista Salvador García Agüero todavía mostraba un 10% de audiencia compartida, un nivel solo superado por el de Eduardo Chibás (con más de un 20%) y bien por delante del programa radial del Partido Auténtico (con un 3,41%).<sup>109</sup>

En marzo de 1948 la Mil Diez sería clausurada y destruida por la policía y las bandas paramilitares del gobierno de Grau. Hay un aspecto de esa emisora que la propaganda del PCC siempre ha escondido, pero que pudo haber sido muy importante para el trabajo clandestino de esa organización. Me refiero a la importancia que adquirieron, a partir de los años 30, las transmisiones de radio para el trabajo de Inteligencia. Esa dualidad de fachada pública escondiendo ventajas para la clandestinidad existe en casi todas las empresas e instituciones que el PCC creó durante esos años.

Así, el grupo Teatro Popular, creado por el comunista Paco Alfonso en 1942, no solo permitió hacer más propaganda política, sino que sirvió para que el Partido adquiriera, de una forma legal y perfectamente justificada, una gran experiencia técnica en los trabajos de maquillaje y cambios de fisonomías. Conocimientos que resultaban muy importantes a la hora de *mover* a los cuadros del Partido a través de las fronteras marítimas y aéreas de Cuba.

Igual, la creación de un hospital como el Centro Benéfico Jurídico de los Trabajadores de Ómnibus, que fue construido y administrado por el PCC a partir del año 1943, no solo permitió contrarrestar el inhumano uso que muchos políticos de la época les daban a las camas en los hospitales —cambiándolas por votos y lealtades políticas— sino que también permitió atraer, formar, seleccionar y adoctrinar a muchos estudiantes de medicina y médicos recién graduados que eran brillantes, pero carecían de los recursos económicos necesarios para terminar sus carreras o abrirse camino en su profesión. Muchos de esos médicos trabajaron después para el aparato clandestino del Partido.<sup>110</sup>

En enero de 1944, y con vistas a las elecciones presidenciales que se avecinaban, el PCC adoptó el último de sus pseudónimos y pasó a llamarse Partido Socialista Popular (PSP). Para esas elecciones

presidenciales los comunistas se presentaron como parte de la Coalición Socialista Democrática que postulaba al doctor Carlos Saladrigas para presidente y al doctor Ramón Zaydin como vicepresidente. La oposición más importante a esos candidatos de Batista se organizó alrededor de la Alianza Auténtico-Republicana, que postuló al doctor Ramón Grau San Martín como presidente y al doctor Raúl de Cárdenas como vicepresidente.

La campaña de Grau, un viejo enemigo de los comunistas desde la época de Guiteras, enarbó el lema *No continuismo, no comunismo*. Al mismo tiempo, Batista, que ya había decidido no reelegirse, quiso que las elecciones ocurrieran sin grandes fraudes electorales. Como consecuencia de eso el Partido Auténtico, que ya desde finales de los años 30 era el partido político más popular en Cuba, pudo al fin llegar al poder. Los comunistas, después de cuatro años de alianza con el poder y de todas las prebendas y logros que acumularon durante ese tiempo, apenas vieron crecer sus votos a 122.283.<sup>111</sup> La presidencia del doctor Grau San Martín se inició con un nivel de gobernabilidad real muy bajo. Los enemigos históricos del Partido Auténtico todavía controlaban las fuentes más importantes del poder político en Cuba. Batista contaba con la lealtad casi absoluta del Ejército y de una buena parte de la policía. Los comunistas, por su lado, controlaban el movimiento sindical y tenían a su disposición un Frente Rojo que además de ser muy eficiente estaba integrado por personas capaces de morir y matar por ideología y no por dinero. Ante ese cuadro Grau supo que cualquier posibilidad de llegar a ser un gobierno real, y poder destruir a comunistas y batistianos, pasaba por la creación de un ejército particular. Eso, a su vez, no podría suceder sin el acceso a fuentes del tesoro nacional que le permitieran financiar a esos hombres de acción que, a diferencia de los del PCC, sí cobraban por matar. No se puede negar que Grau maniobró con verdadera astucia política.

En 1945, en un panfleto titulado *En defensa del pueblo*, el PCC dejó clara su intención de aliarse con Grau.<sup>112</sup> Ese mareo de los comunistas, ese creer que era posible aliarse con un hombre que los detestaba, fue muy bien aprovechado por el presidente. En mayo de 1946, y mientras negociaba con los comunistas los términos de su alianza, Grau aprovechó para hacer dos nombramientos que cambiarían muchas cosas: nombró ministro de Educación a José Manuel Alemán y primer ministro y ministro del Trabajo a Carlos Prío Socarrás.

Alemán era un burócrata de carrera, un antiguo miembro del Partido Demócrata que en las elecciones de 1944 había apoyado a la oposición y que en 1946, y a partir de su nombramiento como ministro, se convirtió en una de las fuentes de financiamiento, léase robo y corrupción, que Grau tanto necesitaba. La razón de su nombramiento fue la necesidad de acceder a una parte importante de las arcas de la República en aquellos años. Me refiero al dinero recaudado a partir del impuesto de 9 centavos de dólar por cada saco de azúcar exportado. Un gravamen que Fulgencio Batista había creado en el año 1936 para aumentar el presupuesto del Ejército y financiar su programa de Educación Cívico-Militar.

En 1940, y como parte de las negociaciones para llegar al poder, Batista accedió a que ese presupuesto dejara de ser controlado por el Ejército y pasara a ser utilizado directamente en obras sociales, ya fuera a través del Ministerio de Educación o por medio de los sindicatos. En 1943 ese acuerdo quedó recogido en el inciso K de la Ley N° 7 de ese año. De esa forma el Ministerio de Educación y los sindicatos se convirtieron en reservorios de grandes sumas de dinero que ya para 1944, por los altos precios del azúcar durante la Segunda Guerra Mundial, llegaron a convertirse en una porción importante del presupuesto nacional.

El punto final del plan de Grau fue el nombramiento de Carlos Prío Socarrás como primer ministro y, más importante aún, como ministro del Trabajo. Prío había sido un destacado líder estudiantil durante el derrocamiento de Gerardo Machado y su marcada filiación anticomunista era bien conocida. El PCC sabía que Prío había sido uno de los francotiradores que, en septiembre de 1934, durante el intento de sepelio de las cenizas de Mella, dispararon contra los hombres del Frente Rojo. Además, era bien sabido que la familia Prío tenía fuertes conexiones con el crimen organizado.

Ajenos a las posibles consecuencias de sus devaneos, o buscando objetivos más profundos, los comunistas hicieron alianza con Grau para las elecciones parciales de 1946. Una vez más el PSP obvió el anticomunismo acérrimo de la mayoría de los miembros del Partido Auténtico y se sentó a negociar. El centro de esas elecciones parciales fue la disputa por la alcaldía de La Habana, el segundo cargo electivo más importante del país. Grau le pidió al PCC que apoyara a su candidato, el abogado Manuel Fernández Supervielle, un político honesto que basó su campaña en prometerles a los habaneros un nuevo acueducto.

Para el PCC, apoyar a Supervielle era bueno por varias razones. Se trataba de un político de probada honestidad; era, además, el candidato de Grau y a ellos les interesaba reafirmar su alianza con el presidente. A eso hay que añadir un testimonio que brinda Ramón Nicolau en su libro *Cuba y la defensa de la República española*. En la página 7 de ese texto Nicolau menciona a varias personas que participaron en la organización y traslado de los combatientes cubanos a la República española. Ya al final de su recuento dice: “Así como el alférez de navío Gastón Fernández Supervielle, de la disuelta

marina nacional, quien después ingresó en el Partido Comunista donde militó hasta su muerte”. Si ese alferez era familia del candidato a la alcaldía de La Habana, cosa muy probable dada la rareza del apellido Supervielle en Cuba, entonces el PCC tenía otro motivo más profundo para apoyar al candidato del Grau.

Supervielle estaba interesado en construir el acueducto con 6 millones de dólares provenientes del Fondo de Retiro de los Trabajadores del Azúcar, un emporio de 21 millones de dólares (alrededor de 260 millones en el 2015) presidido por José Morell Moreno y controlado por la Central de Trabajadores del Azúcar que dirigía el líder comunista Jesús Menéndez.<sup>113</sup> En eso andaba el PCC en 1946, tanto queriendo volver a ser parte del poder que pasó por alto la verdadera jugada de Grau. Erraron al dejar que el Partido Auténtico accediera al famoso Inciso K y pudiera, al fin, financiar su propio ejército particular. Ese error le costó muy caro al Partido y marcó la política cubana hasta el año 1959.

En las elecciones parciales de 1946 el PCC declaró tener 152 mil afiliados y recibió la extraordinaria cantidad de 196.081 votos. En la carrera por la alcaldía de La Habana Supervielle ganó por un amplio margen. Llegó a alcanzar 182 mil votos, una cantidad a la que los comunistas aportaron más de 30 mil. Todo estaba listo para que el famoso acueducto se hiciera realidad... y poco faltó para que así fuera. A principios de 1947, con los detalles ultimados, Supervielle se reunió con Grau, con Jesús Menéndez y con Morell para dar las últimas informaciones, recibir el visto bueno del presidente e iniciar los trabajos. Al final de la reunión Grau dijo que había que revisar la constitucionalidad de la fórmula de financiamiento propuesta por el alcalde. A partir de ahí el proyecto del acueducto empezó a ir de posposición en posposición hasta que los habaneros, hastiados de la corrupción reinante y creyendo que Supervielle era parte de ella, convirtieron a su alcalde en el blanco de unas críticas y acusaciones tan duras que el pobre hombre no pudo resistir. Se suicidó en mayo de 1947. Su muerte marcó la ruptura del Partido Auténtico en dos facciones, una de inicio mayoritaria y liderada por Grau que no estaba dispuesta a detenerse en moralidades para hacer plata y acabar con comunistas y batistianos; y la otra, de inicio minoritaria y liderada por Eduardo Chibás que, sin dejar de ser anticomunista, no estaba dispuesta a traicionar los principios de la revolución de 1933 en una orgía de gansterismo y corrupción. Hay que recordar que aquellos fueron los años del gansterismo en Cuba. Del famoso Inciso K utilizado para financiar bandas de asesinos disfrazados de revolucionarios. Un tema que todavía es tabú para la historiografía oficial; por la participación activa de Fidel Castro en algunas de esas bandas, y por la necesidad de esconder que el Frente Rojo estuvo entre los orígenes de ese fenómeno. En 1946, fecha del verdadero asalto al poder de la administración del presidente Grau, los más importantes de esos grupos eran:

*Frente Rojo.* Controlado por Fabio Grobart, y dirigido directamente por Ramón Nicolau. Contaba en sus filas con hombres cuidadosamente seleccionados y muy bien entrenados. Algunos de sus miembros eran veteranos de la guerra civil española, otros eran muchachos jóvenes que ya habían resaltado por su sangre fría y por su inclinación a la violencia. Gozaba de una férrea disciplina que pocos se atrevían a violar. Fue muy activo entre 1933 y 1943. Una vez llegada la orden de Stalin de cooperar con los gobiernos burgueses de turno se recogieron hacia la clandestinidad más profunda, pero nunca dejaron de existir.

*Movimiento Socialista Revolucionario (MSR).* Fundado por Rolando Masferrer Rojas y Manuel “Manolo” Castro del Campo. Masferrer fue periodista y miembro del PCC. Durante la huelga contra Batista de 1935 cayó preso y en la cárcel conoció a “Manolo” Castro. En 1936 fue enviado por el Partido a combatir en la guerra civil española y recibió una herida en una pierna (en la batalla de Majadahonda), por lo que quedó parcialmente incapacitado de la misma. En 1944 rompió con los comunistas. “Manolo” Castro estudió en el Colegio de Belén y después de la caída de Machado fue nombrado teniente de la policía. En 1934 se unió a la Legión Revolucionaria de Cuba, organización que buscaba derrocar a Batista. En 1935 fue encarcelado y en la cárcel conoció a Rolando Masferrer. Después de ser liberado se matriculó en la carrera de Ingeniería en la Universidad de La Habana, jugó fútbol americano en el equipo de ese plantel y entre 1944 y 1948 fue el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). El MSR recibió un fuerte financiamiento del ministro de Educación José Manuel Alemán, además de controlar el negocio de la venta de libros de segunda mano en la Universidad.

*Legión Revolucionaria de Cuba (LRC).* Dirigida por Mario Salabarría. Estrechamente vinculada al MSR a partir de la gran amistad de Salabarría con Masferrer y “Manolo” Castro. Tuvo entre sus miembros a Eufemio Fernández, Carlos Gutiérrez Menoyo y Daniel Martín.

*Acción Revolucionaria Guiteras (ARG).* Formada por antiguos miembros de la Joven Cuba de Antonio Guiteras. Era considerada como el verdadero brazo armado o grupo paramilitar del Partido Auténtico y del presidente Grau.

*Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR).* Fundada en 1946 por Emilio Tró Rivero, un veterano de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial. La UIR le disputaba el control de la

Universidad al MSR y su lema era *La justicia tarda, pero llega*. Entre sus miembros estuvo Fidel Castro.

Con cuatro de esas bandas gansteriles en su nómina, con los millones de dólares robados del erario y con las fortunas amasadas en los negocios ilícitos, los hombres de Grau estuvieron al fin en condiciones de matar o comprar, según fuera posible o hiciera falta, a todos los que se interpusieran entre ellos y sus planes para arrebatárles el poder real a batistianos y comunistas. Un plan que habría tenido una probabilidad de triunfo mucho más alta si no se hubiera interpuesto un hombre como Eduardo Chibás. Eduardo Chibás nació en la ciudad de Santiago de Cuba en 1907. Se graduó de abogado en la Universidad de La Habana y fue un miembro destacado del Directorio Estudiantil. Después de la caída de Machado tuvo un papel importante en el golpe militar del 4 de septiembre de 1933 y en la comisión ejecutiva del Gobierno de los Cien Días. En enero de 1934, y a consecuencia del golpe de Estado de Fulgencio Batista contra Ramón Grau San Martín, Chibás consideró que la Revolución de 1933 había sido traicionada. A partir de ese momento inició una larga carrera de opositor a comunistas y batistianos. De inicio militó en las organizaciones de la izquierda revolucionaria y en 1938, desde su fundación, en el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de Grau.

El gran aporte de Chibás a la política nacional fue el uso a gran escala de los medios de difusión masiva con fines políticos. Chibás supo o intuyó que el país tenía un nivel de penetración de receptores de radio tan alto (uno de los más altos del mundo en la época) que ya era posible hacer política a través de las ondas hertzianas. Para apostarle a esa posibilidad creó el programa radial *La Voz de las Antillas* y se dedicó a fustigar, con su oratoria elocuente, accesible y desbordada, a cuanto político estuviera en contra de los intereses del país o a favor de intereses foráneos, lo mismo daba si eran de los Estados Unidos o de la Unión Soviética.

De no haber sido por Chibás, es muy probable que Grau habría logrado destruir a batistianos y comunistas; pero el surgimiento de esa figura, y la forma tan torpe en la que el autenticismo la manejó, dio al traste con el maquiavélico plan de Grau y fue el origen de una gran parte de los males que después asolaron al país. El 15 de mayo de 1947, quedó constituido el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) con Eduardo Chibás como líder y candidato a las elecciones presidenciales de 1948.

A los comunistas las cosas empezaron a irles mal. El 28 de junio de 1947 Carlos Prío Socarrás anuló, como ministro del Trabajo que era, los resultados del V Congreso de la CTC y convocó a un nuevo cónclave que sería celebrado entre el 6 y el 8 de julio de ese mismo año. Durante los días que mediaron entre ambos congresos las bandas gansteriles de Grau se dedicaron a crear un clima de terror disparando contra los locales del PCC. En la segunda convocatoria del V Congreso de la CTC los comunistas fueron sacados del control de la organización y los líderes de la Confederación Nacional Obrera, con Eusebio Mujal a la cabeza, pasaron a controlar el movimiento sindical cubano.

El Partido Ortodoxo, por su lado, empezó a disfrutar de una gran popularidad. Un reconocimiento de la población al que contribuyeron la marcada corrupción del gobierno y los ajustes de cuentas que a cada rato ocurrían entre las bandas gansteriles que Grau había protegido desde el mismo inicio de su mandato. Enfrentamientos que alcanzaron su punto álgido en la conocida Masacre de Orfila, ocurrida en septiembre de 1947. Una batalla campal entre miembros de bandas gansteriles que terminó con varios muertos, entre ellos una mujer.

Los Auténticos, a pesar del daño irreparable que ya sufrían en su imagen, no se detuvieron en su lucha contra los comunistas y se dedicaron a asesinar a muchos de sus militantes. Entre enero de 1948 y septiembre de 1949 los asesinos a sueldo de Grau y Prío mataron a Jesús Menéndez (22 de enero de 1948), al líder tabaquero Miguel Fernández Roig (2 de abril de 1948), al legendario secretario general del Sindicato de los Estibadores Aracelio Iglesias (17 de octubre de 1948) y al líder de la Federación Campesina de Cuba Sabino Pupo (20 de octubre de 1948). Ya en el año 1949, durante el mes de septiembre asesinaron, el mismo día, a los dirigentes azucareros Amancio Rodríguez y José Oviedo. La extensión de esa eliminación sistemática de comunistas llegó al extremo de que el propio Fabio Grobart estuvo a unos escasos minutos de ser asesinado. Pudo escapar gracias al efectivo trabajo del aparato de Inteligencia del Partido, pero las garantías para su vida llegaron a ser tan bajas que tuvo que exiliarse en Praga.

En el plano electoral, al PCC también le fue mal. Para las elecciones de junio de 1948 intentaron aliarse con Chibás y este los rechazó. Al final tuvieron que presentarse con el binomio Juan Marinello y Lázaro Peña como candidatos para presidente y vicepresidente. De una lista previa de 157.225 afiliados solo obtuvieron 142.972 votos, para un marcado descenso de 53.109 votos con respecto a las elecciones parciales de 1946.

Una vez electo, Carlos Prío no usó cordialidad alguna para con los comunistas. Creó el Grupo de Represión de Actividades Subversivas (GRAS) y lo utilizó para dañar al PCC. Durante su mandato, las detenciones arbitrarias, las palizas y los asesinatos se sucedieron como cosas naturales. Los talleres y la redacción del periódico *Hoy* sufrieron el vandalismo de los Auténticos y en algún momento Prío llegó

incluso a solicitar públicamente la ilegalización del Partido. Toda esa represión, más una propaganda anticomunista cada vez más fuerte, obligaron al PCC a enfrentar finalmente las consecuencias de haber desestabilizado al Gobierno de los Cien Días en 1934 y de haberse aliado con Batista en 1938. Ya para las elecciones parciales de 1950 el Partido vio sus afiliaciones reducidas a 122.789, lo que representaba 34.436 menos con respecto a las que había tenido en 1948. Hoy la propaganda del comunismo cubano intenta achacar esa pérdida de popularidad a la represión y al macartismo. Es indiscutible que esos elementos pesaron, pero no lo hicieron tanto como los errores que el PCC había cometido en los últimos quince años y la forma en la que Eduardo Chibás se encargó de recordárselos constantemente al pueblo. Chibás tampoco murió de viejo. El origen de su muerte fue una polémica que sostuvo con Aureliano Sánchez Arango, el ministro de Educación de Prío. De forma injusta, Chibás acusó a Arango de robar dinero de su ministerio para invertirlo en un proyecto inmobiliario y maderero en Guatemala. Las pruebas del fraude, según el propio Chibás, estaban en una maleta que nunca apareció. Ante la imposibilidad de producir prueba alguna, y enfrentando las airadas protestas de Sánchez Arango y la burla de muchos cubanos, el 5 de agosto de 1951 Chibás acudió al manido recurso de darse un tiro. El sepelio de Chibás atrajo a una multitud extraordinariamente grande y fue el aviso de que en las elecciones de 1952 el nuevo candidato del Partido Ortodoxo, el filósofo Roberto Agramonte, saldría electo por un alud de votos. Ya en diciembre de 1951, y después del cierre de los registros electorales, el PCC vio su lista de posibles electores reducida a la catastrófica cifra de 59.900 afiliados, una cantidad inferior, en varias decenas de miles, a las que el PCC había logrado durante su alianza con Batista en 1940.

Si las cosas iban mal para los comunistas peor iban para los batistianos. El Partido Acción Unitaria de Fulgencio Batista mostraba un tercer lugar en el número de afiliados, pero un resultado cada vez más malo en las encuestas. En la medida que esa tendencia se fue haciendo evidente los batistianos, que todavía contaban con un fuerte apoyo dentro de la casta militar, tuvieron que aceptar que la única forma de volver a ser poder era el golpe de Estado.

El 10 de marzo de 1952, y después de negociar previamente con estadounidenses y comunistas,<sup>114</sup> Batista volvió a tomar el poder por medio de las armas. A partir de ahí la popularidad del PCC cayó en picada. Pocos querían saber de esos comunistas que en 1938 se habían aliado con el mismo hombre que en 1952 acabaría con la maltrecha democracia cubana. Ese descrédito llegó a ser tan marcado, que en 1964, y durante el juicio contra Marcos Rodríguez, el líder comunista César Escalante tuvo a bien reconocer lo siguiente: “Éramos un grupo perseguido, hostigado, rechazado por todos, por defender un ideal, por pensar de un modo... teníamos que defendernos, y no de la persecución física, de algo peor: de la calumnia, de la mentira, que nos *situaban como leprosos, como extranjerizantes...*”<sup>115</sup>

Cualquier otra organización política habría necesitado décadas para recuperarse de un descrédito como el que el PCC sufrió a partir de 1952. Paradójicamente, y en lo que quizás sea la gran paradoja de la historia de Cuba, esa organización tan rechazada fue la única que pudo ver sus sueños cumplidos de una forma casi perfecta. Si en marzo de 1952 alguien hubiera dicho que en abril de 1961 Cuba sería un Estado socialista, totalitario y dependiente de la Unión Soviética, los cubanos se habrían desternillado de la risa. Ese habría sido el chiste del año para todos aquellos que veían al PCC como una organización política homogénea, o sea, como un partido que siguiendo las órdenes de Moscú le había apostado a Batista y en la apuesta perdió una buena parte de su capital político.

Para el NCIS del PCC, sin embargo, el resultado de esa apuesta no fue tan malo. Durante esos años de pérdida evidente de prestigio político ese reducido grupo de comunistas cubanos se las ingenió para penetrar de una forma secreta, profunda y sistemática, casi todas las instituciones sociales, financieras, políticas, militares y represivas del país hasta convertirse, en silencio y sin levantar sospechas, en un verdadero banco de informaciones, relaciones e influencias. Fue esa estrategia la que le permitió al Partido no ya volver a alcanzar el poder, cosa relativamente fácil en la política cubana de la época, sino ser capaz de defenderlo dentro y fuera de Cuba mientras lo radicalizaba hasta extremos inimaginables. Todos esos cubanos que en 1952 pensaron que el PCC lo había perdido todo no alcanzaron a ver que en el verdadero juego que se estaba jugando *el banco pierde y se ríe, el punto gana y se va*<sup>116</sup>.

103. Manuel Porto Dapena nació en Galicia, España, el 18 de octubre de 1910. Su padre emigró hacia La Habana en 1912 y se radicó en el barrio portuario de Casablanca. Ver Pérez Leira, Lois. *Cuba, los gallegos y el Che*, Grupo de Comunicación Galicia en el Mundo, Pontevedra, 2008, pp. 232-244.

104. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, p. 145.

105. García Montes, Jorge y Antonio Alonso Ávila. *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Ediciones Universal, Miami, 1970, pp. 272-273.

106. “La imprenta del Partido, un instrumento especial”, en *Periódico Cubarte*, publicación on-line disponible en línea en: <<http://www.cubarte.cult.cu/es/articulo/la-imprenta-del-partido-un-instrumento-especial/30008>>.

107. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 90.

108. Ver capítulo VII de este libro.

109. Ehrlich, Ilan. *Eduardo Chibás. The Incurable Man of Cuban Politics*, Rowman & Littlefield, Nueva York,

2015, p. 30.

110. García Montes, Jorge y Antonio Alonso Ávila. *Op. cit.*, pp. 202, 241.

111. *Ibidem*, p. 317.

112. Roca, Blas, Carlos Rafael Rodríguez y Manuel Luzardo. *En defensa del pueblo*, Ediciones del Partido Socialista Popular, La Habana, 1945, p. 37.

113. Jesús Menéndez Larrondo (1911-1948). Destacado líder sindical cubano nacido en la provincia de Las Villas. Negro. Miembro del PCC desde 1921. Secretario general de la Federación Sindical de su provincia natal desde 1938. Después de la alianza del PCC con Batista fue secretario general de la Federación Nacional Obrera Azucarera y representante de la Cámara de la República.

114. Ver Ordoqui García, Joaquín. “El Partido Socialista Popular (1934-1961) y su relación con el gobierno de Castro”, revista *Encuentro*, N° 32, primavera de 2004, p. 109.

115. Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez. Revista *Bohemia*, abril 3, 1964, pp. 44-45. El destacado es del autor.

116. A inicio de los años 30 Meyer Lansky, el genio financiero de la mafia, creó un sistema para que cada familia mafiosa que así lo quisiera pudiera invertir en los casinos de juego que Lucky Luciano estaba creando en La Habana. El nivel de inversión de cada familia, y la retribución proporcional al mismo, era declarado en base a un sistema de “puntos” que Lansky creó. De esa forma los inversores pasaron a llamarse “puntos”. Cada inversor tenía la obligación de pasar cierta cantidad de tiempo en los casinos, para velar por el buen funcionamiento de todo y para cobrar las ganancias de su inversión. El cobro se hacía “apostando” en el casino y “ganando” con la cooperación de unos crupieres que ya habían sido advertidos de antemano que el jugador era un “punto”. De esa forma algunos crupieres empezaron a usar la frase jocosa de que el “banco pierde y se rie, el punto gana y se va”. Tiempo después la frase pasó al habla popular de los cubanos.

## Capítulo VI

### Matrioshkas

Nadie podía saber que eran comunistas. Sus leyendas habían sido construidas con paciencia de orfebre y protegidas bajo capas y capas de historias muy veraces. La más externa de esas capas era bien burguesa en cada uno de sus brillos y colores. Eran muñecas rusas y como huevos de Pascuas estaban agazapadas en todos los niveles de la sociedad cubana. La mayoría se dedicaba a proveer al PCC de informaciones confidenciales y a dar algún que otro servicio de importancia para la organización. Otros trabajaban de una forma más directa y específica para algunas de las estructuras encargadas del trabajo clandestino del Partido. Estructuras que todavía hoy no han sido bien definidas por la historia oficial del comunismo cubano.

Se sabe que uno de los centros rectores era la llamada Comisión Militar, que tenía bajo su mando a la Sección de Información y a la Sección de Habilitación. La primera se encargaba de coleccionar y analizar los informes enviados por una red de agentes cada vez más extensa. Informaciones que subían como savia de vida hasta el Núcleo Central de Inteligencia Soviética. La segunda Sección tenía a su cargo el trasiego de documentos secretos y cuadros a través de las fronteras marítimas y aéreas del país. A eso hay que añadir otras secciones que todavía hoy no han sido definidas, pero que tuvieron que existir, entre ellas están la inevitable Sección Técnica, a cargo de garantizar la base material del trabajo clandestino, y una Sección Internacional que realizaba su trabajo desde los Estados Unidos y se ocupaba de garantizar los contactos con el aparato clandestino del Partido Comunista de ese país y con el comunismo internacional. A partir de la llegada de Fabio Grobart a Checoslovaquia, en 1951, una buena parte del trabajo de la Sección Internacional empezó a hacerse desde Praga.

Es necesario aclarar que la descripción del aparato clandestino del PCC, y de la influencia oculta que este tuvo en el triunfo y fortalecimiento de la revolución cubana, obligan a dar saltos cronológicos. Esos saltos permiten demostrar una continuidad que de otra forma sería muy difícil poner en evidencia.

En 1928, una vez capeado el temporal de la primera ola represiva y con Julio Antonio Mella fuera de Cuba, el trabajo clandestino del PCC dio un salto cualitativo. Ese año Fabio Grobart pasó a dirigir la Liga Juvenil Comunista,<sup>117</sup> organización que fue utilizada para seleccionar la primera hornada de hombres suyos y para penetrar el Ejército con agentes del Partido. Así lo declara Pedro Felipe Leal Peña en la entrevista que le concedió a la revista *Moncada*, órgano oficial del Ministerio del Interior castrista, en el año 1981.<sup>118</sup> En esa entrevista Leal Peña asegura que en una reunión de la Liga Juvenil Comunista a la que él asistió, en 1930, y después de una explicación previa, alguien les dijo: “¡Y el que se sienta verdadero comunista debe ingresar en las Fuerzas Armadas de Machado!”. Una frase cuyo autor intelectual no resulta muy difícil identificar si se toma en cuenta que una de las acciones en las que Fabio Grobart participó, allá en Polonia, fue precisamente intentar la sedición de los militares acantonados en la fortaleza de Ossowiez.<sup>119</sup>

Leal se alistó y así dio inicio a su trabajo como agente del Partido dentro del Ejército y, al paso de los años, dentro de la Marina de Guerra. Sus labores fueron desde la distribución del periódico *El Centinela* —creado por Grobart e impreso con la imprenta que este había traído de Alemania en 1930— hasta servir como agente apuntador para señalarle al Partido a aquellos miembros del Ejército o la Marina que eran susceptibles de ser reclutados. Un aspecto interesante de la entrevista de Leal Peña es el hecho de que ya para 1931 el Partido tenía una célula organizada dentro del Ejército, un grupo secreto que era dirigido por un militante llamado Gonzalo Miró.<sup>120</sup> A partir de 1935 el contacto secreto que atendía a Leal por parte del PCC fue un militante llamado Marcelino Menéndez.<sup>121</sup>

En la policía las cosas iban igual de bien. En algún momento de los años 20, y por pura necesidad económica, el futuro militante Pedro Luis Gutiérrez decidió ingresar en el Ejército.<sup>122</sup> Durante su etapa de entrenamiento se destacó en los ejercicios de tiro y fue seleccionado para competir en esa especialidad por el premio al Soldado Distinguido. Salió ganador de la competencia a nivel nacional y fue enviado a una escuela en la que se formó como Experto Tirador. Esa habilidad lo convirtió en una persona idónea para acompañar y proteger a los jefes, y para obtener informaciones muy valiosas para el aparato de Inteligencia del Partido.

El nivel de profesionalismo que el PCC llegó a alcanzar en su trabajo de Inteligencia tiene varios orígenes. A la experiencia que ya acumulaban algunos de sus fundadores, y al inevitable aprendizaje por ensayo y error, los comunistas cubanos sumaron su acceso a los vastos saberes que los soviéticos ya tenían en materia de espionaje y clandestinidad. Conocimientos que fueron accesibles para ese grupo selecto de cubanos que cursaron estudios intensivos en la llamada Escuela Leninista Internacional (ELI) de la URSS.

Hoy los archivos liberados del Comintern muestran que entre 1930 y 1937 al menos una veintena de cubanos pasaron por la ELI. Algunos fueron instruidos en el aprendizaje del trabajo clandestino y de Inteligencia, mientras que unos pocos fueron escogidos para pasar cursos de especialización en las academias del Ejército Rojo o de la Inteligencia soviética. Según el diccionario del Comintern para Latinoamérica de Víctor y Lazar Jelfets, entre 1930 y 1934 pasaron por la ELI al menos ocho miembros del PCC.<sup>123</sup> Estos fueron Alfonso González Guerra (1930-1933), Félix Benzoni Mendoza (1931-1932), Ramón Nicolau y Jaime Novomodni (1931-1932), Aggeo Suárez Pérez (1931-1933), Sandalio Junco (1931-1932), Fabio Grobart (1932-1933) y Pinjos Moiseevich Meshkop (1933-1934).

De esos ocho militantes al menos tres, Grobart, Nicolau y Novomodni, se sabe que llegaron hasta el triunfo de la revolución cubana y alcanzaron a tener responsabilidades muy importantes dentro del castrismo. Junco fue asesinado por el PCC en 1942 y Félix Benzoni fue expulsado del Partido en 1935. De Aggeo Suárez Pérez y Pinjos Moiseevich Meshkop no he podido encontrar otras informaciones, aunque de Meshkop se sabe que después de su regreso a Cuba trabajó como instructor en la Escuela Nacional del PCC. En cuanto a Alfonso González Guerra, la historiadora cubana Caridad Massón Sena dice que “en 1939 se alejó del PCC por incomprensión de su política de alianzas y se incorporó al Partido Agrario Nacional. Murió en Cuba”.<sup>124</sup>

Entre 1935 y 1937 pasaron por la ELI al menos once miembros del PCC. Estos fueron: Bella Rosa Acosta Fernández y Carmen Grandío Leal (1937), Manuel Alonso Barroso (1936), Felipe Azcuy Miranda (1935-1937), Remigio Rubén Calderío (1935-1936), Antolín Dickinson Abreu (1935-1937), Celestino Fernández Suárez (1935-1936), Marcelino Hernández (1936-1937), Manuel Luzardo García (1936), Daniel Valdez Pérez (1935) y Wilfredo Velázquez Cabrera (1935).

Dickinson murió de tuberculosis en el año 1946. Grandío Leal trabajó toda su vida en el aparato clandestino del Partido y fue en la casa de su hermano donde estuvo escondida una de las imprentas del PCC. Al triunfo de la revolución cubana desempeñó diferentes cargos hasta que pasó a trabajar con Grobart en el Instituto de Historia. Rubén Calderío era hermano de Blas Roca y dentro del castrismo se desempeñó como dirigente de la Junta Central de Planificación y del Comité Estatal de Economía. Manuel Luzardo fue miembro del Comité Central del PCC hasta enero de 1959 y después, entre 1962 y 1970, fue ministro de Comercio Interior. Bajo su mandato se instauró en Cuba la tristemente célebre

cartilla de racionamiento o *Libreta*.

Wilfredo Velázquez Cabrera fue el jefe de la Comisión Militar en la provincia de Las Villas y en 1942 participó en el asesinato de Sandalio Junco. Durante la revolución castrista organizó, junto con Félix Torres y bajo la dirección de Ramón Nicolau y Osvaldo Sánchez, el frente guerrillero que el PCC decidió crear en esa provincia. Después del triunfo de la revolución Wilfredo Velázquez tuvo un papel importante en el aniquilamiento de los alzados anticastristas en Las Villas.

De Bella Rosa Acosta, Felipe Azcuy, Marcelino Hernández y Daniel Valdez no he podido encontrar información alguna sobre su trabajo durante la revolución cubana o después del triunfo de la misma. En el caso de Bella Rosa, el diccionario del Comintern dice que “desempeñó trabajos técnicos-secretos para el buró político del Comité Central del PCC”. Resulta muy llamativo que un cuadro con ese nivel de preparación, con una responsabilidad tan alta y de tanta confianza, y que además era mujer, no aparezca dentro de la iconografía oficial del comunismo cubano. Eso me inclina a pensar que Bella Rosa podría no ser su nombre real, y que bajo ese pseudónimo se esconde una mujer que sin dejar de ser emblemática siempre trabajó desde las sombras para los niveles más profundos de la organización. Teniendo en cuenta la similitud entre los nombres Ella y Bella, me atrevo a pensar que podría tratarse de Ella Sunshine, la esposa de Fabio Grobart.

En cuanto a Manuel Alonso Barroso se sabe, a partir de la lectura de su entrada en el diccionario del Comintern, que fue un hombre de acción del PCC que después de cursar estudios en la ELI, en 1936, partió hacia España en 1938, fue herido en el combate de La Gandesa e ingresó en el Partido Comunista Español (en 1939). Después de la guerra regresó a Cuba y a partir de ahí su rastro se pierde. Hay, sin embargo, una persona con exactamente ese mismo nombre que aparece inscrita en la lista de candidatos del Partido Acción Unitaria (PAU, el partido político de Fulgencio Batista) para las elecciones parciales de 1950.<sup>125</sup>

Si se trata de la misma persona habría entonces que averiguar si fue en realidad un renegado del PCC o si se trata de otro criptocomunista infiltrado en las filas batistianas. Esta posibilidad toma fuerza cuando descubrimos que en una reunión del Comité Ejecutivo de la CTC de Mujal, que tuvo lugar en junio de 1954, se discutió la presencia de criptocomunistas dentro del movimiento sindical y dentro de las filas del Partido de Acción Progresista (PAP) de los batistianos. Esa reunión fue comentada en un informe de la embajada estadounidense en La Habana al Departamento de Estado. En uno de sus párrafos dice lo siguiente:

Eusebio Mujal, Calixto Sánchez y otros de los presentes no escondieron su creencia de que el PAP [Partido de Batista] no solo estaba penetrado, sino de que era un lugar muy seguro para que un comunista se escondiera. *Gilberto Galán*, miembro del sindicato de los marineros, y Secretario de Estadísticas de la CTC, y que además es uno de los líderes obreros del PAP, se levantó para defender a su Partido de la acusación de darle refugio a los comunistas... Mujal y Calixto Sánchez respondieron con interjecciones irónicas.<sup>126</sup>

Esas interjecciones irónicas de Mujal y Sánchez podrían estar muy bien justificadas si se toma en cuenta que en el diccionario del Comintern hay una entrada para un tal Gilberto Galán Vásquez, miembro del PCC desde 1933 y veterano de la guerra civil española. Si se trata de la misma persona, entonces cabría hacerse la misma pregunta que para con Manuel Alonso Barroso: ¿otro renegado honesto o un infiltrado del Partido?

Tantas sospechas y paranoias podrían parecer exageradas, pero no lo son. Para demostrarlo está el caso de Celestino Fernández Suárez, militante del PCC desde 1933, estudiante de la ELI hasta 1936 y miembro del Comité Central del PCC a partir de 1939. Años después, en 1962, Celestino Fernández Suárez fue deportado de los Estados Unidos por el Servicio de Inmigración y Naturalización de ese país. En el informe de la expulsión lo describen como lo que realmente fue, un infiltrado del PCC en los Estados Unidos.<sup>127</sup>

La perla de Celestino fue una de las tantas que adornaron la corona del PCC, una organización que según las propias palabras de Ramón Nicolau al momento de la caída de Machado ya tenía militantes del Partido en algunos barcos [de guerra] tales como el *Yara*, el *Baire*, el *Cuba*, en el distrito Norte, en el distrito Sur, en Santiago de Cuba y en los talleres de Casa Blanca. En el ejército teníamos comunistas en San Ambrosio, en La Cabaña, en el antiguo [campamento de] Columbia y en algunos puestos aislados en todo el país. Contábamos también con miembros del Partido en la jefatura de la Policía, en el Buró de Investigaciones y en algunas estaciones.<sup>128</sup>

Si eso fue al momento de la caída del gobierno de Gerardo Machado, y a menos de ocho años después de la fundación del PCC, es fácil imaginar que ya para 1955 esa red de agentes había crecido hasta niveles de asombro.

Regresemos ahora al 4 de septiembre de 1933 y revisemos, a partir de las informaciones hoy disponibles, ese momento clave de la historia de Cuba. El punto climático de la famosa *Revolución de los Sargentos*, y del inicio del Gobierno de los Cien Días, es el encuentro y el intercambio de palabras entre el capitán Mario Torres Menier, jefe de la Fuerza Aérea del Ejército, y el sargento Fulgencio Batista y Zaldívar. Durante esa discusión, que sucedió en el Club de Alistados del campamento de Columbia,

Menier estuvo de inicio bajo la impresión de que se trataba de una protesta de soldados y suboficiales para mejorar sus condiciones de vida. Batista, por su lado, todavía se negaba a asumir su rol de líder de la revuelta y, más importante aún, a dejarle saber al oficial con el que estaba discutiendo el verdadero carácter de la misma. En un momento de la discusión entre Menier y Batista, y ya cansado de tantos rodeos, el soldado Mario Alfonso Hernández dio un manotazo sobre la mesa y le dijo a Batista que acabara de decirle a Menier que aquello era un golpe de Estado.

Ese manotazo cambió la historia de Cuba. Hasta ese momento el Ejército había sido una institución portadora de una ética elitista y de una independencia relativa del poder. Con el manotazo de Hernández, el Ejército pasó a convertirse en la porra particular de un hombre, Fulgencio Batista, que todavía no alcanzaba a vislumbrar el poder que esos soldados casi analfabetos, pero sedientos de privilegios, estaban poniendo en sus manos. Poco después Mario Alfonso Hernández fue ascendido a teniente coronel y nombrado jefe de la guarnición militar de la provincia de Pinar del Río. Lo que estuvo escondido hasta el año 1991 es que ya en el momento del golpe de Estado del 4 de septiembre Mario Alfonso Hernández era uno de esos comunistas que trabajaban para el Partido dentro del Ejército. Un dato revelado por el escritor Arquímedes Poveda Godínez en su biografía de Ramón Nicolau. Mario Alfonso Hernández fue el ejecutor de uno de los primeros asesinatos que se le achacan a Fulgencio Batista. Un hecho ocurrido durante la sublevación de oficiales del Ejército que tuvo lugar el 8 de noviembre de 1933. Ese levantamiento, que fue la respuesta al 4 de septiembre que organizaron algunos oficiales del Ejército, fue ejecutado por militares de carrera que no estuvieron involucrados en ninguna de las fechorías de Machado, pero que veían como una usurpación indigna la asonada de los batistianos.

Mario Torres Menier fue uno de los complotados y estuvo a cargo de utilizar la aviación para bombardear algunos puntos de la ciudad. Otros de los sublevados fueron el mayor Ciro Leonard, el capitán Felipe Domínguez y el antiguo jefe de una guerrilla antimachadista en la provincia de Camagüey llamado Juan Blas Hernández, también conocido como “El Sandino de Cuba”.

La sublevación fue rechazada por las tropas de Batista y los hombres de Antonio Guiteras. Al final, una buena parte de los sublevados se refugiaron en el Castillo de Atarés y fueron cañoneados desde la Loma del Burro. Terminaron por rendirse y fue durante el recuento de los detenidos que Mario Alfonso Hernández preguntó quién era Blas Hernández. El interpelado dio un paso al frente y recibió un balazo en el pecho. Después recibió otro en la cabeza.<sup>129</sup>

Poveda Godínez describe ese asesinato con una sarta de mentiras que tienen una poderosa razón de ser: justificar un crimen cometido en 1933 por un comunista que había sido mantenido en el anonimato hasta 1991. Se trata de una justificación imprescindible porque en 1953 Fidel Castro denunció la muerte de Blas Hernández como una de las primeras barbaridades cometidas por Fulgencio Batista.

Mario Alfonso Hernández fue nombrado jefe de la guarnición militar de Pinar del Río, pero disfrutó de ese cargo por muy poco tiempo. Meses después, en agosto de 1934, fue asesinado en el portal de su casa por los hombres de Manuel Benítez, quienes al parecer se presentaron allí con una orden de detención cursada por Batista.<sup>130</sup> Cuánto le debió la muerte de Hernández a su militancia clandestina en el PCC es algo que todavía no ha sido esclarecido. Todo parece indicar que Hernández estaba conspirando contra Batista, que este intentó comprarlo con 40.000 dólares para que se estuviera tranquilo y que ante el fracaso de ese intento decidió detenerlo o asesinarlo.<sup>131</sup> Según Poveda Godínez, con su muerte “Ramón Nicolau había perdido a uno de los más importantes elementos de su trabajo militar”.

Hasta aquí podría decirse que la presencia del PCC en el 4 de septiembre fue limitada a una sola persona y por un corto período de tiempo. La realidad, sin embargo, es que ya para ese momento el Partido también tenía infiltrado dentro de los golpistas a otro militante llamado Gervasio Rieumont Sotolongo, de quien se hablará posteriormente.<sup>132</sup>

Otra influencia indirecta, pero no por eso menos importante, que los comunistas tuvieron sobre la vida política de Fulgencio Batista fue la que lograron a través de Mario Torres Menier. Esa influencia Menier la ejerció (¿sin saberlo?) a través de la protección que siempre le brindó a Víctor Pina Cardoso, un criptocomunista que cuando Batista dio su segundo golpe de Estado, en marzo de 1952, ya fungía como un funcionario de alto nivel dentro de la aeronáutica civil cubana y era, además, el jefe de la Comisión de Habilitación del PCC.

Víctor Manuel Pina Cardoso nació en la provincia de Camagüey el 26 de febrero de 1910. A los 15 años ingresó en el Instituto de Segunda Enseñanza y ya en 1926 había sido expulsado por sus actividades revolucionarias. Tuvo que trasladarse hacia La Habana y matricular en el Instituto de la capital. A partir de ese momento se vinculó a sus dos grandes pasiones: el comunismo y la aviación. Se puede decir que Víctor Pina estuvo involucrado en todas las instituciones de la aeronáutica civil que surgieron en Cuba a partir del año 1926. En el mes de mayo de 1931 fue uno de los fundadores del primer club de aeromodelismo de Cuba. En octubre de 1930, cuando se creó el Club de Aviación de

Cuba, cuyo primer presidente fue Mario Torres Menier, Víctor Pina estuvo entre sus fundadores. Fue en ese club que surgió, a pesar de la diferencia de edades, una estrecha amistad entre Menier y Pina. Una relación que duró toda la vida y fue muy importante para el trabajo secreto de ese joven comunista que ya desde 1932 había empezado a trabajar como personal civil en la aviación militar cubana. Fue a consecuencia de ese trabajo, y de haberse inscrito en el primer curso de paracaidismo que se ofertó en el país, que Pina estuvo presente en el campamento de Columbia el día de la caída de Machado. Unas semanas después “tuvo una participación activa, orientado por el Partido Comunista, en el golpe del 4 de septiembre de 1933, al apoyar a los soldados en sus demandas y, con posterioridad, tomó parte en el ataque al Hotel Nacional”.<sup>133</sup>

En 1933, y a medida que la represión de Batista contra los comunistas empezó a aumentar, Pina se dedicó a hacer agitación y propaganda dentro del campamento de Columbia. En uno de esos mítines políticos fue detenido y pudo escapar de milagro. Se escondió durante seis meses en el Hospital Calixto García de La Habana haciéndose pasar por un enfermo mental. En 1934 fue uno de los dirigentes de la huelga de los trabajadores de comunicaciones y en 1935, durante los preparativos de la huelga general de ese año, fue a dar a la cárcel y su vida cambió para siempre.

Aquí es importante detenerse para hablar del sistema de detección, evaluación y reclutamiento que el Partido utilizaba para con sus cuadros más importantes. Del resto de los militantes se puede decir que eran aceptados en la organización por el simple hecho de querer ser parte de la misma y demostrar cierto nivel de compromiso. Una vez dentro eran utilizados para tareas relativamente inocuas y casi siempre relacionadas con el trabajo político. El asunto se complicaba en la medida que un militante subía dentro de la pirámide clandestina de la organización. Ese ascenso implicaba un mayor acceso a las informaciones secretas y hacía necesaria una selección más cuidadosa. Un proceso tan importante para la sobrevivencia del Partido, y tan ligado a los vínculos profundos que este tenía con la Inteligencia soviética, que de él se encargaba su más alta jerarquía secreta. Hay que reconocer que tuvieron un éxito extraordinario.

Mi padre me dijo varias veces que el Partido les echaba el ojo a sus militantes más duros en las salas de maternidad, en las cárceles y en las funerarias. Los miembros más confiables de la organización casi siempre fueron hijos, sobrinos o nietos de militantes probados. También fueron personas que mostraron una gran entereza ante la tortura o militantes que habían perdido a algún ser querido, ya fuera asesinado por las fuerzas represivas o por culpa de la pobreza extrema en la que tuvieron que vivir. ¿El factor común?: un odio tatuado en los huesos hacia la llamada sociedad burguesa y un estalinismo acérrimo. Esos prerrequisitos no eran garantía de mucho y solo daban derecho a entrar en el proceso selectivo. A partir de ahí esos militantes eran probados con tareas cada vez más complejas y riesgosas. En la medida en que iban demostrando sus habilidades empezaban a subir dentro de la jerarquía clandestina y en algún momento, cuando ya estaban listos para las más altas responsabilidades, tenían que pasar “la prueba”. El caso de Víctor Pina confirma los rasgos esenciales de ese proceso selectivo.

Pina entró en la prisión del Castillo de El Príncipe en 1935 y salió en 1937. Durante una buena parte de su encarcelamiento fue el secretario general de la célula del Partido en el recinto carcelario; o sea, el jefe de todos los comunistas que cayeron presos durante ese período de tiempo. La ironía es que a partir de noviembre de 1935 también estuvieron encarcelados en El Príncipe dos comunistas casi desconocidos, uno llamado Julio Ginarte López y el otro José Michelán. Los dos habían sido condenados a seis meses de prisión por propaganda sediciosa. Lo que las autoridades policiales y carcelarias no sabían, en el año 1935, es que esos dos militantes eran en realidad Blas Roca y Fabio Grobart. Según las propias palabras del hijo de Víctor Pina, esa coincidencia en tiempo y espacio carcelario

le permitió a *Fabio* conocer mejor a mi padre y... lo convenció para que aceptara pasar al trabajo clandestino... actividades especiales y secretas que eran conocidas por un reducidísimo grupo de compañeros. Por la compartimentación requerida para ese trabajo, incluso, *muy pocos de los responsables nacionales del Partido lo sabían*.<sup>134</sup>

Esa primera selección de Pina también tuvo que ver con uno de esos actos de valentía en el que estuvieron involucrados varios de los militantes que después serían parte de la segunda hornada de los hombres de Fabio. Resulta que las condiciones de encarcelamiento eran cada vez más duras y los comunistas decidieron protestar ante el jefe de la prisión, un esbirro conocido por su macabro sentido del humor y por una marcada tendencia a finalizar sus órdenes a los presos diciendo que el que no estuviera de acuerdo, que diera un paso al frente... para molerlo a toletazos y tirarlo en un calabozo. Los comunistas decidieron protestar y acordaron, además, que en cuanto el esbirro dijera lo del paso al frente todos, como un solo hombre, lo darían. Llegó el momento esperado y solo dieron el paso al frente siete militantes. Así lo narra Mario Morales Mesa, uno de los implicados.<sup>135</sup> Junto con él estaban, entre otros, Víctor Pina Cardoso, Osvaldo Sánchez Cabrera y Luis Fajardo Escalona. Como se verá después, los tres primeros —Morales, Pina y Sánchez— fueron fundadores de la Seguridad del Estado castrista a inicios del año 1959, responsabilidad para la que resultaban idóneos después de sus

más de dos décadas de trabajo clandestino para el PCC. Víctor, como un agente con una sólida fachada burguesa; Osvaldo, como un cuadro clandestino de la organización; y Mario, como un infiltrado dentro de las bandas gansteriles, los cuerpos represivos y las organizaciones revolucionarias anticomunistas. Entre 1936 y 1946 Víctor Pina fue un cuadro profesional del Partido. La primera responsabilidad que le dieron fue trabajar con Ramón Nicolau y Fabio Grobart en la creación, organización y desplazamiento de la brigada de combatientes cubanos que apoyó al bando republicano durante la guerra civil española. Esa tarea puede parecer a simple vista como no relacionada con el trabajo secreto del Partido. Lo cierto, sin embargo, es que desde su inicio tuvo un fuerte componente clandestino. Fue en el desempeño de esa tarea que Víctor Pina pasó “la prueba”.

En una visita a Santiago de Cuba, Pina fue detenido, conducido al Cuartel Moncada y salvajemente torturado. No habló. Al final pudo contactar al Partido través de un preso común que le avisó a una vendedora de frutas que casualmente conocía a Pina. Esa señora, que también de una forma un tanto inexplicable sabía cómo y a quién contactar, pudo avisarles a los comunistas y estos se movilizaron hasta que lograron liberarlo.<sup>136</sup> Fue a partir de ese momento, por haber pasado “la prueba”, que Pina estuvo listo para trabajar en uno de los escalones más altos de la pirámide clandestina del Partido.

Una vez finalizada la guerra civil española, y ya con el contubernio de Batista y los comunistas en todo su esplendor, Pina se dedicó, sin dejar a un lado su vieja pasión por la aeronáutica, a trabajar para la Comisión Militar del PCC bajo las órdenes directas de Nicolau y Grobart. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial se casó con la doctora en Farmacia María Tabío Palma, empezó a trabajar como representante de varias compañías farmacéuticas, solidificó su fachada burguesa y continuó sus labores en el aparato clandestino del Partido.

Después de 1944, y con la llegada al poder de Grau, Víctor Pina disfrutó de una nueva y mejor etapa en su vida pública y clandestina. Una bonanza que ilustra la capacidad del PCC para beneficiarse, o al menos no afectarse, con los cambios de gobiernos. Mario Torres Menier, que era un gran enemigo de Batista y un aliado de los Auténticos y de Grau, pudo regresar a Cuba para ser, a partir de 1946, un alto funcionario de la aviación civil cubana. En cuanto eso sucedió, Menier llamó a Pina a trabajar con él y lo nombró técnico del Servicio de Control y Auxilio a la Navegación Aérea. Ese cargo le permitió a Pina moverse con entera libertad por los aeropuertos de Cuba, viajar gratis en las líneas aéreas nacionales e internacionales, evaluar y recomendar la contratación de algunos empleados y asistir a una enorme cantidad de cursos y conferencias alrededor del mundo.

A partir de 1950, y del aumento de la represión contra los comunistas, el trabajo de Pina se tornó esencial y alcanzó un gran nivel de profesionalismo. Así, “solo entre los años 1950 y 1957 se organizaron 180 salidas ilegales del país y se realizaron cientos de envíos de paquetes... y nunca se perdió paquete alguno”.<sup>137</sup> Además de su trabajo como jefe de las Comisiones de Información y Habilitación, Pina desempeñó otras responsabilidades mucho más cercanas a las labores del espionaje. En 1954, y después de la caída del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, Pina fue comisionado para llevar a Cuba una enorme cantidad de dinero que los comunistas guatemaltecos habían sacado del país. Esa misión le fue encomendada a Pina en la ciudad de México y para llevarla a buen término tuvo que viajar hasta San Salvador, vestirse como un salvadoreño, burlar el chequeo que tenía la casa en la que estaba escondido el botín, hacer un primer contacto, regresar, sacar el dinero y después de esperar varios días volar hacia Cuba y depositarlo intacto en la ciudad de Camagüey.

Durante esos años Pina visitó los Estados Unidos alrededor de cuarenta veces. En algunas de esas ocasiones estuvo en contacto y desarrolló una gran amistad con un estadounidense llamado Mortimer Rabson. Una relación que su hijo describe así:

[Rabson] había comenzado su relación con Cuba en 1939, *después de conocer a Fabio Grobart. A los dos les unió la ascendencia judía y las ideas revolucionarias...* Después de su regreso a los Estados Unidos [Rabson] se dedicó a ayudar a la causa de la Revolución... en 1940, durante una visita a Nueva York, Juan Marinello se hospedó en casa de Morty, *entonces casado con una de las principales líderes del Presidente Franklin D. Roosevelt...* Poco después de enero de 1959 ofreció sus servicios a la Revolución cubana... Más tarde, teniendo en cuenta sus conocimientos de aviación, su condición de abogado actualizado en la legislación norteamericana e inglesa fue nombrado representante de Cubana de Aviación para Inglaterra y Europa... La actuación de Morty en Inglaterra logró solo elogios... contribuyó a mantener los aviones ingleses Bristol Britania, que fueron los más importantes para las comunicaciones aéreas internacionales cubanas, incluso durante la primera etapa de la *ayuda internacionalista cubana en Angola*.<sup>138</sup>

Los archivos de la antigua Inteligencia checa revelan hoy una imagen de Mortimer Rabson mucho menos edulcorada. Según esos archivos, ya en 1959 Víctor Pina había viajado a Praga como parte de una delegación de pilotos cubanos que iban a entrenarse en ese país. Una de las primeras cosas que hizo Pina al llegar a la capital checa fue pasarse toda una tarde conversando con Fabio Grobart, quien vivía en esa ciudad desde 1952.

La Inteligencia checa ayudó a los cubanos con las operaciones de Rabson en Europa. De inicio lo hizo colectando entre sus fuentes las informaciones sobre el representante de Cubana de Aviación que

podían ser de interés para los cubanos. Una de esas informaciones, fechada el 28 de febrero de 1962, describe la conversación de una de esas fuentes checas con el representante de Bristol Aircraft (la compañía que fabricaba los aviones Britannia) y dice lo siguiente:

Durante una conversación con el representante de Bristol Aircraft el 26 del mes en curso, la conversación fue dirigida hacia la posición de Mr. Rabson. Mr. Baldwin se refirió a Mr. Rabson como un “espía internacional de alta clase”, y expresó la opinión de que él esperaba que Mr. Rabson quedara fuera del acuerdo para reparar los Britannia de Cubana de Aviación en el aeropuerto de Londres.<sup>139</sup>

Esas amistades sospechosas de Víctor Pina fueron una de las razones por las cuales el nombre de ese comunista cubano fue mantenido en secreto durante tanto tiempo. El primer reconocimiento público del trabajo de ese militante que he podido encontrar hasta ahora aparece en un artículo publicado en el año 1985, o sea, dos décadas y media después del triunfo de la revolución cubana y cincuenta años después del inicio de las actividades clandestinas de Pina. Para más, ese reconocimiento miente o no dice toda la verdad. Al final de ese artículo Pina declara que después del triunfo de la revolución pasó “a las Fuerzas Armadas, como inspector general de la Fuerza Aérea, y más tarde fui director de aeronáutica civil, hasta que me jubilé”.<sup>140</sup>

Hubo que esperar veintiséis años más para que, en 2011, el hijo y biógrafo de Víctor Pina revelara el verdadero destino de su padre después del triunfo de la revolución cubana, o sea, como miembro fundador del pequeño grupo de cuatro personas que se dedicaron a crear y organizar el Departamento de la Seguridad del Estado (DSE) castrista. Esas personas fueron Ernesto “Che” Guevara, Ramiro Valdés Menéndez, Osvaldo Sánchez Cabrera y Víctor Pina Cardoso.

Teniendo en cuenta los escasos conocimientos que Guevara y Valdés tenían sobre el trabajo clandestino y de Inteligencia, así como la larga experiencia que Sánchez y Pina ya acumulaban en esas lides, es fácil entender que al menos de inicio el trabajo operativo o profesional de la Seguridad del Estado estuvo a cargo de esos dos antiguos miembros del PCC. Fueron ellos quienes se encargaron de poner a trabajar dentro del nuevo Departamento a los viejos miembros de la Comisión Militar del Partido, gente tan versada en esos asuntos, y que llevaban tantos años conspirando, que enseguida convirtieron la lucha de la llamada contrarrevolución en una pelea muy desigual.

El nombramiento de Pina en la Fuerza Aérea era casi obligatorio. Además de ponerle sombra al comandante Díaz Lanz,<sup>141</sup> bien conocido por su escasa tolerancia al comunismo, ese nombramiento de Pina buscaba aprovechar los conocimientos y contactos que este tenía con el comunismo internacional —léase la URSS y el campo socialista— para comprar aviones de combate y entrenar a los pilotos que conformarían la verdadera Fuerza Aérea del castrismo. Es importante recordar que unos pocos meses después de su nombramiento, ya en noviembre de 1959, Víctor Pina regresó a Praga al frente del primer grupo de pilotos cubanos que serían entrenados en el manejo de los aviones de combate soviéticos. (Ver página correspondiente de este libro.)

Por otro lado, el nombramiento de Pina en la Aviación Civil buscaba hacer uso de su larga experiencia en el trasiego de personas y cosas a través de los puertos y las terminales aéreas de Cuba. Esos conocimientos acumulados por Pina durante más de veinte años de trabajo clandestino, combinados con el hecho de ser parte del poder y de contar por primera vez con una enorme cantidad de recursos y hombres, hicieron que el otrora perseguido se convirtiera en un perseguidor muy difícil de burlar. De esa forma, la llamada contrarrevolución, y los servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, nunca sospecharon que desde el mismo triunfo de la revolución cubana ellos habían ido a darles un sermón a los curas.

Otro de los hombres de Fabio, o de los subordinados de Pina, que más se destacaron en aquellos primeros años de la revolución, y al que Fidel Castro le debió la vida, fue Mario Morales Mesa, un viejo comunista cubano que nació el 21 de febrero de 1916 en la ciudad portuaria de Cárdenas. En 1931 se fue a vivir junto con su familia al barrio habanero de Regla y después de la caída de Machado ingresó en la Liga Juvenil Comunista. Fue miembro de los grupos de acción del Partido y con la ayuda del mismo, que controlaba el sindicato de los ómnibus en la capital, pudo conseguir trabajo en ese ramo, primero como cobrador y después como chofer (guaguero). En 1935 cayó preso en el Castillo de El Príncipe y sufrió, junto con otros comunistas, aquella larga espera antes de no ser fusilado. Después de salir de la cárcel fue enviado por el PCC a combatir en España y terminó siendo el jefe del último contingente de cubanos que llegaría a ese país para luchar por la República. Pasó un entrenamiento como operador de ametralladoras Maxim y llegó a ser tan bueno en el uso de esa arma que a partir de ese momento su nombre de guerra fue “Maxim”. Regresó a Cuba en 1939, volvió a trabajar como guaguero y según él mismo cuenta

le di una bofetada a un compañero en plena reunión. Sentí que todo acababa. Pero entonces los compañeros aprovecharon para utilizarme en otro tipo de trabajo que no fuera público... El Partido tenía un grupo de contra-inteligencia. Para meter a compañeros con leyenda en otras organizaciones, en los partidos reaccionarios, incluso en la Policía. Para obtener información.<sup>142</sup>

La primera misión que recibió Morales Mesa fue penetrar el Partido Bolchevique Leninista de Sandalio Junco; algo que, al parecer, hizo de una forma impecable. Después del asesinato de Junco, en

1942, y la expulsión de Rolando Masferrer del PCC, en 1944, Morales Mesa recibió la orden de penetrar el Movimiento Socialista Revolucionario (MSR) que habían creado Masferrer y “Manolo” Castro. Fue a partir de ese año también, y como consecuencia de la llegada al poder de Grau San Martín, que “Maxim” aprovechó sus vínculos con el MSR para recibir un nombramiento en la Policía. Al principio de su trabajo como espía para el Partido Morales Mesa fue atendido, según sus propias palabras, por

el compañero Secundino Guerra [alias, “Guerrero”], y después fue Víctor Pina Cardoso. Este, era un misterioso del carajo. Nadie en el Partido sabía qué hacía ni dónde vivía. Él fue quien me metió en el cuerpo el sigilo ese, el misterio de la “cosa”. Yo lo veía en una casa en Mantilla. Me contra-chequeaba antes de llegar y era muy... de película la entrevista. Salía sigiliao<sup>143</sup>.

Después del golpe de Estado de marzo de 1952 “Maxim” dejó su trabajo como detective de la Policía Secreta y pasó, por órdenes del Partido, a conspirar contra Batista. Según su testimonio, “aquel día me dije: ‘esta es la decisiva’. Y ya el 20 de marzo me reúno en la embajada de Guatemala, ubicada en el reparto La Sierra, con Juan Manuel Márquez y otros más; así comenzamos a conspirar. *Sigo, además, manteniendo contacto con otros grupos y de todo eso, informando al Partido*”<sup>144</sup>.

De 1952 a 1958 Morales Mesa estuvo involucrado en al menos cuatro operaciones clandestinas para eliminar a Batista. Ninguna de esas acciones fue organizada por el Movimiento 26 de Julio (M26-7) de Fidel Castro y todas, ¿casualmente?, fracasaron. En 1953 “Maxim” pudo involucrarse en una operación de contrabando de armas de la Organización Auténtica. Una buena parte de esas armas terminaron, gracias a su trabajo, en la provincia de Pinar del Río y en las manos de un amigo de Morales Mesa desde la época de la guerra civil española llamado Juan Palacio, un militante secreto del PCC que tiempo después se alzó en las montañas de esa provincia como miembro del 26 de Julio.

Según Morales Mesa, entre 1955 y 1957 se prepararon tres atentados contra Fulgencio Batista. En agosto de 1955 se preparó un primer ataque contra el Palacio Presidencial, acción que al ser descubierta por la policía les permitió a los batistianos ocupar una enorme cantidad de armas. En 1956 otros conspiradores, entre los que estaba “Maxim”, alquilieron dos casas en el reparto La Sierra, próximas a la Avenida 31, con el objetivo de tenderle una emboscada a la caravana de carros de Batista cuando esta se dirigiera hacia el campamento de Columbia. Esa operación también fracasó.

Ya a finales de 1956 y principios de 1957 Morales Mesa participaría en la organización de la acción que en Cuba se conoce como el Asalto al Palacio Presidencial. Según sus propias palabras: “Por las relaciones de amistad con Carlos Gutiérrez Menoyo, con Menelao Mora e Ignacio González, yo conocía casi todo el plan”. El fracaso de ese asalto le costó la vida al líder universitario José Antonio Echeverría y dejó definitivamente diezmado al Directorio Revolucionario Estudiantil, la única organización capaz de contrarrestar militar e ideológicamente el liderazgo del PCC y de Fidel Castro en la lucha contra Batista.

Después de su participación en una larga cadena de fracasos, todos providenciales para el PCC y para Castro, Morales Mesa tuvo al fin un éxito cuando logró hacerse, a finales de 1958, con la llave del apartamento en el que Salvador Díaz Versón, un periodista que había sido oficial del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) durante el gobierno de Prío, tenía su archivo con datos de todos los comunistas.

El 1 de enero de 1959 Morales Mesa reunió a un grupo de hombres de confianza para ir a ocupar la Policía Secreta y la Policía Judicial. Fueron, claro está, a ocupar los archivos. Unos días después “Maxim” fue llamado al Ministerio de Gobernación, ya bajo la dirección del comandante guerrillero Luis Orlando Rodríguez, y fue nombrado jefe del buró de drogas de la Policía Secreta. En marzo de 1959 fue citado a una reunión con Ramón Nicolau y Osvaldo Sánchez en el campamento de Columbia. En esa reunión, secreta por demás, se le informó que en virtud de su larga experiencia conspirativa, y sus extensos conocimientos y relaciones dentro de los grupos gansteriles, pasaría a trabajar en el recién formado Departamento de la Seguridad del Estado. Dejemos que él lo cuente:

Me explicaron el trabajo... que buscara una casa amplia... allí me iba a establecer, oficina y vivienda... es un trabajo de contrainteligencia... dirigir una serie de agentes que estaban en contacto con grupos conspiradores... “tú eres muy conocido, tienes mucho campo”... yo tenía muchas relaciones... era una tendencia que estas gentes [los llamados contrarrevolucionarios] se ligaran a los elementos gansteriles; bueno, que yo los conocía bien... yo era el jefe, pero también era oficial y agente... yo estaba infiltrado entre la gente de Plinio Prieto. Él fue comandante del Ejército Rebelde, y después se alzó... Me entregaron tres agentes secretos, uno de estos, *Molina, quien había logrado infiltrarse entre la gente de Masferrer, ¡qué coraje! El otro era un compañero que le decían el Rubio, hombre de confianza de Orlando Piedra*. Y también me entregaron a Mara. Con los tres empiezo a trabajar... Después viene el año 1961... el fracaso de Playa Girón, la única opción que le quedaba a esa gente era atentar contra Fidel. Entonces me designan jefe del Buró de Atentados... Yo tenía conocimiento de todas las actividades del Comandante en Jefe, para poder evaluar las informaciones sobre planes de atentados... De una manera u otra participé en la frustración de casi todos los planes que la CIA y la contrarrevolución preparaban contra Fidel.<sup>145</sup>

Morales Mesa y todos esos militantes clandestinos del PCC empezaron a trabajar para la Seguridad

del Estado castrista desde fecha tan temprana como febrero-marzo de 1959. Su jefe operativo fue otro de aquellos “fusilados de mentirita” del año 1935: Osvaldo Sánchez Cabrera, también conocido en Cuba como la “Bestia Roja”. Osvaldo Sánchez es uno de los hombres clave y menos mencionados en la historia del comunismo cubano y de la revolución castrista. Nació el 21 de noviembre de 1912 en Vereda Nueva, un poblado a 30 kilómetros al oeste del centro de La Habana, y murió el 9 de enero de 1961 cerca de Varadero. En 1931 ingresó en la Liga Juvenil Comunista que dirigía Fabio Grobart. A partir de ese momento fue raro el año en el que Osvaldo Sánchez no estuvo en prisión. Luchó contra Machado y fue miembro del Ala Izquierda Estudiantil, una organización pantalla de los comunistas dentro de los estudiantes.

Entre 1934 y 1935 fue uno de los encargados de crear, bajo la dirección de Nicolau, el sistema de imprentas clandestinas del Partido. Se casó con Clementina Serra en 1935 y un año después, durante una reunión clandestina en la ciudad de Santiago de Cuba, fue detectado por la policía, saltó por una ventana desde una altura considerable y se fracturó el tobillo. Lo detuvieron, pasó “la prueba” de la tortura y como consecuencia de no haber recibido tratamiento médico quedó lisiado de una pierna. Después, ya como miembro del Frente Rojo, participó en el asalto al Teatro La Comedia. Entre 1940 y 1944 organizó y dirigió las organizaciones juveniles de “frente amplio”, como la Hermandad de Jóvenes Cubanos. En 1943 fue miembro de la delegación cubana al Congreso Continental de la Juventud celebrado en México. Entre 1944 y 1949 fungió como organizador del Partido en el barrio habanero del Luyanó y entre 1949 y 1956 fue designado organizador del Partido en la provincia de Camagüey. Estando en esas funciones fue comisionado para viajar a Guatemala, en 1954, y coordinar con el Partido del Trabajo Guatemalteco (comunista) las acciones a seguir frente al golpe de Estado que ya se estaba desarrollando.

En 1956, y por los problemas de salud de Ramón Nicolau, Osvaldo Sánchez fue designado oficialmente como jefe del trabajo de Inteligencia del PCC, responsabilidad que ya desempeñaba de forma interina desde un año antes.<sup>146</sup> A partir de 1955 no existe una sola etapa de la revolución castrista en la que Osvaldo Sánchez no estuviera profundamente involucrado. Después de la salida de los asaltantes al Cuartel Moncada de prisión, fue Osvaldo Sánchez quien envió a Raúl Valdés Vivó, a la sazón secretario general de la Juventud Socialista en la Universidad de La Habana, a entrevistarse con Fidel Castro.<sup>147</sup> La entrevista ocurrió en la casa de los militantes Arita Herrero y Raúl Taladrí, situada en la calle 16 entre 15 y 17 del barrio habanero del Vedado; o sea, dentro del circuito de casas y negocios del PCC por el que se movía Víctor Pina Cardoso. El contenido de la entrevista, según la propaganda del PCC, fue *impulsar la lucha y la unidad*. En realidad, fueron a decirle a Fidel Castro que tenía que salir de Cuba porque lo iban a matar, y que el Partido ya había tomado las medidas necesarias para protegerlo.

Durante la preparación en México de la expedición del yate *Granma*, Sánchez Cabrera viajó al menos dos veces a ese país para entrevistarse con Fidel Castro. Esas entrevistas —junto con las de otros tantos comunistas que pasaron por tierra azteca para hablar con el jefe del Movimiento 26 de Julio— siempre han sido presentadas como intentos fallidos del Partido de convencer a Fidel Castro para que pospusiera sus planes de invasión. Ese reclamo es absurdo, ninguna organización con la experiencia del PCC habría arriesgado a hombres tan importantes de su aparato de Inteligencia para convencer a un muchachón de que era mejor esperar. Fueron a llevar informaciones, a dar ayudas, a preparar condiciones y crear los planes de coordinación para cada una de las etapas de la lucha que vendría. Después del desembarco del yate *Granma* y del descalabro de la tropa castrista en el combate de Alegría de Pío, el 5 de diciembre de 1956, fue Osvaldo Sánchez o un hombre de su entera confianza quien estableció el primer contacto del Partido con la diezmada guerrilla de Fidel Castro. Ese contacto fue reconocido por primera vez, aunque de forma velada, en el año 1978 y está recogido en el libro de Lionel Martin, en el que este dice:

Le pregunté a Carlos Rafael Rodríguez si el Partido Comunista había penetrado en la Sierra Maestra. Me respondió con un largo “Ooooo, nosotros teníamos muchísimos militantes entre los campesinos de la Sierra...”. En mi conversación con él, Rodríguez reveló, por primera vez, que los comunistas habían hecho contacto oficial con el grupo de Fidel Castro solo semanas después del desembarco del *Granma*. Ellos habían enviado a un emisario, Gottwald Fleitas, un líder del PSP en Bayamo, hacia la Sierra para que hablara con él. “Él fue a la Sierra cuando solo había doce hombres... al principio de 1957”, dijo Rodríguez. Fleitas fue el encargado de decirle a Castro que el PSP había dado instrucciones a los campesinos militantes de la Sierra para que cooperaran con la guerrilla.<sup>148</sup>

Todo parece indicar que el tal Gottwald Fleitas es un pseudónimo bajo el que se esconde Osvaldo Sánchez o alguien muy parecido. Creo que se trata de Osvaldo Sánchez porque, según Aníbal Escalante, para el jefe del aparato de Inteligencia del Partido “era un lugar común el ir y venir entre el llamado llano y la Sierra, entre el movimiento clandestino y el movimiento armado, que crecía como un huracán”<sup>149</sup>. Fueron muchas las veces que Sánchez subió a la Sierra y no pocas las que les sacó las castañas del fuego a los barbudos. Al inicio de la invasión hacia occidente, la columna del “Che”

Guevara, que ya iba exhausta y con algunos hombres heridos, fue cercada por los batistianos en un lugar llamado Estero de Baraguá. Cuando eso sucedió fue Osvaldo Sánchez quien respondió a los reclamos de ayuda hechos por el argentino y sacó a los heridos, metió prácticos concedores de la zona y dejó alijos de comida en los sitios por los que la columna tendría que pasar.

Cuando los hombres de Camilo Cienfuegos y el “Che” Guevara llegaron a la provincia de Las Villas ya Osvaldo Sánchez había organizado una guerrilla del PCC en esa región, un grupo armado que recibió muy bien a los barbudos, los proveyó de prácticos, comida, planta de radio, y que además sirvió de contrapeso de las guerrillas del Directorio Revolucionario que ya operaban en esa zona. Al mismo tiempo y según el plan original, la columna de Camilo Cienfuegos estaba destinada a pasar, tan pronto como fuera posible, desde la provincia de Las Villas hacia el territorio de la provincia de Pinar del Río. Ese plan, llamado Operación Caja de Tabaco, fue diseñado y preparado por Osvaldo Sánchez y consistía en transportar a todos los guerrilleros de la columna de Cienfuegos por carretera, a través de los puntos de control y ante los ojos de la policía, en unos camiones de carga de frutas preparados con un sistema de enmascaramiento a dos superficies. Cuando Batista huyó de Cuba, la operación ya estaba lista en todos sus detalles.

Después de la huida del tirano, Osvaldo Sánchez dirigió y coordinó el allanamiento de los más importantes cuerpos represivos de Cuba y, sobre todo, el control de los archivos de esas instituciones. De esa forma el PCC entró en posesión de un enorme caudal informativo, una mina que solo ellos podían entender en toda su extensión y que les permitió, entre otras cosas, limpiar su historia, ajustar cuentas, preparar nuevas infiltraciones y empezar a defender el castrismo de una forma muy efectiva. No es casual, entonces, que Osvaldo Sánchez haya sido designado, en febrero de 1959, como uno de los dos jefes operativos de la Seguridad del Estado castrista. Ese nombramiento, que durante muchos años se mantuvo en el más estricto secreto, deja al descubierto una línea de continuidad entre el PCC y la revolución castrista; un encadenamiento de hechos que la propaganda de Fidel Castro siempre ha querido esconder. La pregunta que salta a la vista es: ¿por qué ese deseo de ocultar, décadas después, la existencia de esos agentes del Partido? Hay dos respuestas evidentes. La primera es que la existencia de ese impresionante aparato de Inteligencia, y su uso por y para el castrismo, elimina o empaña el prisma amplificador de la tan cacareada gesta castrista y, peor aún, de la sagrada grandeza y genialidad de Fidel Castro. La segunda respuesta es que algunos de esos agentes del Partido eran parte de los cuerpos represivos de Batista que tenían vínculos muy estrechos con la Inteligencia estadounidense. Algunos de ellos pudieron ganarse la confianza de esas organizaciones de Inteligencia y pasar a trabajar, después del triunfo de la revolución cubana, dentro de los Estados Unidos como agentes del castrismo.

117. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo I (1925-1935), Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 76.

64

118. Petinaud, Jorge. “Veinte años dentro del enemigo”, revista *Moncada*, Año XV, N° 14, marzo de 1981, pp. 20-23.

119. Kersffeld, Daniel. “De Trzciany a La Habana: Los senderos de Fabio Grobart”, revista *Pacarina del Sur*, N° 21, octubre-diciembre de 2014. Disponible en línea en: <[www.pacarinadelsur.com](http://www.pacarinadelsur.com)>.

120. Gonzalo Miró Muñiz fue un infiltrado del PCC en la Marina de Guerra desde la época de Machado. Fue cabo escribiente de la fragata *Máximo Gómez*. Ver Blaquier Rojas, Angelina, *op. cit.*, p. 41.

121. Parece haber sido un hombre importante en los inicios del aparato clandestino del PCC. Su nombre aparece en muchas de las historias sobre las actividades secretas del Partido en esos años. No he podido localizarlo con certeza absoluta, podría tratarse del comunista cubano, llamado Marcelino Menéndez Menéndez, que fue condenado a dos años de prisión domiciliaria durante el proceso de la llamada “Microfracción”, pero me falta información para afirmarlo con certeza.

122. Petinaud, Jorge. “Un comunista infiltrado en la Policía Secreta”, revista *Moncada*, Año XV, N° 14, febrero de 1981, pp. 23-25.

123. Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets. *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Ariadna Ediciones, Santiago de Chile, 2015.

124. Massón Sena, Caridad. *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2006, p. 23.

125. “Resultado final de la votación provincial de La Habana”, periódico *El Mundo*, sábado 8 de julio de 1950.

126. De Zengotita, Juan. “CTC Anti-communist resolution. From Havana Embassy to The Department of State”, Foreign Service Despatch, junio, 24, 1954.

127. United States Department of Justice Immigration and Naturalization Service. Washington. 25. D.C. Report of the Commissioner for the year ended June 30, 1962. Disponible en línea en: <[archive.org](http://archive.org)>.

128. El trabajo dentro de la policía y el ejército burgueses. *El Militante Comunista*, edición especial, agosto de 1985, pp. 52-61.

129. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 123.

130. *Ibidem*, p. 124.

131. Argote-Freyre, Frank. *Fulgencio Batista. From revolutionary to strongman*, Rutgers University Press, New Brunswick, 2006, p. 167.

132. Poveda Godínez, Arquímedes. *Op. cit.*, p. 219.

133. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, p. 34.
134. *Ibidem*, pp. 46-47. El destacado es propio.
135. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Ellos merecen la victoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, pp. 51-
136. Pina Tabío, Víctor. *Op. cit.*, pp. 66-67.
137. *Ibidem*, p. 197.
138. *Ibidem*, pp. 199-203. El destacado es mío.
139. Documento de los antiguos servicios checoslovacos de Inteligencia. Colección personal del autor donada por Juan Bautista Yofre.
140. “El trabajo dentro de la policía y el ejército burgueses”, *El Militante Comunista*, edición especial, agosto de 1985, pp. 52-61.
141. Pedro Luis Díaz Lanz (1926-2008). Mecánico de aviación y piloto desde los 20 años de edad. Trabajó para la compañía Aerovías Q. En 1957 se vinculó al castrismo. Durante 1958 contrabandó armas desde Costa Rica y la Florida hacia la Sierra Maestra. Al término de la lucha contra Batista era el jefe de la fuerza aérea del Ejército Rebelde. Al triunfo de la revolución cubana fue nombrado jefe de la aviación cubana y piloto personal de Fidel Castro. Fue uno de los primeros denunciadores de la penetración comunista en las altas esferas del castrismo. Fue separado de su cargo en junio de 1959 y se exilió en los EE.UU. En ese país declaró ante varios comités senatoriales para denunciar una vez más la penetración comunista dentro del castrismo.
142. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Op. cit.*, p. 55.
143. *Ibidem*.
144. *Ibidem*. El destacado es del autor.
145. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Op. cit.* El destacado es propio, para resaltar la existencia de otros agentes del PCC dentro de los cuerpos represivos cuyas identidades, y desempeños, todavía hoy no son completamente públicos.
146. Escalante, Aníbal. “En torno a la vida de Osvaldo Sánchez”, folleto, imprenta del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), La Habana, 1962.
147. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo III (1952-1961), Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, pp. 137-138.
148. Martin, Lionel. *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Lyle Stuart, Secaucus, 1978, p. 198. El destacado es mío.
149. Escalante, Aníbal. “En torno a la vida de Osvaldo Sánchez”, folleto, imprenta del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), La Habana, 1962.

## Capítulo VII

### De esbirros, espías y traidores

A partir de las informaciones dadas en el capítulo anterior se puede asegurar que el PCC tuvo una impresionante red de agentes secretos, un sistema de colección de información y de emplazamiento de militantes que le permitió influir en la vida política de la Cuba republicana de una forma que hoy resulta inaceptable para la propaganda castrista.

Regresemos ahora al caso de Pedro Luis Gutiérrez, aquel militante comunista devenido francotirador y guardaespaldas del jefe de la policía de Machado. En 1933 Gutiérrez dejó el Ejército, empezó a trabajar como tabaquero y siguió vinculado al Partido en el barrio habanero de Cayo Hueso. A inicios de 1940 Mariano Faget se le acercó con una noticia: los americanos iban a crear un nuevo cuerpo de inteligencia en Cuba y tenían pensado nombrarlo al frente del mismo. Después de revelada la noticia, Faget le dijo “y tú eres uno de los hombres que más necesito”.<sup>150</sup>

El Servicio de Investigaciones de Actividades Enemigas (SIAE) fue operacional a partir de finales de 1940 y adquirió carácter oficial después del ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, y la subsecuente declaración de guerra del gobierno cubano al Eje cuatro días después. Al frente del mismo fue nombrado Mariano Faget Díaz, un hombre de confianza de las embajadas inglesa y estadounidense en La Habana. Cuando Faget se acercó a Gutiérrez, el jefe del Ejército cubano era José Eleuterio Pedraza, compadre de Fulgencio Batista, miembro del reducido grupo de los complotados durante la revuelta del 4 de septiembre de 1933, líder de la represión contra los comunistas durante la huelga de 1935 y jefe del Ejército de Cuba entre 1939 y febrero de 1941. Gutiérrez dice en sus memorias que él esperó demasiado tiempo antes de hacerle saber al Partido que Faget quería reclutarlo. Cuando lo hizo y le ordenaron que aceptara, ya el jefe de la policía era Manuel Benítez, el mismo esbirro que había asesinado a Mario Alfonso Hernández en 1934.

Para entender el origen de esa sustitución hay que recordar que en 1939 Inglaterra ya le había declarado la guerra a Alemania. A partir de ese momento muchos cargueros ingleses empezaron a ser hundidos por los submarinos alemanes en las aguas del mar Caribe. La Inteligencia inglesa sospechaba, no sin razón, que los alemanes ya tenían una amplia red de simpatizantes y propagandistas en Cuba que servían de fachada para los trabajos de su servicio de Inteligencia Militar (Abwehr) en el área del Caribe. Por razones obvias, una buena parte de esa red se apoyaría en los italianos y españoles radicados en Cuba que ya eran afines a las ideas del Eje. Según la lógica de ingleses y estadounidenses no debía ser muy difícil contrarrestar, con la ayuda del recién creado SIAE, las acciones de esa Quinta Columna. Pronto chocaron con la realidad cubana.

Muchos de esos italianos y españoles que apoyaban al Eje eran gente de mucho dinero y eso, combinado con la galopante corrupción de los cuerpos represivos de Batista, y la inclinación hacia las ideas fascistas de algunos de sus miembros, convirtió en una tarea muy difícil la persecución y el encarcelamiento de esas personas. Un caso muy conocido fue el de Camilo Ruspoli, príncipe de Candriano, hombre de vasta fortuna nacido en Roma en el año 1882 y radicado en Cuba desde 1923. A finales de los años 30 el famoso príncipe creó la Casa de Italia en la céntrica calle habanera de Prado.

67

Para desmayo de ingleses y estadounidenses, uno de los amigos personales de Ruspoli era José Eleuterio Pedraza, el jefe del Ejército, que visitaba la Casa de Italia y no se escondía para saludar al estilo fascista.<sup>151</sup>

En enero de 1941 Batista, presionado por ingleses y estadounidenses, emitió un decreto presidencial prohibiendo la propaganda del Eje. Ese mismo mes firmó la entrada en vigor de algunas secciones de la Constitución de 1940 que todavía esperaban por su aprobación. Esas leyes pusieron bajo control civil algunas funciones, como la administración de los faros de la isla, la marina mercante y la Policía marítima, que hasta ese momento estaban bajo el control directo del Ejército.

Para seguir drenándole poderes a Pedraza, Batista decidió destituir a dos de sus protegidos, uno fue el jefe de la Policía Nacional, el teniente coronel Bernardo García, y el otro fue Ángel Anselmo González, quien a la sazón fungía como jefe del Estado Mayor de la Marina.<sup>152</sup> El resultado de todas esas destituciones fue un conato de golpe de Estado. Pedraza se apareció en el Palacio Presidencial con una treintena de autos policiales y una horda de esbirros armados hasta los dientes. Discutió con su compadre y le exigió que reconsiderara sus decisiones. Batista pidió tiempo para pensarlo, Pedraza se lo

concedió y unas horas después ya estaba detenido y expulsado de Cuba. Con su salida los ingleses y los estadounidenses pudieron respirar un poco más tranquilos, Batista se reafirmó como el hombre fuerte de Cuba y los comunistas disfrutaron la patada que recibió el perro que los había mordido en 1935. Poco importaba que el puntapié fuera propinado por el mismo dueño que había azuzado al animal contra ellos, o que el sustituto fuera otro esbirro.

Después del nombramiento de Manuel Benítez, y de algunas recomendaciones de sus conocidos en el Ejército desde la época de Machado, fue que Pedro Luis Gutiérrez recibió el grado de sargento y empezó a trabajar durante el día, y bajo las órdenes de Faget, en la Oficina de Control de Terroristas del SIAE. Por las noches, y después que Benítez se enteró de su fama de francotirador, Gutiérrez se convirtió en guardaespaldas y en el intermediario de muchas de las actividades ilegales del nuevo jefe de la policía. De esa forma el PCC tuvo a un hombre emplazado en el mismo centro de la represión batistiana y, más importante aún, de los vínculos de esa represión con los ingleses y los estadounidenses. Como reconoce Gutiérrez, “el propio Faget averiguaba muchas cosas a través de mí. Pino Pinillos [Pedro Piñeiro, su contacto con el PCC] me orientaba cómo utilizar estos datos y otros que llegaban a él por otras vías, en beneficio de nuestra organización”.<sup>153</sup>

Uno de los primeros éxitos que Gutiérrez y Faget se anotaron fue la ocupación de los archivos de la Juventud de la Falange, organización fascista que guardaba las fichas de sus afiliados en un local que estaba cerca del Parque de Trillo. El Partido supo de la existencia de ese archivo, le pasó el dato a Gutiérrez y este convenció a Faget para que incautara toda esa información. El allanamiento fue un gran éxito. Los estadounidenses pudieron constatar el celo del flamante jefe del SIAE y Faget pudo echarle mano, como había predicho Gutiérrez, a una mina de oro. Porque muchos de los afiliados eran hijos de españoles pudientes que, ante el temor a las represalias de los tiempos de guerra, no solo intercedieron con Batista sino que colmaron a Faget de regalos.

El éxito más espectacular de Faget y Gutiérrez fue la detención, el 5 de septiembre de 1942, de Enrique Augusto Lunin, un espía alemán radicado en La Habana que fue detectado gracias a un trabajo conjunto en el que participó, aunque parezca mentira, el PCC. La de Lunin es una historia con más versiones y capas que una Matrioshka. Haría falta una novela para explorar los vericuetos de esa saga del espionaje. Una historia demasiado compleja para el espacio de este libro. Baste decir dos cosas: una es que los dos hombres que más se beneficiaron de la detención de Lunin fueron Faget y Gutiérrez; la otra es que el aparato de Inteligencia del PCC jugó un papel importante en la detección de ese espía alemán.<sup>154</sup> Según cuenta Gutiérrez,

la captura de Lunin me dio fama en el SIAE, me granjeó la admiración y el respeto de los oficiales yanquis, quienes en reiteradas ocasiones me invitaron a beber y me hablaron del importante papel que yo desempeñaría después de la guerra en la batalla contra el comunismo. Lo informé y me dispuse a cumplir las nuevas orientaciones.<sup>155</sup>

La ironía de esta historia es que quien realmente se benefició con la captura de Lunin fue Mariano Faget. Es verdad que Gutiérrez prosperó; es verdad que entre 1940 y 1944 pudo “siempre con la guía de Pino Pinillos [Pedro Piñeiro]... esclarecer varios robos y crímenes difíciles, por lo que Benítez quiso nombrarme capitán jefe de la Policía en [la provincia de] Oriente, pero Faget no aceptó prescindir de mí”.<sup>156</sup> Faget necesitaba que alguien de su confianza estuviera bien cerca de Benítez; alguien que lo mantuviera informado y ayudara, como sucedió, a serrucharle el piso y hacerle caer en desgracia ante los ojos de Batista. Benítez, con su tendencia narcisista a figurar más de lo debido, sus ambiciones desmedidas y su marcada corrupción, ayudó mucho a quienes buscaban deshacerse de él. Sobre todo con la actitud que adoptó, como jefe de la policía, al momento de la detención de Lunin.

Para los ingleses y para los estadounidenses, así como para el propio Faget, resultaba muy importante que el espía alemán no fuera detenido. Eso les permitiría usarlo como punto inicial de un juego operativo para desentrañar la madeja de otros espías alemanes operando en Cuba, en el Caribe y en Sudamérica. A pesar de esas consideraciones, que son evidentes en el trabajo policial, y de las recomendaciones al gobierno cubano que de ellas se derivaron, Benítez ordenó la detención de Lunin el 31 de agosto de 1942.

Ante ese primer revés, los servicios de Inteligencia inglés y estadounidense le solicitaron al gobierno cubano que mantuviera en secreto la detención. Eso les permitiría, a través del interrogatorio de Lunin, y de las informaciones que este pudiera darles, ganar alguna ventaja, aunque fuera momentánea, en el juego desinformativo contra la Inteligencia alemana. Como consecuencia de esa solicitud, los medios cubanos no mencionaron la detención de Lunin y, para confundir, hablaron de la detención de otros quince alemanes sospechosos de espionaje.

Cinco días después, y de una forma absurda e inexplicable, Benítez organizó un gran show mediático para dar la noticia de la detención del espía alemán. Como consecuencia de eso Spruille Braden, embajador estadounidense en La Habana y coordinador de las actividades de Inteligencia entre Cuba y los Estados Unidos, decidió quejarse y aconsejar al gobierno de Batista. Entre las muchas sugerencias de Braden, había una pidiendo que los reportes de actividades enemigas fueran enviados a Mariano

Faget y que este debía recibir, aunque fuera de forma temporal, el grado de teniente coronel.<sup>157</sup> A partir de esos consejos de Spruille Braden los días de Manuel Benítez como jefe de la policía estuvieron contados. De nada sirvió su visita a Washington en noviembre de 1942, junto con Faget, ni los elogios que ambos recibieron de Edgard Hoover, el jefe del FBI. Un año y medio después, en junio de 1944, Benítez fue acusado de querer utilizar al Ejército para trampear las elecciones presidenciales. Como resultado de eso Batista ordenó su detención y deportación de Cuba.<sup>158</sup> Para el PCC la noticia no podía ser mejor, el asesino de Mario Alfonso Hernández había caído en desgracia ante Batista y, más importante aún, ante los ojos de los verdaderos dueños de Cuba. Para Mariano Faget la noticia también fue perfecta, a partir de ese momento él se convirtió en el hombre de los estadounidenses en La Habana. Otra gran ayuda que el PCC y Faget recibieron para hundir a Benítez fue la de Ernest Hemingway, quien unos meses antes de la captura de Lunin ya se había acercado a su amigo, el embajador Braden, para discutir la posibilidad de organizar una especie de servicio de información antifascista en Cuba. La propuesta de Hemingway, que fue aceptada por el embajador, era utilizar a los españoles republicanos que estaban refugiados en Cuba para espiar a los falangistas y a otros partidarios del Eje que pudieran estar operando en el país. En cuanto recibió el visto bueno, Hemingway contrató una tropita de camaradas antifascistas que fue pagada con el dinero de la embajada americana. Ese grupo, que su esposa bautizó con el literario nombre de Crook Factory (Fábrica de bandidos), se dedicó a recoger informaciones que la mayor parte de las veces resaltaron por su carácter novelesco. Las informaciones más serias y verificables que Hemingway escribió, sin embargo, fueron para describir las corruptelas y desmanes de Manuel Benítez, persona por la que el escritor desarrolló una inmediata y marcada antipatía y a la que se dedicó a denunciar cada vez que pudo.<sup>159</sup>

Esa ayuda que Hemingway le brindó al PCC y a Faget en la desacreditación de Benítez deja de ser casual cuando se pone en el contexto de las informaciones que ya hoy se tienen sobre ese escritor, y sobre las relaciones que este tuvo con la Inteligencia soviética después de la guerra civil española. Esas informaciones muestran que Hemingway fue reclutado como agente de los soviéticos a principio de los años 40 y recibió el nombre clave de “Argos”.

Cualquier lector interesado en comprobar este aspecto de la vida del escritor puede consultar el excelente libro *Espías: el surgimiento y la decadencia de la KGB en América*, del académico estadounidense John Earl Haynes. La conclusión fundamental a la que llega este investigador, una vez demostrado el reclutamiento de Hemingway, es que el escritor fue de muy poca utilidad para los servicios de Inteligencia soviéticos y nunca pasó de ser un diletante en esos asuntos. Esa afirmación —completamente válida cuando se tienen en cuenta los beneficios casi nulos que Hemingway reportó al aparato de Inteligencia del Partido Comunista de los Estados Unidos o al espionaje de la URSS— pierde fuerza cuando se pone en el contexto de las relaciones del reclutado con el PCC y con su aparato de Inteligencia.

Tanto en la biografía de Ramón Nicolau escrita por Poveda como en el libro *Hemingway en Cuba*, del escritor cubano Norberto Fuentes, queda claro que entre el jefe del aparato de Inteligencia del PCC y Hemingway existió una relación muy estrecha. En el libro de Fuentes puede leerse el siguiente testimonio de Nicolau:

Hemingway... Llegó a darnos en total una cantidad cercana a los 20.000 pesos (equivalentes hoy a \$350.000). Se reía conmigo y me decía que yo le costaba mucho: “Nicolau, yo les pago más a ustedes por sus conferencias que lo que yo obtengo por un libro”. Sin embargo, estas “conferencias” eran solicitadas por el mismo Hemingway. Cuando el Partido Comunista entró en la legalidad, fui a verlo y le dije que no iba a molestarlo más. *Que si me permitía una orientación, yo creía que podía desviar esa ayuda a los republicanos españoles, que la necesitaban.* Él dijo: “Ah, muy bien, Nicolau, muchas gracias”.<sup>160</sup>

El jefe de la policía de Batista quizás nunca sospechó que desde el inicio de su mandato estuvo marcado para ser hundido. Por un lado tuvo como persona de confianza a Pedro Luis Gutiérrez, un hombre que en apariencias respondía a Faget pero que en realidad era un miembro secreto del PCC. De esa forma las informaciones que Gutiérrez recogía sobre los manejos turbios y las ansias de poder de Benítez encontraron múltiples caminos. Iban a parar a los oídos de Faget, eran recolectadas por el aparato de Inteligencia del Partido y a partir de este llegaban —ya fuera directamente o a través de su entorno de republicanos— a Hemingway, quien por último las dejaba caer en los informes que le enviaba a su amigo Spruille Braden.

Después de 1944, y con la elección de Ramón Grau San Martín como presidente de Cuba, la situación de Gutiérrez y Faget se hizo, como para la mayoría de los batistianos, tan insostenible que tuvieron que partir al exilio. Faget hacia los Estados Unidos y Gutiérrez hacia la República Dominicana. Los dos regresaron a Cuba después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y... es a partir de ahí que la historia autorizada de Gutiérrez se convierte en algo muy difícil de creer. Según él mismo cuenta “Faget fue a verme enseguida, y traté de contactar nuevamente con el Partido a través de Pino, o de otro militante que me atendió, pero fue imposible en esos momentos. Ante esa alternativa viajé nuevamente con mi familia a Estados Unidos”.<sup>161</sup>

Eso es imposible de creer. El Partido nunca habría dejado de darle atención a un militante de la importancia de Gutiérrez, mucho menos con la represión anticomunista que ya existía y con el hecho de que Mariano Faget regresaba a Cuba para trabajar, con el apoyo total de los estadounidenses, en el famoso Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC). La única razón por la que el PCC pudo haberse dado el inexplicable lujo de desechar la infiltración de Gutiérrez en el BRAC es que este ya estaba muy bien penetrado por el Partido.

La propaganda del castrismo siempre ha intentado esconder algo que yo escuché varias veces en mi casa: Mariano Faget fue un militante del PCC infiltrado dentro de los cuerpos represivos de Batista y fue, además, el hombre que más se benefició con el trabajo de Inteligencia del Partido entre los años 1940 y 1944. Durante ese período Faget llegó a convertirse en el agente de los estadounidenses en Cuba. Después, en 1952, regresó para hacerse cargo de la represión anticomunista en todo el país. Desde esa posición Faget ayudó al derrocamiento de Batista y una vez logrado eso partió, para más ironías, en el avión presidencial. Emigró hacia los Estados Unidos y desde ese país trabajó para el castrismo durante mucho tiempo. Al parecer, y en otra de esas continuidades que muchos *cubanólogos* insisten en ignorar, Faget le pasó el bastón a su hijo Marianito, quien en el año 2000 se declaró culpable de espiar para la Inteligencia castrista en los Estados Unidos.

Otra de las pruebas del trabajo profundo y a largo plazo del aparato de Inteligencia del PCC es el hecho de que después de la salida de Batista del poder, en 1944, y de la llegada de los gobiernos Auténticos, el Partido sufrió muy poco en su capacidad de penetración de los cuerpos represivos. Para demostrarlo está el caso del hombre que le salvó la vida a Fabio Grobart.

La primera mención que he podido encontrar de ese agente del PCC data del año 1985 y está recogida en el testimonio de Ramón Nicolau publicado en la revista *El Militante Comunista*. Según ese testimonio un agente del PCC dentro del Buró de Investigaciones, llamado Gervasio Reymond, había llamado para avisar que los policías iban camino de la casa de Fabio para matarlo.<sup>162</sup> En realidad, ese agente no se llamó Gervasio Reymond, sino Gervasio Rieumont Sotolongo. El problema es que a partir del testimonio de Ramón Nicolau muchas fuentes siguieron identificándolo como Reymond. La revista *Bohemia*, por ejemplo, lo identifica en un artículo del año 1995 como Gervasio Pérez Rieumont,<sup>163</sup> mientras que en fecha más reciente el hijo de Víctor Pina todavía insiste en llamarlo Gervasio Reymond.

La referencia de que se trata de la misma persona está en la biografía autorizada de Ramón Nicolau que escribió Arquímides Poveda Godínez. En ese libro puede leerse, quizás como un desliz, lo siguiente: “Cuando Nicolau recibió la llamada urgente de Gervasio Rieumont, por esa época segundo jefe del Buró de Investigaciones de la Policía...”<sup>164</sup>

¿Quién fue Gervasio Rieumont Sotolongo y por qué hay tantos empeños en entorpecer su identificación? Según Ramón Nicolau, en 1951 Rieumont ya era uno de los jefes del Buró de investigaciones de la policía. Después del golpe de Estado de Batista siguió trabajando, junto con su hermano Demetrio, en los cuerpos represivos. Al menos así lo indica Mario Enríquez Laverde, otro comunista infiltrado en el Buró de Investigaciones.<sup>165</sup>

Rieumont fue un muy buen agente del PCC. Entre sus funciones estuvo cultivar una gran amistad con Enrique Cotubanama Henríquez, un dominicano que había crecido en Cuba, era un marcado opositor al tirano Trujillo y estaba casado con la hermana de Carlos Prío, el presidente de la República. Rieumont y “Cotú”, que es como llamaban a Cotubanama en Cuba, sufrieron un atentado de los agentes de Trujillo a la salida de la playa habanera de Tarará y juntos montaron, bajo la dirección de Rieumont, un juego operativo contra esos agentes.

En esa operación se fingió el secuestro de “Cotú” para poder así grabar las conversaciones e incriminar al personal de la embajada de Trujillo en Cuba.<sup>166</sup> Fue a través de Rieumont y de sus estrechas relaciones con el cuñado del presidente que el PCC tuvo, una vez más, acceso a las interioridades del Palacio Presidencial. En 1954 Rieumont publicó un libro sobre técnica policial en el que no reveló, claro está, la ventaja para un investigador policiaco de tener a su disposición, al menos para algunos casos, las informaciones colectadas por el aparato de Inteligencia de un partido como el PCC.<sup>167</sup>

Entre 1954 y diciembre de 1958 Rieumont debe haberse dedicado a lo mismo que todos sus colegascamaradas:

a carcomer los cuerpos represivos de Batista hasta lograr, como sucedió, que la dictadura se derrumbara sin casi ofrecer resistencia. A partir de enero de 1959 pasó a formar parte del embrión de lo que después sería la Seguridad del Estado castrista. Un reciclaje que el autor Alberto Baeza Flores describió, en el año 1960, así: “Gervasio Rieumont, coordinador del ‘G-2’ de Castro, era el segundo jefe de la Policía Judicial y pasó de Batista a Castro”.<sup>168</sup> Esa descripción falla en entender los orígenes del reciclaje de muchos esbirros batistianos como esbirros castristas.

Para confirmar ese reciclaje están las palabras del general Fabián Escalante cuando dice que “José

Oroza ('Demetrio'), Alberto Reymond, Haydée Díaz, Susana Reymond, Luis Barreiro, Israel Behar y otros combatientes anónimos, fueron los pioneros", o fundadores de la Seguridad del Estado.<sup>169</sup> Tanto Fabián Escalante como muchos de los que este menciona son una prueba más de las profundas relaciones que el castrismo siempre tuvo con el PCC, de la forma en que esos vínculos muchas veces llegaron hasta varias generaciones de una misma familia y se extendieron hasta después del triunfo de la revolución cubana. Fabián, quien llegó a ser jefe de la Contrainteligencia castrista en los años 80, es hijo del viejo comunista César Escalante y sobrino del famoso Aníbal Escalante. De hecho, "Fabián" fue el nombre de guerra que su padre tuvo en el PCC.

Los Barreiros también son una de las más viejas familias de comunistas cubanos que incluye, entre otros, a Alejandro Barreiro, uno de los fundadores del PCC en el año 1925. En cuanto a Alberto Reymond y Susana Reymond, no son otros que el ya mencionado Gervasio Rieumont y su hija Susana Rieumont. Esta última fue una de las jóvenes que el PCC envió como delegada al Congreso de la Juventud que se celebró en Bucarest, en el año 1953, y que, como señala Fabián Escalante, después del triunfo de la revolución fue una de las pioneras de la Seguridad del Estado castrista. Eventualmente terminaría como miembro del importante y poderoso Grupo de Apoyo de Fidel Castro.

Hay otras relaciones que habrían pasado inadvertidas de no haber sido por la casualidad. Florentino Aspillaga Lombard, el desertor de más alto nivel en la historia de la Seguridad del Estado castrista, fue hijo de un viejo comunista con fuertes vínculos con la Inteligencia soviética. Un hombre que al triunfo de la revolución cubana "le encargaron la misión de esconder en su casa a un oficial de alto rango de la KGB [...] que fue el primer representante del Kremlin en La Habana [...] Como consecuencia de eso Florentino padre fue debidamente premiado como jefe político de la Seguridad Personal de Castro".<sup>170</sup>

72

Otro caso es el de Juan Antonio Rodríguez Menier, cuya relación con los comunistas es indirecta, pero no por eso menos interesante. Como su segundo apellido indica —y como él mismo reconoce en el prólogo del libro que escribió en el año 2003—, su primo materno fue Mario Torres Menier, el protector primero y el protegido después de Víctor Pina Cardoso. Rodríguez Menier relata en sus memorias que fue captado para el Movimiento 26 de Julio (M26-7) por Antonio "Ñico" López, y lo dice sin referir, y quizás sin sospechar, que "Ñico" López fue uno de los primeros hombres del PCC que trabajaron dentro del Movimiento 26 de Julio. Después del triunfo de la revolución, Rodríguez Menier pasó a trabajar en la incipiente Seguridad del Estado castrista. Una captación que, según él, sucedió por méritos propios y no por el hecho de que uno de los dos jefes operativos del G-2 en ese momento era Víctor Pina, un hombre que conocía muy bien su apellido.<sup>171</sup> Rodríguez Menier llegaría a ser un importante cuadro del G-2 castrista hasta 1986, fecha en la que desertó.

Son muchos los apellidos que se repiten de forma reiterada dentro del aparato clandestino del PCC. Algunos, como Blanco o Gutiérrez, son tan comunes en Cuba que resulta muy difícil determinar hasta qué punto se trata de relaciones familiares o de pura casualidad. Está Pedro Luis Gutiérrez, el ya mencionado francotirador que llegó a convertirse en el hombre de confianza de Manuel Benítez. Está también Luis Carlos García Gutiérrez, conocido como "Fisín", un dentista que estaba a cargo de los cambios de fisonomía que eran necesarios para sacar a los miembros del Partido por los puertos y aeropuertos de Cuba.<sup>172</sup> "Fisín" llegó a ser el sustituto de Víctor Pina como jefe de la Comisión de Habilitación cuando este no estaba en Cuba.

Fue en una de esas sustituciones, ocurrida a finales de 1950, que tuvo que ocuparse de sacar clandestinamente del país a Fabio Grobart. Su hermana Manola García Gutiérrez, también miembro del PCC, lo apoyó en todas esas tareas clandestinas y llegó a convertirse en una de las expertas en los requerimientos siempre cambiantes que los cuerpos represivos imponían con respecto a los pasaportes y a los permisos de entrada y salida del país. En 1939, siendo aún estudiante y antes de empezar a trabajar para el aparato clandestino del PCC, "Fisín" participó en el famoso asalto del Frente Rojo al acto que se celebraba en el Teatro La Comedia, acción en la que perdió la vida el legendario Manuel Porto Dapena. Muchos años después, Fisín le contó al hijo de Víctor Pina un hecho singular ocurrido durante ese asalto: "En medio de aquella balacera, le llamó mucho la atención el hecho de que en la puerta se encontraba un policía, supuestamente encargado de guardar el orden, pero lo curioso era que atacaba a los gánsteres y no a los comunistas". Según Fisín ese policía fue Octavio Rodríguez Gutiérrez, otro militante con ese apellido que desde el año 1933 estuvo infiltrado en los cuerpos represivos y llegaría a ser, pasado el tiempo, miembro del reducido grupo de personas que trabajaban en el selecto Gabinete Nacional de Identificación (GNI). En 1946 Octavio logró que su hermana, la también comunista Celia Rodríguez Gutiérrez, obtuviera una plaza en el mencionado gabinete. De esa forma pasaron los dos a trabajar en equipo, para el PCC, dentro de esa importante institución. Con ellos el Partido tuvo acceso a una enorme cantidad de pruebas forenses y de identificación.<sup>173</sup>

Una demostración del poder que adquirió el PCC a través de esos dos militantes es el caso de Camilo Cienfuegos, un ícono de la revolución cubana que, a pesar de tener un hermano comunista y de estar

fichado como tal en el GNI, nunca ha sido asociado de forma directa con el PCC. En diciembre de 1955 Camilo participó en una de las tantas protestas y manifestaciones que los comunistas creaban sin dar la cara. Durante los disturbios que se generaron, el joven Cienfuegos fue herido en una pierna por la policía, lo detuvieron y fue fichado como comunista en el BRAC. En 1956 Camilo pudo salir de Cuba, para unirse a la expedición del yate *Granma*, gracias al trabajo de los hermanos Gutiérrez.

La lista exhaustiva de los comunistas que defendieron al castrismo, ya fuera dentro de sus filas o sin

73

pertenecer a estas, tendrá que esperar por la liberación de los archivos del aparato clandestino del PCC. Por el momento salta a la vista, a partir de las informaciones incompletas que se han ofrecido en los dos últimos capítulos, que ese aparato llegó a ser muy poderoso. Un estimado de su extensión resulta muy difícil de hacer. Muchos de sus miembros todavía permanecen en el anonimato y otros quizás nunca salgan a la luz pública.

A manera de ejemplo está el misterioso caso, hasta ahora inédito, de Margarita Torres e Isidro Pineda Méndez. En el año 1966 mi madre le escribió una carta a Isidoro Malmierca —quien en ese momento era el director del periódico *Granma*— para informarle que esos dos trabajadores del mencionado periódico habían sido furibundos batistianos. Un mes después mi madre fue citada a una reunión para discutir el caso. Algunas de las dudas, interrogantes y premoniciones que tuvo antes de ir a esa reunión las dejó recogidas en las páginas sueltas de su diario personal. Tres resaltan: una es el malestar inevitable que le genera la acusación contra esos individuos, otra es el interés de (José Felipe) Carneado en averiguar algo y por último el presentimiento de que esa gente se iba a salvar.

La investigación brilló por su ausencia y Margarita e Isidro no solo se salvaron, sino que siguieron trabajando en el periódico *Granma* sin que nadie los molestara. Para más misterios, ya desde enero de 1959 Isidro había pasado de ser uno de los taquígrafos de Batista a trabajar en el embrión de la Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado castrista. En diciembre de 1959 Isidro fue uno de los taquígrafos encargados de registrar el famoso juicio contra Huber Matos.<sup>174</sup>

Esa confianza tan temprana en un hombre que había trabajado para Batista solo puede explicarse bajo la lógica de un cuadro clandestino del Partido que estuvo infiltrado en el Palacio Presidencial. A su vez, el hecho de que Margarita haya seguido siendo batistiana después del triunfo de la revolución indica que bien pudo haber pasado, como otros miembros del aparato clandestino del PCC, a trabajar para la incipiente Seguridad del Estado dentro de la llamada contrarrevolución.

Mi madre no pudo imaginar nada de eso y se metió, con su ingenua honestidad, en aguas muy turbias. Para demostrarlo está la exasperación que sintió al hablar con José Felipe Carneado, uno de los cuadros más grises del PCC, un militante que durante décadas se encargó de dirigir la penetración del Partido en las instituciones religiosas y las agrupaciones fraternales. El mismo cuadro que al triunfo de la revolución castrista pasaría a dirigir, durante treinta y dos años, la ignominiosa Oficina de Asuntos Religiosos, el centro que todavía hoy coordina las acciones que le permiten al castrismo controlar a las religiones.<sup>175</sup>

Ya en 1925 había quedado recogida, en el acta del congreso fundacional del PCC, la propuesta de penetrar las organizaciones religiosas y fraternales. Julio Antonio Mella llegó incluso a proponer específicamente la penetración de la masonería. Esa línea de trabajo del Partido es, por razones éticas, una de las menos publicitadas por los comunistas cubanos. Es, por decirlo de alguna forma, un logro vergonzoso. En el caso de la santería y de la secta de los Abakuás (Ñañigos) el PCC tuvo una penetración fácil, pues algunos de los militantes de origen africano, como Aracelio Iglesias, practicaban esas religiones, y otros, como Pablo Ribalta,<sup>176</sup> venían de familias con largas historias dentro de las mismas.

Con la religión católica fue más difícil, pero a pesar de eso el Partido se las arregló para tener militantes infiltrados en las escuelas de las órdenes religiosas, en los conventos, en las universidades católicas y en las organizaciones que, como el Directorio Revolucionario, respondían a esa ideología. Hubo un militante, llamado Diego González Martín, que “en una ocasión llegó a infiltrarse en una reunión que tenía lugar en un convento cerrado y, al ser detectado, los curas estuvieron deliberando para ver que hacían con él; en definitiva, no supieron de su filiación comunista y lo dejaron salir del

74

convento”.<sup>177</sup>

En cuanto a la masonería, el PCC llegó a tener un agente que fue secretario nacional (jefe) de la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad (AJEF), también conocida como la Juventud Masónica. Se trata de Isidoro Malmierca Peoli, quien aprovechó que su padre era masón y había llegado a ser venerable maestro de la Logia Reflexión, para infiltrarse como agente del Partido dentro de esa fraternidad. Su militancia en la Juventud Comunista fue secreta durante mucho tiempo y su traición llegó al extremo de utilizar sus conocimientos y relaciones, dentro de la masonería, para perseguir a

aquellos masones, muchos, que osaron oponerse a Fidel Castro después del 1 de enero de 1959.<sup>178</sup> Ese trabajo de Malmierca lo obligó, durante un tiempo, a estar en estrecha relación con José Felipe Carneado, encargado de las organizaciones religiosas y fraternales. Esa relación se extendió hasta después del triunfo de la revolución y de ahí ese interés, incomprensible para mi madre, que Carneado tuvo en una carta que no había sido dirigida a él. Mi madre tampoco sospechaba que con su infiltración de la masonería Malmierca había logrado llamar la atención y ganarse la confianza del aparato de Inteligencia del Partido, que poco a poco lo fue preparando para que se convirtiera en el delfín de Osvaldo Sánchez.

En honor a la verdad, ya va siendo hora de que la historia oficial del comunismo cubano se decida a publicar las historias completas de esos militantes que trabajaron para el PCC dentro de los cuerpos represivos de la época republicana y, sobre todo, de aquellos que llegaron hasta los más altos niveles dentro de esas instituciones.

El caso de Mariano Faget, por ejemplo, es un secreto a voces. Pero hay otros, como el del coronel Antonio Blanco Rico, que todavía no están abiertos a discusión pública. Blanco Rico fue escolta personal de Fulgencio Batista en los años 40. En 1952, después del golpe de Estado y por su participación en este, fue ascendido de teniente a mayor y nombrado ayudante de campo del presidente. En 1953, después de haber pasado varios cursos de entrenamiento con los estadounidenses, fue ascendido a teniente coronel y el 10 de marzo de 1954 fue nombrado jefe del importante Servicio de Inteligencia Militar, el cuerpo que eventualmente se encargaría de coordinar las acciones contra las guerrillas castristas en la Sierra Maestra.

El 27 de octubre de 1956 Blanco Rico tuvo muy mala suerte. Ese día varios miembros del Directorio Revolucionario, liderados por Juan Pedro Carbó Serviá y Rolando Cubela, entraron en el famoso cabaret habanero Montmartre con la idea de matar a Santiago Rey Pernas, ministro de Gobernación de Batista y un asiduo visitante al salón de juegos de ese cabaret. Los miembros de ese comando llegaron al Montmartre y no encontraron a su objetivo. Cuando iban saliendo se cruzaron con Blanco Rico, quien iba en compañía del piloto Marcelo Tabernilla y su esposa. Sin pensarlo dos veces abrieron fuego y mataron al jefe del SIM e hirieron de gravedad a la señora de Tabernilla.

Para la historia oficial del comunismo cubano resulta muy engorroso aceptar que Blanco Rico fue un agente del PCC. La primera razón es que los cubanos asocian ese nombre con el de un esbirro. La realidad, a juzgar por las funciones que desempeñó, es que no lo fue; pero el hecho de que fuera asesinado por el Directorio, y la necesidad que este tuvo de justificar su muerte, hizo que la imagen del esbirro ajusticiado quedara en el imaginario. Aceptar que Blanco Rico fue un agente del Partido implica reconocer que esa organización pudo haber estado al tanto, a través de otros agentes suyos dentro del Servicio de Inteligencia Militar, de los planes militares de Batista contra las guerrillas del 26 de Julio. Eso, combinado con los estrechos vínculos entre castristas y comunistas, podría reducir la canción de gesta de la revolución al simple pregón de una guerrilla muy bien informada y un ejército desmoralizado.

75

Otro caso de esbirro vinculado al PCC que todavía está en la duda, y que quizás nunca sea aceptado, es el de Esteban Ventura Novo; un oficial de la policía de Batista que en Cuba llegó a ser reconocido como un esbirro de la peor calaña. A Ventura —también conocido como la “Fiera del traje blanco”— se le achacan una enorme cantidad de muertos durante la revolución cubana.<sup>179</sup> El escritor cubano Norberto Fuentes aseguró en su autobiografía apócrifa de Fidel Castro que Ventura fue un agente o, cuando menos, un compañero de viajes de los comunistas cubanos. Esa aseveración, que desde el punto de vista historiográfico está entre el testimonio y la anécdota, me llamó mucho la atención. Si me ocupo de ella en este libro, a riesgo de caer en la especulación, es por dos razones. Una es que me toca en lo personal, y la otra es que existen indicios para pensar que no es tan descabellada como podría pensarse. Varias veces escuché en mi casa que dentro del avión en el que Fulgencio Batista salió de Cuba, el 31 de diciembre de 1958, iban tres miembros secretos del Partido. Durante años pensé que eso era una exageración. Hoy la propia historiografía oficial del comunismo cubano demuestra que el Partido sí tuvo una política activa de penetración del Ejército y de los cuerpos represivos durante la época republicana. Al mismo tiempo, la historia del PCC demuestra que algunos comunistas cubanos, los que trabajaban para el NCIS, nunca le hicieron asco a establecer alianzas y cercanías con verdaderos asesinos.

Todavía es muy temprano para saber si Ventura fue un agente del Partido, un compañero de viaje, o alguien que simplemente creyó que utilizaba a los comunistas para sus propios fines. Por ahora lo único que se puede hacer es averiguar si hay indicios que permitan crear una duda razonable. Los hay. Para empezar, Ventura partió en el avión presidencial el 31 de diciembre de 1958. Eso no es indicio de nada, pero sí pudiera serlo el hecho de que Ventura se negó a irse de Cuba sin su mujer y sus hijos. El vuelo tuvo que esperar hasta que le aseguraron que sus familiares iban en camino del campamento de

Columbia y partirían, como en realidad sucedió, esa misma noche. Llama la atención, sin embargo, que pocas semanas después, ya con la revolución en el poder y con Ventura identificado por la revista *Bohemia* como uno de los connotados esbirros de Batista, el mismo hombre que se había negado a partir sin su familia permitió que su esposa y sus dos hijos regresaran desde Santo Domingo a Cuba. La familia se convirtió en rehén del castrismo y la esposa, la doctora Serafina Freyre, fue de inicio encarcelada y después condenada a reclusión domiciliaria y sometida a una vigilancia constante. A pesar de eso la señora y sus hijos amanecieron un día en Miami. Esa escapada resulta muy sospechosa si se toma en cuenta que, ya desde febrero de 1959, el G-2 de Castro estaba en manos de unos militantes del Partido que llevaban muchos años trabajando en labores de Inteligencia y que, lejos de ser unos improvisados, sabían mucho de chequear y contrachequear, de perseguir y evadir persecuciones o de entrar y salir clandestinamente de Cuba.

En noviembre de 1960, poco después de la llegada de su familia a Miami, Ventura terminó de escribir un libro titulado *Memorias*. Un texto que antes de terminar de leerlo ya me había impresionado como una pieza muy bien elaborada de propaganda en favor del PCC. De hecho, me costó tanto trabajo aceptar esa posibilidad que tuve que volver a leerlo. Leí con cuidado y confirmé que sus 303 páginas están llenas de denuncias sobre los orígenes delincuenciales de muchos revolucionarios convertidos en dirigentes del castrismo, y de las marcadas tendencias a la delación que estos tenían. Ese embarre, sin embargo, toca muy poco a los comunistas. La inmensa mayoría de los delatores que Ventura dice poner al descubierto fueron miembros del Movimiento 26 de Julio y, sobre todo, del Directorio Revolucionario. Solo un comunista, Luis Más Martín, es denunciado por Ventura como delator, el resto de los militantes del PCC, como Ursinio Rojas, Osmany Cienfuegos y Fabián Escalante son mencionados por haber salvado sus vidas gracias a la magnanimidad del esbirro. Se puede asegurar que

76

la aplastante mayoría de los denunciados por Ventura fueron miembros del 26 de Julio o del Directorio. Eso, a finales de 1960 y en un momento en el que los resquemores entre esas tres facciones de la revolución cubana estaban en su apogeo es, cuando menos, una ayuda no solicitada.

Los historiadores del castrismo nunca han tomado en serio las memorias de Ventura y nunca han intentado esclarecer cuánto puede haber de verdad o mentira en las mismas. Yo puedo asegurar, por razones familiares, que al menos uno de los casos de delación referidos en ese libro es verdad. En abril de 1958, después de fracasada la huelga general convocada para el día 9 de ese mes, mi madre fue detenida por los hombres de Ventura. En el auto patrullero en el que fueron a detenerla iba sentado un miembro del Movimiento 26 de Julio llamado José A. Blanco, alias “Lingote”, quien a todas luces la había delatado a ella y a otros miembros de su grupo de acción. Para mi madre eso quedó tan claro que ni el mismo “Lingote” se atrevió a negarlo. Ventura fue magnánimo y después de interrogarla y de escuchar los ruegos de sus familiares la dejó ir. Cuando triunfó la revolución mi madre pidió un careo con el tal “Lingote”. Ante la evidencia de que nada sucedía, decidió escribirle una carta a Raúl Castro denunciando que el tipo era un vil delator. La respuesta que obtuvo fue que se harían las averiguaciones pertinentes y se tomarían las medidas adecuadas. Pasó el tiempo y José A. Blanco nunca fue molestado por ese asunto, llegó a ser teniente coronel de la Inteligencia castrista y murió de viejo, y muy bien cuidado, en el hospital CIMEQ. Mi madre nunca entendió aquello y todavía hoy, más de medio siglo después, le cuesta mucho trabajo encontrar una explicación.

El castrismo siempre vendió la imagen de ser muy celoso en la búsqueda y castigo de los revolucionarios que habían delatado a sus compañeros. En algunos casos, como el de Marcos Rodríguez, el implicado pagó con su vida y en otros, como el de Enzo Infante, la sospecha de haber hablado más de la cuenta, aunque eso no hubiera costado vidas, se tradujo en la caída en desgracia, el desprecio y el ostracismo.<sup>180</sup>

Pero estaba el caso de “Lingote”, que después de haber confesado a Ventura no solo había escapado al castigo de la revolución sino que —a juzgar por las propias palabras de Mario Morales Mesa—<sup>181</sup> fue uno de los fundadores de la Seguridad del Estado castrista; o sea, miembro del reducido grupo de hombres y mujeres que el Partido puso a trabajar en defensa del castrismo desde marzo de 1959.

Primero, ¿qué hacía un miembro del Movimiento 26 de Julio en un grupo organizado y controlado por el PCC? Segundo, y teniendo en cuenta que el Partido sabía de la denuncia de mi madre sobre la delación de Lingote, ¿quién, del PCC, había protegido al delator? Tercero, ¿en base a qué méritos?

Una explicación plausible es que “Lingote” fue un criptocomunista que trabajó para el aparato de Inteligencia del Partido dentro de las filas del Movimiento 26 de Julio. Algo que indica en ese sentido es el hecho de que en un pasaje de su libro Rodríguez Menier identifica a “Lingote” como comunista. Cuenta Menier que estaba interrogando en la sede del G-2 a un detenido que había sido compañero suyo en la lucha contra Batista, y que cuando le preguntó por qué estaba conspirando contra la revolución el detenido le respondió: “¿No ves que los buenos trabajos los tiene la gente que menos se arriesgó contra Batista? ¿Qué hicieron ‘Lingote’, ‘Quique’, y toda esa partida de comunistas para ser ahora oficiales

del G-2?”.<sup>182</sup>

Al final resultó que el interrogado era otro agente del G-2 que “Lingote” había infiltrado dentro de la llamada contrarrevolución. Lo que resulta interesante es que Rodríguez Menier no retó en aquel momento, ni reta en su libro, la noción de “Lingote” como miembro del Partido. Eso refuerza la lógica de que al momento de delatar a mi madre “Lingote” pudo haber estado siguiendo las indicaciones de la organización de hablar en caso de caer preso —para salvar la misión— o de alimentar a Ventura con informaciones que el Partido quería que llegaran a sus oídos.

77

Pero hay más. A finales de 1958 Nicolau estuvo a cargo de coordinar la construcción y traslado de la planta de radio que el PCC le envió al “Che” Guevara cuando este llegó a la región central de Cuba. Uno de los militantes que estuvieron involucrados en la fase final de esa operación fue Manuel Castilla, un antiguo empleado de la Cuba Sono Film que el Partido después recicló como técnico de radio y propietario de un negocio de venta, reparación e instalación de radios de automóviles. Como parte de esa operación Ramón Nicolau tuvo que visitar varias veces el local de Radio Service Castilla, que estaba localizado en el número 355 de la calle Lucena, entre San Rafael y San José.<sup>183</sup> La cobertura de Nicolau en aquel momento era como vendedor de autos ingleses de la marca Morris. La historia autorizada de su vida dice:

Un día Nicolau se aproximaba al taller de Castilla y si no hubiera sido por la serenidad proverbial se hubiera quedado paralizado, pues pudo divisar claramente al archiesino esbirro Esteban Ventura en el mismo. Apretó el acelerador y se detuvo a varias cuadras de distancia. No sabía qué pensar. Tenía plena confianza en Castilla, pero... Quizás se trataba de un registro, aunque el ambiente allí no era represivo, sino que podía decirse que era de normalidad... Al día siguiente fue aclarada la situación... Ventura se pelaba una vez por semana con un barbero que poseía su negocio en la misma cuadra... Además el esbirro tenía una mujercita con la que tenía un hijo en Neptuno entre Lucena y Márquez González y, necesitado de hablar por teléfono, no encontró mejor lugar que el local ese. Ya allí, pidió permiso y sin esperar que se lo dieran entró... a partir de aquel momento cada vez que concurría a “marcar” con la querida y con el barbero, siempre tenía alguna necesidad de hablar por teléfono... *No faltaron quienes se confundirían con la presencia del esbirro en más de una ocasión. Algunos militantes comunistas se sobresaltaron*, pero lo importante era que para los sicarios de Ventura la presencia de su jefe en aquel local los llevó al convencimiento de que era un lugar seguro.<sup>184</sup>

Ese cuento hace agua por los cuatro costados. Para empezar, no hay forma humana de que un hombre como Manuel Castilla, que llevaba muchos años trabajando para el aparato clandestino del PCC, no supiera quién era Esteban Ventura y no pudiera identificarlo nada más verlo. En aquella época era rara la semana en la que el esbirro más eficiente de Batista no salía en los periódicos. Para más, la llamada “Fiera del traje blanco” se movía rodeado de fierecillas que no resaltaban por su discreción y enseguida avisaban, con sus carrazos, con las puertas tiradas, los pistolones y el matonismo, que el tipo con el que iban era un peje gordo. Es imposible creer que Castilla no lo hubiera identificado a la primera vez y avisado a todos los miembros de la operación, incluido Ramón Nicolau. Por otro lado, en 1958 Ventura era un hombre condenado a muerte por los grupos armados que operaban en La Habana; lo andaban buscando para matarlo y él lo sabía. Eso, como es natural, hizo que se cuidara mucho y evitara regalarse. Ir a un lugar a hablar por teléfono reiteradamente, sin tener una relación de confianza, sin revisarlo aunque fuera una vez y sin averiguar los antecedentes de su propietario era regalarse. Ventura no actuaba así.

Ramón Nicolau, por su lado, tenía una experiencia de décadas de trabajo clandestino, de entrenamiento en la URSS y de pertenencia al núcleo más selecto de una organización que siempre resaltó por su disciplina y respeto a unas normas de trabajo clandestino que, de ser violadas, convertían al militante en blanco de duras críticas. Es imposible creer que Nicolau sencillamente llegó en su carro sin antes chequear y contrachequear, sin enviar pararrayos y señuelos o sin llamar por teléfono con una clave preestablecida. También resulta increíble que una vez esclarecido el origen de las visitas del esbirro se siguiera utilizando el local de Radio Service Castilla para la operación. Cualquier grupo medianamente versado en las técnicas de trabajo clandestino habría considerado que ese local ya había caído o caería en algún momento bajo el escrutinio de la policía y por tanto era mejor considerarlo

78

como *quemado*. Por último, resulta muy llamativo que el Partido, que consideraba a Ventura como un asesino de la peor calaña (al menos oficialmente), no haya aprovechado la falla en la seguridad del mismo para ajusticiarlo. Tuvo suerte la “Fiera del traje blanco”, mucha y muy larga, porque murió de viejo en Miami.

¿Por qué, entonces, ese interés en contar el incidente, aunque sea de una forma tan contradictoria, en la biografía de Nicolau? ¿Por qué no callarlo y ya? La respuesta está en esa porción del texto que dice: “No faltaron quienes se confundirían con la presencia del esbirro en más de una ocasión. Algunos militantes comunistas se sobresaltaron”. Esa frase indica que otros comunistas vieron a Ventura en el local de Castilla. Eso, a su vez, creó la necesidad de generar una leyenda que explicara la presencia del

esbirro y sirviera, en caso de necesidad, para reducir sospechas y acallar rumores. ¿Quiénes pudieron ser esos comunistas? Por lo pronto, algunos de los que participaron en la operación de la planta de radio para el “Che” Guevara.

La versión oficial más reciente sobre esa operación la describe así: “En La Habana, el estudiante de ingeniería eléctrica Hirán [*sic*] Prats Labrada le planteó a su compañero de aula, Agustín Mederos Bru, conseguir un emisor de radio para realizar propaganda revolucionaria pues conocía que su padre, Agustín Mederos Figueroa, era radioaficionado y había sido compañero de Julio Antonio Mella”.<sup>185</sup> Lo siento mucho, pero no fue así. El viejo Mederos, que es como todos llamaban al padre de Agustín Mederos Bru, fue el hombre que hizo comunista a mi padre. Mis abuelos paternos vivieron muchos años en el reparto La Ceiba, cerca de los Mederos, y fue a través del hijo de esa familia que mi padre entró en contacto con ellos y con el comunismo. Mi padre sabía que el viejo Mederos era radioaficionado, que militaba en el Partido desde los tiempos de Mella, y que era un experto en eso de construir radios de alta potencia.

En aquel momento mi padre era el secretario general de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana y Prats Labrada era el secretario de Organización. Un día, en una reunión del Ejecutivo, se pusieron a conversar sobre la posibilidad de romper el bloqueo de radio que el Partido había sufrido después del cierre de la emisora Mil Diez. La idea que se les ocurrió fue construir una planta de radio de alta potencia que fuera lo más pequeña posible. De esa forma podrían esconderla, junto con uno o dos operadores, en un espacio camuflado dentro de un camión de reparto de leche (en esa época el Partido controlaba varias compañías de reparto de leche) para así evitar la localización de la emisora.

Después de discutirla entre ellos elevaron la idea a las instancias superiores, recibieron la aprobación y el presupuesto, fueron a ver al viejo Mederos y junto con su hijo empezaron a trabajar en la famosa planta. En algún momento, cuando ya la construcción estaba avanzada, el Partido decidió que la planta sería enviada, junto con un operador, hacia la columna del “Che” Guevara.

Nunca escuché a mi padre ni a Hiram hablar de esos asuntos en público. La única vez que mi padre me contó la historia de la planta de radio fue de una forma incidental. Estábamos limpiando el patio de la casa cuando aproveché para preguntarle: “Viejo, ¿tú crees que Marquitos delató a sus amigos?”. La respuesta que me dio, bajando el tono, fue: “No, hombre, no, ni Ventura ni el Partido necesitaban de Marquitos para saber dónde estaban escondidos esos muchachos”. Después me explicó que Ventura y los comunistas tenían *canales de comunicación* muy bien establecidos, me contó la historia de la planta de radio, de las visitas de algunos comunistas al local de Castilla y el hecho conocido y comprobado de que Ventura iba a cada rato a ese lugar a “hablar por teléfono”. Insistió varias veces en que ese no era el único canal. Existían otros. Al final me dio una disertación sobre el carácter amoral de las revoluciones. En aquel momento yo no había leído las memorias de Ventura, ni tenía una idea tan clara como la que tengo hoy del alcance y profundidad del trabajo de Inteligencia del Partido. Hoy sé, por ejemplo,

79

que el PCC tuvo al comunista Mario Betancourt Pichardo infiltrado en el entorno personal de Ventura. Fue su secretario personal y aprovechó esa posición “para salvar la vida a muchos revolucionarios, y cuando alguien se partía en los calabozos, cuando se iba de la lengua, él daba la voz para que las víctimas de la confesión pudieran ponerse a salvo”.<sup>186</sup> De haber sabido lo que hoy sé, habría podido conectar la delación de “Lingote” con la posibilidad de que mi madre, quizás sin sospecharlo, se acercó a algo mucho más sucio y cavernoso que la simple flaqueza de un compañero de lucha. El tiempo dirá. Cuando se toman en su conjunto las informaciones de los capítulos anteriores la imagen que emerge es bien contradictoria. Por un lado, el Partido terminó siendo una organización política muy desprestigiada. Por otro, y después de más de veinte años de estrategia Fabiana, y de un riguroso e implacable trabajo clandestino, los comunistas llegaron a tener una impresionante red de informantes, espías, agentes de influencia y compañeros de viaje en todas las instituciones, incluidos el Ejército y los cuerpos represivos, de la Cuba republicana. La pregunta era, entonces, ¿qué hacer? O, si se quiere, ¿cuál es la solución cuando el desprestigio se convierte en una muralla infranqueable, pero se cuenta con un ejército de hombres entrenados durante varios lustros de lucha secreta?

Odiseo y Grobart encontraron la misma respuesta: se construye un caballo, y que arda Troya.

150. Petinaud, Jorge. “Un comunista infiltrado en la Policía Secreta”, revista *Moncada*, Año XV, N° 14, febrero de 1981, pp. 23-25.

151. Grosso Díaz, G. Francisco. “Internamiento de los súbditos italianos en la Isla de Pinos durante la II Guerra Mundial”, en D. Capolongo (coord.), *Emigrazione e presenza italiana in Cuba*, vol. 2, Circolo Culturale B. G. Duns Scoto, Roccarainola, 2002, p. 101.

152. Thomas, Hugh. *Cuba: A History*, Penguin UK, Londres, 2013, cap. 56.

153. Petinaud, Jorge. *Op. cit.*

154. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, pp. 150-153.

155. Petinaud, Jorge. *Op. cit.*

156. *Ibidem.*

157. Boyden, reporte ONI, septiembre 19, 1942. Fichero 65-44610-269, sec. 7, Archivo de la dirección del FBI. Tomado de Schoonover, Thomas D. *Hitler's man in Havana*, University Press of Kentucky, 2008, p. 128.
158. Fermoselle, Rafael. *The Evolution of the Cuban Military: 1492-1986*, Ediciones Universal, Miami, 1986, p. 173.
159. Memorandum de C. A. Carson a M. D. Ladd. Junio 21, 1943. Ernest Hemingway file. Archivo de la dirección del FBI. Fichero 64-23312-6x. Tomado de: Schoonover, Thomas D. *Hitler's man in Havana*, University Press of Kentucky, 2008, p. 121. Una de las denuncias del escritor contra Benítez fue que este autorizaba las salidas de prisión del famoso príncipe Ruspoli para que este fuera a un almuerzo público organizado por la embajada de España.
160. Fuentes, Norberto. *Hemingway en Cuba*, copyright © 1984, 2010, manuscrito en manos del autor, p. 196. El subrayado es propio, para señalar que la propuesta de Hemingway de crear la famosa Crook Factory, y de usar a los refugiados republicanos en la misma, no fue tan independiente como se ha querido pensar. Al mismo tiempo, el torpedeo constante del escritor contra la figura de Manuel Benítez encajó de una forma tan perfecta con los planes del PCC que resulta difícil creer que haya sido casual.
161. Petinaud, Jorge. “Un comunista infiltrado en la Policía Secreta”, revista *Moncada*, Año XV, N° 14, febrero de 1981, pp. 23-25.
162. “El trabajo dentro de la policía y el ejército burgueses”. *El Militante Comunista*, edición especial, agosto de 1985, pp. 52-61.

80

163. *Bohemia*, N° 1-7, 1995, p. B-64.
164. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 219.
165. Betancourt, Luis Adrián. *Un topo rojo en el Buró de Investigaciones*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006, p. 101. Hasta ahora no he podido encontrar ninguna información sobre Demetrio Reymond (Rieumont).
166. Briones Montoto, Newton. *General Regreso*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 324.
167. Rieumont Sotolongo, Gervasio. *Policiología; técnica investigativa criminal*, Editorial Libertad, La Habana, 1954.
168. Baeza Flores, Alberto. *Las cadenas vienen de lejos: Cuba, América Latina y la libertad*, Editorial Letras, México DF, 1960, p. 713.
169. Escalante Font, Fabián. *La guerra secreta: Proyecto Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 18.
170. Latell, Brian. *Castro's Secrets*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2012, pp. 70-71.
171. Rodríguez Menier, Juan Antonio. *Tal como fue*, Publisher Daniel Torres, 2010.
172. García Gutiérrez, Luis C. (Fisín). *La otra cara del combate*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
173. Pina Tabío, Víctor. *Op. cit.*, pp. 170-175.
174. Colección digital de la Universidad de Texas. Discursos de Fidel Castro. Disponible en línea en: <[lanic.utexas.edu](http://lanic.utexas.edu)>.
175. Para más información, ver: <[www.trabajadores.cu/20150703/homenajean-a-fundador-de-oficina-de-asuntosreligiosos/](http://www.trabajadores.cu/20150703/homenajean-a-fundador-de-oficina-de-asuntosreligiosos/)>.
176. Sobre Ribalta, ver página correspondiente de este libro.
177. Pina Tabío, Víctor. *Op. cit.*, p. 158.
178. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001.
179. Para más información sobre Ventura Novo, ver: <[www.ecured.cu](http://www.ecured.cu)>.
180. Suárez Suárez, Reinaldo y Oscar Puig Corral. *La complejidad de la rebeldía*, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2011.
181. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Op. cit.*, p. 72.
182. Rodríguez Menier, Juan Antonio. *Op. cit.*, cap. XVI. El destacado es mío.
183. Hoy San José se llama San Martín.
184. Poveda Godínez, Arquímedes. *Op. cit.*, pp. 224-225. El destacado es mío.
185. Buch, Luis. *Más allá de los códigos. Las comunicaciones en la Guerra de Liberación*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1995, pp. 84-85.
186. Betancourt, Luis Adrián. *Op. cit.*, p. 102.

81

## Capítulo VIII

### “El Caballo”

En Cuba, a la lotería ilegal se la llama “Bolita” y consiste en apostarle a un grupo de números entre el uno y el cien. Cada uno de esos números se asocia con palabras de la vida cotidiana. De esa forma, sacarse el ganador se convierte en el acto de adivinar una palabra. De ahí que en Cuba a la Bolita también se la llame Charada. En Cuba el número 1 es “Caballo”, y es por eso que para muchos cubanos ser el primero en algo, o el uno, o el mejor, es ser un Caballo, palabra que además flexiona hacia los atributos reproductivos de los equinos y le da al asunto una connotación extra y extraordinaria. En Cuba, a Fidel Castro se le conoció como “El Caballo”, “El Uno”, “El Primero”, “El Mejor” o “La Bestia”.<sup>187</sup> Pero siguen las asociaciones, y en la santería cubana “Caballo” es esa persona sobre la que se *monta* un muerto cada vez que quiere comunicarse con el mundo de los vivos. Una asociación aterradora que marcó mi niñez. Porque mientras la mayoría de los cubanos llamaban a Fidel Castro “El Caballo”, yo escuchaba en mi casa la irreverente revelación de que el tipo no había sido más que la

cabalgadura sobre la que se había montado —como un muerto— el NCIS del PCC.

Para entender la doma y monta de Fidel Castro por el PCC hay que empezar por hablar de la tercera hornada de los hombres de Fabio y, sobre todo, del militante que eventualmente se convertiría en su delfín. Otro romano que devino el seleccionador de esa tercera hornada, el arquitecto de la llamada Generación del Centenario y el manejador de los vínculos tempranos y profundos que Fidel Castro siempre tuvo con los comunistas cubanos: Flavio Bravo Pardo.

A diferencia de Grobart, Bravo no dejó una biografía publicada. De él se sabe muy poco y es muy probable que las páginas más interesantes de su vida estén guardadas en las bóvedas de algún archivo ruso. Una buena parte del silencio que rodeó su vida se debe al hecho de que —gracias al trabajo de Grobart y Nicolau— Flavio no tuvo que pagar el precio de un aparato imperfecto.

El inicio de su trabajo en el Partido coincide con la mejor época de esa organización; aquellos años en que los comunistas lograron alcanzar una masa crítica de militantes de filas, intelectuales comprometidos, simpatizantes, compañeros de viaje, miembros secretos, agentes encubiertos y esbirros que les permitieron alcanzar, junto con una cuidadosa estrategia de posicionamiento —cuatro gatos, pero en los buenos tejados— ese sueño al que aspiran todas las organizaciones clandestinas: la visión global, el desplazamiento en paralelo, y la capacidad de influir indirectamente.

Flavio Bravo nació el 18 de julio de 1921. En 1936 ingresó en la Hermandad de Jóvenes Cubanos y poco tiempo después Osvaldo Sánchez lo puso al frente de la Comisión Nacional Obrera de esa organización. En 1938, después de la alianza del PCC con Batista y la creación de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), Bravo pasó a trabajar como uno de sus cuadros más jóvenes. En 1940 las dos organizaciones juveniles que estaban controladas por el Partido —la Hermandad de Jóvenes Cubanos y la Agrupación de Jóvenes del Pueblo— se fusionaron para constituir la Juventud Revolucionaria Cubana, de la que Flavio fue uno de sus dirigentes.

En 1943 asistió, junto con Osvaldo Sánchez y como miembro del Buró Nacional de la Juventud Revolucionaria Cubana, al Congreso Continental de la Juventud por la Victoria, que tuvo lugar en la

82 ciudad de México.<sup>188</sup> Por esa época se casó con la joven comunista Magdalena Serra, conocida como “Cuquita”, una militante que compartía apellido con Clementina Serra,<sup>189</sup> la esposa de Osvaldo Sánchez.

En 1944, ya con la derrota del fascismo en lontananza, y la posibilidad de la llegada al poder de los Auténticos en las elecciones presidenciales de ese año, el Partido decidió cerrar sus organizaciones juveniles de “frente amplio” y crear en su lugar una mucho más selectiva, restringida y clandestina que pasó a llamarse Juventud Socialista (para evitar confusiones a partir de ahora la llamaré Juventud Comunista). En el congreso constituyente de esa nueva organización Flavio Bravo fue elegido como su secretario general, cargo que desempeñó durante doce años.<sup>190</sup>

En 1945, con solo 24 años de edad, Flavio Bravo fue también elegido como miembro del Comité Central del PCC. Ese mismo año asistió al congreso fundacional de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (FMJD) que se celebró en la ciudad de Londres. La organización heredera de la Internacional Juvenil Comunista (también conocida como KIM por sus siglas en ruso), que desde 1918 hasta 1943 había fungido como la filial juvenil del Comintern. Esta información es importante, porque de la misma forma que el Comintern y sus filiales trabajaron durante mucho tiempo para la Inteligencia soviética, la FMJD también devino un instrumento de la KGB. Tanto es así que uno de los fundadores de la FMJD, y entre 1945 y 1958 uno de sus dirigentes de más alto nivel, fue nada más y nada menos que Alexander Shelepin, el mismo cuadro que en diciembre de 1958 llegaría a ser nombrado como jefe de la KGB.

Shelepin fue dirigente de la juventud comunista soviética (Komsomol) y también de la Internacional Juvenil Comunista (KIM). En 1941, con el inicio de la guerra y siendo el secretario general del Komsomol en Moscú, empezó a trabajar entre los jóvenes soviéticos reclutando candidatos para las guerrillas que operaban tras las líneas alemanas. Como parte de ese trabajo reclutó a la famosa Zoya Kosmodemyanskaya, la guerrillera soviética que fue hecha prisionera por los alemanes, torturada, ejecutada y convertida en un símbolo de la resistencia contra la ocupación.<sup>191</sup> Zoya no habló durante la tortura y solo se limitó a decir que su nombre era Tania. Así surgió el símbolo de “Tania la Guerrillera”, una imagen mediática que capturó la atención de Josef Stalin y catapultó la carrera de Shelepin a los más altos niveles. Años después y en honor a esa heroína Haydee Tamara Bunke, la argentina que murió junto con el Che Guevara en Bolivia, escogería el nombre de Tania como su pseudónimo de guerra.

Después de finalizada la guerra Shelepin devino el más importante de los cuadros soviéticos dentro de la FMJD y dentro de la Unión Internacional de Estudiantes (UIE). Responsabilidades que implicaban un trabajo doble; por un lado, ocuparse de las campañas políticas que esas organizaciones llevaban a cabo, y por otro, seguir haciendo, a nivel internacional, algo parecido a lo que ya había hecho en su país

durante la guerra: seleccionar y reclutar a los futuros líderes de la izquierda mundial.

A partir de 1945 Flavio Bravo también devino un cuadro de alto nivel de la FMJD y eventualmente llegó a ocupar la vicepresidencia de esa organización. Eso no pudo haber ocurrido sin llamar la atención de Shelepin y sin haberse convertido en un hombre de confianza de los soviéticos, una relación que, por sus incómodas implicaciones para el castrismo, siempre ha quedado fuera de las biografías autorizadas de Flavio Bravo. Ninguna de ellas habla de los estrechos vínculos que ese cuadro del PCC tuvo con la Inteligencia soviética a partir de 1945, las escuelas que pasó en la URSS, de sus cursos y de su graduación en la célebre academia militar soviética Mijaíl Frunze.<sup>192</sup>

Desde mucho antes de 1944, y de su nombramiento como secretario general de la Juventud Comunista, ya Flavio Bravo estaba desarrollando un extenso trabajo de evaluación y reclutamiento

83

dentro de los jóvenes estudiantes y obreros cubanos, así como una labor de infiltración dentro de las organizaciones juveniles de los partidos tradicionales. Como cabría esperar, la Universidad de La Habana devino el objetivo más importante de su labor. Fue en esos predios donde Flavio desarrolló una buena parte del trabajo que eventualmente desembocaría en el surgimiento y triunfo de la revolución cubana.

Eso es algo que la visión castro-centrista de la revolución cubana siempre ha intentado esconder. Cuando Fidel Castro llegó a la Universidad de La Habana, en septiembre de 1945, ya los comunistas cubanos tenían décadas de trabajo dentro de esa institución. En ese momento el Partido contaba con una organización juvenil muy bien estructurada, con miembros secretos que funcionaban bajo fachadas de otras denominaciones políticas, con una estricta disciplina clandestina y con un líder, Flavio Bravo, que además de ser un cuadro político de la organización era miembro de su selecto Núcleo Central de Inteligencia. Eso le permitió al ala juvenil del Partido beneficiarse, aunque fuera sin saberlo, de la misma visión global, desplazamiento en paralelo e influencia indirecta que disfrutaba el resto de la organización.

Cada vez que se hace un análisis o recuento de los años de Fidel Castro en la Universidad de La Habana se esconde la presencia de Flavio Bravo, de forma directa o indirecta, en todas y cada una de las acciones que hoy se usan para demostrar la grandeza de Castro desde sus años juveniles. La primera razón de ese barrido de Flavio bajo la alfombra de la propaganda totalitaria es reforzar la infalibilidad del Líder Máximo. Es ese deseo de mostrarlo, desde sus mocedades, teniendo ideas que enseguida se materializaban en las acciones de su apostolado. La segunda razón es que Flavio Bravo es el eslabón perdido que establece la continuidad no ya entre el PCC y el castrismo, que está bien documentada, sino entre el NCIS del Partido y la revolución cubana. La tercera razón, y quizás la más importante, es que después del triunfo de la revolución cubana Flavio Bravo estuvo involucrado en casi todos los eventos que marcaron el destino y el carácter de esa revolución.

Para los *cubanólogos* resulta casual que pocos días antes de irse a atacar el Cuartel Moncada, Fidel Castro haya estado conversando con Flavio Bravo en la librería del Partido.<sup>193</sup> También les resulta natural que horas antes de salir en el yate *Granma* el líder del Movimiento 26 de Julio (M26-7) haya tenido una reunión con Flavio Bravo, y que este haya estado con él “casi hasta el momento en que dejó México”.<sup>194</sup> Poco les llama la atención el hecho de que alrededor de marzo de 1959 un representante del PCC todavía hoy no identificado, pero que por sus características no pudo ser otro que Flavio Bravo, se reunió con el mariscal Vasili Sokolovsky, jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, para discutir la ayuda militar soviética al triunfante Ejército Rebelde.<sup>195</sup> Igual, les parece perfectamente normal que Flavio Bravo estuviera en el Estado Mayor castrista durante la invasión de Playa Girón y durante la Crisis de Octubre. En esa misma cuerda les parece irrelevante que en 1963 Flavio Bravo haya sido uno de los jefes del contingente militar que dio inicio a las aventuras del castrismo en África; o que doce años después fuera él quien se entrevistara con Agostinho Neto para dar inicio a la escalada soviético-cubana en Angola.

Todo perfectamente explicable bajo el mantra de que Flavio fue uno de los pocos comunistas que creyeron desde el inicio en Fidel Castro y después este lo premió con su protección y con unos puestecitos de segunda categoría dentro de la burocracia castrista. La realidad es mucho más terrenal: los comunistas no creían en nadie, los comunistas observaban, clasificaban, colectaban sus informaciones y utilizaban a los demás según los resultados de ese trabajo.

Uno de los argumentos más utilizados a la hora de minimizar la influencia comunista sobre Fidel Castro, y que él mismo se encargó de diseminar cada vez que pudo, fue el de la escasa cantidad de

84

militantes que el Partido tenía en la Universidad. Unas pocas decenas, dicen los estimados oficiales del castrismo para dar un número cuya explicación siempre se basó en el hecho real del desprestigio del Partido como organización política y en el rechazo que muchos estudiantes de izquierda sentían por los comunistas. Eso es verdad, pero es solo una parte de la verdad que evita considerar al Partido como una

excelente organización clandestina controlada por un aparato de Inteligencia muy eficiente. También contribuyó a esa visión de debilidad el hecho de que en el año 1945 los comunistas en la Universidad de La Habana estaban pasando por un momento muy particular. En 1944 Rolando Masferrer fue expulsado del PCC. Esa expulsión trajo como consecuencia el surgimiento de un enemigo muy peligroso. Se trataba de un hombre que había estado involucrado en muchas de las acciones importantes del PCC hasta ese momento y conocía las interioridades de esa organización, incluidos algunos de sus militantes en la Universidad.

La expulsión de Masferrer, combinada con su amistad con “Manolo” Castro, y con el marcado anticomunismo de los gobiernos Auténticos, hizo que el PCC se viera obligado a reestructurar su trabajo en la Universidad, a sacar de ella a algunos de sus viejos militantes y a emplazar a muchos de los nuevos como cuadros secretos de la organización. De hecho, al momento de la llegada de Fidel Castro a la Universidad la organización comunista dentro de la misma no era la Juventud Comunista sino el PCC. A partir de 1944 el trabajo del Partido en la Universidad dejó de ser eminentemente político y se convirtió en un trabajo tanto político como de Inteligencia.

Fue ese cambio el que motivó, entre otras razones, el nombramiento de un cuadro como Flavio Bravo al frente de la Juventud Comunista, y fue también ese cambio el que hizo que al momento de la llegada de Fidel Castro a la Universidad los comunistas lucieran mucho más débiles de lo que realmente eran. A pesar de esa debilidad aparente, fueron ellos los que terminaron controlando, de una forma indirecta pero inobjetable, la Federación Estudiantil Universitaria; y fueron ellos también los que le prodigaron a Fidel Castro esa atención que ellos les daban a las personas de interés.

De inicio Fidel Castro no pasó de ser eso que algunos llaman un proyecto mascota, una línea de trabajo colateral que los comunistas siguieron con atención, pero sin mayores esperanzas. Era un personaje tan incapacitado para el trabajo político que de una forma inevitable fue chocando contra todos los grupos de gánsteres y politiqueros que poblaban la Plaza Cadenas.<sup>196</sup> Nunca fue elegido para un cargo importante dentro de la FEU, un rechazo bien sintomático si tomamos en cuenta que varios miembros de la Juventud Comunista tuvieron, a pesar del rampante anticomunismo que reinaba en la Universidad, mucha mejor suerte en las urnas que Fidel Castro. Al final fueron los jóvenes de Flavio Bravo los únicos que le dieron juego.

En septiembre de 1945, cuando Fidel Castro llegó a la Universidad de La Habana, el presidente de la FEU era “Manolo” Castro, un hombre que había acompañado a Flavio Bravo al congreso fundacional de la FMJD en Londres y era famoso —hasta el momento de su alianza con Masferrer— por su tolerancia a los comunistas. En 1945 el Partido tenía militantes bien conocidos en las distintas escuelas o facultades universitarias, entre ellos resaltan Luis Más Martín, Manuel Corrales (apodado “Corralov” por su marcado carácter prosoviético), Walterio Carbonell, Arquímedes Poveda Godínez, Alfredo Guevara y otros. Esos comunistas, junto con los que se matricularían en cursos ulteriores, como Lionel Soto y Raúl Valdés Vivó, maniobraron con verdadera astucia hasta terminar controlando la FEU. Nadie mejor que Enrique Ovares Herrera, el hombre que heredó el puesto de “Manolo” Castro en la FEU, y que después del triunfo de la revolución emigró hacia los Estados Unidos, para describir ese proceso. Dice Ovares —en la entrevista que le concedió al escritor Rafael de la Cova en el año 1990—<sup>197</sup> que para las elecciones del año escolar 46-47 se postularon “Manolo” Castro y Luis Conte

85

Agüero para la presidencia de la FEU. El primero, que estaba buscando su reelección, era uno de los dos líderes del MSR y contaba con ese apoyo para ganar. Agüero no era miembro de la Unión Insurreccional Revolucionaria de Emilio Tró, pero esa organización decidió apoyarlo con la esperanza de mermar el poder del MSR en la Universidad. Al final quedaron empatados y el voto que decidía era el de la Facultad de Arquitectura.

En la Escuela de Arquitectura dos de los cinco presidentes de curso eran Enrique Ovares y el militante del PCC Arquímedes Poveda. En la votación para elegir al presidente de la escuela el comunista quedó empatado con su oponente y el voto que decidía era el de Ovares. Eso dio lugar a una negociación. Ovares le dijo a Poveda que votaría por él si él aceptaba votar por “Manolo” Castro para presidente de la FEU. Una vez asegurado eso fue a ver al líder del MSR y le dijo que le aseguraba la presidencia si lo nombraba secretario general de la FEU. Así fue, Poveda Godínez salió presidente de la Escuela de Arquitectura, “Manolo” Castro de la FEU y Ovares devino su secretario general. Los comunistas se acercaron al deseado control de la organización.

Durante el curso 46-47 “Manolo” Castro ya estaba jugando a la alta política dentro del gobierno de Grau —en el que buscaba el lucrativo cargo de director de Educación Física y Deportes— y su actividad en la Universidad se redujo mucho. En la práctica, el verdadero control de la FEU lo ejercía Enrique Ovares, quien aprovechó esa coyuntura para prepararse con vista a las elecciones del próximo año. Ya para el curso 47-48 los candidatos fueron Isaac Araña, con el apoyo del MSR, y Humberto Ruiz Leiro, con el apoyo de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR). Una vez más volvieron a quedar

empatados los candidatos y una vez más volvió a decidir el voto de la Escuela de Arquitectura, que era controlado por Enrique Ovares.

En algún momento, y con la idea de abrir una votación que estaba secuestrada por los dos grupos rivales, la estudiante Evangelina Baeza propuso a Enrique Ovares como presidente de la FEU. La propuesta fue aceptada, pero pasado poco tiempo, y ante la evidencia de que Ovares empezó a usar sus poderes para promover a sus parciales, Ruiz Leiro convocó a una asamblea constituyente y exigió que el presidente de la FEU fuera elegido por voto directo; algo que, por demás, era un viejo sueño desde la época de Julio Antonio Mella. La asamblea estuvo de acuerdo y la UIR y Ruiz Leiro pensaron que se acercaban a la victoria. A Ovares no le quedó más remedio que convertirse en el hombre de los comunistas en la Universidad. Negociaron y pactaron. El Partido movilizó a militantes y simpatizantes a su favor, pero a cambio de que Ovares, en caso de salir electo, nombrara a algunos de sus miembros en el Secretariado y se dejara guiar, de vez en cuando, por las sugerencias de los comunistas. Llegó el día de la votación; la UIR, de la que Fidel Castro ya era miembro en ese momento, hizo presencia con carros y gánsteres armados con ametralladoras que daban vueltas alrededor del colegio electoral. Muchos estudiantes desistieron de ejercer el voto, pero al final, cuando se contaron las boletas, Ovares salió electo por una clara mayoría. Inmediatamente nombró a Alfredo Guevara como secretario general de la FEU y el Partido pudo al fin celebrar su victoria.<sup>198</sup>

Estas informaciones permiten entender mejor los deambulares de Fidel Castro durante sus primeros años universitarios y desmitificar muchas de las leyendas que se han construido alrededor de esa etapa de su vida. En 1945, cuando llegó a la Universidad, Fidel Castro era un perfecto desconocido para todas las fuerzas políticas de Cuba con la sola excepción del PCC. Un año antes Juan Marinello, el recién electo senador por el Partido Comunista, había propuesto un proyecto de ley para aumentar el control del Estado sobre las escuelas privadas. Algunas de esas escuelas, como el Colegio de Belén en el que estudiaba Castro, eran dirigidas por órdenes religiosas que enseguida vieron en la propuesta de Marinello una afrenta a sus intereses. La respuesta no se hizo esperar y se organizaron muchas protestas

86

de las escuelas privadas contra el desvarío de los comunistas. Una de las tantas actividades que se organizaron fue un debate democrático entre alumnos del Colegio de Belén, una asamblea de discusiones en la que a un grupo de estudiantes les tocó la tarea de defender a las escuelas privadas y a otros la de hacer valer la propuesta de Marinello.

A Fidel Castro le tocó defender la libertad de la enseñanza contra el control del Estado, y fue tan ardiente en su defensa que terminó desatando la burla de los comunistas. Un artículo del periódico *Hoy* publicado el 14 de diciembre de 1944, y escrito por alguien que firmaba como Esmeril, dijo que en el “selectivo y reaccionario Colegio de Belén tuvo lugar una ridícula sesión para combatir el proyecto del ilustre senador Marinello, y uno de los discursos estuvo a cargo de un tal Fidel Castro, pichón de jesuita, que se mantuvo hablando tonterías, comiendo gofio, durante más de una hora”.<sup>199</sup> Lo retrataron de cuerpo y alma y de paso demostraron estar al tanto de lo que pasaba dentro de las paredes del famoso colegio. Algo que no sorprende cuando se recuerda el trabajo de penetración que José Felipe Carneado dirigió, por órdenes del Partido, dentro de las instituciones religiosas de Cuba. Una penetración que permitió, entre otras cosas, saber que quizás no todo estaba perdido con aquel pichón de jesuita.

Fidel Castro, al no ser de La Habana, se vio obligado muchas veces a pasar los fines de semana en el Colegio de Belén. Durante esos días, al estar la escuela casi vacía, se relacionó con algunos trabajadores del plantel. Así fue como desarrolló una buena amistad con el fregador de platos y ayudante de compras Virgilio Gómez Reyes y con su hermano Manuel Gómez Reyes, que era uno de los cocineros. Además, Castro se hizo muy amigo del profesor Gildo Fleitas López. Esas relaciones llegaron al extremo de que cuando los trabajadores del Colegio de Belén decidieron hacer una huelga, para reclamar mejores condiciones de trabajo, muchos pensaron que el joven Castro se había involucrado, de una forma u otra, con esa protesta. El Partido observaba y tomaba notas.

En su primer año en la Universidad los estudiantes no eligieron a Fidel Castro para ningún cargo importante dentro de la Federación Estudiantil Universitaria. Al mismo tiempo “Manolo” Castro y el MSR, que eran los que controlaban la Universidad en aquel momento, hicieron algo peor que rechazar a ese muchachón entusiasta que con tanto ahínco buscaba unirse a sus huestes: usaron su entusiasmo para comprometerlo. El MSR sabía que Leonel Gómez, conocido como “El Toro” y uno de los líderes estudiantiles del importante Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, tenía una muy buena relación con el presidente Grau y era, además, miembro de la UIR de Emilio Tró. Gómez estaba a punto a graduarse del Instituto de La Habana y en unos pocos meses pasaría a la Universidad. Eso en el momento en el que “Manolo” Castro estaría yéndose. Esa combinación de factores aumentaba mucho la probabilidad de que la FEU terminara siendo controlada por la UIR. Ante esa disyuntiva “Manolo” Castro y Rolando Masferrer decidieron hacerle un atentado a Leonel Gómez y decidieron, además, que Fidel Castro fuera incitado a participar en el mismo. De esa forma mataban dos pájaros de un tiro,

sacaban a su adversario del juego y lanzaban al atorrante de Castro a la jauría de la UIR. Mucho se ha hablado y escrito sobre la participación de Fidel Castro en el famoso atentado contra Leonel Gómez del 6 de diciembre de 1946. Hay tantas versiones como escritores y yo me suscribo, por su coherencia y cercanía, al testimonio de Enrique Ovares. Resulta que los miembros del MSR Rafael “El Gallego” Vázquez, Isaac Araña y un tal Antonetti convencieron a Fidel Castro para que los acompañara en esa acción. Una vez que convencieron al Guajiro<sup>200</sup> decidieron esperar a Leonel Gómez a la salida del Estadio Universitario. “El Toro”, para más ironías, llegó acompañado de su amigo Fernando Freyre de Andrade, al que muchos apodaban “La Vaquita”. El aguerrido comando del MSR abrió fuego, pero con tanto miedo que —antes de salir huyendo en estampida— solo alcanzó a herir a Freyre Andrade en una pierna. La UIR inmediatamente corrió dos rumores en la Universidad: Uno:

87

“Las yeguas fueron a matar al Toro y terminaron hiriendo a la Vaquita”. El otro: “El Guajiro la va a pagar”.

Y así fue como el *ganstercillo valiente* fue a esconderse en casa de Rafael Díaz-Balart, el discípulo y hermano de Mirta que al paso del tiempo se convertiría en su cuñado.<sup>201</sup> Estuvo escondido hasta que los ánimos se aplacaron, envió recados explicando que había sido manipulado y pidió una audiencia con la plana mayor de la UIR. Se la concedieron, pudo hablar con Emilio Tró e hizo lo único que siempre supo hacer con genialidad: manipular. Lo perdonaron y le dieron entrada en la organización.

En el curso 46-47 Castro no salió electo como presidente de la Escuela de Derecho, pero como ya se sentía respaldado por la UIR, y creyó que el MSR estaba en retirada, se sintió con la potestad de proponer el desafuero de Federico Marín, el estudiante que había sido elegido como presidente de la FEU en esa escuela. Castro quiso declararse presidente de facto, pero ese desafuero no tenía precedente alguno dentro de los estatutos de la organización y fue rechazado por la masa estudiantil. Marín tomó posesión de su cargo. Poco después, cuando Ruiz Leiro convocó a la Asamblea Constituyente y pidió el voto directo, Castro se postuló nada más y nada menos que para presidente de la FEU. De más está decir que nadie votó por él. Hasta ahí llegaron sus devaneos con la democracia universitaria. Decidió cambiar para el juego grande y el 15 de mayo de 1947, siguiendo su impulso incontrolable de figurar en todo, asistió a la fundación del Partido Ortodoxo y empezó a cortejar los favores de Eduardo Chibás. Sus avances no fueron bien recibidos de inicio, pero buscó padrinos que lo recomendaran y al final llegó a ser tolerado por la alta jerarquía de los ortodoxos. Ese fue otro de los rechazos del hombre político que reforzaron los denuedos del hombre de acción. A esas humillaciones de ser descartado por la mayoría se asoció el deseo incontrolable a ser reconocido mediante la violencia y la agitación.

Castro se convirtió en un agitador político y en el polizón mediático de cuanta campaña se le ocurriera a cualquier otra organización. Muchas de esas campañas o acciones han pasado a ser presentadas —con el paso del tiempo, mucha propaganda y la eterna confusión entre fama y simpatía— como si fueran suyas y demostraran, ya desde aquellos años mozos, la grandeza del líder y el llamado inconfundible de la gloria. La realidad, por desgracia para los fanáticos de Fidel Castro, dista mucho de haber sido así.

La primera campaña en la que Fidel Castro se involucró después de sus derrotas en las elecciones estudiantiles de 1946 y principios de 1947, fue la operación de Cayo Confite. La famosa invasión para derrocar a Trujillo que fue organizada por el MSR entre los meses de julio y septiembre de 1947. Ese involucramiento de Castro llama mucho la atención cuando se toma en cuenta que esa operación fue organizada y estuvo bajo el control absoluto del MSR. A pesar de eso, y de ser un miembro reconocido de la UIR de Emilio Tró, el joven Fidel decidió participar en la misma.

La solicitud de su inclusión la amparó en el hecho de que los organizadores habían dicho que en ella podían participar todos los que quisieran hacerlo. Con ese argumento en mano Castro fue a ver a Enrique Ovares, el recién electo presidente de la FEU al que se había enfrentado unas semanas antes, y le pidió que intercediera por él ante los líderes del MSR. Ovares no solo logró que lo aceptaran, sino que alcanzó a obtener la promesa de que, al menos mientras durara la operación, el MSR prometía no atacar contra la vida del Guajiro. Para muchos Castro estaba loco y había ido a meterse, con su afán de figurar en todo, en la mismísima cueva del lobo.

La realidad, sin embargo, es bien distinta. En ese momento ya el PCC tenía una muy buena influencia sobre Enrique Ovares. A eso hay que sumarle el hecho de que, como se verá más adelante, los

88

comunistas ya habían logrado infiltrar a varios de sus hombres dentro del MSR de Rolando Masferrer en particular, y dentro de la operación de Cayo Confite en general. Todo eso explica que Fidel Castro no estuvo tan loco cuando decidió meterse, siendo miembro de la UIR de Emilio Tró, en la boca del lobo de una operación controlada por el MSR.

Es verdad que al joven Castro le fue mal, es verdad que los hombres de Masferrer lo humillaron. Pero no le fue tan mal como le habría ido de haberse quedado en La Habana. Mientras el supuesto loco estaba en Cayo Confite la banda de sus simpatías, la UIR, y su líder Emilio Tró, fueron diezmados en la famosa Masacre de Orfila. Una batalla campal, ocurrida en ese reparto habanero, en la que los hombres de Mario Salabarría —que eran muy afines a Masferrer— acorralaron a Emilio Tró en la casa de uno de sus compinches. El combate duró varias horas y al final la UIR había perdido una buena parte de su fuerza como organización gansteril.

En noviembre de 1947, ya de regreso de Cayo Confite, Castro se involucró en una de las acciones que más ha publicitado la propaganda castrista para demostrar su grandeza: el traslado de la campana del ingenio de La Demajagua hacia la Universidad de La Habana. Una acción que se inició cuando un grupo de jóvenes universitarios, entre los que estaba Castro, lograron que la famosa campana les fuera prestada para exponerla en el Aula Magna de la Universidad. El traslado de la reliquia hacia la capital fue muy publicitado por la prensa de la época y Fidel Castro se las arregló para salir en muchas de las fotos.

Después del triunfo de la revolución el resto de las imágenes, aquellas en las que Castro no salía, fueron borradas del recuerdo para así entronizar el imposible de que el autor intelectual de esa idea, el organizador de la campaña y el líder de la misma, había sido un hombre derrotado en todas las elecciones estudiantiles, un aprendiz de revolucionario recién regresado de un cayo perdido en el mar y miembro de una organización destruida pocos días antes. O sea, un tipo sin la más mínima capacidad de convocatoria dentro de la sociedad cubana.

En febrero de 1948, después del palo mediático de la campana de La Demajagua, el futuro Líder Máximo se vio involucrado en otra heroica acción de lucha a distancia y contra la espalda de un enemigo desprevenido: “Manolo” Castro fue ultimado a balazos frente a un cine situado en la esquina de las calles San Rafael y Consulado (hoy se llama Cinecito). Junto a él cayó su amigo Carlos Puchol y fueron heridos Ignacio Valdés, Sergio Domínguez y José Miró Rojas. El único que no fue herido en la refriega, y solo recibió un impacto de bala en el tacón de su zapato, fue “Manolo” Corrales, quien en aquel momento era el jefe de los comunistas en la Universidad. Algunos testigos dijeron ver a Fidel Castro en la zona del crimen y otros juraron que le habían visto disparar. La policía lo detuvo, le hicieron la irrelevante prueba de la parafina y como dio negativa fue liberado de la acusación.<sup>202</sup> Mucho se ha escrito sobre la participación directa o indirecta de Fidel Castro en el asesinato de “Manolo” Castro. Yo siempre escuché en mi casa que era muy probable que lo hubiera hecho. Las pruebas, después de tanto tiempo, es muy posible que ya nunca se encuentren. Un dato reciente sobre ese tema es la declaración de Florentino Aspillaga sobre la revelación que le hizo su padre en el año 1986. Como ya se dijo en el capítulo anterior, Florentino Aspillaga es el desertor de más alto nivel de la Inteligencia castrista. Según Florentino, el día de la muerte de “Manolo” Castro su padre estaba siguiendo a Fidel Castro, por órdenes del PCC, y lo vio disparar contra el fallecido.<sup>203</sup>

¿Qué hacía un hombre del aparato de Inteligencia del Partido chequeando a Fidel Castro? Bueno, ya en 1947 Fidel Castro se había vinculado estrechamente con los comunistas de la Universidad y ya había conocido, a través de ellos, a un hombre tan importante como Flavio Bravo. Para esa fecha ya Castro era uno de los proyectos que ese poderoso cuadro del Partido manejaba con vistas al futuro. Tanto es así

89  
que a partir de ese año no existe una sola acción política o mediática de Castro en la que un comunista no estuviera a su lado o muy cerca de él.

Como cabría esperar, Rolando Masferrer y el MSR juraron venganza contra los miembros de la UIR, incluido Fidel Castro. Poco tiempo después fueron asesinados Justo Fuentes y Gustavo Mejía, el primero era el presidente de la FEU en la Escuela de Estomatología y el segundo en la Facultad de Ciencias Sociales. Paradójicamente el único de ellos que había sido acusado ante la ley por el asesinato de “Manolo” Castro, el aguerrido Fidel, logró escapar ileso una vez más. Esa contradicción pasó a engrosar la leyenda de la infalibilidad del futuro Líder Máximo. La explicación, sin embargo, es mucho más banal.

En 1947 el PCC tenía varios hombres emplazados en el entorno personal de Rolando Masferrer, uno era Mario Morales Mesa y el otro un comunista llamado Molina.<sup>204</sup> Con esa penetración el Partido era capaz de proteger al *ganstercillo valiente* sin que este alcanzara a imaginar de dónde salía su buena suerte. Además de eso Castro, como era su costumbre, se escondió tanto como pudo y les pidió apoyo a Enrique Ovares y a los comunistas para que lo ayudaran a salir de Cuba. Sus camaradas maniobraron hasta sacarlo hacia Venezuela y enviarlo después, a pesar de que no detentaba cargo alguno en la FEU, como delegado al Congreso Latinoamericano de Estudiantes que tendría lugar en Bogotá, Colombia, en abril de 1948. Un congreso que buscaba boicotear la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) que se celebraría en esa misma fecha.

Así surgió la famosa participación de Fidel Castro en el llamado Bogotazo. Una presencia que hoy la

propaganda oficial del castrismo asocia con una especie de predestinación a la gloria. Hablan de Fidel movilizando a los estudiantes cubanos, conspirando genialmente con Santiago Touriño (el representante de Perón, que también buscaba descarrilar la reunión de la OEA) y visitando Venezuela para coordinar acciones y aunar voluntades.

Una sarta de exageraciones que buscan esconder que Alfredo Guevara siempre estuvo cerca de Castro y que este escapó de Bogotá rodeado de comunistas y filocomunistas (como Ovares), en un avión de carga que en todas las versiones oficiales aparece como salido de la nada y por obra de la providencia. Nadie asocia el milagro de ese avión con el hecho de que en 1948 el Partido ya tenía, a través de Víctor Pina, un alto nivel de penetración dentro de la aviación civil cubana.

Después de la aventura colombiana Fidel Castro se llamó al buen vivir, se casó con Mirta Díaz-Balart, estrechó sus lazos con los comunistas, se matriculó en la carrera de Derecho en la modalidad por la libre (que no requería ir a clases), estudió para sacar las asignaturas que le faltaban para graduarse y siguió militando dentro de la ortodoxia. La acción mediática más importante en la que se involucró en esa época fue la protesta frente a la embajada de los Estados Unidos en La Habana. Una manifestación organizada por los comunistas después que a un *marine* borracho se le ocurrió encaramarse encima de la estatua de José Martí y orinar sobre la sagrada cabeza del Apóstol. Meses después Castro se graduó y puso un bufete de abogados con otros dos colegas, uno de ellos, vaya casualidad, comunista.

Hasta aquí toda esta narrativa puede ser descartada bajo el argumento de descansar en las visiones de los llamados traidores y vencidos. Ese es un recurso muy viejo que el castrismo utiliza a la hora de rechazar testimonios como los de Florentino Aspillaga, Enrique Ovares o Rafael Díaz-Balart. El problema surge cuando se descubre que esas versiones coinciden con las de Alfredo Guevara y Lionel Soto, dos personas a las que a ningún castrista en su sano juicio se le ocurriría acusar de traidores y vencidos. Todo lo contrario, si existieron dos militantes que alimentaron la leyenda del caudillo infalible fueron esos dos.

A pesar de eso, muchas de las declaraciones y escritos de Guevara y Soto confirman y enriquecen

90

buena parte de lo que hasta ahora se ha dicho en este capítulo. Alfredo Guevara nació en la ciudad de La Habana en 1925 y murió el 19 de abril del año 2013. Fue hijo de un masón que era dirigente sindical en los ferrocarriles. Desde muy joven se vinculó a la política. En la primera mitad de la década de 1940 se matriculó en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Allí conoció a muchos estudiantes de izquierda y se relacionó con algunos teóricos del anarquismo que habían llegado a Cuba después de la guerra civil española. Uno de sus mejores amigos fue Lionel Soto. Juntos transitaron, con la ayuda de otro joven comunista llamado Raúl Valdés Vivó, el camino que va desde las ideas socialistas y anarquistas hasta el comunismo prosoviético del PCC.

En 1945, después de graduarse del Instituto, Alfredo se matriculó en la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana y se convirtió en condiscípulo de Fidel Castro. Según sus propias palabras, ya desde antes de matricularse en la Universidad Alfredo había planeado con Lionel Soto, Valdés Vivó y Alfredo Yabur —un líder estudiantil del importante Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba que estaba vinculado a los comunistas— apoderarse de la FEU una vez que llegaran a la Universidad.

El primero en hacerlo, en razón de su edad, fue Guevara y enseguida empezó a trabajar en esa idea que ni era de él ni podía llevarla a cabo sin apoyar y ser apoyado por los otros militantes que ya estaban matriculados en la Universidad. Fue en ese contexto que conoció a Fidel Castro, una experiencia que le describió así al periodista Tad Szulc:

Fidel no estaba concertado con nosotros, que no lo conocíamos, cuando ya estaba todo arreglado hablaba y lo cambiaba todo... Entonces yo me aterré, porque inmediatamente averigüé y supe que venía de las escuelas curas, católicas... y lo veo así, yo digo: tenemos un contradictor... y entonces hay que *conquistarlo* o que vencerlo. Yo inmediatamente empiezo a comentar: aquí ha entrado un muchacho que va a ser José Martí o el peor de los gánsteres, porque se veía un hombre de acción y la imagen de los hombres de acción para mí eran los gánsteres luchando. Pero al mismo tiempo tenía ganas de *conquistarlo*...<sup>205</sup>

Conquistar es la palabra clave para entender por qué Alfredo Guevara es una figura importante a la hora de descubrir los orígenes del castrismo. Alfredo fue, junto con Lionel Soto, testigo y participante en el moldeo de aquel Fidel Castro y en su conversión, con mucha paciencia, en eso que se conoce hoy. Guevara fue, hay que reconocerlo, un político muy hábil. Fue un líder estudiantil que junto con el resto de los militantes de la Universidad logró que los comunistas regresaran a tener un nivel de influencia —dentro de la FEU— que no tenían desde los tiempos de Mella. Guevara fue un miembro importante de ese equipo de trabajo que, guiado por Flavio Bravo, hizo posible que el Partido controlara, aunque fuera de forma indirecta y a través de Enrique Ovares, una buena parte de las decisiones de la organización estudiantil en la Universidad.

El éxito de ese trabajo de Alfredo se debió al hecho de que durante mucho tiempo su militancia oficial fue mantenida en secreto. Eso es algo que el castrismo y el propio Guevara usaron con

frecuencia para confundir con respecto a sus relaciones. Alfredo, ya hoy se sabe, entró oficialmente en el Partido en el año 1946, pero antes de entrar fue sometido a un largo período de prueba y acumulación de méritos que, en su caso, y por sus evidentes características personales de franco amaneramiento y posible homosexualidad, se extendió mucho. Es posible pensar que fueron esas características personales las que hicieron que el Partido decidiera mantener la militancia de Alfredo en secreto y prefiriera usarlo como un cuadro clandestino.

Fue así como Alfredo se convirtió en eso que en el argot de las organizaciones clandestinas se conoce  
91

como un *agente apuntador*. Una persona que sin presentarse como miembro de una organización trabaja en la identificación de objetivos susceptibles de ser reclutados por la misma. Su trabajo es ganar la confianza de esos objetivos y obtener, sin delatarse, las informaciones que puedan ayudar al reclutamiento y manejo de los mismos. Alfredo fue un genio haciendo eso; una genialidad que le debió mucho a su dulzura, a su inteligencia y a su vasta cultura, pero sobre todo a la extraordinaria capacidad que tuvo para poder lidiar, sin dejarse aplastar, con esos talentos que viven apuntalados por unos egos enfermizos.

Aunque parezca mentira, Eduardo Chibás fue uno de sus primeros objetivos. Fue un acercamiento que, cuando Guevara lo reconoció en la entrevista que le concedió a Tad Szulc en 1985, dio uno de los primeros indicios del vasto trabajo de penetración que el PCC llevó a cabo dentro del Partido Ortodoxo. No creo que haya existido una institución política en Cuba que haya albergado más comunistas “desilusionados”, “expulsados”, abiertos, o escondidos, que el partido de Chibás. Alfredo Guevara fue uno de ellos y a juzgar por su declaración, Chibás llegó incluso a estar al tanto de sus inclinaciones ideológicas.<sup>206</sup>

Nadie duda que la flor más famosa del jardín de megalomanías que cultivó Alfredo Guevara fue Fidel Castro. Un tipo impopular, un aprendiz de revolucionario que arrastraba un complejo de grandeza tan patológico que solo atraía burlas y desprecios. Hasta que cayó bajo las artes de Alfredo y Lionel y fue pasando de guajiro a habanero, de tira-tiros a revolucionario, de abusador a líder y de memorioso a pseudointelectual. Lionel le presentó a Flavio Bravo y lo llevó consigo a la aventura de La Demajagua. Alfredo logró que fuera con él a Bogotá y regresara convertido en figura. Del resto se ocupó Flavio Bravo.

Para confirmar lo hasta aquí dicho, están también las memorias de Lionel Soto.<sup>207</sup> A diferencia de Guevara, Soto sí dejó sus recuerdos recogidos en un texto coherente que fue publicado en el año 2007 y presentado al público. Se vendieron algunos ejemplares e inmediatamente dejó de circular. Pero ya las hojas habían volado. La gente empezó a copiarlas y empezaron a pasar de mano en mano. Las revelaciones que hace sobre Fidel Castro, a pesar de estar escritas en ese estilo socarrón y laudatorio que bien saben usar los viejos comunistas, le hacen tanto daño a la imagen del Líder Máximo que justifican, desde la perspectiva de la historia como un vehículo de propaganda y culto a la personalidad, la recogida y destrucción de todos los ejemplares. Algunas de las joyas de Soto son:

Sobre la militancia temprana de él y Guevara:

Alfredo Guevara, decidido, como yo, a ingresar [en el PCC]. Hoy no puedo precisar el día exacto, pero fue alrededor del 7 de noviembre de 1946 —fecha de la revolución proletaria en Rusia—, en una asamblea del Comité del Partido, del barrio de San Lázaro, que comprendía la Universidad de La Habana. Le asamblea estuvo presidida por *Fabio Grobart* y el propio secretario de ese Comité, Mario Martínez (Tomo I. p. 27. Los destacados son míos).

Sobre los orígenes gansteriles de Fidel Castro:

... escuché una discusión y, de inmediato, los ruidos inequívocos de una bronca entre dos personajes colosales por su desarrollo físico... uno de ellos trata de sacar una pistola, al verlo voy hacia él y se la pido, me la entrega y en un abrir y cerrar de ojos la introduzco en mi cartera, a la vez que comienzo a caminar hacia atrás para evadir a la policía... De inmediato empiezo a indagar con los amigos sobre los implicados. El usufructuario de la pistola se llamaba Fidel Castro Ruz (Tomo I. p. 29).

92

Sobre la manipulación de la historia para realzar al Líder Máximo y la presencia de comunistas infiltrados dentro del Palacio Presidencial durante el gobierno de Grau:

Como siempre sucedía en estos actos hubo varios oradores... hablamos Fidel, otros estudiantes y yo. De ese acto hay fotos que testimonian nuestra participación. El tiempo ha ido borrando a los oradores y *en los últimos años cuando se recuerda esa notable protesta solo se publica la foto de Fidel*. Según me contara *gente nuestra infiltrada en Palacio*, el presidente Grau San Martín miraba por las persianas y les decía a los que le rodeaban: “Esos estudiantes son comunistas, sabemos que ese Soto es el principal cabecilla comunista de la Universidad” (Tomo I. p. 40. Los destacados son míos).

Sobre la supuesta debilidad de los comunistas:

Hoy, a la distancia de aquel movimiento, puedo decir que no hubo en la Universidad de La Habana movilización o acto político progresista —en lo académico o en lo político— que no fuera iniciativa de los comunistas y sus aliados; o que no fuera fuertemente sostenido por nuestra militancia y los numerosos amigos. En el Comité del Partido teníamos una identificación muy grande y una rápida coordinación. Manteníamos una permanente relación

con el presidente de la Juventud Socialista, Flavio Bravo... (Tomo I. p. 41).

#### Sobre el carácter clandestino de algunos comunistas:

Al hacer un recuento de los comunistas que por entonces conocía, Fidel se refería a ello diciendo que éramos unas decenas. *No todos los comunistas se conocían de manera pública* (p. 43) [...] Guevara y yo nos dividimos los papeles para actuar en la Universidad. En el Partido habíamos acordado que *Alfredo se presentara como un estudiante muy progresista y amigo de los comunistas*, y que yo actuara abiertamente como militante comunista (Tomo I. p. 42. Los destacados son míos).

#### Sobre Enrique Ovares:

En general, en todas las facultades teníamos muchos delegados y finalmente logramos que el presidente de los estudiantes de arquitectura Enrique Ovares, se uniera a nuestro gran frente único y alcanzamos la Presidencia, con un aliado, y la Secretaría General con Alfredo Guevara (p. 42) [...] Durante el período en que Ovares fue presidente, Alfredo y yo lo guiábamos y hasta le escribíamos sus discursos y declaraciones puesto que carecía de cualidades para expresar sus ideas (Tomo I. p. 73).

#### Sobre el traslado de la campana de La Demajagua:

Fue en Manzanillo donde, por primera vez, la mayoría popular eligió un alcalde comunista... En este momento quiero hacer una pregunta cuya respuesta pudiera parecer de Perogrullo: ¿Quién orientó al Partido de Manzanillo y a sus numerosos aliados a facilitar, en lo que pudiera, nuestra gestión? Cualquier solicitud de la FEU fue vista siempre como magnífica cobertura, pero a la hora de organizar eventos de esta complejidad no se podía confiar en el devenir de las circunstancias, *hacía falta una mano organizadora*. La dirección del Partido Socialista Popular [comunista] y la Juventud Socialista [léase Flavio Bravo] orientaron a sus entidades manzanilleras a organizar y apoyar, con todas sus fuerzas, la acción que nos propusimos llevar adelante (Tomo I. p. 54. El destacado es mío).

93

#### Sobre el asesinato de “Manolo” Castro:

La acusación pública a Fidel tuvo su causa en que, algunos adherentes de la UIR habían sido, o eran sus compañeros, lo cual se complicó cuando Fidel firmó, junto con otros líderes universitarios, una declaración pública en la que lamentaba el asesinato de Emilio Tró, al que calificó de destacado revolucionario... (Tomo I. p. 68).

#### Sobre el Bogotazo:

Fidel, como él mismo ha descrito, se precipitó en una acción independiente y muy personal en la que desafortunadamente no obtuvo el apoyo estudiantil que requería. Su propia Asociación, la de Derecho, no lo respaldó... He pensado mucho antes de emitir el criterio que expresaré... *Lo cierto es que Fidel no contó con el apoyo mayoritario de los estudiantes de su Facultad y no era, como se ha referido en alguna ocasión, un líder reconocido por la generalidad de los estudiantes universitarios. Un importante sector de ese estudiantado lo veía como un juvenil aspirante a político; otros lo consideraban miembro de un grupo armado de acción violenta* (Tomo I. p. 71. El destacado es mío).

#### Sobre el primer trabajo de Fidel Castro:

Una vez graduado, intenta ejercer como jurista. De tal modo, junto a los jóvenes abogados Jorge Azpiazo y Rafael Resende, antiguos compañeros de estudio, abre un modesto bufete en un local ubicado en el centro de la capital. Azpiazo había hecho su carrera a la par que trabajaba como obrero del transporte en la ciudad de La Habana y estaba afiliado al Partido [Comunista]. Yo lo conocía muy bien desde la Universidad debido a su militancia política y también porque su familia, y él mismo, eran vecinos y muy amigos de mi actual esposa (Tomo I. p. 141).

El libro de Lionel Soto debería titularse “El rey Castro va desnudo”, porque demuestra que muchos de los hilos de oro y plata que se usaron para tejer la leyenda del líder arrebatador de masas, del organizador infalible y del valiente hombre de acción se deshilachan ante la simple explicación de un joven protegido y teledirigido por el poderoso aparato de Inteligencia del PCC.

Fidel Castro nunca fue, al menos de inicio, un candidato perfecto para los planes del Partido; pero sí tuvo un grupo de requisitos mínimos que, como las propiedades de una materia prima, aumentaron su valor cuando fueron transformados por la maquinaria del PCC. Un proceso de transformación que le debe muchísimo a la sección juvenil de esa organización, y al trabajo realizado por Flavio Bravo. Esa labor de Bravo es muy difícil de visualizar sin conocer, al menos, dos de las líneas conspirativas desarrolladas por ese líder partidista y la forma en que estas confluyeron para dar lugar a lo que hoy se conoce como castrismo. Me refiero a la penetración del ala juvenil del Partido Ortodoxo y a la excelente labor de identificación, selección y reclutamiento de la tercera hornada de los hombres de Fabio.

187. En el año 1973, cuando en Cuba se creó el carnet o cédula de identidad, a Fidel Castro le hicieron entrega

94

formal del suyo en un acto político. En vez de los once dígitos requeridos por la ley, el carnet de Castro solo tenía un número: el 1. Para más coincidencias, ese carnet le fue entregado por Luis Carlos García Gutiérrez (“Fisín”), el antiguo miembro del aparato clandestino del PCC. Para más información, ver <[www.cubadebate.cu](http://www.cubadebate.cu)>.

188. Serra Robledo, Clementina y Jorge Vega Pena. *El hombre que era necesario. Esbozo biográfico de Osvaldo Sánchez*, Editorial Política, La Habana, 1999, p. 15.

189. Nació en el año 1916 y murió en el 2000. De familia comunista, militante del Partido desde muy joven y esposa de Osvaldo Sánchez desde 1935. Fue miembro de la organización pantalla del Partido dentro del movimiento femenino cubano (Federación Democrática de Mujeres de Cuba). Al triunfo de la revolución cubana, pasó a trabajar como segunda secretaria de la Federación de Mujeres Cubana (FMC) que era dirigida por Vilma Espín (esposa de Raúl Castro). Fue también la directora nacional de los llamados Círculos Infantiles (guarderías).

190. Por más información sobre Bravo, ver <[www.ecured.cu](http://www.ecured.cu)>.

191. Braithwaite, Rodric. *Moscow 1941. A city and its people at war*, Profile Books, Londres, 2007, p. 312.
192. Franqui, Carlos. *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Planeta, Barcelona, 1989, p. 187. Bravo fue el primer cubano que se graduó en esa academia, algo que Ramón Nicolau no alcanzó a hacer en 1932.
193. Martin, Lionel. *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Lyle Stuart, Secaucus, 1978, p. 123.
194. *Ibidem*, p. 182. La frase, según Lionel Martin, es textual de una de las dos entrevistas que Flavio Bravo le concedió.
195. Centro de Almacenamiento de la Documentación Contemporánea. Archivo del Secretariado del Comité Central: Reporte anónimo de un representante del PSP, con sumario de la reunión sobre este tema entre el autor del reporte y el mariscal Sokolovsky. Sin fecha; por el contexto, alrededor del 1 de marzo de 1959. Folio 5, lista 50, fichero 174, pp. 35-52. Antes de esa importante reunión, ese representante del PCC escribió un informe titulado “Las Fuerzas Armadas tradicionales y actuales en Cuba”.
196. Plaza central de la Universidad de La Habana en la que los estudiantes se reunían antes y después de sus clases y en la que se “cocinaban” muchas de las acciones estudiantiles de la época.
197. Entrevista por Antonio Rafael de la Cova con el presidente de la FEU Enrique Ovarés Herrera, el 8 de abril de 1990, en Key Biscayne, Florida. Disponible en línea en: <[www.latinamericanstudies.org](http://www.latinamericanstudies.org)>.
198. *Ibidem*.
199. Pardo Llada, José. *Fidel y el “Che”*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988, p. 18.
200. En Cuba, persona del campo que resalta por su falta de refinamiento o por una aproximación más natural a las costumbres sociales. En La Habana se usa para designar a los no nacidos en la ciudad.
201. Entrevista de Antonio Rafael de la Cova con Rafael Díaz-Balart Gutiérrez, marzo 9, 1988, en Miami, Florida. Disponible en línea en: <[www.latinamericanstudies.org](http://www.latinamericanstudies.org)>.
202. Soto, Lionel. *De la historia y la memoria*, Editorial SiMar, La Habana, 2006, Tomo I, p. 68.
203. Latell, Brian. *Castro's Secrets*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2012, p. 71.
204. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Ellos merecen la victoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, p. 55.
205. Entrevista concedida por Alfredo Guevara al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>.
206. *Ibidem*.
207. Soto, Lionel. *Op. cit.*, Tomos I y II.

95

## Capítulo IX

### Los mejores argivos

El Partido Ortodoxo —al igual que el Partido Acción Unitaria (PAU) de Batista y la Central de Trabajadores de Eusebio Mujal— nació penetrado por el PCC. Dentro de la alta plana de la ortodoxia estuvieron antiguos comunistas como Isidro Figueroa Botempo (jefe del trabajo con los sindicatos dentro del partido de Chibás), Gustavo Aldereguía, José Felipe Chelala Aguilera y Leonardo Fernández Sánchez.

A primera vista se puede pensar en desertores, pero también se puede pensar en criptocomunistas. Esta última posibilidad adquiere fuerza cuando se comprueba que tres de esas personas —Botempo, Aldereguía y Fernández Sánchez— detentaron después altos cargos y responsabilidades de confianza dentro del gobierno comunista de Cuba, algo muy difícil de entender si realmente hubieran desertado hacia una organización tan anticomunista como el Partido Ortodoxo.

En el ala juvenil de la ortodoxia la situación es más clara gracias a los testimonios dejados por Alfredo Guevara y Lionel Soto. El primero reconoce que trabajó muy cerca de Chibás, y que lo hizo sin esconder su afinidad por las ideas de izquierda, pero cuidándose mucho de revelar que había entrado en el Partido en 1946 y era un cuadro clandestino del mismo. En cuanto a Lionel Soto, sus revelaciones son más evidentes. En una de ellas, por ejemplo, dice lo siguiente: “Santiago Cuba, el cual militaba públicamente como dirigente del ya bastante debilitado Partido Ortodoxo pero en realidad era un miembro del Buró Nacional de la Juventud [Comunista]. Al triunfo de la revolución el doctor Cuba se desempeñó como fiscal militar y fiscal de la República”.<sup>208</sup> En otro pasaje de su libro Soto explica que después de la muerte de Chibás, y la proclamación del doctor Roberto Agramonte como candidato del Partido Ortodoxo para las elecciones de 1952, este invitó a su novia, Geisa Borroto, para que fuera su secretaria personal.<sup>209</sup> Geisa era una joven comunista que antes había sido novia de Flavio Bravo y que eventualmente sería la esposa de Soto. Esa revelación demuestra la existencia de trabajo de penetración de los comunistas dentro de la ortodoxia.

Si Batista no hubiera dado el golpe de Estado y Agramonte hubiera ganado las elecciones de 1952, como se esperaba, el PCC habría logrado poner en el despacho presidencial a una militante comunista de larga data y probada confianza. Algo que no sorprende mucho cuando se recuerda que, en 1930, a solo cinco años de haber sido fundado, ya el Partido había logrado penetrar el despacho presidencial de Gerardo Machado con el hijo de Ramiro Guerra.

Otro caso de traspaso de un comunista hacia la ortodoxia es el de Fernando Chenard Piña. Un líder del sindicato de los trabajadores del comercio que nació en 1919 y fue un militante oficial del PCC durante años. En 1944 dejó el Partido, se hizo fotógrafo, puso un estudio fotográfico y se vinculó a Juan

Manuel Márquez, otro antiguo miembro de la organización comunista Hermandad de Jóvenes Cubanos, que trabajaba para el PCC dentro del ala juvenil del Partido Auténtico. Chenard Piña se vinculó al Partido Ortodoxo desde 1948 y en 1952, después del golpe de Estado de Batista, participó en la organización y en el asalto al Cuartel Moncada.

Está también el caso Antonio “Ñico” López Fernández, uno de los militantes de la ortodoxia cuyo origen comunista siempre se ha querido esconder. “Ñico” López, que es como se lo conoce en Cuba, nació en 1932 y fue miembro del Partido Ortodoxo desde los 15 años de edad. Dentro de esa organización trabajó en el Frente Obrero que dirigía el excomunista Isidro Figueroa Botempo. La realidad, sin embargo, es que “Ñico” López fue captado desde muy joven por Flavio Bravo para trabajar como miembro secreto del Partido. La propaganda del castrismo siempre ha querido demostrar que López se hizo comunista después de haber conocido a Fidel Castro y que este fue quien lo convenció de las bondades de esa ideología.<sup>210</sup> Eso es falso. Para empezar, Fidel Castro no fue capaz de ocuparse de la educación comunista ni de su propio hermano. Cuando en el año 1951 Raúl Castro llegó a los predios de la Universidad de La Habana, para estudiar una carrera técnica porque nunca alcanzó a graduarse de bachiller, su hermano lo puso en contacto con Lionel Soto para que este se encargara de adoctrinarlo. Cuando Soto salió de Cuba, en marzo de 1952, le pidió a Raúl Valdés Vivó (jefe de la Juventud Comunista en la Universidad) y a Luis Más Martín (jefe de la Juventud Comunista en la provincia de La Habana) que se encargaran del adoctrinamiento del benjamín. Eventualmente serían Más Martín y Flavio Bravo quienes firmarían, en mayo de 1953, el aval de la solicitud que Raúl Castro hizo para ser aceptado como un militante comunista.<sup>211</sup>

Si “Ñico” López hubiera entrado en el PCC después de haber conocido a Fidel Castro su militancia habría sido, junto con la de Raúl Castro, uno de los eventos más importantes y publicitados de la historia de la revolución cubana. Sobre todo después de abril de 1961 y de la declaración pública del carácter socialista de esa revolución. Ese paso de “Ñico” hacia el PCC habría servido para demostrar la inclinación temprana de Fidel hacia el comunismo, el poco sectarismo de los comunistas para con Fidel y sus hombres, la popularidad de las ideas marxistas dentro de la dirigencia del Movimiento 26 de Julio (M26-7), y la excelente selección que hicieron los miembros del Partido que avalaron la entrada del futuro mártir en su organización. A pesar de todas esas ventajas, y del hecho de que la Escuela Superior del PCC-castrista se llama Ñico López, no existe todavía hoy un recuento claro y documentado del momento en el que ese joven revolucionario se convirtió en militante del PCC. Todo lo contrario, lo único que existe es un grupo de ideas vagas y muchas referencias oblicuas.

En el año 2015, durante su alocución televisiva anunciando el restablecimiento de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, Raúl Castro habló al lado de una foto de él con “Ñico” López. ¿Cuál puede ser el origen o la razón de conservar esa foto durante tanto tiempo? Los dos coincidieron durante períodos de tiempo relativamente cortos que siempre estuvieron marcados por una gran intensidad conspirativa y por cierto nivel de compartimentación. Según la historia oficial, Fidel Castro y “Ñico” López se conocieron durante un acto político que tuvo lugar el 1 de mayo de 1952.<sup>212</sup> Si se toma en cuenta que López estuvo muy ocupado con la preparación de las acciones del 26 de Julio, y que entre sus viajes y detenciones Raúl Castro estuvo varios meses fuera de juego, es evidente que se vieron muy poco.

Después del fallido ataque del 26 de julio Raúl Castro fue preso y “Ñico” se asiló en Guatemala. No volvieron a verse hasta 1955, en la ciudad de México. Para esa fecha Raúl ya era militante y según la historia oficial “Ñico” también. Ninguno de los dos podía, entonces, reclamar haber influido al otro. A pesar de eso uno de ellos, Raúl Castro, guarda y muestra una foto de “Ñico” —cincuenta y nueve años después de su muerte— y la saca por la televisión el día de su verdadera unción como el rey heredero de Cuba. ¿Cuál, entonces, pudo haber sido esa influencia indeleble que “Ñico” López dejó sobre la vida de Raúl Castro?

La respuesta es una que muchos viejos comunistas cubanos siempre supieron y que yo escuché muchas veces en mi casa: “Ñico” López fue reclutado por Flavio Bravo desde una edad muy temprana y siempre trabajó como un miembro secreto del Partido. Fue esa función la que le permitió convertirse en un enlace operativo no ya entre Flavio Bravo y Fidel Castro, sino entre el aparato clandestino del Partido y el embrión de un movimiento de lucha armada contra Fulgencio Batista. Fue esa labor de López, siempre fungiendo como un joven del Partido Ortodoxo lleno de buenos ideales y con muchas amistades y relaciones, la que conectó a una maquinaria conspirativa de primera línea, y a una organización con una enorme cantidad de recursos e informaciones, con dos hermanos que estaban dispuestos a jugarse la vida por el poder, o al menos a lograr que otros se la jugaran por ellos. De esa conexión surgió el Movimiento 26 de Julio. De esa alquimia surgió el poder que Raúl Castro todavía detenta hoy.

96

97

Algo que tiene que haber impresionado mucho a los Castro cuando se enteraron —quizás poco tiempo después del triunfo de la revolución— del verdadero papel que “Ñico” López jugó en los orígenes del Movimiento 26 de Julio, fue su precocidad. Si “Ñico” entró en el Partido Ortodoxo a los 15 años de edad, y cuando lo hizo ya trabajaba para los comunistas, entonces su reclutamiento y adoctrinamiento inicial tuvo que haber empezado a una edad colindante con el abuso infantil. Por inmoral que pueda parecer, esa era una práctica muy común en el PCC. Sobran los ejemplos de cuadros reclutados por esa organización a edades tan tempranas que hoy serían consideradas como pedofilia política. Algunos de esos cuadros, como ya se dijo antes, venían de cuna roja y en realidad fueron reclutados en las salas de maternidad. Uno de ellos, por ejemplo, fue tan precoz que ya a los 15 años de edad había sido identificado como el posible futuro delfín de Flavio Bravo y elegido, por tanto, como miembro del selecto Buró Nacional de la Juventud Comunista.

Jorge Risquet Valdés nació en el año 1930 y su nombre original fue Nilo de Jesús, pero terminó usando su pseudónimo de guerra. Hasta donde yo conozco, ningún *cubanólogo* lo ha identificado como lo que realmente fue: uno de los miembros de la tercera hornada de los hombres de Fabio. A diferencia de Alfredo Guevara y Lionel Soto, que nunca pasaron de ser cuadros políticos de la organización, Risquet fue seleccionado desde muy joven para trabajar en el aparato clandestino del Partido. Tenía méritos. Sufrió de pobreza extrema, perdió a cinco hermanos por enfermedades infecciosas, dos de ellos por tuberculosis, y se vinculó al comunismo desde muy temprana edad a través de su hermano mayor, Sergio, quien llegó a ser miembro del PCC antes de morir.

Después de reclutado, la vida política de Risquet fue casi una reproducción exacta de la de Flavio Bravo. El primero se afilió a la Hermandad de Jóvenes Cubanos —dirigida por Osvaldo Sánchez— a los 15 años de edad, mientras que Risquet entró en la Juventud Revolucionaria Cubana —también dirigida por Osvaldo Sánchez— a los 13 años. Flavio Bravo fue fundador y miembro del Comité Nacional de la Juventud Comunista en 1944. Risquet también entró en la Juventud Comunista en esa fecha y un año después fue elegido, durante el primer congreso de la organización, como miembro del Comité Nacional de la misma. Solo tenía 15 años de edad. Flavio Bravo fue el fundador de la revista *Mella* y siempre estuvo implicado en la concepción, impresión y distribución de ese importante órgano de propaganda de la Juventud Comunista, así como en su uso para entrenar y seleccionar a los cuadros más eficientes en el trabajo clandestino.

Risquet pasó a trabajar en la revista *Mella* entre 1945 y 1950, primero como editor bajo las órdenes de Clementina Serra, la esposa de Bravo, y después como director de la publicación. Bravo fue el representante de Cuba ante la FMJD a partir de 1945 y a comienzo de los años 50 fue sustituido por Alfredo Guevara, quien enseguida tuvo que abandonar ese trabajo para irse a curar de una tuberculosis a Checoslovaquia. Risquet sustituyó a Guevara y fue el representante de Cuba ante la FMJD entre mayo de 1952 y diciembre de 1955. Durante los años que pasaron en esa organización, tanto Bravo como

98  
Risquet estuvieron en estrecho contacto con Alexander Shelepin y con la Inteligencia soviética. A partir de inicios de 1952, con la llegada de Fabio Grobart a Praga, los dos trabajaron en estrecho contacto con el jefe del aparato de Inteligencia del PCC. Una parte importante de ese trabajo fue darles atención a los hermanos Castro.

Flavio Bravo, como ya se ha dicho antes, se convirtió a partir de 1947, y gracias al control que ejercía sobre sus hombres en la Universidad de La Habana, en una especie de providencia inefable para Fidel Castro. Esa relación, de inicio a distancia, terminó convertida en un vínculo tan personal y estrecho que solo la propaganda del castrismo, la megalomanía del Líder Máximo, y la humildad de los comunistas, impiden ver como un reclutamiento. Risquet hizo algo muy parecido con Raúl Castro.

A raíz del golpe de Estado de Batista, en 1952, Bravo concibió la idea de crear la llamada Generación del Centenario. En enero de 1953 se cumplían cien años del natalicio de José Martí y los comunistas, adictos como eran a esconder sus planes tras las imágenes de próceres, campanas y banderas, decidieron utilizar esa fecha conmemorativa para nuclear a un grupo de jóvenes de los que eventualmente saldrían muchos miembros del Movimiento 26 de Julio. Una de las actividades que los comunistas concibieron fue la realización de un Congreso Martiano por los Derechos de la Juventud. En esa reunión, que se celebró el 26, 27 y 28 de enero de 1953 en el Palacio de los Yesistas de La Habana<sup>213</sup>, Raúl Castro fue elegido como secretario de propaganda de un efímero Consejo Nacional de Defensores de los Derechos Juveniles. Una organización que solo sirvió para que el benjamín fuera designado públicamente como delegado de Cuba a la Conferencia Internacional para la Defensa de los Derechos de la Juventud —que se celebraría en la ciudad de Viena del 22 al 27 de marzo—<sup>214</sup> y también, pero de forma discreta, como miembro del comité preparatorio del Congreso de la FMJD que se celebraría en Bucarest durante el verano de 1953. Para que no queden dudas de que detrás de todo eso estaban los comunistas están las propias palabras de Raúl Castro.<sup>215</sup>

Es importante recordar que a principios de 1953 Risquet estaba en Bucarest, Lionel Soto en Praga —

como representante cubano en la Unión Internacional de Estudiantes— y Fabio Grobart también estaba en esa ciudad bajo una cobertura de trabajo en la Federación Sindical Mundial. La Conferencia Internacional para la Defensa de los Derechos de la Juventud, que había sido organizada por el campo socialista, tuvo lugar en la parte de la ciudad de Viena que todavía en esa época estaba bajo el control de las tropas de ocupación soviéticas. Jorge Risquet y Lionel Soto recibieron en Viena a Raúl Castro, quien llegó acompañado por Joel Domenech, otro joven comunista de cuna roja que ya en ese momento era miembro de la tercera hornada de los hombres de Fabio.

Después de terminada la conferencia, Soto, Risquet, Castro e Iglesias se trasladaron hacia Bucarest como parte de la delegación cubana al Comité Preparatorio del IV Congreso de la FMJD que tendría lugar en esa ciudad durante el verano de 1953. Una vez firmada la convocatoria y pasados varios días de reuniones, adoctrinamientos y contactos personales, Raúl Castro inició su regreso a Cuba. Es a partir de ahí que las historias oficiales difieren. Risquet dice en sus memorias que Raúl Castro partió hacia Francia con dos jóvenes comunistas guatemaltecos llamados Ricardo Ramírez y Bernardo Lemus. La idea era seguir camino hacia Cuba, pero una huelga naviera los dejó en tierra y tuvieron que gastar el dinero del pasaje en hoteles y comida. Raúl le pidió dinero a su padre, allá en Cuba, y el patriarca le envió 500 dólares, pero eso no alcanzaba para comprar los tres pasajes, por lo que Risquet tuvo que ir al rescate. Fue en París, continúan diciendo las memorias de Risquet, que se estrechó la gran amistad entre él y Raúl, porque vivieron en el mismo hotelito y pasaron muy buenos momentos. Así establecieron una relación muy parecida a la que ya tenían Flavio Bravo y Fidel Castro, un vínculo que duró toda la vida y se extendió hasta las aventuras africanas del castrismo. Si Bravo llegó a Argelia en 1963, Risquet lo

99

hizo al Congo Francés en 1965. Si la entrevista de Bravo con Agostinho Neto, en 1975, marcó el inicio de la escalada cubana en Angola, Risquet fue nombrado, en noviembre de ese mismo año, como el jefe de la misión militar cubana en Luanda.

Por otro lado, la versión que Lionel Soto da sobre el periplo europeo del menor de los Castro es ligeramente distinta pero mucho más reveladora. Según Soto, “al concluir su estancia en Rumanía, Raúl fue invitado a visitar *Checoslovaquia y Polonia*”.<sup>216</sup> Esa versión es muy importante y parece verídica por varias razones. La primera es que teniendo en cuenta el despliegue de comunistas alrededor de Raúl Castro durante ese viaje, las relaciones que estos tenían con el aparato de Inteligencia del PCC —y con los soviéticos—, y las intimidades que ya Flavio Bravo compartía con Fidel Castro, se hace muy difícil aceptar que el benjamín no hubiera sido invitado a visitar a Fabio Grobart en Praga. La otra razón es que esos viajes podrían explicar —de una forma más convincente que una huelga de navieros— todo el tiempo y el dinero que Raúl tiene que haber gastado para necesitar ayuda de su padre primero y de Risquet, después. Por último, la revelación de Soto ilumina mejor uno de los puntos más oscuros de la historia oficial de ese viaje de Raúl Castro tras la cortina de acero: su contacto con Nikolai Leonov y la presencia durante ese contacto de Joel Domenech.

Según la versión oficial —que Risquet repite al dedillo—, después de embarcarse en el *Andrea Gritti* el joven Castro conoció por pura casualidad a un soviético llamado Nikolai Leonov, quien iba en camino hacia México para trabajar en la embajada soviética en ese país y que al paso de los años sería, también de una forma que se reclama como no relacionada, el jefe de la importante Sección de Análisis de la KGB. Esa aseveración, que muchos castristas repiten hasta lucir tontos, se hunde cuando Vasili Mitrokhin revela en uno de sus libros lo siguiente:

La sección de Inteligencia extranjera de la KGB, el Primer Departamento Principal (FCD), se había percatado del potencial de Castro antes que el Ministerio de Relaciones Exteriores o el Departamento Internacional del Comité Central. El primero de sus oficiales en hacerlo fue un nuevo recluta, Nikolai Sergueyevich Leonov, quien fue enviado a la ciudad de México en 1953 para que mejorara su español antes de entrar en la escuela de entrenamiento de la KGB. En camino hacia México, Leonov se convirtió en un “buen amigo” de Raúl Castro, el hermano más joven e izquierdoso de Fidel, a quien había conocido en un congreso de las juventudes socialistas en Praga y con el que había cruzado el atlántico en un barco que pasaría por La Habana. Después, al llegar a La Habana y con mucha pena, Leonov insistió hasta que Raúl le entregó los negativos de todas las fotos que le había tomado durante el viaje, por temor a que pudieran ser utilizadas para una provocación.<sup>217</sup>

El problema con ese párrafo de Mitrokhin es que en el año 1953 no hubo ningún congreso de juventudes socialistas en Praga. La pieza que falta, y la explicación, la da Lionel Soto cuando dice que después de la reunión del comité preparatorio del IV Congreso de la FMJD, en Rumanía, Raúl Castro fue invitado a visitar Checoslovaquia y Polonia. Una información que deja en evidencia muchas de las cosas que el castrismo siempre ha querido esconder.

Algo que apunta en ese sentido es la declaración de Serguei Tetryakov, un coronel de la Inteligencia rusa que desertó hacia los Estados Unidos en el año 2000 y que en su libro *Camarada J* dice lo siguiente: “El hermano de Fidel Castro, *Raúl Modesto Castro Ruz*, había sido *reclutado por la KGB durante la era Jrushchov* como un Contacto No Oficial Especial y trabajó en secreto para los rusos continuamente durante la administración Yeltsin...”<sup>218</sup> Esa versión de Tetryakov coincide en lo

esencial con la de Ion Mihai Pacepa, antiguo jefe de la Inteligencia rumana y el desertor de más alto nivel de los países del antiguo Tratado de Varsovia.<sup>219</sup>

100

Al regresar a Cuba, y de una forma un tanto inexplicable, Raúl Castro cayó preso en el BRAC y terminó pasando “la prueba” de un interrogatorio adornado con bofetadas y flagelaciones. De la cárcel, el benjamín de los Castro salió casi directamente a asaltar el Cuartel Moncada, otra acción que la propaganda del castrismo siempre ha querido mostrar como ajena al PCC y producto del liderazgo y la capacidad organizativa de un hombre, Fidel Castro, que hasta ese momento había resaltado por la escasez de esas dos cualidades. Ya hoy se sabe, sin embargo, que el Partido no estuvo ajeno a los preparativos del famoso ataque.

Después del golpe del Estado de Batista, el PCC le ordenó a un selecto grupo de jóvenes comunistas que se reinscribieran en la Universidad de La Habana. La idea era que pasaran a formar parte de la masa estudiantil para de esa forma reforzar el trabajo de agitación y propaganda que daría lugar al surgimiento de la llamada Generación del Centenario. Al mismo tiempo, y siguiendo las órdenes de Flavio Bravo, “Ñico” López empezó a merodear por la Universidad con el objetivo de establecer una colaboración más estrecha entre los jóvenes universitarios y los del Frente Obrero. Ese acercamiento López lo hizo posando como un miembro de la juventud obrera del Partido Ortodoxo, una cobertura perfecta para los planes del Partido. El propio Alfredo Guevara reconoce que “el entrenamiento del Moncada se hace en la Universidad en parte, en el estadio universitario y en la FEU misma... tenemos dificultades al principio, pero logramos apoderarnos de nuevo de la FEU”.<sup>220</sup> Parte de ese proceso inicial de captación, adoctrinamiento y preparación se hizo bajo la mirada, en ocasiones distante y a ratos cercana, del inefable Flavio Bravo.

Así, Haydée Santamaría, la famosa heroína del Moncada y hermana del mártir Abel Santamaría, reconoce en la entrevista que le dio a Tad Szulc las estrechas relaciones de su hermano con el líder comunista Jesús Menéndez, cuando trabajaron juntos en el Central Constancia de la provincia de Oriente. Ya después, en La Habana, y con Abel convertido en el segundo al mando de la operación del Moncada, Haydée reconoce que su hermano era “amigo de Flavio Bravo y tenía una admiración por Flavio Bravo y discutía con él”.<sup>221</sup>

En su libro *El Fidel de los comienzos*, Lionel Martin identifica, siempre utilizando fuentes oficiales del castrismo, más de una decena de los asaltantes al Moncada (casi 130) con claras ideas marxistas y vínculos evidentes con el PCC.<sup>222</sup> Hay que recordar que durante la creación de los contingentes cubanos que lucharon en la guerra civil española el Partido dio la orden de que la presencia de militantes en los mismos nunca rebasara el 20%. Para el ataque al Moncada, y teniendo en cuenta cuán importante era mantener al PCC completamente desvinculado, es posible que se intentara mantener la cantidad de militantes o simpatizantes alrededor del 10%.

A nivel organizativo, sin embargo, la influencia del PCC fue mucho más importante que lo que hasta ahora se ha querido reconocer. No es que desde el inicio el Partido decidiera respaldar a los hermanos Castro con todo el empuje de su poderosa organización. Eso habría estado en contra de la estrategia Fabiana y habría aumentado drásticamente la probabilidad de ser identificados y convertirse en objeto de una represión muy fuerte que, además de debilitarlos, los habría obligado a tener que dar muchas explicaciones en Moscú. No, la ayuda a los Castro fue dada por algunos de los miembros del NCIS, solo en aspectos puntuales y siempre dejando abierta la posibilidad de una negación muy plausible. Algo que llama la atención en la publicitada historia oficial del ataque al Cuartel Moncada es el carácter casi mágico que tuvo su organización. En apenas dieciséis meses —y eso asumiendo que Fidel Castro haya iniciado su preparación al otro día del golpe de Estado de Batista— salieron, casi de la nada, los hombres que participarían en la acción, las estructuras clandestinas, las armas, los lugares de entrenamiento, los entrenadores y los medios de transporte. Todo eso sucedió, además, sin ser

101

detectados por un aparato represivo —el de Batista— que fue capaz de destruir muchas conspiraciones anteriores, incluida la que planificó en marzo de 1953 el Movimiento Nacional Revolucionario del filósofo, poeta y exprofesor de la escuela Superior de Guerra Rafael García Bárcenas.

Claro está que esa capacidad organizativa de Fidel Castro, aunque fuera para concebir una acción llena de defectos, siempre ha sido utilizada para reforzar la grandeza del Líder Máximo y crear esa aureola de infalibilidad que desde entonces le acompañó. Una explicación mucho más terrenal, y acorde con la historia personal de un individuo que hasta ese momento no había sido capaz de organizar absolutamente nada, es que el ataque al Moncada tuvo más padrinos que los que al castrismo le conviene reconocer.

Recordemos las palabras de Mario Morales Mesa cuando dice: “Ya el 20 de marzo [10 días después del golpe de Estado de Batista] me reúno en la embajada de *Guatemala*, ubicada en el reparto La Sierra,

con *Juan Manuel Márquez* y otros más; así comenzamos a conspirar”.<sup>223</sup> Hablemos de la conexión guatemalteca y de un país cuya presencia en casi todas las historias tempranas del castrismo es tomada con una naturalidad pasmosa.

Chibás se dio un tiro porque no pudo demostrar una trama de corrupción cubana en Guatemala. Hay guatemaltecos acompañando a Raúl Castro en su regreso a Cuba; la embajada de Guatemala en La Habana sirve de primer punto de reunión de conspiradores contra Batista. Después del ataque al cuartel de Bayamo, “Ñico” López logra escapar, viaja hacia La Habana, busca asilo en la embajada de Guatemala y se exilia en ese país. El “Che” Guevara conoce a “Ñico” López en Guatemala y a partir de ahí se vincula al castrismo.

¿Por qué Guatemala? Entre 1951 y 1954 el presidente de ese país fue Jacobo Arbenz, un político de izquierda que buscó apoyo en el Partido Guatemalteco del Trabajo (PTG, comunista) para llevar a cabo una reforma agraria y otras medidas de carácter social. El PTG, por su lado, era un partido muy débil que enseguida pidió ayuda al PCC para que lo orientara. Como consecuencia de esa solicitud, el PCC envió a Severo Aguirre del Cristo como su representante secreto y permanente en Guatemala. A partir de la llegada de Aguirre muchos comunistas cubanos pasaron por ese país. En unos pocos años, y por solo mencionar unos pocos, desfilaron Salvador García Agüero, Osvaldo Sánchez, Víctor Pina, Jorge Risquet, Lionel Soto, Raúl Valdés Vivó y “Ñico” López.

Como consecuencia de ese asesoramiento constante, el PTG devino una sucursal del PCC. Tanto es así que después de la caída del gobierno de Arbenz las arcas de los comunistas guatemaltecos terminaron en Cuba. Como era de esperarse, durante esos años la embajada de Guatemala en La Habana también devino un punto controlado por la Inteligencia del PCC. Un lugar de conspiración que el Partido nunca utilizó, por razones obvias, para militantes públicos o abiertos, sino para aquellos hombres, como Mario Morales Mesa y Juan Manuel Márquez, que gozaban de sólidas fachadas burguesas pero que en realidad eran miembros del aparato secreto del PCC.

La declaración de Mario Morales Mesa de que inmediatamente después del golpe de Estado él empezó a conspirar junto con Juan Manuel Márquez, y precisamente en la embajada de Guatemala, es muy indiscreta y reveladora. Es un dato que delata por doble asociación, con Mesa y con la embajada, el hecho de que su acompañante siempre fue un criptocomunista de vieja data. Márquez nació en 1915 y ya en 1932, con solo 17 años de edad, fue detenido por la policía de Machado y se convirtió en uno de los presos políticos más jóvenes del Presidio Modelo. Después de la caída de Machado militó en el Ala Izquierda Estudiantil y en la Hermandad de Jóvenes Cubanos, dos organizaciones controladas por los comunistas. En la Hermandad entró en contacto con Osvaldo Sánchez, fue reclutado y pasó a trabajar como miembro secreto del Partido. De inicio militó en el Partido Auténtico, del que fue fundador de su

102  
Sección Juvenil, y después del golpe de Estado de Batista se vinculó al fracasado Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de Rafael García Bárcena.

La conspiración del MNR buscaba atacar el campamento de Columbia, ubicado en el municipio habanero de Marianao, y así derrocar a Batista en su propio redil. Juan Manuel Márquez era un marianense con muy buenas conexiones y amistades en ese municipio. Según la historiografía oficial del castrismo, en abril de 1953, cuando fracasa la conspiración del MNR, ya Márquez tenía 250 hombres listos para el fallido intento. Lo que no aclara esa versión de la historia es cuánto le debió el trabajo conjunto de Mesa y Márquez al fracaso de ese plan, y cuántos de los recursos originalmente dedicados a esa acción terminaron encontrando su camino hacia Fidel Castro y el ataque al Cuartel Moncada.

Juan Manuel Márquez fue esencial en la organización del grupo de atacantes al Cuartel Moncada que se conoce como la célula del reparto La Ceiba, una región de La Habana colindante con el municipio Marianao. Oficialmente ese grupo fue organizado por Fernando Chenard Piña, antiguo militante del PCC, amigo de Márquez y su colaborador estrecho en el programa radial del Partido Auténtico que este dirigió en 1948. Piña, a su vez, era propietario de un estudio fotográfico en el que también trabajaba Miguel Ángel Oramas, otro asaltante al Cuartel Moncada que la historiografía oficial del castrismo describe como un “estudioso de la obra política y revolucionaria del filósofo alemán Federico Engels”. En la famosa célula de La Ceiba, ubicada en el mismo barrio donde estaba la embajada de Guatemala, también militaron Gildo Fleitas López y los hermanos Virgilio y Manuel Gómez Reyes, los tres antiguos trabajadores del Colegio de Belén y buenos conocidos de Fidel Castro. Según la historiografía oficial del castrismo, fue en casa de “Gildo, en la calle 42, [donde] se guardaron armas que a poco fueron sacadas días antes del ataque, por los compañeros ‘Ñico’ López, Fernando Chenard Piña, el propio Gildo y su esposa Paquita”.<sup>224</sup> Así se establece, aunque no haya sido la intención, una línea de continuidad que se inicia en la embajada de Guatemala (o quizás antes) y que va de Morales Mesa a Juan Manuel Márquez, de este a Chenard Piña y por medio de este último hasta Gildo Fleitas López y “Ñico” López.

Después del ataque al Moncada, la casa de Juan Manuel Márquez fue allanada varias veces por la policía de Batista, y eso a pesar de que el dueño no participó en el famoso ataque. De alguna forma la policía se había enterado del importante papel jugado por Márquez en la organización del mismo. Para confirmarlo está el hecho de que meses después, ya con los *moncadistas* liberados, y a pesar de no haber participado directamente en el ataque, Márquez fue nombrado segundo al mando de la expedición del yate *Granma*.

Con tantos criptocomunistas involucrados en la organización del asalto al Cuartel Moncada resulta muy difícil aceptar la versión oficial de que el famoso ataque tomó por sorpresa al Partido. Algo que confirma esto son las propias palabras de Alfredo Guevara cuando reconoce que después del ataque él se dedicó a ir a todas las casas de seguridad utilizadas por los asaltantes para limpiarlas de literatura marxista y de cualquier otra cosa que pudiera vincularlos con el comunismo.<sup>225</sup>

Donde estaba Alfredo, estaba el Partido, y donde estaban los criptocomunistas estaba el aparato de Inteligencia del PCC. Una vez aceptado eso se puede explicar mejor el hecho bien conocido de la presencia en Santiago de Cuba de casi toda la plana mayor del PCC el 26 de julio de 1953. La explicación que siempre ha dado la historiografía castrista es que se encontraban celebrando el cumpleaños de Blas Roca. Algo increíble por varias razones: el supuesto homenajeado era manzanillero, no santiaguero, y nació el 24 de julio, no el 26. El Partido Socialista Popular (PSP) nunca fue una organización que resaltara por sus hábitos festivos. La inmensa mayoría de los comunistas

103

cubanos eran pruebas vivientes de que la pachanga nacional nunca encajó bien con la sagrada personalidad del adorado Stalin. Eran mujeres y hombres grises y disciplinados hasta el aburrimiento. A pesar de eso, una buena parte de la crema y nata de esa organización, ilegal y perseguida como estaba desde 1952, se reunió ese día —en una flagrante violación de las más elementales normas de seguridad— para cantarle felicidades al secretario general. Eso es, sencillamente, muy difícil de creer.

Otra prueba de que el Partido sí supo con antelación del ataque al Moncada es la declaración de Universo Sánchez en su entrevista con Tad Szulc, en la que reconoce: “Yo soy de procedencia comunista, estoy en la lucha revolucionaria desde los 12 años, a los 12 años yo entré en la Liga Juvenil Antiimperialista, después pasé a la Liga Juvenil Comunista, después pasé al Partido Comunista de Cuba, y después de que se produce el ataque al Moncada me ligué a la gente del Movimiento 26 de Julio”.

Universo, que es del pueblo de Colón, en la provincia de Matanzas, en realidad se vinculó a los hombres de Fidel Castro antes del ataque al Moncada. Así lo reconoce cuando dice que días antes del ataque él y un grupo de compañeros recibieron la “instrucción de que estuviéramos al tanto de lo que iba a pasar, que pusiéramos la cadena oriental de radio y que actuáramos de acuerdo con eso, que tomáramos la estación de radio de Colón y empezáramos a lanzar propaganda, que se había tomado el cuartel de Oriente y una serie de cuestiones”.<sup>226</sup>

Una vez fracasado el ataque al Cuartel Moncada, al ala política del PCC no le quedó otro remedio que publicar su famosa declaración condenatoria del golpe y de su líder. Mientras tanto, y para más providencias, el militar batistiano que le salvó la vida a Fidel Castro fue Pedro Sarría, un hombre de Flavio Bravo, un militar que antes de entrar en el ejército de Batista había estudiado en el curso nocturno de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana y fue captado por el aparato clandestino del PSP. Sarría puso a Fidel Castro a su lado en la cabina del camión que los transportaba, se insubordinó a sus superiores, se negó a entregar al prisionero a quienes con toda seguridad lo ejecutarían de inmediato y siguió en camino hasta que lo entregó, vivo, en el vivac de Santiago de Cuba. Le salvó literalmente la vida.

Pero existían otras amenazas, sobre todo una vez que los acusados pasaran a la cárcel de Boniato. Allí estaba preso, en otra rara coincidencia, Joaquín Ordoqui, uno de los hombres de acción más eficientes del PCC y con toda seguridad el coordinador de la protección de los hermanos Castro dentro de esa prisión. Uno de esos amparos lo brindó un delincuente que había logrado imponerse como hombre fuerte, o “mandante”, dentro del presidio. Su nombre era Raúl Menéndez Tomassevich y la propaganda del castrismo siempre lo ha presentado como un bandido bíblicamente redimido después de su encuentro con un redentor llamado Fidel Castro. Tomassevich, que es como se le conoce en Cuba, terminó escapándose de la cárcel de Boniato en 1956 junto con un joven llamado Braulio Coroneaux. Se alzó en el II Frente, bajo las órdenes de Raúl Castro, y al triunfo de la revolución devino jefe de Tránsito de la Policía Nacional. Después luchó contra los alzados anticastristas en las montañas del Escambray y a partir de 1966 estuvo en Guinea Bissau como asesor de las guerrillas antiportuguesas. También estuvo en Venezuela y eventualmente, entre 1977 y 1988, después de haber pasado por varias academias militares soviéticas, cumplió tres misiones de alto nivel en Angola.

Lo que esconde la historiografía castrista es que la familia Tomassevich es una familia de viejos comunistas santiagueros. Así, en el diccionario del Comintern para Latinoamérica, de Víctor y Lazar

Jeifets, se puede leer la entrada de “Elías Rodés Tomassevich”, fundador del PCC en Santiago de Cuba, secretario de Agitación y Propaganda del Comité Provincial del Partido hasta que en 1930 fue autorizado a viajar hacia los Estados Unidos y convertirse, desde Nueva York, en el vínculo entre el

104  
PCC y el Partido Comunista Mexicano.<sup>227</sup>

Fuera de Cuba, y para seguir sumando protecciones, la FMJD desató, a solicitud de Jorge Risquet, una intensa campaña internacional de apoyo a los asaltantes al Cuartel Moncada, una campaña en la que decenas de millones de jóvenes desperdigados por todo el planeta gritaron la consigna “Salvar la vida de Fidel Castro y sus compañeros”.<sup>228</sup> La campaña continuó, según las propias palabras de Risquet y en contra de la versión oficial del castrismo —que siempre ha querido presentar a los comunistas como ajenos y condenadores del ataque al Moncada—, hasta que los *moncadistas* fueron liberados en mayo de 1955.

Mientras Risquet hacía su campaña en Europa y Centroamérica, Raúl Valdés Vivó, a la sazón secretario general de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana, inició en 1954 un viaje similar por Francia, la URSS, China y Sudamérica. Antes de partir, Vivó envió a Amparo Chaple, una joven comunista de la Universidad, al Presidio Modelo de la Isla de Pinos para que les informara a los hermanos Castro de su viaje al exterior con vistas a intensificar la campaña internacional por su liberación. Al parecer, el contacto no pudo ser establecido, pero indica en el sentido de una comunicación más estrecha entre comunistas y castristas que la que se ha querido aceptar.<sup>229</sup>

Vivó salió de Cuba siguiendo las órdenes de Osvaldo Sánchez, fue disfrazado por el dentista Fisín (Luis C. García Gutiérrez) y pudo viajar sin ser detectado gracias al excelente trabajo de la Comisión de Habilitación que dirigía Víctor Pina Cardoso. Por debajo de los pantalones llevaba dos mudas de ropa interior, un calzoncillo común y corriente que tapaba a otro, de nylon y más ajustado, en el que estaba escrito con tinta china y firmado por Blas Roca un mensaje que decía: “El compañero es de mi entera confianza”.<sup>230</sup> Esa identificación era necesaria porque Vivó llevaba informaciones contradictorias. Su misión era la defensa y solicitud de solidaridad para con unos *moncadistas* que el ala política del PCC ya había denunciado como “putchistas” y burgueses.

Vivó fue a Francia, a la URSS y a China. Ya en Pekín participó en una reunión conjunta de la FMJD y la UIE, en la que pidió una campaña mundial por la liberación de Fidel Castro y sus compañeros. El delegado de Holanda se opuso y hubo una discusión. Según las propias palabras de Vivó, después lo llevaron a ver

al primer ministro Chou En Lai... su acompañante y traductor (Yao Bang) le contó sobre la discusión que había tenido lugar en la mencionada reunión, y entonces Chou En Lai le preguntó si la delegación china había respaldado a la cubana en esa polémica, y él, con mucho orgullo le respondió que sí y que yo había defendido la imagen de Fidel y de los revolucionarios del Moncada. *Como en esa época se creía que se trataba de un grupo de jóvenes aventureros de la pequeña burguesía*, Chou En Lai me pidió que escribiera un artículo para el periódico *Remin Ribao*, órgano del Comité Central del PCCh. Lo escribí y fue publicado. Su título fue: “Libertad para los heroicos asaltantes del Cuartel Moncada”.<sup>231</sup>

De más está decir que Vivó tuvo que enseñarle los calzoncillos a Chou En Lai, como también tuvo que hacerlo en Venezuela, Colombia, Guatemala y Panamá, siempre con el mismo mensaje de libertad para los *moncadistas*. En Cuba, mientras tanto, y aprovechando que Batista quería darle un maquillaje democrático a su tiranía —en las elecciones de 1954— el Partido desató una campaña nacional por la liberación de los asaltantes al Moncada, una apoteosis liberadora que hablaba de amnistía y que estuvo en perfecta resonancia con la que ya se venía desarrollando internacionalmente. Así lo reconoce Universo Sánchez cuando dice: “Después de que se sanciona a los atacantes al Moncada, a Fidel y al grupo de compañeros, entonces yo me dedico más a la revolución y empezamos a organizar un Comité

105  
Pro Libertad de los presos políticos. Estuvimos un tiempo haciendo las células del ‘26 de Julio’ en todos los municipios”.<sup>232</sup> Al final Batista, quizás ajeno a los manejos del PCC, cometió el error garrafal de darle la libertad a Fidel Castro y a sus secuaces. En la cárcel había metido a un loco tira tiros y del presidio dejó salir a un caudillo grotesco, pero caudillo al fin.

Cuando se analizan las informaciones hasta aquí referidas queda claro que hay una gran contradicción entre la posición pública del PCC —de condena y rechazo del ataque al Cuartel Moncada— y las acciones encubiertas —de apoyo y protección a los asaltantes— que esa organización llevó a cabo antes y después del ataque. Una explicación simplista para esa contradicción ha sido creer que muchos comunistas disfrutaban de cierto grado de libertad dentro de su organización y podían darse el lujo de tener conductas que no eran completamente aceptadas por el Partido. Esa explicación es imposible de creer por la sencilla razón de que si algo caracterizó al PCC fue su férrea disciplina —estalinista, de hecho—, su escasa tolerancia para los que se creían capaces de retar esa característica, y su enorme capacidad para depurar, léase eliminar, a aquellos que no tenían a bien avenirse a los sagrados

principios partidistas.

La explicación de ese contrasentido aparente es el carácter heterogéneo del Partido. La capacidad que este tuvo para negar a los Castro desde el ala política de la organización, mientras su Núcleo Central de Inteligencia los apoyaba en las tareas esenciales. Ese apoyo, a su vez, se tradujo en la introducción dentro del castrismo de un grupo reducido de comunistas. Militantes que recuerdan a aquellos hijos selectos de Argos, los mejores argivos de la mitología griega, que se escondieron dentro de un caballo antes de destruir Troya.

208. Soto, Lionel. *De la historia y la memoria*, Editorial SiMar, La Habana, 2006, Tomo II, p. 257.

209. *Ibidem*, p. 146.

210. Hart Dávalos, Armando. *Aldabonazo*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1998, pp. 59-60.

211. León Rojas, Gloria M. *Jorge Risquet, del solar a la Sierra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 77-79.

212. Ver <[www.ecured.cu](http://www.ecured.cu)>.

213. Edificio comunitario ubicado en la esquina de las calles Maloja y Xifré, en La Habana.

214. Mallin, Jay. *Covering Castro: Rise and decline of Cuba's communist dictator*, Transaction Publisher, Nueva York, 1994, p. 38.

215. León Rojas, Gloria M. *Op. cit.*, p. 78.

216. Soto, Lionel. *Op. cit.*, Tomo II, p. 182. El destacado es mío.

217. Andrew, Christopher y Vasili Mitrokhin. *The world was going our way. The KGB and the battle for the third world* [El mundo iba con nosotros. La KGB y la batalla por el tercer mundo], Basic Books, Nueva York, 2005, p. 34. El destacado es mío. Es importante enfatizar que esta declaración no solo está basada en las informaciones del archivo de Mitrokhin, sino también en las memorias de Nikolai Leonov (*Likholet'e* [Tiempos difíciles]).

218. Earley, Peter. *Comrade J: The Untold Secrets of Russia's Master Spy in America After the End of the Cold War*, G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 2007. El destacado es mío.

219. Pacea, Ion Mihai. "Who Is Raúl Castro?", *National Review*, 10 de agosto de 2006. Disponible en línea en: <[www.nationalreview.com](http://www.nationalreview.com)>.

220. Entrevista concedida por Alfredo Guevara al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>.

221. Entrevista concedida por Haydée Santamaría al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del  
106

Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>.

222. Martin, Lionel. *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Lyle Stuart, Secaucus, 1978.

223. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Ellos merecen la victoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, p. 57. El destacado es mío.

224. Ver <[www.ecured.cu](http://www.ecured.cu)>.

225. Entrevista concedida por Alfredo Guevara al periodista Tad Szulc, *op. cit.*

226. Entrevista concedida por Universo Sánchez al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>

227. Jelfets, Victor, Lazar Jelfets y Peter Huber. *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias, Moscú, 2004, p. 286.

228. León Rojas, Gloria M. *Op. cit.*, p. 91.

229. García Gutiérrez, Luis C. (Fisín). *La otra cara del combate*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 56-68.

230. *Ibidem*.

231. *Ibidem*. El destacado es mío.

232. Entrevista concedida por Universo Sánchez al periodista Tad Szulc, *op. cit.*

107

## Capítulo X

### La gesta del desmerengamiento

Los hermanos Castro fueron amnistiados en mayo de 1955. A su llegada a la estación de ferrocarriles de La Habana encontraron un pequeño comité de bienvenida del que formó parte, entre otros, Universo Sánchez, un joven comunista que a partir de ese momento se convirtió en uno de sus hombres de confianza.<sup>233</sup> Como ya se dijo antes, unas pocas semanas después Osvaldo Sánchez le ordenó a Raúl Valdés Vivó que hiciera un contacto clandestino con Fidel Castro. El motivo de esa reunión fue hacerle saber que su vida corría peligro, que existían planes para matarlo y que era mejor que se exiliara en México. Además, le informaron que ya el Partido había tomado las medidas pertinentes para protegerlo en tierra azteca.<sup>234</sup>

Partieron los hermanos y de nuevo se organizó, como por arte de magia y en unos cuantos meses — diecinueve, para ser exactos—, toda una operación de reclutamiento de hombres, traslado de los mismos hacia México, hospedaje en casas de seguridad, búsqueda de recursos financieros, compra de armas, entrenamiento militar, adquisición de un barco, puesta a punto del mismo y coordinación con las fuerzas afines que estaban dentro de Cuba para que apoyaran la llegada de la expedición. Una enorme

cantidad de tareas que tuvieron que ser llevadas a cabo bajo la vigilancia constante de los agentes de Batista y de la propia policía mexicana.

Para explicar el famoso viaje del yate *Granma* el castrismo se inventó otro cuento de hadas. Una historia minimalista adornada con la famosa casa de María Antonia como punto de reunión, con la publicitada ayuda de “Teté” Casuso<sup>235</sup> para esconder las armas, así como las buenas intenciones de un grupo de personas, algunas de ellas mexicanas, que los ayudaron a conseguir el yate o a salir de prisión cuando la policía terminó atrapando a una parte de los expedicionarios.

Existe, para empezar, una conexión centroamericana que se ha intentado minimizar. Durante el gobierno de Jacobo Arbenz muchos comunistas nicaragüenses fueron a dar a Guatemala. Uno de ellos fue don Edelberto Torres Espinosa, un marxista de larga data que se convirtió en uno de los asesores del gobierno de Arbenz y trabajó en estrecha colaboración con el comunista cubano Severo Aguirre del Cristo. La hija de don Edelberto, llamada Myrna Torres Rivas, fue también comunista y muy buena amiga de Jorge Risquet, de Lionel Soto y de la peruana Hilda Gadea, la futura esposa del “Che” Guevara. Fue a través de esta última que la familia Torres entró en contacto con Antonio “Ñico” López y con el “Che”.<sup>236</sup>

Otro comunista nicaragüense radicado en Guatemala fue Rodolfo Romero Gómez, un joven que durante su estancia en ese país fue seleccionado para asistir a la misma Conferencia Internacional por los Derechos de la Juventud a la que fue Raúl Castro en la ciudad de Viena, en 1953. Allí se conocieron en una “reunión entre nicaragüenses y cubanos para intercambiar experiencias”.<sup>237</sup> Ya de regreso en Guatemala, Rodolfo intentó defender el gobierno de Arbenz hasta el final y, en junio de 1954, cuando se esperaba el bombardeo de la ciudad, era el jefe de la Brigada Juvenil Augusto César Sandino. Una noche se presentó en la casa en la que estaban acuartelados un joven llamado Ernesto Guevara. Traía una carta de recomendación, se puso bajo su mando y pidió hacer el turno de guardia de la madrugada.

108

Romero le dio una carabina checa y Guevara preguntó cómo se manejaba el artefacto. Ahí mismo el nicaragüense dice que pasó a la historia por haberle enseñado a “San Ernesto de la Higuera” cómo regalar sus sacramentos de plomo. Lo que no dice Rodolfo, o no recuerda, es que desde la azotea de la misma casa observaba la escena un comunista cubano llamado Jorge Risquet.<sup>238</sup>

Risquet, “Ñico” López, Lionel Soto, Osvaldo Sánchez y Severo Aguirre estuvieron en Guatemala hasta después de la caída de Arbenz y, como ya se ha dicho, antes de regresar a Cuba se ocuparon de que las arcas del PTG terminaran bajo el control del PCC. Cuánta de esa plata terminó siendo utilizada para financiar al castrismo es algo que tendrá que esperar por la liberación de los archivos. Lo que sí se sabe es que finales de 1955 Universo Sánchez llegó a México con miles de dólares para Fidel Castro. Sánchez se había quedado en Cuba después que los hermanos partieron. En algún momento cayó preso y tuvo que pasar “la prueba”. Lo torturaron con saña y no habló, guardó silencio y salió de la cárcel para irse a México con mucha plata y convertirse en el guardaespaldas y hombre de confianza de Fidel. En Veracruz lo estaba esperando Raúl Castro.<sup>239</sup>

Después de la caída del gobierno de Arbenz muchos de esos comunistas centroamericanos que estaban en Guatemala fueron a dar a México. Así llegó la familia de Edelberto Torres Espinosa, cuyos miembros sirvieron de puente para que los cubanos que habían salido huyendo junto con ellos conocieran a más comunistas centroamericanos. Un detalle interesante es que pocos años después, en 1960, don Edelberto sería oficialmente reclutado por la KGB y adoptaría el nombre en código de PIMEN.<sup>240</sup>

Otro nicaragüense vinculado al castrismo fue Noel Guerrero Santiago, un militante muy cercano al líder sindical mexicano Vicente Lombardo Toledano, el hombre que, como ya se dijo antes, fue reclutado por la Inteligencia soviética a principio de los años 40. Hay un testimonio que dice que fue a través de Noel Guerrero que Fidel Castro entró en contacto con los comunistas mexicanos vinculados a Lombardo Toledano. Según esa versión las relaciones se iniciaron en junio de 1956, fecha en la que varios miembros del Movimiento 26 de Julio (M26-7), incluido el líder, fueron apresados por la Policía Federal mexicana y terminaron en la cárcel de inmigración que estaba en la avenida Miguel Schultz. Así lo cuenta José Obidio Puentes León, el hijo de un viejo comunista veracruzano que en 1956 fungía como líder obrero en el Sindicato de Trabajadores de Petróleo de la República Mexicana (STPRM). Cuenta Puentes León:

Mi padre recibió una llamada, creo que de Lombardo Toledano, para decirle que Guerrero había sido detenido por la inmigración mexicana y estaba en la cárcel de la Avenida Miguel Schultz, después le pidió que fuera a verlo... Para nuestra sorpresa en la primera visita Guerrero nos presentó a unos cubanos que estaban detenidos y que tenían por líder a Fidel Castro... Fidel nos dijo que estaba organizando una expedición para ir a Cuba a pelear contra la dictadura de Batista y le habían dado un barco, el *Granma*... pero tanto el motor como el casco estaban en mal estado, y Fidel le pidió a mi padre que le reparara el motor. Noel Guerrero insistió con fuerza para que lo hiciera, pero mi padre fue cauteloso y chequeó primero con varios amigos comunistas, todos dijeron que Castro era uno de ellos y que debía apoyarlo. Así es que mi padre y yo nos fuimos a Tampico, pedimos prestado un

camión de Petróleos Mexicanos, fuimos hasta el *Granma*, sacamos el motor, lo cargamos en el camión y lo llevamos hasta el taller de un amigo en Tampico, Luis Sígri... Era un motor grande y muy caro de reparar, pero Sígri hizo el trabajo y mi padre se encargó de que le fuera cobrado a Pemex... Mientras el motor era reparado, otro amigo, también marxista y vinculado a los sindicatos, reparó el casco, cuando terminamos el *Granma* estaba listo... Cuando Castro y sus hombres salieron de la cárcel se fueron a vivir a casa de una mujer llamada María Antonia, quien les dio casa y comida pagadas por mi padre con los fondos del STPRM.<sup>241</sup>

109

Parecería mentira si no encajara con otras informaciones. Ya hoy se sabe que entre agosto de 1955 y diciembre de 1956 vivieron o estuvieron de visita en la ciudad de México una enorme cantidad de comunistas cubanos. Lázaro Peña, por ejemplo, vivía en el número 5 de la calle Insurgente, o sea, en el piso que estaba exactamente encima del que ocupaba Universo Sánchez con uno de los grupos de hombres que se preparaban para salir en el *Granma*. Según Universo él nunca le habló a Peña de los planes de Castro. Esa es una mentira que en 1985 Universo se vio obligado a decirle a Tad Szulc, ya fuera para no revelar los vínculos tempranos del PCC con el castrismo o para no reconocer que había sido autorizado por el Partido.

La demostración de la mentira de Universo la da Lionel Soto en sus memorias cuando dice que a su paso por México y de camino hacia Cuba, tuvo que ir a ver a Lázaro Peña para que le dijera cómo obtener la visa de tránsito que le habían negado en el aeropuerto y también para que le diera instrucciones sobre su regreso clandestino a La Habana.<sup>242</sup> Mientras esperaba para regresar a Cuba Soto estableció contacto con el joven comunista Pablo Ribalta, quien había llegado a México desde Budapest y era famoso por su voraz apetito. Un día, mientras comían en una ostionería del DF se encontraron con Juan Manuel Márquez, ya convertido en segundo jefe de la operación del *Granma*, y con Fidel Castro. Los dos iban teñidos de rubio, disfrazados de gringos y manejando un carro con chapa de los Estados Unidos. Soto indagó sobre las coordinaciones que podrían hacer tanto en México como en Cuba y la respuesta que obtuvo de Castro fue: “Lionel, vamos a verlo, yo le comunicaré a Lázaro [Peña], con Raúl, dónde podremos conversar. Ahora lo mejor es que nos separemos, estoy bajo vigilancia de la Policía Federal”.<sup>243</sup>

Otra confirmación de que Lázaro Peña sí estaba al tanto de los manejos castristas en México llega de la historiadora oficialista Angelina Blaquier Rojas.<sup>244</sup> Junto con Peña, Soto y Ribalta también estuvieron o pasaron por la ciudad de México otros comunistas cubanos como Blas Roca, “Manolo” López, José Morera y José Miguel Espino. A esos hay que añadir el matrimonio de Joaquín Ordoqui y Edith García Buchaca. Como se verá más adelante, entre 1954 y 1959 esos dos comunistas vivieron de forma intermitente en Praga, en Moscú y en la capital mexicana.

Todos esos militantes que pasaron por la ciudad de México, aunque versados en secretismos y acciones clandestinas, fueron más bien la antesala de otras visitas y contactos que indican en el sentido de unas relaciones del castrismo no ya con el PCC sino con su Núcleo Central de Inteligencia Soviética. Cuando a la capital azteca empezaron a llegar hombres como Osvaldo Sánchez —lugarteniente de Ramón Nicolau—, Flavio Bravo —lugarteniente de Fabio Grobart— y Jorge Risquet, llamado a ser el delfín de Bravo, el juego cambió de nivel. Esos tres militantes actuaron como poleas de transmisión de las extensas relaciones que sus supervisores tenían con el aparato clandestino del Partido Comunista de los Estados Unidos, con los veteranos de la guerra civil española que vivían en México y con la Inteligencia soviética.

La clave, una vez más, la da Universo Sánchez en su entrevista con Tad Szulc cuando dice: “Nosotros hicimos contacto con algunos españoles, alguna gente que eran...”. Y le sigue un espacio en blanco —dejado así por la oficina de versiones taquigráficas del Consejo de Estado—. Uno de esos veteranos es el célebre Alberto Bayo, el hombre que entrenó a los castristas en México. Otro fue el escultor Víctor Trapote, quien tiempo después se convertiría en el suegro de Ramiro Valdés,<sup>245</sup> un personaje muy interesante que salió a relucir cuando los castristas fueron a dar a la cárcel de la Avenida Miguel Schultz. Es ahí donde la historia se torna interesante.

Los interrogaron y dijeron poco, los volvieron a interrogar y empezaron a pasar los días. El tiempo siguió pasando y la desesperación llegó hasta ese extremo en el que los detenidos siempre llaman a su

110

mejor carta de triunfo. Llamaron a Víctor Trapote, y el milagro ocurrió. Como por intervención celestial entraron en contacto con Noel Guerrero y con el padre de José Obidio Puente, recibieron la protección de Lázaro Cárdenas y de Vicente Lombardo Toledano, les repararon el yate *Granma*, los dejaron salir de prisión y después les avisaron que tenían un espía dentro del grupo. ¿Quién era ese Víctor Trapote? Hubo que esperar hasta el año 2002 para tener una idea de su verdadera cara. Ese año, el periódico mexicano *El Universal* publicó un artículo refiriéndose a un grupo de documentos oficiales obtenidos por esa publicación. En esos escritos, que datan de 1966, el entonces capitán Fernando Gutiérrez Barrios —el mismo policía que había detenido y liberado a los castristas en 1956— hacía un análisis de

Inteligencia sobre el trabajo de espionaje desarrollado en México por el agente castrista Julián López Díaz, a la sazón casado con Irina Trapote Minue, la excónyuge de Ramiro Valdés.

Durante su análisis, Gutiérrez Barrios describió a Víctor Trapote así:

[...] padre de Irina, actualmente tiene calidad de inmigrado, la cual le fue concedida por la Secretaría de Gobernación el 8 de abril de 1955. *Se sabe que fue teniente coronel en el Servicio de Inteligencia del Ejército soviético*, en el cual permaneció 15 años. A la fecha trabaja para el Servicio de Inteligencia cubano... En el mes de julio de 1956 fue detenido por esta Dirección al comprobarse sus actividades con el grupo clandestino que actuaba en nuestro país denominado 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro [...] *servía de enlace de este grupo con los asilados políticos españoles para obtener de éstos ayuda económica y moral.*<sup>246</sup>

Así las cosas, los castristas recibieron ayuda de un agente de la KGB como Vicente Lombardo Toledano y tuvieron una relación estrecha con un agente de la Inteligencia del Ejército Rojo (GRU) llamado Víctor Trapote. Además de eso, ya hoy son bien conocidos los múltiples contactos que Raúl Castro y el “Che” Guevara tuvieron, mientras estuvieron en la ciudad de México, con el oficial de la KGB Nikolai Leonov. A eso hay que añadirle que en 1956 tanto Osvaldo Sánchez como Flavio Bravo, dos cubanos estrechamente vinculados a la Inteligencia soviética, visitaron varias veces la ciudad de México para entrevistarse con Fidel Castro.

Bravo viajó a México desde la URSS, país en el que pasó varios años, inicialmente estudiando en la escuela superior de cuadros del PCUS<sup>247</sup> y después en la célebre Academia Frunze del Ejército Rojo.<sup>248</sup> Tanto su visita como la de Osvaldo Sánchez siempre han sido presentadas por Fidel Castro como contactos del Partido para solicitarle que pospusiera la invasión. Una mentira que queda al descubierto por varias razones. Por un lado, el PCC no habría movilizado cuadros tan importantes para solicitar una posposición; por otro, si los comunistas cubanos hubieran deseado realmente posponer el viaje del *Granma* les habría bastado con demorar su reparación, cosa que no hicieron; por último, el propio Lionel Soto deja claro en sus memorias que esos contactos fueron para coordinar acciones.<sup>249</sup>

Los viajes de Bravo desde Moscú a México, con toda seguridad pasando por Praga, resultan muy llamativos y podrían imbricar con el rumor de la segunda visita de Raúl Castro, después de haber llegado a tierra azteca, al llamado campo socialista. Ya en fecha tan temprana como marzo de 1956, los archivos de la policía de Batista recogen en su fichero sobre Fidel Castro la siguiente información:

Durante su estancia en México se unió a todos los elementos comunistas cubanos donde celebró distintas entrevistas con Lázaro Peña, Blas Roca, Vicente Lombardo Toledano y el hijo de Lázaro Cárdenas, quienes lo protegieron en México, habiendo concurrido a estas entrevistas su hermano Raúl Modesto Castro Ruz, *el que durante su permanencia en México se hubo de trasladar a distintos países situados detrás de la “Cortina de Hierro”.*<sup>250</sup>

111

Esa última información encaja muy bien con una que fue referida cincuenta años después por Ion Mihai Pacepa. Según este general rumano, el soviético Alexander Sakharovsky —su amigo y asesor durante la creación del aparato de Inteligencia de Rumania— le confesó haber organizado, a mediados de los años 50, la visita secreta de Raúl Castro a Moscú. Como resultado de esa visita, y por órdenes de Nikita Jruschov, Sakharovsky nombró a Nikolai Leonov como asesor de Inteligencia de Raúl Castro.<sup>251</sup> Esas relaciones secretas podrían explicar el hecho de que durante los preparativos de la expedición del *Granma* hayan pasado por México tantos comunistas cubanos vinculados al NCIS del PCC.

Ya hoy se sabe que Raúl Castro llegó a México en el verano de 1955. En el otoño de ese mismo año llegó a tierra azteca, desde Budapest y pasando por Italia, Jorge Risquet, quien regresó a Cuba en diciembre de 1955.<sup>252</sup> En la primavera de 1956 llegó al DF Pablo Ribalta, también desde Budapest, y se encontró en esa capital con Lionel Soto,<sup>253</sup> que venía desde Praga, o sea, desde donde estaba Fabio Grobart. Alrededor de esa fecha también arribaron por primera vez Osvaldo Sánchez y Flavio Bravo, el primero desde La Habana y el segundo desde Moscú. Bravo regresó a México en el otoño de 1956<sup>254</sup> y es posible pensar, dado el hecho de su prolongada estancia en la URSS y de sus contactos en ese país, que si Raúl Castro visitó Moscú lo haya hecho con él y en el período de tiempo que medió entre su primera y su segunda visita.

Osvaldo Sánchez, por su lado, también regresó a tierra azteca durante el otoño de 1956. A finales de octubre se entrevistó con Castro y, a mediados de noviembre, antes de regresar a Cuba, lo hizo con Anatoly G. Kulazhenkov, el embajador soviético en México.<sup>255</sup> Lo más probable es que no se hayan reunido para hablar de vodkas, rones y tequilas. Kulazhenkov era un funcionario con una larga historia de relaciones con los llamados “movimientos de liberación nacional”. En 1947, y mientras era representante de la URSS en Suiza, había tenido una entrevista similar con miembros del Partido Comunista de Vietnam.<sup>256</sup>

Al final, el yate *Granma* partió de tierra azteca el 25 de noviembre de 1956 con 82 hombres a bordo. Hoy se sabe que al menos seis de ellos eran comunistas: el timonel de la embarcación Norberto Collado, los segundos al mando Raúl Castro y Juan Manuel Márquez, así como “Ñico” López, Universo Sánchez y Ernesto Guevara. Faltan por identificar los criptocomunistas, esos cuadros secretos que el Partido

infiltraba en todas partes sin revelar que pertenecían a la organización.

El *Granma* llegó a Cuba y empezaron los fracasos. El plan inicial de la expedición nunca fue adentrarse en la Sierra Maestra. Si así hubiera sido, el yate solo habría tenido que incrustarse contra algunas de las playas de la provincia de Oriente que son casi laderas de esas montañas. El *Granma* estaba destinado a llegar el 30 de noviembre de 1956 a un punto en la costa sur de Cuba situado entre las ciudades de Manzanillo y Niquero. En ese punto estarían esperando varios camiones para recoger a los expedicionarios y llevarlos, junto con otras fuerzas que se les unirían, al ataque de los cuarteles militares de las ciudades de Bayamo y Manzanillo. De esa forma el plan original de la expedición sería una especie de remedo ampliado, y en teoría mejor coordinado, del ataque al Cuartel Moncada.

Por eso fueron necesarias tantas visitas a México; eran imprescindibles para coordinar las acciones entre las fuerzas que arribarían y las que estarían esperando. El desembarco tendría que ocurrir, según lo pactado, mientras en La Habana y en Santiago de Cuba ocurrían acciones armadas y mientras en la provincia de Oriente el PCC ordenaba a una huelga general de los trabajadores, un paro al que el Partido convocaría bajo el falso pretexto de la amenaza de un golpe de Estado dirigido por Trujillo desde la República Dominicana.<sup>257</sup> Es fácil entender, entonces, que ese desembarco tan cercano a Manzanillo no fuera escogido al azar. Estamos hablando de un territorio con una larga tradición comunista, de la

112

primera ciudad de Cuba que eligió como alcalde a un militante del PCC —Paquito Rosales— y de una región en la que el Partido llegó a tener muchos simpatizantes y una membresía, tanto abierta como secreta, que resaltaba por su cantidad y calidad.

No es casual tampoco que Paquito Rosales haya sido uno de los primeros miembros del PCC que desde muy temprano empezara a trabajar con el Movimiento 26 de Julio. En noviembre de 1956 Rosales se reunió, en compañía del joven comunista Joel Domenech, con Lester Rodríguez, quien en ese momento fungía como coordinador del movimiento castrista en la provincia de Oriente. Al mismo tiempo el viejo comunista Ladislao González Carvajal, quien trabajaba para el Partido en la región oriental de Cuba, cuenta en sus memorias que se llevaron a cabo un grupo de reuniones entre el MR26-7 y el PCC para preparar las acciones de apoyo al desembarco del *Granma*.<sup>258</sup> Mientras tanto, y allá en La Habana, Jorge Risquet se reunió con Gerardo Abreu Fontán, jefe de las brigadas de choque del 26 de Julio, para coordinar las acciones conjuntas que se llevarían a cabo el 30 de noviembre.<sup>259</sup>

Fontán fue un gran amigo de mi madre, fue fundador del M26-7 y trabajó desde el principio y durante mucho tiempo con Antonio “Ñico” López. Juntos crearon las brigadas de choque del Movimiento y toda una infraestructura de apoyo dentro del llamado Frente Obrero. Mi madre recuerda a Fontán como un ser humano extraordinario, con un gran carisma, una enorme capacidad de convocatoria y una valentía fuera de lo común. Hace poco me contó que Fontán era, al menos, amanerado y que tenía unas magníficas dotes histriónicas, que era un excelente declamador y que en ocasiones usaba ese talento para burlar los cercos policiales haciéndose pasar por homosexual.

Ese dato me llamó mucho la atención y me hizo recordar un comentario de mi padre: “La homofobia jugó un papel muy importante en la revolución cubana”. Ante la amenaza de ser violados, muchos revolucionarios delataban a sus compañeros y otros, para evitarlo, no se entregaban vivos. Solo los comunistas eran adoctrinados en el convencimiento de que la homosexualidad era una elección, no una imposición, y que era un rezago de la moral burguesa el creer que la deshonra de una violación recaía sobre la víctima y no sobre el victimario.

Cuando mi madre me dio ese dato sobre Fontán le pregunté si era posible que Fontán hubiera sido uno de los tantos criptocomunistas que trabajaron dentro del M26-7. Su respuesta fue: “Es difícil saberlo, pero trabajó mucho con ‘Ñico’ López y, además, su madre estuvo casada con Jesús Menéndez, eran todos de Las Villas y hay lazos de familia”. Le pedí que me confirmara el dato y lo hizo con Carlos Jesús Menéndez, el hijo del mártir comunista y un gran amigo de la familia. Carlitos le confirmó que una de sus hermanas es también hermana del mártir Gerardo Abreu Fontán.

La expedición del *Granma*, como casi todas las cosas que Fidel Castro organizaba, fue un desastre de magnitudes épicas. Salieron sobrecargados, no tuvieron en cuenta la posibilidad del mal tiempo ni los estragos que el mareo provocaría en una tropa poco acostumbrada al mar. Un hombre se les cayó por la borda y tuvieron que detenerse para rescatarlo. Llegaron el 2 de diciembre sin saber que los alzamientos del 30 de noviembre habían sido brutalmente reprimidos y que la policía de Batista había podido averiguar la zona por la que llegaría el *Granma*.

La Marina y la Aviación recibieron la orden de rastrear esa región y al final los expedicionarios, además de desembarcar en el sitio equivocado, lo hicieron bajo el fuego de los barcos y aviones batistianos. Ganaron tierra y empezaron a caminar monte adentro. En algún momento el genio táctico de su jefe se impuso una vez más y decidieron descansar en el peor de los sitios posibles. Hicieron campamento en un lugar absolutamente indefendible, y así llegó la debacle del combate ocurrido en un

sitio llamado Alegría de Pío.

Las tropas de Batista cercaron a los expedicionarios y los masacraron a mansalva. Se formó un

113

desconcierto tal que en algún momento el “Che” Guevara preguntó si allí no había jefe. Fidel Castro se puso inmediatamente a buen recaudo y logró esconderse, junto con Universo Sánchez y Faustino Pérez, en un campo de cañas viejas. Se enterraron durante varios días y salvaron la vida de puro milagro.

Después, cuando los *Casquitos* —que era como los cubanos llamaban a las tropas de Batista— levantaron el cerco, Castro y sus dos hombres se adentraron en la Sierra Maestra y subieron hacia uno de los puntos de reunión previamente acordados. Cayeron en la única región de Cuba que los comunistas controlaban sin competencia alguna.

La Sierra Maestra era, siempre lo había sido, un bastión del Partido. En fecha tan temprana como 1933, los comunistas se habían adentrado en las regiones montañosas de la provincia de Oriente para iniciar un trabajo de proselitismo y reclutamiento que más de veinte años después ya había dado muy buenos resultados. Después de la caída del gobierno de Gerardo Machado, el líder campesino y militante comunista Romárico Cordero decidió, siguiendo las órdenes del Partido, ocupar y repartir entre los lugareños la finca Ventas de Casanova, una extensa hacienda ganadera que el depuesto presidente poseía en el lado norte de la Sierra Maestra. También se sabe que a inicios de 1934 y cumpliendo las indicaciones del PCC, muchos Centrales Azucareros de la región oriental de Cuba fueron ocupados por obreros y campesinos y se declararon como *Soviets*. Algunos de esos Centrales estaban alrededor de la Sierra Maestra.

En esa época también surgieron los conflictos alrededor de los Realengos, tierras ociosas y en manos del gobierno que habían sido ocupadas por familias de aparceros desde muchos años antes. El más famoso fue el Realengo 18, que no por estar localizado fuera de la Sierra Maestra tuvo menos influencia en el control que los comunistas ejercerían sobre la misma. En octubre de 1934 las tropas del ejército batistiano decidieron desalojar a los ocupantes del Realengo 18. Ante esa noticia, el PCC decidió enviar a un grupo de comunistas cubanos, comandados por Ramón Nicolau, junto con más de cien fusiles Springfield, pistolas, revólveres y otros equipos militares. Nicolau y sus hombres lograron transportar ese pequeño arsenal hacia las serranías del oriente cubano bajo unas lluvias intensas. En cuanto llegaron, después de cruzar “17 ríos embravecidos”, se pusieron bajo las órdenes de los campesinos y les enseñaron a manejar las armas y a organizar sus defensas. Las tropas de Batista fueron rechazadas y el Realengo triunfó. A partir de esa victoria surgieron otros Realengos, algunos de ellos localizados en la Sierra Maestra, que siempre fueron apoyados con hombres y recursos por el PCC.<sup>260</sup>

Ya para 1956 Romárico Cordero había sido delegado a la Asamblea Constituyente, miembro de la Cámara de Representantes y presidente de la Asociación Nacional Campesina de Cuba. Para más, y de la misma forma en la que el PCC llegó a controlar muchos de los sindicatos del transporte en La Habana, Romárico tuvo bajo su control la mayor parte de las arrias de mulos que se movían por la Sierra Maestra. Algo que en términos reales significaba el acceso a muchas informaciones y la participación en una buena parte de los negocios legales e ilegales que ocurrían en esa región. Yo siempre escuché en mi casa que en esas serranías nada se movía sin que Romárico lo supiera.

Es por eso que no me parece exagerado que, ante la pregunta de si el Partido había penetrado en la Sierra Maestra, Carlos Rafael Rodríguez respondiera con un “Ooooo, nosotros teníamos muchísimos militantes entre los campesinos de la Sierra”.<sup>261</sup> Como tampoco me parecen mentira las palabras al vuelo de Isidoro Malmierca diciendo que en 1956 se torció un tobillo al regreso de una serie de “reuniones con los Comités de Bases de la Juventud Socialista en la Sierra Maestra”.<sup>262</sup>

En ese contexto no es casual la providencial visita del todavía anónimo Gottwald Fleitas a la Sierra Maestra. Un contacto que ya hoy se sabe que sucedió poco después de la debacle de Alegría de Pío. Una primera ayuda, cuando los castristas no pasaban de una veintena de hombres, que echa por tierra la

114

historia oficial de que el Partido Comunista se sumó al castrismo a mediados de 1958. En esa fecha lo que se sumó al Movimiento 26 de Julio fue el ala política del PCC, algo que pudo suceder gracias a las condiciones creadas por el trabajo previo del ala clandestina y del aparato de Inteligencia.

El “Che” Guevara recoge en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria* varios contactos con comunistas abiertos o públicos. Habla de un tal Vizcaíno que tenía una pequeña biblioteca marxista escondida en una cueva de esas montañas. Explica que Los Altos de Conrado, un sitio muy utilizado por la guerrilla, le debía su nombre a un campesino de apellido Conrado que era miembro del Partido Comunista y que desde el primer momento se había puesto al servicio de los alzados castristas. Habla elogios de dos mensajeras entre la Sierra y el llano, las legendarias Lidia Doce y Clodomira Acosta, sin mencionar, o quizás sin saber, que las dos eran miembros del PCC.<sup>263</sup> Podrían parecer detalles casuales, pero no lo son.

Más importante aún que la ayuda del PCC al castrismo en la Sierra Maestra fue, al menos de inicio, la que le dio en el llano. La debacle de Alegría de Pío fue aprovechada por Batista para decir que Fidel Castro estaba muerto. Esa aseveración era, por desmoralizante y paralizadora, un duro golpe al Movimiento 26 de Julio. Pero una vez más, y como por arte de magia, apareció un gringo llamado Herbert Matthews dispuesto a asegurarle al mundo, a los cubanos, y a la opinión pública estadounidense, que Fidel Castro no solo estaba vivo, sino que contaba con una guerrilla mucho más fuerte de lo que se pensaba.

Matthews fue el inicio del carácter esencialmente mediático de la revolución cubana. Una proyección basada en la mentira, en la exageración y en una alternancia casi perfecta entre las acciones y los golpes propagandísticos encaminados a mostrar esas acciones como mucho más importantes y favorables de lo que realmente eran. Una forma de actuar que descansó en la combinación de dos factores fundamentales: la capacidad psicopática que Fidel Castro siempre tuvo para mentir, y la gran experiencia que el PCC ya acumulaba en el trabajo de propaganda y en el acceso a muchos medios de comunicación, tanto cubanos como estadounidenses. Una experiencia que se remonta a inicios de los años 30 y que tiene como un antecedente la visita y la serie de artículos que la periodista estadounidense Josephine Herbst escribió sobre el Realengo 18 en 1935.<sup>264</sup>

La entrevista de Matthews siempre se ha presentado como una acción del Movimiento 26 de Julio. Como un palo mediático logrado por una organización que en ese momento pasaba por una situación muy precaria, por no decir perdida, tanto en el llano como en la Sierra. Siempre se ha puesto el nombre de Faustino Pérez, un castrista famoso por su anticomunismo, como el del hombre que organizó el encuentro con el periodista gringo. Nunca se habla del filo o criptocomunismo de Matthews, de la amistad de este con Hemingway y de la estrecha relación entre este y Ramón Nicolau. De nada de eso se habla y en su lugar hay que aceptar que una organización en desbandada fue capaz de convencer a Matthews para que se arriesgara a subir a la Sierra Maestra a hacerle una entrevista a un alzado que casi nadie conocía en los Estados Unidos. Después de eso tenemos que aceptar que esa misma organización, a la que en febrero de 1957 todavía le resultaba muy difícil subir un fusil a las montañas, fuera capaz de subir al gringo y lo hiciera, además, por la ciudad de Manzanillo. Ya en esa cuerda crédula es fácil admitir que Matthews, un periodista con una larga experiencia en conflictos bélicos, se haya dejado engañar como un niño por Fidel Castro y deglutiera sin esfuerzo alguno el truquito de los alzados caminando en círculos y alrededor para dar la impresión de ser más de los que eran.

Además de Matthews, la ayuda más importante que el PCC le brindó al castrismo en aquellos primeros meses, y de la que dependió literalmente la sobrevivencia de la guerrilla del M26-7, ocurrió también en el llano y estuvo relacionada con el fracaso del Asalto al Palacio Presidencial, la destrucción

115  
del Directorio Estudiantil Revolucionario (DER), el traslado de las armas que sobraron hacia la Sierra Maestra y la utilización de estas en el asalto al cuartel de El Uvero (ver capítulo XIV de este libro). Después de fracasado el Asalto al Palacio Presidencial, el Directorio quedó tan diezmado que no tuvo más remedio que empezar a establecer contactos con los comunistas. Una de esas reuniones la cuenta Guillermo Cabrera Infante en su libro de memorias *Cuerpos divinos*. Guillermito, que es como lo conocían sus amigos, venía de una familia de comunistas, pero también tenía muchos camaradas dentro del Directorio. Según sus propias palabras en algún momento del año 1958, ya pasada la huelga del 9 de abril, se le ocurrió que “no sería una mala idea política reunir al Directorio con los comunistas”.<sup>265</sup> El contacto con los primeros lo hizo él mismo y a través de uno de los jefes de esa organización en La Habana: Alberto Mora (hijo del fallecido Menelao Mora). De los comunistas se encargó un personaje que Cabrera Infante identifica en su libro como Adriano, pero que no es otro que Adrián García Hernández, un miembro de la alta burguesía cubana reclutado por el PCC que en aquellos años compartía correrías juveniles e intelectuales con el escritor. Según Infante, “Adriano... tenía buena relación con la gente del Partido que operaba en La Habana”.

Confieso que no pude dejar de sonreír cuando leí ese pasaje de *Cuerpos divinos*. Creo que ilustra perfectamente los equívocos que surgen cuando se considera al PCC como una organización homogénea. Para empezar, el hecho de que a la entrevista con Alberto Mora asistiera Ramón Nicolau ilustra varias cosas que escaparon a la consideración de Infante. La primera es que la reunión era realmente importante para el PCC y probablemente tuviera que ver con el repunte de los atentados del Directorio contra las estaciones de policía, y con el hecho de que el Partido tenía agentes infiltrados en muchas de ellas. La otra es que los contactos de Adrián García no eran *con la gente del Partido que operaba en La Habana*, eran con la jerarquía del aparato de Inteligencia de la organización, algo que implica un alto nivel de confianza y compromiso.

En ese sentido podrían no ser casuales los deambulares de Adrián García después del triunfo de la revolución cubana. Su nombramiento, en fecha tan temprana como 1960, al frente de la recién creada Radio Habana Cuba (la emisora equivalente a Radio Moscú que los comunistas crearon tan pronto

como pudieron). Su corto matrimonio con Josefina Ruiz Yarini, la hija del fundador del PCC —y hombre de Fabio— Ángel Ramón Ruiz Cortés, otra de esas mujeres de cuna roja que siempre estuvieron vinculadas al Partido y que unos meses después emergería, oportunamente, como la novia de Marcos Rodríguez durante su estancia en Praga.

Seguí sonriendo cuando después de comparar al Directorio con el Partido, a través de las figuras de Mora y Nicolau —uno joven, aguerrido y armado; el otro maduro, conciliador y sin otras armas que experiencia e información—, Caín vuelve a caer en un equívoco cuando dice: “La historia, irónicamente, no les iba a dar la razón ni a unos (los arriesgados, los que perdieron casi toda su dirigencia en un ataque suicida al Palacio Presidencial) ni a otros (los conservadores, que habían mantenido su dirigencia intacta a través de todos los años de clandestinaje)”.<sup>266</sup> Una frase que indica en el sentido, no sin cierta dosis de resignación, de que al final el gato fue llevado al agua por el infalible Fidel Castro.

Cabrera Infante pudo haber muerto sin imaginar, allá en Londres, que en el mundo real los hombres de Ian Fleming siempre son la carne de cañón de la gente de John le Carré. Para demostrarlo está el hecho de que una operación de Inteligencia impecablemente organizada, como el descarrilamiento del Asalto al Palacio, el robo de las armas del Directorio, su traslado hacia la provincia de Oriente y su introducción en la Sierra Maestra, sirvió para llevar a cabo otra operación, de corte militar, que más de medio siglo después Fidel Castro describiría así: “Realizamos un ataque temerario [contra el cuartel de

116

El Uvero] en el que murió o fue herido un tercio de los participante”.<sup>267</sup> Con tres victorias como esas las guerrillas del M26-7 habrían dejado de existir. El Partido, por su lado, no perdió un solo hombre durante el robo y traslado de las armas. Al final los muertos los pusieron el Directorio, durante el ataque al Palacio, y el M26-7 durante el ataque al cuartel de El Uvero. ¿Quién usó a quién?

A partir de la pírrica victoria de El Uvero, que sucedió en mayo de 1957, la guerrilla castrista empezó a crecer y pasó de unas pocas decenas de soldados a unas cuantas centenas. En unos escasos meses —diecinueve, para ser exactos una vez más— se pudo crear la imagen de una contienda que tuvo más de propaganda que de cualquier otra cosa. En el mejor momento de la guerrilla, el ejército de Batista la superó en hombres en una proporción de más de cien a uno, y en medios de combate y experiencia militar la ventaja fue aún mayor. A pesar de eso, y otra vez de una forma casi mágica, las tropas del tirano fueron incapaces de montar una respuesta coherente y efectiva contra unos alzados que cualquier otro ejército regular habría aniquilado en unas cuantas horas. Irónicamente, el término que mejor ilustra lo sucedido con ese ejército de Batista fue acuñado por el castrismo treinta y cinco años después.

En 1992 el Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR) adoptó el término

*desmerengamiento* para referirse a la derrota del comunismo en la antigua Unión Soviética. Como siempre sucede en esos casos, el sello de autoría y su bautizo como una consigna oficial y de referencia obligada ocurrió cuando Fidel Castro la utilizó en uno de sus tantos discursos.<sup>268</sup> La palabreja refiere al hecho de que el merengue —o la clara de huevo batida— deja de ser espuma cuando lo abandonamos al tiempo; va perdiendo sus burbujas hasta que pasa de la exuberante blancura de una ilusión a la proteica transparencia de una realidad. Lo cierto, sin embargo, es que si un *desmerengamiento* ha existido en este mundo fue el del ejército de Batista. Un fenómeno tan difícil de explicar desde el punto de vista militar que a los Castro no les quedó más remedio que esconderlo bajo una propaganda que desde el mismo inicio de las acciones se dio a la tarea de convertir los encuentros en escaramuzas, las escaramuzas en combates, los combates en batallas, las batallas en operaciones, las operaciones en guerra y esta última en una gesta de “veinte mil hermanos muertos”. Una cifra que en realidad nunca pasó de unas cuantas centenas (contando a ambos bandos) pero que todavía hoy los medios castristas repiten sin cesar.<sup>269</sup>

La implosión batistiana fue consecuencia de décadas de penetración del PCC dentro del ejército constitucional cubano, dentro de la policía, los cuerpos represivos y la Inteligencia Militar. Ese trabajo, del que hoy solo conocemos una porción que no por pequeña deja de ser impresionante, se combinó con otros que hicieron posible horadar la estructura del poder batistiano en los puntos clave que la sustentaban. El Partido controlaba directa o indirectamente, parcial o completamente, sindicatos como los del transporte, la industria azucarera, los portuarios y los tabacaleros. Uniones que además de ser esenciales para la vida social cubana le permitieron al PCC apoyar al castrismo de una forma muy discreta y efectiva. Cuando se analiza la respuesta del ejército batistiano a la guerrilla del M26-7 —y las derrotas absurdas que ese ejército sufrió ante hombres mal armados y peor entrenados— salta a la vista que se trataba de una institución penetrada. El enemigo estaba más adentro que afuera, más abajo (de la cadena de mando controlada por Batista) que arriba (en la Sierra Maestra). Un atisbo de esa penetración lo da el propio Lionel Soto en varios pasajes de sus memorias.<sup>270</sup>

Reconocer los vínculos tempranos del castrismo con el aparato de Inteligencia del Partido implica también desmitificar una buena parte de esa aureola de infalibilidad y grandeza que todavía hoy se

asocia a la figura de Fidel Castro. Sería reconocer que los chivatos detectados, las acciones enemigas vistas con antelación y las llamadas maniobras políticas intuitivas y geniales no son más que el producto esperado de informaciones que se posaban —como palomas mensajeras— sobre el hombro del Líder

117

Máximo. Alimentos vitales con los que el PCC fortalecía a su Caballo de Troya mientras le hacía saber, de paso, dónde estaba la verdadera fuente de su poder. No en las armas, sino en una Inteligencia que, gracias a no ser suya, le permitió a Fidel Castro rebasar el último gran obstáculo que se interpuso en su camino hacia el poder absoluto: el control real y completo del M26-7.

Durante mucho tiempo la propaganda castrista ha intentado mostrar al Movimiento 26 de Julio como una organización homogénea. La realidad, sin embargo, es mucho más compleja. Fidel Castro fue el fundador del Movimiento y su líder indiscutible, pero su control real de la organización no ocurrió hasta después de la fracasada huelga del 9 de abril de 1958. Hasta ese momento existió un equilibrio entre las tres facciones más importantes de la organización: el ala política, representada por personas como Raúl Chibás, Faustino Pérez, David Salvador, Luis Buch y Manuel Ray, que veían al M26-7 como un simple instrumento para la restauración de la democracia tradicional en Cuba; los grupos de acción urbanos, representados por hombres como Frank País y René Ramos Latour que —aunque buscaran darle a la revolución un carácter nacionalista y antiimperialista— estaban muy lejos de cualquier radicalización que oliera a comunismo prosoviético; por último, estaban los guerrilleros que respondían directamente a las ansias de poder absoluto de Fidel Castro, y de una forma indirecta a los planes del PCC.

Hasta abril de 1958 el equilibrio entre esas tres facciones estuvo desplazado en favor de las guerrillas urbanas. Frank País, a diferencia de Fidel Castro, fue un excelente organizador que pudo crear antes de su muerte, en julio de 1957, una extensa red de grupos de lucha, de apoyo y de financiamiento en todas las ciudades de Cuba. Ya para inicios de 1958 el llamado movimiento de El Llano, liderado por René Ramos Latour, contaba con una enorme cantidad de hombres y mujeres, con un Frente Obrero Nacional (FON) y con unos Grupos de Acción que, a pesar de su alta mortalidad, o quizás gracias a ella, se habían convertido en la voz cantante de la lucha contra la tiranía.

Uno de los mitos más sostenidos y absurdos del castrismo es ese de que la revolución se ganó en las montañas. Un mito creado por Ernesto “Che” Guevara, un hombre que por ser extranjero tenía un desconocimiento absoluto de la realidad cubana, de la historia de las luchas sociales en Cuba y de los nexos muchas veces ocultos entre cosas en apariencia no relacionadas; relaciones que su proverbial arrogancia le impedía ver tal cual eran. Un mito que a su vez fue alimentado por Fidel Castro para reforzar su ego y afán de poder, y que los comunistas amplificaron tanto como pudieron para esconder, mientras les hizo falta, el papel decisivo que jugaron en el triunfo de la revolución.

Lo cierto, sin embargo, es que a principios de 1958 las guerrillas serranas no pasaban de unas escasas centenas de hombres mal armados. Pequeños grupos rodeados por el ejército y que dependían para su sobrevivencia de las ayudas que la gente del llano les hacía llegar a costa de grandes sacrificios. Esa situación se tradujo, como cabría esperar, en una serie de cartas y conversaciones encaminadas a buscar pactos y acuerdos que comprometieran a Fidel Castro con el respeto del sistema democrático una vez alcanzado el poder. De más está decir que el susodicho firmó cuanto pacto y acuerdo le pusieran ante sus ojos. Pero la realidad de la situación no escapó a su entendimiento. Para llegar a ser poder real tenía que ser tan fuerte y ubicuo como esas guerrillas urbanas que osaban pedirle compromisos.

Si la huelga del 9 de abril de 1958 hubiera triunfado, Fidel Castro habría estado a mil kilómetros de distancia del centro del poder de Cuba, sus tropas no habrían pasado de unas escasas centenas de hombres y la revolución habría triunfado sin su protagonismo directo. Todas las tropas del occidente de Cuba, incluidas las del campamento de Columbia, estarían fuera de su control y el Directorio, que acababa de desembarcar en Las Villas, se habría hecho de las guarniciones militares del centro del país. El nuevo gobierno, lejos de gritar ¿elecciones para qué? habría convocado a un plebiscito presidencial que de inmediato se habría convertido en la meta de la gran mayoría de los cubanos. Ante esa situación,

118

cualquier amago de pugna por parte de Fidel Castro y sus alzados habría sido considerado como contrarrevolucionario y debidamente reprimido por un ejército mucho más decidido a pelear.

Pero oportunamente la huelga del 9 de abril fracasó. Y se han gastado ríos de tinta culpando al anticomunismo de Faustino Pérez y de David Salvador, a la mala organización de René Ramos Latour, a las relaciones de algunos de los implicados con la CIA y a la subestimación de la fuerza real de los cuerpos represivos de Batista. Raudales de letras para esconder el hecho de que los comunistas nunca quisieron sumarse del todo a la huelga, y de que el gran favorecido por el fracaso de la misma fue el propio Fidel Castro. No solo porque se evitó una situación verdaderamente peliaguda, sino porque después del fracaso convocó a toda la dirección del M26-7 a la famosa reunión de El Alto de Mompié en la que destituyó a casi todo el mundo, dejó a Ramos Latour en la Sierra Maestra (donde eventualmente moriría), y se hizo del poder real de la organización.

Una reunión cuyos resultados y orígenes describe de la siguiente forma, quizás sin darse cuenta del alcance de sus palabras, Enzo Infante:

La idea de Faustino, que consideraba que La Habana decidiría la lucha, salió de Mompié totalmente derrotada. Pero Faustino era una gran persona, honrado a cabalidad, y él comprendió los errores que había cometido y aceptó las críticas que le correspondían. Supongo que esa era la gente a la que se refirió el “Che”, pero no mencionó ningún nombre. *Sin embargo, eso no era señal de desconocimiento por parte de la Dirección de la Sierra Maestra, porque después pude percatarme de que Fidel tenía un aparato de inteligencia tan grande como el que tiene ahora, a él le llegaba información fresca por diversas vías.*<sup>271</sup>

Enzo Infante es el último de los participantes de la reunión de El Alto de Mompié que todavía está vivo. Fue jefe de propaganda del M26-7 hasta que fue sustituido por Carlos Franqui. Después se desempeñó como uno de los tantos jefes de Acción que tuvo el Movimiento (porque a casi todos los mataban en unos cuantos meses). Su aseveración sobre la existencia y amplitud del aparato de Inteligencia con el que Fidel Castro contó desde la Sierra Maestra es altamente reveladora de las relaciones tempranas del castrismo con los comunistas. Ninguna otra organización política de la época, incluido el 26 de Julio, tenía nada ni medianamente parecido a un aparato de Inteligencia; y mucho menos algo que pudiera compararse con el aparato que Fidel Castro tuvo después. Solo los comunistas tenían algo así.

Una de las consecuencias insignificantes del fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958 fue que mi madre, que ya estaba siendo trabajada ideológicamente por mi padre y sus amigos, y que estaba un tanto cansada de la desorganización del M26-7, decidió pedir su ingreso en la Juventud Comunista. Los comunistas enseguida la aceptaron en sus filas, le dieron otro nombre de guerra e intentaron convencerla de que mantuviera en secreto su militancia y siguiera trabajando dentro del M26-7; o sea, que se sumara al extenso grupo de criptocomunistas que trabajaban para el Partido dentro del resto de las organizaciones revolucionarias. Mi madre se negó.

Después de la huelga, una vez anulada la influencia del ala política del M26-7, y ya mermadas las fuerzas de sus guerrillas urbanas, solo quedaba alcanzar el don de la ubicuidad para poder controlar el país. Una necesidad perentoria que tuvo que esperar a la derrota de la famosa ofensiva batistiana —del verano de 1958— para convertirse en realidad. Algo que contribuyó a esa victoria es el hecho de que ya para esa época el PCC había logrado crear “una planta de radio-escucha en la azotea de una casa situada en la calle Estancia entre Conill y Santa Ana, en las alturas de [el reparto] Nuevo Vedado. Por ese medio interceptábamos y descifrábamos los mensajes que enviaba el Estado Mayor de las Fuerzas

119 Armadas de la tiranía a las tropas que luchaban contra el Ejército Rebelde”.<sup>272</sup>

Una vez estabilizada la situación en la Sierra Maestra, sobre todo después de la asombrosa rendición del comandante Quevedo, Fidel Castro decidió enviar dos columnas guerrilleras hacia el occidente del país, una comandada por el legendario Camilo Cienfuegos y la otra por el “Che” Guevara. Las dos partieron de la Sierra Maestra a finales de agosto de ese año y contaron con más de una centena de hombres cada una. Así se dio inicio a la tan cacareada invasión de oriente a occidente, un desplazamiento de dos pequeñas tropas que ha sido convertido, a fuerza de propaganda, en una contienda de proporciones épicas. Y eso a pesar de que en el diario de campaña de uno de los participantes se puede leer una entrada asegurando que “aquí los mosquitos son más dañinos que los casquitos”.<sup>273</sup>

No pretendo, para nada, demeritar los sacrificios de los combatientes que participaron en esa campaña. De hecho, mi segundo nombre, Reynel, lo llevo en homenaje a Reynel Páez, el mejor amigo de mi madre y novio de una de mis tías que fue uno de los mártires de esa guerra. Un joven que después de ser detenido por los esbirros de Batista, y torturado, decidió sumarse a la columna de Camilo Cienfuegos. Unas semanas antes del triunfo cayó durante una emboscada contra *dos automóviles llenos de soldados vestidos de civil*.<sup>274</sup> Mi hijo también lleva su nombre.

Solo pretendo dejar en claro que hay muchas exageraciones a la hora de reescribir esa historia. Muchas mentiras encaminadas a esconder el hecho de que en lo esencial fue una lucha contra un ejército desmoralizado y una invasión que, a pesar de las vicisitudes inevitables que esos desplazamientos siempre conllevan, fue muy bien seguida y ayudada por los comunistas desde el comienzo.

En Camagüey, ya camino de Las Villas y en un cayo cercano al Central Baraguá, las tropas del “Che” Guevara fueron delatadas. Los B26 de Batista las bombardearon y terminaron empantanadas en una laguna pestilente. Es importante recordar que desde su salida de la Sierra Maestra la columna de Guevara llevaba comunistas de la talla (por sus vínculos con el aparato de Inteligencia del Partido) de Joel Iglesias, Pablo Ribalta y Armando Acosta. Allí estaban cuando el tiempo empezó a pasar y la situación de los cercados se tornó desesperante. Los contactos del M26-7 no respondieron como se esperaba y una vez más fueron los comunistas los que se hicieron cargo de resolver el problema.<sup>275</sup>

Oswaldo Sánchez se ocupó él mismo de buscarle los prácticos al “Che”, de sacar los heridos y de poner morrales con provisiones en los puntos por los que la columna del argentino tendría que pasar después.<sup>276</sup>

De la misma forma que Romárico Cordero les abrió camino a los castristas en la Sierra Maestra, lo hizo Ursinio Rojas en el llano. Estamos hablando de un hombre, Rojas, que había heredado la jefatura de la Federación Nacional de Trabajadores del Azúcar después de la muerte del legendario Jesús Menéndez. Y de batey en batey ocurrió la famosa invasión de las columnas invasoras. Un desplazamiento que fue bien coordinado con Ursinio Rojas cuando este subió a la Sierra Maestra, a finales de 1957, y de cuyo éxito se encargó él mismo como miembro de la columna de Camilo Cienfuegos.

A su llegada a Las Villas el “Che” Guevara encontró que el aparato clandestino del PCC en esa provincia estaba a su entera disposición. Pidió alguien que supiera leer mapas y el Partido le envió al geógrafo y militante Antonio Núñez Jiménez. Dijo que necesitaba una planta de radio para comunicarse con la Sierra Maestra y Ramón Nicolau le envió al joven comunista Hiram Prats con un equipo de alta potencia. Cuando Batista decidió construir el famoso Tren Blindado, como un último recurso para cambiar el desarrollo de las acciones, los comunistas pudieron hacerse con los planos —a través de los

120  
militantes que trabajaban en los talleres ferroviarios de Ciénaga, en La Habana— y se los hicieron llegar al “Che”.<sup>277</sup> Después, cuando los guerrilleros lograron descarrilar el tren, pero su jefe se negaba a rendirse si no le disparaban un cañonazo de 50.000 pesos, fue el Partido, a través del militante Arnaldo Milián Castro, el que corrió con semejante gasto.

Al “Che” los comunistas cubanos siempre le dijeron “pida por esa boca”. ¿Medicamentos contra el asma que padecía? Nunca le faltaron. ¿Mate?, pues resulta que los famosos refrescos Materva se hacían usando esa yerba como materia prima. Y resulta también que el Partido tenía una militante que trabajaba en el laboratorio de esa fábrica. La compañera se robaba los paquetes de mate que el PCC enviaba hacia la Sierra Maestra para satisfacer el vicio del aguerrido guerrillero.<sup>278</sup>

En cuanto a Camilo Cienfuegos, tan pronto llegó a Las Villas entró en contacto con los guerrilleros comandados por el comunista Félix Torres y empezaron a librar los combates más encarnizados que se llevaron a cabo en esa región. También se prepararon para ser trasladados hacia la provincia de Pinar del Río en los camiones que Oswaldo Sánchez ya tenía listos como parte de la operación Caja de Tabaco. En Pinar del Río, mientras tanto, el Partido ya tenía una guerrilla comandada por Juan Palacios, un militante secreto del PCC y amigo de Mario Morales Mesa desde los años de la guerra civil española. El mismo hombre que en 1953 había recibido una porción de las armas que “sobraron” de una fracasada operación de contrabando de la Organización Auténtica en la que Mesa estuvo implicado.<sup>279</sup> Nada de eso hizo falta porque Batista se *desmerengó*. Ya desde la Navidad de 1958 el aparato de Inteligencia del Partido sabía que el tirano preparaba su retirada. El PCC tenía hombres en el Palacio Presidencial, en la Torre de Control del campamento de Columbia, en la embajada estadounidense en La Habana y en la finca de Kuquine. A partir de esa red de agentes, los comunistas siempre fueron capaces de detectar con antelación cualquier cambio en los hábitos y movimientos de la familia Batista. El avión presidencial despegó en plena madrugada y dos o tres horas después Adolfo Rivero Caro, un miembro de la Juventud Comunista y gran amigo de mis padres, tocó a la puerta del apartamentico donde ellos estaban escondidos; entró, puso sobre la mesa una pistola llamada “vizcaína” y dijo: “El negro se fue”. Mi madre recuerda —y jura que sin ánimos de exagerar— que fue un amanecer muy rojo. También asegura que ella no asoció, a pesar de que ya era militante, el color rojo con el comunismo, vio sangre.

A partir de ese momento las cosas sucedieron con una celeridad pasmosa. El 1 de enero llegó a La Habana, desde el Presidio Modelo de la Isla de Pinos, y para hacerse cargo de la jefatura del campamento de Columbia, el coronel Ramón Barquín, el mismo hombre que, según Lionel Soto, “nunca fue separado o expulsado” del Partido.<sup>280</sup> El día 2 de enero entró en la capital la pequeña tropa de Camilo Cienfuegos y el coronel Barquín le entregó, plácida y expeditamente, la guarnición militar más importante de Cuba. Con ese simple traspaso las tropas de Fidel Castro terminaron por adueñarse del país. Los comunistas, por su lado, aprovecharon las primeras horas del triunfo para ocupar los archivos del BRAC, del Buró de Investigaciones, del Servicio de Inteligencia Militar y de cuanta fuente de información pudiera servir para preparar su verdadero asalto al poder.

<sup>233</sup>. Entrevista concedida por Universo Sánchez al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>

<sup>234</sup>. Blaquier Rojas, Angelina. *El Primer Partido Comunista de Cuba*, Tomo III (1952-1961), Editorial Oriente, 121

Santiago de Cuba, 2010, p. 137. La autora refiere la entrevista, reconoce que fue ordenada por Oswaldo Sánchez, pero esconde su verdadero contenido.

<sup>235</sup>. Teresa “Teté” Casuso era la viuda del comunista cubano Pablo de la Torriente Brau. Mujer afín al PCC que,

- además, era una excelente amiga del presidente depuesto Carlos Prío Socarrás.
236. Gadea, Hilda. *Mi vida con el Che*, Palgrave McMillan, Nueva York, 1972, p. 60.
237. Hernández Navarro, Luis. “Rodolfo Romero, el internacionalista”, periódico *La Jornada*, México, 15 de abril de 2016.
238. León Rojas, Gloria M. *Jorge Risquet, del solar a la Sierra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 85.
239. Entrevista concedida por Universo Sánchez al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>
240. Andrew, Christopher M. y Vasili Mitrokhin. *The Mitrokhin Archive II: The KGB and the World*, Allen Lane, Londres, 2005, p. 41.
241. Brown, C. Timothy, *When The AK-47s Fall Silent: Revolutionaries, Guerrillas, and the Dangers of Peace*, Hoover Institution Press, Publication N° 476, Stanford University, 2000, pp. 16-17. El destacado es mío.
242. Soto, Lionel. *De la historia y la memoria*, Editorial SiMar, La Habana, 2006, Tomo I, pp. 265-267.
243. *Ibidem*.
244. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 134.
245. Entrevista concedida por Universo Sánchez al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado, La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>
246. Veledíaz, Juan. “Cómo se espía a los agentes de Fidel”, *El Universal*, México, lunes 3 de junio de 2002. Los destacados son míos.
247. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001, p. 21.
248. Franqui, Carlos. *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Planeta, Barcelona, 1989, p. 187.
249. Soto, Lionel. *Op. cit.*, p. 287.
250. Beruvides, Esteban. *Cuba: archivos confidenciales*, Colonial Press International, Tomo 3, Miami, 2001, p. 13. El destacado es mío.
251. Pacea, Ion Mihai. “Who Is Raúl Castro?”, *National Review*, 10 de agosto de 2006. Disponible en línea en: <[www.nationalreview.com](http://www.nationalreview.com)>.
252. León Rojas, Gloria M. *Op. cit.*, p. 95.
253. Soto, Lionel. *Op. cit.*, p. 259.
254. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 186.
255. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea], fondo 5, opis 28, delo 440, pp. 72-79. Tomado de Reid-Henry, Simon. *Fidel and Che: A Revolutionary Friendship*, Walker and Company, Nueva York, 2009, p. 398.
256. Reporte de Pham No Mach [Pham Ngoc Thach] al enviado soviético en Suiza A. G. Kulazhenkov. Septiembre 20, 1947. Disponible en línea en: <[digitalarchive.wilsoncenter.org](http://digitalarchive.wilsoncenter.org)>.
257. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, pp. 186-187.
258. *Ibidem*.
259. León Rojas, Gloria M. *Op. cit.*, p. 96.
260. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 133.
261. Martin, Lionel. *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Lyle Stuart, Secaucus, 1978, p. 198.
262. Malmierca, Isidoro. *Op. cit.*, p. 70.
263. Blaquier Rojas, Angelina. *Op. cit.*, p. 213.
264. Herbst, Josephine. “A Passport from Realengo 18”, *The New Masses*, 16 de julio de 1935.
265. Cabrera Infante, Guillermo. *Cuerpos divinos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010, pp. 254-259.
266. Cabrera Infante, Guillermo. *Op. cit.*, p. 259.
267. Ramonet, Ignacio. *Fidel Castro, biografía a dos voces*, Debate, Barcelona, 2010, p. 92.
- 122
268. Discurso pronunciado por Fidel Castro en La Habana, el 5 de diciembre de 1992. Disponible en línea en: <[www.cuba.cu](http://www.cuba.cu)>.
269. Rojas, Rafael. “La cuenta de los muertos”, *El Nuevo Herald*, Miami, 7 de septiembre de 2008.
270. Soto, Lionel. *Op. cit.*, Tomo II, pp. 292-347.
271. Suárez Suárez, Reinaldo y Oscar Puig Corral. *La complejidad de la rebeldía*, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2011, p. 97. El destacado es mío.
272. “El trabajo dentro de la policía y el ejército burgueses”, *El Militante Comunista*, edición especial, agosto de 1985, p. 60.
273. Gálvez, William. *Diario de la Columna Invasora Antonio Maceo. Seguidores de Camilo y Che*, Imprenta del Comité Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas, La Habana, 1966, p. 17.
274. Gálvez, William. *Camilo, señor de la vanguardia*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1988, p. 371.
275. *Ibidem*, pp. 239-240. Guevara, Ernesto, “Che”. *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 84.
276. Escalante, Aníbal. “En torno a la vida de Osvaldo Sánchez”, folleto, imprenta del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), La Habana, 1962.
277. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, p. 192.
278. *Ibidem*, p. 196.
279. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Ellos merecen la victoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, pp. 51-52.
280. Soto, Lionel. *Op. cit.*, Tomo I, p. 344.

## Capítulo XI

### Amor a primera sombra

Una revolución —reza el viejo adagio comunista— vale tanto como sea capaz de defenderse. Para Fabio Grobart esas palabras siempre fueron el sustento verbal de hechos que la práctica le había confirmado muchas veces. Había visto fracasar tantas revoluciones que ya estaba curado de espantos y euforias. La suya no llegaría al poder mientras no existieran las condiciones adecuadas para defenderla. Una defensa que implicaría:

1. Engrandecer la figura de Fidel Castro.
2. Contrarrestar la inevitable oposición interna al castrismo.
3. Trabajar dentro de los Estados Unidos para confundir con respecto a la verdadera naturaleza del castrismo y así debilitar, tanto como fuera posible, las posibles respuestas diplomáticas o militares que el gobierno de ese país pudiera tomar contra Cuba.
4. Buscar el apoyo inmediato y masivo de la URSS y del campo socialista.

Y así fue desde el mismo 1 de enero de 1959. La seguridad personal de Fidel Castro pasó a ser dirigida por viejos militantes del PCC —como Florentino Aspillaga, padre— e integrada por muchachones que salieron en su gran mayoría de las filas de la Juventud Comunista. Además de tener al PCC cuidándole la vida, Fidel Castro tuvo a Aníbal Escalante y a Carlos Rafael Rodríguez como asesores políticos, y a Flavio Bravo como consejero militar y de Inteligencia.

El “Che” Guevara, por su lado, fungía como jefe de la fortaleza de La Cabaña, pero pocos recuerdan que tenía a Ramón Nicolau de segundo al mando en esa guarnición.<sup>281</sup> Camilo Cienfuegos era el jefe del campamento militar de Columbia, pero cuando mi madre se presentó allí, el 7 de enero de 1959, para pedir su permiso de portar armas, la autorización le fue extendida por el comunista Antonio Núñez Jiménez. Díaz Lanz, ya sabemos, era el jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, pero Víctor Pina Cardoso no le perdió ni pie ni pisadas. Al iletrado Ramiro Valdés lo nombraron al frente de la Seguridad del Estado, pero era Osvaldo Sánchez quien sabía exactamente lo que debía hacerse y cuándo y cómo había que hacerlo. El criptocomunista Andrés González Lines devino jefe de la Oficina Nacional de Asuntos Marítimos (que abarcaba la Marina Mercante, los Puertos y Pesca)<sup>282</sup> y el también criptocomunista Marcos Behemaras fue puesto al frente de la Televisión Cubana.<sup>283</sup> Todo eso mientras Alfredo Guevara, Oscar Pinos Santos y Antonio Núñez Jiménez, tres militantes de larga data, preparaban en el pueblo costero de Cojimar la Reforma Agraria y la nacionalización de las compañías estadounidenses. Haría falta otro libro, y una enorme cantidad de reseñas biográficas, para explorar en profundidad la forma sistemática, silenciosa, disciplinada e implacable que militantes y criptocomunistas utilizaron para copar los puestos clave de la revolución cubana. Falta espacio para explicar que la revolución cubana fue, en la superficie de su fachada, un fenómeno de comandantes, pero en la profundidad de su verdadera estructura de poder y trabajo operativo fue un asunto de capitanes. Una historia de hombreshormigas

trabajando desde las sombras para Fidel Castro. Ya fuera engrandeciendo su imagen,

124

cuidando de su vida, destruyendo a sus opositores o buscándole alianzas que le darían aún más poder y engrandecerían aún más su imagen. Porque si algo sabían esos comunistas es que el poder engrandece y que el poder absoluto engrandece absolutamente.

En el caso de la oposición interna, por muy fuerte que llegara a parecer, el Partido pudo evitar que se convirtiera en un gran problema. Los comunistas, después de casi siete lustros de estrategia Fabiana, o de empujar sin darse muchos golpes, habían logrado llegar al 1 de enero de 1959 con su organización clandestina y su aparato de Inteligencia casi intactos. Así se lo dijo Ramón Nicolau a Alberto Mora a finales de 1958 durante la reunión que tuvieron en presencia de Guillermo Cabrera Infante:

“Modestamente, compañero, nosotros tenemos nuestra organización intacta. Hemos tenido suerte con la policía”.<sup>284</sup>

Era verdad, y es por eso que al triunfo de la revolución el Partido contaba con hombres y mujeres infiltrados en todos los niveles e instituciones de la sociedad cubana. A partir de marzo de 1959, por ejemplo, Mario Morales Mesa pasó a trabajar como agente del recién creado Departamento de la Seguridad del Estado (DSE) mientras al mismo tiempo se infiltraba dentro del grupo anticastrista de Plinio Prieto, un comandante del Ejército Rebelde que terminaría alzándose contra los Castro. Morales también aprovechó su pasado gansteril, y la relación de amistad que había cultivado durante el mismo con uno de los hombres de confianza de Rolando Masferrer, y así obtener informaciones muy valiosas para el recién formado DSE. En unas pocas semanas los militantes que él dirigía —uno de ellos antiguo miembro de los Tigres de Masferrer, y el otro un hombre de confianza del esbirro batistiano Orlando Piedra— penetraron la Rosa Blanca, considerada como una de las primeras organizaciones anticastristas

que surgieron en Cuba. Con el tiempo Mesa pasaría a dirigir el llamado Buró de Atentados, la sección del DSE encargada de penetrar y desactivar los atentados contra Fidel Castro. Como parte de ese trabajo Mesa vivió una de las tantas historias que conectan a Fidel Castro y a la revolución cubana con el PCC y con hechos ocurridos durante el “machadato”.

Uno de los atentados mejor concebidos contra Fidel Castro fue planeado a principio de los años 60 en casa de la viuda de Gerardo Machado. Varios opositores cubanos, todos previsiblemente identificados por la historiografía oficial como agentes de la CIA, conspiraron en esa casa con la hija del expresidente, la señora Bertha Machado, para matar a Fidel Castro. En una de esas reuniones sucedió que Bertha se estaba arreglando el pelo y no se le ocurrió pedirle a su peluquera que saliera de la habitación. Aseguró que esta era de su completa confianza y que los complotados podían hablar delante de ella.

La peluquera se llamaba, o se llama, Concepción López y era hija de un viejo comunista, amigo de Julio Antonio Mella, que fue asesinado en la ciudad de Sagua la Grande por los hombres de Machado. La madre de Concepción intentó denunciar el asesinato, pero fue “diagnosticada” como demente e internada en el hospital psiquiátrico de La Habana. Concepción fue a vivir a casa de un tío, pero dice que con solo 6 años de edad se escapó para montarse de polizona en un tren y llegar a la capital. Pidió limosnas y deambuló por las calles hasta que fue a dar a la casa de una mujer que era también de Sagua la Grande. Poco tiempo después Concepción se reunió con su madre y las dos empezaron a trabajar como domésticas. Cuando creció quiso ser peluquera. De inicio aprendió el oficio a machetazos y después con soltura. Se vinculó al sindicato del ramo, conoció a Lázaro Peña, fue alfabetizada por Salvador García Agüero, ingresó en la Juventud Comunista y fue captada por el aparato clandestino de esa organización.

Trabajó como peluquera para la Comisión de Habilitación y ya para 1960 llevaba siete años peinando a la familia del hombre que ella identificaba como culpable de la muerte de su padre. De más está decir

125  
que Concepción se esmeró con el moño de Bertha Machado tanto como pudo y después fue a informar a sus compañeros del Partido y la Seguridad del Estado.<sup>285</sup> Como resultado de esa delación el DSE pudo anular el atentado, infiltrar a Concepción en las filas de los opositores y detener, pasado el tiempo, a una gran cantidad de hombres y mujeres que trabajaban para derrocar al castrismo.

Nada de eso pasaba inadvertido para Fidel Castro, o más bien venía a sumarse a la larga lista de favores que ya les debía a los comunistas desde sus tiempos de estudiante en la Universidad de La Habana. Favores que, a su vez, reforzaban la idea de que si quería sobrevivir a 90 millas de los Estados Unidos, eternizándose en el poder, tenía que dejarse llevar por esa organización que era la única capaz de convertirlo en un dios tan eterno como Stalin. Solo ellos podían cuidarle la vida, destruir a sus enemigos y asegurarle los buenos deseos y la protección del único país del planeta capaz de enfrentarse al gigante del norte.

Solo los hombres del NCIS del PCC podían conjurar el matrimonio secreto del castrismo con la URSS mientras les hacían creer al mundo, a los Estados Unidos, a los cubanos, a la mayor parte de sus militantes y a casi toda la nomenclatura soviética, que esa unión, lejos de estar codificada en el genoma del castrismo desde mucho antes del triunfo de la revolución, había sido el resultado de un proceso lento y azaroso. La pura realidad es que esas relaciones venían desde mucho antes. Algo que lo demuestra muy bien es la defensa de los cielos del castrismo, desde la cacareada Operación Antiaérea hasta la venta temprana de aviones de combate soviéticos a Cuba.

En marzo de 1958 el M26-7 pudo crear el II Frente Oriental bajo el mando de Raúl Castro. El centro de operaciones fue una cadena montañosa conocida como Sierra Cristal. Como era de esperarse la jefatura política de ese frente se convirtió enseguida en un nido de comunistas, entre ellos, Jorge Risquet. Ese siempre fue el plan, utilizar a Raúl Castro como trastienda o puerta trasera de las relaciones PCC-castrismo, como plan B en caso de que algo le sucediera a Fidel Castro, y como fachada de muchas acciones de los comunistas que —a pesar de ser del conocimiento de Fidel Castro— siempre serían presentadas como “las cosas de Raúl”.

El II Frente incluía en su territorio las tierras del famoso Realengo 18 y estaba, además, cerca de la Base Naval de Guantánamo. La aviación de Batista decidió reaprovisionar en la Base para hacer una mayor cantidad de vuelos y bombardeos. De inicio los estadounidenses autorizaron que los aviones aterrizaran y fueran abastecidos. El problema fue que el día 14 del mes de marzo de 1958 la administración Eisenhower había decretado el embargo de armas al gobierno de Batista, en lo que fue un golpe demoledor para la moral de las tropas batistianas. Los castristas sabían que los aviones estaban reaprovisionando en la Base y que algunos, muy pocos, bombardeaban a la población civil. Esas informaciones dieron lugar a la famosa Operación Antiaérea, que no fue más que el secuestro de un grupo de marines y trabajadores estadounidenses de la zona. Unos gringos que fueron invitados a pasar un picnic en la Sierra Cristal mientras Raúl Castro negociaba su liberación a cambio del cese del

aprovisionamiento de los aviones batistianos en la Base, y el compromiso de hacer efectivo el embargo de armas contra Batista.

Durante mucho tiempo se ha presentado la Operación Antiaérea como una decisión inconsulta de Raúl Castro y sus guerrilleros. Esa versión descansa, una vez más, en una narrativa que intenta esconder la enorme complejidad de una operación de ese tipo. Para empezar, las claves del éxito no estaban en el secuestro del personal estadounidense. Esa acción, relativamente fácil de ejecutar, nunca habría dado los resultados esperados de no existir otras condiciones. Era necesario tener pruebas irrefutables no solo del aterrizaje y despegue de los aviones batistianos en la Base, o de su reaprovisionamiento, sino de que esas acciones habían sido aprobadas por el gobierno de los Estados Unidos. La otra condición

126

indispensable para el éxito de la operación estaba en la propaganda inmediata y bulliciosa que esta pudiera generar.

La Operación Antiaérea fue planificada con un nivel de profesionalismo y un alcance que el M26-7 nunca tuvo. Es por eso que la versión oficial nunca aclara el origen de las pruebas que dieron origen a la misma. Se habla de que Raúl Castro recibió “una foto y documentos de gran importancia de manos del Departamento de Inteligencia Rebelde”.<sup>286</sup> Un eufemismo encaminado a esconder al aparato clandestino del PCC y la participación del mismo en esa jugada. Un vínculo que a su vez revela el general Ion Mihai Pacepa en un artículo publicado en el año 2006, cuando asegura que “en junio de 1957, Leonov (Nikolai) le dio documentos y fotografías mostrando que Washington le estaba dando armas y apoyo logístico a Batista, y sugirió que Raúl secuestrara a unas cuantas docenas de americanos para forzar a Eisenhower a retirarse del conflicto. Raúl así lo hizo”.<sup>287</sup>

Ya hoy se reconoce que el arquitecto de la operación fue Manuel Piñeiro, el célebre “Barbarroja”, el mismo tipo que un año antes se había encargado de hacerle llegar al M26-7 las armas que “sobraron” del Asalto al Palacio Presidencial.<sup>288</sup> Tan pronto las pruebas del apoyo estadounidense a Batista llegaron a manos de Raúl Castro, este ordenó el secuestro de los estadounidenses. Acto seguido firmó un manifiesto de denuncia que fue llevado por el comunista José “Pepe” Ramírez desde la Sierra Cristal hasta La Habana y desde esta hacia la ciudad de México por el eficiente Víctor Pina Cardoso.<sup>289</sup> Desde tierra azteca la proclama fue distribuida a toda Latinoamérica, a los Estados Unidos y al mundo, en un trabajo en el que tomó parte Isidoro Malmierca, un hombre de los soviéticos que a la sazón se encontraba, casualmente, en México.<sup>290</sup>

Mientras tanto, en Miami, el periodista Carlos Alberto Tenório, de la revista brasileña *Manchete*, entraba en contacto con el alto mando del M26-7 en esa ciudad. Ese contacto pudo ocurrir gracias a la intervención de la esposa del señor Vasco Leitão da Cunha, embajador de Brasil en La Habana y decano del cuerpo diplomático. Un hombre que había dado asilo en su embajada a una gran cantidad de revolucionarios cubanos. Fue gracias a la ayuda de la señora Da Cunha que Tenório pudo subir a la Sierra Cristal y reportar, junto con otros periodistas estadounidenses que también subieron, el buen trato que recibieron los rehenes, las razones para el secuestro de los mismos y el desenlace de las negociaciones. Tenório escribió dos reportajes que fueron publicados en *Manchete* el 2 y el 23 de agosto de 1958. Casi cuarenta años después, en 1996, publicó un libro titulado *El señor de todas las armas*, en el que relata sus aventuras en la Sierra Cristal y las cosas que vio y escuchó durante su estancia en la misma.

En un punto de su libro, Tenório reporta que le preguntó a un guerrillero sobre la composición de la tropa y este le respondió que “la mayoría son exmaquis franceses de la Segunda Guerra Mundial. Pero también existen, por todo el territorio, instructores checoslovacos y de otra procedencia [...] que se encargan de enseñar tácticas de guerra y de guerrilla, sirven de intérpretes y, sobre todo, hacen adoctrinamiento político comunista”.<sup>291</sup> Estas revelaciones son extraordinarias y ameritan ser analizadas con mucho cuidado. Por un lado, dado los vínculos del castrismo con el PCC, y de este con las Inteligencias soviética y checa, es posible aceptar la posibilidad de la presencia de algunos asesores. Al mismo tiempo hay que reconocer que el costo de su descubrimiento habría sido tan alto que resulta muy difícil creerlo. Es importante recordar, además, que no pocos comunistas cubanos eran de origen centroeuropeo, hablaban el español con acento y habían participado en la guerra civil española y en la Segunda Guerra Mundial.

Otra información sobre la temprana presencia checa en la revolución cubana viene de los propios archivos soviéticos. Según estos, a inicios de diciembre de 1958 los representantes costarricenses de una

127

empresa de importaciones llamada Polini San José hicieron contacto con la embajada de Checoslovaquia en la ciudad de México solicitando “el suministro de rifles, morteros y municiones para los rebeldes de Fidel Castro”. La Inteligencia checa, que desde 1948 era incapaz de tomar una decisión sin consultar con Moscú, pidió asesoramiento a los soviéticos y recibió respuesta a través de una

decisión del Presídium del Comité Central.<sup>292</sup> En esa resolución el PCUS aprobó “la intención de los amigos checos de ayudar al movimiento de liberación en Cuba”, y dio instrucciones precisas de no dejar ningún rastro escrito diciendo que la armas eran para Cuba, que verificaran exhaustivamente la seriedad de las intenciones de la compañía (léase contacto), y que no enviaran ningún arma que pudiera ser rastreada como perteneciente al bloque soviético.

Inmediatamente después del triunfo de la revolución continuaron los contactos con Checoslovaquia. Así lo reconoce Luis García Gutiérrez (Fisín) en sus memorias cuando dice que “en medio de aquellos días [posteriores al 1 de enero de 1959], oportunidad llena de felicidad, viajé en misión oficial a Praga, en unión del compañero Víctor Pina”.<sup>293</sup> Un viaje en el que según Fisín se encontraron, de una forma completamente casual e inesperada, y mientras paseaban por los puentes del río Moldava, con Fabio Grobart y su esposa. Todo, como debía ser, muy casual.

Mientras Grobart, Pina y Gutiérrez conspiraban en Praga, Severo Aguirre llegó a Moscú, en febrero de 1959, para entrevistarse con Alexander Alexéiev,<sup>294</sup> el oficial de la KGB que llegaría a Cuba en octubre de 1959 y terminaría siendo el embajador de la URSS ante el castrismo durante varios años. Su verdadero apellido era Shitov y ya para esa fecha tenía una larga historia como espía soviético. Estudió francés y español en la Universidad estatal de Moscú y fue preparado para quedarse en la capital soviética en caso de que esta cayera en manos de los alemanes. Después de la retirada fascista fue enviado a Teherán y, ya al final de la guerra, empezó a trabajar en la zona liberada por los Aliados en el norte de África, países en los que se dedicó, gracias a su dominio de la lengua francesa, a reclutar agentes para la KGB. Una vez terminada la guerra se radicó en París, ciudad en la que hizo crecer la *agentura* que ya había reclutado en África. En 1951 fue llamado de vuelta a Moscú y en 1954 lo enviaron a Latinoamérica con la misión de reclutar agentes y cultivar buenas relaciones con políticos prosoviéticos. Su base estaba en Buenos Aires, pero sus actividades cubrían todo el continente.<sup>295</sup> En enero de 1959 solicitó ir a Cuba y su solicitud fue aceptada por el alto mando de la KGB, pero no llegó a La Habana hasta inicios de octubre de ese año.

En su entrevista con Alexéiev, Aguirre dejó claro que el PCC merecía ser reconocido por el triunfo de la revolución cubana, pero por las razones equivocadas. Según Aguirre, el gran mérito de los comunistas había sido embridar los métodos violentos de Fidel Castro.<sup>296</sup> Esa afirmación ilustra, una vez más, las confusiones que surgen cuando se analiza al PCC como una organización homogénea. Aguirre siempre fue un cuadro del ala política del Partido, su trabajo dentro de este, sobre todo durante el período guatemalteco, pudo haberlo puesto en contacto con algunas de las personas y capacidades del aparato clandestino del PCC y, quizás, con ciertos aspectos del trabajo del Núcleo Central de Inteligencia Soviética, pero Aguirre nunca estuvo llamado a conocer los aspectos íntimos de las relaciones de los Castro con el PCC.

Esa es una pregunta que ningún *cubanólogo* se hace a la hora de analizar las relaciones del castrismo y de los soviéticos con los comunistas cubanos: ¿a qué ala del Partido pertenece el cuadro del que se está hablando? Esa pregunta es esencial, porque no es lo mismo una conversación entre Aguirre y Alexéiev que la reunión ocurrida, a inicios de marzo de 1959, entre un representante del PCC, todavía hoy no identificado, y el mariscal Sokolovsky, en ese momento jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo. En esa reunión, que tuvo lugar para discutir las relaciones futuras entre los dos ejércitos, el

representante cubano entregó un informe titulado: *Las fuerzas armadas tradicionales y actuales en Cuba*.<sup>297</sup> Resulta difícil imaginar un militante más idóneo que Flavio Bravo para escribir y presentar ese informe, un cuadro del que ya hoy se sabe que entre 1952 y 1959 pasó más tiempo en la URSS que en cualquier otro país y que durante esos años estudió en las escuelas del PCUS y se graduó en la Academia Militar Frunze.

Un aspecto interesante de esa reunión es el momento en el que ocurrió y las cosas que estaban pasando en Cuba durante la misma. Resulta que, después del triunfo de la revolución, el castrismo se dio a la tarea de apresar y juzgar a los pilotos militares que habían participado en los bombardeos de las serranías orientales. Era bien sabido, sin embargo, que muchos de esos pilotos dejaban caer sus cargas mortales en el mar y no eran culpables de crimen alguno. En el primer juicio, que se inició en febrero de 1959, quedó demostrado que era imposible saber quién había bombardeado y quién no. Ante esa imposibilidad, y siguiendo el viejo principio de no condenar a inocentes, el presidente del tribunal militar que los juzgó, el comandante Félix Peña, decretó que era necesario absolverlos a todos. La misma noche del 2 de marzo de 1959, Fidel Castro se presentó ante las cámaras de la Televisión Cubana, montó su show mediático, anuló el juicio, convocó a un nuevo tribunal e incluyó en el mismo, entre otros, a Manuel Piñeiro. Unos pocos días después decenas de pilotos inocentes fueron condenados a largas penas de prisión y el antiguo presidente del tribunal, el comandante Félix Peña, apareció muerto.

Durante ese mismo mes de marzo ya hoy se sabe que Raúl Castro tuvo su primer contacto con

emisarios soviéticos en La Habana. Así lo declaran Fursenko y Naftali en la página 36 de su libro, aunque no refieren cita bibliográfica ni testimonio personal alguno que sustente esa afirmación. El dato, sin embargo, adquiere credibilidad cuando se pone en el contexto de las declaraciones de Florentino Aspillaga, el desertor de la Inteligencia castrista, asegurando que su padre, un hombre vinculado a los soviéticos y al aparato clandestino del PCC desde los años 30, acogió en su casa al primer enviado de la Inteligencia soviética en Cuba. Un cuadro que visitó La Habana alrededor de marzo de 1959 para entrevistarse con Raúl Castro y trazar “las líneas generales de la alianza que florecería”.<sup>298</sup> No olvidemos, además, la vieja relación del castrismo con la Inteligencia Militar Soviética (GRU) y el hecho de que ya para marzo de 1959 Ramiro Valdés, uno de los cuatro fundadores de la Seguridad del Estado castrista, estaba comprometido con Irina Trapote, la hija de Víctor Trapote, el hispano-soviético y teniente coronel del GRU que había ayudado a los Castro en México.

Así las cosas, y allá en Moscú, mientras Severo Aguirre brindaba sus sesgadas opiniones políticas a Alexéiev, otro miembro del PCC se entrevistaba con el mariscal Sokolovsky para cortar el pastel verdadero. Es difícil saber cuáles fueron los acuerdos que salieron de esa reunión de alto nivel. Lo que sí parece evidente es que de ella surgió la idea de entrenar pilotos cubanos en el manejo de los aviones soviéticos. Una necesidad perentoria después de ese segundo juicio en el que decenas de pilotos batistianos, casi todos entrenados en los Estados Unidos, serían oportunamente encarcelados. La idea de entrenar pilotos fue discutida abiertamente cuatro semanas después, a inicios de abril de 1959, cuando Raúl Castro envió a Lázaro Peña a Moscú con la encomienda de solicitarles a los soviéticos el envío de dos comunistas de origen hispano que fueran graduados de las academias militares de la URSS, para “ayudar al ejército cubano en asuntos generales y en la organización del trabajo de Inteligencia”.<sup>299</sup> La solicitud de Raúl Castro fue debidamente analizada en la reunión del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS del 23 de abril de 1959. En ella se tomó la decisión de enviar los dos asesores hispano-soviéticos solicitados por Cuba y se decidió, además, incrementar la cifra a quince y pagar los gastos y salarios de cada uno de ellos.<sup>300</sup> De esa forma la tradición iniciada por Víctor Trapote y sus

129

correligionarios en México se convirtió en política oficial y le dio al castrismo una enorme ventaja en su lucha contra la oposición interna. Los cuadros hispano-soviéticos enviados tenían una larga experiencia de lucha y represión que habían adquirido durante la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial y, en algunos casos, durante sus andanzas por el mundo como agentes de Moscú. Un buen regalo, pero no el único, porque durante las conversaciones con Peña el mariscal Sokolovsky propuso entrenar pilotos cubanos en el manejo de aviones soviéticos.<sup>301</sup>

Regresemos ahora a la historia de aquellos pilotos mal juzgados. Una ilegalidad que muchos ingenuos vieron como una prueba más del afán justiciero de Fidel Castro. Otros aprovecharon el incidente para reforzar el mito de la habilidad del líder de la revolución para los manejos maquiavélicos: Fidel Castro “el bicho” —que es como llaman en Cuba a los ventajistas y manipuladores—, o el tipo capaz de concebir la jugada maestra de anular, con un simple juicio amañado, una buena parte de la futura fuerza aérea de la contrarrevolución. Presos todos y los aires de Cuba serían para siempre del castrismo.

La realidad es mucho más pedestre y tiene que ver con la experiencia acumulada por el comunismo internacional en el arte de alcanzar el poder y mantenerlo. Una práctica que los soviéticos y sus aliados refinaron durante la instauración de las llamadas Democracias Populares en los países de Europa del Este al terminar la Segunda Guerra Mundial. Un proceso impositivo en el que un número muy pequeño de comunistas nacionales, apoyados por asesores soviéticos y por las tropas de ocupación del Ejército Rojo, fueron capaces de anular el anticomunismo de la mayoría de sus conciudadanos, destruir cualquier intento de oposición y hacerse de un poder muy difícil de retar.

En Cuba, el equivalente del Ejército Rojo fue el Ejército Rebelde, pero el resto del proceso fue muy similar y se hizo siguiendo un protocolo muy parecido. Una forma de hacer las cosas que en el caso de los pilotos no habría funcionado de no existir la posibilidad de crear una fuerza aérea propia que además de ser leal estuviera bien entrenada. Ese fue uno de los resultados de la conversación de un cuadro muy parecido a Flavio Bravo con el mariscal Sokolovsky; un arreglo que sucedió casi al mismo tiempo que el jefe del tribunal daba su veredicto absolutorio, allá en Cuba, y Fidel Castro ordenaba repetir el juicio. Todo estaba cuadrado de antemano, y los únicos que tenían poder ejecutivo para garantizar la ayuda soviética en el entrenamiento de los nuevos pilotos cubanos no eran los castristas, ni los militantes políticos del PCC (como Severo Aguirre o Lázaro Peña). Solo los hombres del NCIS podían lograr algo así.

El 24 de marzo de 1959, a su regreso desde Moscú hacia La Habana y como cabría esperar, Severo Aguirre recaló en Praga y tuvo una reunión de alto nivel con miembros del Comité Central del Partido Comunista Checo. Durante esa reunión, y después de dar las mismas opiniones sesgadas que le había dado a Alexéiev, Aguirre aclaró que, con respecto a la solicitud de armas hecha en diciembre de 1958,

la situación había cambiado gracias a la rápida caída de la dictadura de Batista. Acto seguido acotó que, en caso de que el gobierno cubano hiciera una solicitud similar, sería correcto que los camaradas checos la cumplimentaran. Como consecuencia de esa reunión los checos decidieron enviar una misión comercial a La Habana.

El 15 de abril de 1959, mientras los soviéticos recibían la solicitud de Lázaro Peña, Fidel Castro llegó a los Estados Unidos en una visita no oficial en la que además de saltarse las normas protocolares, burlarse un poco de Nixon y chapurrear en inglés, aprovechó para visitar varias ciudades y mostrar a la opinión pública estadounidense su verdad sobre Cuba. Una buena parte de esa Operación Verdad era jurar que la suya no era una revolución comunista. Ese era su papel, el de un Caballo de Troya que iba por el mundo mintiendo sin enrojecer mientras en Cuba, y en el campo socialista, sus correligionarios

130

verdaderos daban los pasos necesarios para garantizarle el brillo de su adorada imagen, la protección de su preciada vida, y el poder absoluto que tanto deseaba.

A inicios de julio de 1959 llegó a Cuba una misión checa, encabezada por el ministro de Comercio Exterior Miroslav Maruska, quien sostuvo conversaciones en La Habana con el capitán Antonio Núñez Jiménez. Durante esa reunión Jiménez expresó el deseo de que las armas checas no fueran enviadas directamente hacia Cuba, sino a través de un tercer país, para de esa forma evitar lo que había sucedido en Guatemala en 1954, cuando la llegada de un barco con armas checas sirvió de pretexto para la intervención armada. Días después, el 17 de julio, ocurrió la teatral sustitución de Manuel Urrutia Lleo, presidente de la República, por Osvaldo Dorticós. Una sustitución muy oportuna si se toma en cuenta la marcada tendencia anticomunista del doctor Urrutia Lleo y el hecho de que el 13 de agosto, día del cumpleaños de Fidel Castro, Dorticós recibió oficialmente al camarada Miroslav Maruska.<sup>302</sup>

Una vez más los checos pidieron instrucciones a Moscú y descubrieron que no estaban solos. Desde inicios de 1959 la embajada de Polonia en Suiza había recibido múltiples solicitudes de la delegación cubana en ese país para la compra de productos polacos. En algún momento los cubanos subieron la parada y pidieron comprar armas a través de una compañía fantasma que habían creado en Austria.<sup>303</sup>

La solicitud de instrucciones de checos y polacos fue analizada en una reunión del Presídium de la URSS del 23 de septiembre de 1959. En esa reunión, en la que no estuvo presente Nikita por estar viajando, se tomó la decisión de que “por el momento no era conveniente suministrar armas a Cuba”.<sup>304</sup> Pocos días después, el 30 de septiembre, y ya con Nikita de regreso, el Presídium cambió de opinión y autorizó que los polacos le vendieran a Cuba armas soviéticas fabricadas en Polonia.<sup>305</sup> La autorización a los checos para que hicieran lo mismo no tardó en llegar.

La compra de armas checas se hizo a través de una compañía fantasma que los cubanos habían creado en Suiza. Al final el deseo de que las armas entraran en Cuba de contrabando se vio cumplido, pero de una forma que el Movimiento 26 de Julio, o su Ejército Rebelde, nunca habrían podido lograr. Solo los comunistas cubanos o, para ser más exacto, los miembros del NCIS podían desarrollar en tan poco tiempo una operación tan compleja en la que terminarían involucrados al menos cinco países (Polonia, Checoslovaquia, URSS, Austria y Suiza) y que además requería la autorización de la más alta dirigencia soviética.

Las informaciones anteriores permiten asegurar que cuando Alexéiev llegó a La Habana, a inicios de octubre de 1959, no lo hizo para explorar o averiguar algo que los soviéticos necesitaran saber. En ese momento las líneas básicas del compromiso soviético con el castrismo ya estaban bien establecidas. La llegada de Alexéiev no es, entonces, el inicio de las indagaciones soviéticas alrededor de Fidel Castro. Es el inicio de la formalización directa con el líder de la revolución de acuerdos y planes que ya los comunistas se habían encargado de perfilar. Alexéiev sí sabía a lo que iba y lo hizo con una rapidez que no encaja con titubeo alguno. Llegó a La Habana el 1 de octubre y unos días después se entrevistó con Fidel Castro en presencia del comunista Antonio Núñez Jiménez. Después del vodka y el caviar, la conversación fue directo al grano: restablecimiento de relaciones diplomáticas, ayuda económica de la URSS a Cuba y una invitación para que Anastas Mikoyan —que, casualmente, se encontraba en México al frente de la Exhibición de los logros culturales y tecnológicos de la Unión Soviética— cambiara su próximo destino (Sri Lanka) y visitara La Habana. Al otro día de la entrevista Fidel Castro anunció la creación del Ministerio de las Fuerzas Armadas y nombró a su hermano como ministro. Una jugada que dejó a Camilo Cienfuegos, que era el jefe del Ejército Rebelde, sin poder ejecutivo alguno y selló el destino de ese popular jefe guerrillero. Menos de tres semanas después Camilo desaparecería sin dejar rastro alguno.

131

El mismo día de la desaparición, el 28 de octubre, salió hacia Europa una delegación cubana con la intención de comprar aviones de guerra. Los archivos de la Inteligencia checa refieren que el 2 de noviembre de 1959 esos servicios supieron de un grupo de cubanos que había viajado a Viena vía Madrid y que querían ir a Praga para comprar aviones MiG-18.<sup>306</sup> Los miembros de esa delegación

fueron el capitán Víctor Pina Cardoso y los pilotos César Alarcón Fonseca, Roberto Mena, Álvaro Prendes y Douglas Rodríguez. El único miembro del grupo que no era cubano respondía al nombre de Julio Donoso. Esa misma información aparece recogida en los archivos liberados de la CIA, en uno de cuyos informes se puede leer que “un reporte del 28 de octubre de 1959, de una fuente confiable, estableció que el gobierno cubano estaba planeando la compra de hasta 100 Mig-18. Dentro de la misión de compra estaban César Alarcón Fonseca, piloto de la compañía cubana de aviación y protegido de Raúl Castro, y el Capitán Víctor Pina Cardoso”.<sup>307</sup>

¿Pudieron los cubanos comprar esos aviones? La respuesta la da Julio Donoso, un chileno millonario que había llegado a Cuba a mediados de 1959 y que ya en ese momento tenía una larga historia como empresario rojo; o sea, como uno de esos hombres de negocios que los Partidos Comunistas o la Inteligencia soviética usaban para generar y esconder sus fuentes de financiamiento. Donoso había hecho su fortuna vendiendo cobre chileno a Polonia junto con dos emigrados húngaros que habían llegado a Chile después de la Segunda Guerra Mundial. Según cuenta en sus memorias, fue él quien financió ese viaje de los cubanos a Europa y al final, cuando todas las gestiones en los países occidentales fracasaron, fue él quien se puso en contacto con una conocida —que describe como una espía húngara— para que les abriera las puertas de Praga. Así sucedió y a partir de ese momento todo fue viento en popa. En Checoslovaquia, dice Donoso, pudieron “comprar todo, absolutamente todo lo que habían ido a comprar, y de regalo recibieron varios aviones DC4 casi nuevos”.<sup>308</sup>

Si esa historia es cierta, y los cubanos pudieron comprar esos aviones, e introducirlos en Cuba antes de 1961, podríamos estar en presencia de una de las razones por las que el presidente Kennedy decidió no enviar el apoyo aéreo que la Brigada 2506 tanto necesitó y que nunca tuvo durante los combates de Playa Girón. Lo interesante del caso es que el resultado habría sido similar si esa historia solo hubiera sido parte de una operación de desinformación para hacerles creer a los estadounidenses que antes de 1961 ya Cuba contaba con aviones de combate soviéticos. El tiempo dirá, pero lo que sí está claro es que nada de eso pudo haber sucedido sin el visto bueno de los soviéticos y sin que existiera, antes de la llegada de Alexéiev a Cuba, una estrecha colaboración entre el aparato de Inteligencia del PCC y sus homólogos soviéticos.

En noviembre de 1959 Alexéiev viajó a la ciudad de México para entrevistarse con Mikoyan, hacerle llegar la invitación de Fidel Castro y rendirle su informe sobre la situación en Cuba. La respuesta de Mikoyan tampoco mostró titubeo alguno. Estaría encantado de irse a La Habana al frente de la Exposición. Después escribió un mensaje a Moscú en el que sugirió que la URSS comprara alrededor de medio millón de toneladas de azúcar cubana cada año y extendiera créditos muy favorables en moneda convertible.<sup>309</sup> El único punto en el que Mikoyan pareció titubear fue en el de la venta de armas a Cuba, una duda típica de un estalinista que quizás no estaba al tanto de las conversaciones con Sokolovsky, la aprobación del Presídium al envío de armas checas y polacas, y el hecho de que ya para esa fecha estaban arribando a Praga los primeros pilotos cubanos.

Al final Mikoyan no pudo visitar La Habana antes de que terminara el año 1959. La razón fue que en los escasos once meses que habían pasado desde el triunfo de la revolución los comunistas se las habían arreglado para sacar del poder a tres de sus más fervientes opositores: el comandante Pedro Luis Díaz Lanz, jefe de la Fuerza Aérea, el presidente de la República, doctor Manuel Urrutia, y el comandante

132

Huber Matos, jefe militar de la provincia de Camagüey. El 28 de octubre había desaparecido Camilo Cienfuegos y un mes después más de un millón de personas se congregaron en La Habana para escuchar un discurso radial del papa Juan XXIII. Las condiciones no eran las más adecuadas para una visita. Ante esa situación, el centro de la KGB en la ciudad de México envió un mensaje a Moscú indicando que la situación en Cuba no estaba bajo control y temían por la seguridad de Mikoyan.<sup>310</sup> El viaje fue pospuesto para la lejana fecha de febrero de 1960.

Durante esos meses los soviéticos y su contraparte cubana no se quedaron con los brazos cruzados. Una de las primeras cosas que hizo Moscú fue ir a decirle a Fidel Castro que, según fuentes de las Inteligencias checa y polaca, los Estados Unidos estaban entrenando cubanos para invadir a Cuba junto con 3.000 españoles que también se estaban preparando en la República Dominicana.<sup>311</sup> La información resultó ser falsa, pero sirvió para avivar la proverbial paranoia de Fidel Castro y reafirmar su idea de armarse hasta los dientes; deseo que empezó a ser cumplido cuando el Kremlin decidió acelerar, en enero de 1960, las operaciones encubiertas que ya había autorizado para introducir armas checas y polacas en Cuba.<sup>312</sup>

La respuesta del castrismo fue rápida. En enero de 1960 Emilio Aragonés visitó la embajada soviética en la ciudad de México para comunicarle a Nikolai Leonov que Fidel Castro estaba listo para deshacerse de los anticomunistas que todavía quedaban dentro del M26-7. Así pasaron a estar contados los días de hombres como el comandante Faustino Pérez y Marcelo Fernández dentro de la alta dirección de la revolución.<sup>313</sup> Ese recado disfrazado de predicciones que llevó el emisario de los Castro

resultó ser muy exacto. No pasó mucho tiempo antes de que Fernández y Pérez fueran desplazados de sus funciones y pasaran a ocupar cargos de menor cuantía y poder real. ¿Quién era Aragonés, de dónde salía su protagonismo dentro del castrismo y su acceso a Leonov? Los autores Fursenko y Naftali lo describen como el ayudante militar del “Che” Guevara. Sí, pero no.

Emilio Aragonés Navarro se vinculó desde muy joven al trabajo organizativo de la Juventud Comunista en la región central de Cuba. Es importante explicar que la Juventud Comunista repitió la separación de poderes que existía dentro del PCC. Por un lado, estaba el secretario general, un hombre dócil como Blas Roca, que se encargaba del trabajo político y de cumplir las órdenes que le daba el secretario de organización, que era Fabio Grobart y que siempre fue el jefe máximo de los aparatos clandestinos y de Inteligencia del Partido. De esa forma, casi todos los cuadros de la Juventud Comunista que eventualmente pasaron a trabajar con los soviéticos salieron de las secretarías de organización de la Juventud primero y del Partido después. Emilio Aragonés no fue una excepción. El papel más destacado que tuvo Aragonés durante la lucha contra Batista fue su participación indirecta en el llamado levantamiento del 5 de septiembre de 1957 en la ciudad portuaria de Cienfuegos. En esa fecha, algunos miembros de la Marina de Guerra de Batista decidieron alzarse en armas y tomar el control de la ciudad. El plan estaba coordinado para que sucediera mientras en La Habana ocurría algo parecido. Al final hubo un problema de comunicación, los habaneros decidieron aplazar el levantamiento, pero los cienfuegueros no se enteraron, iniciaron el asalto y fueron diezmados. Cualquiera que haya sido la razón del fracaso lo cierto es que se trata de otra de las tantas acciones contra Batista que, de haber triunfado, habrían puesto al castrismo en una situación difícil. La participación de los comunistas y de Aragonés en esa acción la describen los autores Jorge García Montes y Antonio Alonso Ávila así:

Los comunistas ya se habían preparado... enviaron a Cienfuegos unos 50 militantes, en su mayor parte de Cabaiguán. Se alojaron en una residencia del barrio de Buenavista, en las afueras de la ciudad, previamente

133

alquilada por Emilio Aragonés. Pero fueron detenidos... Aragonés, sin embargo, escapó de Cienfuegos. Se escondió en La Habana, en la casa de su tío, Alberto Aragonés Machado (e.p.d.), entonces Representante a la Cámara por un Partido del gobierno. Después salió para México. En la capital azteca trabó contacto con los encargados por el Partido de atender el “caso Cuba”. Recibió un curso especial, a cargo de instructores soviéticos. Llegó a gozar de tal grado de confianza que era el único cubano que trabajaba dentro de la Embajada de la Unión Soviética. Cuenta Ramón Moliné, hoy en el exilio, que cuando llegó a México, en unión del hoy Presidente de la República, Osvaldo Dorticós, en diciembre de 1958, fue sorprendido con la noticia de que Emilio Aragonés era uno de los personajes más descollantes del Movimiento 26 de Julio. En una ocasión —cuenta Moliné— fue a la Embajada Soviética para recibir la propaganda que allí se imprimía, y lo atendió, precisamente, Emilio Aragonés.<sup>314</sup>

Aragonés formaba parte, no sé si por nacimiento o por adopción, de eso que escuché referir como el Club de Cienfuegos, un grupo de comunistas de esa ciudad, todos vástagos de familias de la más alta burguesía, que llegaron a ocupar altos cargos dentro del castrismo. Entre ellos resaltan Carlos Rafael Rodríguez, Edith García Buchaca y Osvaldo Dorticós Torrado. La militancia de este último se mantiene todavía hoy en secreto; pero lo cierto es que Dorticós fue un criptocomunista que el Partido decidió “expulsar” para utilizarlo después en sus acciones encubiertas.

Así lo describen, sin saber, García Montes y Alonso Ávila en su libro cuando dicen:

Según todos los indicios el Partido tramitó a Osvaldo Dorticós. Posiblemente no quería más focos de insubordinación. El hecho cierto es que el Partido no atacó a Osvaldo Dorticós. Él pudo dedicarse a su bufete sin ser molestado, y hasta incorporarse a la sociedad burguesa de la localidad, donde llegó a ser Presidente del aristocratizante Cienfuegos Yatch Club... Antonio Villar, jefe del barrio donde estaba afiliado Osvaldo Dorticós, nos ha contado que el Partido le ordenó establecer contacto con el secretario de la Junta Municipal de Cienfuegos, Octavio Rodríguez, para destruir la afiliación de Dorticós, de manera que no quedara constancia de su anterior militancia.<sup>315</sup>

La razón del encubrimiento de la antigua militancia de Dorticós y de su condición de criptocomunista es obvia. Reconocerlo implicaría aceptar que el show mediático que Fidel Castro montó para deshacerse del doctor Manuel Urrutia —y sustituirlo por Dorticós como presidente de la República—, lejos de ser una de las tantas jugadas geniales del Comandante no fue más que el seguimiento de un protocolo predecible y aburrido. Una jugada cantada para poner a un hombre de confianza del PCC donde antes estuvo un cubano íntegro. De la misma forma que donde antes estuvo Díaz Lanz después estaría Pina Cardoso, donde estuvo Camilo Cienfuegos estaría Raúl Castro, y donde estuvo Marcelo Fernández (como coordinador nacional del M26-7) estaría otro miembro de esa organización que la embajada soviética en México describiría en un informe a Moscú como “un hombre estrechamente relacionado a los Amigos” (o sea, al PCC).<sup>316</sup>

¿Quién fue ese miembro de la alta jerarquía del M26-7 que la Inteligencia soviética reconoció, en 1960, como un hombre del PCC? La respuesta la da Isidoro Malmierca en sus memorias cuando dice que en 1960 el coordinador nacional del M26-7 no era otro que Emilio Aragonés.<sup>317</sup> Así, en el año 1997 Fursenko y Naftali revelaron, a partir de un documento desclasificado que databa de treinta y siete

años antes, la existencia de ese hombre del PCC dentro de la alta jerarquía castrista, pero no lo identificaron. Cualquier cubano medianamente enterado de la historia del castrismo sabe de quién se trata, pero es mucho más creíble cuando lo dice un hombre como Malmierca, que fue uno de los

134

primeros jefes de la Seguridad del Estado de Fidel Castro. Lo interesante del caso es que una buena parte de esa información ya había sido referida, en 1970, por dos autores cubanos radicados en Miami (García Montes y Alonso Ávila) y que nadie tomó en consideración. Bienvenidos a la Historia de la revolución cubana.

Mikoyan llegó finalmente a La Habana el 4 de febrero de 1960 y fue recibido en el aeropuerto por Fidel Castro. Días antes habían llegado a la capital cubana un grupo de agentes de la KGB disfrazados de Komsomoles (la organización juvenil de los comunistas soviéticos) y periodistas, entre los que estaban Arnold Kalinin, Marat Mojnachov y Valentin Mashkin. Ese grupo fue recibido en Cuba por Isidoro Malmierca y Joel Domenech, dos hombres de la Juventud Comunista que ya en esa época tenían una larga y estrecha relación con el NCIS del PCC y con los soviéticos.<sup>318</sup>

Los comunistas cubanos estaban seguros de que la visita de Mikoyan desataría protestas, y los hechos ulteriores confirmaron que no estaban errados. La delegación de Moscú fue invitada a poner una ofrenda floral a los pies de la estatua de José Martí en el Parque Central de La Habana. La ofrenda, que dibujaba la bandera de la URSS con rosas frescas y rojas, fue considerada por muchos como una afrenta a la soberanía y generó una protesta que terminó en batalla campal. Las fotos del enfrentamiento fueron publicadas en el siguiente número de la revista estadounidense *Life*. En una de ellas se puede leer un cartel que reza: “Fidel salvó a Cuba, Mikoyan la quiere hundir”. Pobre pueblo, que no sabía que esa visita ya estaba decidida desde mucho antes del triunfo de la revolución cubana.

Mikoyan, como era de esperarse del representante de un país que sí sabía, y mucho, de la revolución cubana, fue muy generoso con el castrismo. Extendió créditos por 100 millones de dólares estadounidenses,<sup>319</sup> se comprometió a comprar 5 millones de toneladas de azúcar en tres años a precios menores de los del mercado mundial y pagando solo el 20% en moneda convertible, pero asegurando un intercambio favorable del resto del monto por tecnología soviética y del campo socialista. Castro, por su lado, ya le había hecho saber a la dirigencia soviética, a través de su conversación con Alexéiev el día antes de la llegada de Mikoyan, que el peligro más grave que enfrentaba su gobierno no era una intervención militar estadounidense o la lucha contra la oposición interna, sino el estrangulamiento económico de un país que dependía en casi todo de los Estados Unidos. A pesar de eso Castro aseguró que bajo ninguna circunstancia él pactaría con los estadounidenses.<sup>320</sup> Después de esos votos de lealtad, deja de ser extraño que Mikoyan haya sido tan generoso. A fin de cuentas, la URSS estaba comprando una base militar de 111.000 kilómetros cuadrados a 90 millas de su enemigo principal.

Quedaba el detalle de armar hasta los dientes al castrismo, algo muy difícil de hacer de forma abierta sin que mediara una provocación estadounidense, o sin que los Estados Unidos lo vieran como una provocación. Ya desde enero de 1960 Moscú había decidido acelerar la propuesta de Praga y Varsovia de escalar el envío de armas hacia Cuba; y ya desde noviembre de 1959 el castrismo tenía pilotos entrenándose en Checoslovaquia. Pero también era cierto que en el primer año de su existencia la revolución cubana había enviado guerrilleros a Panamá, República Dominicana y Nicaragua. En algún momento los Estados Unidos podrían empezar a considerar la opción de acabar con el castrismo. No había que ser un analista militar de altos vuelos para saber que, en caso de una intervención militar estadounidense en Cuba, las tropas castristas serían barridas en unas cuantas horas. De lo que se trataba no era de triunfar, sino de ganar tiempo, todo el que fuera posible para esperar por la respuesta mediática, diplomática o militar de la Unión Soviética y el campo socialista. Esa era la única garantía de que Fidel Castro pudiera salir con vida. La pregunta era: ¿cómo armarse hasta los dientes sin provocar a los Estados Unidos o sin que mediara una provocación de estos? Entonces explotó *La Coubre*.

El 4 de marzo de 1960 el buque de origen francés *La Coubre* llegó a La Habana con un cargamento

135

de armas, municiones y explosivos que Cuba había comprado en Bélgica. En contra de las normas internacionales vigentes, que todavía hoy prohíben la entrada de barcos con explosivos en los puertos y los obligan a trasbordar su carga mar afuera, el carguero fue remolcado hacia el interior de la bahía de La Habana. Casualmente, el día antes de la explosión el “Che” Guevara había tenido una conversación con Alexéiev en la que le preguntó si la Unión Soviética estaría preparada para “ofrecer asistencia en caso de circunstancias extremas”.<sup>321</sup> Una pregunta premonitoria cuya respuesta exacta desconocemos, pero cuyo contenido esencial no es muy difícil imaginar. Días después, durante el sepelio de las víctimas de *La Coubre*, y mientras el “Che” Guevara ponía la cara de mármol que el fotógrafo Alberto Korda convirtió en pasquín de camisetas, Fidel Castro utilizó una analogía que no por descabellada deja de ser reveladora. Durante su discurso dijo: “Quien haya visto al pueblo avanzar hacia aquel hongo sin

saber de qué se trataba, puede estar seguro de que nuestro pueblo es un pueblo en condiciones de defenderse, es un pueblo capaz de avanzar hasta contra los hongos *de las bombas nucleares*”.<sup>322</sup> Solo a un ignorante se le puede ocurrir la comparación entre el hongo de una explosión convencional y el de una bomba atómica, pero no por eso deja de ser revelador el simil. Teniendo en cuenta la distancia entre Cuba y la URSS cualquier respuesta de Alexéiev a la pregunta de Guevara, el día antes de la explosión, tiene que haber pasado por una realidad insalvable: la ayuda logística convencional que los soviéticos pudieran darle al castrismo estaba condenada a desaparecer una vez se iniciaran las acciones. Los castristas tendrían que luchar con lo que tuvieran, y una vez que se les acabara tendrían que encomendarse a la Virgen. La única forma efectiva y real que la URSS tenía de proteger a Cuba era poniéndola bajo su sombrilla nuclear. Es difícil saber si Alexéiev lo dijo por lo claro, pero lo que sí resulta evidente es que el tema nuclear resonó después en el discurso de Fidel Castro.

Al otro día del sepelio de las víctimas de la explosión el comunista Antonio Núñez Jiménez invitó a Alexéiev a almorzar en su apartamento. A ese almuerzo improvisado asistieron además Fidel Castro, Raúl Castro y el “Che” Guevara. No más llegó el agente de la KGB y ya el Líder Máximo le estaba pidiendo que le sugiriera a Nikita el envío de armas convencionales, en submarinos que atracarían y serían descargados en alguna de las tantas cuevas con las que cuenta el territorio cubano. Cavernas costeras que el anfitrión del almuerzo, por ser geógrafo, conocía muy bien. Además de armas convencionales Fidel Castro pidió que le dejaran comprar aviones MiG en Checoslovaquia.<sup>323</sup> En fin, otra de esas tantas jugadas geniales que amigos y enemigos le adjudican a Fidel Castro: convertir el revés en victoria, transformar la supuesta agresión del imperialismo yanqui en un motivo para nacionalizar las empresas estadounidenses, cerrar los pocos espacios de libertad que pudieran quedar en Cuba y armarse hasta los dientes. Un genio el muchacho, de no ser por un detalle olvidado: la operación de *La Coubre* fue controlada desde su inicio por el PCC.

Tanto la compra de las armas como su transporte hacia Cuba estuvieron bajo la supervisión de los cuadros del Partido. Uno de los hombres encargados de esa operación fue Hiram Prats, amigo de mis padres y secretario organizador del comité de base de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana. Cuando Hiram se fue a Bélgica les dejó a mis padres el apartamento que tenía en la barriada habanera del El Cerro. Mis padres, a su vez, se fueron a vivir a casa de mi abuela paterna y le cedieron el apartamento a Octavio “Cuco” Basilio, un compañero que había sido torturado por la policía de Batista.

Según la agenda que mi padre usaba en aquella época, la dirección de Hiram en Bélgica era Misión Cubaine c/o FN Herstal. Nótese que dice “a la atención de” (“care of” o c/o) de FN Herstal, la famosa compañía productora de armas belgas con la que Hiram negoció la compra. Pensar que los comunistas volaron *La Coubre*, o que Hiram Prats tuvo algo que ver con eso, sería menospreciar el profesionalismo

136  
y la sutileza del trabajo de Inteligencia del PCC. Es verdad que levantan sospechas la premonitoria pregunta del “Che” Guevara a Alexéiev y el hecho de que el barco fue remolcado hacia el interior de la bahía de La Habana. También indica en ese sentido el show mediático que Fidel Castro montó para acusar a los estadounidenses, nacionalizar empresas, aumentar la represión y hacer su primer pedido frontal de armas a la URSS. Todo eso permite asegurar que los verdaderos favorecidos con la explosión de *La Coubre* fueron el propio Fidel Castro y los comunistas. Pero de ahí a pensar que estos metieron las manos directamente en la voladura del barco va un trecho muy largo.

Bastaba con dejarlo expuesto, como antes habían hecho con Julio Antonio Mella, a la furia del enemigo o a la astucia profesional de cualquiera de sus infiltrados dentro de las organizaciones contrarrevolucionarias. Era posible, también, y dadas las viejas relaciones del PCC con la Inteligencia soviética, hacerlo a través de la vasta red de agentes que la KGB manejaba en Europa. Los caminos para lograr que *La Coubre* volara eran casi infinitos, y al final de algunos de ellos pudo haber estado, incluso, la promoción de un agente del PCC dentro de cualquiera de las organizaciones opositoras al castrismo o de la Inteligencia estadounidense. Lo único que sabemos con certeza es que el barco explotó en circunstancias sospechosas y nunca bien aclaradas, que los únicos favorecidos fueron Fidel Castro y los comunistas y que, a pesar de que estos controlaron la operación desde el inicio, ninguno de los militantes implicados en la misma fue sancionado.

A partir de la explosión de *La Coubre* las relaciones entre el castrismo y la URSS fueron más abiertas. El 15 de marzo de 1960 Nikita Jruschov le envió un mensaje personal a Fidel Castro. En ese mensaje, entregado en comunicación oral por Alexéiev, Nikita le hizo saber al Líder Máximo del respaldo de la Unión Soviética y de los deseos de traducir ese respaldo en acciones concretas.<sup>324</sup> De inicio, y sabiendo exactamente por dónde empezar, le apuntó al ego y le hizo saber que la URSS estaba dispuesta a pagarle (con dólares estadounidenses) los honorarios correspondientes a la publicación de sus discursos. Una cifra simbólica para comenzar, pero que fue creciendo, alcanzó los \$385 en junio de

1960 (equivalentes hoy a \$3.080) y ya para febrero de 1961 llegó a convertirse en la respetable cifra de \$8.000 (equivalentes hoy a \$64.000).<sup>325</sup> La entrega de la remesa de junio de 1960 fue hecha en presencia del “Che” Guevara. Cuando Castro comentó que no podía haber llegado en mejor momento, porque no tenía dinero para comprar cigarros, el argentino hizo uso de su sarcasmo habitual para decir que era verdad que el Kremlin lo sabía todo.<sup>326</sup> En cuanto a las armas que tanto necesitaban, Nikita dejó claro en su carta oral que “el gobierno soviético estaba preparado ‘para dar asistencia en el suministro y entrega de éstas desde Checoslovaquia... y, en caso de necesidad, directamente desde la Unión Soviética’”.<sup>327</sup> Por último, y de nuevo para acariciar el ego, una invitación formal para que visitara la URSS.

Los cubanos hicieron un pedido de armamentos que superaba, con creces, las armas perdidas en *La Coubre*. Solicitaron 100 morteros con sus proyectiles, 200 cañones antitanques calibre 57 con sus proyectiles, 4.000 ametralladoras ligeras, 500 ametralladoras antiaéreas que en Cuba se conocen como “cuatro-bocas”, 10.000 fusiles con sus municiones y 100 tanques medianos de fabricación checa.<sup>328</sup> Para más suerte, el 20 de abril de 1960 la alta dirigencia soviética recibió un oportuno informe de la KGB indicando la posibilidad de que los Estados Unidos estuvieran averiguando el estado de las negociaciones entre Cuba y la URSS con respecto a la compra de armas. Ante esa información Nikita decidió subir la parada y ordenó que los cubanos recibieran, con carácter urgente, el armamento solicitado. Además, se decidió que Cuba no pagara nada. Para más rapidez y claridad, el 19 de abril de 1960 empezó a llegar el petróleo soviético a Cuba y el 8 de mayo se restablecieron las relaciones diplomáticas con la URSS. A inicios de junio, y como estaba calculado, las compañías petroleras

137

estadounidenses en Cuba se negaron a refinar el crudo soviético. En menos de un mes las refinerías de la Texaco, la Esso y la Shell fueron nacionalizadas sin indemnización. Todo eso mientras Raúl Castro viajaba a Checoslovaquia invitado por el ministro de Defensa de ese país. En la comitiva iba Ramiro Valdés, quien debía quedarse a pasar escuela con los checos a ver si por fin aprendía los rudimentos del trabajo de Inteligencia y dejaba de hacer las tonterías que tanto molestaban a Osvaldo Sánchez.

Fidel Castro le había dicho a Alexéiev que su hermano viajaría desde Praga a Moscú para entrevistarse con Nikita. Después cambió de opinión y ya con Núñez Jiménez en Moscú, preparando la llegada de Raúl Castro, decidió que su hermano no iría. Según el informe de Alexéiev, la razón del cambio de actitud de Fidel Castro fue el consejo del PCC de que los Estados Unidos podían atacar como represalia a las nacionalizaciones de las refinerías, y si eso sucedía era mejor tener a Raúl Castro como jefe del ejército y no al “Che” Guevara, que era quien lo había sustituido durante su ausencia.<sup>329</sup>

La respuesta de Nikita no se hizo esperar. Núñez Jiménez fue informado inmediatamente de que Cuba podía contar con el envío de muchos más fusiles de los que había solicitado, así como de un inesperado cargamento de tanques de guerra. No contento con eso, el líder soviético decidió que ya iba siendo hora de poner a Cuba bajo la protección de la sombrilla nuclear de la URSS. Así lo hizo saber durante una reunión que tuvo con un grupo de maestros soviéticos, en la cual, sin que viniera al caso, dijo: “...los artilleros soviéticos pueden apoyar al pueblo cubano con el fuego de sus misiles en caso de que las fuerzas agresivas del Pentágono se atrevan a iniciar una intervención contra Cuba”.<sup>330</sup>

Fidel Castro volvió a cambiar de opinión y decidió que su hermano fuera a la URSS para agradecerle personalmente a Nikita su gesto de protección. Raúl Castro llegó a Moscú el 17 de julio de 1960 y fue recibido en el aeropuerto por la alta plana del Ejército Rojo. Su condición de militante comunista cubano fue mantenida en secreto para la mayor parte de la nomenclatura soviética, pero eso no impidió que todos sus pedidos fueran debidamente otorgados.<sup>331</sup> La URSS iría al rescate económico de Cuba en caso de necesidad, el Ejército Rebelde recibiría 100.000 fusiles automáticos y 30 tanques soviéticos de última generación sin pagar un centavo. Los nuevos cuadros del aparato de Inteligencia castrista serían debidamente entrenados en Moscú y una buena parte de sus requerimientos técnicos serían suministrados por los países del campo socialista; al final, como guinda en el pastel, un comunicado conjunto en el que la URSS se comprometía a utilizar todos los medios a su alcance para impedir una intervención armada de los Estados Unidos contra Cuba.<sup>332</sup>

Nueve días después de la llegada de su hermano a Moscú, el 26 de julio de 1960, Fidel Castro dio su habitual discurso por el aniversario del asalto al Cuartel Moncada. Al final dijo: “Y aquí, frente a la cordillera invicta, frente a la Sierra Maestra, prometámonos a nosotros mismos, comprometámonos a seguir haciendo de la patria el ejemplo ¡que convierta la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del continente americano!”.<sup>333</sup> Una frase de abierto desafío a los Estados Unidos que siempre ha sido presentada como prueba de la osadía de Fidel Castro y como punto de partida de las supuestas diferencias que este tendría con la URSS respecto a las llamadas revoluciones latinoamericanas. Esa frase marca el fin del sueño democrático de la revolución cubana y apunta al compromiso temprano del castrismo —mucho antes de la declaración del carácter socialista de la revolución cubana— de convertirse en punta de lanza de los objetivos geopolíticos soviéticos contra los Estados Unidos

en Latinoamérica, de inicio, y en el mundo después. Algo que confirma esto es que, casi al mismo tiempo que Fidel Castro pronunciaba esas palabras, la KGB decidía cambiar el nombre clave de Cuba en sus comunicaciones y documentos secretos. A partir de agosto de 1960 Cuba dejó de llamarse *Muchachones* para convertirse en *Cabeza de Playa*.<sup>334</sup>

138

281. Poveda Godínez, Arquímedes. *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991, p. 229.
282. Soto, Lionel. *De la historia y la memoria*, Editorial SiMar, La Habana, 2006, Tomo I, p. 346.
283. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001, p. 145.
284. Cabrera Infante, Guillermo. *Cuerpos divinos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010, p. 356.
285. Pereira Vasallo, Casilda. *El silencio como recompensa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988, pp. 23-34.
286. Ver <[https://www.ecured.cu/Operación\\_antiaérea\\_\(Segundo\\_Frente\)>](https://www.ecured.cu/Operación_antiaérea_(Segundo_Frente)>).
287. Pacea, Ion Mihai. "Who Is Raúl Castro?", *National Review*, 10 de agosto de 2006. Disponible en línea en: <[www.nationalreview.com](http://www.nationalreview.com)>.
288. Sweig, Julia. *Inside the Cuban Revolution. Fidel Castro and the Urban Underground*, Harvard University Press, Londres, 2009, p. 197.
289. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, p. 194.
290. García Gutiérrez, Luis C. (Fisín). *La otra cara del combate*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 76.
291. Tenório, Carlos Alberto. *O senhor de todas as armas*, Mauad Editora, Río de Janeiro, 1996, p. 157.
292. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa), Folio 3, Lista 65, Fichero 871.
293. García Gutiérrez, Luis. *Op. cit.*, p. 36.
294. TsKhSD (Centro de Almacenamiento de la Documentación Contemporánea). Reunión de Alexander Alexéiev con Severo Aguirre del Cristo. Feb. 26, 1959, Folio 5, Lista 50, Fichero 174, p. 7.
295. Fursenko, Alexander y Timothy Naftali. *One hell of a gamble* [La tremenda apuesta], W.W. Norton & Company, Nueva York, 1997, p. 35.
296. TsKhSD (Centro de Almacenamiento de la Documentación Contemporánea). *Op. cit.*, pp. 35-52.
297. *Ibidem*, pp. 35-52.
298. Latell, Brian. *Castro's Secrets*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2012, p. 70.
299. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Ponomarev y Mukhitdinov al Comité Central del PCUS. Abril, 15, 1959, Folio 3, Lista, 65, Fichero 874.
300. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Reunión del Presídium del 23 de abril de 1959. Folio 3, Lista, 65, Fichero 871.
301. Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, p. 13.
302. Ruiz, Leovigildo. *Diario de una traición: Cuba-1959*. Florida Typesetting of Miami, 1965, p. 155.
303. Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, pp. 31-32.
304. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Resolución del Presídium. 23 de septiembre de 1959. Folio 3, Lista 65, Fichero 874, p. 21.
- APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Gromyko al Comité Central. 23 de noviembre de 1959. Folio 3, Lista 65, Fichero 871, p. 24.
305. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe del Departamento Internacional del CC. 30 de septiembre de 1959. Folio 3, Lista 65, Fichero 874, p. 16.
306. Archivo de la antigua Inteligencia checa. Documento 00377/16/138. 2 de noviembre de 1959. Colección del autor.
307. Mary Ferrell Foundation, "Information Report: Subject-César Alarcón Fonseca", disponible en línea en: <<https://www.maryferrell.org/showDoc.html?docId=17702#relPageId=2&tab=page>>.
308. Donoso, Julio. *The why of things*, Athena Pres, Londres, 2006, p. 156.
309. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Informe desde la Ciudad de México al Centro, 13 de noviembre de 1959, Fichero 78825, p. 13.
310. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Comunicación de F. Mortin al Centro en la Ciudad de México, 15 de diciembre de 1959, Fichero 86447, vol. 1.
311. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Informe de F. Mortin a A. Serov, jefe del GRU, 16 de diciembre de 1959.

139

312. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Reunión del Presídium del 20 de enero de 1960, Fichero 82761, p. 107. Folio 3, Lista 5, Fichero 871, p. 25.
313. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Informe desde La Habana al Centro, 12 de abril de 1960, Fichero 78825, p. 227. Esta información la refieren Fursenko y Naftali, quienes además aclaran que la misma forma parte de un informe de Alexéiev al Centro de la KGB en Moscú. En aquel momento este agente no tenía comunicación directa desde La Habana y tenía que usar la estación de México para hacerlo. En su informe de abril refiere la conversación entre Aragonés y Leonov de enero, la cual, señalan los autores, debe haber sido enviada a la URSS en esa fecha. (Fursenko y Naftali. *One hell of a gamble*, pp. 44 y 386.)
314. García Montes, Jorge y Antonio Alonso Ávila. *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Ediciones Universal, Miami, 1970, pp. 512 y 555.
315. *Ibidem*, p. 381.
316. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Informe de Alexéiev a Moscú, 27 de enero de 1960, Fichero 86447, vol. 1.

317. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001, p. 110.
318. *Ibidem*, pp. 101-103.
319. La cifra equivaldría hoy a una cantidad de entre 628 y 3.300 millones de dólares, según Measuring Worth (<[www.measuringworth.com](http://www.measuringworth.com)>).
320. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Comunicación de Alexéiev desde La Habana a Moscú en la que resume una larga reunión que tuvo con Fidel Castro el 3 de febrero, 7 de febrero de 1960, Fichero 78825, pp. 108-112.
321. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa). Informe de Alexéiev a Moscú, 8 de marzo de 1960, Fichero 78825, pp. 164-66. Una copia de este informe fue enviada a Nikita y aparece en el Archivo del Presidente de la Federación Rusa (APFR), Folio 3, Lista 65, Fichero 871, pp. 42-45.
322. Discurso pronunciado por Fidel Castro en el cementerio de Colón, el 5 de marzo de 1960. Disponible en línea en: <[www.cuba.cu](http://www.cuba.cu)>. El destacado es mío.
323. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Mensaje del Comité Central a Alexéiev. Protocolo 270, marzo 12, 1960, Folio 3, Lista 65, Fichero 871.
324. TsKhSD (Centro de Almacenamiento de la Documentación Contemporánea). Archivo del Secretariado del Comité Central, Folio 4, Lista 16, Fichero 954, p. 169.
325. SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa), 8 de junio de 1960, Fichero 78825, p. 299.
326. Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, p. 54.
327. TsKhSD (Centro de Almacenamiento de la Documentación Contemporánea). *Op. cit.*
328. Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, n. 44, p. 387.
329. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Shelepin al CC, 8 de junio de 1960, Folio 3, Lista 65, Fichero 893, p. 31.
330. Departamento de Estado de los Estados Unidos. Principales declaraciones públicas de los soviéticos sobre la defensa de Cuba. CMC/NSA. Tomado de Fursenko y Naftali, *op. cit.*, p. 61.
331. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Extracto del informe de la sesión del Presidium, 17 de julio de 1960. Sobre la visita de Raúl Castro a la URSS, Folio 3, Lista 65, Fichero 893, pp. 37-39.
332. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Protocolo 294 de la reunión del Presidium, 4 de agosto de 1960, Folio 3, Lista 65, Fichero 871, pp. 102-108.
333. Discurso de Fidel Castro, Las Mercedes, estribaciones de la Sierra Maestra, 26 de julio de 1960. Disponible en línea en: <[www.cuba.cu](http://www.cuba.cu)>. El destacado es mío.
334. Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, p. 64.

140

141

## Capítulo XII

### Cartago

A inicios del capítulo anterior se enumeraron las tareas más importantes que el NCIS del PCC tenía que cumplir en su defensa de la revolución cubana. Una de ellas fue el trabajo dentro de los Estados Unidos, encaminado a confundir con respecto a la verdadera naturaleza del castrismo y así debilitar, tanto como fuera posible, las eventuales respuestas diplomáticas o militares que ese país pudiera tomar contra Cuba. Para entender ese trabajo del NCIS del PCC es necesario retroceder en el tiempo y referirse a uno de los aspectos menos divulgados de la historia del Partido. Me refiero al vínculo estrecho que esa organización siempre tuvo con el Partido Comunista de los Estados Unidos (PCEU) y con su aparato de Inteligencia.

Ya desde 1925 el Comintern había decidido que el PCEU se encargara de darle control y ayuda a su homólogo cubano y que el PCC ayudara a los estadounidenses en su trabajo con las minorías hispanoparlantes de los Estados Unidos. Para 1930 el PCC tenía delegados permanentes ante el PCEU. Los archivos del Comintern recogen que en 1930 se autorizó la salida hacia los Estados Unidos de Elías Rodés Tomassevich, fundador del PCC en la ciudad de Santiago de Cuba y hasta ese momento su secretario de agitación y propaganda.<sup>335</sup> Su función sería establecer desde Nueva York las vías de comunicación con las organizaciones del PCC en México.

La llegada de Tomassevich no fue la primera de un comunista cubano a esa ciudad. Desde 1928 estaba en Nueva York, deportado por el gobierno de Machado, Leonardo Fernández Sánchez, quien trabajó en estrecha colaboración con Cecilio Mella (el hermano de Julio Antonio) y con el también cubano Basilio Cueira y Obret, a quien Fernández dio su aval para que entrara a militar en el PCEU.<sup>336</sup> Cuando empezó la guerra civil española el PCC ya tenía once años de relaciones con el PCEU y ya contaba con una buena cantidad de militantes de su ala política y de su aparato de Inteligencia muy bien relacionados con las organizaciones de izquierda estadounidenses. Es esa presencia la que explica la rápida coordinación que ocurrió entre cubanos y estadounidenses para ir en ayuda de la República española y la enorme contribución que los cubanos hicieron a la famosa Brigada Lincoln y a la no menos importante Centuria Guiteras.

Hubo un militante del PCC que trabajó clandestinamente dentro de los Estados Unidos durante mucho tiempo y cuyo trabajo permaneció casi desconocido hasta el año 2011. Gabriel Jorge Gelt Yurre (o de Yurre) se inició en el comunismo como líder sindical de la empresa petrolera Sinclair. Llegó a ser

secretario general del Sindicato de los Obreros Petroleros de Cuba y ya para 1930 era un militante activo del PCC. Fue uno de los líderes de las huelgas generales contra Machado en 1933 y contra Batista en 1935.<sup>337</sup> Tras el fracaso de la huelga, emigró hacia los Estados Unidos y empezó a trabajar para el aparato de Inteligencia del Partido bajo el pseudónimo de John O'Hara. En 1937 se entrevistó, junto con Ramón Nicolau, con Fernando de los Ríos, el embajador de España en Washington, para discutir la ayuda del PCC a la República española.<sup>338</sup>

Después del triunfo de la revolución regresó a Cuba y pasó a trabajar en la Seguridad del Estado castrista, organismo en el que era conocido como "El Abuelo". De más está decir que la historia oficial

142  
del castrismo todavía guarda los aspectos más importantes de la vida de Gelt Yurre. No refiere los años transcurridos entre 1938 y 1953 ni las acciones que ese agente del PCC llevó a cabo en los Estados Unidos entre 1953 y 1959. Hacerlo podría revelar el origen de algunos de los éxitos financieros y propagandísticos que Fidel Castro y el M26-7 se anotaron en territorio estadounidense.

Otro caso que ilustra las relaciones del PCC dentro de los Estados Unidos es el de Mortimer Rabson, el abogado estadounidense de origen hebreo y amigo personal de Fabio Grobart y Víctor Pina que ya mencioné anteriormente (ver página correspondiente de este libro). Una perla cuyo valor aumenta cuando se pone en el contexto de otros agentes del PCC dentro de los Estados Unidos, de las viejas relaciones de los comunistas cubanos con la Inteligencia soviética y del trabajo de esta tanto en los Estados Unidos como en Cuba.

Ya desde 1930 La Habana aparece involucrada en una de las operaciones de la Inteligencia soviética. En 1929, a raíz de la crisis financiera en los Estados Unidos, y del primer plan quinquenal en la URSS, Stalin decidió comprar algunas de las fábricas de equipos pesados que estaban siendo desmanteladas en Estados Unidos. El problema era que en ese momento la URSS no tenía los dólares requeridos para hacer esas compras y, como buen bandido al fin, a Stalin no se le ocurrió mejor idea que crear un departamento llamado Valuta (Moneda Convertible) para imprimir billetes de U\$S100 falsos y contrabandearlos alrededor del mundo. Uno de los puntos donde emergieron muchos de esos billetes falsos fue en La Habana.<sup>339</sup> Esa fue una operación de gran envergadura que requería de personas de confianza que además supieran de los entresijos del sistema bancario cubano y las relaciones de este con la incipiente industria del juego en Cuba. Todavía hoy no se sabe cuáles fueron los cubanos involucrados en ese asunto, ni los posibles vínculos que estos pudieron haber tenido con la Inteligencia soviética. Lo que sí se sabe es que el primer viaje de Fabio Grobart a la URSS fue en 1929.<sup>340</sup>

Los detalles de las relaciones de Grobart con la Inteligencia soviética también tendrán que esperar por la liberación de los archivos. Por ahora solo es posible indicar los pasajes de la vida de "El Polaco" que indican en ese sentido. Uno que llama la atención es el viaje de Grobart a México a inicios de 1941 y su estancia en ese país durante casi seis meses. Según sus propias palabras, la razón de ese viaje fue que "... se esperaba que en cualquier momento podían ponernos fuera de la ley, el Partido tomó medidas de prepararse para la ilegalidad. Esto fue a principios del año 41 o fines del año 1939... Entonces el Partido tomó el acuerdo de retirarme de Cuba".<sup>341</sup> Esas palabras son una sarta de mentiras. Para empezar, en 1941 el PCC estaba en plena luna de miel con Fulgencio Batista. Los comunistas eran poder y se reían de los amagos de ilegalización que a cada rato desataban sus enemigos políticos. Además de eso, está más que comprobado que el Partido nunca tuvo que prepararse para pasar a la ilegalidad porque siempre mantuvo intactas sus estructuras de trabajo clandestino y de Inteligencia. O sea, de esa parte de la organización que tenía entre sus prioridades proteger la vida de Fabio Grobart. Tanto es así que la única vez que "El Polaco" decidió irse de Cuba, a inicios de 1952, no fue porque le avisaran de la posibilidad de un peligro remoto; fue porque Gervasio Rieumont, uno de sus infiltrados dentro de los cuerpos represivos, llamó para decir que los policías iban en camino de su escondrijo para matarlo.<sup>342</sup>

La explicación más plausible de esa larga estancia de Grobart en México es que fue parte de la conexión cubana con el asesinato de León Trotsky. Ya hoy se sabe que Stalin hizo de la muerte Trotsky una prioridad y eso, para la Inteligencia soviética de la época, era una orden de tirar con todo. Y así fue. El primer intento lo supervisó directamente Pavel Sudóplátov (uno de los grandes jefes de la Inteligencia de Stalin en aquel momento). La operación fue organizada por Josef Grigulevich y ejecutada por David Alfaro Siqueiros al frente de un grupo de mexicanos leales a Moscú. El ataque, a

143  
pesar de contar con la ayuda de un espía soviético infiltrado dentro del cuerpo de seguridad de Trotsky, fracasó y muchos de los implicados tuvieron que salir huyendo de México.<sup>343</sup>

Como es habitual en esos casos, ya la Inteligencia soviética llevaba tiempo desarrollando un plan alternativo. Una operación dirigida desde mucho antes por Leonid Eitingon y que tenía como ejecutor principal a Ramón Mercader, un agente de los soviéticos desde la época de la guerra civil española. El reclutamiento de Ramón se hizo a través de su madre, Caridad Mercader, una peninsular nacida en

Santiago de Cuba que había vivido casi toda su niñez y juventud en Barcelona. Caridad tuvo una participación activa en el asesinato de Trotsky y fue parte, junto con Eitingon, del grupo de apoyo que esperó fuera de la casa del asesinado para recoger al asesino y ponerlo a buen recaudo. La operación fue un éxito a medias, el objetivo fue eliminado, pero estaba destinado a partir sin hacer ruido. Trotsky le dio la espalda a Mercader para leer un documento y recibió el golpe de piolet planificado, pero gritó. Sus guardaespaldas entraron en la habitación, redujeron al asesino, le dieron una pateadura y lo sacaron maniatado y tinto en sangre a unos metros del sitio donde esperaban su madre y el controlador soviético. El plan había salido mal y los dos huyeron de allí tan rápido como les fue posible.

La conexión cubana con el asesinato de Trotsky siempre se ha focalizado en detalles irrelevantes. Se habla mucho del nacimiento de Caridad Mercader en Santiago de Cuba. También se menciona el hecho de que, a su salida de prisión, el 6 mayo de 1960, Ramón Mercader partió desde México hacia Cuba, antes de seguir camino hacia Moscú. Allí fue atendido directamente por Alexander Shelepin y recibió la Medalla de Héroe de la Unión Soviética. El ambiente en la URSS, sin embargo, no le era muy favorable. Todos sus jefes de la época de Stalin estaban muertos, presos o cesanteados. Al final, decidió regresar a Cuba y terminó, junto con su madre, trabajando para la Seguridad del Estado castrista, él como asesor de prisiones y ella como empleada de la embajada cubana en Francia.

En el año 2000 la publicación trotskista *Inprecor* hizo pública la traducción del ruso al francés de un artículo titulado *Operación Pato*, un texto que fue publicado originalmente en una revista que publica el Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa (SVR, heredero actual de la KGB) y en el que un autor llamado Lev Vorobiev reseña la versión de Leonid Eitingon sobre el asesinato de Trotsky. Se trata de una versión basada en la grabación de las declaraciones que Eitingon hizo, en el año 1954, mientras estaba preso en la cárcel soviética de Boutirka.<sup>344</sup> Según Eitingon, la llegada de Caridad Mercader a México fue alrededor de 1939, pero fue identificada por alguien y tuvo que salir huyendo hacia Cuba y desde ahí hacia Nueva York. Eso sucedió en mayo de 1940 y ya en agosto de ese año Caridad estaba de regreso para ser parte, junto con su controlador, del grupo de apoyo que esperaba fuera de la casa de Trotsky.

Cuando Ramón fue detenido, Caridad y Eitingon huyeron hacia Cuba. Estuvieron algún tiempo en La Habana y, según narra Eitingon,

dirigieron, junto con la red neoyorkina, el trabajo organizativo indispensable a los intereses del prisionero Mercader... Su primer abogado fue Ofelia Domínguez, una brillante abogada cubana... Se organizó una comunicación entre Mercader y dos agentes seguros en México que portaban instrucciones especiales. Estos, a su vez, estuvieron en comunicación *mediante intermediarios* con la red de Nueva York. En general esa cadena *funcionó muy bien hasta finales de 1943* cuando, después del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre la URSS y México, se instaló en el país una “residencia” de inteligencia extranjera que se hizo cargo de la comunicación con Mercader.<sup>345</sup>

Eitingon habla de una red neoyorquina y de intermediarios, pero el lugar a donde él va a parar, y de

144  
donde sale la primera defensa legal de Mercader, es La Habana. Así lo reconoce también en sus memorias Ofelia Domínguez Navarro, quien al momento de aceptar la defensa de Mercader ya era militante del PCC. Según esta abogada, una señora muy misteriosa se presentó en su bufete para pedirle que fuera a México a defender a un tal Jacques Mornard (Mercader).<sup>346</sup> Hay que recordar que entre Nueva York y la ciudad de México hay 3.359 kilómetros de distancia, además de una barrera idiomática y cultural no menos despreciable. En ese momento, y después del rotundo fracaso de Alfaro Siqueiros y del éxito parcial de Mercader, la Inteligencia soviética había tenido que sacar de México a una buena parte de sus agentes. En Nueva York, mientras tanto, las cosas no iban mucho mejor. En 1939 Hitler y Stalin habían firmado su pacto de no agresión y la contrainteligencia estadounidense había redoblado su vigilancia sobre los espías soviéticos en los Estados Unidos.

En mayo de 1941 el FBI apresó *in fraganti* al espía soviético Gaik Ovakimian, que era el jefe del espionaje científico de la URSS en los Estados Unidos. Uno de los agentes estadounidenses que participaron en esa operación describe así a Ovakimian:

Sus agentes estaban diseminados en lugares tan lejanos como México y Canadá, sus operaciones iban desde la falsificación de pasaportes hasta el intento de asesinato de León Trotsky cuando el antiguo líder soviético se exilió en México... Se sabe que Ovakimian estuvo en estrecho contacto con Jacob Golos, el jefe de World Tourism Inc., una compañía de los comunistas en Nueva York... En ese momento el Buró [FBI] había identificado a algunos de sus agentes y posiblemente habría podido poner al descubierto varias de sus redes —incluida la de Golos y otros que trabajaban en World Tourism— pero intervinieron consideraciones internacionales. El *Departamento de Estado* supo que media docena de americanos habían sido detenidos en Rusia y logró un acuerdo para que fueran cambiados por Ovakimian.<sup>347</sup>

Jacob Golos fue un miembro prominente del aparato de información del PCEU, que era el equivalente del NCIS del PCC. Su nombre verdadero fue Yakov Naumovich Reizen y nació en Ucrania en el año 1889. Tuvo una vida muy parecida a la de Mijail Borodin. Fue miembro del Partido Bolchevique Ruso desde muy joven y tuvo que huir de Rusia después del fracaso de la revolución de

1905. Se exilió en los Estados Unidos, fue miembro del Partido Socialista y fundador del Partido Comunista de ese país. Entre 1926 y 1929 estuvo en la URSS y a su regreso a los Estados Unidos se ocupó, entre otras cosas, de coordinar la falsificación de pasaportes.

En 1932 pasó a trabajar en el aparato de información.<sup>348</sup> Entre sus mayores aciertos está el haber puesto en contacto directo con la Inteligencia soviética al grupo de ingenieros comunistas estadounidenses del que formaba parte Julius Rosenberg. También se sabe que fue parte de los vínculos de Ernest Hemingway con Moscú.<sup>349</sup> Murió en 1943 de un ataque cardíaco y dos años después de su muerte la estadounidense Elizabeth Bentley, quien había sido su agente y amante, decidió poner al descubierto una buena parte de sus operaciones. Durante su trabajo para la Inteligencia soviética Golos estuvo bajo las órdenes de Josef Peter, un húngaro de origen judío que había llegado a los Estados Unidos en 1924 y era el jefe del NCIS en ese país, o sea, el homólogo de Fabio Grobart.<sup>350</sup>

A inicios de 1941, cuando Grobart dice que fue a México, la Inteligencia soviética estaba pasando por un mal momento en los Estados Unidos. Desde el punto de vista operativo era mejor utilizar a La Habana como interfaz entre la estación del espionaje soviético en Nueva York y su agente detenido en México. Entre las ventajas de esa interfaz estaban la larga relación del PCC y de muchos comunistas cubanos con sus homólogos neoyorquinos (que a veces llegaban hasta los lazos familiares), las no menos extensas relaciones del PCC en México, las cercanías culturales e idiomáticas, las excelentes

145

vías de comunicación tanto aéreas como marítimas que existían desde la capital cubana.

De más está decir que nada de eso pudo haber sucedido sin pasar por las manos de Fabio Grobart. Dada la importancia de esa operación para la Inteligencia soviética, y dado el hecho de que “El Polaco” era el hombre de Moscú en La Habana, resulta difícil imaginar que él no hubiera estado detrás del apoyo logístico a Leonid Eitingon y a Caridad Mercader, que no se hubiera ocupado de la contratación de la providencial abogada, o del trasiego de mensajeros entre México y Nueva York. Esa estancia de seis meses de Grobart en México se explica mejor como el envío de un cuadro experimentado, de absoluta confianza y que hablaba español, para crear o restaurar la red de apoyo necesaria para los cuidados de Ramón Mercader. Fue esa participación del aparato de Inteligencia del PCC la que dio lugar, veinte años después, al destino cubano de la familia Mercader una vez que el asesino fue liberado.

Reconocer la verdadera conexión cubana con el asesinato de Trotsky sería reconocer los antiguos y estrechos vínculos del aparato de Inteligencia del PCC con su homólogo estadounidense y con el espionaje soviético. Sería aceptar que mucho antes del triunfo del castrismo, y del surgimiento de la leyenda de Fidel Castro como un conocedor profundo y manipulador genial de la política de los EE.UU., ya existía un aparato clandestino de militantes cubanos y gringos que no solo dominaban muy bien los entresijos de esa política, sino que también eran capaces de manipularla de forma directa, a través de sus propios espías y agentes de influencia, o de forma indirecta a través de la extensa red de agentes estadounidenses que los soviéticos manejaban desde Moscú. La mayoría de esos militantes cubanos pasaron a trabajar para el castrismo y se convirtieron en la fuente gris, humilde, y silenciosa, de una genialidad que nunca fue tal. Al mismo tiempo, reconocer esa parte de la historia del PCC sería descerrar el velo sobre relaciones y genealogías que podrían extenderse hasta la actualidad.

Con la excepción de los dos años que mediaron entre 1939 y 1941, se puede decir que entre 1933 y 1950 la Inteligencia soviética hizo zafra dentro de los Estados Unidos. Aquellos fueron los años posteriores a la recesión económica de 1929 y a la llegada de Franklin Delano Roosevelt al poder. Fue la época de la instauración de la política del New Deal y del surgimiento de una nueva generación de intelectuales estadounidenses que veían en un Estado controlador y todopoderoso la mejor solución para los males sociales y económicos del mundo. La mayoría de esos intelectuales veían en la URSS del periódico *Pravda* y del resto de la propaganda soviética el epítome del sueño a alcanzar. Una minoría de esos intelectuales identificaba a la URSS de las purgas, de las colectivizaciones forzadas, los Gulags, las ejecuciones y el terror, como un mal menor y necesario. Muchos terminaron siendo reclutados por la Inteligencia soviética.

Los primeros indicios de la enorme penetración de la Inteligencia soviética dentro de la sociedad y la alta política estadounidenses empezaron a surgir en la segunda mitad de los años 40. En 1945 desertó Igor Gouzenko, un miembro de la Inteligencia Militar (GRU) que trabajaba como criptógrafo en la embajada de la URSS en Canadá. Ese mismo año Elizabeth Bentley empezó a trabajar para el FBI y reveló muchas de las operaciones de Jacob Golos. También, y desde 1939, había desertado Whitaker Chambers, un miembro del aparato de Inteligencia del PCEU que trabajaba para Josef Peter y para el GRU. Chambers le dio al FBI una lista de agentes infiltrados dentro del gobierno de los Estados Unidos, pero sus declaraciones fueron descartadas por el presidente Roosevelt y el FBI no las tomó en serio hasta después de la desertión de Bentley.

Mientras eso sucedía, y desde 1943, los servicios de contrainteligencia estadounidenses habían

empezado a *quebrar* parcialmente el código de las transmisiones secretas de los soviéticos, en lo que hoy se conoce como el *Proyecto Venona*. Fue así como supieron, entre otras cosas, que el nombre clave

146  
de la capital de los Estados Unidos en las transmisiones soviéticas era *Cartago*. Una referencia irónica a la antigua ciudad del norte del África y a la famosa frase del senador romano Catón el Viejo, quien siempre terminaba sus discursos en el senado diciendo que Cartago debía ser destruida (*Carthago delenda est*).

Muchas de las pruebas de la traición de esos ciudadanos estadounidenses eran parte de operaciones, como el *Proyecto Venona*, que era mejor mantener en secreto. De esa forma el encausamiento legal de aquellos espías se hizo muy difícil y muchas veces llegó a dar la impresión de estar basado en sospechas más dignas de la Inquisición que del sistema legal estadounidense. Para complicar aún más las cosas, Moscú ordenó a todos sus agentes descubiertos que no confesaran y que denunciaran sus encausamientos como simples cacerías de brujas.

A partir de ahí la poderosa maquinaria de propaganda soviética dentro de los Estados Unidos trabajó con su eficiencia habitual. Las mismas hordas de liberales ingenuos y tontos útiles que antes habían trabajado con ahínco para minimizar los monstruosos crímenes de Stalin se dieron a la tarea de presentar las acusaciones y juicios contra los agentes soviéticos como algo indigno del gran sueño americano. Hubo que esperar hasta los años 90, a la caída del comunismo en la URSS, a la liberación de los archivos soviéticos, y a la publicación de los 3.000 mensajes decodificados por el *Proyecto Venona*, para saber que las supuestas víctimas de la famosa cacería de brujas tenían unas narices muy largas y viajaban en escobas.

Está fuera del objetivo de este libro adentrarse en ese tema. Hay, sin embargo, un aspecto del mismo que podría estar relacionado con la revolución cubana. Una de las cosas que llaman la atención en las operaciones del espionaje soviético dentro de Inglaterra y los Estados Unidos es la profundidad que las mismas alcanzaron dentro del Foreign Office inglés y el Departamento de Estado de los EE.UU. Un recuento incompleto de esas penetraciones soviéticas arroja que llegaron a producir agentes como Kim Philby y Guy Burgess en Inglaterra; así como Noel Field, Alger Hiss, su hermano Donald Hiss, Julian Wadleigh y Laurence Duggan en los Estados Unidos.

Este último es un caso muy interesante para el tema cubano. Fue reclutado a mediados de los años 30, al parecer por su gran amistad con Noel Field, quien en ese momento trabajaba en el buró europeo del Departamento de Estado. Los soviéticos tenían interés en acceder a las informaciones sobre Europa que Field manejaba y pensaron utilizar a Duggan como una vía de acceso y/o verificación. Al final, los dos terminaron trabajando para Moscú. Duggan progresó rápidamente dentro del Departamento de Estado, en parte por sus cualidades como trabajador y también por ser un protegido de Benjamin Sumner Welles, quien era el subsecretario de Estado y hombre de confianza de Roosevelt.

Entre 1937 y 1944 Duggan fue el jefe del buró latinoamericano del Departamento de Estado. Su posición siempre fue antiintervencionista y orientada a implementar la política del Buen Vecino que Roosevelt quería para el continente. Parece que en 1938, y a consecuencia de las purgas en Moscú, Duggan intentó alejarse de la Inteligencia soviética. En 1944 dejó su trabajo en el Departamento de Estado y el 15 de diciembre de 1948, pocos días después de haber sido interrogado por el FBI, sufrió una caída mortal desde el piso 16 del edificio en el que trabajaba.<sup>351</sup>

Durante décadas la culpabilidad de Duggan, como la de Alger Hiss, fue negada por muchos. Poco después de su muerte, el propio Benjamin Sumner Welles escribió un panegírico que evitó a toda costa reconocer a Duggan como el traidor que había sido.<sup>352</sup> Hubo que esperar más de cuarenta años para que la publicación de los mensajes decodificados por el *Proyecto Venona*, junto con las informaciones de los antiguos archivos de la KGB, demostraran que Duggan y Hiss sí habían trabajado para los soviéticos. Algo parecido sucedió con Burgess y Philby, las pruebas rodaron durante lustros antes de

147  
que la aristocracia inglesa estuviera dispuesta a aceptar que esos muchachos tan lindos, tan bien educados en Cambridge, y tan descendientes de buenas familias, se habían dejado seducir por los cuentos de hadas de los bolcheviques.

En otros casos la duda todavía persiste y a pesar de la enorme cantidad de circunstancias incriminatorias muchos insisten en reclamar la inocencia de los implicados. Uno de ellos es el de John S. Service, un estadounidense que nació en China mientras sus padres trabajan en ese país y que llegó a ser, pasado el tiempo, el gran sinólogo del Departamento de Estado. En 1945 la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus iniciales en inglés, precursora de la CIA) hizo un registro en los predios de la revista *Amerasia*, que era una publicación controlada por el PCEU y especializada en divulgar las ideas de Mao Zedong y compañía en Estados Unidos.

Entre los documentos incautados encontraron una enorme cantidad de información secreta que

provenía del Departamento de Estado y que apuntaba a Service como su proveedor.<sup>353</sup> El FBI tomó cartas en el asunto, puso una operación de seguimiento y chequeo que le permitió, pasado algún tiempo, identificar a Service como el hombre de *Amerasia* dentro del Departamento de Estado. La acusación por espionaje, sin embargo, no procedió. Las pruebas originales de la OSS habían sido obtenidas sin una orden de registro y según las leyes de los Estados Unidos no podían ser utilizadas ni como pruebas ni como fuentes de un proceso inculpativo. De más está decir que durante décadas Service negó haber trabajado para la Inteligencia sino-soviética; se presentó como una víctima más de la cacería de brujas y rechazó con énfasis cualquier intento de vincular el embargo de armas que los Estados Unidos le impusieron al gobierno de Chiang Kai-shek, a sugerencia suya y del Departamento de Estado, con la presencia dentro del mismo de agentes de Stalin o de Mao.

Service murió en 1999 y se llevó con él una verdad que solo podrá ser dilucidada cuando se liberen los archivos. En el 2009 y a raíz de la salida de un libro medianamente absolutorio de su persona, el periodista Jonathan Mirsky publicó un artículo en el periódico *The Wall Street Journal* en el que refiere una entrevista telefónica con John S. Service. En ella el entrevistado reconoció haberles dado a sus contactos en *Amerasia* “las posiciones y planes de combates de los nacionalistas chinos, mostrando la disposición exacta de las fuerzas que enfrentaban a las tropas de Mao”.<sup>354</sup> Después dijo haberlo hecho por una mezcla de confianza, credulidad y tontería. Como es habitual en esos casos, enseguida algunos corrieron a poner en duda la aseveración de Mirsky.

La pregunta que tiene que ver con este libro es: ¿existió algo parecido con respecto a la revolución cubana? Por extraño que pueda parecer, sí existe un caso que reproduce para Cuba, a grandes rasgos y salvando las distancias, ese patrón de penetración soviética dentro de la diplomacia estadounidense. Al menos así lo reclama el autor William J. Gill en su libro *The Ordeal of Otto Otepka* [La ordalía de Otto Otepka], un texto publicado en el año 1969 y que recoge entre sus capítulos uno dedicado a la historia de William Wieland.<sup>355</sup>

Otto Otepka fue el subdirector de la Oficina de Seguridad del Departamento de Estado entre 1957 y 1963. Esa dependencia tenía entre sus muchas funciones la verificación de las credenciales de seguridad de los trabajadores de esa institución, y el trasiego de informaciones entre las distintas oficinas de la llamada comunidad de Inteligencia de los Estados Unidos y el Departamento de Estado. Como parte de ese trabajo Otepka recibió, antes del triunfo de la revolución cubana, muchos informes de Inteligencia que relacionaban a Fidel Castro con los comunistas cubanos.

La inmensa mayoría de esos informes fueron transferidos al director de la Oficina de Asuntos Caribeños y Mexicanos del Departamento de Estado: el señor William Wieland. Para asombro de Otepka, ninguno de esos informes fue tomado en cuenta por la alta diplomacia de su país. Un error que

llegó al extremo de que horas antes del 1 de enero de 1959 el señor Roy R. Rubottom, subsecretario de Estado para Latinoamérica, jurara ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que no había evidencia “de ningún elemento comunista organizado dentro del movimiento de Castro, o que el señor Castro estuviera él mismo bajo influencia comunista”.<sup>356</sup>

Apenas siete meses después, el 14 de julio de 1959, el Senado de los Estados Unidos llevó a cabo una audiencia para escuchar el testimonio de Pedro Luis Díaz Lanz, el jefe de la fuerza aérea de Fidel Castro que había escapado de Cuba unos días antes. En su testimonio Díaz Lanz describió la penetración comunista dentro del castrismo, habló de Víctor Pina Cardoso y describió el intento de exportar la revolución cubana hacia la República Dominicana.<sup>357</sup> Los senadores escucharon atentamente, hicieron muchas preguntas y terminaron dándole a Fidel Castro el beneficio de la duda. Un año después, ya con el presidente Urrutia removido de su cargo, con Raúl Castro ministro de las Fuerzas Armadas, con Camilo Cienfuegos desaparecido, con la visita de Mikoyan a La Habana y con Fidel Castro diciendo que Los Andes serían otra Sierra Maestra, los senadores empezaron a preguntarse si en Cuba había gato escondido. La democracia es lenta.

En agosto de 1960 el Senado de los Estados Unidos tuvo otra audiencia con los dos embajadores estadounidenses que habían estado en Cuba antes del triunfo de la revolución. El señor Arthur Gardner, que fungió entre 1953 y 1957, y Earl E. T. Smith, quien le sustituyó y estaba al frente de la embajada el 1 de enero de 1959. Por las declaraciones de ambos embajadores quedó claro que hubo una marcada fractura dentro de la diplomacia estadounidense con respecto a la revolución cubana y a Fidel Castro. Por un lado, existieron funcionarios dentro del Departamento de Estado que mostraban una predilección evidente por Fidel Castro. Otros diplomáticos, como Gardner y Smith, tenían una visión mucho más realista de la situación y se negaban a aceptar que Fidel Castro y sus alzados fueran mucho mejores, para los cubanos y para los Estados Unidos, que Fulgencio Batista. Cuando los senadores preguntaron quiénes eran los funcionarios del Departamento de Estado que veían a Fidel Castro con buenos ojos, los dos nombres que salieron a relucir fueron: Roy R. Rubottom y William Wieland.

A partir de las indagaciones de los senadores quedó claro que, con respecto a Cuba, Rubottom

siempre estuvo bajo una gran influencia de William Wieland. Era este quien decidía, en su condición de director para el área de México, Centroamérica y el Caribe, cuál era el mejor curso a seguir frente a la revolución cubana. Una prueba de la capacidad de Wieland para influir en las opiniones sobre Cuba se puso de manifiesto en el momento de la sustitución de Gardner por Smith. Cuando este último partió hacia La Habana lo hizo con una sugerencia muy importante de parte de Wieland: para informarse sobre la situación cubana era mejor que hablara con Herbert Matthews y no con el embajador saliente.<sup>358</sup> Es importante recordar que ya desde la guerra civil española Matthews era un gran amigo de Ernest Hemingway,<sup>359</sup> quien siempre tuvo relaciones muy estrechas con Ramón Nicolau, el lugarteniente de Fabio Grobart en Cuba.

Según el autor William J. Gill, poco tiempo después, en el otoño de 1960, la Oficina de Seguridad del Departamento de Estado recibió un informe diciendo que William Wieland era comunista.<sup>360</sup> A partir de ese dato Otto Otepka inició una investigación que, si bien no alcanzó a demostrar la militancia de Wieland, sí sirvió para desentrañar muchas irregularidades en la carrera política de ese señor.

Wieland había estado en la nómina del Departamento de Estado durante años sin haber pasado el más elemental chequeo de seguridad. En su solicitud de empleo había mentado con respecto a su nombre, a su fecha de nacimiento y sus alias. Al parecer, Wieland había nacido en la ciudad de Nueva York el 20 de diciembre de 1907. En 1911 el padre falleció y la madre se casó en segundas nupcias con un venezolano llamado Manuel Montenegro, un señor que los trató tan bien a él y a su hermana que los dos

149

decidieron usar el apellido Montenegro como propio.

La educación de Wieland ocurrió fundamentalmente en Nueva York y en Filadelfia, aunque en algún momento pasó por el Colegio Ruston de La Habana. En 1927 dejó de estudiar y se alistó, bajo el nombre de Monty Wieland, en la caballería de los Estados Unidos. Un año más tarde pidió ser licenciado y todavía hoy no se sabe qué hizo entre 1928 y 1930. Sí consta que en 1930 murió su madre en La Habana y Wieland decidió irse a vivir a esa ciudad. Según sus propias palabras trabajó en la Compañía Cubana de Electricidad (Cuban Electric Company) y como profesor de inglés y español.<sup>361</sup> Para muchos cubanos era conocido como Arturo Montenegro y al parecer fue con ese nombre con el que se vinculó a las organizaciones que luchaban contra Machado. En 1932 Wieland-Montenegro logró un empleo como periodista del diario *The Havana Post*, el más importante de los periódicos de habla inglesa en Cuba. Fue en calidad de reportero de esa publicación que entró en contacto con Benjamin Sumner Welles, el hombre que Roosevelt había enviado a Cuba para resolver la crisis política generada por la tiranía de Gerardo Machado.

Entre Sumner Welles y Wieland floreció una tierna amistad, una relación que se extendió a lo largo de sus vidas y que alcanzó para que el hombre de confianza de Roosevelt se convirtiera en el padrino de “Monty”, un hombrón que ya gozaba en La Habana de una muy buena fama de seductor de ambos sexos. En 1937 Wieland fue despedido del *The Havana Post* por haber plagiado varias historias de la agencia Associated Press (AP); pero terminó trabajando, de una forma un tanto inexplicable, para el buró de la AP en Washington. Su área de trabajo fue, casualmente, el Departamento de Estado, o sea, la dependencia del gobierno de los Estados Unidos en la que Sumner Welles era uno de los dos hombres más importantes. Según las propias palabras de Wieland fue Welles quien le sugirió, en 1941, que entrara a trabajar en el Departamento de Estado, específicamente en el buró latinoamericano, o sea, en el departamento que en ese momento dirigía otro gran amigo de Wieland y de Welles: el espía soviético Laurence Duggan.

Casi veinte años después Otto Otepka encontró que el formulario de solicitud de empleo de Wieland en el Departamento de Estado era un compendio de mentiras. La fecha de nacimiento no era la que aparecía en el registro de la ciudad de Nueva York, el nombre real no era William Arthur Wieland sino William Robert Wieland y la sección correspondiente a los alias había sido dejada en blanco. Algo muy raro en un solicitante que era conocido en la caballería estadounidense como “Monty” y en La Habana como Arturo Montenegro.

Al margen de la sección correspondiente a la evaluación del certificado de nacimiento había una nota manuscrita diciendo que no era necesario que presentara el mismo. Para más, Wieland había sido contratado días antes de llenar el formulario de empleo. Todas esas irregularidades en el chequeo de seguridad de Wieland, que en 1960 a Otepka le parecieron increíbles, fueron explicadas bajo el manto de la premura o la protección de funcionarios tan poderosos como Welles y Duggan. Hoy, sin embargo, ya está comprobada la culpabilidad de Duggan como agente soviético, como lo está también la de Maurice Halperin,<sup>362</sup> otro agente de Moscú que en 1941 fungía como el jefe del buró latinoamericano dentro de la Inteligencia estadounidense.

Wieland tuvo una meteórica carrera dentro del Departamento de Estado. Entre 1941 y 1946 estuvo en la embajada estadounidense en Brasil. Después pasó a Colombia y estuvo en Bogotá durante el Bogotazo. En 1949 lo enviaron a El Salvador y en 1951 regresó a Brasil. Tres años más tarde pasó a

Colombia y ya para 1957 era el jefe de la oficina encargada de México, Centroamérica y el Caribe dentro del Departamento de Estado. Progresó a la velocidad de los protegidos y se dedicó, desde la altura de su posición, a proteger al castrismo. Lo hizo de una forma tan abierta que terminó llamando la

150  
atención de muchos. Para demostrarlo están las declaraciones anteriormente citadas de los embajadores Gardner y Smith, y del propio Otto Otepka jurando ante un comité senatorial que él le había enviado cientos de informes a Wieland sobre la penetración comunista del M26-7. Para más, está también la declaración del señor Robert C. Hill, embajador de los Estados Unidos en México entre 1957 y 1961, explicándole al Senado la forma en la que Wieland bloqueó su intento de hacerle llegar al presidente Eisenhower, a través de su hermano, las informaciones que sus asesores manejaban sobre Castro y compañía.<sup>363</sup>

Fueron tantas las informaciones comprometedoras que al final el Senado de los Estados Unidos decidió ocuparse de William Wieland y lo llamaron a responder, bajo juramento, una batería de preguntas muy incómodas.<sup>364</sup> Indagaron sobre las irregularidades en su contratación y él las descartó como naturales para la época y la premura del momento. Le preguntaron sobre su relación con Sumner Welles y dijo haberlo entrevistado un par de veces. Después, cuando le presentaron testimonios y pruebas documentales de su extensa relación con Welles, cambió de opinión y reconoció que lo veía con una frecuencia de dos veces por semana. Le dejaron caer a bocajarro un ¿era usted el efebo de Welles? y sin inmutarse respondió que “no”. Se habló abiertamente de homosexualidad, y de cuánto esta dañaba la confianza en los empleados públicos, pero Wieland no se dio por aludido. Mostraron curiosidad por su posible pertenencia a la organización opositora a Machado, que era conocida como ABC, y lo negó rotundamente. Quisieron saber si durante sus años en Cuba supo de, o tuvo relaciones con, una persona que entre sus tantos nombres respondía al de Fabio Grobart y Wieland aseguró, imperturbable, que nunca había oído hablar de semejante persona. Cuando le pidieron una explicación racional para la larga cadena de pifias que el Departamento de Estado había cometido con respecto a la situación cubana, incluyendo el embargo de armas a Batista y la negación constante de los vínculos del M26-7 con el PCC, se refugió en los laberintos burocráticos del Departamento de Estado. A la pregunta de si había conocido a Fidel Castro en persona respondió que solo lo había visto una vez.

Resulta difícil creer que el jefe del buró del Departamento de Estado para México, Centroamérica y el Caribe nunca hubiera oído hablar de Fabio Grobart. De haber sido así, entonces su trabajo era otro. “El Polaco” siempre estuvo bajo la persecución de aquellos que veían en él un instrumento de la penetración soviética en Cuba. A manera de ejemplo se puede citar un informe confidencial del Departamento de Estado, fechado el 13 de abril de 1951, en el que se habla de la forma en la que Grobart salió de Cuba ilegalmente. Según ese informe el Servicio de Inteligencia Militar cubano le había dejado saber confidencialmente a la embajada estadounidense lo siguiente: “Grobart fue sacado de Cuba por el agregado de la embajada soviética en La Habana, el señor G.I. Fomin, quien se había encargado de esconderlo en el carguero soviético *Dimitri Pozharski*”.<sup>365</sup>

Es muy probable que en la Lubianka o en Villa Marista el señor Wieland hubiera confesado crímenes reales e imaginarios en menos de veinticuatro horas y después de un par de bofetadas. Pero en un país de leyes —por suerte para él y para el resto de sus habitantes— tuvo la oportunidad de refugiarse en respuestas que iban desde francas mentiras hasta medias verdades. Pudo hacerlo porque era evidente que la única forma legal de saber si estaba mintiendo era acceder a las informaciones que pudieran tener los archivos cubanos sobre su persona. Los mismos archivos —como el del periodista Salvador Díaz Versón y el del Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC)— que los hombres de Fabio Grobart se encargaron de poner bajo su control desde enero de 1959.

Haya sido por culpa de William Wieland, o de otros muy parecidos, lo cierto es que frente a los Estados Unidos Fidel Castro siempre navegó con una suerte demasiado buena para ser natural. Solo una organización con fuertes conexiones en la URSS y en los Estados Unidos pudo haber garantizado esa

151  
suerte tan increíble. Me refiero a la misma organización que había tenido como jefe de su aparato de Inteligencia a un hombre que llevaba diez años viviendo fuera de Cuba y que en 1961 decidió regresar. La llegada de Fabio Grobart a Cuba fue, según sus propias palabras, “a principios de 1961”.<sup>366</sup> Para esa fecha la revolución cubana ya contaba con cierta capacidad defensiva. En septiembre de 1959 los soviéticos habían autorizado el envío de armas polacas y checas a Cuba, una operación que fue llevada a cabo con éxito y que nadie ha relacionado, hasta donde sé, con el hecho comprobado de que durante la misma estuviera viviendo en Praga un viejo comunista cubano de origen polaco.

Según la agenda que mi padre usaba en esa época, Fabio vivía o podía ser localizado en Praga en la siguiente dirección: Jakutská 21/8, Praga X. Su fachada pública era como representante del PCC ante la Federación Sindical Mundial, bajo el pseudónimo de Alberto Blanco. Sus amigos cercanos, sin embargo, indican en el sentido de otro tipo de trabajo. Durante su estancia en Praga, Fabio y su familia

se relacionaron mucho con Bianca Vidali, la hija del agente soviético Vittorio Vidali, y con su marido Francesco “Franco” Moranino, el jefe político de los comunistas italianos en Checoslovaquia y un hombre también muy vinculado a la Inteligencia soviética.<sup>367</sup> “Moranino” había tenido que salir huyendo de Italia después de haber sido juzgado y condenado por un crimen cometido durante la lucha antifascista. Resulta que durante sus años de guerrillero, el yerno de Vidali había sido jefe del destacamento con el que hizo contacto un agente secreto estadounidense que se infiltró en Italia. “Moranino”, al parecer, apresó al agente, se negó a verificar la identidad del mismo con la resistencia italiana, y lo pasó por las armas.<sup>368</sup>

Fabio reconoce en sus memorias que durante su estancia en Checoslovaquia “seguía los acontecimientos en Cuba en detalle, estaba bien informado de todo lo que sucedía”.<sup>369</sup> Ya para inicios de 1961, con la URSS dispuesta a armar al castrismo hasta los dientes, con muchos miembros del NCIS debidamente posicionados dentro de la revolución cubana, con los asesores hispano-soviéticos trabajando dentro del país, con Marcos Rodríguez preso y con Ángel Ramón Ruiz Cortés de regreso en La Habana, Fabio decidió que era hora de volver.

Llegó a principios de 1961 y dice en sus memorias que “cuando llego, el Partido me hace director de la revista *Fundamentos*, el último número porque inmediatamente después empezó a salir *Cuba Socialista*”.<sup>370</sup> De más está decir que el trabajo de Fabio como director de la revista *Cuba Socialista* nunca pasó de ser una simple fachada; una cobertura perfecta para un hombre que durante treinta y seis años había dirigido un aparato de Inteligencia que escapó a la persecución de los cuerpos represivos de la sociedad burguesa, a la detección de los servicios de espionaje occidentales en Cuba y a las sospechas de la inmensa mayoría de los comunistas cubanos. En el mundo real poner a un cuadro como Fabio a dirigir una simple revista equivaldría a contratar a una superestrella deportiva, en el mejor momento de su carrera, para darle trabajo como masajista. En el mundo del espionaje, sin embargo, esa fachada de Fabio estaba en perfecta concordancia con la tradición de un aparato que siempre tuvo como regla de oro la negación de su existencia.

Cuando Fabio llega a Cuba ya sus hombres habían logrado posicionarse en casi todos los puntos clave de la estructura del poder castrista, ya habían penetrado una buena parte de las llamadas organizaciones contrarrevolucionarias y ya habían garantizado que la dependencia de la revolución cubana de la URSS y del campo socialista empezara a ser cada vez más profunda e irreversible. A pesar de esos logros, y de la derrota de la Brigada 2506 en Playa Girón, todavía quedaba por resolver un punto esencial para la sobrevivencia del castrismo: Cartago.

Ese fue el trabajo fundamental de “El Polaco”, tanto antes como después de su llegada a Cuba.

Ocuparse de manejar sus conexiones dentro de los Estados Unidos y la URSS para lograr que el

152  
castrismo pudiera existir a unas escasas 90 millas del gigante del norte. Un plan que a su vez requería de varias líneas de trabajo: una propaganda constante en favor de la revolución cubana, armar al castrismo tanto como se pudiera y conducir, con muchísimo cuidado, al NCIS del PCC dentro de la compleja situación soviética.

En marzo de 1961 Flavio Bravo fue recibido con honores de embajador en Moscú y depositó, en los más altos oídos de la jerarquía soviética (esos que solo eran accesibles al lugarteniente de Grobart), un mensaje de Raúl Castro: “Cualquier plan que la URSS tuviera para defender a Cuba debía ser creado como si se tratara de un plan para defender el territorio soviético”.<sup>371</sup> La respuesta del Kremlin fue que la URSS estaba preparada para darle a Cuba cualquier cosa que necesitara, pero que eso solo sería posible si más especialistas soviéticos eran enviados a la isla. Estamos hablando de marzo de 1961, fecha anterior a la declaración del llamado carácter socialista de la revolución cubana. Nótese, sin embargo, que el apoyo de Moscú ya era incondicional.

Después de la derrota de Playa Girón el presidente Kennedy le pidió consejo a su hermano Robert, quien le respondió con un memorándum premonitorio. Un documento en el que el menor de los Kennedy reconocía que Cuba era mucho más importante para la seguridad de los Estados Unidos que el Congo o Laos, que eran otras de las áreas de conflictos en las que los estadounidenses estaban involucrados. Robert fue más allá y dijo que “si no queremos que Rusia ponga bases de misiles en Cuba es mejor que decidamos ahora qué estamos dispuestos a hacer para evitarlo”.<sup>372</sup>

En la URSS, mientras tanto y según un informe del Ministerio de Defensa de mayo de 1961, los soviéticos habían decidido entregar a Cuba un extra de 41 aviones de combate (MiG-19 y MiG-15), 80 tanques adicionales (equipados para visión nocturna), 54 ametralladoras antiaéreas de 57 mm y 128 piezas de artillería pesada.<sup>373</sup> No contento con eso, en septiembre de 1961 Fidel Castro pidió permiso a Moscú para enviar a esa ciudad una delegación militar de alto nivel, que se encargaría de negociar un gran incremento en la asistencia militar soviética. Al frente de esa delegación fue Sergio del Valle, pero entre sus miembros estuvo Flavio Bravo. El objetivo fundamental de la negociación sería obtener para Cuba ocho divisiones de los misiles tierra-aire SA-2 (o V-750, los mismos que habían derribado el U-2

de Gary Power en 1960), con una cantidad total de alrededor de 400 misiles. A esa petición se sumaron 282 ametralladoras antiaéreas, 412 tanques, y 100 transportes blindados.<sup>374</sup> Los soviéticos aprobaron el envío de esa tecnología militar y calcularon que costaría alrededor de 193 millones de dólares (lo que equivale en cifras actuales a más de 2 mil millones de dólares). La URSS se estaba acercando a la posibilidad de decir, aunque fuera en un bluf, *Carthago delenda est*.

335. Jeifets, Lazar y Victor Jeifets. *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Ariadna Ediciones, Santiago de Chile, 2015, p. 539.

336. *Ibidem*, pp. 162, 209 y 412.

337. *Ibidem*, p. 243.

338. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, pp. 203-207.

339. Krivitsky, Walter. *In Stalin's Secret Service*, Harper and Brothers publishers, Nueva York, 1939, p. 125.

340. Fuentes, Jorge. *El Polaquito*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005, p. 78.

341. *Ibidem*, p. 139.

342. Ver página correspondiente de este libro.

343. Andrew, Christopher y Vasili Mitrokhin. *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Penguin Books, Londres, 2000, pp. 178-180.

344. Vorobiev, Lev. "L'assassinat de Trotsky décrit par ses assassins" [título en ruso: *Opération Pato*], traducción de Jean Michel Krivine, *Inprecor*, N° 449-450, julio-septiembre de 2000.

345. *Ibidem*. Los destacados son míos.

346. Domínguez Navarro, Ofelia. *50 años de mi vida*, Instituto Cubano del Libro, 1971.

347. Lamphere, Robert J. y Tom Shachtman. *The FBI-KGB War: A Special Agent's Story*, Mercer University Press, Macon, 1995, p. 26. El destacado es mío.

348. Haynes, John Earl y Klehr Harvey. *Venona: Decoding Soviet Espionage in America* (Annals of communism. Yale Nota Bene), Yale University Press, 2000, pp. 93-115.

349. Earl Haynes, John, Harvey Klehr y Alexander Vassiliev. "Their Man in Havana? Ernest Hemingway and the KGB", *National Review*, mayo 26, 2009. Disponible en línea en: <[www.nationalreview.com/node/227575/print](http://www.nationalreview.com/node/227575/print)>.

350. Su nombre verdadero fue Sándor Goldberger. Descendiente de una familia hebrea húngara, nació en 1894 y murió en Budapest en el año 1990. Para más información ver: Sakmyster, Thomas L. *Red Conspirator: J. Peters and the American Communist Underground*, University of Illinois Press, 2011.

351. Haynes, John Earl y Klehr Harvey. *Venona: Decoding Soviet Espionage in America, op. cit.*, pp. 201-204.

352. Welles, Benjamin Sumner, *Lawrence Duggan 1905-1948: In Memoriam*, Overbrook Press, Stamford, 1949.

353. Evans, M. Stanton. *Blacklisted by History: The Untold Story of Senator Joe McCarthy and His Fight Against America's Enemies*, Three Rivers Press, Nueva York, 2009, p. 115.

354. Mirsky, Jonathan. "In Whose Service? The reckless actions of a pro-Mao 'China hand' in the State Department", *The Wall Street Journal*, diciembre, 20, 2009. Disponible en línea en: <[www.wsj.com](http://www.wsj.com)>.

355. Gill, William J. *The ordeal of Otto Otepka*, Arlington House, New Rochelle, Nueva York, 1969, pp. 127-143.

356. Baker, Russell. "Batista Is in Peril, U.S. Aide Reports. The State Department notified the Senate today that it regarded the Batista regime's position in Cuba as grave", *The New York Times*, 1 de enero de 1959, p. 1.

357. Amenaza comunista a los Estados Unidos a través del Caribe. Subcomité del Senado de los Estados Unidos. Oficina de impresiones del gobierno de los Estados Unidos, 14 de julio de 1959.

358. *Ibidem*, 27 y 30 de agosto de 1960.

359. Vernon, Alex. *Hemingway's second war: Bearing witness to the Spanish Civil War*, University of Iowa Press, 2011, p. 55.

360. Gill, William J. *Op. cit.*, p. 132.

361. *Miami Herald*. "Milestones in William Arthur Wieland's Life", 2 de enero de 2009. Disponible en línea en: <[www.miamiherald.com/latest-news/article1931064.html](http://www.miamiherald.com/latest-news/article1931064.html)>.

362. Earl Haynes, John, Harvey Klehr y Alexander Vassiliev. *Spies: The Rise and Fall of the KGB in America*, Yale University Press, 2009, p. 312.

363. Gill, William J. *Op. cit.*, p. 139.

364. State Department Security. The case of William Wieland. US Government Printing Office. 1962. Disponible en línea en: <[babel.hathitrust.org](http://babel.hathitrust.org)>.

365. Informe confidencial del Foreign Service of the United States of America, disponible en línea en: <[www.latinamericanstudies.org](http://www.latinamericanstudies.org)>.

366. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 142.

367. Weiss, Laura. *Vidali, Vittorio. Patria o muerte, venceremos*, Vangelista Editore, Milán, 1973, p. 116.

368. Gremmo, Roberto. *Il processo Moranino: tragedie e segreti della Resistenza biellese*, Storia Ribelle, 2005.

369. Fuentes, Jorge. *Op. cit.*, p. 142.

370. *Ibidem*, pp. 64-67.

371. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Extractos de la reunión de Frol Kozloz y Mijaíl Suslov con Flavio Bravo, Marzo 3, 1961, Folio 3, Lista 65, Fichero 871.

372. Fursenko, Alexander y Timothy Naftali. *One hell of a gamble* [La tremenda apuesta], W.W. Norton & Company, Nueva York, 1997, p. 446. Biblioteca presidencial de John F. Kennedy, Robert Kennedy to John Kennedy, POF, CO: Cuba General, 19 de abril de 1961, tomado de Fursenko y Naftali. *Op. cit.*, p. 105.

373. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Matvei Zakharov [Ministerio de Defensa] e Iván V. Archipov [Ministerio de Colaboración Económica] al Comité Central del PCUS, septiembre 20, 1961, Folio 3, Lista 65, Fichero 872, pp. 136-138.

374. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Fidel Castro a Nikita Jruschov, septiembre 4, 1961, Folio 3, Lista 65, Fichero 872, pp. 146-51.

155

## Capítulo XIII

### Nikita, matraca

En Cuba, a las defenestraciones se les llamaba *tronajes*. A fulano lo *tronaron*. Así decían los cubanos para indicar la caída en desgracia de algún miembro de la nomenclatura castrista. Alguien que desataba las iras, allá en las alturas, de un demiurgo barbado, vengativo y todopoderoso que en represalia decidía, porque era su divino derecho, enviarle al objeto de sus furores un relámpago aniquilador. Lo *tronaron*, decían los cubanos para indicar que cuando el defenestrado escuchó el trueno ya hacía mucho rato que lo había partido un rayo.

La historia del castrismo puede ser escrita como una cadena de *tronajes* que dieron lugar al manido símil de Saturno devorando a sus hijos. La primera entre las más famosas de esas defenestraciones fue la de Aníbal Escalante, en marzo de 1962, un año que para Cuba empezó con el país armado hasta los dientes, con una economía agotada y con una escasez de productos básicos que obligó a imponer la famosa libreta de racionamiento. Aníbal Escalante fue removido de su cargo al frente de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) en una decisión que todavía hoy muchos interpretan como uno de los primeros golpes a la influencia comunista dentro de la revolución cubana. La realidad es que esa influencia, lejos de mermar, se mantuvo igual o aumentó. Unos días antes, y por solo mencionar un ejemplo, había sido nombrado como jefe del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) el viejo dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez.

Después de su remoción, Aníbal Escalante —en vez de ir a parar a la cárcel o ser enviado a su casa— fue enviado a Moscú. A partir de su informe a los soviéticos ya hoy podemos saber que en la reunión en la que se decidió su destitución participaron, junto con Fidel Castro, nada más y nada menos que Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Flavio Bravo.<sup>375</sup> Un tribunal que le resta fuerza a la idea de una cruzada anticomunista o de una supuesta pérdida de poder del PCC. Otra consecuencia muy interesante de la llegada de Aníbal Escalante a Moscú fue la reacción de los soviéticos ante las informaciones que traía el defenestrado.

Aníbal se las arregló para hacerle creer a Nikita y compañía que su caída en desgracia tuvo que ver con un aumento de la influencia de los elementos prochinos dentro de la revolución cubana. Una noticia que trajo consecuencias positivas para el castrismo; y lo hizo a pesar del informe del jefe de la KGB explicando que “no existían razones de peso para hablar de una influencia seria de los chinos sobre Fidel Castro”.<sup>376</sup>

A raíz de las declaraciones de Aníbal, la URSS ordenó acelerar la entrega del armamento que los cubanos habían solicitado en septiembre de 1961, una solicitud que llevaba varios meses empantanada dentro de la burocracia soviética pero que enseguida fue reactivada. Se autorizó la entrega de las divisiones de misiles tierra-aire solicitadas por La Habana y además se incrementó el paquete con la inclusión de los misiles convencionales de largo alcance Sopka, que en ese momento eran una de las armas más avanzadas del arsenal soviético.<sup>377</sup>

Ese primer *tronaje* de Aníbal Escalante es el más raro de la historia del castrismo. Se presenta a la opinión pública como una cruzada contra el sectarismo, pero fue la misma secta de Aníbal, el PCC, la

156

que decidió, junto con Fidel Castro, *tronar* al viejo dirigente partidista. El defenestrado, una vez separado de su cargo y hechas las autocríticas pertinentes, partió (en un caso que nunca más se repitió en la historia del castrismo) hacia la URSS y su llegada a ese país marcó, paradójicamente, un incremento en la entrega de la más avanzada tecnología militar soviética a las fuerzas armadas de Cuba. Para más paradojas, unos días después de la llegada de Aníbal a la URSS, Alexander Alexéiev recibió una comunicación del Centro de la KGB pidiéndole que se presentara en Moscú. La noticia que le esperaba, lejos de un regaño o de un llamado a la cautela ante un castrismo que supuestamente empezaba a *tronar* comunistas, fue su promoción a embajador de la URSS en Cuba. Después le entregaron una carta invitando a Fidel Castro, una vez más, a visitar el país de los Soviets y lo autorizaron a llevar la buena nueva de la cancelación de todas las deudas cubanas con Moscú. Antes de regresar a La Habana Alexéiev fue invitado a una reunión del Buró Político del PCUS en la que Nikita Jruschov le dijo: “Camarada Alexéiev, hemos decidido o estamos a punto de decidir el emplazamiento de misiles de alcance medio con cabezas nucleares en Cuba. ¿Qué dirá Fidel Castro sobre esto?”<sup>378</sup> Mucho se ha escrito y mucho se escribirá sobre la famosa Crisis de los Misiles de octubre de 1962.

Hasta ahora el mejor libro que he leído sobre ese tema es *One hell of a gamble* [La tremenda apuesta], de los autores Alexander Fursenko y Timothy Naftali, un libro cuidadosamente documentado a partir de los archivos soviéticos y estadounidenses. A pesar de su calidad inobjetable, adolece de una de las limitaciones que a mi entender caracterizan la obra de la inmensa mayoría de los *soviétólogos* y *cubanólogos*: el líder-centrismo, o la necesidad de explicar una buena parte de los hechos a partir de las decisiones de las figuras de mando.

La visión de la Crisis de Octubre que hoy predomina puede ser representada con un diagrama de Venn de tres dimensiones. Tres círculos que se interceptan, cada uno de los cuales representa a Nikita, Castro y Kennedy, y una zona en la que los tres colisionan, o que los tres comparten, y que representa la Crisis de los Misiles. La visión que yo tengo es más compleja. Es un diagrama de Venn de al menos cinco dimensiones, tres que representan las mencionadas anteriormente, más otras dos correspondientes a los estalinistas soviéticos y a sus homólogos cubanos del NCIS.

Es una imagen que parte de varias conversaciones con mi padre en las que él me explicó su teoría sobre el papel jugado por los hombres de Fabio en los orígenes y el desenlace de la crisis. Recuerdo claramente que el punto central de esas conversaciones siempre fue una pregunta: ¿quiénes fueron los más favorecidos con el desenlace de la Crisis de Octubre? Hoy puedo asegurar que los grandes triunfadores fueron los estalinistas soviéticos y sus homólogos del NCIS del PCC.

Kennedy a duras penas pudo enmendar el error de haber traicionado a la Brigada 2506 en Playa Girón, y trece meses después sería asesinado. Castro vio sus ínfulas de estadista reducidas a ser lo que realmente era: *un simple peón soviético en el ajedrez de la guerra fría*. Nikita perdió su apuesta y quedó listo para pagar, veinticuatro meses después, la osadía del XX Congreso del PCUS, su antiestalinismo feroz y la defenestración de los antiguos jefes de la KGB. Si para algo sirvió el desenlace de la Crisis de los Misiles fue para empezar a pasarle factura a Nikita por haber querido inaugurar una nueva era en las relaciones entre la clase política de la URSS y los antiguos represores estalinistas. Quiso limitar al poder dentro del poder y terminó perdiendo el poder.

La KGB (o cualquiera de sus homóglas anteriores) tuvo una larga historia de matar a los suyos con el hierro de su propia espada. Las purgas sistemáticas y despiadadas fueron los mecanismos que Stalin utilizó para contrarrestar el inmenso poder que acumulaban los miembros de la represión soviética. A cada rato, después de una ola de poder acumulado, llegaba una rompiente de poder esparcido mediante una depuración brutal de la que quedaban, ya hoy está comprobado, muy pocos sobrevivientes.

157

Nikita quiso cambiar esa tradición y le dio inicio al camino de no matar a la mayoría de los defenestrados de la KGB. Los denunció, los tildó de asesinos al servicio de dos psicópatas como Stalin y como Lavrenti Beria, los mandó para sus casas y a algunos les quitó sus retiros, pero no los mató. Eso le costó el puesto. Dejó vivos a hombres que durante décadas de trabajo de Inteligencia habían acumulado una gran cantidad de información y muchas relaciones. Cuadros que habían practicado la endogamia y dejaron en posiciones clave de la organización a verdaderos clones de sí mismos. Hombres criados en la mejor tradición del estalinismo. Comunistas que siempre prefirieron morir, aunque fuera en manos de otros comunistas, antes que escuchar, ya fuera vistiendo pijamas o encarcelados, que pelearon mal por la causa, que lo hicieron en vano, o que fueron unos simples asesinos.

Después del XX Congreso del PCUS muchos miembros de la KGB pasaron a tener dos enemigos principales: los Estados Unidos y el primer secretario del PCUS. A esa oposición silenciosa, pero con mucho poder, se sumó otra no menos importante. Me refiero a los miembros de la alta burocracia del PCUS que ya fuera por llevar a Stalin en sus almas, por tener ansias de poder o por cualquier combinación de esas dos variantes, también se dedicaron a serrucharle el piso a Nikita. Las dos figuras que emergieron como representativas de esos dos grupos fueron Alexander Shelepin y Leonid Ilich Brézhnev.

Uno de los errores más graves que cometió Nikita fue el nombramiento, en 1958, de Alexander Shelepin como jefe de la KGB. Se trataba de un cuadro de la Inteligencia formado en la más rancia tradición estalinista. En 1961 Shelepin dejó su puesto en la KGB porque fue promovido a miembro del Buró Político. Pero dejó como sustituto a su protegido Vladimir Semichastny, un burócrata sin experiencia en el trabajo de Inteligencia, pero muy cercano a Shelepin desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. En buena lid los dos debían haberle agradecido a Nikita sus respectivos nombramientos, pero como reza el viejo adagio: los hábitos viejos nunca mueren. Al igual que muchos otros estalinistas, los dos tuvieron los motivos, los medios y las oportunidades para deshacerse del secretario general. Los dos trabajaron juntos hasta lograrlo, y cada uno con la esperanza de ser el sucesor del defenestrado. El autor John J. Dziak, por ejemplo, cita al famoso escritor Aleksander Solzhenitsyn cuando dice que después de la caída de Nikita el propio Shelepin llegó a ser la opción para secretario general del PCUS de aquellos estalinistas que se preguntaban “qué razón tenía derrocar a Nikita si no era para regresar al estalinismo” .379

En el XX Congreso del PCUS, que tuvo lugar en 1956, Nikita Jruschov propuso un cambio drástico en la política exterior de la Unión Soviética. Un cambio que, por desgracia para él, jugaría en favor de aquellos que decidieron serrucharle el piso. En ese Congreso el PCUS abandonó la política estalinista de los dos campos y decidió jugar un papel más activo en el seguimiento y apoyo a los movimientos de liberación nacional. De malas a primeras el ajedrez de la geopolítica dejó de jugarse en Europa y extendió sus casillas al mundo entero. Eso creó una situación mucho más compleja y peligrosa para la dirigencia soviética. Trajo como consecuencia que a principio de los años 60 la URSS enfrentara — como país y como bandera de una ideología— dos retos fundamentales.

En política internacional, los soviéticos tenían un conflicto de clases contra el capitalismo en general y contra los Estados Unidos en particular. Ese conflicto mostraba, a su vez, tres puntos de enfrentamiento, que mencionaremos en orden de su importancia para la URSS: 1) Berlín occidental; 2) Cuba; 3) Laos y Vietnam. A esos enfrentamientos con el enemigo principal se sumó, a finales de los años 50, un conflicto cada vez más preocupante con la China de Mao, así como el surgimiento de un concepto de No Alineación que drenó a la URSS de una buena parte de sus partidarios y de la fuerza moral que estos le daban al comunismo internacional.

158

Todos esos retos en política internacional se sumaron a un desfase tecnológico e industrial muy serio. La disparidad nuclear con respecto a los Estados Unidos era evidente y amenazaba con aumentar. Los estadounidenses ya habían dominado la tecnología para iniciar la era de los ensayos nucleares subterráneos, con la consabida ventaja que eso daba en términos de números de ensayos y discreción de los resultados. La URSS, mientras tanto, se había visto obligada a interrumpir la producción de sus misiles balísticos intercontinentales por fallas técnicas que tardarían años en ser resueltas. La diferencia en el número de misiles era tal que la doctrina del golpe inicial, postulada y defendida por los estrategas soviéticos, indicaba una vulnerabilidad cada vez más preocupante. Al mismo tiempo, los intentos de restaurar esa paridad con submarinos capaces de acercarse subrepticamente al continente americano dieron como resultado la famosa saga del K-19, el artefacto que ha pasado a la historia naval con el triste sobrenombre de *Enviudador*.

Para los estadounidenses las cosas no iban tan mal. Su primer submarino atómico (*USS Nautilus*) había roto todos los récords de navegación, había convertido en obsoletas casi todas las tácticas navales de lucha antisubmarina, y había sacado su torreta en el Polo Norte exponiendo a la URSS, por primera vez, a un ataque nuclear (con misiles Polaris) desde el Ártico. Para sumar aún más a ese desbalance, los Estados Unidos habían decidido acelerar la producción de esos submarinos nucleares, mientras que, al mismo tiempo, emplazaban sus misiles atómicos Júpiter en Turquía.

Si esos eran los retos de la URSS como país y bandera de una ideología, peores eran los que tenía Nikita Jruschov como secretario general del PCUS. A la solución de una extensa lista de problemas estratégicos se sumaba la necesidad psicológica y política de quitarse de encima la sombra de Stalin, de demostrarle al Partido y al pueblo soviético que él era capaz de sacar adelante a la URSS sin utilizar los métodos estalinistas. De inicio, Nikita se las arregló denunciando los crímenes de su predecesor; fanfarroneó y mintió sobre el futuro —siempre luminoso— de la economía soviética; aprendió a aplaudir con zapatos y convirtió al *Sputnik* y a Yuri Gagarin en pruebas fehacientes y universales de los logros tecnológicos de la URSS.

En la medida que el tiempo fue pasando, sin embargo, quedó claro que todos esos actos no eran más que un anuncio de rendimientos que, para ser reales y aceptados por la alta jerarquía del Partido, tenían que lograr la salida de la Unión Soviética del atolladero en el que estaba. Una situación que, según los estalinistas —fueran o no miembros de la KGB—, Stalin habría resuelto fusilando diseñadores de submarinos y cohetes, robando secretos militares en los Estados Unidos, subiéndole la parada militar a Mao y sacando del camino a cuanto tonto se le ocurriera defender la idea de la No Alineación.

El inicio de los años 60 marca, entonces, un peligroso punto de viraje en la historia de la URSS. Para los viejos cuadros de la KGB y para la alta burocracia partidista, la muerte de Beria y el encarcelamiento de Pavel Sudoplatov y de Leonid Eitingon eran detalles menores en comparación con el antiestalinismo feroz de Nikita, el aumento de poder de la Inteligencia Militar (contrapartida de la KGB), o el hecho de que al estar casi todos ellos comprometidos, de una forma u otra, con los crímenes de Stalin, colgaban sobre sus cabezas una ristra de espadas de Damocles.

La reacción de esos viejos conspiradores, muchos de los cuales venían desde la época de la Cheka (Policía Secreta) y manejaban redes de información que ningún burócrata podía controlar, no se hizo esperar. Los pocos años de Nikita al frente de la URSS estuvieron marcados por los planes y deseos de los estalinistas, ya fueran miembros de la KGB o de la alta burocracia del PCUS, si no de tomar el poder al menos de garantizar que ese poder nunca más pudiera convertirse en una amenaza para ellos. Para lograrlo iniciaron una campaña de desinformación y manipulación alrededor del secretario general en la que la KGB exageró la credibilidad que los analistas de Inteligencia estadounidenses les daban a

las fanfarronadas de Nikita mientras convertía la amenaza nuclear estadounidense en un fantasma poderoso, sobrecogedor y dispuesto a actuar lo antes posible.

Hay otro elemento muy importante en los planes de los estalinistas soviéticos contra Nikita que la mayoría de los analistas pasa por alto —y que la vieja guardia de la Inteligencia soviética se encargó de ocultar muy bien—. Me refiero a la inesperada ayuda que recibieron de unos comunistas caribeños, discípulos de la antigua Cheka y furibundos estalinistas, que pusieron encima de la mesa una revolución penetrada por ellos hasta el tuétano, y a solo 90 millas del otro enemigo principal. Un grupo muy reducido de esos cuadros del PCC siempre estuvo en contacto directo con Moscú. Algunos de ellos habían sido entrenados en las mejores escuelas soviéticas y cultivaron estrechas relaciones con muchos cuadros de la Inteligencia de ese país. Para más vínculos, ese grupo reducido de comunistas cubanos fue dirigido con mano férrea por un polaco-soviético-cubano que había pasado por todas las purgas estalinistas.

Fabio Grobart supo de primera mano el gran precio que la URSS pagó por los asesinatos de Stalin. “El Polaco” vio morir a muchos de sus jefes inmediatos, como Berzin en la Inteligencia Militar y Piatnitsky en el Comintern, y supo muy bien que esos hombres fueron comunistas de punta a cabo y que habían sido asesinados por Stalin. A pesar de eso su fe en el georgiano nunca mermó. Todavía al final de su vida, ya retirado e intentando reescribir la historia de Cuba, entrar en casa de Fabio Grobart era pasar bajo un librerito que estaba encima de la puerta. En esa pequeña biblioteca se alineaban los tomos de una suerte de Obras Completas de Stalin. Libritos ridículos con títulos tan risibles como *Stalin y la genética*, *Stalin y la agricultura*, *Stalin...* y lo que fuera.

Para Fabio Grobart, el XX Congreso del PCUS fue un golpe que no por esperado dejó de producirle un gran dolor de cabeza. Después de treinta años siguiendo al dedillo las órdenes de Stalin, “El Polaco” se encontró con que llegaba Nikita, que también había seguido esas órdenes sin chistar, para decir que Stalin era un asesino y que muchos de los que le habían obedecido, excepto él, eran culpables. La mayoría de los contactos de Grobart al más alto nivel de la burocracia y la Inteligencia soviéticas habían caído en desgracia y una buena parte de su capacidad para controlar al PCC a distancia, a través de directivas soviéticas que podían emanar de sus contactos en Moscú, desaparecieron de la peor manera posible.

Todo eso sucedió mientras él estaba en Praga; de haber estado en La Habana, las cosas habrían sido mucho más fáciles. No habría sido la primera vez que Moscú cambiaba el guion y Fabio y sus hombres lograban que el PCC se adaptara a las nuevas escenas. Pero su salida de Cuba, el largo tiempo que pasó en Praga, y la expulsión decretada por Batista de Flavio Bravo, trajo como consecuencia que el trabajo organizativo del PCC pasara a estar en manos de un cuadro como Aníbal Escalante. De esa forma, una buena parte del apoyo del Partido al castrismo durante la lucha insurreccional contra Batista fue coordinado por Aníbal, quien además de demostrar una gran capacidad organizativa llegó a acumular una buena dosis de poder.

Otro dolor de cabeza que pudo haber enfrentado Fabio Grobart en vísperas del XX Congreso fue que los soviéticos invitaran a Joaquín Ordoqui como delegado fraternal. Era sabido entre los viejos comunistas cubanos que Ordoqui siempre tuvo vínculos con la Inteligencia soviética que no pasaban por el PCC ni por su aparato clandestino. Su hijo Joaquinito así lo reconoce cuando asegura que su padre era “un hombre que veneraba a la Unión Soviética; era lo que hubiéramos llamado ‘un hombre de Moscú’, que había realizado misiones delicadas, especiales, para los rusos...”<sup>380</sup> El propio Joaquín Ordoqui reconoce en sus memorias que el FBI se la tenía jurada desde 1934 por la tragedia del *Morro Castle*, el buque en el que él había viajado desde La Habana hacia Nueva York y que en su siguiente

160

travesía sufrió una explosión y un incendio que les costó la vida a más de 130 personas.<sup>381</sup>

En 1953 Ordoqui estuvo preso en la cárcel de Boniato. Una vez liberado partió junto con su esposa, Edith García Buchaca, hacia la URSS. Disfrutaron de unas vacaciones e intentaron regresar a Cuba vía México. Llegaron a la capital mexicana y esperaron el telegrama que les indicaría si el regreso era seguro. En vez del telegrama recibieron la visita de José de Jesús Castaño y Quevedo, jefe de Inteligencia y Operaciones del Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC). La noticia que les traía el esbirro era que Batista no los quería tan cerca de Cuba.

Tuvieron que partir de nuevo, fueron a parar a Praga, después estuvieron en París y volvieron de regreso a la capital checa en camino hacia Moscú para asistir al XX Congreso del PCUS. En Praga estaba Fabio Grobart y el matrimonio Ordoqui no pudo ir a Moscú por culpa de una situación que García Buchaca identifica en sus memorias como un “penoso incidente burocrático”.<sup>382</sup> Sí pudieron asistir al congreso del Partido Comunista Chino, y al finalizar este no les quedó más remedio que regresar a Europa para intentar el regreso a México, por segunda vez, con una visa danesa. Edith García

Buchaca reconoce en sus memorias que durante las dos estancias en México ellos se ocuparon de asuntos delicados y ella tuvo muchos contactos con la embajada soviética.<sup>383</sup>

Así fue cómo en 1961, diez años después de haber dejado Cuba, Fabio Grobart enfrentaba una situación muy delicada tanto en Moscú como en La Habana. Por un lado, muchos de sus contactos de alto nivel dentro en la URSS habían caído en desgracia; y, por otro, allá en Cuba, Aníbal Escalante empezaba a acumular una enorme cantidad de poder mientras que Joaquín Ordoqui, un cuadro que estaba fuera de su control pero que gozaba de muy buen acceso a la nueva burocracia soviética, era uno de los hombres al mando del Ministerio de las Fuerzas Armadas del castrismo.

Para colmo de males, en enero de 1961 había muerto Osvaldo Sánchez y, tres meses después, una vez terminados los combates de Playa Girón, ocurrió algo que tiene que haber preocupado mucho a Grobart. Los archivos soviéticos muestran que el 26 de abril de 1961, menos de una semana después de la derrota de la Brigada 2506, Alexander Shelepin solicitó autorización para enviar a Cuba, a petición de los cubanos, a ocho miembros de la KGB con el equipamiento técnico necesario y a un costo de 180 mil dólares.<sup>384</sup> Al mismo tiempo la estación de la KGB en La Habana había enviado una comunicación a Moscú sugiriendo que Manuel Piñeiro, uno de los jefes de la Inteligencia del castrismo (G-2), nombrara a siete de esos cuadros que enviaría Shelepin al frente de varios departamentos de la Inteligencia cubana.<sup>385</sup>

Las conversaciones sobre el papel que jugarían esos asesores soviéticos dentro de la Inteligencia cubana y la forma en la que esa asesoría tendría lugar ocurrieron entre Alexéiev y Aníbal Escalante, algo muy llamativo si se tiene en cuenta que hasta ese momento el delicado tema de la cooperación soviético-cubana en materia de Inteligencia solo era tratado con los hermanos Castro y Ramiro Valdés. Al final, las conversaciones tuvieron el resultado esperado y Cuba recibió la promesa de un incremento en la cooperación entre ambos países con respecto a ese tema. De inicio se decidió aumentar a 50 el número de cubanos que se entrenarían en las escuelas de la Inteligencia soviética, o sea, 33 más de los que ya estaban siendo entrenados en ese momento.<sup>386</sup> De esa cooperación salió, por cierto, la primera aventura cubana en África: el envío de las armas capturadas en Playa Girón al Frente de Liberación Nacional argelino (ver página correspondiente de este libro).

Es evidente que Aníbal Escalante empezaba a acumular demasiado poder y, para empeorar las cosas, decidió utilizarlo. Así lo demuestra una información muy interesante que Fursenko y Naftali mencionan en su libro sin darle mucha importancia, y que dice así:

161

Moscú estaba deseoso de ayudar a los servicios secretos de Cuba, pero Alexéiev se dio cuenta de que tenía que controlar las riendas de los comunistas cubanos, quienes poco después de Bahía de Cochinos detectaron una oportunidad para actuar unilateralmente. Blas Roca y [Aníbal] Escalante prepararon por su cuenta un plan para asesinar a los líderes de la contrarrevolución. Manuel Ray, el Ministro del Interior del primer gabinete de Castro, fue su primer objetivo. Asumiendo que los soviéticos objetarían el plan, Roca y Escalante intentaron incluso esconderlo de Alexéiev. Fueron parados, sin embargo, cuando el Viceministro del Interior de Cuba le avisó a Alexéiev, quien les envió un mensaje a los dos cubanos diciendo que desde el punto de vista de Moscú “probablemente no era el momento para tomar esas medidas”.<sup>387</sup>

Si consideramos al PCC como una organización homogénea, ese pasaje del libro de Fursenko y Naftali sería irrelevante; no iría más allá del relato de un par de comunistas conspirando para deshacerse de un enemigo. Desde una visión heterogénea del PCC, sin embargo, ese pasaje resulta muy importante y revelador. Aníbal Escalante había traspasado un límite muy antiguo y respetado. Desde 1934 estaba bien claro, al menos para la alta dirigencia del PCC, que tanto el trabajo clandestino como de Inteligencia de esa organización estaba bajo la dirección única de Fabio Grobart. Ya a la altura de 1961 ese trabajo tenía una historia tan larga y un nivel de complejidad tan alto que era muy posible que, intentando eliminar a un enemigo, Aníbal terminara cargándose a un infiltrado del Partido. Al mismo tiempo, llama la atención que Fursenko y Naftali no identifiquen al viceministro del Interior que le fue con el chivatazo a Alexéiev. Las características esenciales de ese cuadro permiten aventurar una identificación. Tiene que haber sido un hombre de Fabio que en ese momento tuviera un alto cargo dentro del Ministerio de Interior y que además gozara de la confianza de los soviéticos y de acceso a los mismos. Me atrevo a pensar que se trata de Isidoro Malmierca, quien era un hombre de Fabio que ya para esa época había sustituido a Osvaldo Sánchez como jefe de la Inteligencia cubana.

Por suerte para “El Polaco”, muchas cosas todavía jugaban a su favor. Después de más de treinta años seleccionando y adoctrinando a sus cuadros, Fabio contaba con un grupo de mujeres y hombres que respondían sin chistar a sus mandatos. Desde 1934 Blas Roca sabía que su capacidad para seguir al frente del PCC pasaba por no inmiscuirse en los asuntos de “El Polaco” y por seguir al dedillo las orientaciones disfrazadas de sugerencias que de vez en cuando este le hacía. En 1961 tanto Roca como Escalante traspasaron el límite de lo permitido y se adentraron en un mundo que no les pertenecía. Es verdad que esos dos cuadros dirigieron el Partido durante los diez años que Grobart estuvo fuera de Cuba y, sobre todo, durante la lucha contra Batista. Pero también es verdad que lo hicieron guiados

por un aparato de Inteligencia cuyos miembros ellos no habían seleccionado y cuyos agentes, por razones de elemental compartimentación, ellos nunca pudieron conocer en su totalidad. Al mismo tiempo, es muy probable que ninguno de los dos estuviera al tanto de las viejas y profundas relaciones del NCIS con los hermanos Castro y que ignoraran el verdadero poder que dentro del castrismo tenían hombres como Grobart, Bravo, Nicolau, Risquet, Domenech, Pina Cardoso, Malmierca, Aragonés, etc. Eso les costó que terminaran suavemente *tronados*.

“El Polaco” regresó a Cuba en 1961 y poco tiempo después, el 24 de junio de ese año, el Partido se autodisolvió de forma oficial (porque ya lo había hecho de facto y extraoficialmente en 1959). Una disolución que dejó a Blas Roca sin cargo alguno y lo convirtió, de la noche a la mañana, en el simple director del periódico *Hoy*. Unos pocos meses después, en marzo de 1962, ocurrió el primer *tronaje* de Aníbal, una defenestración que muchos achacan a los métodos de dirección del defenestrado, aunque este dejó bien claro, antes de retractarse y autocriticarse, que todas las malas decisiones que se le achacaban habían sido previa y debidamente consultadas con Fidel Castro. Una vez *tronado* Aníbal, a Fabio solo le quedó por resolver el detallito de Ordoqui.

162

Podría decirse que la llegada de Aníbal a Moscú coincidió con el punto álgido de dos campañas de desinformación. Mientras en la URSS la KGB se encargaba de meter exageraciones en la cabeza de Nikita —sobre la debilidad moral de la familia Kennedy, la abrumadora superioridad nuclear de los Estados Unidos, la agresividad infundada del Pentágono y la extrema vulnerabilidad de la URSS—, en Cuba el viejo núcleo de Inteligencia soviética se encargaba, con la ayuda constante de Alexander Alexéiev, de explotar a su antojo la exquisita paranoia de Fidel Castro.

Desde 1959 Fidel Castro vivió intoxicado con la inminencia de una invasión estadounidense que nunca tuvo lugar, y en la que él siguió creyendo a pesar de la negativa de Kennedy de enviar, en abril de 1961, el apoyo aéreo que tanto necesitó la Brigada 2506. Los niveles de esa intoxicación llegaron a extremos tan ridículos que en un momento el Centro de la KGB en Moscú tuvo que pedirle a Alexéiev que fuera más cuidadoso, allá en La Habana, con sus avisos de agresiones contra el castrismo.<sup>388</sup> La consecuencia natural de esa intoxicación fue una carrera armamentista que debe estar entre las más caras en la historia de la humanidad. Un afán de armarse hasta los dientes que para más casualidades encajó a la perfección con la imperiosa necesidad que Nikita tenía, a partir de los informes que le llegaban de la KGB, de proteger a la URSS de la abrumadora superioridad nuclear de los Estados Unidos y de la fantasmagórica agresividad del Pentágono. La cama estaba tendida.

Decir que la participación de Fidel Castro en la Crisis de los Misiles marca el punto más bajo de un estadista en la historia de la humanidad sería darle, injustamente, el beneficio de ese título. Ninguna persona cercana a la definición del término estadista habría dejado que lo utilizaran y lo humillaran —a él y al pueblo que decía representar— de una forma tan irresponsable e irreverente. Para demostrarlo hay varios momentos de esa crisis que alcanzan, cada uno de ellos por separado, a dejar una imagen bien clara de las serias limitaciones intelectuales, psicológicas y espirituales del jefe de la revolución cubana.

La decisión de emplazar los misiles en Cuba fue tomada antes de consultar con La Habana. Ya desde la pregunta a Alexéiev estaba claro, para Nikita Jruschov, que Fidel Castro tenía una sola opción. Andrei Gromiko, uno de los presentes en esa reunión, declaró décadas después que todos los gestos y palabras de Nikita indicaban que el plan ya estaba en marcha y, sin embargo, La Habana no había sido consultada.<sup>389</sup>

La respuesta de Alexéiev a la pregunta del secretario general del PCUS, prediciendo un Fidel Castro renuente a un conflicto de tal envergadura, fue rechazada por Rodión Malinovsky, quien sacó a colación, como un argumento de peso, el carácter abiertamente socialista de la revolución cubana. Por último, después de largas discusiones el plan, que ya había sido denominado *Anadyr* desde principios de mayo, fue aprobado por unanimidad y sometido a la aprobación del Presídium, cosa que sucedió sin que existiera confirmación alguna desde La Habana. Resulta revelador que en las minutas de esa reunión del Presídium está escrito “a confirmar cuando se haya recibido la aprobación de Fidel Castro”.<sup>390</sup>

Como se esperaba, Fidel Castro dijo que “sí”. Después quiso poner un remedo de condiciones, pero no lo dejaron. En agosto de 1962 pidió que la URSS y Cuba firmaran e hicieran público un tratado de cooperación militar que incluiría, entre una de sus cláusulas, la decisión de ambos países de emplazar misiles nucleares de corto y mediano alcance en territorio cubano.<sup>391</sup> De más está decir que Nikita, temiendo perder la ventaja que en términos de negociación significaría el emplazamiento subrepticio de los misiles, dijo que “no”.

Durante la fase de ejecución del plan Fidel Castro dejó pasar otra excelente oportunidad de lucir como un estadista. No alcanzó a percatarse del enorme desfase existente entre un plan de tal envergadura y el cronograma propuesto para su realización. Un plan que incluía, entre otras cosas, la

llegada a Cuba de más de cincuenta mil efectivos del Ejército Rojo. Movilizar a esos hombres hacia Cuba de forma subrepticia era mucho más fácil —desde el punto de vista logístico— que hacerlo con los gigantescos misiles de alcance medio. Un plan serio y bien concebido habría llevado varios meses de preparación y enmascaramiento antes de iniciar cualquier movilización real. Los hechos, sin embargo, demuestran que los soviéticos, a pesar de la larga experiencia que ya tenían en esos asuntos, llevaron a cabo un plan que mostraba un desprecio total por la probabilidad, muy alta, casi de certeza, de una detección temprana por parte de los Estados Unidos.

En una entrevista hecha a Alexander Alexéiev en 1994 el exembajador de la URSS en Cuba contó un hecho muy interesante. En mayo de 1962, durante una reunión en el Kremlin, el jefe de la misión militar soviética en Cuba, el mayor general Dementiev, dejó bien claro ante Nikita y Malinovsky que sería imposible esconder esos misiles de los aviones U-2 estadounidenses. La respuesta que obtuvo, según las palabras de Alexéiev, fue un puntapié por debajo de la mesa que le dio el ministro de Defensa de la URSS.<sup>392</sup> La razón de esa patada fue que el emplazamiento de misiles en Cuba nunca se hizo con la intención de utilizarlos en la defensa del castrismo. Para los objetivos estratégicos de la Unión Soviética, esos misiles nunca pasaron de ser un arma de negociación. De hecho, en septiembre de 1962 los soviéticos supieron que la CIA se había enterado, a través de la Inteligencia de Alemania Occidental (RFA), de un trasiego de misiles nucleares hacia Cuba,<sup>393</sup> y a pesar de eso siguieron adelante con el plan.

En esa misma entrevista de 1994, Alexander Alexéiev también describe una reunión —en una de las dachas de Nikita— que se hizo para darle la despedida a la delegación que iría a “convencer” a Fidel Castro. Durante uno de los brindis el secretario general del PCUS dejó bien claro que “los misiles soviéticos en Cuba no podrían, en ningún caso, ser utilizados... cualquier idiota puede empezar una guerra, pero es imposible ganar esta guerra”. Estadounidenses y soviéticos habían llegado, por caminos independientes, al mismo concepto de una situación sin ganador real en cualquiera de sus escenarios posibles.

En ese contexto resultaba indiferente si los estadounidenses detectaban los misiles antes o después de que fueran operacionales. Fidel Castro fue incapaz de reconocer eso. No pudo darse cuenta de que la premura de los soviéticos en emplazar los misiles, el poco cuidado que les prestaron a las condiciones de transporte y enmascaramiento, así como la negativa a derribar los aviones U-2 antes —y después— de la llegada de los misiles, eran signos indicativos de que la URSS no estaba, y nunca estuvo, dispuesta a utilizar sus armas atómicas. De haberse percatado de eso el Comandante habría podido evitar el más triste de sus papelones.

Ya en plena crisis, el 27 de octubre de 1962, Fidel Castro cometió la tontería de ordenar el derribo de un avión U-2 que estaba sobrevolando Cuba. Unas horas antes de haber ordenado esa provocación, el día 26, le había escrito una carta a Nikita en la que dijo:

Si la segunda variante es implementada y los imperialistas invaden a Cuba con el objetivo de ocuparla, el peligro que esa política agresiva entraña para la humanidad es tan grande que a continuación de ese evento *la Unión Soviética no debe permitir nunca la posibilidad de que los imperialistas pudieran lanzar un primer golpe nuclear contra la misma...* Le digo esto porque creo que la agresividad de los imperialistas es extremadamente peligrosa y si ellos llevan realmente a cabo el acto brutal de invadir Cuba, violando la ley internacional y la moral, ese podría ser el momento de eliminar ese peligro para siempre a través de un acto de legítima defensa, por dura y terrible que la solución pueda ser, ya que no hay otra.<sup>394</sup>

Esa carta es, posiblemente, el momento más bajo de un ser humano en la historia de la humanidad. Es un acto en el que se mezclan en proporciones iguales la irresponsabilidad, el bajo rendimiento intelectual, la violencia y la provocación. Es el patético intento de un pobre psicópata de asociar, en un raptó de narcisismo extremo, su sobrevivencia física y política a nada más y nada menos que el destino de la especie humana. Desde que salió a la luz esa carta mucho han intentado los castristas y sus adláteres cambiar o relativizar su contenido. Mucho intentó el propio Fidel Castro demostrar que en realidad no quiso decir lo que había dicho. Pero la pura verdad es que horas después de haberla enviado decidió pasar del dicho al hecho y ordenó el derribo del avión U-2.

Nikita, que es a quien iba dirigida la carta, también la interpretó como lo que realmente era, o al menos así lo reconoce en sus memorias (no censuradas) cuando dice:

Castro recomendó que nosotros lanzáramos un ataque preventivo contra Estados Unidos para evitar la destrucción de nuestras armas atómicas. Él había sacado la conclusión de que un ataque era inevitable y que debía impedirse. Con otras palabras, teníamos que dirigir un ataque atómico contra los Estados Unidos. Cuando leímos esto, nos miramos unos a los otros y estaba claro para nosotros que Fidel había malinterpretado nuestro objetivo. Fue entonces que comprendí por primera vez que nuestro amigo Castro, al que yo respetaba por su honestidad y franqueza, malinterpretaba nuestro objetivo. No habíamos instalado los misiles con el fin de atacar a Estados Unidos, sino para impedir una intervención de Estados Unidos en Cuba. ¿Qué significaba ejecutar un ataque preventivo? Podríamos dar el primer golpe, pero inmediatamente le seguiría un contraataque —tanto contra Cuba

como contra nuestro propio país—.395

A Nikita solo le faltó preguntar si Castro era idiota o estaba interpretando ese papel. En su carta de respuesta le hizo saber al Comandante que el momento escogido para derribar el U-2 no había sido el más idóneo. Le hizo entrever, también, que lo interpretaba como una provocación. Las palabras del líder soviético fueron: “Ayer usted derribó uno de esos [vuelos de U-2], mientras que antes usted no los derribó cuando estaban sobrevolando su territorio”. Si mal lució el Comandante en su provocadora irresponsabilidad, peor lo hizo en su incapacidad para darse cuenta de que le estaba solicitando devastación a un hombre que nunca estuvo dispuesto a arriesgar un cartucho de dinamita en Cuba, mucho menos para justificar las absurdas pretensiones de estadista que se gastaba ese barbudo pretencioso que le debía hasta las botas que llevaba puestas.

Esas acciones de Fidel Castro —pidiendo una represalia nuclear en caso de invasión a Cuba, ordenando el derribo del U-2 y queriendo poner al mundo al borde de la destrucción— trajeron como consecuencia la humillación final: la decisión de los soviéticos de negociar con los estadounidenses a espaldas de La Habana, el deseo de rendirse y sacar los misiles de Cuba, incluidas las relativamente pequeñas armas nucleares tácticas. Dejar al castrismo con las mismas garantías de no invasión que existían antes de aquel embrollo. Ni el embargo económico contra Cuba quiso negociar Nikita con los estadounidenses.

La respuesta de Fidel Castro, cuando descubrió que lo habían tratado como lo que siempre había sido y sería —*un simple peón en el juego de la geopolítica*—, fue una gran rabieta. Lanzó objetos, rompió muebles y ordenó a su poderosa maquinaria de propaganda que dejara correr un dicharacho que decía: *Nikita, mariquita, lo que se da no se quita*. Años después escuché a un viejo comunista cubano, muy risueño él, decir un contradicharacho que resume la Crisis de Octubre desde una perspectiva mucho más real: *Nikita, matraca, lo que se mete no se saca*.

El Comandante estaba muy molesto y el 2 de noviembre de 1962 llegó a La Habana, en misión de  
165

control de daños, el viejo conocido Anastas Mikoyan. Las reuniones se iniciaron al otro día y desde el principio el representante de Nikita se dio cuenta de que estaba lidiando con dos obstáculos muy difíciles de salvar: uno era la limitación intelectual que Fidel Castro tenía para entender ciertos puntos de las negociaciones con los estadounidenses, y el otro era la exquisita sensibilidad que se gastaba el susodicho con respecto a su imagen internacional. En un momento Mikoyan explicó el asunto de la verificación de la salida de los misiles nucleares y Fidel Castro, sin detenerse a pensar, se soltó con una rabieta sobre la soberanía de Cuba y la dignidad de los cubanos.<sup>396</sup>

Se hizo un silencio sepulcral, hasta que Mikoyan explicó que, como ya había dicho, en ese momento el asunto no era la inspección en territorio cubano, sino de los barcos en altamar una vez que hubieran dejado Cuba. Según Mikoyan, tanto Raúl Castro como otros dirigentes que estaban en la reunión, le hicieron saber que estaban asombrados por la reacción del Líder Máximo. La reunión fue suspendida bajo el pretexto de un descanso.<sup>397</sup> En su primer informe desde La Habana Mikoyan también le hizo saber a Nikita que Castro prestaba demasiada atención a las opiniones de la prensa estadounidense sobre su persona. Al respecto, continuó, “resulta interesante que Castro siempre se molesta mucho cada vez que lee un artículo, en la prensa reaccionaria, que lo describe como una marioneta de la URSS”.<sup>398</sup>

Durante esa segunda visita de Mikoyan a Cuba también ocurrió otro incidente muy interesante. El 7 de noviembre, y en saludo al 45 aniversario de la Revolución de Octubre, la embajada de la URSS en Cuba ofreció una cena a los altos dirigentes civiles y militares del castrismo. Todo empezó bien, Raúl Castro calmó los ánimos de los soviéticos, declaró que Cuba nunca sería una Albania o una Yugoslavia y elevó su copa para brindar por la salud de Nikita Jruschov y por sus logros en política internacional. A partir de ahí se sucedieron los consabidos brindis en los que el alto mando militar soviético se cuidó mucho de mencionar a Fidel Castro. Hasta que el jefe de la Inteligencia Militar de Cuba, el capitán Pedro Luis Rodríguez, propuso chocar copas *por Fidel y por Stalin*. Unas horas después el general Anatoly Gribkov, uno de los jefes del Estado Mayor soviético en Cuba, le escribió un mensaje al jefe del Ejército Rojo, Rodión Malinovsky, describiendo la afrenta del cubano. El mensaje fue inmediatamente enviado al Buró Político del PCUS.

Antes de montar en cólera Nikita le pidió a Mikoyan que verificara la procedencia y veracidad del informe. En ese mensaje explicó que todos ellos estaban dispuestos a brindar por Fidel Castro, pero hacerlo por Stalin era una afrenta. “Resulta ofensivo —continuó— que Pedro Luis, ese hombre, que ha sido honrado con una gran confianza, ese hombre, que maneja asuntos de Inteligencia y captura enemigos, elogie lo que nosotros condenamos.”<sup>399</sup> Pocos días después Mikoyan le informó a Nikita que el general Gribkov insistía en la veracidad de su historia y prometió conversar el asunto con Fidel Castro. Avisó que le dejaría saber que “cualquier intento de brindar a la salud de Stalin solo nos ofendería y podría incluso dañar las relaciones de confianza que se han establecido entre nosotros”.<sup>400</sup> ¿Quién era el tal Pedro Luis Rodríguez? Para empezar, ese no es su verdadero nombre, en realidad se

llamaba Manuel Quiñones Clavelo, pero en Cuba lo conocen por el pseudónimo que escogió cuando empezó a trabajar para el aparato clandestino del PCC en la provincia de Las Villas. De inicio estuvo bajo las órdenes de Wilfredo Velázquez (también conocido como José Mompié) y después trabajó con Emilio Aragonés en la ciudad de Cabaiguán. Se incorporó a la columna del “Che” Guevara cuando esta llegó a Las Villas y fue parte del grupo de comunistas (como Joel Domenech, Pablo Ribalta, Hiram Prats y Antonio Núñez Jiménez, entre otros) que acompañaron al argentino en su camino hacia La Habana. En octubre de 1959, a raíz de la primera visita de Alexéiev a Cuba, de la creación del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionaria (MINFAR), y del nombramiento de Raúl Castro como ministro, Clavelo pasó a trabajar en ese ministerio como jefe de la Inteligencia Militar de Cuba.

166

Lo hizo junto con Flavio Bravo como jefe de Operaciones, Joaquín Ordoqui como jefe de Logística y Ramón Nicolau como jefe del Departamento de Personal.<sup>401</sup>

Ese brindis no fue casual. Lo hizo un hombre que desde muy joven fue seleccionado, adoctrinado y entrenado por los mismos cuadros del PCC en Las Villas que se habían encargado, entre sus muchas andanzas, de asesinar a Sandalio Junco en 1942. Clavelo era un estalinista convencido, uno de esos comunistas que aprendieron desde muy jóvenes a poner el adjetivo “gran” antes de referirse a Stalin. Además de eso, en algún momento el NCIS del PCC le tiene que haber dado la orden a Clavelo de transferir sus entusiasmos perrunos hacia la figura de Fidel Castro. Una transferencia necesaria por varias razones. La primera era la necesidad psicológica de esos hombres y mujeres del PCC, que se sintieron desnudos y desamparados después de la muerte de Stalin, de encontrar un nuevo objeto de su adoración fanática. La segunda, y más importante aún, es que el PCC sabía, a partir del análisis de la personalidad de Fidel Castro, que la mejor manera de mantenerse en el círculo cercano al Líder Máximo, para obtener las informaciones que después permitirían controlarlo y manipularlo, era a través de una lealtad rayana en la ignominia.

Esa última razón explica por qué la sangre no llegó al río cuando Clavelo decidió levantar su copa por Fidel y por Stalin. En su defensa ante Nikita salió el jefe de la Inteligencia Militar soviética (GRU) en Cuba, el coronel Meshcheriakov. Según Fursenko y Naftali, ese alto jefe del GRU, que eventualmente llegaría a ser el segundo al mando de esa organización, informó a Moscú que Clavelo había sido parte del aparato clandestino antes de la revolución cubana. En ese momento era un “aliado de confianza” de tres importantes comunistas cubanos: de Raúl Castro, del jefe del Estado Mayor de las FAR, el Comandante Sergio del Valle, y del Presidente Osvaldo Dorticós. Además, Clavelo era una fuente regular de inteligencia política y militar para los soviéticos... Consideramos que Clavelo —continuó diciendo el Coronel del GRU en su informe— es el tipo de hombre del que podemos esperar recibir información importante en el futuro.<sup>402</sup>

En pocas palabras, un brindis más o un brindis menos era irrelevante en comparación con los servicios que Clavelo ya había rendido y rendiría a los soviéticos. Al final, todos contentos, Nikita por creer que tenía hombres muy cercanos a la yugular de Castro; este, a su vez, satisfecho de que uno de los suyos hubiera estado dispuesto a banderillar al oso ruso en un momento de tanta humillación; Clavelo, por su lado, feliz de haber ganado los puntos dentro del castrismo que le permitirían seguir haciendo su trabajo para el NCIS; y los estalinistas, tanto en Cuba como en la URSS, regocijados de que la memoria de su adorado asesino todavía estuviera viva. Todos felices.

Mikoyan pudo seguir haciendo su trabajo, que en lo esencial fue ir dosificando las malas noticias a Fidel Castro para evitar que este perdiera los estribos de una forma inexcusable. De inicio fueron los bombarderos estratégicos Il-28, aviones con gran autonomía de vuelo y que eran capaces de portar bombas atómicas. Kennedy le dijo a Nikita que los quería fuera de Cuba y este le prometió que así sería. Y allá fue Mikoyan a explicarle a Fidel Castro que a fin de cuentas esos aviones no eran tan importantes, que ya estaban obsoletos, que en la URSS habían decidido discontinuarlos y que a cambio de su retirada de Cuba los estadounidenses habían prometido levantar el bloqueo naval que tenían alrededor de la isla. Fidel Castro hizo un simulacro de pataleo, para mantener su pantomima de la soberanía cubana, y al final aceptó.

Una vez resuelto el asunto de los aviones, empezó la delicada tarea de hacerle saber a Fidel Castro que en materia de protección frente a una futura invasión estadounidense los cubanos tendrían que contentarse con armas convencionales. Los castristas habían asumido que al final de las negociaciones

167

se quedarían, al menos, con algunos misiles nucleares tácticos. Pequeñas bombas atómicas portadas por cohetes de muy corto alcance y diseñadas para ser lanzadas sobre las tropas de un desembarco naval. Para los soviéticos estaba claro —después de la famosa carta de Fidel Castro a Nikita— que había que estar loco para dejar esos misiles en manos de un hombre tan irresponsable. La tarea de Mikoyan fue informarle al Comandante que, de eso, nada; que sacarían de Cuba todo lo que oliera a uranio. Una tarea que se les complicó mucho a los soviéticos después de que su Inteligencia le echó manos, a partir de sus bien posicionadas fuentes de información dentro del castrismo, a un mensaje secreto enviado por el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba a su representante en las Naciones Unidas. En ese mensaje,

que Raúl Roa le envió a Carlos Lechuga el 20 de noviembre de 1962, se informaba que “nosotros todavía tenemos las armas atómicas tácticas, con las que debemos quedarnos”.<sup>403</sup> En cuanto Moscú supo de eso, le ordenó a Mikoyan que fuera inmediatamente a decirle a Fidel Castro que “no”, que esos misiles se iban junto con el resto de los que quedaban. Castro al parecer les había tomado tanto cariño que enseguida preguntó si no era posible dejarlos en Cuba bajo el cuidado y control de tropas soviéticas. La respuesta fue negativa y el Comandante se molestó más todavía. Mikoyan partió hacia los Estados Unidos a entrevistarse con Kennedy, el 29 de noviembre, y de allí partió hacia la URSS para informar ante el Buró Político de los resultados de su periplo. Esa reunión del Buró Político del PCUS tuvo lugar el 3 de diciembre de 1962 y está muy bien documentada en los archivos rusos de hoy. Nikita esperó a que Mikoyan terminara su informe y acto seguido se extendió en su propio análisis sobre la Crisis. Dijo que la URSS había salvado a Cuba. Reconoció que Fidel Castro “les había aconsejado abiertamente el uso de armas nucleares, pero ahora se echa para atrás y nos calumnia”. Después rugió para decir que bajo ninguna circunstancia la URSS firmaría un acuerdo militar con un hombre tan irresponsable.<sup>404</sup> La reunión terminó con el acuerdo de reconocer el excelente trabajo hecho por Anastas Mikoyan. A partir de ahí empezaron los responsos. El primero de los soviéticos *tronados* fue el general Semión Ivanov, al parecer el hombre que había planeado la *Operación Anadyr*. Además de eso, la comunidad de Inteligencia de la URSS fue criticada por haber creado falsas alarmas sin haber tenido acceso a los secretos del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos. Los platos rotos que pagó la KGB fueron mínimos. Sus supuestos errores quedaron diluidos dentro de las pifias de una comunidad de Inteligencia que tuvo como gran perdedora a la contrapartida militar de la KGB. Fue un oficial del GRU, Oleg Penkovsky, quien terminó siendo acusado y ejecutado como espía de estadounidenses e ingleses. Semichastny siguió al frente de la KGB y Alexéiev continuó como embajador de la URSS, y hombre de Shelepin, en La Habana.<sup>405</sup> Pagaron muy poco los herederos de la Cheka, sobre todo si se toma en cuenta que, a partir de octubre de 1964, fecha de la defenestración de Nikita, se convirtieron —todavía hoy lo son— en el poder real dentro de Rusia. En Cuba las pérdidas del NCIS también fueron nulas. Mucho se ha hablado del desenlace de la Crisis de Octubre como el inicio del distanciamiento entre Fidel Castro y la URSS, y como el origen de la pérdida de poder de los comunistas cubanos dentro del castrismo. En realidad, el distanciamiento duró muy poco. En enero de 1963 Nikita le envió una carta conciliatoria a Fidel Castro en la que, además de suavizar el tono, lo invitó a que visitara la URSS. Esa primera visita de Fidel Castro a la URSS marca el embrizado de “El Caballo”. A partir de ese momento el NCIS del PCC pudo trabajar en los *tronajes* definitivos de Joaquín Ordoqui, de Ernesto “Che” Guevara, de Aníbal Escalante y de los comunistas que fueron juzgados en el llamado proceso de la Microfracción. Espectáculos que sirvieron para reforzar la imagen viril e independiente del Líder Máximo y para hacerle creer al mundo que la revolución cubana era única, original y soberana. La

168

realidad, sin embargo, es que esos *tronajes* solo favorecieron a los hombres del NCIS del PCC.

<sup>375.</sup> APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Declaración de Aníbal Escalante. Tomada por el funcionario del Comité Central del PCUS V. Korionov, abril 3, 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 903, pp. 39-42.

<sup>376.</sup> Archivo del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa (SVR). Semichastny al Comité Central, abril 11, 1962, Fichero 88497, vol. 1, pp. 61-68.

<sup>377.</sup> APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Resolución del Presídium del CC del PCUS, abril 12, 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 872, pp. 170-174.

<sup>378.</sup> Entrevista de Alexéiev con los autores Alexander Fursenko y Timothy Naftali el 16 de febrero de 1994, tomado de *One hell of a gamble* [La tremenda apuesta], W.W. Norton & Company, Nueva York, 1997, p. 189.

<sup>379.</sup> Dziak, John J. *Chekisty. A History of the KGB* [Chekismo. Una historia de la KGB], Lexington Books, Lexington, 1988, p. 156.

<sup>380.</sup> Barroso, Miguel. *Un asunto sensible*, Literatura Random House, Barcelona, 2009, pp. 58-59.

<sup>381.</sup> *Ibidem*, p. 327.

<sup>382.</sup> *Ibidem*, p. 337.

<sup>383.</sup> *Ibidem*, p. 345.

<sup>384.</sup> Carta de Shelepin al Comité Central del PCUS, 26 de abril de 1961. Tomado de Fursenko y Naftali, *op. cit.*, p. 107.

<sup>385.</sup> SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia Extranjera de Rusia). La Habana al Centro, 25 de abril de 1961, Fichero 88631, vol. 3, p. 200.

<sup>386.</sup> SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia Extranjera de Rusia). Alexéiev-Shitov a Moscú, 3 de mayo de 1961, Fichero 88631, vol. 3, p. 205.

<sup>387.</sup> Cable de Alexéiev a Moscú, 19 de julio de 1961. Tomado de Fursenko y Naftali, *op. cit.*, p. 146.

<sup>388.</sup> SVR (Archivo del Servicio de Inteligencia Extranjera de Rusia). Moscú a Alexander Alexéiev, septiembre 7, 1960, Fichero 86447, vol. 2, p. 80.

<sup>389.</sup> *Na Krayu Propasti (Karibski krizis, 1962, roga)* [Al borde de un precipicio. La crisis del Caribe, 1962], Obelisk, Moscú, 1994, p. 38. Tomado de Fursenko y Naftali, *op. cit.*, p. 188.

390. Archivo Histórico y Centro de la Memoria Militar del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa. Extracto del protocolo 32/1, reunión del Presidium, mayo 24, 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 872, p. 49. Archivo del Presidente de la Federación Rusa. Documentos sobre *Anadyr*, agosto 20-septiembre 29, 1962, Fondo 16, Inventario 3753, Fichero 1, Caja 3573.

391. Fursenko, Alexander y Timothy Naftali. *Khrushchev's Cold War* [La guerra fría de Nikita], W. W. Norton, Nueva York, 2006, p. 455.

392. Fursenko y Naftali. *One hell of a gamble* [La tremenda apuesta], *op. cit.*, p. 216.

393. Reconocido por Anastas Mikoyan durante su visita a Cuba a inicios de noviembre de 1962. AVPRF (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa). Informe de Alexéiev al Ministerio de Relaciones Exteriores. Noviembre 3 de 1962. Folio 3, Lista 65, Fichero 907, pp. 150-151. Tomado de Fursenko y Naftali.

*Khrushchev's Cold War*, *op. cit.*, p. 319.

394. Ver <[nsarchive.gwu.edu](http://nsarchive.gwu.edu)>. Los destacados son míos.

395. Nikita Kruschev, *Chrusjtjovs Memoarer: De ocensurerade Glasnost Banden Wahlströms*, Falum, 1991, pp. 200-208. Cita y traducción tomadas de <[www.penultimosdias.com/2010/08/24/la-version-castrista-de-la-crisis-delos-misiles/](http://www.penultimosdias.com/2010/08/24/la-version-castrista-de-la-crisis-delos-misiles/)>.

396. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Mikoyan a Nikita, 6 de noviembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 908, p. 185.

397. *Ibidem*.

169

398. *Ibidem*, p. 187.

399. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Mensaje de Nikita a Mikoyan, 10 de noviembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 909, p. 59.

400. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Mikoyan a Nikita, 14 de noviembre de 1962, Folio 62, Lista 65, Fichero 911, p. 2.

401. Suárez Ramos, Felipa de las Mercedes. "El alma de la victoria", *Trabajadores. Órgano de la Central de Trabajadores de Cuba*, 19 de abril de 2015. Disponible en línea en: <[www.trabajadores.cu/20150419/el-alma-de-lavictoria/](http://www.trabajadores.cu/20150419/el-alma-de-lavictoria/)>.

402. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Meshcheriakov a Mikoyan, 14 de noviembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 911, pp. 4-5.

403. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Mikoyan a Nikita, 22 de noviembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 912, p. 91.

404. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Protocolo 71. Sesión del Buró Político de 3 de diciembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 913, p. 78. Notas de Malin. Protocolo 71, diciembre 3, 1962. Desde 1954 hasta 1965 el jefe del Departamento General del Comité Central del PCUS, Vladimir N. Malin, tomó notas ocasionales en las reuniones del Buró Político del PCUS.

405. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Notas de Vladimir N. Malin. Protocolo 75, diciembre 30, 1962.

170

## Capítulo XIV

### El quinto mártir

A inicios de mi adolescencia leí un par de revistas *Bohemia* con varios artículos que relataban el segundo juicio contra Marcos Rodríguez, el supuesto delator de los mártires de Humboldt 7.<sup>406</sup> Yo había escuchado en mi casa retazos de conversaciones y comentarios sobre ese tema, pero por primera vez pude tener una idea clara sobre los actores de esos juicios y sobre las distintas versiones que se manejaron durante ellos. La versión inicial, que fue esgrimida durante el primer juicio por Faure Chomón, fue que Marcos Rodríguez había delatado a los mártires porque era comunista y el Partido lo había adoctrinado para que infiltrara y delatara a los miembros del Directorio Revolucionario. Esa declaración trajo como consecuencia un revuelo publicitario, sobre todo en el periódico *Revolución*, exigiendo que se investigara la responsabilidad del Partido en el asesinato de los mártires de Humboldt 7.

Ese revuelo, a su vez, hizo que Fidel Castro ordenara un segundo juicio. Una farsa hecha para eximir al PCC de responsabilidades y para embarrar con las culpas de la supuesta delación a Joaquín Ordoqui, un militante que no estuvo en Cuba entre 1954 y 1959. Todo me parecía muy raro. Seguí leyendo y allí, entre las páginas amarillentas del segundo juicio, estaba la foto de mi padre declarando que él, como secretario general de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana entre 1957 y 1959, podía asegurar que el acusado nunca había sido miembro de esa organización.<sup>407</sup> Corroborando sus palabras estaba la declaración de Hiram Prats.

Terminé de leer y empecé a hablar con mi padre sobre el tema. De inicio me repitió lo que ya había declarado. Me mostró la famosa foto del joven comunista Fulgencio Oroz protegiendo de la policía a los líderes del Directorio Fructuoso Rodríguez y José Antonio Echeverría. También sacó otra foto, que por desgracia no conservo, de un grupo de estudiantes presos. Lo vi al lado de Echeverría y por detrás de unas rejas. Me contó que conversaron mucho, que el jefe del Directorio le decía "Ñangarita"<sup>408</sup> y que ninguno de los dos pudo convencer al otro, pero que se trataron con verdadero respeto. Usó imágenes y recuerdos para explicarme que ese sectarismo, que se esgrimía como el motivo de la

supuesta delación de Marcos Rodríguez, nunca fue tan marcado como lo quisieron pintar. Para mí habría sido muy fácil aceptar esa primera versión de mi padre, pero yo había escuchado otras historias. Yo sabía que el más famoso profesor de Química de la Universidad de La Habana, el gran Ernesto Ledón, lo salvó una vez de una pateadura que le iban a dar unos cuantos miembros del Directorio que lograron acorralarlo. También había escuchado que el mártir Juan Pedro Carbó Servía mostraba, a cada rato, conductas francamente sociopáticas. Lo mismo le daba por mostrarse desnudo en las ventanas del gimnasio universitario, que comentar, sin darle importancia, que iba a pasar por la Escuela de Filosofía para caerle a golpes a Amparo Chaples, la comunista que les había ganado la presidencia de la FEU en esa escuela. Y no es que hablara por hablar, Carbó era un hombre de acción. El sectarismo existía y de él no escapó ninguna organización. Yo recuerdo, por ejemplo, que cuando mi madre se volvió comunista algunos de sus compañeros del M26-7 le escribieron una carta llena de insultos. Años después, cuando hacía el cuento, mi madre se reía y comentaba que el Partido, por su

171

lado, le pidió que siguiera militando en el M26-7 para que informara sobre esos compañeros. Algo que me llamó mucho la atención durante la lectura de aquellos periódicos y revistas fue el hecho de que, tanto antes como después del triunfo de la revolución, Marcos Rodríguez gozó de una relación muy rara y de gran confianza con cuadros del Partido que eran conocidos por sus vínculos con el aparato de Inteligencia de esa organización. En el caso de Ordoqui, García Buchaca, Aragonés y Grobart, esos vínculos llegaban a convertirse en relaciones muy estrechas con la Inteligencia soviética. ¿Quién era Marcos Armando Rodríguez Alfonso? Nació el 25 de abril de 1937 y a inicios de 1955 se vinculó al PCC en el barrio habanero de Arroyo Apolo, hoy Municipio Diez de Octubre. Así lo reconoció el propio Carlos Rafael Rodríguez durante el segundo juicio.<sup>409</sup> Según ese alto dirigente del ala política del PCC Marcos Rodríguez, que era conocido en esa época por su segundo nombre (Armando), se vinculó con la comunista Pastora Orta y con Rafael Blanco (“Blanquito”), quien era el jefe del Partido en Arroyo Apolo. Esos cuadros ayudaron a conseguirle un empleo en un café y después como conserje de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, una de las organizaciones pantallas que el PCC utilizaba para sus labores encubiertas. Alfredo Guevara, uno de los mejores agentes apuntadores que tuvo el PCC, trabajaba en Nuestro Tiempo.

Durante su declaración en el segundo juicio Carlos Rafael Rodríguez refirió una historia que cualquier comunista cubano podía saber que era mentira. Un cuento confuso para decir que Marcos Rodríguez se negó a entrar en la Juventud Comunista y dio como razón el ser demasiado maduro para esa organización. Después adujo que prefería entrar en el Partido. Eso es mentira. Al militante que dijera eso lo acusaban de autosuficiencia, negación de la disciplina partidista, individualismo, desprecio pequeñoburgués por las masas y escaso sentido de la autocrítica. De ahí a la expulsión era solo cuestión de minutos; pero a Marcos, lejos de expulsarlo, lo premiaron con un trabajo sensible y bien remunerado. Según las contradictorias declaraciones de muchos comunistas, algunos de ellos (como Carlos Rafael Rodríguez) con altos cargos dentro del Partido, Marcos Rodríguez nunca fue militante de la Juventud Socialista, pero sí estuvo vinculado al Partido en el barrio de Arroyo Apolo y al Directorio en la Universidad de La Habana. Después de la masacre de Humboldt 7 salió de Cuba y terminó residiendo en México. En ese país se relacionó con militantes como Ordoqui, García Buchaca, Aragonés, Alfredo Guevara, Osmany Cienfuegos y José Abrantes, todos muy relacionados con el trabajo de Inteligencia del PCC. Desde México, Marcos solicitó su entrada en el Partido, no en la Juventud, y esta le fue otorgada desde La Habana. ¿En base a qué méritos? ¿Por haber sido miembro, mientras estuvo en Cuba, de una organización tan anticomunista como el Directorio? ¿Por haber cuidado, mientras estuvo en México, a Joaquinito Ordoqui cuando sus padres tenían que salir?

La pregunta clave es: ¿existe el precedente de un comunista cubano que siendo joven haya militado en el Partido y no en la Juventud? Y si existió, ¿en base a qué méritos o razones? La respuesta, por extraña que parezca, es que sí existieron casos de jóvenes comunistas que pasaron a militar directamente en el Partido. Y no lo digo yo, lo dice Isidoro Malmierca cuando cuenta en sus memorias que “en realidad fui primero militante del PSP [PCC] y después de la Juventud Socialista por una decisión que adoptaron Flavio Bravo y Luis Más Martín y que nunca entendí bien, aunque me la explicaron”.<sup>410</sup>

Miente Malmierca cuando dice que no entendió la explicación de Bravo y Más Martín. La razón de pasarlo directamente al Partido fue una simple palabra: “compartimentación”. La Juventud Comunista —al estar integrada en su mayor parte por jóvenes sin una gran experiencia conspirativa— no tenía un aparato clandestino o de Inteligencia propio. De esa forma, cualquier cuadro joven que pasara a trabajar como infiltrado de los comunistas tenía que ser manejado por el aparato de Inteligencia del PCC y tenía

172

que pasar a militar, aunque fuera de forma simbólica o secreta, dentro del ala adulta y experimentada de la organización. Eso fue lo que sucedió con Malmierca primero y con Marcos Rodríguez, después. Los

dos fueron captados para infiltrar otras organizaciones y de inicio pasaron a militar en el Partido. En el caso de Malmierca, cuando su trabajo de infiltración dentro de la masonería terminó, él todavía era joven y el Partido decidió utilizarlo como cuadro juvenil. Eso hizo que pasara a militar en la Juventud. Con Marcos, sin embargo, cuando su trabajo dentro del Directorio terminó él también era joven, pero el Partido decidió usarlo en otras tareas no relacionadas con la Juventud y pasó a ser militante del PCC. Ese círculo de militantes infiltrados se cierra cuando descubrimos que Isidoro Malmierca fue el secretario de Organización de la Juventud Comunista en el mismo barrio de Arroyo Apolo en el que Marcos Rodríguez se vinculó inicialmente al Partido. La relación se torna aún más estrecha cuando Malmierca revela en sus memorias que “en las reuniones de la dirección de la Juventud Socialista del barrio de Arroyo Apolo, de la que yo era el Secretario de Organización, en ocasiones participaba el Secretario General del Partido en el barrio, compañero Rafael Blanco, a quien todos llamábamos Blanquito, que era un dirigente obrero de los ómnibus urbanos”.<sup>411</sup> El tal “Blanquito” no es otro que el chofer de Víctor Pina Cardoso cuando este, en el año 1936, se dedicó a preparar junto con Ramón Nicolau la participación cubana en la guerra civil española. Se trata, entonces, de un cuadro con vínculos muy fuertes y antiguos con el NCIS.<sup>412</sup> Para más ironías, fue en ese mismo barrio de Arroyo Apolo en el que mi madre se inició como militante y recibió la sugerencia de seguir en el M26-7 para informarle al Partido sobre sus compañeros.

Mi padre me dijo una vez que él estaba casi seguro de que el hombre que tenía las claves del famoso Caso Marquitos era “El Cabezón”, que es como los jóvenes comunistas de la Universidad llamaban a Malmierca. Ese era el comunista que podía decir que Marcos Rodríguez sí fue un hombre del PCC pero no fue, al menos de inicio, un militante del ala política o pública de la organización. Una dualidad que permitió después, durante los dos juicios, crear confusión con respecto a la militancia del acusado. Hizo posible llevar a cuadros como Valdés Vivó, o mi padre, para que dijeran la media verdad de que el supuesto delator nunca había sido miembro de la Juventud Comunista.

Esos cuadros tienen que haber sospechado, dadas las relaciones que Marcos Rodríguez después cultivó con militantes muy vinculados al aparato de Inteligencia del Partido, que era muy probable que este hubiera sido reclutado para trabajar como un miembro secreto de la organización, pero se callaron sus sospechas, ya fuera por falta de pruebas concluyentes, por miedo, o por pura disciplina partidista. Para demostrar su militancia Marcos Rodríguez solo tenía que haber mencionado el nombre de Isidoro Malmierca, quien en el momento de los juicios fungía como uno de los jefes de la Seguridad del Estado castrista.

Regresemos ahora a mayo de 1955. Mientras Marcos Rodríguez estrechaba sus lazos con los militantes de Arroyo Apolo, Fidel Castro y los moncadistas eran amnistiados y salían en libertad. Llegaron a La Habana y unas pocas semanas después, el 12 de junio, fundaron el M26-7, la organización que dejarían creada antes de irse hacia México para organizar la futura expedición del yate *Granma*. Fue a partir de ese momento, alrededor de julio de 1955, que se inició una verdadera carrera entre las distintas organizaciones revolucionarias para derrocar a Batista.

Por un lado, estaba la Organización Auténtica (OA), que respondía a Carlos Prío y gozaba de una buena fuente de financiamiento; estaban bien armados pero carecían de un liderazgo efectivo, y ya para ese momento habían fracasado en varias acciones contra Batista. Por otro lado, estaba la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), una organización de los estudiantes de la Universidad que carecía de un brazo armado y de las conexiones con el movimiento obrero que disfrutaban los castristas y los

173

comunistas. Contaba, eso sí, con un líder natural como José Antonio Echeverría y con una ideología basada en los valores cristianos, en la democracia y en un anticomunismo feroz. Por último, estaba el M26-7, una amalgama de hombres de acción poco organizados que no habrían llegado a nada de no haber tenido detrás el poderoso aparato del PCC.

A finales de junio de 1955 José Antonio Echeverría creó el brazo armado de la FEU. Para ese efecto convocó a una reunión en la que participaron Fructuoso Rodríguez, Joe Westbrook, Juan Pedro Carbó Serviá, Jorge Valls, René Anillo y Faure Chomón. Según los autores Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, los objetivos básicos de esa nueva organización serían: 1) crear un instrumento de equilibrio entre los políticos tradicionales y la línea insurreccional propuesta por Fidel Castro; 2) utilizar todos los recursos y energías de ese instrumento para derrocar a Fulgencio Batista.<sup>413</sup> Así surgió, de forma extraoficial y todavía en secreto, el Directorio Revolucionario.

Mucho han intentado Fidel Castro y su maquinaria de propaganda demostrar que el Directorio y el M26-7 fueron organizaciones aunadas en la lucha contra la tiranía. La realidad es que el Directorio surgió como consecuencia de la creación del M26-7 y de las escasas simpatías que muchos estudiantes universitarios de La Habana tenían por Fidel Castro. El 19 de noviembre de 1955, durante un mitin en la plaza del Muelle de Luz, José Antonio Echeverría habló en nombre de los estudiantes universitarios. Mientras se acercaba a los micrófonos la claque de los fidelistas empezó a gritar el nombre de Fidel

Castro. El líder de la FEU empezó su discurso y en algún momento fue interrumpido por los que gritaban el nombre de Fidel Castro. Su respuesta fue el reclamo a los presentes de no dejarse llevar por los provocadores de siempre al servicio del tirano.<sup>414</sup>

Según las propias palabras de Jorge Valls, fue por esa época, a finales de 1955, que él conoció a Marcos Rodríguez en casa de Dysis Guira, la muchacha que después sería novia de Joe Westbrook.<sup>415</sup> En ese momento ya el Directorio había sido fundado, en secreto, y ya Valls era parte del reducido grupo de sus fundadores. Si Marcos fue un agente de penetración entonces tenemos que aceptar que el Partido ya estaba al tanto de la fundación del Directorio y de que Valls era uno de sus escasos fundadores. Eso implica, a su vez, que el Directorio ya había sido penetrado y que el secreto de su fundación ya era del conocimiento de los comunistas; un secreto que duró hasta el 24 de febrero de 1956, fecha en la que José Antonio Echeverría hizo pública la creación del Directorio Revolucionario como organización armada de la FEU para luchar contra Batista y ser, además, la contrapartida habanera, católica y abiertamente anticomunista del M26-7.

En abril de 1956 Jorge Valls y Tirso Urdanivia decidieron retirarse del Directorio por tener diferencias en cuanto a la táctica de lucha con los llamados hombres duros de la organización. Valls opinaba que el Directorio debía abrirse a otros grupos opositores y debía establecer vínculos más estrechos con las centrales obreras que no eran controladas por los comunistas. Así surgieron las dos facciones dentro de la organización, la de los hombres de acción, integrada por hombres como Fructuoso Rodríguez, Carbó Serviá o Faure Chomón; y la de los intelectuales como Valls, Urdanivia y, eventualmente, Marcos Rodríguez. En el centro, como elementos de equilibrio y aglutinación, estaban José Antonio Echeverría y Joe Westbrook. Las diferencias entre esas facciones fueron después exageradas durante el juicio a Marcos Rodríguez. La razón de hacerlo fue demostrar que fueron esas diferencias las que generaron el móvil de la supuesta delación.

En realidad, las diferencias de los miembros del Directorio con el castrismo y los comunistas siempre fueron mucho más profundas que las que pudieron haber tenido entre ellos. Para esconder eso se ha recurrido a los encuentros de José Antonio Echeverría con Fidel Castro en la ciudad de México. El primero ocurrió el 29 de agosto de 1956 y dio lugar a la firma de la llamada Carta de México, uno de  
174

los tantos papeles mojados que Fidel Castro firmó durante su vida. El segundo ocurrió el 23 de octubre de 1956 y tuvo como objetivo lograr que el Directorio apoyara, con acciones armadas en La Habana, el desembarco de los castristas en la provincia de Oriente, un apoyo que nunca se materializó. Lo que sí sucedió fue el asesinato de Antonio Blanco Rico.<sup>416</sup>

El 20 de noviembre de 1956 el periódico *El Mundo* publicó una entrevista con Fidel Castro en la que este condenó el asesinato de Blanco Rico como una acción arbitraria contra un hombre que no era un esbirro. Ya para esa fecha Menelao Mora,<sup>417</sup> Carlos Gutiérrez Menoyo,<sup>418</sup> Mario Morales Mesa e Ignacio González, todos antiguos combatientes de la guerra civil española, habían empezado a organizar el Asalto al Palacio Presidencial. El 25 de noviembre zarpó el *Granma* de México y el 30 ocurrieron los alzamientos planeados en apoyo a su eventual desembarco. En La Habana, y a pesar de lo prometido, el Directorio no llevó a cabo acción alguna. La razón que adujeron fue una falta de armas que convertía en suicidio cualquier acción de gran envergadura. El 2 de diciembre de 1956 desembarcó el yate *Granma* y tres días después ocurrió la debacle del combate de Alegría de Pío.

Según los autores Bonachea y San Martín, tan pronto pudo Fidel Castro envió a Faustino Pérez hacia La Habana para que le entregara una carta a José Antonio Echeverría. En esa carta, que Echeverría leyó en voz alta frente al mensajero y a José Llanusa, Ricardo Corpión y Julio García Olivera, Fidel Castro acusó a los miembros del Directorio de ser traidores por no haber apoyado el desembarco; y de asesinos, por haber matado a una persona decente como Blanco Rico.<sup>419</sup> Echeverría se fue a las manos con Faustino Pérez primero y después le escribió una carta a Fidel Castro para ponerlo en su lugar. Cuando partieron los emisarios de La Sierra, los miembros del Directorio discutieron lo sucedido y llegaron a la conclusión —acertada en su superficie— de que Fidel Castro no merecía mucha atención. Fallaron en reconocer que detrás del jefe del M26-7 estaba el poderoso aparato del PCC. Eso les costó la vida.

El 13 de marzo de 1957 fracasó el Asalto al Palacio Presidencial. En la acción cayeron Menelao Mora, Carlos Gutiérrez Menoyo y José Antonio Echeverría. El Directorio fue destruido y nunca más pudo recuperarse por completo. Las razones del fracaso fueron muchas. Una de peso fue que el más importante de los grupos de apoyo nunca entró en combate. Esos hombres estaban bajo el mando de Ignacio González y debían impedir, una vez que recibieran el armamento pesado que les llegaría en un camión, que los refuerzos batistianos llegaran al Palacio y que la guardia personal de Batista pudiera hacerse fuerte en el tercer piso del mismo. Esas armas que nunca llegaron y días después fueron a parar a la Sierra Maestra.

Después del desastre del 13 de marzo, Jorge Valls se escondió en La Habana y Marcos Rodríguez

decidió irse hacia la provincia de Oriente junto con un amigo llamado Eugenio Pérez Cowley. Fueron con la intención de unirse a las mermadas huestes de Fidel Castro en la Sierra Maestra. Pérez Cowley era sobrino de Fermín Cowley Gallegos, un connotado asesino batistiano. A finales de marzo de 1957 los sobrevivientes del Directorio, bajo la instigación de Faure Chomón, hicieron público un documento en el que acusaban de traición a Jorge Valls y Tirso Urdanivia. Para esa fecha Marcos Rodríguez y Pérez Cowley ya habían fracasado en su intento de contactar el M26-7 en Oriente y regresaron a La Habana. Entre los dos alquilaron el apartamento 201 en el edificio del número 7 de la calle Humboldt. Los sobrevivientes del ataque al Palacio llevaban varias semanas huyendo de la cacería montada por los esbirros de Batista. Con mucho trabajo habían logrado esconderse, pero era cuestión de tiempo — dada la pobre infraestructura clandestina que tenían a su disposición— que terminaran siendo detectados. En abril de 1957 se reunieron en casa de Ricardo Bianchi —tío del fallecido José Antonio Echeverría— los asaltantes Joe Westbrook, José Machado, Juan Pedro Carbó Serviá, Fructuoso

175

Rodríguez y Faure Chomón. Horas antes Joe Westbrook se había encontrado con Marcos Rodríguez y este le había hablado del apartamento que tenía en Humboldt 7. Después de discutir la posibilidad de esconderse en ese apartamento todos, excepto Faure Chomón, decidieron mudarse para el mismo. Lo hicieron el 19 de abril y en la tarde del 20 fueron rodeados y atacados por los batistianos. Ninguno sobrevivió; en cuestión de minutos cayeron ultimados Joe Westbrook, José Machado, Juan Pedro Carbó Serviá y Fructuoso Rodríguez. Los llamados “mártires de Humboldt 7”.

Tres días después de la masacre el periódico *Tiempo de Cuba*, propiedad del connotado esbirro Rolando Masferrer, publicó una crónica sobre los hechos en la que refirió un informe de Esteban Ventura señalando que se encontraba prófugo un tal “Marquitos”, llamado Marcos Armando Rodríguez Alfonso, quien al parecer había saltado por el balcón del fondo.<sup>420</sup> Esa crónica trajo dos consecuencias: una, inmediata, fue que Marcos Rodríguez se sintió perseguido por la policía y decidió buscar asilo; la otra fue que, a pesar de la enorme cantidad de personas que conocían la ubicación del apartamento de Humboldt 7, y sobrevivieron a la masacre, Marcos Rodríguez pasó a convertirse en el primer y casi único sospechoso de la delación.

A finales de abril de 1957 el supuesto delator se asiló en la embajada de Brasil en La Habana. Durante el tiempo que estuvo asilado hizo amistad con el embajador Vasco Leitão da Cunha y con su esposa Virginia María Leitão da Cunha. Esos diplomáticos se encargaron de conseguirle una visa para Costa Rica, país en el que residió antes de iniciar un periplo que lo llevaría primero a la Argentina, supuestamente para visitar a su amiga Dysis Guira (ex novia de Joe Westbrook), y después a México, país al que llegó a inicios de 1958 y en el que residiría hasta enero de 1959.

En algún momento de 1958 Alfredo Guevara, quien también estaba en México, se entrevistó con sus contactos en la embajada checa en ese país para que le otorgaran una beca de estudios a Marcos Rodríguez. La solicitud fue aprobada, pero con la condición de que los cubanos pagaran los gastos del viaje hasta Praga. El Partido decidió que era mejor usar los fondos para comprar armas y Marcos tuvo que esperar. A principios de 1959, ya convertido en un militante del PCC, regresó a Cuba y enseguida consiguió trabajo en el Departamento de Capacitación Cultural del Ejército Rebelde. A partir de ahí empezó su calvario.

Desde enero de 1959, y como otros tantos cubanos que habían sufrido los desmanes de Batista, la señora Marta Jiménez Martínez, viuda del mártir Fructuoso Rodríguez, quiso esclarecer los hechos que llevaron a la muerte de su esposo. Aquel fue el momento de la cacería de esbirros, de muchos revolucionarios peinando las calles de La Habana, y las celdas de las estaciones de policía, y de la prisión de La Cabaña, en busca de asesinos y abusadores. Ya desde el 20 de abril de 1957 estaba claro que los mártires de Humboldt 7 habían sido víctimas de una delación y, desde la publicación del famoso artículo en el periódico *Tiempo de Cuba*, el primero y casi único de los sospechosos era Marcos Rodríguez.

Marta Jiménez supo que algunos de los hombres de Esteban Ventura Novo estaban presos y decidió interrogarlos. El primero fue uno de apellidos Alfaro Sierra, a quien Marta interrogó, según sus propias palabras, en los primeros días de enero de 1959.<sup>421</sup> De ese interrogatorio salieron varias informaciones que devinieron totémicas en el juicio contra Marcos Rodríguez. Una fue que existió un delator que se presentó en persona a hablar con Esteban Ventura. La otra fue que ese delator fue visto, o se dejó ver, por varios miembros del entorno personal y de seguridad que siempre acompañaba al esbirro. Además de eso, Alfaro Sierra describió al delator como *un muchacho delgado, menudo, de espejuelos, con libros debajo del brazo*. Esa descripción, en la que habrían encajado una gran cantidad de estudiantes cubanos de la época, fue considerada como que *venía de acuerdo con Marcos Rodríguez*.

176

El segundo esbirro se llamaba Francisco de Jesús Mirabal y fue interrogado por el comandante Julio

García Olivera (antiguo miembro del Directorio) y la señora Marta Jiménez. Olivera declaró en el juicio que “personalmente me entrevisté con Mirabal en dos oportunidades, y en ninguna de las dos oportunidades él me expresó nada, lo que dijo fue que él era el chofer de Ventura. Conmigo no habló nada”.<sup>422</sup> Con Marta Jiménez las cosas fueron distintas; ella declaró durante el juicio: “Después [de interrogar a Alfaro Sierra] yo fui a ver a Mirabal a la Primera Estación; Mirabal era otro agente de Ventura, y entonces él también me lo describió... Yo le enseñé a Mirabal varias fotografías de carnet de distintas personas, y le enseñé una fotografía en grupo. Entonces él, sin vacilar, me señaló a Marcos como la persona que había hecho la delación”.<sup>423</sup> Como consecuencia de esa primera identificación positiva, Julio García Olivera y Marta Jiménez fueron a ver al comandante Camilo Cienfuegos, que todavía era el jefe del Ejército Rebelde y del campamento de Columbia, para solicitarle que detuviera a Marcos Rodríguez e iniciara una investigación. Así fue, y el primer paso fue levantar el acta de denuncia, la cual tiene fecha del 4 de febrero de 1959.

Se trata del mismo documento que Fidel Castro leería el 26 de marzo de 1964 y en el que, después de identificar a la denunciante, se declara lo siguiente: “La cual hace constar que, habiendo interrogado a Alfaro y a Francisco de Jesús Mirabal, agentes de Ventura, estos le informan con respecto al caso de Humboldt 7... de una persona involucrada directamente con la delación a la Policía... *La descripción dada por dichos agentes del informante de la Policía coincide con la del señor Marcos Rodríguez*”.<sup>424</sup>

El destacado es mío, y lo hago para resaltar el hecho de que durante el segundo juicio (en 1964) Marta Jiménez declaró que Mirabal había identificado a Marcos Rodríguez a partir de una fotografía de grupo. En el acta de la denuncia de 1959, sin embargo, ese hecho tan importante y concluyente, a la hora de establecer una acusación, no fue mencionado. La identificación fue sustituida por una descripción.

Camilo Cienfuegos abrió el proceso contra Marcos Rodríguez y le entregó el caso a un oficial investigador llamado Reniel (o Reinier) Díaz, quien en ese momento era el segundo jefe del Departamento de Investigaciones del Ejército Rebelde (DIER). Según las declaraciones de ese capitán durante el segundo juicio, Camilo le dijo “que hablara con el Capitán Osmany Cienfuegos para que me entregara un caso... El Capitán Osmany me hizo entrega del acusado Marcos Rodríguez, diciéndome que se le acusaba como posible delator de los mártires de Humboldt 7”.<sup>425</sup> Esa declaración es muy importante porque demuestra que desde el mismo inicio del famoso Caso Marquitos el PCC tuvo a un militante de vieja data, como Osmany Cienfuegos, muy cercano a los acontecimientos.

El oficial Reinier Díaz empezó por hablar con “una serie de compañeros... Todos me daban su opinión —a excepción de Dysis Guira— de que Marcos era el delator de Humboldt 7”.<sup>426</sup> Parece que Díaz no habló, o se le olvidó haber hablado, con Jorge Valls, un hombre que siempre estuvo absolutamente convencido de la inocencia de Marcos Rodríguez y que siempre insistió, además, en que se hiciera todo lo posible por encontrar al verdadero culpable. Después de sus conversaciones con esos compañeros el capitán Díaz pudo averiguar que Alfaro Sierra había sido fusilado; pero que Mirabal todavía estaba vivo y se encontraba en la prisión de La Cabaña.

Fue a verlo, lo interrogó y en la primera conversación el esbirro “manifestó que él estaba presente, o séase [*sic*], él se encontraba en la acera de enfrente cuando el delator fue a entrevistarse con Ventura. Incluso, ese esbirro estaba muy desalentado, ya que me decía que lo iban a fusilar, entonces yo le prometí, lo estimulé, de que si él me podía ayudar eso le convenía para su causa, que la Revolución podía tener eso en consideración”.<sup>427</sup> Mirabal siguió hablando y describió al delator como “un individuo delgado, bajito, *de pelo algo rizado*, de espejuelos, con un libro debajo del brazo”.<sup>428</sup> Con respecto al destacado, remito al lector a la página 278 del libro *Un asunto sensible*, de Miguel Barroso, 177

en la que hay una foto de varios miembros del Directorio, entre ellos Marcos Rodríguez, durante una comida en el restaurante Rancho Luna. A partir de esa foto el autor del libro describe a Marcos como “un personaje menudo, de risa forzada, *pelo lacio* y gafas”, una descripción que coincide con la que Jorge Valls da en la página 265 de ese mismo libro cuando dice “era menudo y de color cartucho, algo mestizo, pero de *pelo indio, lacio*. Ustedes lo hubiesen podido tomar por gitano”.

Reinier Díaz contaba con todos los elementos requeridos para establecer una identificación. Al menos así lo declaró durante el juicio cuando dijo:

Me puse a conversar con él [con Mirabal], le dije que me ayudara en este caso, que podía convenirle para su causa, que el Tribunal podía tener cierta consideración con él, y fui a buscar a Marcos, que lo tenía detenido... Le puse un pantalón mecánico que tuve la curiosidad de buscar; en el Departamento de Investigaciones en aquella época había muchos libros que habían dejado allí y cogí un libro y se lo puse debajo del brazo, fuimos a La Cabaña, lo dejé afuera, entré a hablar con el esbirro y le volví a insistir en que me ayudara, que no se acobardara por eso, y le puse a Marquitos de frente y me dijo que Marquitos no era. Se lo hice caminar por delante y me dijo: “*ese no es el hombre*”.<sup>429</sup>

En contra de siglos de jurisprudencia y civilización, el capitán Díaz declaró durante el segundo juicio que Marcos fue liberado, en 1959, no porque fuera inocente, sino porque no se había podido probar su

culpabilidad. Lo interesante del caso es que una forma de reforzar la hipótesis de la culpabilidad habría sido descartar al resto de los implicados; o sea, al resto de las personas que estuvieron al tanto de la existencia del apartamento de Humboldt 7 y de su uso como escondrijo de revolucionarios. Se sabe que además de los mártires, y del acusado, supieron de la existencia de ese apartamento Eugenio Pérez Cowley, Faure Chomón, Julio García Olivera, Dysis Guira, Enrique Rodríguez Loeche, Tirso Urdanivia y Héctor Rosales. Para colmo de males —y en contra de lo solicitado por Marta Jiménez en su denuncia del 4 de febrero de 1959— el único testigo de la delación que quedaba vivo fue fusilado unos pocos días después en el paredón de La Cabaña.

Ya en libertad Marcos se convirtió, por órdenes del PCC, en un asiduo visitante de la embajada de Brasil en Cuba. A mediados de 1959 pudo al fin disfrutar de la beca en Checoslovaquia que Alfredo Guevara le había conseguido durante su estancia en México. Ese fue un momento importante de su vida como militante que Fidel Castro intentó minimizar durante la lectura comentada que hizo de la confesión. Dice Marcos: “En el mes de mayo el Partido decidió mi viaje. Saqué un pasaporte nuevo, entregándole el falso a Joaquín [Ordoqui]. Se me encomendaron varias cosas que a continuación agregó. Y ahí mismo mete la cuchareta Fidel Castro para decir: ‘Eso de que le dijeron que no se casara, que cuando llegara a Praga viera a *Fabio Grobart*, etc., no tiene mayor trascendencia’”.<sup>430</sup> Sí tiene la mayor trascendencia y es por eso que el mentiroso profesional de Fidel Castro intentó esconderlo. Tiene la relevancia de la imagen que surge cuando se toman todas esas informaciones en su conjunto: Marcos Rodríguez fue un agente de penetración del aparato de Inteligencia del PCC. Su desgracia fue haber sido captado después de la partida de Fabio Grobart de Cuba y no haber sufrido el riguroso proceso de selección que “El Polaco” siempre utilizó para escoger a sus hombres. Marcos no fue extensa y profundamente adoctrinado antes de ser convertido en agente. Marcos no tuvo que demostrar un estalinismo canino y feroz para ganarse la confianza de sus reclutadores. Marcos no recibió tareas cada vez más complejas y, sobre todo, no pasó “la prueba” de aguantar sin hablar mientras lo torturaban. A todo eso hay que añadirle que durante sus años de trabajo para el aparato de Inteligencia del PCC Marcos estableció vínculos muy estrechos con Aníbal Escalante y Joaquín Ordoqui, dos cuadros que

178  
acumularon demasiado poder, para el gusto de Fabio, tanto antes como después del triunfo de la revolución.

El Marcos Rodríguez que llegó a Praga, en el verano de 1959, tenía que haber hilado muy fino para escapar al destino que ya se cernía sobre él. Es evidente que no lo hizo. A su llegada a Checoslovaquia fue internado en la ciudad de Mariánských Lázních para pasar un curso intensivo de lengua checa. En algún momento recibió una visita de Lionel Soto, quien le hizo entrega de una máquina de escribir enviada por Joaquín Ordoqui y, según continúa diciendo en su confesión, “cada cierto tiempo yo iba a la Federación Sindical Mundial a hablar con Pablo, para informarme de los acontecimientos en Cuba o plantearle algún problema personal”.<sup>431</sup> Como ya se ha dicho, la Federación Sindical Mundial era la fachada que utilizaba Fabio Grobart.

El 29 de agosto de 1960 el gobierno cubano designó como su embajador en Checoslovaquia a Ángel Ramón Ruiz Cortés, fundador del PCC en 1925 (como observador), hombre de confianza de Fabio Grobart desde esa fecha, miembro del tribunal que expulsó a Julio Antonio Mella del Partido en 1926, organizador del trabajo clandestino de Fabio dentro de la industria azucarera, en 1932, y padre de Josefina Ruiz Yarini, la joven que sería la novia de Marcos Rodríguez hasta el momento de su detención. Ese nombramiento no parece haber sido casual y, como se verá más adelante, solo se extendió hasta que Marcos fue encarcelado. ¿Misión cumplida?

En diciembre de 1960 pasó algo que cambiaría la vida de Marcos Rodríguez. Según el escritor Miguel Barroso, el expediente A/6-0396/102-61-117 de la antigua Inteligencia checa dice lo siguiente: El Ministerio de Asuntos Exteriores de Brasil envía una comunicación secreta y urgente a su embajada en Praga. El embajador brasileño en La Habana, Vasco Leitão de Cunha, solicita que, a través del embajador brasileño en Praga, se transmita esta información al estudiante en la República socialista checoslovaca, Marcos Armando Rodríguez. La información advierte sobre el peligro que corre en caso de volver a Cuba, noticia esta que Cunha obtuvo de la agencia americana en La Habana. Se adjunta una solicitud para prestarle ayuda económica en caso de necesidad.<sup>432</sup>

Ese mensaje fue entregado a Marcos Rodríguez por Sócrate de Oliveira, a la sazón encargado de Negocios de la embajada brasileña en Praga. Sobre esa conversación Barroso dice lo siguiente: La conversación con Sócrate de Oliveira aparecerá tres años [y cuatro meses] más tarde en la confesión de Marquitos leída por Fidel Castro en el juicio público. *Lo que no se dirá entonces es que todas las comunicaciones secretas brasileñas estaban perforadas por la Inteligencia checoslovaca que poseía incluso un topo en la sede central del Ministerio de Exteriores brasileño...* Tampoco se mencionará que “según los conocimientos del Primer Departamento, el embajador de Brasil en La Habana, señor Cunha, es desde hace tiempo agente americano y está monitoreado por un diplomático de la embajada de Estados Unidos en Río de Janeiro”.<sup>433</sup>

Otra posible explicación para este embrollo de la guerra fría la dan Christopher Andrew y Vasili

Mitrokhin en su libro *The KGB and the World* [La KGB y el mundo], cuando dicen:

La mejor Inteligencia de la KGB en Brasil fue probablemente la que obtuvo a partir de su creciente capacidad para descifrar el tráfico diplomático brasileño... Fue ese SIGINT [Inteligencia a partir de la interceptación de señales] el que le permitió al Centro monitorear algunas de las actividades del que probablemente fue su agente brasileño más importante, nombre código IZOT, *quien fue reclutado cuando trabajó como embajador en el Bloque Soviético...*

179

*El Centro tuvo cada vez más dudas sobre la confiabilidad de IZOT. En una ocasión llegó a creer que era culpable de un vulgar engaño, dijo que había pasado a su Ministerio una información dada por la KGB y los cables descifrados demostraron que no lo había hecho... Entre los agentes que ayudó a reclutar estuvo un embajador de un país de OTAN en Praga. IZOT fue apuntado o descubierto para la KGB por otro embajador brasileño cuyo nombre código era ALEKS".*<sup>434</sup>

La descripción que dan estos autores del topo de la KGB en Brasil encaja de forma casi perfecta con el perfil de Vasco Leitão da Cunha. Estamos hablando de un diplomático brasileño que en el año 1947 fue nombrado como enviado especial de la ONU en los Balcanes, una zona que ya para esa fecha era parte, con la excepción de Grecia, del bloque soviético. El topo en cuestión no era un agente ideológico, trabajaba por dinero y su confiabilidad era tan baja que era necesario cotejarla con las informaciones obtenidas a partir de los cables brasileños descifrados. Eso habla en el sentido de un agente doble. Ya hoy se sabe, a partir de las memorias de Juanita Castro, la hermana rebelde del clan, que fue precisamente Virginia Leitão da Cunha quien preparó su primer contacto con la CIA en un hotel de la ciudad de México.<sup>435</sup> Esa conexión indica en el sentido de un matrimonio comprometido a jugar entre soviéticos y estadounidenses; quizás con la idea de obtener lo mejor para Brasil.

De esa forma, para poder sacar alguna ventaja de ese doble juego, los soviéticos estaban obligados a prestarles especial atención a las transmisiones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil que tuvieran que ver con Vasco Leitão da Cunha. Si eso es así, si el matrimonio Leitão da Cunha jugó entre la CIA y la KGB, entonces el destino de Marcos Rodríguez fue parte de uno de los tantos juegos de Inteligencia que caracterizaron a la guerra fría, juegos que en diciembre de 1960 el castrismo no estaba en condiciones de jugar. Para esa fecha Ramiro Valdés acababa de ser entrenado, precisamente en Praga, en los rudimentos de su trabajo. Para esa fecha todavía no se había graduado en las escuelas de espionaje soviético ninguno de los cubanos enviados por el castrismo. Con esto quiero decir que si el caso de Marcos Rodríguez fue parte, aunque de forma tangencial, de los juegos de la guerra fría, solo los miembros del NCIS del PCC podían —dada la confianza que Moscú les tenía y la experiencia que ya acumulaban— manejar un asunto tan sensible.

No es casual, entonces, que la primera persona que se enteró en La Habana de la existencia del cable descifrado haya sido Osvaldo Sánchez. Así lo recoge el expediente de Marcos Rodríguez en la Inteligencia checa cuando dice que la transcripción fue enviada al residente de esa organización en La Habana con la orden de entregársela al camarada Osvaldo Sánchez. Según Barroso, los checos comentaron la respuesta que les llegó desde La Habana de la siguiente manera:

El camarada Sánchez investigó más profundamente a Rodríguez en La Habana y comunicó a nuestro residente que Rodríguez fue en la época del régimen del dictador Batista confidente de la policía y es seriamente sospechoso de haber causado la muerte de cuatro estudiantes revolucionarios en La Habana con su traición y actividades delatoras. Más tarde se infiltró en el Partido Socialista Popular (PCC) y fingió simpatías hacia la Revolución cubana. Por ello, fue enviado a Praga y se le encargaron trabajos en la representación cubana.<sup>436</sup>

Ese mensaje de Osvaldo Sánchez es de gran importancia. Basta comparar las informaciones que aparecen en el mismo con las que después se dieron durante el segundo juicio para saber que mintió. Sánchez no tenía que investigar nada, Sánchez había sido uno de los jefes del aparato de Inteligencia del Partido durante la lucha contra Batista y uno de sus trabajos más importantes había sido coordinar, junto con Ramón Nicolau e Isidoro Malmierca, la destrucción del Directorio. Sánchez tenía que haber sabido

180

muy bien, desde 1955, de los vínculos de Marcos Rodríguez con el PCC en el barrio de Arroyo Apolo y de su nombramiento como conserje de Nuestro Tiempo. No hay forma humana de que la militancia en el Partido que Marcos Rodríguez recibió, estando en México, hubiera sido otorgada sin el visto bueno de Osvaldo Sánchez. El hecho de que decidió esconder esas informaciones es probatorio de que ya en diciembre de 1960 él sabía que Marcos Rodríguez estaba condenado a muerte.

Otra conclusión muy importante que se desprende de ese mensaje de Sánchez es que el destino de Marcos Rodríguez fue decidido por el PCC y no, como siempre se ha dicho, por la maquiavélica genialidad de Fidel Castro. Diciembre de 1960 es una fecha muy anterior al primer *tronaje* de Aníbal Escalante (marzo de 1962), al papelón castrista durante la Crisis de los Misiles (octubre de 1962), al supuesto distanciamiento de la URSS y al deseo de defenestrar a Joaquín Ordoqui para vengarse de los soviéticos. En 1960 Fidel Castro estaba en plena luna de miel con Moscú. Si algo le interesaba en ese momento era obtener armamentos soviéticos y garantías de la inclusión de Cuba dentro de los intereses geopolíticos de la URSS. Eso echa por tierra la idea de que el Líder Máximo cocinó aquel embrollo. De

eso, nada; una vez más, fue un instrumento de los planes del NCIS del PCC.

Ese mensaje de Osvaldo Sánchez, probatorio de que el PCC tuvo el control del Caso Marquitos desde su mismo inicio, me lleva a repetir una serie de preguntas que nadie ha sido capaz de responder con respecto a esa historia. ¿Cómo es posible que un aparato de Inteligencia tan experimentado como el del PCC dejara que un agente suyo, como Marcos Rodríguez, fuera utilizado para desacreditar a esa organización y para querer demostrar que la misma estimulaba la delación de los miembros de otras organizaciones? Si Marcos fue un agente de penetración del PCC, como todo parece indicar, ¿cuál fue entonces la ventaja de dejarlo correr? En otras palabras, ¿por qué no le dieron la misión de exiliarse y dedicarse, desde el exilio, a despotricar contra los miembros del Directorio que lo acusaban de ser un traidor?, ¿por qué no lo desaparecieron del mapa, ya fuera cambiándole la identidad, poniéndolo a vivir por el resto de su vida en un país comunista o, en el peor de los casos, eliminándolo físicamente? Si algo demuestra la historia del PCC es que siempre fue bien capaz de hacer cualquiera de esas cosas. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué, en vez de buscarse el dolor de cabeza de apresararlo y enviarlo hacia La Habana, para que lo enjuiciaran y lo usaran como punta de lanza contra el Partido, no lo accidentaron en una calle de Praga? La respuesta a esas preguntas es una sola: porque les convenía. Y es por ahí por donde hay que empezar a averiguar para encontrarle una explicación a esa historia: ¿cuáles fueron las ventajas que el NCIS del PCC pudo haber obtenido del Caso Marquitos?

Según Miguel Barroso, “el expediente checo revela que, a partir de ese momento, el caso pasa a ser despachado por el Ministro de las Fuerzas Revolucionarias Armadas [*sic*] de Cuba, Raúl Castro, y la jefatura del Partido Socialista Popular de Cuba [PCC]”.<sup>437</sup> Lo interesante del asunto es que siguieron dejándolo correr. No lo detuvieron antes de que fuera a recoger el mensaje de Leitão da Cunha en la embajada brasileña en Praga, que es lo que habría que haber hecho para evitar que ya dentro de la sede decidiera asilarse. Una vez más, y en contra de toda lógica culpable, Marcos recibió el mensaje de aviso, rechazó la oferta de asilo y regresó a sus labores en Praga. La Habana, mientras tanto, les avisaba a los checos que no lo detuvieran, pero que no lo dejaran salir del país. La trama se espesó un poco más cuando la Inteligencia checa reconoció en uno de sus informes que “el embajador cubano [Ángel Ramón Ruiz] Cortés está en contacto directo con la embajada francesa y, por ello, también con los americanos”<sup>438</sup>. Esa aseveración —dada la vieja relación de Cortés con Grobart, y el hecho de que nada le sucedió después de su regreso a Cuba— indica en el sentido de un trabajo encaminado a comprometer aún más a Marcos Rodríguez.

Y así pasó el sospechoso los últimos días de diciembre de 1960: bajo la vigilancia constante de la

181  
Inteligencia checa. Celebró la Navidad en casa del embajador, paseó con Josefina Ruiz por la ciudad y se fue de excursión al parque de Stromovka. El 9 de enero de 1961 Ruiz Cortés y su hija salieron de regreso hacia La Habana. Ese mismo día fue abatido, cerca del aeropuerto de Varadero y por una descarga de fuego amigo, el avión en el que volaban Osvaldo Sánchez y su piloto personal, el comunista cubano de origen checo Martín Klein Schiller. El 10 de enero de 1961 Marcos Rodríguez fue detenido por los checos y encarcelado en la prisión militar de Ruzyni.

Dicen los archivos checos que en el primer interrogatorio Marcos dijo ser miembro del PCC desde el año 1955 y solicitó que su encarcelamiento fuera notificado, en Praga, al compañero Alberto Blanco (pseudónimo de Fabio Grobart), quien podía ser localizado en la sede de la Federación Sindical Mundial; y en La Habana, al comandante Troján (¿Trajano?), que trabajaba en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El 18 de enero lo autorizaron a escribir dos cartas. Le envió una a Grobart y otra a la madre de Josefina. El 8 de febrero fue trasladado a Moscú y después al puerto de mar soviético en el que lo embarcaron, literalmente, hacia Cuba. Llegó a La Habana en marzo de 1961. Poco tiempo después lo haría un Fabio Grobart que ya estaba listo para recuperar el control absoluto de su aparato.

Marcos Rodríguez estuvo preso tres años y tres meses. Durante el tiempo que pasó en las mazmorras de la Seguridad del Estado sucedieron muchas cosas. Esteban Ventura Novo reveló en sus *Memorias* que los delatores de Humboldt 7 habían sido Faure Chomón y Raúl Díaz Argüelles (enero de 1961). Fue declarado el carácter socialista de la revolución cubana (abril de 1961). El desembarco de Playa Girón fue derrotado (abril de 1961). Fabio Grobart regresó a Cuba. Aníbal Escalante sufrió su primera defenestración (marzo de 1962). Se fundó el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) (marzo de 1962). Fidel Castro hizo el papelón del siglo durante la Crisis de los Misiles (octubre de 1962). Joaquín Ordoqui salió en defensa de los soviéticos durante la Crisis de los Misiles (octubre de 1962). Joaquín Ordoqui recibió el grado de comandante y el puesto de viceministro de las FAR (diciembre de 1962). Fidel Castro visitó la URSS (marzo de 1963). Flavio Bravo dirigió el primer envío de las primeras tropas cubanas al continente africano (octubre de 1963). John F. Kennedy fue asesinado (noviembre de 1963).

Si a alguien le queda la menor duda de que Marcos Rodríguez salió de Checoslovaquia condenado a

muerte, lo remito a la página 289 del libro *Fue Cuba*, del escritor argentino Juan Bautista Yofre. Ahí podrán leer un informe de la Inteligencia checa sobre Raúl Roa Kouri (hijo del canciller Raúl Roa García) en el que los checos desnudan, a petición de Manuel Piñero (“Barbarroja”), la vida privada de quien en ese momento era el embajador cubano en Praga. En ese informe se puede leer lo siguiente:

Se sabe que la esposa del embajador reveló al *chargé d'affaires* [encargado de negocios] boliviano, CALVIMONTES, las informaciones confidenciales referentes a la detención secreta del estudiante cubano RODRÍGUEZ, un agente del Servicio de Inteligencia estadounidense. Sobre dicho asunto habló en público el agregado de la embajada argentina en Praga FIGURRO, asegurando que María Carla de ROA comentó a CALVIMONTES que RODRÍGUEZ había sido detenido y llevado en un avión cubano a La Habana. También le dijo que RODRÍGUEZ fue llevado ante un Tribunal, juzgado por delitos subversivos y luego fusilado.<sup>439</sup> Ese informe data del 22 de noviembre de 1962; en ese momento Marcos Rodríguez todavía estaba vivo, bajo intensos interrogatorios y torturas psicológicas, pero vivo. Vivió prestado hasta que aceptó decir exactamente lo que sus captores esperaban que dijera. Les sobró el tiempo a esos interrogadores para quebrarlo, para ir destruyendo, una a una, todas sus esperanzas y convertirlo en el guiñapo humano

182  
que después presentaron ante la opinión pública. Según las propias palabras de Fidel Castro, ya en marzo de 1963 él tuvo en sus manos la “confesión” de Marcos Rodríguez. Sus hombres, y los de Grobart, habían tardado dos años y dos meses en lograr que el detenido “confesara” que él había sido el delator de los mártires de Humboldt 7, y que de alguna forma no muy clara pero igual de ensuciadora, dijera que el matrimonio de Joaquín Ordoqui y Edith García Buchaca estuvo al tanto de eso y decidió protegerlo.

Los dos juicios fueron otras de las tantas farsas legales del castrismo. En el primero, que tuvo lugar el 14 de marzo de 1964, Marcos Rodríguez llegó y dijo exactamente lo que le habían dicho que dijera. Confesó haber delatado a los mártires de Humboldt 7 y reconoció haberlo hecho porque era comunista. Hasta ahí habría alcanzado para declararlo culpable, identificarlo como uno más de los tantos delatores que sufrieron todas las organizaciones revolucionarias, y fusilarlo sin misericordia. Pero Fabio Grobart y Fidel Castro querían más, y ya tenían todo preparado para obtenerlo. El instrumento que utilizaron fue Faure Chomón, un tipo que se mostró demasiado viril para su invertebrada historia personal y desató, con su declaración al final del primer juicio, el vendaval político que estaba planificado.

Lo hizo cuando dijo que Marcos Rodríguez había delatado porque era comunista, y porque el Partido lo había adoctrinado para que así actuara. Como prueba de su afirmación esgrimió la famosa carta que el acusado había escrito, ya estando preso en Cuba, a Joaquín Ordoqui. Esa carta, que para colmo de incredulidades había salido de la prisión castrista sin que los eficientes esbirros de la Seguridad del Estado pudieran evitarlo, era la prueba estalinista de que Joaquín Ordoqui tuvo algo que ver, en 1957 y desde la URSS, China o México, con los eventos que llevaron, allá en Cuba, a la muerte de los mártires de Humboldt 7. Fue a partir de esa declaración de Chomón que se desató, como estaba previsto, el supuesto vendaval político que llevaría al segundo juicio de Marcos Rodríguez, al circo mediático que este generó, y al eventual *tronaje* de Ordoqui.

Las vistas del segundo juicio reportadas por la revista *Bohemia* permiten demostrar que en cualquier país medianamente civilizado Marcos Rodríguez habría sido declarado inocente. El fiscal fue Santiago Cuba Fernández, la misma persona que Lionel Soto reconoce en sus memorias como un infiltrado del PCC dentro del Partido Ortodoxo (ver página correspondiente de este libro). Las pruebas presentadas contra el acusado, incluida la confesión obtenida después de veintiséis meses de tortura psicológica, no habrían sido consideradas a lugar por ningún juez imparcial.

La descripción dada por el esbirro Alfaro encajaba con la de muchos estudiantes de la época. El esbirro Mirabal, por su lado, dijo que Marcos Rodríguez no había sido el delator. Eso habría bastado para demostrar la inocencia, pero los interrogadores siguieron presionando, en ausencia del recurso de *Habeas corpus*, hasta que el detenido se quebró y aceptó firmar la confesión que le pusieran delante. Una vez más, cualquier juez medianamente decente habría descartado esa confesión. Lo habría hecho por tener pruebas históricas, obtenidas desde la Inquisición hasta el estalinismo, de que dado un tiempo prudencial de prisión e interrogatorios muchos seres humanos terminan confesando crímenes que nunca cometieron.

Después de la confesión los interrogadores tuvieron que hacer verdaderos malabares para adaptar su versión a aquellos hechos que no podían ser cambiados. Por ejemplo, según la versión oficial el acusado llegó al apartamento de Humboldt 7 el 19 de abril y ante los insultos de Carbó Serviá se sintió tan molesto que decidió delatar a sus compañeros... pero al día siguiente. Ese absurdo de una molestia de tan larga duración tuvo que ser creado porque existían testigos, ajenos al castrismo, que podían declarar sobre los desplazamientos de Marcos durante la tarde y la noche del 19 de abril. En especial, Dysis Guira, en cuya casa Marcos estuvo, junto con Joe Westbrook, durante el día anterior a la delación.

Una vez aceptado ese primer absurdo tuvieron que inventar otros. A Marcos no se le ocurrió la evidente comodidad de delatar a sus compañeros mediante una simple llamada telefónica. No, tuvo que hacerlo en persona. Así quedaba abierta la posibilidad de que uno de los hombres de Ventura pudiera identificarlo y, lo que es más importante aún, que Marcos pudiera describir en su confesión el apartamento que Ventura usaba para contactar a sus confidentes. Un lugar que ya el esbirro había identificado en sus memorias como el sitio al que acudieron Faure Chomón y Raúl Díaz Argüelles para dar el chivatazo.

Después, cuando inventaron que Marcos fue a ese apartamento, tuvieron que sacarse de la manga el absurdo de que Ventura, en contra de las prácticas más elementales de su profesión, dejara ir al supuesto delator. Lo que tocaba era dejarlo allí, bajo custodia, hasta que se pudiera verificar la veracidad de su información o descartar que la misma fuera parte de una trampa. Los interrogadores tuvieron que inventar que Ventura lo dejó ir porque existía un testigo, llamado Tirso Urdanivia, que el 20 de abril de 1957 se había encontrado con Marcos Rodríguez a la salida del cine Duplex.

Así fueron, de contradicción en contradicción, a todo lo largo de los dos juicios. El traje que llevaba el delator, según la descripción de uno de los esbirros, era gris, y en esa época todos en la Universidad sabían que Marcos tenía un solo traje y era color mostaza. A eso hay que sumarle el detalle ya explicado del pelo, o el hecho de que en ninguno de los dos juicios llamaron a declarar a Mario Betancourt Pichardo, el secretario y hombre de confianza de Ventura que ya hoy se sabe que fue un infiltrado del PCC en su entorno personal (ver página correspondiente de este libro).

Para más, y según la confesión del acusado durante el interrogatorio público que le hizo Fidel Castro, él le dijo a Ventura que “el recado que le quería dar es que en la calle Humboldt 7, apartamento 201, están escondidos *Fructuoso, Carbó y Machadito*, deténgalos”.<sup>440</sup> Eran tres, y así debía ser porque la tarde anterior Marcos había dejado a Joe Westbrook en casa de su novia. Sin embargo, en la declaración de Vicente Gutiérrez Martínez, el oficial de la Seguridad del Estado que llegó a la conclusión de la culpabilidad de Marcos Rodríguez, ese hecho cambia. En el segundo juicio ese oficial describió la confesión que Alfaro y Mirabal les hicieron a Raúl Díaz Argüelles y a Marta Jiménez. Según esos esbirros el delator llegó, se entrevistó con Ventura y se fue. Después su jefe los llamó y les dijo: “Vamos a reunir a la gente, *que esta vez tenemos atrapados a cuatro grandes*”.<sup>441</sup> Todo parece indicar que, o bien esa información fue inventada, o el verdadero delator sabía que Joe Westbrook ya había regresado al apartamento. Marcos Rodríguez no lo sabía.

Otro de los interrogadores del acusado, el oficial Lorenzo Hernández Caldeiro, dijo durante el segundo juicio que “desde luego, Marcos desde el principio negaba que él fuera el delator, aunque conocía de todas las evidencias que obraban contra él, trataba de justificar esto y, según recuerdo, decía que 100 conejos no hacen un elefante”.<sup>442</sup> Con esa frase el acusado reconocía que existían circunstancias incriminatorias que lo señalaban como el delator, pero al mismo tiempo intentaba hacerle ver a su interrogador que esas circunstancias eran parte de algo mucho más grande que su persona. Algo que, para su desgracia, fue lo que se intentó esconder mediante su condena y ejecución.

Fue ese elefante blanco, el del trabajo del NCIS del PCC para destruir al Directorio, el que se paseó por las salas de los tribunales durante los dos juicios mientras todos fingían ignorarlo. Y fue esa la primera utilidad que tuvo, para Fabio Grobart y sus hombres, la detención de Marcos Rodríguez en enero de 1961: usarlo como cabeza de turco para detener, de una vez y por todas, los rumores muy bien fundados del trabajo del aparato de Inteligencia del PCC para destruir al Directorio. Pero de ahí, y esto es importante decirlo, a que fuera el delator, va un trecho muy largo.

Una distancia que se llena de sospechas cuando leemos en las memorias de Lionel Soto que a su

184

llegada al Presidio Modelo, después de haber sido detenido y torturado en el BRAC, tuvo “muy buenas relaciones con dos compañeros del Directorio Estudiantil Revolucionario, Manuel Stolik, joven que había militado en la Juventud Socialista [comunista], *proveniente de una conocida familia comunista hebrea*. Luego de graduarse de ingeniero fue embajador de Cuba en Inglaterra y la India”.<sup>443</sup> La realidad, que me fue confirmada varias veces por mi padre, es que el polaco Stolik nunca dejó de militar en la Juventud Comunista. Tanto es así que en 1964 mi padre escribió —para demostrar que el acusado nunca había sido miembro de la organización que él dirigía en la Universidad— una lista con todos los miembros de la Juventud Comunista en la Universidad de La Habana y en esa lista, inédita hasta ahora, está el nombre de Manuel Stolik. Algo que nunca habría sucedido si ese militante hubiera abandonado la Juventud sin autorización. También llama mucho la atención que durante la vista pública del segundo juicio mi padre obvió el nombre de Manuel Stolik cuando refirió la lista de los militantes de la Juventud Comunista en la Universidad. Haberlo hecho habría sido reconocer exactamente lo mismo que se intentaba esconder con ese circo: el Partido tenía otros infiltrados dentro del Directorio.

Otro caso que no deja de ser irónico es el de Juan Abrantes, el hermano de José Abrantes. La reseña biográfica oficial del castrismo sobre Juan Abrantes lo identifica, con solo 13 años de edad, como el

secretario general de la Juventud Comunista en la escuela secundaria en la que estudiaba.<sup>444</sup> Otra reseña refiere varios testimonios asegurando “que apenas un adolescente, acompañaba a su padre, militante comunista, en algunas tareas asignadas por el Partido. Lo recuerdan al lado del veterano luchador, caminando por las calles de La Habana, con un manojo de folletos y documentos partidistas”.<sup>445</sup> Cuando Juan ingresó en la Universidad de La Habana no se vinculó, como cabría esperar, a la organización que dirigía mi padre, sino al Directorio Estudiantil de José Antonio Echeverría. Con ese grupo se alzó en las montañas de Las Villas y fue uno de los hombres de esa guerrilla que mejor acogieron al “Che” Guevara cuando el argentino llegó a ese territorio. Después del triunfo de la revolución, ya con el grado de comandante, fue nombrado jefe militar de la región central de Cuba y murió el 23 de septiembre de 1959 en un accidente de aviación. Su mejor amigo, por cierto, fue Raúl Díaz Argüelles. Mi padre siempre identificó a Juan Abrantes como un hombre del Partido infiltrado dentro del Directorio.

Marquitos, Stolik y Juan Abrantes son infiltrados de poca monta cuando se les compara con Mario Morales Mesa, el hombre del aparato clandestino del PCC que llegó a estar al tanto de todos los pormenores del Asalto al Palacio Presidencial. Según Mesa,

por las relaciones de amistad con Carlos Gutiérrez, Menelao Mora e *Ignacio González* [los tres eran miembros de la OA], yo conocía casi todo el plan... la partida sería después de una llamada telefónica... El lugar, próximo a Palacio, donde el grupo deberá esperar las armas... el 13 de marzo a las once me comunicaron la hora exacta del comienzo de la acción. Al mediodía, por curiosidad, otro compañero y yo decidimos pasar caminando por el frente del Palacio... Sobre las dos y media recibimos la llamada convenida y nos trasladamos para las cercanías del Palacio. Esperamos un buen rato. Pero nada. Fui a ver al jefe de la operación de apoyo... *al encontrarme con él lo primero que le pregunté fue por el camión de las armas*. Ya se escuchaban los primeros disparos, pero estas no llegaban y no llegaron nunca.<sup>446</sup>

El famoso camión con las armas al que Lionel Soto se refiere de forma oblicua en sus memorias, cuando dice: “No ha quedado claro el refuerzo bien armado, que debió entrar en la pelea, en acción de apoyo, y que nunca se presentó”.<sup>447</sup> Unas armas que fueron a parar a la Sierra Maestra, llegaron a manos de la incipiente guerrilla castrista y sirvieron para que esos aprendices se anotaran su primera

185

victoria importante en el combate de El Uvero. Ese traspaso de armas desde el Directorio hacia el 26 de Julio siempre ha sido reconocido por la historiografía oficial y siempre ha sido presentado como una colaboración, real o a regañadientes, entre esas dos organizaciones. Hubo que esperar varias décadas para saber que detrás de ese traspaso estuvo el aparato clandestino del PCC.

En el año 1997 el comandante Manuel Piñeiro, conocido como “Barbarroja”, declaró en una entrevista a una autora estadounidense que

en la tarde del ataque al Palacio, tres miembros del movimiento clandestino en La Habana se hicieron de un camión lleno de armas que el DER había dejado en una callejuela cercana al Palacio Presidencial. Después de haber *almacenado las armas en la casa del hombre que eventualmente sería uno de los fundadores de los Servicios de Inteligencia cubanos*, esos militantes clandestinos las enviaron en varios carros hacia una casa de seguridad en Santiago de Cuba. Aunque el Directorio le exigió al M-26-7 la devolución de las armas, Frank País [jefe del M26-7 en el llano] pudo usarlas para sus planes.<sup>448</sup>

Esa información es muy reveladora. Ya hoy sabemos quiénes fueron los cuatro fundadores de la Inteligencia castrista y sabemos, además, que en marzo de 1957 dos de ellos, Guevara y Valdés, estaban en la Sierra Maestra. Por lo que se deduce que el robo de las armas del Directorio fue una operación del Partido de la que se ocuparon, con toda probabilidad, Osvaldo Sánchez y Mario Morales Mesa. Si a eso le sumamos que los comunistas tuvieron al menos cuatro infiltrados dentro del Directorio y que uno de ellos, Mario Morales Mesa, participó directamente en la organización y ejecución del ataque, es fácil entender que el PCC siempre estuvo al tanto de todo. Los comunistas no solo fueron capaces de descarrilar la acción, sino que en un acto de diabólica elegancia alcanzaron a hacerse con las armas que sobraron de la misma para dárselas a sus protegidos en la Sierra Maestra.

La otra razón de la importancia de ese testimonio de Piñeiro parte de una pregunta: ¿cómo hizo para saberlo? La respuesta la da el propio Fidel Castro cuando reconoce que “por aquellas semanas [anteriores al ataque de El Uvero] *Manuel Piñeiro*, “Barbarroja”, genio y figura hasta la sepultura como dice la frase, *hizo llegar a Santiago de Cuba* un camión con armas asociadas al ataque a Palacio por el Directorio Revolucionario, que de alguna forma habían ido a parar a sus manos”.<sup>449</sup> Esa frase explica que Piñeiro fue parte de esa operación; o sea, de una operación del Partido que por su carácter sensible, y por las implicaciones negativas que podría generar su revelación, solo pudo haber sido llevada a cabo por hombres de la más absoluta confianza del PCC. ¿Fue Piñeiro un miembro secreto del aparato de Inteligencia del Partido? Parece que sí, pero la confirmación se la llevó el silencio de su extraña y prematura muerte en un accidente de tránsito.

Por último, queda el detalle de la persona que el Directorio identificó, pocos días después del Asalto al Palacio Presidencial, como el gran culpable del fracaso. El tal Ignacio González, un hombre del que

todavía hoy se sabe muy poco. Así lo describe el autor Jorge Domingo Cuadriello: [Fue un] combatiente revolucionario. Durante la Guerra Civil Española empuñó las armas en defensa de la causa republicana y de acuerdo con algunas versiones llegó a alcanzar el grado de Capitán. Marchó después al exilio y al menos en 1944 ya estaba en La Habana. Muy vinculado a partir de entonces a Daniel Martín Labrandero y a Carlos Gutiérrez Menoyo, así como a los grupos de revolucionarios cubanos, en septiembre de 1947 tomó parte como oficial en la frustrada expedición de Cayo Confites... Tras el golpe de Estado de Batista en marzo de 1952 se incorporó a la lucha clandestina, realizó actos de sabotaje y tuvo participación destacada en el proceso organizativo del asalto al Palacio Presidencial llevado a cabo en marzo de 1957. Fue designado jefe del grupo de

186

apoyo que debía intervenir en el asalto. Por razones aún no bien aclaradas, en el momento decisivo no dio las órdenes pertinentes y ese grupo no llegó a participar en la acción, que fracasó. En el siguiente mes de junio marchó clandestinamente a Costa Rica. A partir de entonces se nos pierde su rastro. Ignacio González era un nombre ficticio y en realidad se llamaba *Marcelo Manet*, *Marcelino Manet* o *Gumersindo Manet*.<sup>450</sup> Es difícil saber si el tal Manet fue otro infiltrado del PCC (cosa perfectamente posible dado su historial) o si fue el hombre escogido por el aparato de Inteligencia del Partido para cargar con las culpas de un Morales Mesa o de cualquier otro de sus infiltrados en el Asalto al Palacio Presidencial. Eso es algo que resulta importante recalcar: los infiltrados más importantes del PCC dentro del Directorio, y dentro de la organización de Menelao Mora, permanecen todavía hoy en el anonimato. Los hasta ahora nombrados (Rodríguez, Stolik, Abrantes, Mesa y posiblemente Manet) son solo la punta de un témpano que la historiografía del castrismo fue revelando con la certeza de que sería muy difícil reunirlos y que, de ser tomados en su conjunto, nunca revelarían la imagen completa y real. Cuando yo terminé de hablar con mi padre sobre este tema muchas de las informaciones aquí referidas no estaban disponibles. A pesar de eso, y ya a finales de los años 70, mi padre llegó al convencimiento de dos cosas: una era que Marcos Rodríguez no había delatado a nadie y, la otra, que era imposible demostrarlo. Otra cosa que mi padre no pudo imaginar durante aquellos dos juicios fueron los motivos ulteriores de los mismos. Sí le llamaron mucho la atención, como a otros comunistas cubanos, las absurdas andanadas contra cuadros como Ordoqui y García Buchaca. Militantes que en realidad nada habían tenido que ver con los hechos y que, con respecto a Marcos, solo se limitaron a seguir las instrucciones y recomendaciones que el PCC les envió desde La Habana.

Esa fue la segunda gran conveniencia de haber acusado a Marcos Rodríguez: la defenestración de Joaquín Ordoqui. Así lo reconoció, más de cincuenta años después, la hija de Ángel Ramón Ruiz Cortés cuando dijo: “El objetivo no era él [Marcos]... [el objetivo era] deshacerse de los viejos comunistas más díscolos, de los que no se doblegaban. Lo hicieron con Aníbal Escalante y lo repitieron con Ordoqui”.<sup>451</sup> En 1965 Ordoqui fue separado de sus cargos bajo la absurda acusación de haber sido agente de la CIA. Lo detuvieron, lo interrogaron y le aplicaron todas las medidas que llevan esos casos. Pero Ordoqui no era Marcos Rodríguez. Ordoqui no se cansó de decirles a sus interrogadores que él sabía cómo funcionaban esas cosas y que él nunca confesaría traición alguna. Al final no pudieron doblegarlo y tuvieron que dejarlo por incorregible en su prisión domiciliaria.

406. “En el Supremo la causa contra el delator Marcos Rodríguez”, revista *Bohemia*, 27 de marzo de 1964, Año 56, Nº 13, pp. 44-61.

“Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, revista *Bohemia*, 3 de abril de 1964, Año 56, Nº 14, pp. 28-45.

“Tercera sesión del juicio contra el delator de los mártires de Humboldt 7”, revista *Bohemia*, 3 de abril de 1964, Año 56, Nº 14, pp. 46-59.

“Intervención de Fidel Castro en el juicio contra Marcos Rodríguez”, revista *Bohemia*, 3 de abril de 1964, Año 56, Nº 14, pp. 60-77.

407. “Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, *op. cit.*

408. En lengua vernácula, los comunistas eran llamados “comuñangas”, “ñangas” o “ñángaras”. El diminutivo era “ñangarita”.

187

409. “Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, *op. cit.*

410. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001, pp. 67-68.

411. *Ibidem*, p. 65.

412. Pina Tabío, Víctor. *Alas y sombras*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2011, pp. 64-65.

413. Bonachea, Ramón L. y Marta San Martín. *The Cuban Insurrection 1952-1959* [La insurrección cubana], Transaction Books, Nueva Jersey, 1974, p. 50.

414. *Ibidem*, p. 52. Los autores declaran que la familia de Echeverría tuvo la cortesía de darles una cinta con la grabación del discurso.

415. “Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, *op. cit.*

416. Bonachea, Ramón L. y Marta San Martín. *Op. cit.*, p. 73.

417. Nació en la provincia de Pinar del Río en 1905. Luchó contra Machado como miembro de la organización ABC. Aliado de Guiteras y opositor a Batista, fue representante a la Cámara de la República por el Partido Auténtico entre 1944 y 1952. Después del golpe de Estado de Batista se unió a la organización Triple A para luchar contra la tiranía. Murió en el Asalto al Palacio Presidencial.

418. Nació en Madrid, en 1924. Con 16 años se unió a las tropas francesas en el norte de África y fue condecorado por su valentía. Desembarcó con los Aliados en Italia primero y en Normandía después; terminó la guerra en Berlín. En 1947 fue uno de los jefes de la expedición de Cayo Confite. Fue uno de los organizadores del Asalto al Palacio Presidencial y murió en esa acción. Su hermano, Eloy Gutiérrez Menoyo, también luchó contra Batista.
419. Bonachea, Ramón L. y Marta San Martín. *Op. cit.*, p. 107.
420. “Tercera sesión del juicio contra el delator de los mártires de Humboldt 7”, *op. cit.*
421. “En el Supremo la causa contra el delator Marcos Rodríguez”, *op. cit.*
422. *Ibidem.*
423. *Ibidem.*
424. “Intervención de Fidel Castro en el juicio contra Marcos Rodríguez”, *op. cit.*
425. “Tercera sesión del juicio contra el delator de los mártires de Humboldt 7”, *op. cit.*
426. *Ibidem.*
427. *Ibidem.*
428. *Ibidem.*
429. *Ibidem.*
430. “Intervención de Fidel Castro en el juicio contra Marcos Rodríguez”, *op. cit.* El destacado es mío.
431. *Ibidem.*
432. Barroso, Miguel. *Un asunto sensible*, Random House Mondadori, Barcelona, 2009, p. 287.
433. *Ibidem.* El destacado es mío.
434. Andrew, Christopher M. y Vasili Mitrokhin. *The Mitrokhin Archive II: The KGB and the World*, Allen Lane, Londres, 2005, pp. 105 y 521. El destacado es mío.
435. Castro, Juanita. *Fidel y Raúl, mis hermanos: Memorias de Juanita Castro contadas a María Antonieta Collins*, Penguin Random House Grupo Editorial, Estados Unidos, 2011.
436. Barroso, Miguel. *Op. cit.*, p. 289.
437. Barroso, Miguel. *Op. cit.*, p. 289.
438. *Ibidem.*
439. Expediente N° A/1-004 26/21-62 de la Inteligencia checa. Tomado de Yofre, Juan Bautista, *Fue Cuba*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2014, pp. 288-290.
440. “Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, p. 62. El destacado es mío.
441. “Segunda vista contra el delator Marcos Rodríguez”, p. 49. El destacado es mío.
442. *Ibidem.*
443. Soto, Lionel. *De la historia y la memoria*, Editorial SiMar, La Habana, 2006, Tomo I, p. 347. El destacado es mío.
444. Ver: <[www.ecured.cu/Juan\\_Abrantes\\_Fern%C3%A1ndez](http://www.ecured.cu/Juan_Abrantes_Fern%C3%A1ndez)>.

188

445. Quintana Suárez, Raúl y Bernardo Herrera Martín. *Reseñas biográficas de figuras significativas en la Historia de Cuba*, Editorial de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona, La Habana, 2011, Tomo III, p. 1.
446. Rodríguez Cruz, Juan Carlos. *Ellos merecen la victoria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, pp. 59-61. Los destacados son míos.
447. Soto, Lionel. *Op. cit.*, Tomo I, p. 295.
448. Sweig, Julia. *Inside the Cuban Revolution*, Harvard University Press, Londres, 2002, p. 19. El destacado es mío.
449. Castro Ruz, Fidel. “Un esclarecimiento honesto”, *Cuba Debate*, 1 de junio de 2012. Disponible en línea en: <[www.cubadebate.cu/reflexiones-fidel/2012/06/01/un-esclarecimiento-honesto/#.VxTOQfkrLcs](http://www.cubadebate.cu/reflexiones-fidel/2012/06/01/un-esclarecimiento-honesto/#.VxTOQfkrLcs)>. El destacado es mío.
450. Cuadriello, Jorge Domingo. *El exilio republicano español en Cuba*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2009, p. 424. El destacado es mío.
451. Barroso, Miguel. *Op. cit.*, p. 295.

189

## Capítulo XV

### Tarzán de la Sierra

Estábamos en una casa en la playa del balneario Brisas del Mar. Fue en las vacaciones que tuve entre el final del sexto grado y el inicio de la secundaria. El patio daba a un riachuelo y yo intentaba pescar biajacas cuando llegó Luis García Guitar. Mi padre abrió una botella de ron y se sentaron a conversar en el portal. Al rato las biajacas no picaban y me fui a pescar palabras. Hablaban, como siempre, de política. Guitar con su vozarrón estentóreo y mi padre con su voz de asmático crónico. No entendí mucho, pero algo pesqué. La conversación derivó hacia la maquiavélica genialidad de Fidel Castro, y Guitar, para ejemplificar esa cualidad, aseguró qué tremenda jodida que le había dado el susodicho al... Mi padre lo interrumpió levantando la mano para acotar: “Al argentino”. “A ese mismo —concedió Guitar—, al argentino.”

Yo sabía de quién se trataba, y quizás por eso me llamó tanto la atención lo que sucedió después. Mi padre bebió un trago y, como dándole la razón a Guitar, repitió: “Sí, tremenda jodida que le dio al

argentino...”. Dejó pasar unos segundos y completó la frase: “Y a Mella, también”. Nunca había visto a Guitar reírse tanto. Se agarraba su inmensa barriga mientras carcajeaba y soltaba esa retahíla de malas palabras que los cubanos usan para darle la razón a alguien. Mi padre sonreía tranquilo y yo, en Babia. Yo sabía que el argentino era el “Che” Guevara, y sabía muy bien quién era Julio Antonio Mella; pero lo que no lograba entender era la relación de esos dos hombres, que no fueron contemporáneos, con Fidel Castro. Me llevó tiempo entender el sentido irónico de esa relación inexistente.

A Luis García Guitar mis padres lo conocieron en la Universidad de La Habana después del triunfo de la revolución. Había llegado del pueblo pesquero de Caibarién y se graduó de abogado a inicios de los años 60. Enseguida pasó a trabajar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Era un tipo brillante que mezclaba en su hechura ese ideal comunista de hombre de pueblo con lustre intelectual. Hizo muy buenas migas con el canciller Raúl Roa y fue nombrado embajador de Cuba en la para ese momento desmembrada República Árabe Unida. Hasta donde he podido averiguar, nunca fue un militante público del Partido o de la Juventud Comunista, pero gozó de vínculos muy estrechos con los fundadores del PCC en la ciudad de Manzanillo. Era un iconoclasta redomado y de su lengua solo escapaban Stalin y Fidel Castro.

Uno de los cuentos preferidos de Guitar era el de su encuentro con el “Che” Guevara. Llegó el argentino a El Cairo con su prepotencia habitual y haciendo gala de su fórmula de guerrilla-triunfosocialismo.

El embajador quiso explicarle que en África y en el Medio Oriente esas ideas necesitaban un mundo de cambios para adaptarse a conflictos tribales, étnicos y religiosos muy antiguos. Horas perdidas hasta que el “Che”, insultado por la complejidad del cuadro descrito, dio por terminada la conversación con un puñetazo sobre la mesa y un grito de “¡es así, coño, porque yo soy el comandante Ernesto Guevara!”. Y el embajador, sin perder tiempo dijo “ay”, y puso un gesto de dolor mientras presionaba con una mano por encima de una de sus cejas. El “Che” preguntó qué le sucedía y Guitar respondió: “Disculpe, comandante, es que me acaba de dar con la punta de su estrella aquí en la frente”. Cuentos como ese me crearon un gran conflicto. Mientras mis coetáneos crecían adorando al “Che”

190

Guevara, y diciendo cada día en la escuela que serían como él, yo lo hacía escuchando historias que lo describían como un tipo prepotente, mal aseado, ignorante de la realidad cubana, más denso que un batido de plomo y más manipulable que un león de circo. El coraje del argentino, que siempre fue la característica que lo salvó ante los cubanos, se anulaba o dejaba de tener gran importancia entre aquellos revolucionarios que también se habían jugado la vida luchando contra Batista: algunos de ellos, para que al olvidadizo “Che” no le faltaran la yerba mate que bebía en el monte, o los medicamentos, las cartas y la planta de radio que tanta falta le hicieron.

Hoy tengo que reconocer que en lo esencial tuvieron razón esos críticos: el “Che” Guevara fue un hombre de inteligencia cegada y sesgada por el ego y el odio. Ya lo dice el adagio: no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y la verdad es que había que ser muy bruto, o estar muy alucinado consigo mismo, para no ver y conectar los puntos que el “Che” Guevara siempre tuvo delante de sus ojos. Informaciones que, tomadas en su conjunto, le habrían indicado que la revolución cubana nunca dejó de estar protegida por los comunistas; o sea, por aquella caterva de estalinistas y prosoviéticos a los que él después se dio el lujo de buscarles las cosquillas.

Es verdad que por una razón de elemental compartimentación el “Che” no pudo haber estado al tanto de los viejos y estrechos vínculos de los hermanos Castro con el NCIS del PCC. Pero había que estar muy entretenido para no darse cuenta de que los cuadros del Partido se repetían alrededor de los Castro con una regularidad demasiado frecuente para ser casual. Había que padecer de una gran indolencia intelectual para no preguntarse si los méritos de hombres como Víctor Pina u Osvaldo Sánchez eran suficientes para que fueran nombrados, junto con él y Ramiro Valdés, como jefes de la Seguridad del Estado castrista. Igual, había que tener una curiosidad muy escasa para no buscar los orígenes de ese pacto que a inicios de 1959 Fidel Castro ya había hecho con los comunistas. Una alianza que, según Fabio Grobart le contó a Tad Szulc, se hizo extensiva a la casa del “Che” Guevara en el poblado de Tará. <sup>452</sup> Cualquier indagación que el argentino hubiera hecho sobre ese tema le habría arrojado mucha más información que la referida en este libro.

Pero en vez de eso se dedicó a escribir, en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*, lo siguiente: “En una discusión fraterna le dije una frase a un dirigente del PSP (PCC) que él repitiera a otros como expresión de una verdad de aquel momento: ustedes son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo, sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladora” <sup>453</sup> A saber quién fue ese dirigente del PCC y cuán informado estaba sobre la historia del Partido. Lo cierto es que cuando el niño Guevara jugaba a los soldaditos ya los comunistas cubanos tenían hombres luchando en la guerra civil española y muriendo, precisamente, por asaltar nidos de ametralladoras. Una cosa es la ignorancia del que no sabe y otra la del que no quiere

saber.

Razones tenía para ignorar. El “Che” Guevara fue uno de los creadores del mito de la revolución triunfante gracias a los combates —exagerados hasta lo increíble— de unas escasas centenas de guerrilleros mal armados contra decenas de miles de soldados. Un mito que se deshace cuando recordamos que murieron muchos más luchadores ciudadanos que guerrilleros, y que cuando los combatientes de la ciudad se “quemaban”, uno de los santuarios con los que contaban era la Sierra Maestra. Ese mito perdura hasta hoy y de él forman parte los supuestos 20.000 muertos de Batista, el carácter esencialmente inmaduro y burgués de los luchadores clandestinos y la bravura del “muerte y huye” de los guerrilleros.

A los comunistas del NCIS del PCC les importaba bien poco lo que el argentino pensara sobre el aporte del Partido a la revolución. Estamos hablando de hombres y mujeres hechos de sombras.

191

Cuadros grises que fueron seleccionados por su capacidad para renunciar a protagonismos innecesarios y por esa disposición a siempre defender y engrandecer al líder. Para esos comunistas cubanos el hecho de que al “Che” le diera por exagerar el papel de las guerrillas era incluso positivo. Era algo que ayudaba a endiosar a la figura de Fidel Castro y a reforzar, por tanto, la imagen del Caballo de Troya que el Partido utilizó como cobertura.

Que el “Che” fusilara tampoco les molestaba mucho; todas las revoluciones necesitan de una buena dosis de terror, y si este era administrado por un extranjero, pues mejor. Igual, trabajaba a favor del PCC que el argentino creyera que podía exportar su exagerada experiencia en la lucha de guerrillas. Los focos guerrilleros como el camino expedito hacia el socialismo eran, al menos de inicio, muy buena idea. Mientras más guerrillas crearan el “Che” y sus acólitos, mejor para el castrismo, más protegida estaría Cuba, más fuerte sería el antiamericanismo y más posibilidades de sobrevivir tendría la revolución. A eso hay que sumarle que esas guerrillas eran muy buenas para deshacerse, mediante heroicas inmoluciones, de esos revolucionarios que siempre se convierten en un dolor de cabeza después del triunfo de las revoluciones.

Los desastres guevaristas en la economía cubana también fueron aplaudidos con fervor por los miembros del NCIS del PCC. La industrialización acelerada, la eliminación de los controles económicos, la abolición de los sindicatos, el rechazo a buscar la independencia energética de Cuba a través de la prospección petrolera y el absurdo de querer alcanzar la eficiencia económica mediante la creación del llamado *hombre nuevo* fueron tonterías del “Che” que entraron como anillo en el dedo de aquellos comunistas. Mientras más se empobreciera Cuba como resultado de las genialidades guevaristas, más alta sería la probabilidad de que terminara dependiendo, como en realidad sucedió, de la URSS y del campo socialista. Los problemas empezaron cuando el “Che”, ya convencido de su grandeza, empezó a interferir con los intereses geopolíticos de la URSS, una interferencia que alcanzó su punto culminante durante las aventuras africanas del argentino.

Mucho se ha intentado vincular el inicio de las aventuras cubanas en África con la figura de Ernesto “Che” Guevara. Ese vínculo le da a la historia un viso romántico y nacionalista que busca esconder la utilización de Cuba como un instrumento de la geopolítica soviética. El primer escollo que surge con esa asociación forzada es que en la primera aventura del castrismo en África el “Che” no estuvo ni por los alrededores. En diciembre de 1961, cuando el barco *Bahía de Nipe* dejó el puerto de La Habana cargado con armamento para el Frente de Liberación Nacional de Argelia, Guevara ni se enteró.<sup>454</sup> Pero en su lugar, parece decir la propaganda del castrismo, estuvo un compatriota suyo llamado Jorge Ricardo Masetti, el futuro “Comandante Segundo” de la malograda guerrilla guevarista de Salta, Argentina. El barco, después de tocar varios países de Europa, llegó al puerto marroquí de Casablanca en enero de 1962. Las armas pasaron la frontera y fueron entregadas a Houari Boumediene en el campamento de Oujda.<sup>455</sup> Varias veces escuché en mi casa que esa primera aventura cubana en Argelia tuvo que ver con la victoria de Playa Girón y fue una jugada de los rusos, con ayuda de los cubanos, para echar a pelear a los franceses con los gringos. Me llevó tiempo comprobar esa historia.

Hoy se sabe que en fecha tan temprana como 1958 los soviéticos ya habían ejecutado una operación muy parecida. En esa ocasión, en vez de llevarle al FLN argelino las armas ocupadas después de Playa Girón, lo hicieron con el armamento francés que los vietnamitas ocuparon a raíz de la victoria de Dien Bien Phu. Esa operación aparece recogida en un documento vietnamita, fechado el 23 de junio de 1958, en el que se describe la solicitud soviética, el acondicionamiento de las armas y el transporte de las mismas en un buque polaco.<sup>456</sup> Eso demuestra que la supuesta solidaridad cubana para con el FLN no fue más que la contribución del castrismo a esfuerzos que los soviéticos ya venían desarrollando desde

192

mucho antes del triunfo de la revolución cubana.

Esa primera aventura cubana en África fue, en lo esencial, una operación de la Inteligencia soviética y fue una de las consecuencias de la llegada a Cuba, a inicios de 1960, de los quince asesores

hispanosoviéticos

enviados por Moscú. Según los autores Andrew y Mitrokhin, en 1961 también llegó a La Habana Vladimir Grinchenko, un oficial de la KGB con una larga experiencia en el trabajo ilegal que se encargó del entrenamiento del personal y la supervisión de las primeras operaciones ilegales de la Dirección General de Inteligencia del castrismo (DGI). Igual, el autor Brian Latell reporta, a partir de las informaciones obtenidas de los desertores de la Inteligencia castrista, que Grinchenko trabajó bajo las órdenes del jefe de los instructores soviéticos en Cuba. Un ruso de corta estatura y pelo canoso que hablaba buen español y al que todos llamaban “El Francés”.<sup>457</sup>

Hoy está comprobado que una de las operaciones más exitosas de la KGB en Argelia fue un grupo de medidas activas (siembra y diseminación de informaciones falsas) encaminadas a hacerle creer a la opinión pública francesa que una buena parte de los fracasos galos en esa colonia se debían a una conspiración de los anglosajones (Estados Unidos e Inglaterra).<sup>458</sup> Como parte de esa campaña la KGB, a través de sus órganos de prensa fantasmas, insistió en diseminar imágenes del armamento estadounidenses que los franceses iban ocupando en sus operaciones de contrainsurgencia. Buena parte de ese armamento, sin números de serie y de orígenes industriales bien difíciles de rastrear, fue ocupado después de Playa Girón y llegó a Argelia en 1961.

La segunda aventura del castrismo en África, en octubre de 1963, tampoco tuvo al “Che” Guevara por los alrededores. La figura central de esa operación fue el entonces embajador de Cuba en Argelia, el comandante Jorge “Papito” Serguera, un hombre que partir de su llegada a Africa sirvió como facilitador de muchos de los planes del “Che” en ese continente. Tanto fue así que sus memorias se titulan *Caminos del Che*, un texto que, entre otras cosas, demuestra que esa segunda aventura cubana en África también fue una operación de la Inteligencia soviética.<sup>459</sup>

“Papito” Serguera fue amigo de Fidel Castro desde sus años de adolescencia. Estudiaron juntos en los colegios católicos de Santiago de Cuba. Los dos se graduaron de abogados, uno en La Habana y el otro en la Universidad de Oriente. Durante la lucha contra Batista, “Papito” fue el abogado defensor de muchos revolucionarios que caían presos. Después del asesinato de Frank País, fue él quien tuvo el coraje de ir a pedirle el cuerpo sin vida al esbirro José María Salas Cañizares.

Al triunfo de la revolución, ya con el grado de comandante, “Papito” devino uno de los fiscales más famosos de los llamados “Tribunales Revolucionarios”. Fue, junto con el “Che” Guevara y Fernando Flores Ibarra (“Charco de Sangre”), responsable de una buena cantidad de fusilamientos sin garantías legales. Un caso famoso en el que “Papito” actuó como fiscal fue el amañado proceso contra el comandante Huber Matos. Al terminar esa farsa lo nombraron, a inicios de 1960, como jefe del Quinto Cuerpo de Ejército de las FAR en Camagüey. A partir de ahí empezaría la historia que lo llevaría a escribir *Caminos del Che*.

En el año 1960, ya estando en Camagüey, “Papito” fue invitado por Raúl Castro a una recepción en el balneario Ciudadamar de Santiago de Cuba. En esa ocasión Raúl le presentó a un español, llamado Ángel Martínez Riosola, que hablaba fluidamente en francés con una belleza gala llamada Annia Francos. Ese mismo año el comandante Serguera fue enviado, junto con diez batallones bajo su mando, a luchar contra los alzados del Escambray. Para asombro del comandante Serguera, el trabajo operativo estaba a cargo de ese español al que todos llamaban “Angelito”. Enseguida Serguera se dio cuenta de que estaba ante un profesional de la guerra, dato que pudo confirmar ese mismo año cuando integró, junto con Juan Almeida Bosque, Aldo Santamaría y el propio Angelito, lo que él denomina en su libro como “la

193

primera delegación militar cubana a la URSS”. Durante esa visita Serguera vio a Angelito codearse de tú a tú con los mariscales soviéticos Malinovsky, Guziev, Koniev, Khuikov y Gretchko. Esas relaciones tan estrechas con jefes militares de tan alto rango hicieron que “Papito” se preguntara una vez más sobre la vida de ese personaje.

El verdadero nombre de Angelito era Francisco Ciutat de Miguel. A los 16 años de edad ya estudiaba en una academia militar española, y durante la guerra civil fue teniente coronel del Ejército Republicano, jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte y uno de los militares más prestigiosos de esa contienda. Logró escapar a duras penas en el último barco que partió hacia Inglaterra después de la caída de la República. Fue a parar a la URSS, lo bautizaron como Pavel Pavlovich Stepanov y pasó a ser profesor de la Academia Militar Vorochilov.

Durante la Segunda Guerra Mundial fue jefe de una división del Ejército Rojo y formó parte —al mando de esa unidad— de las tropas soviéticas que tomaron Berlín bajo las órdenes de Koniev y Zhukov.<sup>460</sup> Según Antonio Martínez Valero, un militante español que conoció a Ciutat durante un congreso del Partido Comunista de ese país, este le contó que en 1954 había sido asesor de las guerrillas vietnamitas que luchaban contra la ocupación francesa. Entre sus funciones estuvo la de asesorar a Vo Nguyen Giap durante la batalla de Dien Bien Phu.<sup>461</sup> En 1959, y a consecuencia de la solicitud hecha por los cubanos a la URSS, Ciutat fue escogido para formar parte del grupo de quince militares

hispanosoviéticos

que asesorarían a las FAR. Su llegada a Cuba fue el 4 de marzo de 1960, el mismo día de la voladura del vapor *La Coubre*. Algo que habla de la importancia de su arribo, y de los vínculos que ya tenía con el NCIS del PCC, es que en el aeropuerto de Rancho Boyero lo estaba esperando Flavio Bravo, quien lo condujo hacia la casa de Secundino Guerra,<sup>462</sup> alias Guerrero, uno de los hombres más legendarios y menos conocidos del aparato de Inteligencia del PCC.

En Cuba a Ciutat lo bautizaron como Ángel Martínez Riosola, en honor a Ángel Castro, el patriarca de la familia en el poder. La primera tarea de Angelito, que es como pasó a ser conocido entre los cubanos, fue ocuparse de los alzados del Escambray, a quienes de inmediato ordenó que les llamaran “bandidos”. Además, se dedicó a organizar el nuevo ejército castrista. El comandante Belarmino Castilla identifica a Ciutat como el hombre que *llevó a las FAR la organización y la estrategia militar modernas*.

Vo Nguyen Giap es, junto con Moshe Dayan y Arnaldo Ochoa, uno de los tres jefes militares más exitosos de la segunda mitad del siglo XX; si Ciutat lo asesoró, podemos vislumbrar que los alzados anticastristas del Escambray, y sus asesores de la CIA, se enfrentaron a un jefe militar que los sobrepasaba en experiencia y profesionalismo. Algo similar sucedió con los miembros de la Brigada 2506. El genio estratégico al que se enfrentaron no fue el de un Fidel Castro asesorado por un Flavio Bravo, sino el de un español de 170 centímetros de estatura, ojos azules y calvicie incipiente, que ya para ese momento había participado en una guerra civil, una contienda mundial y una campaña de guerrillas.

“Papito” y sus tropas estuvieron bajo el mando de Ciutat hasta inicios de 1961. Fue en ese período que el comandante Serguera conoció a Jorge Ricardo Masetti, quien había dejado su puesto como director de la agencia de noticias *Prensa Latina* para iniciar su entrenamiento, cazando alzados, en las técnicas de lucha irregulares que después intentaría utilizar en la fracasada guerrilla argentina de Salta. En 1961 los caminos de Serguera, Ciutat y Masetti se separaron. Después de los combates de Playa Girón, “Papito” regresó a Camagüey con sus tropas, mientras que Masetti partía hacia Argelia con la armas de la Brigada 2506. El dato interesante que revela el comandante Serguera es que Ciutat participó en esa primera aventura argelina. Así lo reconoce en su libro cuando dice: “Masetti y Angelito habían

194 estado en Argelia antes de la independencia con la misión de entregar armas al FLN, oportunidad en la que conocieron al coronel Houari Boumedienne”.<sup>463</sup>

El ulterior nombramiento de Serguera como primer embajador del castrismo en Argelia no fue una decisión única y completa de Fidel Castro. Ya en fecha tan temprana como 1961 “Papito” Serguera había recibido en Camagüey, y a solicitud de Ciutat, a una delegación argelina. Meses después, el 31 de diciembre de 1962, fue invitado a la recepción del 2 de enero en el Palacio Presidencial. El objetivo de esa invitación fue que atendiera a otra delegación argelina que había sido invitada al evento; con ellos se encontraba Angelito, hablando fluidamente en francés, y presente cuando “Papito” fue anunciado como el primer embajador del castrismo en Argelia. Pocos días después llegó a Argel.

El 12 de marzo de 1963 el comandante Serguera regresó a Cuba con motivo del fallecimiento de su padre. Conversó con Fidel Castro sobre la situación argelina y salió a relucir, una vez más, la figura de Houari Boumedienne.<sup>464</sup> Esa noche “Papito” se entrevistó con el “Che” Guevara y le informó de sus contactos en Argel con dos enviados del depuesto presidente argentino Juan Domingo Perón, quien en ese momento estaba asilado en España. El “Che” le ordenó visitar al asilado en Madrid, llevarle ayuda financiera y explorar la posibilidad de que Perón quisiera asilarse en Argel o en La Habana.

El 25 de abril de 1963, a solo seis meses de la Crisis de los Misiles, Fidel Castro inició su primera visita oficial a la URSS. El 1 de mayo, en horas de la mañana, “Papito” recibió la orden de viajar a Moscú, ciudad a la que llegó ese mismo día en horas de la tarde. La primera sesión de intercambios entre Nikita Jruschov y Fidel Castro ocurrió el 3 de mayo en la dacha de Zavidovo. Para asombro de los anfitriones, la primera preocupación del cubano fue sobre la posibilidad de un golpe de Estado contra Ben Bella<sup>465</sup>. Fidel Castro solicitó ayuda soviética para el líder argelino y expresó su deseo de brindarle su apoyo con una visita sorpresiva a Argelia. Nikita dijo estar al tanto de la posibilidad de ese golpe de Estado, pero fue bien claro y repitió varias veces que Fidel Castro no debía, bajo ninguna circunstancia, visitar Argel. Para convencerlo usó el argumento de su preocupación por la seguridad del cubano y ofreció, a cambio de que Castro no fuera, suministrar armas soviéticas a Argelia.<sup>466</sup> Fidel Castro obedeció la propuesta de Nikita y este, por su lado, cumplió con su promesa de suministrar armas a Argelia, solo que, una vez más, se las dio a Houari Boumedienne.

Desde antes de regresar a Cuba por el fallecimiento de su padre, ya “Papito” había estado ayudando en Argel al grupo de cubanos y argentinos que, bajo la dirección del “Che” Guevara y el mando directo de Jorge Ricardo Masetti, terminarían alzándose en la región de Salta. Los deambulares y destinos de

ese grupo están muy bien explicados en el excelente libro *Fue Cuba*, del escritor argentino Juan Bautista Yofre.<sup>467</sup> Después de su regreso de Moscú, y ya para el verano de 1963, “Papito” recibió al “Che” Guevara en Argelia. Sus recuerdos de esa visita continúan el conteo de españoles francófonos involucrados en las aventuras del castrismo en África. El funcionario de la embajada cubana en Argel que acompañó al “Che” durante esa visita fue Layo Rodríguez de la Sierra,<sup>468</sup> un comunista español naturalizado en Venezuela que había sido capitán de la marina de Guerra de la República durante la guerra civil.<sup>469</sup>

Partió el “Che” de Argel y una hermosa mañana de octubre de 1963 el comandante Serguera se enteró de que las tropas del rey Hassan de Marruecos habían invadido Argelia. Sin perder un minuto, y sin pedir audiencia, el embajador fue a ver a Ben Bella para preguntarle si estaba de acuerdo con una solicitud de ayuda —al gobierno cubano— que iría personalmente dirigida a Fidel Castro. Después de algunas dudas, Ben Bella aceptó y “Papito” llamó por teléfono a La Habana, habló con Manuel Piñero, pudo explicarle que los argelinos necesitaban tanques y tropas. “Barbarroja” entendió de qué se trataba, pidió unas horas para consultar con el jefe y pasado ese tiempo respondió diciendo que la ayuda había

195  
sido aceptada y estaría en camino lo antes posible.

En Cuba el ciclón *Flora* azotaba las provincias orientales y dejaba un saldo de más de mil muertos. En esas condiciones los cubanos se movilizaron para tener lista, en unas pocas horas, la primera avanzada del denominado Grupo Especial de Instrucción (GEI), que salió hacia Argelia en un vuelo comercial con escala en Canadá. Unos días después, el 10 de octubre de 1963, la motonave *Aracelio Iglesias* zarpó con otro grupo de militares cubanos, y con el primer envío de tanques y artillería. En la madrugada del 17 zarpó otro buque, el *Andrés González Lines*, con el resto de la tropa y más pertrechos. El 21 de octubre partieron desde La Habana, en dos vuelos comerciales de Cubana de Aviación, los últimos 170 hombres del GEI, quienes llegarían al puerto de Orán unas horas antes de que lo hiciera el buque *Aracelio Iglesias*. El jefe público de la operación fue Efigenio Ameijeiras, un combatiente de probadas credenciales castristas que reforzaba, con su presencia, la idea de una operación cubana de punta a cabo. Con “Papito” de embajador y Ameijeiras como jefe, a nadie se le ocurriría pensar que detrás de aquello estaban los soviéticos.

Las memorias de “Papito” sobre esa segunda aventura cubana en Argelia confirman que el hombre al mando fue siempre Francisco Ciutat de Miguel. Según Serguera, la primera avanzada del GEI llegó a Argel por avión y estuvo integrada por lo que él denomina cuatro comandantes de la revolución cubana: Flavio Bravo, Pedro Luis Rodríguez, Aldo Santamaría y el inefable Angelito.<sup>470</sup> Esos oficiales fueron recibidos en el aeropuerto por Houari Boumediene. Después de estudiar los mapas determinaron, junto con el mando argelino, que los barcos cubanos debían dirigirse al puerto de Orán. Al día siguiente llegaron en avión, vía Canadá, 153 oficiales cubanos al mando de Efigenio Ameijeiras.<sup>471</sup> Según “Papito”, “luego de este encuentro en el Estado Mayor Efigenio y Angelito continuaron el trabajo con los mapas y luego decidieron ir a Siddi-bel-Abés”.

Hay otro pasaje de *Caminos del Che* que, además de mostrar la presencia de los intereses soviéticos, reduce a Efigenio Ameijeiras a una simple figura decorativa. Ya con las tropas cubanas dislocadas y listas para entrar en combate, Angelito, Efigenio y Serguera tuvieron una conversación sobre los inconvenientes que podría generar, en política internacional, la entrada en combate de los cubanos. Angelito dijo que solo hacía un año de la Crisis de Octubre. Una intervención cubana podía ponerle las cosas malas a Jruschov en el Consejo de Seguridad y empeorar las relaciones con los soviéticos. “Papito” y Efigenio argumentaron que Fidel Castro había puesto esa unidad a disposición de los argelinos y que sería cosa de niños molestarlo con preguntas indiscretas. Angelito insistió y el comandante Serguera accedió a conversarlo con Ben Bella. El líder argelino se sorprendió mucho, mostró gran inquietud, y mandó detener la operación. Así lo cuenta Serguera: “Angelito insistió, él accedió a conversarlo con Ben Bella y los cubanos nunca entraron en combate”.

Para más implicaciones soviéticas, al otro día de hablar con Piñero por teléfono, y mientras almorzaba en el Hotel Saint George, el maître le indicó a “Papito” que alguien quería hablar con él. Se trataba de una pareja, él, probablemente francés, y ella egipcia. No eran esposos. Esas personas se le acercaron para pedirle que intercediera por ellos ante Ben Bella y Fidel Castro. La idea era lograr que estos lo hicieran ante Abdel Nasser para obtener la liberación de un comunista egipcio, esposo de la señora, que estaba preso en Egipto. A cambio, y como prueba de amistad, le dejaron un sobre con unos documentos explicando que la invasión marroquí se debía a la existencia de gas y petróleo en la zona ocupada (cosa que ya está confirmada hoy) y a un plan de Inglaterra para explotar esos recursos. Francia y los Estados Unidos, demostraba el documento, nada tenían que ver con esa invasión (de hecho, Jacqueline Kennedy estaba de vacaciones en Marrakech); todo era un asunto de los ingleses.<sup>472</sup> Ese encuentro demuestra que al menos un servicio de Inteligencia estuvo al tanto de lo que sucedería.

Si consideramos que la solicitud fue en favor de un comunista egipcio, y el hecho de que en aquellos años la Inteligencia soviética tenía bien infiltrada a su contrapartida británica, es fácil imaginar que detrás de esos documentos estaba la KGB. Algo que apoya esa posibilidad es la historia de esa pareja que se entrevistó con Serguera. En el anexo número cinco de *Caminos del Che* ese misterioso personaje es identificado como Henri Curiel, y su acompañante como Madame Fausik.

Henri Curiel nació en El Cairo el 13 de septiembre de 1914. En 1943 fundó el Movimiento Egipcio para la Liberación Nacional, una de las tres organizaciones comunistas más importantes del país. A partir de 1936 fue el tutor ideológico de su primo George Behar, quien había sido enviado a estudiar en El Cairo y devino, décadas después y ya con el nombre de George Blake, el famoso espía de la KGB destapado por el desertor polaco Michael Goleniewski. Según las propias palabras de Blake, cuando dejó Egipto, en 1940, para irse a trabajar en la resistencia holandesa, ya era un comunista convencido. Alrededor de 1950 Curiel fue expulsado de Egipto y terminó en París. En 1957 empezó a trabajar para la red de apoyo, en Francia, del Frente de Liberación Nacional de Argelia, una red que se convirtió en la organización clandestina Solidaridad, encargada de entrenar a los miembros de diferentes organizaciones terroristas en el aprendizaje del trabajo clandestino. Entre los beneficiarios de Solidaridad estuvieron el ANC sudafricano, la ETA vasca, la OLP de Yasser Arafat y el MIR chileno. En junio de 1976 el periodista Georges Sufferts publicó una serie de artículos, en el semanario francés *Le Point*, acusando a Henri Curiel de ser *la cabeza de un grupo de redes de apoyo al terrorismo*. El 4 de mayo de 1978 Curiel fue baleado a la salida de su casa.

Un reporte de la comunidad de Inteligencia de los Estados Unidos, publicado en 1981, identificaba a Henri Curiel como fundador de una de las organizaciones satélites de la KGB en Europa. Según ese informe “raramente, o nunca, el Aparato Curiel ha funcionado como principal organización terrorista; su asociación con líderes no-comunistas y no-violentos, incluyendo religiosos, ha tendido un manto sobre la verdadera naturaleza y la extensión de sus operaciones. El Aparato ha estado menos activo desde la muerte de Curiel, pero continúa funcionando”.<sup>473</sup>

Todavía hoy muchos insisten en negar la relación de Henri Curiel con la KGB. Una de las personas que niega esa relación es la señora Didar Fawzy-Rossano, una comunista egipcia que cuenta algunas cosas interesantes en su autobiografía.<sup>474</sup> En ese libro la señora Didar relata haber sido reclutada en 1942 —junto con su esposo, llamado Osman— por Henri Curiel, tanto ella como su marido pasaron a formar parte de la organización comunista que este dirigía. Unos años después Osman fue uno de los oficiales del ejército egipcio que participaron en el golpe militar que derrocó al rey Farouk y llevó al poder a Gamal Abdel Nasser. En 1954 Osman fue nombrado agregado militar de la embajada de Egipto en Moscú. Dos años después de su llegada a esa ciudad, Didar dejó a Osman y se fue a París, llevando con ella a sus hijas, para trabajar bajo la dirección de Curiel y fundar el grupo Solidaridad. En 1960, después de haber sido arrestada por la policía francesa y escapar de prisión, llegó clandestinamente a Argel para crear una sucursal de dicho grupo que —según sus propias palabras— no podía tener miembros argelinos “para que no hubiera confusión de objetivos”.<sup>475</sup>

La estrecha relación de Didar con Curiel, así como su apellido, Fawzy, indican que bien podría ser ella la Madame Fausik a la que se refiere “Papito” Serguera. Algo que refuerza esto es un pasaje de las memorias de Didar que confirma la relación directa de la autora con el comandante Serguera, cuando dice: “Y nosotros teníamos a los cubanos. El bello Sergueira [*sic*], compañero de Castro, devenido embajador de Cuba en Argelia (nuestro contacto para Solidaridad, y que bien que hacía latir los corazones, ¿no es verdad Elizabeth?)”.<sup>476</sup>

Estas informaciones indican que los soviéticos estuvieron involucrados en Argelia mucho antes que

los cubanos; y que la segunda aventura del castrismo en ese país no fue, para nada, una decisión soberana. El propio comandante Serguera lo insinúa en sus memorias: “Nadie iba a creer que todo había ocurrido entre argelinos y cubanos. A ningún diplomático, ni a los chinos, se les ocurrió pensar lo contrario. Como era embajador pude comprobarlo extensamente. Todo el mundo estaba convencido que habíamos obrado como un instrumento”.<sup>477</sup> La pregunta, entonces, es: ¿qué pudieron haber ganado los soviéticos con una operación de tal envergadura; o con una movilización a través del Atlántico de tropas y medios cubanos que nunca entraron en combate?

Para responder a esa pregunta hay que recordar que en la figura de Ahmed Ben Bella confluían dos de las grandes pesadillas soviéticas de aquellos años: el Movimiento No Alineado y el maoísmo. Las estrechas relaciones del líder argelino con Abdel Nasser —fundador junto con Tito y Nehru del Movimiento No Alineado— alimentaban, desde la perspectiva del PCUS, una división de las fuerzas “progresistas” y una búsqueda de soluciones que los soviéticos tildaban de aventureras. Eso apuntaba a crear un desequilibrio de las precarias relaciones Este-Oeste, además de promover la estigmatización de

la URSS como nueva potencia neocolonial. Una consecuencia evidente fue el auge del maoísmo o de la presencia china en la arena internacional.

Serguera refiere en su libro que Argel se convirtió, después del triunfo del FLN, en un hervidero de ideas y tendencias que los soviéticos tuvieron que haber mirado con preocupación. Una de las primeras visitas oficiales a la capital argelina fue la del ministro de Relaciones Exteriores de China, mariscal Chen Yi, seguida, un tiempo después, por la visita de Chou En Lai, jefe de gobierno de ese país. Esas visitas tuvieron objetivos que estaban más allá de los simples contactos diplomáticos. Argel se convirtió, también, en el lugar de reunión por el que pasaron casi todos los representantes de los movimientos de liberación africanos.

Muchos de los problemas que los soviéticos vislumbraron en Argelia tuvieron que ver con la fuerte presencia del “Che” Guevara en ese país y no pueden ser entendidos sin referir a la evolución de las propias relaciones del argentino con la URSS. Ya desde antes del triunfo de la revolución cubana los soviéticos sabían que el “Che” era distinto. Sus contactos con los representantes de Moscú nunca siguieron los patrones de respeto y obediencia a los que estos estaban acostumbrados. La mordacidad del argentino, rayana en la falta de respeto, y el protagonismo exagerado que este se había adjudicado en el derrocamiento de Batista, hicieron que sus relaciones con Moscú nunca fueran óptimas. Había una tolerancia mutua, una especie de conformidad aunada por objetivos comunes y, sobre todo, por el antiamericanismo feroz del “Che”.

Ya en marzo de 1961 Flavio Bravo se quejó en Moscú, durante una reunión con Mijaíl Suslov —un estalinista acérrimo y uno de los ideólogos más importantes de la URSS—, de que el “Che” Guevara malgastaba recursos y energías con sus apoyos a bandas de forajidos extranjeros que no eran marxistas.<sup>478</sup> A partir de ahí el cisma entre Guevara y la URSS empezó a profundizarse hasta que se tornó evidente durante la Crisis de los Mísiles. Después de aquel fiasco, Fidel Castro se llenó la boca para criticar a Moscú; pero hay que recordar que siempre se cuidó mucho de sobrepasar los límites de lo permisible. Al mismo tiempo, Castro siempre tuvo canales, como su propio hermano o los viejos miembros del NCIS del PCC, para hacerles saber a los soviéticos que muchas de sus rabietas eran para el graderío.

A raíz de la crisis, y cuando Anastas Mikoyan se reunió con la dirigencia de la revolución cubana para explicar la posición soviética durante la crisis, el “Che” Guevara, sin ser cubano ni saber una jota de bombas nucleares, se burló del poderío soviético y puso en duda que Kennedy honrara su acuerdo de no agresión a Cuba. Sus palabras fueron: “Después de las acciones de Jruschov en octubre, los

198

imperialistas han decidido que la Unión Soviética nunca iniciará una guerra nuclear en defensa de las necesidades de un Estado amigo”.<sup>479</sup> De más está decir que Mikoyan ignoró semejante burrada. No malgastó ni un segundo de su tiempo en explicar que el supuesto Estado amigo, y la humanidad, desaparecerían bajo un vergel de hongos nucleares.

A partir de ahí las cosas fueron de mal en peor. Después de su visita a Argelia, en julio de 1963, el “Che” Guevara regresó a Cuba para ver publicado, en septiembre de ese año, su manual de lucha guerrillera, un librito que puede ser considerado como un compendio de instrucciones para la obtención del poder y la construcción del socialismo mediante la lucha armada irregular. De más está decir que los soviéticos recibieron el librito de marras con marcada apatía. Estamos hablando de un país, la URSS, que ya para 1963 había triunfado en su propia guerra civil, que había luchado de forma irregular en España durante la lucha contra el franquismo, que había enfrentado sin éxito a los excelentes guerrilleros fineses y que había llegado a operar, durante la Segunda Guerra Mundial, columnas guerrilleras de centenares de miles de hombres en la retaguardia del ejército alemán. Estamos hablando, también, del mismo país que en 1945 usó las armas ocupadas al derrotado ejército japonés para armar a las guerrillas chinas que después llevaron al poder a Mao Zedong.

Algunos de los estalinistas de la Inteligencia soviética tenían que haber estado al tanto del verdadero papel jugado por el PCC en el triunfo de la revolución castrista. Tenían que saber cuánto les debía ese triunfo a las más de tres décadas de trabajo político y de Inteligencia —por un lado— y violencia —por el otro— que el Partido había desarrollado bajo la guía y supervisión constante de la URSS. En ese sentido, el librito del “Che” tiene que haber caído como lo que realmente era: un sermón al cura o un manual para ir a bailar a casa del trompo.

Las fricciones empezaron a aumentar. En un informe enviado a Moscú por Oleg Daroussenkov —un funcionario del Comité Central del PCUS que vivía en La Habana y se había convertido en profesor de ruso y contrincante en el ajedrez del “Che” Guevara—, este describió una conversación, del 20 de diciembre de 1963, en la que el “Che” se quejaba de ser considerado como un elemento de ruptura de la unidad revolucionaria cubana e internacional. Su interlocutor le aseguró, sin poder convencerlo, que los soviéticos no pensaban así de él.<sup>480</sup>

Cinco días después Guevara tuvo una conversación con Alexéiev en la que se quejaba de que los

soviéticos no aprobaban su política de guerra de guerrillas en Latinoamérica. Una política que él también había plasmado en un artículo publicado en la revista *Cuba Socialista*. Según el autor Juan Bautista Yofre, Alexéiev comentó el incidente en su diario de la siguiente manera: “No entré en polémicas con él, en lo que respecta a la cuestión de la posición de Guevara sobre la guerra de guerrillas, diciendo que no había leído sus artículos en la revista *Cuba Socialista*. Esto sorprendió mucho a Guevara y señaló que él pensaba que su artículo había sido leído por nosotros de manera exhaustiva, como expresión de una política prochina”.<sup>481</sup> Nada de eso quitó que unas semanas después la propia embajada soviética que dirigía Alexéiev enviara un informe a Moscú calificando el librito de “ultra-revolucionario y rayano en el aventurerismo”.<sup>482</sup>

Hacia abril de 1964, ya con la guerrilla de Salta aniquilada y con Jorge Ricardo Masetti en paradero desconocido, los soviéticos tomaron cartas en el asunto de las guerrillas al por mayor y dejaron saber, a través de Mijaíl Suslov, que “sería erróneo poner todas las esperanzas en la lucha armada... la revolución no puede ser acelerada o hecha a la medida, ni puede ser promovida desde afuera”.<sup>483</sup> El día 29 de ese mes el “Che” Guevara volvió a tener otra conversación con Oleg Daroussenkov. Según el informe que ese funcionario envió a Moscú, el argentino le preguntó por qué los soviéticos habían llegado a verlo como un enemigo.<sup>484</sup> Para más honestidades, en mayo de ese año, y durante una reunión

199  
con los jóvenes comunistas en el Ministerio de Industria, el “Che” Guevara volvió a deslizar la idea de que el modelo soviético no era el más adecuado para Cuba.

Esa vez las averiguaciones de Moscú fueron al más alto nivel del comunismo cubano y corrieron a cargo de Nikolai Belous, un agente de la KGB que fungía en La Habana como encargado de Negocios y que anteriormente había trabajado con Alexéiev en Argentina, país del que fue expulsado por espía en 1959.<sup>485</sup> Belous fue a ver a Fabio Grobart y este le explicó que Castro y Guevara “tenían la tendencia a hacer declaraciones que no necesariamente representaban la opinión de la dirección colectiva del gobierno. Sus discursos no son preparados de antemano, no son discutidos y muchas veces son mera improvisación”.<sup>486</sup> Moscú siguió averiguando y el 29 de mayo enviaron a otro funcionario de su embajada en La Habana, un tal E. Pronsky, a hablar con Anastasio Cruz Mansilla, uno de los quince hispano-soviéticos que la URSS había enviado a Cuba y que fungía como profesor de Economía Política en la Universidad de La Habana. Mansilla era profesor del “Che” Guevara y reconoció que el argentino era el estudiante más brillante de la clase; pero tenía tendencia a ser reacio cuando se le pedía acentuar los aspectos positivos de la URSS.<sup>487</sup> El cuadro se fue conformando y una de las pinceladas finales la dio Emilio Aragonés cuando en una conversación con Oleg Daroussenkov dijo, al parecer refiriéndose al “Che”, que “es difícil para la clase media identificarse con el Marxismo-Leninismo y más difícil aún defender firmemente sus principios”.<sup>488</sup>

Ya hoy está claro que ese año —el que medió entre finales de 1963 y finales de 1964— marcó el inicio de la ruptura entre el “Che” Guevara y la alta dirección de la revolución cubana. Ese fue el año del juicio a Marcos Rodríguez y del inicio de la eliminación política de Joaquín Ordoqui; o sea, el período durante el cual Fabio Grobart y sus hombres empezaron a recuperar el control absoluto del comunismo cubano y dieron los primeros pasos hacia la instauración del estalinismo en Cuba. A su vez, y allá en la URSS, ese año marcó el proceso de aislamiento político de Nikita Jruschov, su eventual destitución —en octubre de 1964— y la recuperación del control del PCUS por la vieja guardia estalinista que Nikita había enajenado a partir del XX Congreso de esa organización. En noviembre de 1964, cuando llegó a Moscú en visita oficial, el “Che” Guevara no supo aquilatar el profundo cambio que acababa de ocurrir en la URSS y, más importante aún, cuánto afectaría ese cambio sus románticos planes de guerrillitas a la carta y socialismos de abracadabra.

A finales de noviembre, ya de regreso de Moscú y antes de partir hacia Nueva York, el “Che” Guevara y Fidel Castro tuvieron una reunión secreta con los representantes de los Partidos Comunistas de Latinoamérica. El representante de la Argentina fue el tenebroso Victorio Codovilla, el mismo testaferro de Stalin que en 1928 había acusado a Julio Antonio Mella de ser trotskista. En cuanto salió de esa reunión, Codovilla fue enseguida a contarles a los soviéticos su versión de la misma. Entre otras cosas dijo que tanto Fidel como el “Che” “hicieron muchas preguntas a cada participante y dejaron caer frases que... en ocasiones contenían un rechazo hacia la Unión Soviética así como el temor de caer en una dependencia total de la URSS”.<sup>489</sup> Esa reunión no fue casual. Ya desde ese momento Guevara estaba siendo víctima de la única cosa que Fidel Castro siempre supo hacer con genialidad: manipular. O sea, convencer al argentino de que contaría con toda la ayuda necesaria para llevar a cabo sus quijotescos planes en el África negra primero y en Latinoamérica, después.

El 11 de diciembre de 1964 el “Che” llegó a la ciudad de Nueva York al frente de la delegación cubana que participaría en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En cuanto pudo pronunció el discurso antiimperialista y antiestadounidense que de él se esperaba. No contento con eso se dedicó a asegurar, durante la sesión de réplicas, que en Cuba se había fusilado, se estaba fusilando y se seguiría

fusilando. Esa salida del falso libreto humanista de la revolución cubana, cinco años después del triunfo  
200

de la misma y en un foro como las Naciones Unidas, denunciaba al castrismo como lo que realmente era: un régimen de violencia y terror. Y si algo le molestaba a Fidel Castro era que alguien pusiera en evidencia su verdadera naturaleza.

Desde Nueva York, Guevara partió en una gira africana que incluyó visitas a Tanzania, Congo-Brazzaville (francés), Egipto, Mali, Guinea, Ghana y Dahomey. Las cosas empezaron a pasarse de rosca para los soviéticos cuando estos se enteraron de que los chinos estaban utilizando a Argelia para extender su influencia hacia América Latina. Después de regresar de Tanzania, el “Che” Guevara partió en visita oficial a China.<sup>490</sup>

El punto culminante de todos esos desvaríos mao-guevaristas fue la Conferencia de Solidaridad Afroasiática que tuvo lugar en Argel el 24 de febrero de 1965. Durante ese encuentro, el “Che” pronunció las palabras que terminarían costándole la vida. Su discurso, hoy famoso, estuvo cargado de quejas y acusaciones sobre la forma en que la URSS implementaba su famosa “ayuda desinteresada” a los países del Tercer Mundo. El “Che” dijo:

¿Cómo puede significar “beneficio mutuo” vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimiento sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente?... Si establecemos ese tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial.<sup>491</sup>

Es importante recordar que por herejías mucho menores que esa el NCIS del PCC había sacado del juego a más de un comunista cubano.

Esa fue la última aparición pública del “Che” Guevara. De Argel partió hacia El Cairo, donde le dijo a Abdel Nasser que visitaría Tanzania para estudiar las posibilidades de los movimientos de liberación en el Congo Belga (Zaire). Viajó hasta Dar es-Salam, contactó a Pablo Ribalta, quien en ese momento era el embajador cubano en Tanzania y antes del triunfo de la revolución había sido torcedor de tabacos, militante del PCC, miembro del selecto grupo de cubanos que fueron entrenados en Bucarest e integrante, a partir de 1958, de la columna guerrillera del argentino.

Los dos entraron en el Congo Belga y es muy probable que durante esa visita exploratoria haya ocurrido el cuento que después el “Gordo” Guitar contaba riéndose. Pablo Ribalta andaba y desandaba montes con el “Che” y a cada rato, como quien no quería las cosas, le preguntaba: “¿Oye, ‘Che’, tú no te has fijado que aquí no hay cercas?”. “Pregunta clave —gritaba el ‘Gordo’ Guitar—, porque donde no hay cercas no hay latifundios, ni hay propietarios de la tierra, ni aparceros precaristas y es muy difícil, por tanto, hacer una revolución agraria”.

Pero el argentino ni cuenta se daba de lo que Pablito intentaba decirle. Diez días después regresaron juntos a El Cairo. Antes de partir hacia La Habana, Guevara le dijo a Nasser: “Creo que me iré al Congo, porque es el punto que más arde en el mundo ahora”. La respuesta de Nasser, de una lógica aplastante, fue: “Me asombra. ¿Qué pasó con todo eso que estabas haciendo en Cuba? ¿Te fajaste con Castro? No quiero inmiscuirme, pero si tú quieres convertirte en otro Tarzán, un hombre blanco entre hombres negros, para guiarlos y protegerlos... eso no se puede hacer”.<sup>492</sup>

Una vez más el argentino hizo oídos sordos a los consejos ajenos. Partió de regreso hacia Cuba para enfrentar la bronca que le tenían preparada por las tonterías que había dicho en Nueva York y, sobre todo, por el discurso en Argel. Una pelea que hasta el autor Piero Gleijeses reconoce en su libro *Conflicting Missions* cuando dice: “... hubo una confrontación. Los archivos del Partido Comunista de  
201

Alemania Oriental incluyen varios informes de sus representantes en La Habana indicando que después del regreso del Che del África ocurrieron ‘discusiones e intercambios acalorados’ entre él y Fidel Castro. La ‘raíz del asunto’ fue el discurso de Guevara en Argelia”.<sup>493</sup>

Como resultado de esas discusiones el “Che” Guevara salió de Cuba como bola por tronera. Antes de hacerlo dejó una carta de despedida a Fidel Castro; una misiva plañidera y apologética que solo debía ser leída en caso de muerte o captura, opciones que al momento de su partida pensaba remotas. Sobre todo porque llevaba a su favor el apoyo de Ahmed Ben Bella en Argelia, de Alphonse Massemba-Débat en el Congo Francés (Brazzaville), de Fidel Castro en Cuba —al menos en teoría—, de Julius Nyerere en Tanzania, y de los chinos en China. A esos sostenes el argentino sumaba una experiencia guerrillera que exageraba hasta el olvido de lo esencial: que había sido obtenida durante solo diecinueve meses de lucha irregular contra un ejército desmoralizado y con la ayuda de una organización, el PCC, cuya contribución al derrocamiento de Batista él siempre minimizó.

Desde cualquier punto de vista que se mirara era evidente que esa aventura africana del “Che” Guevara estaba condenada a fracasar. Pero eso no quitó que los soviéticos y sus agentes cubanos se dedicaran a garantizar que el fracaso fuera inevitable. Aquí tenemos que regresar a las dos primeras

aventuras cubanas en Argelia, a la fuerte presencia en ambas de agentes hispano-soviéticos como Francisco Ciudad de Miguel, y de hombres del PCC como Flavio Bravo, que ya hoy se sabe que estuvieron muy relacionados con las Inteligencias de la URSS y del PCC. A eso hay que añadir que en cada una de esas aventuras la contraparte de esos enviados soviéticos siempre fue el coronel Houari Boumediene, el militar argelino que derrocaría a Ahmed Ben Bella y terminaría con los devaneos mao-guevaristas de la revolución argelina.

Fidel Castro visitó la URSS en la primavera de 1963 y Nikita le prometió que le daría armas a Argelia. En octubre de ese mismo año los cubanos enviaron dos barcos con armamento pesado y varios batallones de hombres que nunca entraron en combate. La pregunta, ya mencionada anteriormente, es: ¿qué pudieron haber ganado los soviéticos con una operación de tal envergadura; o con una movilización a través del Atlántico de tropas y medios que nunca entraron en combate? La respuesta radica en el hecho de que cuando los cubanos se fueron de Argelia dejaron detrás la misma unidad blindada que después derrocaría —bajo el mando del coronel Sliman Hoffman y la dirección de Houari Boumediene— a Ahmed Ben Bella.<sup>494</sup>

Cuando el “Che” Guevara salió hacia el Congo Belga, el 1 de abril de 1965, Ahmed Ben Bella estaba en pleno proceso de consolidación de su poder personal en Argelia. Para eso buscaba aumentar su proyección internacional e intentaba minar, mediante despidos puntuales, el poder de los hombres cercanos a Boumediene. En algún momento quiso crear las milicias populares, como contraparte al poder de los militares, y todo se le fue de las manos. El 19 de junio de ese año Ahmed Ben Bella fue derrocado por las tropas leales a Boumediene y el “Che” Guevara perdió, a unas escasas semanas de haber llegado al Congo, su santuario más importante en África. Hoy está claro que los soviéticos no fueron ajenos al ascenso al poder de Boumediene y, lo que es más importante aún, a la consolidación de ese poder una vez alcanzado. Uno de los pilares del poder de Boumediene fue su temida Seguridad Militar, un aparato “cuyos agentes fueron entrenados en los trucos sucios por la Stasi de la Alemania Oriental y por la KGB”.<sup>495</sup>

Los golpes de Estado siguieron sucediéndose con regularidad hasta que el argentino perdió todos sus santuarios en África. Fuera de ese continente su santuario más importante fue Cuba y ese también lo perdió cuando el 3 de octubre de 1965 Fidel Castro decidió hacer pública la carta de despedida que el “Che” le había dejado antes de salir de Cuba. Una misiva para ser utilizada en caso de muerte o captura

202  
y cuyo objetivo principal era deslindar al Estado cubano de las represalias internacionales que pudieran derivarse de sus aventuras por el mundo. La lectura de esa carta, que el remitente escuchó con asombro en una radio de onda corta allá en Zaire, fue peor que mil golpes de Estado en África. Para empezar, el hecho de que en ella renunciaba a su condición de cubano le quitó una buena parte de la fuerza moral que necesitaba para lograr que los hombres que había traído desde Cuba siguieran combatiendo. Ya para octubre de 1965 muchos de esos hombres tenían bien claro, y se lo habían hecho saber a su jefe, que aquello era un fracaso total, y que no tenía sentido seguir combatiendo por líderes que tomaban vino en las grandes ciudades de Europa y por combatientes que corrían despavoridos ante el primer disparo.

El otro golpe demoledor de esa carta tiene que ver con el hecho de que el “Che” Guevara fue uno de esos ideólogos que convierten los mitos en una parte esencial de sus egos. En su caso, para más complicaciones, un ingrediente importante del mito era él mismo. El “Che” era una quimera andante, una leyenda de sacrificio extremo exigido a sí mismo y a los demás. Un sueño de hombres dispuestos a morir por la causa o a gritarle “cobarde” a quien no se atreviera a hacerlo. Si a algo se dedicó el argentino durante sus años en Cuba fue a exigir sacrificios e inmolaciones y a escaldar moralmente a aquellos que no lo hicieran.

Los cubanos, un pueblo hedónico donde los hay, aguantaron aquello porque pensaban que el “Che” Guevara no le exigía a nadie algo que él no fuera capaz de exigirse a sí mismo. De esa forma, regresar a Cuba después de la lectura de la famosa carta era reconocer que no estuvo dispuesto a sacrificarse como antes les exigió a otros. Eso, sumado al ancestral carácter burlón cubano, y a la larga lengua de las mujeres de ese país, habría convertido su regreso público en una exposición a la risa y el escarnio. Eso nunca.

Las malas noticias siguieron acumulándose. Había muerto su madre, allá en la Argentina y, pocas semanas después de la lectura de la famosa carta, el gobierno de Tanzania le comunicó al embajador Pablo Ribalta que, en vista de los acuerdos tomados en la última cumbre de países africanos, el gobierno de Nyerere se veía obligado a retirar su ayuda a los rebeldes congoleños, y a solicitar la retirada del personal militar cubano en Tanzania.<sup>496</sup> Así perdió el argentino su tercer santuario, y de haber seguido luchando habría visto cómo el cuarto se deshacía antes sus ojos.

En el caso del Congo Francés el desenlace fue muy parecido al de Argelia: un patrón de desestabilización del precario equilibrio entre facciones mediante la absurda creación de milicias

populares. En Brazzaville se repitió, como una copia al carbón, lo que ya había sucedido en Argel. En ese caso, sin embargo, sí se puede demostrar la participación de cubanos muy relacionados con el aparato clandestino del Partido y con la Inteligencia soviética.

El golpe de Estado contra Ben Bella sucedió mientras el comandante Serguera viajaba hacia el Congo Francés para presentarle sus cartas credenciales al presidente de ese país, Alphonse Massemba-Débat. La idea original era que alternara entre las dos embajadas, pero después del derrocamiento del líder argelino “Papito” se mudó de forma permanente a Brazzaville. Una vez más, sus funciones serían diplomáticas y guerrilleras. Como parte de esas últimas debía coordinar la creación de una columna mixta de cubanos y africanos que, una vez culminada su preparación, cruzaría desde el Congo Francés hacia el Congo Belga para crear un frente guerrillero alterno al que ya dirigía el “Che” Guevara. La idea era dividir las fuerzas que luchaban contra el argentino; además de poner a punto otra fuente de ayuda exterior que, desde el Congo Francés, complementaría la que ya existía desde Tanzania. No era una idea descabellada. Era algo que podía funcionar siempre y cuando se respetara la regla de oro de la lucha de guerrillas: la estabilidad de los santuarios es sagrada. Pero no fue así.

203

En agosto de 1965, y como estaba planeado, llegaron a Brazzaville unos 80 militares cubanos. Junto con ellos llegó Jorge Risquet Valdés y todo cambió. Según las propias palabras del comandante Serguera, “en función de mi conocimiento de las *interioridades del proceso cubano y del papel que en ellas juegan algunas personas*, la presencia de este último [Risquet] en el Congo me sugirió la idea de que se había producido un cambio en el enfoque del tema africano, en La Habana”.<sup>497</sup> Según Risquet le contó a Piero Gleijeses, las instrucciones que Fidel Castro le dio fueron: “Ayudar al MPLA a hacer la guerra de guerrillas, defender el Congo... contra la agresión de Zaire, ayudar al gobierno congolés... a formar una milicia para fortalecer la capacidad del país de rechazar una agresión externa, mantener bajo control las claques militares reaccionarias y, si fuera necesario, *derrotar un golpe de estado de los militares*”.<sup>498</sup> Una receta equivalente a decirle a un futuro expedicionario del *Granma* que fuera a México a luchar contra el ejército mexicano para así poder ayudar a la preparación de la futura revolución cubana.

El resultado esperado de semejantes instrucciones llegó tarde, pero llegó. En el verano de 1966, ya con el “Che” Guevara fuera del Congo Belga, los militares congolese en Brazzaville, formados casi todos en las academias francesas, empezaron a ver con preocupación esa idea de crear milicias populares que estuvieran bajo el control directo del gobierno civil. La consecuencia fue un conato de golpe de Estado, un intento ocurrido mientras el presidente estaba de viaje. Los cubanos pudieron detener la intentona con tres o cuatro gritos y algunas ráfagas de ametralladoras. Cuando Massemba-Débat regresó de su viaje se sentó a negociar con el líder de los golpistas, el coronel Marien Ngouabi. Uno de los acuerdos de esas negociaciones fue que los cubanos salieran del Congo Francés. Si el “Che” Guevara hubiera seguido en Zaire habría perdido su cuarto santuario.

Ya no lo necesitaba, ya para esa fecha estaba en Praga escuchando a los Beatles y planeando su próxima aventura con una ingenuidad rayana en el patetismo. ¿Cómo es posible que usara como santuario a un país satélite de la URSS después de haberse llenado la boca diciendo que los soviéticos eran algo así como un nuevo imperialismo? ¿Cómo podía seguir sin percatarse de que ya estaba marcado para transmutar en bandera? Creo que una razón de esa ingenuidad fue haber sobresimplificado, hasta el absurdo, la historia del movimiento revolucionario cubano en general y del PCC en particular. De no haberlo hecho se habría percatado de que ya desde 1956 no hubo un solo momento de su vida en el que no estuvo rodeado por miembros del NCIS del PCC; o sea, por estalinistas acérrimos y prosoviéticos feroces. Sus aventuras africanas no fueron una excepción, en cualquiera de las etapas de sus deambulares por ese continente Guevara siempre tuvo cerca a hombres como Osmany Cienfuegos, Emilio Aragonés, Pablo Ribalta o Jorge Risquet, cuadros con una larga experiencia de trabajo conspirativo, con fuertes vínculos con la Inteligencia soviética y con una extraordinaria capacidad para pasar por bobos mientras pastoreaban egos ajenos. De nada de eso parece haberse dado cuenta Guevara.

Llevaba la premura de los avergonzados, pasó tres meses en Praga y regresó clandestino a La Habana. Estuvo tres meses en Cuba y durante ese tiempo lo convencieron de cuanta cosa dejó que lo convencieran. Empezaron por decirle que Bolivia era el lugar idóneo para su próxima guerrilla y que el Partido Comunista Boliviano estaba dispuesto a darle apoyo. Le aseguraron que Mario Monje, el secretario general de esa organización, se había comprometido personalmente a ayudarlo. Después le hicieron saber que uno de sus contactos más importantes en Bolivia sería Haydee Tamara Bunke, la famosa “Tania la Guerrillera”<sup>499</sup>. Una mujer con todas las características de ser una agente de Inteligencia alemana y/o soviética.

Tania nació en la Argentina el 19 de noviembre de 1937, de un padre alemán y una madre polaca.

Dos militantes comunistas que tuvieron que salir huyendo de Alemania cuando el fascismo tomó el poder. La hija creció en Buenos Aires y habló el español como lengua materna. En 1952 su familia se mudó a la República Democrática Alemana y Haydee inició su vida en un país comunista. Se destacó en los deportes, fue una buena estudiante y tuvo un talento especial para los idiomas: hablaba fluidamente español, alemán, ruso e inglés. Participó en varios festivales mundiales de la juventud y los estudiantes, y de esas participaciones datan sus primeros contactos con el PCC. En 1958 tuvo la delicada tarea de ser la traductora de Octavio “Cuco” Basilio, un joven comunista cubano al que fracturaron el cráneo durante una sesión de tortura y al que el PCC pudo sacar hacia Alemania para que lo operaran y le pusieran un implante de platino. Después del triunfo de la revolución fue la traductora de varias delegaciones cubanas que visitaron la RDA. Conoció a la bailarina Alicia Alonso y al “Che” Guevara; se deslumbró con el mito que menos bailaba y quiso ir a Cuba. Como era obligatorio para los habitantes de su país de adopción tuvo que ser autorizada por la Inteligencia alemana para viajar a La Habana. Lo fue y terminó siendo captada por la DGI cubana.

Mucho se ha hablado de la posible pertenencia de Tania a la Stasi o a la KGB. En ese sentido Dariel Alarcón Ramírez, también conocido como “Benigno”, uno de los hombres de confianza del “Che” Guevara y uno de los pocos sobrevivientes de la aventura boliviana, dice lo siguiente:

En lo que al KGB se refiere, de donde pudo surgir la confusión es de que, efectivamente, Tania tuvo contacto con un agente soviético en Moscú, tanto en el aeropuerto como en una casa operativa que la Contrainteligencia nuestra tenía en Moscú. *Ese hombre, Ángel, era español y después de la guerra civil fue a luchar a la Unión Soviética.*

Tania lo que hizo fue sobornarlo, utilizarlo para adquirir allí tanto documentos como facilidades para pasar cualquier cosa, o incluso cualquier persona, por el aeropuerto soviético, e informes sobre los conocimientos que tenían los soviéticos sobre Cuba. Para eso Tania le llevaba cajas de ron y de tabaco, también le daba plata; o sea, que de ninguna manera ella era agente del KGB, más bien lo que hizo fue penetrar al KGB.<sup>500</sup>

Ese pasaje del libro de “Benigno” podría ser muy revelador. Falta saber, por ejemplo, si ese Ángel es el mismo Francisco Ciutat de Miguel del que ya hemos hablado. De serlo, entonces la interpretación que da “Benigno” cambiaría radicalmente y por varias razones. La primera y más importante: no hay forma humana de que Tania pudiera manipular a un hombre como Ciutat; la segunda es que, de haber sido él, entonces lo que “Benigno” cuenta bien pudiera ser la cobertura, o leyenda, que la KGB le dio a Tania para que esta pudiera justificar ante su contraparte cubana sus lleva-y-trae con los soviéticos. Al final, falta información para saber con certeza. Lo que sí se puede asegurar es que esa penetración de ella en la KGB tiene todos los visos de ser una leyenda.

En cuanto a la Stasi, “Benigno” no descarta el reclutamiento de Tania cuando dice: “Como comunista que trabajaba en lo internacional, es lógico que estuviera relacionada con los servicios [de Inteligencia] de su país, Alemania Oriental, como yo era parte del Ministerio del Interior de Cuba. Yo siempre he visto al aparato de seguridad ocuparse de esos trabajos”.<sup>501</sup> Cualquiera que hayan sido las múltiples y encontradas lealtades de Haydee Tamara Bunke lo cierto es que al final decidió morir como Tania la Guerrillera.

No parece que esa hubiera sido la función para la que fue entrenada. Su trabajo estaba más relacionado con el apoyo ciudadano a la guerrilla y con el mantenimiento de las vías de comunicación. Al final, y en contra de lo que le aseguraron al argentino, las comunicaciones no funcionaron y Tania tuvo que encargarse de romper el cerco de silencio que una extraña mala suerte impuso alrededor de su admirado jefe. Eso le costó la vida. Ese cerco empezó mucho antes de llegar a Bolivia. Así lo reconoce

205

“Benigno” en sus memorias cuando dice que una buena parte del fracaso de la guerrilla boliviana tuvo que ver con el cambio, a última hora, de la región que había sido escogida como área de operaciones.

Según Benigno:

El primer lugar que se escogió fue uno que reunía todas las condiciones para la lucha armada, el Alto Beni... una zona con un campesino politizado y con vías de comunicación cercanas... En la nueva propuesta le llenaron los ojos con estar cerca de la Argentina... todo eso se lo explican al Che con mapas... para convencerlo... Lo que no le dijeron fue la escasez de agua en la zona, las características de esa selva tan bruta... Renán aparece en septiembre a remover el interés del Che... de pasar a la Argentina... Renán sí que estaba al corriente de la maldad... Renán es un hombre de la Contrainteligencia, ha sido guerrero, tiene experiencia de lucha, ha recorrido el mundo haciendo espionaje y contraespionaje... él va a ver al Che, haciéndose el mosquito muerta... así como sabe hacerlo, muy pausado, muy sereno; y así convence al Che.<sup>502</sup>

¿Quién es el tal Renán? Su verdadero nombre fue Renán Moleón, aunque también se le conoce como Renán Monleón, Renán Montero, Andrés Barahona López e Iván. Fue el hermano menor del comandante de la revolución, y miembro del Directorio Revolucionario, José “Pepe” Moleón. Fue, también, el tío de la escritora cubana Marlene Moleón.<sup>503</sup> De joven vivió en el reparto habanero de las Alturas de Belén, estudió medicina hasta 1957 y en su familia lo llamaban “Viro”. Hasta donde he podido comprobar, y a diferencia de su hermano, no participó en la lucha contra Fulgencio Batista. El comandante de la revolución nicaragüense Edén Pastora Gómez lo describe como hermano de uno de

los doce comandantes de Fidel Castro en la Sierra Maestra y como un hombre avergonzado por no haber luchado contra la tiranía. Vergüenza que decidió limpiar dedicándose a la revolución latinoamericana.<sup>504</sup> Parece ser verdad que Renán estuvo en Nicaragua en fecha tan temprana como junio de 1959. Así lo reconoce Aldo Díaz Lacayo cuando dice: “El Movimiento Revolucionario Sandino, formado por excombatientes de El Chaparral y de Raudales, además de nuevos combatientes, liderados por Edén Pastora Gómez y los hermanos Alejandro y Harold Martínez Sáenz. A este movimiento se integró por primera vez Renán Montero”.<sup>505</sup>

Moleón fue un experto en guerrillas malogradas. Después del fracaso en Nicaragua, que casi le cuesta la vida, volvió a aparecer en Salta en el año 1964. Tanto el hijo de Jorge Ricardo Masetti como “Benigno” ponen a Renán como un importante elemento de apoyo en el derrotado levantamiento guerrillero de Salta. Poco tiempo después, y para más agüeros malditos, volvió a aparecer Renán en La Paz, Bolivia, como el encargado del apoyo a la guerrilla del “Che” Guevara. Cuando “Manila” —que era el nombre clave de Cuba en las comunicaciones de Guevara— dejó de transmitir las informaciones esperadas, Renán y Tamara Bunke pasaron a ser el único vínculo confiable con el mundo exterior. Ante esa situación Renán, lejos de aumentar sus actividades en ayuda de la guerrilla, decidió irse a París y nunca más regresó. Su salida de Bolivia, junto con la de Mario Monje hacia Praga, equivalió a dejar al “Che” Guevara abandonado a su suerte.

Veinte años después, sin embargo, Renán estuvo muy implicado en el triunfo de la única guerrilla latinoamericana que pudo llegar al poder después de la cubana. Esa guerrilla, que llegaría a ser conocida como FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional), fue creada por Carlos Fonseca Amador, un hombre con el que Renán trabajó mucho y del que hoy ya se sabe que fue agente de la KGB. Cualquiera que hayan sido las fidelidades de Renán Moleón, lo cierto es que sus acciones en Bolivia, y su salida hacia París, fueron el equivalente de decirle al “Che” Guevara que tenía que arreglárselas por sí mismo. También es verdad, como bien señala el autor Jorge Castañeda, que Renán nunca habría tomado esa

206

decisión sin tener el visto bueno de La Habana, o sin haber pagado un alto precio personal por haber incumplido una orden, cosa que no sucedió.<sup>506</sup>

Renán no se fue, a Renán lo sacaron y su salida vino a culminar el largo proceso de transmutación del “Che” Guevara en el pasquín de camisetas que es hoy. Una operación que tomó mucho tiempo y con la que al final el argentino no quiso cooperar cuando decidió entregarse vivo. Ese fue un detalle embarazoso que el castrismo ocultó durante décadas. Una manchita en la bandera que obligó a declarar el 8 de octubre de 1967 como la fecha oficial de la supuesta caída en combate del Guerrillero Heroico. Se vieron obligados a marcar la efeméride luctuosa veinticuatro horas antes de la fecha, el 9 de octubre de 1967, en la que al argentino le dieron a probar de su propia medicina.

El viejo plan de la transmutación en bandera, o de ser útiles hasta después de muertos, funcionó con el “Che” Guevara, en 1967, tan bien como ya antes lo había hecho con Julio Antonio Mella en 1929. Las similitudes resaltan y explican la frase de mi padre que tanto hizo reír a Luis García Guitar. Mella y Guevara fueron irreverentes y levantaron sospechas dentro del PCC por no acogerse a los lineamientos de Moscú. Los dos tenían personalidades e imágenes mediáticas que contrastaban con la grisura de los estalinistas cubanos y soviéticos. Los dos fueron investidos con responsabilidades que estaban muy alejadas de sus capacidades personales. Mella era el líder natural de la juventud cubana de izquierda y fue nombrado secretario de Propaganda. Guevara era médico y lo pusieron a fusilar primero y a planificar la economía después. Los dos salieron de Cuba, recorrieron el mundo y visitaron la URSS. Los dos fueron utilizados como elementos de una propaganda antiimperialista feroz. Mella en el Congreso de Bruselas (en 1927) y el “Che” Guevara en cuanta reunión de jefes de Estado o de movimientos de liberación nacional se cruzó en su camino. Los dos tuvieron fuertes vínculos con líderes antiimperialistas que después fueron abandonados por los soviéticos. Mella con el tristemente célebre Willi Münzenberg y Guevara con Ahmed Ben Bella. Los dos conocieron y fueron evaluados por Fabio Grobart, Vittorio Vidali y Victorio Codovilla, tres connotados testaferros de la Inteligencia soviética en las Américas. Los dos fueron acusados de aventureros y de trotskistas. Los dos intentaron la lucha armada en Latinoamérica sin resultado alguno. Mella quiso organizar una expedición armada a Venezuela, junto con los hermanos Machado, y la llegada de Vittorio Vidali a México dio al traste con sus planes. El “Che” Guevara quiso hacer algo parecido en África y vio caer todos sus santuarios. Tanto Mella como Guevara siempre estuvieron rodeados, en cada uno de los viajes y aventuras en las que participaron, por miembros del aparato de Inteligencia del PCC. A los dos se les limitó la posibilidad de regresar a Cuba; a Mella, después del supuesto insulto a la bandera cubana, y al “Che” Guevara después de la lectura de su famosa carta de despedida. A los dos, casualmente, se les unieron mujeres sospechosas de haber tenido vínculos con la Inteligencia soviética. Tina Modotti en el caso de Mella y Tamara Bunke en el caso del “Che”. Los dos perdieron el apoyo de los partidos comunistas de los países en los que murieron. Mella fue expulsado del Partido Comunista Mexicano y Guevara terminó

enemistado y sin apoyo real del Partido Comunista Boliviano. Los dos fueron abandonados a su suerte. A Mella, a pesar de saberse que los esbirros de Machado lo buscaban para asesinarlo, lo dejaron sin protección alguna. A Guevara, a pesar de saberse que la CIA y los soldados bolivianos lo tenían cercado, “Manila” (Cuba) nunca respondió a sus mensajes ni le envió apoyo alguno. Los dos perdieron la vida frente al enemigo. Los dos fueron convertidos en banderas.

Esas similitudes entre caminos y destinos de figuras tan disímiles y separadas en el tiempo echan por tierra la idea de la genialidad maquiavélica de Fidel Castro. Lo reducen, como en realidad fue, al instrumento de un protocolo de neutralización que ya había sido probado con éxito muchos años antes. Esas similitudes ilustran, además, la profunda coherencia y continuidad que existe entre las historias del

207  
PCC y la de la revolución cubana. Una relación cuya ignorancia terminaría costándole la vida al “Che” Guevara.

No deja de ser tragicómico que un hombre que hizo de la crítica y de la autocrítica una razón de vida no hubiera sido capaz de hacerse las preguntas clave ante la acumulación de tantos fracasos. Ya hoy se sabe que después de las debacles de El Chaparral en Nicaragua, de Salta en la Argentina y del Congo en África, el “Che” Guevara sometió esas experiencias a un exigente proceso de análisis crítico. Un proceso guevarista que siempre conllevaba una alta dosis de culpables crucificados y autoflagelaciones. Esos análisis siempre empezaban inquiriendo por qué había fracasado la experiencia en cuestión. O, si se quiere, ¿por qué una receta probada en Cuba se negaba a dar, cuando era cocinada en otros lugares, los resultados apetecidos?

En ningún momento al “Che” Guevara se le ocurrió hacerse las preguntas adecuadas. La primera y la más importante no era ¿por qué habían fracasado las otras experiencias?, sino ¿por qué había funcionado la cubana? A partir de ahí podría haber sido capaz de averiguar si faltaba algún ingrediente clave en su famosa receta de guerrilla-triunfo-socialismo. Por último, y ya en un verdadero ejercicio de suspicacia intelectual, podría haber indagado por qué la receta cubana mostraba tantas guindas cuando salió del horno. Pero no, en lugar de eso, el Guerrillero Heroico decidió jugar a ser un superhombre, una especie de Tarzán que lanzaba sus gritos de guerra antiimperialista sin antes preguntarse, aunque fuera al vuelo, por qué en las películas de Johnny Weissmüller las lianas siempre estaban donde tenían que estar.

452. Entrevista concedida por Fabio Grobart al periodista Tad Szulc. Oficina de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Disponible en línea en: <[merrick.library.miami.edu](http://merrick.library.miami.edu)>, p. 25.

453. Guevara, Ernesto “Che”. *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 61.

454. Gleijeses, Piero. *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, The University of North Carolina Press, 2002, pp. 30-56.

455. Gleijeses, Piero. “Cuba’s First Venture in Africa: Algeria, 1961-1965” [La primera aventura de Cuba en África: Argelia, 1961-1965], *Journal of Latin American Studies*, vol. 28, Nº 1, febrero de 1996, pp. 159-195.

456. Pribbenow, Merle. “Vietnam Covertly Supplied Weapons to Revolutionaries in Algeria and Latin America”, Wilson Center, Cold War International History Project, 2 de noviembre de 2011. Disponible en línea en: <[www.wilsoncenter.org/publication/vietnam-covertly-supplied-weapons-to-revolutionaries-algeria-and-latinamerica](http://www.wilsoncenter.org/publication/vietnam-covertly-supplied-weapons-to-revolutionaries-algeria-and-latinamerica)>.

457. Latell, Brian. *Castro’s Secrets*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2012, p. 93.

458. Andrew y Mitrokhin. *The KGB and the World*, pp. 431-432.

459. Serguera Riverí, Jorge “Papito”. *Caminos del Che*, Plaza y Valdés Editores, 1997, p. 18.

460. *Ibidem*, p. 29.

461. Ver <[elecodeloslibres.blogspot.ca](http://elecodeloslibres.blogspot.ca)>.

462. Rodríguez García, Mercedes. “Un hombre que tuvo tres nombres”, *La tecla con café*. Disponible en línea en: <[lateclaconcafe.blogia.com](http://lateclaconcafe.blogia.com)>.

463. Serguera Riverí, Jorge “Papito”. *Op. cit.*, p. 55.

464. *Ibidem*, p. 48.

465. Ahmed Ben Bella (1916-2012). Político y revolucionario argelino. Miembro histórico y fundador del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia. Presidente del Consejo de Ministros entre 1962 y 1963. Presidente de la

208

República de Argelia entre 1963 y 1965. Derrocado en 1965 por un golpe de estado organizado por Houari Boumediene.

466. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Notas de la reunión de Nikita con Fidel Castro. Mayo 5 de 1963.

467. Yofre, Juan Bautista. *Fue Cuba*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2014, pp. 341-350.

468. Mencionado también como Eduardo González, “Layo”, en la página 120 de *Caminos del Che*, *op. cit.*

469. Serguera Riverí, Jorge “Papito”. *Op. cit.*, p. 146.

470. *Ibidem*, p. 154.

471. En una entrevista dada por “Papito”, que aparece en los anexos de su libro *Caminos del Che* (*op. cit.*), él expresa sus dudas respecto a si Efigenio llegó por avión o con el primer barco.

472. Serguera Riverí, Jorge “Papito”. *Op. cit.*, p. 151.

473. Estimado Especial de Inteligencia Nacional: Apoyo soviético al terrorismo internacional y a la violencia

revolucionaria, 1981, p. 23. Disponible en línea en:

<[www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC\\_0000272980.pdf](http://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0000272980.pdf)>.

474. Fawzy-Rossano, Didar. *Mémoire d'une militante communiste (1942-1990): du Caire à Alger, Paris et Genève. Lettres aux miens* [Memorias de una militante comunista (1942-1990): De El Cairo a Alger, París y Ginebra. Cartas a los míos], L'Harmattan, 1997.

475. *Ibidem*, p. 162.

476. *Ibidem*, p. 171.

477. Serguera Riverí, Jorge "Papito". *Op. cit.*, p. 157.

478. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Notas de la reunión de Flavio Bravo con Koslov y Suslov, 3 de marzo de 1961, Folio 3, Lista 65, Fichero 871.

479. APFR (Archivo del Presidente de la Federación Rusa). Informe de Mikoyan a Nikita, 17 de noviembre de 1962, Folio 3, Lista 65, Fichero 911, pp. 126-135.

480. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de O. Daroussenkov con el Ministro de Industrias Ernesto Guevara de la Serna, 20 de diciembre de 1963, Fondo 5, Opus 49, Delo 760, pp. 13-14.

481. Yofre, Juan Bautista. *Op. cit.*, p. 348. Del diario de A. I. Alexeiev. Ejemplar Secreto Nº 2, 29 de enero de 1964, Nº 37. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea], 25 de diciembre de 1963, Fondo 5, Opus 49, Delo 760. II, pp. 27-29.

482. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Mensaje de la embajada de La Habana a Moscú, 28 de enero de 1964, Cable Nº 47784. Fondo 5, Opus 49, Delo 655.

483. Referido en un memorándum de investigación. Departamento de Estado de los Estados Unidos, 17 de abril de 1964 (secreto), p. 10, NSF, Fichero de país, Cuba. vol. 1. Biblioteca presidencial de Lyndon Baines Johnson.

484. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de O. Daroussenkov con el Ministro de Industrias Ernesto Guevara, 29 de abril de 1964, Fondo 5, Opus 49, Delo 760, pp. 65-66.

485. Gilbert, Isidoro. *El oro de Moscú: Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2011, p. 529.

486. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de N. Belous con Fabio Grobart (secreto), 13 de mayo de 1964, Fondo 5, Opus 49, Delo 757, p. 72.

487. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de E. Pronsky con Anastasio Cruz Mansilla, 29 de mayo de 1964, Fondo 5, Opus 49, Delo 757, p. 121.

488. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de O. Daroussenkov con Emilio Aragonés (secreto), 4 de junio de 1964, Fondo 5, Opus 49, Delo 758, p. 153.

489. RGANI [Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea]. Memorándum de la conversación de E. Pronsky con Victorio Codovilla (secreto), 25 de noviembre de 1964, Fondo 5, Opus 49, Delo 758, p. 306.

490. Serguera Riverí, Jorge "Papito". *Op. cit.*, pp. 243-245, 247.

209

491. Discurso pronunciado por Ernesto "Che" Guevara en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, durante la Conferencia Afroasiática en Argelia. Disponible en línea en: <[www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/libros/presente/23.htm](http://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/libros/presente/23.htm)>.

492. Heikal, Mohamed. *The Cairo Documents*, Doubleday & Company, Nueva York, 1973, p. 349.

493. Archivos de la antigua RDA. Informe del embajador en La Habana a Stibi, 19 de mayo de 1965, SED, DY30 IVA 2/20/283, p. 5. Citado en Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, *op. cit.*, p. 104.

494. Serguera Riverí, Jorge "Papito". *Op. cit.*, p. 376.

495. Evans, Martin y John Phillips. *Algeria: Anger of the Dispossessed*, Yale University Press, New Haven, 2007, pp. 80-81.

496. Gleijeses, Piero. *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, *op. cit.*, p. 140.

497. Serguera Riverí, Jorge "Papito". *Op. cit.*, p. 318. El destacado es mío.

498. Gleijeses, Piero. *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, *op. cit.*, p. 311. El destacado es mío.

499. Ver página correspondiente de este libro.

500. Alarcón Ramírez, Dariel ("Benigno"). *Memorias de un soldado cubano*, Tusquet Editores, Barcelona, 1997, p. 107. El destacado es mío.

501. *Ibidem*, p. 173.

502. *Ibidem*.

503. Ver Marlene Moleón. "Un comandante en la isla de los pregones", *Eriginal Books*. Disponible en línea en: <[eriginalbooks.net](http://eriginalbooks.net)>.

504. Honey, Martha. *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*, University Press of Florida, Gainesville, 1994, p. 581.

505. Díaz Lacayo, Aldo. "El reencuentro con Sandino", *El Correo de Nicaragua*, Nº 16, junio-julio de 2001, p. 10.

506. Castañeda, Jorge G. *Compañero: The Life and Death of Che Guevara*, Vintage Book, Nueva York, 1997, p. 407.

210

## Capítulo XVI

### Razones de Angola

Después de la muerte del “Che” Guevara, al NCIS del PCC solo le quedó una arruga por repasar para que la guayabera del estalinismo cubano quedara bien almidonada. Ya para el otoño de 1967 habían pasado a la segunda página de la revolución cubana figuras como Camilo Cienfuegos, Huber Matos, Aníbal Escalante, Joaquín Ordoqui y Ernesto Guevara. Todos tuvieron en común la mala suerte de interponerse, de una forma u otra, a conciencia o sin querer, en los planes de Fabio Grobart y sus hombres. Mucho se ha intentado demostrar que esas muertes y *tronajes* fueron consecuencia de la maquiavélica genialidad de Fidel Castro. Algunas de ellas se presentan, también, como intentos del Líder Máximo de poner coto a las influencias de los comunistas, ya fuera porque empezaban a acumular demasiado poder o porque castigarlos era una forma de enviar mensajes de alerta y soberanía a Moscú. Esa supuesta genialidad de Fidel Castro descansa en una visión homogénea del PCC y parte de asumir que cualquier cosa que afectara a un comunista afectaba a todo el Partido. La realidad es que el PCC siempre fue una organización heterogénea y que la inmensa mayoría de esas muertes y *tronajes* ocurrieron de una forma, y en unos momentos, que indican que fueron Fabio y sus hombres quienes estuvieron detrás de ellas. Fidel Castro, lejos de haber sido el calculador siniestro que se pretende, solo fue un instrumento de maquinaciones ajenas.

Como ya se dijo en los capítulos anteriores, Camilo Cienfuegos desapareció días después de la primera entrevista de Fidel Castro con Alexander Alexéiev y del redundante nombramiento de Raúl Castro como ministro de las Fuerzas Armadas. La primera defenestración de Aníbal Escalante fue hecha con el beneplácito, y en buena medida ejecutada, por los mismos comunistas que supuestamente Castro quería desplazar del poder. La detención de Marcos Rodríguez en Praga, que fue el hecho que desencadenó el ulterior *tronaje* de Joaquín Ordoqui, ocurrió en un momento en el que las relaciones de Fidel Castro con la URSS, con los comunistas cubanos, y con el propio Ordoqui, estaban en plena luna de miel. Por último, cuando se analiza el proceso de conversión del “Che” Guevara en bandera es fácil detectar que en cada una de las etapas del mismo estuvieron presentes los miembros del NCIS del PCC; además de que ese proceso comparte una enorme cantidad de similitudes con el que sufrió Julio Antonio Mella entre 1926 y 1929.

El repaso de la última arruga se inició el 8 de octubre de 1967, mientras el “Che” Guevara se rendía en Bolivia y empezaban en La Habana las detenciones de los comunistas cubanos que poco después serían enjuiciados en el llamado proceso de la Microfracción, otro de los tantos “nombres reduccionistas” —como *gusanos*, *grupúsculos* o *escorias*— que el castrismo se inventaba para designar a sus opositores mientras los minimizaba. En esa cacería de brujas fueron incluidos mis padres, y a partir de ahí la vida de mi familia nunca dejó de estar vigilada.

Como cabría esperar, la Microfracción también forma parte de la larga lista de supuestas maquinaciones geniales de Fidel Castro. La pura verdad, por mucho que a algunos les cueste creerlo, es que ese proceso fue concebido y ejecutado por el NCIS del PCC. Eso es algo que puedo asegurar sin temor a equivocarme. De todos los temas tratados en este libro, es el de la Microfracción el que más me

211

toca en lo personal y del que más cerca estuve por razones familiares. Mi padre me lo dijo varias veces y sin darle gran importancia: aquello fue cosa de los comunistas contra los comunistas. En cada una de esas conversaciones siempre me llamó mucho la atención una ausencia absoluta de resentimientos, culpas o quejas.

Una vez le pregunté por qué, y su primera respuesta fue irónica. Me dijo que su *tronaje* era parte de la mala suerte que los *Antonios* tenían en la historia de Cuba. Después hizo un recuento rápido: “Pepe” Antonio, Antonio Maceo, Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras, Antonio Blanco Rico, Antonio “Ñico” López, José Antonio Echeverría, etc. Al final, completó la lista asegurando que para llamarse César Antonio no le había ido tan mal. Insistí en una explicación más seria y la que me dio fue muy simple: él había hecho lo que le tocaba hacer, y Fidel Castro y Raúl Castro habían hecho lo que les tocaba hacer. No había razón alguna para molestarse por algo que había salido según lo calculado. Recuerdo que se echó a reír cuando le respondí que podían haberlo fusilado. Después me explicó que si algo había sabido hacer Fidel Castro, durante toda su vida, era no pasarse de ciertos límites. Para demostrarlo me dio un dato que hasta ahora no he podido refutar: Fidel Castro nunca fusiló a un viejo comunista. Les quitó poder, los metió presos, los acusó de ser traidores y los escaldó en público, pero nunca los fusiló. Esa siempre fue —a partir de los acuerdos de Cojimar, en 1959— una potestad única del NCIS del PCC. Saqué a colación el nombre de Marcos Rodríguez y mi padre lo tomó como una confirmación de la regla: “A Marquitos lo mató el Partido”, me dijo.

Para octubre de 1967 la simbiosis entre el NCIS del PCC y el castrismo era completa y evidente. Ya en ese momento los comunistas fieles a Fabio Grobart y a los estalinistas de Moscú estaban posicionados en todas y cada una de las áreas esenciales del poder castrista. Raúl Castro, Flavio Bravo, Ramón Nicolau y sus asesores hispano-soviéticos controlaban el ejército. José Abrantes, Manuel

Piñero, Víctor Pina y Fabián Escalante estaban muy bien ubicados dentro de la Inteligencia castrista. Isidoro Malmierca acababa de dejar la dirección de la Seguridad del Estado para pasar a dirigir el periódico *Granma*. Florentino Aspillaga (padre) y Mario Morales Mesa estaban a cargo de la seguridad personal de Fidel Castro. Joel Domenech había heredado la plaza vacante del “Che” Guevara en el Ministerio de Industria, mientras que Manuel Luzardo dirigía el Ministerio de Comercio Interior. En los Comités de Defensa de la Revolución (CDRs) estaba Luis González Marturel como coordinador nacional, y de segunda al mando tenía a María Teresa Malmierca, la hermana de Isidoro. Las Escuelas de Formación de Cuadros estaban bajo la dirección de Raúl Valdés Vivó y Jorge Risquet. Las religiones estaban controladas por Luis Felipe Carneado y la televisión estuvo, hasta noviembre de 1966, bajo la dirección de Marcos Behemarás. El cine era el reino de Alfredo Guevara, y el presidente de la República era Osvaldo Dorticós Torrado. El jefe de las Milicias Nacionales Revolucionarias había sido, hasta poco antes, Emilio Aragonés.

Donde quiera que se mirara, con conocimientos de quién era quién y de cuáles eran las relaciones entre los quienes, era posible vislumbrar que un grupo relativamente pequeño de viejos comunistas ya estaba posicionado en esas áreas del poder que permiten retar al poder. Al mismo tiempo, cuando se analiza la historia personal de esos viejos comunistas es fácil reconocer que muchos eran hombres del aparato de Inteligencia del Partido, que la mayoría habían sido entrenados en las escuelas soviéticas y que no pocos se habían relacionado con Fidel Castro cuando este era un don nadie en la Universidad de La Habana.

Ese es el contexto de la Microfracción. Un estado de opiniones que no fue, para nada, una conspiración. La razón es evidente: muchos de los comunistas implicados en ella habían participado, a partir de 1959, en el cierre de los espacios de libertad que hacen posible retar al poder. Después de eso

212  
habría sido cosa de locos creer que podían derrocar a Fidel Castro. La Microfracción fue un coro de opiniones críticas e irreverentes que adoptaron un carácter sistemático a partir del regreso de Aníbal Escalante de la Unión Soviética. Eran diatribas que iban desde la crítica a las barbaridades sociales y económicas del castrismo hasta las quejas por el supuesto alejamiento de la URSS; todo eso pasando por las tonterías del “Che” Guevara, por la imaginada persecución de los viejos comunistas, por el error de haber defenestrado a Aníbal Escalante y por la afrenta de haber premiado con cargos de segunda línea a viejos y reconocidos anticomunistas.

A lo que más aspiró la Microfracción fue a intentar convencer a los soviéticos para que ejercieran algún tipo de presión económica que obligara al castrismo a cambiar un rumbo que ellos consideraban errado. Una intención patética cuando se recuerda que en ese momento el embajador de la URSS en Cuba era Alexander Alexéiev, un hombre estrechamente vinculado al NCIS del PCC y a la vieja guardia estalinista de Moscú. Si algo queda claro a partir del famoso informe de Raúl Castro, leído el 24 de enero de 1968, es que Alexéiev nunca les dio bola a los llamados “microfraccionarios”.<sup>507</sup> Con eso bastaba y sobraba para que estuvieran condenados al fracaso.

Los microfraccionarios pensaban que la revolución cubana se estaba alejando de la URSS, que los acuerdos comerciales con varios países europeos capitalistas (con Francia a la cabeza) así lo indicaban, y que el nombramiento como ministros de segunda línea de supuestos anticomunistas como Faure Chomón, Raúl Roa, Armando Hart y José Llanusa eran indicativos de que Fidel Castro todavía sangraba por la herida de la Crisis de los Misiles y había decidido alejarse de la vieja guardia del PCC. La mayoría de esos disidentes veía a aquellos comunistas que todavía formaban parte del castrismo como oportunistas que habían traicionado al Partido a cambio de puestos y prebendas. Entre los militantes que eran blanco de esos desprecios estaban, según las propias palabras de Raúl Castro en su famoso informe, nada más y nada menos que Isidoro Malmierca, Joel Domenech, Jorge Risquet, Blas Roca, Lionel Soto y otros de la misma camada.

Ignoraban muchísimas cosas aquellos disidentes. Desconocían el carácter esencialmente heterogéneo de la organización a la que pertenecían. Ignoraban, en virtud de la alta compartimentación que caracterizaba al PCC, los viejos y estrechos vínculos del NCIS con los hermanos Castro. No podían imaginar que, dado el carácter esencialmente abierto de la Microfracción —y dada la vieja práctica del PCC de penetrar cuanto grupo, partido u organización existiera en Cuba—, esta hubiera nacido penetrada por los hombres de Fabio Grobart.

A los llamados microfraccionarios nunca les fue posible saber que en marzo de 1959 Raúl Castro había recibido en Cuba a un representante de la Inteligencia soviética, y que ya desde octubre de ese año Fidel Castro había partido el pan o, como decimos en Cuba, cortado el bacalao, con Alexander Alexéiev. Todos esos supuestos complotados ignoraban la visita de Flavio Bravo a Moscú en febrero de 1959, y el hecho de que hombres como Osvaldo Dorticós y Emilio Aragonés eran miembros secretos del Partido y que este último había visitado México, a inicios de 1960, para hacerle saber a Nikolai Leonov que los anticomunistas Faustino Pérez y Marcelo Fernández ya estaban marcados para salir de

la alta jerarquía de la revolución. A partir de ahí es fácil entender que desconocieran los papeles jugados por cuadros como Flavio Bravo, Lionel Soto, Alfredo Guevara, Jorge Risquet o Joel Domenech en los orígenes del castrismo.

Igual, esos supuestos complotados no podían vislumbrar —dado el carácter heterogéneo y altamente compartimentado que el castrismo heredó del NCIS— que una buena parte de los supuestos exabruptos de Fidel Castro contra Moscú eran para el graderío. Habrían enmudecido de asombro esos viejos comunistas si hubieran descubierto, como hoy se sabe a partir de los archivos liberados en Berlín, Praga

213 y Moscú, que esos años que mediaron entre 1962 y 1968, en los que Fidel Castro rara vez dejó pasar una oportunidad para deslindarse en público de la URSS, se caracterizaron por un marcado incremento de la cooperación de Cuba con la URSS, y los países del campo socialista, en materias de asesoramiento militar, trabajo de Inteligencia y ayuda al llamado movimiento revolucionario internacional.

En el libro *Fue Cuba*, del escritor y periodista argentino Juan Bautista Yofre, se desmonta fecha a fecha y dato a dato una buena parte de los cuentos de hadas que el castrismo se gastaba en aquellos años. Apoyado en los archivos de la antigua Inteligencia checa, Yofre reconstruye la participación checo-cubana y, por carácter transitivo, soviética, en cuanto guerrilla supuestamente autóctona floreció en Latinoamérica entre 1962 y 1968. Durante esa época era raro el discurso de Fidel Castro que no llevara una crítica a la Unión Soviética. Esos fueron los años de la reafirmación, con dedos enhiestos y gritos de actor, del camino independiente de la revolución cubana y del compromiso inquebrantable del pueblo cubano para con los revolucionarios latinoamericanos.

Hoy los archivos demuestran que mientras Fidel Castro formaba sus aspavientos, los soviéticos autorizaban a los checos para que todas esas tonterías de la revolución mundial, el *foquismo*, las guerrillas a la carta y el socialismo de abracadabra, se orquestaran desde Praga y bajo un asesoramiento y un apoyo logístico que al final solo garantizaron el más rotundo de los fracasos. Los microfraccionarios ignoraban todo eso. A mi padre le llevó mucho tiempo armar una pequeña parte de aquel rompecabezas. Es verdad que le faltaron muchos de los datos hoy disponibles, pero a pesar de eso sí fue capaz de descubrir que aquello había sido un asunto entre comunistas y que a fin de cuentas los supuestos complotados le rindieron al Partido —la mayoría de ellos sin sospecharlo— el último de sus servicios.

La Microfracción fue un regalo para el NCIS del PCC. Por un lado, les hizo creer a los estadounidenses y a los chinos que había fisuras entre el castrismo y los comunistas cubanos; por otro, les hizo creer a muchos miembros de la burocracia soviética —aquellos que no estaban al tanto de las viejas y estrechas relaciones del castrismo con el PCC— que con Fidel Castro había que hilar bien fino. La Microfracción sirvió, además, para hacerles creer a muchos militantes de izquierda, tanto dentro como fuera de Cuba, que la revolución cubana era única en su búsqueda de caminos propios y soberanos; por último, ese supuesto complot fue el instrumento perfecto para deshacerse de una enorme cantidad de viejos comunistas, o sea, de esa masa de militantes que habían perdido su utilidad y entorpecían la deriva de la revolución cubana hacia el estalinismo más duro y puro.

El castrismo suele regodearse con el manido argumento de los *tronajes* y golpes demoledores que Fidel Castro le habría propinado al PCC. Los defensores de esa variante del castro-centrismo olvidan, por ingenuidad o conveniencia, un grupo de hechos importantes:

1. Antes de que Fidel Castro existiera ya el comunismo era la principal causa de muerte de los comunistas.
2. El golpe más demoledor que pudo haber recibido el PCC después del triunfo de la revolución cubana se lo propinó el PCC a sí mismo cuando a solo unos meses del 1 de enero de 1959, y en una decisión única en la historia del comunismo internacional, decidió autodisolverse.
3. En la revolución cubana coexistieron varios procesos “depuratorios”. Fidel Castro, por su lado, se deshizo física o políticamente de muchos de sus secuaces, así como de los antiguos miembros del Directorio. Mientras eso sucedía el PCC, algunas veces por su cuenta y otras con la ayuda del propio Fidel Castro, hizo lo mismo con una gran cantidad de sus militantes y dirigentes.
4. Los hechos demuestran que ninguno de esos supuestos golpes demoledores de Fidel Castro al

214

PCC comprometió la estrategia central del viejo Partido. De todos esos golpes el NCIS salió fortalecido en sus dos objetivos principales: insertarse dentro de la revolución cubana y lograr que esta se insertara dentro de la URSS y el campo socialista.

Una prueba de lo anterior fue la, para muchos, inesperada alineación de Fidel Castro con la URSS durante los sucesos de la Primavera de Praga. Unas semanas antes de la invasión soviética a Checoslovaquia, la prensa cubana había publicado el informe de Raúl Castro sobre la Microfracción. En ese documento, el hermano menor reportó la conversación grabada por la Seguridad del Estado castrista

—utilizando, por cierto, tecnología checa y alemana oriental— entre Ricardo Bofill Pagés y el soviético Rudolf P. Shiliapnikov. En esa conversación, el representante de Moscú en La Habana explicó por qué no era tan difícil meter a los Castro en el redil. Riéndose dijo: “Mira, nosotros solamente tenemos que decirle al gobierno cubano: en el puerto de Bakú se va a hacer una reparación de tres semanas y ya con eso basta”.<sup>508</sup> Se refería al hecho de que por el puerto de Bakú salía el petróleo que la URSS le enviaba a Cuba.

Ante ese chantaje evidente el castrismo bien pudo haber guardado las apariencias y callar, al menos, su opinión sobre el aplastamiento soviético de la Primavera de Praga. En vez de eso, Fidel Castro decidió presentarse ante las cámaras de la televisión para dar su apoyo incondicional a la invasión soviética a Checoslovaquia. Muchos interpretaron ese discurso como la claudicación final de un líder otrora viril. La pura realidad es que ese alineamiento era lo que tocaba y ya estaba codificado en el genoma del castrismo desde su surgimiento. Fue a partir de ese momento que el castrismo retornó a su cauce natural. Fue a partir de la Microfracción que Fabio Grobart y sus hombres retomaron, al fin, el control absoluto del comunismo cubano y pudieron empezar a trabajar, sin interrupciones, en sus tres objetivos principales: el endiosamiento de Fidel Castro y la estalinización de Cuba, la inserción estable e irreversible de Cuba dentro del campo socialista y la defensa del castrismo —a través del trabajo de Inteligencia, de la propaganda y de la llamada solidaridad— ante su enemigo principal: los Estados Unidos.

De todos esos objetivos el más difícil de alcanzar era el segundo. Dada la personalidad volátil de Fidel Castro, el recuerdo humillante de la Crisis de los Misiles, los deseos del Líder Máximo de sobreproyectarse a nivel internacional y los cantos de sirenas de chinos y europeos, era posible pensar que solo una dependencia económica absoluta de la URSS, y del campo socialista, garantizaría la inserción irreversible de Cuba dentro de ese bloque. Esa inserción pasaba, entonces, por algo más que los acuerdos militares y la imaginada protección nuclear, pasaba por el empobrecimiento del país y la conversión del mismo en un cliente mantenido.

Ese fue el punto de mayor divergencia entre los microfraccionarios y el NCIS del PCC. Muchos de los supuestos complotados defendieron, al menos sobre el papel, dos aspectos fundamentales de la teoría marxista-leninista. Uno era que solo el desarrollo de las fuerzas productivas garantizaría el paso hacia el comunismo. El otro, que estaba en perfecta sincronía con el anterior, era que la ley fundamental de la economía política del socialismo se definía como *la satisfacción de las necesidades cada vez más crecientes de la población*. Para los microfraccionarios Cuba tenía que crecer económicamente o el sueño de la revolución fracasaría sin remedio. Ese crecimiento tenía que suceder a cualquier costo, incluso utilizando, aunque fuera de manera transitoria, los mecanismos mercantiles y de retribución capitalistas.

Para los estalinistas del NCIS una Cuba próspera era muy peligrosa. Esa prosperidad generaría una independencia política que podría, a su vez, disminuir la posibilidad de una dependencia sólida y

215

perdurable de la URSS y del campo socialista. Al mismo tiempo, la teoría leninista enseña que las revoluciones ocurren dentro de una franja muy estrecha de la prosperidad. Cuando hay mucha riqueza el pueblo piensa poco en protestar, y cuando hay mucha pobreza la gente está tan preocupada en sobrevivir que no alcanza a rebelarse. Ese peligro explica, entre otras cosas, por qué en la Cuba de los Castro todo atisbo de prosperidad fue siempre efímero. Los estalinistas del NCIS nunca tuvieron interés alguno en el bienestar real de los cubanos; todo lo contrario, siempre encontraron mucho mejor que la cornucopia estuviera en las páginas de los periódicos y no en la realidad de la vida. Su objetivo siempre fue empobrecer al país y tener al pueblo colgado de sus necesidades. Lo interesante del asunto es que para alcanzarlo solo tuvieron que dedicarse —como hicieron antes con las tonterías económicas del “Che” Guevara— a estimular, apoyar y aplaudir, las locuras productivas que Fidel Castro se gastaba.

Haría falta otro libro para describir los hilarantes y mesiánicos experimentos productivos de Fidel Castro. De todas esas infructuosas payasadas la más devastadora para la economía cubana fue la mal llamada “Zafra de los Diez Millones”. Ya desde el año 1966 estaba claro que la producción de azúcar de caña cubana no era lo suficientemente alta como para cubrir los compromisos contraídos en los tratados comerciales con la Unión Soviética. La baja productividad de los campos cubanos, la baja eficiencia de molienda de los centrales azucareros, y la falta de interés de los trabajadores trajeron como consecuencia una producción de azúcar que estaba muy lejos de las necesidades del país. Ante ese cuadro a Fidel Castro se le ocurrió la genial idea de utilizar todos los recursos agrícolas, humanos e industriales disponibles para intentar producir 10 millones de toneladas de azúcar. Con esa producción, calculaba el Comandante, sería posible ponerse al día en la balanza comercial con la URSS.

Esa idea, que ya estaba dando vueltas dentro de los planes económicos del castrismo desde años antes, fue también una de las tantas divergencias entre los microfraccionarios y el NCIS del PCC. Así, en su informe Raúl Castro cita uno de los tantos documentos escritos por los supuestos complotados en

el que se puede leer lo siguiente: “Sobre la perspectiva de que en el 70 se logre una zafra de diez millones es muy lejana, ya que las medidas para incrementar la capacidad instalada industrialmente no se practican con el ritmo conveniente hacia ese fin”.<sup>509</sup> Detrás de esa frase estaba la idea de que la posibilidad de producir 10 millones de toneladas de azúcar había sido calculada a partir de una eficiencia de molienda de los centrales azucareros que era teóricamente imposible. La única forma de llegar a esa cifra era aumentando el número de centrales, cosa que no se estaba haciendo.

Como era habitual, no hubo forma humana de hacerle ver a Fidel Castro que la segunda ley de la termodinámica impone una limitación insalvable en la Norma Potencial de Molienda de los centrales azucareros. El Líder Máximo hizo oídos sordos a los criterios científicos y aquello se convirtió en una orgía de voluntarismo mesiánico. El año 1970 fue nombrado oficialmente *Año de los Diez Millones*. Los sembrados de arroz, que habían hecho posible que Cuba casi se autoabasteciera de ese importante producto de la canasta básica, fueron desmontados y sustituidos por caña de azúcar. Cientos de miles de cubanos fueron convertidos en macheteros y los centrales azucareros molieron hasta el agotamiento industrial. En la televisión cubana transmitían todos los días los resultados de la producción y de las emulaciones entre las distintas brigadas de macheteros. Cada vez que terminaba un programa televisivo salía en pantalla un animado de propaganda en el que un personaje repulsivo, llamado *El Escéptico*, se burlaba de la sagrada zafra y decía que sería un fracaso. Hablaba y hablaba *El Escéptico* hasta que un toro viril y revolucionario lo pateaba bien lejos. “Los Diez Millones Van”, repetían los locutores como papagayos, y de que van, van. Y así surgió el nombre de un famoso grupo de salseros que todavía hoy se llama Los Van Van.

En mi casa, como buenos escépticos que éramos, nadie creía en aquella tontería. Yo era muy

216

pequeño, tenía apenas seis años, pero los amigos de la familia recuerdan que cuando tocaban a la puerta yo les abría y sin que me preguntaran les decía: “No van”. La boca en mohín, las cejas levantadas y la cabeza negando: “No van”. Y al final no fueron. De diez millones, ni hablar, y eso a pesar de miles de cubanos movilizadas en campamentos agrícolas durante tres meses, a pesar de los campos de caña alumbrados artificialmente para que los macheteros cortaran de noche, de pianistas y cirujanos con las manos llagadas y de miles de mujeres que dejaron de amamantar a sus hijos para ir a los trabajos voluntarios. Con las cifras infladas por la propaganda y la necesidad solo se produjeron alrededor de 7,5 toneladas métricas de azúcar, una zafra ligeramente mayor a la lograda, sin tanta ridiculez, en 1952.<sup>510</sup> Para el NCIS del PCC el objetivo se había cumplido. A partir de la famosa Zafra de los Diez Millones Cuba pasó a ser un país completamente dependiente de la URSS y del campo socialista. No es casual entonces que esos hombres del NCIS del PCC se hubieran dedicado, con verdadero entusiasmo, a apoyar los dementes planes económicos del “Che” Guevara y de Fidel Castro. Para esos comunistas, “bienestar” era una mala palabra que en 1970 lograron sacar del diccionario de los cubanos. Los soviéticos, por su lado, dieron el paso que de ellos se esperaba y extendieron los acuerdos comerciales, que caducaban en 1970, hasta 1975. O sea, le dieron carácter oficial a la manutención de Cuba, un país que nunca se recuperó, todavía no lo ha hecho, del efecto devastador de la Zafra de los Diez Millones. Para entender esa recuperación imposible hay que ir un poco más allá del esfuerzo que significó esa zafra y del descalabro en el que sumió a otros renglones de la economía cubana. Un mal año lo tiene cualquiera, y de un año catastrófico es posible recuperarse siempre y cuando se cuente con la visión adecuada. El problema del año 1970 en Cuba no fue poner todas las esperanzas del país en el azúcar de caña. El error no fue volver a apostarle al monocultivo y a la monoexportación para salir del marasmo económico. La verdadera pifia, tan garrafal y grandiosa como el propio Fidel Castro, fue no darse cuenta de que los días del azúcar de caña como fuente de riqueza estaban contados.

En el año 1966 un científico japonés publicó un artículo en el que reclamaba haber logrado la conversión del azúcar D-glucosa en D-fructosa mediante la utilización de una enzima sintetizada por una bacteria del género de los estreptomicetos.<sup>511</sup> Para los no iniciados eso parece estar escrito en jeroglíficos; para los químicos del azúcar, sin embargo, esa noticia abría la posibilidad de cumplir un viejo sueño: producir un edulcorante a partir de la harina de maíz. Y así fue, y en unos pocos años se empezó a producir, a un costo competitivo, el hoy famoso Sirope de Maíz con Alto Contenido de Fructuosa (HFCS por sus siglas en inglés), el edulcorante que eventualmente sustituiría al azúcar de caña en una buena parte de los productos azucarados de este mundo.

Esa sustitución, a su vez, le debió mucho a la decisión tomada por Roberto Goizueta, un exiliado cubano que a la sazón era el vicepresidente de Investigación Técnica y Desarrollo de la Coca-Cola. Goizueta cambió la famosa fórmula secreta del refresco, sustituyó el azúcar de caña por el HFCS y con esa decisión le dio una ventaja financiera tan grande a la Coca-Cola que al resto de la industria no le quedó más remedio que imitar o perecer. A partir de ese momento los precios del azúcar de caña empezaron a caer para nunca más recuperarse.

Fue ese cuadro tan oscuro el que hizo que en 1970 se hablara por primera vez en mi casa de la

posibilidad de que Cuba terminara siendo un instrumento militar de la geopolítica soviética. Yo era muy pequeño para recordarlo, pero mi hermana era mayor y tenía como uno de sus pasatiempos favoritos el recordar las predicciones que mi padre hacía a cada rato. Uno de esos augurios fue decir que Cuba terminaría enviando tropas al África. Yo, por mi parte, pude comprobar después que mi hermana no había imaginado esa predicción de mi padre. Lo supe cuando terminé mis estudios primarios, en el año 1974.

217

Soy parte de eso que en Cuba se conoce como el boom demográfico de 1963. Cuando mi generación arribó a la edad de los estudios secundarios el castrismo se percató de que no existían plazas en los preuniversitarios, ni en las universidades, para darle cabida a la gran masa de graduados que se esperaba. Como consecuencia de eso el mío fue el primer grupo de estudiantes secundarios que fueron seleccionados para ir al preuniversitario, mediante el llamado escalafón de rendimiento académico. En septiembre de 1975, desde el primer día del séptimo grado, nos empezaron a decir que existía la posibilidad de que al graduarnos de secundaria solo pasaran al preuniversitario los que mejor escalafón tuvieran.

La trampa era que los cubanos son elegibles para ir a Servicio Militar Obligatorio a partir de los 16 años. De esa forma, muchos de los que no lograron ir al preuniversitario terminarían, dos años después de finalizar la secundaria, en el ejército. Recuerdo que en algún momento le comenté eso a mi padre y la respuesta que me dio fue: “No te preocupes, en el ejército se forman hombres, a lo mejor vas y terminas de tanquista en una guerra en África”. De más está decir que esa frase hizo que yo empezara a prestarle más atención a los estudios y me confirmó, además, que en 1970 mi hermana había escuchado muy bien. Unos meses después Fidel Castro anunció que Cuba había decidido enviar tropas a Angola. El tiempo pasó, terminé la secundaria, fui al preuniversitario y al finalizarlo pude, también por el anunciado escalafón, matricular en la Escuela de Medicina. Había escapado del ejército y estaba en condiciones, por la edad que ya tenía y por lo que ya había leído, de preguntarle a mi padre el origen de aquella predicción que había hecho años antes. Me miró extrañado de que yo la recordara. Después me explicó.

Desde que finalizó el XX Congreso del PCUS estuvo claro que China y la URSS colisionarían en la arena ideológica del comunismo internacional. Mao Zedong era un estalinista de pura cepa que además estaba convencido de ser el heredero natural de Stalin en el liderazgo del movimiento revolucionario a escala mundial. Nikita, por su lado, sabía de la pata que cojeaba Mao, pero también sabía que una buena parte del triunfo de la revolución china, y de las absurdas doctrinas revolucionarias que se habían derivado de ese triunfo, se debían a la enorme ayuda que los soviéticos le habían dado a Mao Zedong. Ayuda que este insistía en ignorar con una amnesia muy selectiva.

Hasta ahí la sangre no llegaba al río, hasta ahí el conflicto era teórico y estaba hecho de palabras. El asunto empezó a complicarse cuando tanto los chinos como los soviéticos empezaron a convertir las palabras en acciones. En 1963 mi padre había estado en Argelia y pudo constatar la enorme influencia que los chinos ya tenían en África. Por esa época también había visitado China y pudo conocer, de primera mano, algo del pensamiento geopolítico de Mao Zedong. Durante el breve encuentro que el líder chino tuvo con la delegación de jóvenes comunistas cubanos, mi padre alcanzó a preguntarle qué podría hacer China en caso de una invasión estadounidense a Cuba. La respuesta de Mao fue, en esencia, que Cuba estaba muy lejos de China, pero Taiwán estaba bien cerca.

Según mi padre, Mao cometió el error de convertir el antiestalinismo de Nikita en un insulto personal y el soviético cometió el error de convertir los insultos de Mao, contra él y contra la URSS, en una mala decisión geopolítica. Si los soviéticos hubieran actuado con más paciencia muchas cosas habrían sido diferentes, pero en vez de hacer eso decidieron retirar a todos sus asesores de China y, lo que fue peor, cerrar poco a poco el grifo de los hidrocarburos que la URSS le enviaba a ese país. A partir de ese punto mi padre se soltó con la trovada marxista de que un país en fase agraria no puede empezar a construir el comunismo antes de pasar a la fase industrial de su desarrollo, un salto cualitativo que requiere de mucha, muchísima, energía.

La pregunta era, ¿si yo estuviera en el lugar de los estadounidenses qué haría frente a todo ese

218

desaguisado? La respuesta era obvia: si se abría un cisma entre chinos y soviéticos lo inteligente era meter una cuña entre ambos hasta lograr que la separación se convirtiera en una ruptura irreversible. Solo una miopía política extrema les impediría a los estadounidenses ver esa jugada. Al final, cuando Richard Nixon visitó China, en 1972, mi padre tomó la noticia con su humor habitual y como una prueba de que, después de todo, los yanquis no eran tan bobos como parecían.

A partir de 1970 mi padre vio muy mal la situación económica de Cuba. El país había quedado literalmente arruinado. Las reservas de moneda convertible estaban vacías y al azúcar de caña no le quedaban más de diez años como fuente de riqueza. Para sobrevivir había que diversificar la economía;

algo que a su vez conllevaba grandes gastos en unas divisas que Cuba no tenía. Las únicas formas de solucionar esa contradicción insalvable, sin abandonar los sagrados principios del comunismo, eran endeudarse hasta el cuello con la banca capitalista y rapiñar, después, cuanto divisa fuera posible para pagar esas deudas o sus intereses. Ahí empezó una cuenta sobre los millones de toneladas de petróleo que Cuba recibía de la URSS, sobre las necesidades reales que tenía el país de ese combustible, sobre la carestía que enfrentaban los cubanos en materia de energía y sobre el hecho de que el país estaba consumiendo mucho menos petróleo del que les estaba declarando a los soviéticos como necesario. Una vez que todas las reservas estuvieran llenas, ¿dónde se estaba metiendo la diferencia entre el petróleo que llegaba y el que se gastaba? La respuesta lógica era que se estaba revendiendo en el mercado internacional para rapiñar divisas.

Ya hoy está comprobado que entre 1969 y 1975 Cuba cuadruplicó su deuda externa con la banca internacional.<sup>512</sup> Ese fue el inicio de una espiral de endeudamiento que llevaría, a partir de la llegada de la Perestroika en la URSS, a la suspensión del pago de la deuda externa cubana. Hoy también se sabe, a pesar de que el gobierno cubano escondió las cifras durante mucho tiempo, que desde el inicio de los años 70 el castrismo se dedicó a revender en el mercado internacional cantidades cada vez más crecientes del petróleo soviético y de sus derivados.<sup>513</sup> Ese fue, entonces, el cuadro predominante en Cuba después de la zafra de 1970: una dependencia absoluta de la URSS y del campo socialista no solo en moneda suave, o del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), sino también en la capacidad para obtener las tan necesarias divisas.

Llegado a ese punto de su explicación, mi padre dijo estar convencido de que Cuba le costaba a la URSS, y al campo socialista, mucho más que un hijo bobo estudiando en el norte, que era una frase que usaban muchos cubanos de su generación para referirse a algo excesivamente caro. Pero nadie regala su dinero, y si a Castro lo mantenían era porque algo reportaba. ¿Cuál era, entonces, la utilidad de Cuba dentro del campo socialista y dentro de la geopolítica mundial? No había que ser muy despierto para darse cuenta de que esa utilidad solo podía ser ideológica y militar. A partir de ahí era posible hacer una predicción puntual: más temprano que tarde las tropas cubanas empezarían a hacer de las suyas por el mundo. Además...

Y fue después de ese además que mi padre dijo una de las frases que dieron origen a este libro. Y la soltó como si de dos más dos se tratara, o como si en realidad su construcción lógica, lejos de haber ido de lo general a lo particular, hubiera empezado a partir de un detalle que, al menos para él, fue muy revelador. Además, me dijo, el hecho de que el “Gordo” y el “Cabezón” fueran nombrados como ministros de la Pesca en Cuba, uno detrás del otro, solo podía tener una explicación posible: los soviéticos iban a mover grandes cantidades de tropas cubanas a través de los mares.

Yo sabía que el “Gordo” no era otro que Emilio Aragonés, y que el “Cabezón” era Isidoro Malmierca. Dos tipos con fuertes y viejos vínculos con la Inteligencia soviética. Dos agentes de Moscú que sabían de pesca lo mismo que de astrofísica, pero que de buenas a primeras eran ministros de ese

219

ramo y de malas a últimas Cuba empezaba a crear una enorme flota pesquera capaz de navegar a mar abierto con grandes barcos de arrastre, con frigoríficos y buques procesadores que se encontraban en medio de los océanos para trasvasar cargas, tripulaciones, correos e informaciones. Todo eso con el objetivo de abastecer de pescados a un país que solo careció de ese producto después del triunfo de la revolución.

Ese despliegue de gastos y tecnología era algo más que otro de los tantos desastres productivos del castrismo. Mover tropas a través de los mares es un negocio muy peligroso. Un barco cargado de hombres y pertrechos equivale, cuando se hunde, a varias batallas perdidas. Cuba había tenido la suerte de los principiantes cuando logró llevar tropas a Argelia sin sufrir ninguna pérdida durante el cruce del Atlántico. En aquel momento los estadounidenses estaban dormidos y subestimaron la capacidad de los cubanos, y de sus asesores hispano-soviéticos, para montar una operación de esa envergadura. Además de que fue una operación de un solo viaje y no de los tantos que se requieren para mantener un ejército al otro lado de un océano.

Mover tropas en barcos, a través de mares controlados por el enemigo, requiere de submarinos que protejan contra el ataque de otros submarinos y requiere, además, de una red de comunicaciones navales y de una flota de esos barcos de pesca que siempre aparecen cuando los submarinos se averían y tienen que salir a la superficie para ser remolcados. De esa forma, cualquier plan de desplazamiento de un ejército cubano a través del mar imponía la necesidad de crear, con mucha antelación, toda una flota de buques que sirvieran, según las circunstancias, con un doble propósito civil y militar.

Casualmente, y mientras Aragonés y Malmierca trabajaban en la creación de una flota cubana de pesca, ocurrió el incidente de la primera visita de los submarinos soviéticos a Cuba. Entre finales de 1969 e inicios de 1970 varias escuadras de submarinos soviéticos, algunos de ellos nucleares, visitaron el puerto de Cienfuegos, en la costa sur de Cuba. Esas visitas generaron un fuerte intercambio

diplomático entre los Estados Unidos y la URSS. Los estadounidenses se quejaron a Moscú de que la base de submarinos que los cubanos habían construido en ese puerto, y su ulterior utilización por la flota soviética, estaban en franca contradicción con los acuerdos tomados a raíz de la Crisis de los Misiles. Al final, y después de algunas negociaciones, la URSS accedió a retirar sus submarinos de Cuba.<sup>514</sup> La base de Cienfuegos, sin embargo, no fue desmantelada. Poco tiempo después fue utilizada para darles albergue a los flamantes submarinos que la URSS le regaló a Cuba.<sup>515</sup>

Y fue así como en 1975 —cuando a Fidel Castro se le ocurrió la soberana idea de enviar tropas a Angola— ya Cuba contaba con toda la infraestructura necesaria para hacer esos viajes sin perder un solo barco. Una infraestructura cuya pantalla civil había sido montada por dos viejos agentes de Moscú en La Habana. Una verdadera bendición que permitió que los barcos cubanos fueran escoltados por los mismos submarinos soviéticos que, ya desde 1969, habían empezado a navegar por el Caribe y el Atlántico Sur. Todo muy casual y soberano.

La historia de los submarinos no termina ahí. En 1982, y durante la Crisis de las Malvinas, el entonces secretario de Estado de la administración Reagan, el señor Alexander Haig, visitó la Argentina para intentar la búsqueda de una solución diplomática a ese conflicto. Durante esa visita el jefe de la Junta Militar argentina, el dictador Leopoldo Galtieri, le informó a Haig que el embajador de Cuba había regresado a Buenos Aires, después de un año de ausencia, para ofrecerle cualquier ayuda que necesitara. La oferta no solo era el apoyo diplomático de Moscú, sino que además incluía el ofrecimiento soviético de hundir barcos ingleses con submarinos.<sup>516</sup> Recientemente ha salido a la luz la grabación de esa conversación entre Galtieri y el embajador cubano.<sup>517</sup> En la misma se puede escuchar que la oferta fue hecha en nombre de Fidel Castro. Eso es algo que le quita fuerza, al menos en

220

apariciencia, a la idea de que el apoyo ofrecido fuera el de una superpotencia como la URSS. El problema con esa posibilidad es que un apoyo de Fidel Castro habría sido risible por una razón evidente: los submarinos que la URSS le había dado a Cuba no alcanzaban ni a hacerles cosquillas a los submarinos ingleses. Y es por eso que digo en apariencia, porque todo se explica cuando recordamos que el embajador de Cuba en la Argentina era un viejo agente de Moscú que respondía al nombre de Emilio Aragonés. De esa forma, lo que se presenta hoy como una decisión soberana de Cuba, o de Fidel Castro, no pasó de ser un recado de Moscú entregado por uno de sus agentes en La Habana.

Es importante entender que “soberanía” es una de las palabras sagradas del comunismo cubano; es uno de los términos que permiten explicar una buena parte del trabajo ideológico que el PCC desarrolló desde 1925. Hoy está claro que ese Partido fue fundado bajo los auspicios y el control de la URSS. Hoy se sabe que una buena parte de sus fundadores no fueron cubanos y que cada vez que esa organización tuvo que escoger entre el pueblo de Cuba y los dictados de Moscú la elección fue siempre bien soviética. Hoy también se sabe que durante décadas el PCC tuvo que enfrentar que sus opositores lo acusaran de ser, como en realidad fue, un instrumento de la geopolítica soviética. Para esconder esa realidad los comunistas cubanos recurrieron a un grupo de conceptos o ideas clave que sirvieron de base para sus campañas ideológicas y su agobiante propaganda.

Antes del triunfo de la revolución cubana esas palabras fueron “antiimperialismo”, “nacionalismo” e “internacionalismo”. La primera buscaba identificar a los Estados Unidos como el culpable de todos los males de la Cuba republicana. La segunda tenía como objetivo identificar a Cuba con su herencia hispana, ya fuera con la de aquellos españoles que habían perdido la guerra contra los Estados Unidos, y se quedaron a vivir en el país, o con la de unos vástagos que en muchos casos heredaron de sus padres un odio visceral hacia el gran vecino del norte. De esa forma, y en contra de los más elementales postulados marxistas, el PCC se las arregló para validar en Cuba la herencia de un país monárquico, agrario y semifeudal, como España, y no la pujanza industrial y el crecimiento de las fuerzas productivas que representaba un país como los Estados Unidos. Por último, y para contrarrestar de alguna forma su carácter de instrumento de la geopolítica soviética, se inventaron el concepto del internacionalismo proletario.

Después del triunfo de la revolución cubana los miembros del NCIS del PCC se cuidaron mucho de esconder la temprana influencia que Moscú tuvo en la misma. Para lograr eso, uno de los mecanismos que usaron fue hablar constantemente de la soberanía cubana frente a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, cada vez que tuvieron que tomar una decisión favorable a la URSS lo hicieron con mucho cuidado. Siempre se las arreglaron para hacerlo todo en secreto y para tener, en caso de que la verdad fuera develada, una serie de justificaciones que iban desde supuestos intereses nacionales de Cuba hasta aquellos principios morales e ideológicos que Fidel Castro invocaba cada vez que le convenía.

La Inteligencia soviética, por su lado, siempre supo que una buena parte de la utilidad de Fidel Castro, tanto dentro como fuera de Cuba, descansaba en la posibilidad de presentarlo como un líder fresco, viril y soberano. Fue por eso que desde el mismo triunfo de la revolución cubana las verdaderas relaciones entre el castrismo y la URSS siempre transitaban primero por los canales de la Inteligencia,

tanto soviética como del PCC, antes de llegar a los oídos de la CIA, de las burocracias de ambos países y del público general. Ese tránsito obligó a mantener en la más estricta oscuridad a los servicios de Inteligencia occidentales y a la mayor parte de los cuadros dirigentes de ambos países. Fue así como surgió un enorme grupo de burócratas occidentales, cubanos y soviéticos, que todavía hoy defienden la absurda idea del carácter soberano del castrismo.

A su vez, esas castas burocráticas que durante décadas fueron víctimas de la más estricta

221

desinformación, son las fuentes que hoy utilizan los historiadores occidentales afines al castrismo para escribir sus enjundiosos tratados sobre la grandeza e independencia de Fidel Castro. Estamos hablando, entonces, de un eficiente sistema de desinformación que terminó alimentándose a sí mismo y se convirtió, mediante las repeticiones totalitarias y sus ecos en los países democráticos, en una verdad aceptada. Un dogma que las élites liberales de las democracias occidentales repiten sin mucho sentido crítico y sin aceptar que al hacerlo ejercen, en otra de esas ironías de la Historia, el mismo desprecio por las visiones subalternas, o el mismo imperialismo cultural, que tanto les critican a las élites conservadoras.

Olvidan esas élites, con verdadera disciplina ideológica, el viejo adagio de que el que paga, manda. Y ya sabemos que en la Cuba posterior a 1970 los soviéticos empezaron a pagarlo casi todo. Si una enseñanza puede dejar el marxismo es que solo la realidad objetiva (riqueza y crecimiento económico) puede garantizar algo tan subjetivo como eso que llamamos soberanía. O sea, que solo los países ricos y prósperos disfrutaban de sus derechos soberanos; los otros, los pobres y dependientes, tienen que conformarse con la idea, o con la ideología, de serlo. Eso es algo que muchos ignoran: Cuba nunca tuvo los recursos necesarios para llevar a cabo grandes campañas militares fuera de su territorio. La cucaracha, sencillamente, nunca tuvo con qué sentarse.

Los historiadores occidentales pueden ignorar muchas cosas. A fin de cuentas, nuestros saberes siempre son una fracción infinitesimal de la realidad. Lo que sí parece exagerado es referirse a la historicidad de la revolución cubana solo cuando esta sustenta la idea de las decisiones soberanas. En el caso de la intervención cubana en Angola esa historicidad minimiza las decisiones similares que Fidel Castro tomó antes y después de decidir la participación de Cuba en ese conflicto. O sea, el hecho de que Fidel Castro también dijo que sí al envío de tropas cubanas a Siria, en 1973, y a Etiopía, en 1977.

En esos dos casos es difícil demostrar ese interés altruista que la propaganda del castrismo siempre esgrimió como una razón fundamental de su intervención en Angola. Siria nunca fue un país ni remotamente comunista. Lo que sí siempre fue, y todavía hoy lo sigue siendo, es una zona de influencia rusa. Enviar tropas y tanques cubanos a pelear contra los israelíes en las alturas del Golán era algo muy difícil de justificar bajo la bandera del internacionalismo proletario. Al mismo tiempo, y solo cinco años antes, los israelíes habían desarrollado en Cuba todo el plan de producción de cítricos de Jagüey Grande, en la provincia cubana de Matanzas. Un regalo mucho más valioso que todo lo que el régimen sirio había hecho por Cuba hasta esa fecha. A pesar de eso Fidel Castro tomó la soberana decisión de enviar tropas cubanas a Siria.

En el caso del conflicto entre Etiopía y Somalia la participación cubana es aún más difícil de justificar bajo las banderas del altruismo y del internacionalismo proletario. Esos dos países eran prosoviéticos y habían sido armados por Moscú. El conflicto, lejos de ser por diferencias ideológicas o geopolíticas, fue por una de esas tantas disputas fronterizas que el colonialismo dejó como herencia en África. Si en vez de apoyar al asesino de Mengistu Haile Mariam los soviéticos hubieran decidido apoyar al asesino de Mohamed Siad Barre los cubanos habrían terminado, bajo las flamantes banderas del internacionalismo y la soberanía nacional, defendiendo la ciudad de Jijiga y no tomándola bajo la genial conducción de Arnaldo Ochoa.

En el caso de Angola es justo reconocer que el castrismo pudo esconder mejor las verdaderas razones de la participación cubana en ese conflicto. Las fuertes raíces africanas en la nacionalidad cubana y los viejos vínculos del castrismo con Argelia, el Congo y Guinea Bissau, entre otros países de ese continente, permitieron crear el mito de la decisión soberana. Hicieron posible avanzar la versión de que el envío de tropas cubanas a ese conflicto fue decidido, de una forma personal e independiente, por

222

Fidel Castro. Esa leyenda fue inmediatamente diseminada por los servicios de medidas activas de la DGI y la KGB, así como por las ingenuas plumas de escritores como Gabriel García Márquez.

Una vez más, hay que reconocer que suena muy bonito eso de “Otro 5 de noviembre como aquél, en 1843, una esclava del ingenio Triunvirato de la región de Matanzas, a quien llamaban la Negra Carlota, se había alzado machete en mano al frente de una partida de esclavos, y había muerto en la rebelión.

Como homenaje a ella, la acción solidaria en Angola llevó su nombre: Operación Carlota”.<sup>518</sup>

Preciosa esa historia de espiral en ciclo dialéctico, y de brazos justicieros que se extienden a través de los siglos; muy linda, de verdad, pero es pura propaganda. Para demostrarlo están los tozudos hechos y

las inobjetable fechas. Entre las primeras, la de la visita de Leonid Brézhnev a Cuba, en enero de 1974. Y allá fuimos a recibirlo los estudiantes cubanos con banderitas y congas triunfales. Lo pasearon por todo el país, inauguró una escuela que todavía hoy se conoce como *La Lenin* y después se sentó a firmar acuerdos con Fidel Castro. El más importante decidieron hablarlo a *sottovoce* y fue el convenio que le dio carácter oficial a la reventa del petróleo soviético que ya el castrismo llevaba años haciendo, un arreglo que en muy poco tiempo, y contra toda lógica, convirtió a Cuba en un país exportador de petróleo.

Así lo reconoce el investigador Jorge Pérez-López cuando dice: “En 1977 las exportaciones cubanas de petróleo y sus derivados dieron un salto. Ese año Cuba exportó más de 900.000 toneladas métricas de petróleo y sus derivados. Una cifra cuatro veces mayor a la producción nacional de crudo (256.000 toneladas) y equivalente a casi el 10% de sus importaciones brutas. A partir de ese momento Cuba devino un importante reexportador del petróleo soviético y sus derivados”.<sup>519</sup>

A partir de 1974 la economía cubana estuvo muy bien pagada por la URSS. De esa forma Cuba contó con las condiciones mínimas para ejercer su derecho soberano de siempre decirles que sí a los soviéticos. Un derecho que ya había ejercido en Argelia, en 1961 y 1963; en Siria, en 1973, y que ejercería después en Angola, en 1975, y en Etiopía en 1977. Me pregunto si después de la publicación de este libro la historiografía oficial del castrismo no se sacará de la manga un documento de esos que ellos siempre ponen a mano de algún académico occidental para demostrar que Fidel Castro se negó, en un raptó de viril soberanía, a enviar tropas cubanas a Afganistán. Sería muy divertido leerlo.

En el caso de la intervención cubana en Angola hay que empezar por reconocer que todo empezó en Portugal, el 25 de abril de 1974, con el triunfo de la llamada Revolución de los Claveles. Fue a partir del derrocamiento del tirano Marcelo Caetano que surgieron las condiciones para la independencia de las colonias portuguesas. De esas colonias, la más rica, por sus yacimientos de petróleo y sus minas de diamantes, era Angola. Un país en el que ya habían colisionado los grandes intereses de la geopolítica y existían tres organizaciones —con padrinos internacionales— que se disputaban la supremacía de la lucha contra el colonialismo portugués.

1) El Frente Nacional para la Liberación de Angola (FLNA). Operaba hacia el noroeste del país, cerca de la frontera con Zaire y era dirigido por Holden Roberto. Contaba con el apoyo de Mobutu Sese Seko, presidente vitalicio de Zaire y cuñado de Roberto, así como de los chinos y de los sudafricanos. Su base poblacional era el grupo étnico Bakongo, que ese momento constituía el 15% de la población de Angola.<sup>520</sup>

2) Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA). Operaba hacia el sureste el país, cerca de la frontera con Zambia, y era dirigida por Jonas Savimbi. No contaba con apoyo constante de ningún gobierno extranjero y tomaba el dinero de quien estuviera dispuesto a dárselo, incluidos los chinos y los norcoreanos, de inicio, y los sudafricanos y los estadounidenses después. Su base

223 poblacional era el grupo étnico Ovimbundu, que en ese momento constituía el 37% de la población de Angola. Su verdadera fuerza radicaba en el extraordinario liderazgo guerrillero de Savimbi.

3) Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA). Operaba hacia la región norte del país, en los alrededores de Luanda, y era dirigido por Agostinho Neto. Su principal apoyo siempre había sido la URSS, pero con una marcada intermitencia. Su base poblacional era heterogénea, aunque Neto era parte del grupo étnico Mbundu, que en ese momento constituía el 25% de la población de Angola. De no haber sido por la decisión soviética de ayudarlos, es muy probable que no hubieran salido victoriosos de la guerra civil.

Cuando triunfó la Revolución de los Claveles las relaciones entre el MPLA y la URSS estaban en su punto más bajo. Durante muchos años Neto se había negado a tomar partido en el conflicto sinosoviético. Como consecuencia de eso, y de las escisiones dentro del MPLA, sobre todo las que ocurrieron entre los partidarios de Daniel Chipenda y del propio Neto, Moscú decidió enfriar un poco sus relaciones con esa organización. En 1974 esa situación cambió.

Ya en mayo de ese año el recién nombrado embajador de la URSS en Portugal, Arnold Kalinin, estaba haciendo declaraciones ante la prensa portuguesa para dejar bien claro que los últimos acontecimientos en Portugal, así como en Vietnam y Camboya, eran indicativos de un cambio de la correlación de fuerzas en favor del socialismo.<sup>521</sup> Casualmente, ese embajador acababa de dejar su plaza como “consejero” de la embajada soviética en Cuba y era, además, el mismo cuadro de Moscú que había sido recibido en La Habana, durante la visita de Anastas Mikoyan en 1960, por Isidoro Malmierca.<sup>522</sup> Eventualmente Kalinin sería embajador soviético en Luanda antes de volver a ser transferido hacia La Habana.

A la llegada del embajador soviético se sumó el hecho de que Álvaro Cunhal, secretario general del Partido Comunista Portugués y hombre de confianza de Moscú en Lisboa, pasó a formar parte del gobierno de coalición socialista que tomó el poder en Portugal. Cunhal, que siempre había sido el

padrino político de Agostinho Neto, enseguida urgió a los soviéticos a restablecer el envío de armas al MPLA. Y así fue como en diciembre de 1974, mucho antes de que Fidel Castro tomara su soberana decisión de enviar tropas cubanas a Angola, el Buró Político del PCUS decidió suministrarle armas pesadas y municiones al MPLA a través del Congo Brazzaville.<sup>523</sup> Al mismo tiempo, la KGB les ordenó a muchas de sus estaciones en África que enviaran agentes hacia Angola para obtener informaciones de primera mano.<sup>524</sup>

Aquí es importante detenerse para analizar lo que quizás haya sido el principal obstáculo que soviéticos y cubanos enfrentarían de inicio en Angola. Me refiero a las vías de acceso para la logística militar. Una dificultad que surgió a partir del Acuerdo de Alvor, el acto legal mediante el cual los portugueses le otorgaron la independencia a Angola e intentaron regular, además, el traspaso del poder hacia la facción que resultara vencedora en unos comicios que nunca llegaron a ocurrir. Como consecuencia del Acuerdo de Alvor se creó un Alto Comisionado Portugués que estaría en Luanda hasta octubre de 1975, y solo se retiraría de esa ciudad una vez que las elecciones hubieran sucedido.

Si se mira un mapa de Angola en aquel momento es fácil reconocer que el FNLA tenía sus fuentes de aprovisionamiento garantizadas a través de Zaire, mientras que la UNITA las tenía a través de las extensas fronteras del sureste de Angola con Zambia, el Congo y Namibia. El MPLA, sin embargo, estaba atrapado entre esos dos grupos rivales y no tenía, por estar ocupado por los portugueses, acceso al puerto de Luanda, que habría sido su vía más expedita para recibir la ayuda militar que tanto necesitaba. Como resultado de eso la URSS y Cuba podían tener barcos llenos de hombres y armas

224

listos para cruzar los mares, protegidos por submarinos y vigilados por pesqueros, pero no tenían dónde atracarlos.

Para resolver ese problema los soviéticos decidieron negociar con Marien Ngouabi, el mismo hombre que en 1966 se había opuesto a la presencia de los cubanos en el Congo Brazzaville, el mismo paracaidista entrenado por los franceses que había intentado derrocar a Massemba-Débat, en 1966, y no pudo lograrlo por culpa de los hombres de Jorge Risquet. Ngouabi tuvo que esperar hasta que los cubanos partieran para poder derrocar a Débat y convertirse en el hombre fuerte del Congo Brazzaville. De más está decir que, dadas sus relaciones anteriores con los cubanos, cualquier negociación con él tenía que correr por parte de Moscú. Y es por eso que en marzo de 1975 Ngouabi fue recibido con honores en la URSS, firmó tratados de asistencia mutua y le abrió sus puertas al apoyo soviético al MPLA. Un apoyo que llegaría al puerto de Punta Negra, en el Congo Brazzaville, de ahí pasaría a Cabinda y de esta a una Luanda que estaba, todavía está, muy cerca. Solo en septiembre de 1975 fue que Marien Ngouabi visitó Cuba. Y allá fuimos a recibirlo los estudiantes cubanos con banderitas y congas triunfales.

En mayo de 1975 Agostinho Neto se entrevistó en Brazzaville con Flavio Bravo. La historiografía oficial del castrismo siempre ha utilizado esa entrevista para marcar el inicio de la escalada cubana en la guerra civil angoleña. Es importante recordar que dado el carácter dual de la figura de Bravo resulta muy difícil establecer hasta qué punto esa entrevista con Neto fue de parte de los cubanos o de parte de los soviéticos. Estamos hablando de un viejo cuadro del PCC que mucho antes de conocer a Fidel Castro ya le había jurado lealtad absoluta al estalinismo, ya estaba marcado para convertirse en el delfín de Fabio Grobart y ya había iniciado la meteórica carrera que lo llevaría a estudiar en las mejores escuelas militares soviéticas.

A Neto lo mismo le daba que Bravo le hablara en nombre de los soviéticos, de los cubanos o del mismísimo diablo. Su situación era tan precaria que convertía en irrelevantes esos detalles. Ya para ese momento estaba claro que el FNLA de Holden Roberto tenía la ventaja militar de su parte porque China se había involucrado en el conflicto angoleño mucho antes que el resto de los países que después lo hicieron.<sup>525</sup> Ese involucramiento temprano hizo que el FNLA adquiriera una ventaja inicial que le permitió poner a las tropas del MPLA contra las cuerdas. Solo una ayuda masiva de los soviéticos y los cubanos podía detener a los chinos en Angola.

Poco tiempo después, y ya con la decisión tomada, entraron en escena los cubanos Carlos Cadelo y Raúl Díaz Argüelles. Esos cuadros del castrismo jugaron en el conflicto angoleño un papel similar al que desempeñaron “Papito” Serguera y Efigenio Ameijeiras en la operación argelina de 1963. Sirvieron de fachada cubana y fidelista para un cocinadito de los soviéticos y sus agentes en Cuba.

En junio de 1975 Cadelo se entrevistó con Agostinho Neto en Maputo, Mozambique. Después de esa entrevista Cadelo regresó a La Habana y ya en julio de ese año partió hacia Angola, vía Portugal, junto con el comandante Agustín Quintana y una maleta con cien mil dólares.<sup>526</sup> Al llegar a Lisboa recibieron un mensaje pidiéndole que esperaran por un grupo de cinco oficiales de alta graduación que harían el mismo viaje. Al frente de ese grupo iba Raúl Díaz Argüelles, un antiguo miembro del Directorio Revolucionario de José Antonio Echeverría.

Díaz Argüelles y sus hombres llegaron a Luanda el 3 de agosto de 1975, entregaron el dinero, se

informaron de la situación y regresaron a Cuba. Poco tiempo después, entre el 16 y el 20 de septiembre, zarparon del puerto del Mariel tres buques con 300 hombres y pertrechos militares en camino hacia el Congo Brazzaville. Mientras tanto, dos aviones Britania llevaron a los restantes 142 “instructores” cubanos hacia Angola. De toda esa fuerza inicial Fidel Castro decidió que más de la cuarta parte se

225

quedara en el enclave de Cabinda.<sup>527</sup> La lógica de esa decisión fue garantizar que los ricos yacimientos de petróleo de esa región no dejaran de ser parte de Angola.

Una vez más, los intereses de la geopolítica predominaron sobre la más elemental decencia. El enclave de Cabinda está ubicado geográfica y étnicamente en pleno territorio congolés. Su pertenencia a Angola era resultado de otras de las tantas barbaridades territoriales que los colonialistas europeos cometieron en África. Cualquier persona o grupo de personas que dijera luchar contra el colonialismo tenía que empezar por reconocer una verdad evidente: Angola no podía hacerle al Congo o a Cabinda lo mismo que los portugueses le habían hecho a Angola. A pesar de eso, las altruistas tropas cubanosoviéticas se ocuparon mucho, y desde el mismo inicio de la guerra civil angoleña, de que los ricos yacimientos de petróleo de Cabinda nunca dejaran de pertenecer a Angola.

En septiembre de 1975, con Luanda bajo asedio y con las tropas del MPLA a punto de ser derrotadas, Fidel Castro ordenó que más de la cuarta parte de sus hombres, lejos de ir a defender a Neto y a los suyos, se quedaran en Cabinda para garantizar que esta no cayera en manos de los congolese o, peor, de sus propios pobladores. De esa forma se creó una situación tan ridícula desde el punto de vista ideológico que la propaganda del castrismo siempre se cuidó mucho de ocultar: durante toda la guerra de Angola las tropas cubanas en Cabinda se dedicaron a proteger los intereses de la compañía petrolera estadounidense, la US Gulf Company, que explotaba esos yacimientos.<sup>528</sup>

Para minimizar las culpas de semejante situación el castrismo siempre reclamó el no haberse beneficiado nunca ni con una gota del petróleo angoleño. Eso es verdad, pero también lo es que a partir de 1970 Cuba se convirtió en un reexportador de petróleo soviético, y que ya para 1977 esas reexportaciones empezaron a dejarle al país ganancias que eventualmente serían similares o superiores a las que reportaba el petróleo de Cabinda. Todo eso sucedió de una forma muy causal, y en apariencia no relacionada que permite, al menos, asegurar lo siguiente: si Fidel Castro se dio cuenta, y cooperó, entonces fue un mercenario muy inteligente; y si no alcanzó a percatarse, entonces fue un mercenario muy tonto.

El 14 de octubre de 1975, mucho después de que los soviéticos y los cubanos ya tuvieran una fuerte presencia militar en Angola, Sudáfrica decidió intervenir en el conflicto. Mucho ha intentado la propaganda castrista vincular su intervención en esa guerra civil con la presencia sudafricana en la misma. Esa relación siempre permitió disfrazar los intereses de la geopolítica soviética, y los plegamientos cubanos a la misma, con la altruista imagen de una lucha contra el despreciable régimen del Apartheid. Una vez más, los tozudos hechos y las inobjetables fechas demuestran que la intervención sudafricana fue una respuesta errada a la ya fuerte presencia soviético-cubana en ese conflicto.

Como consecuencia de la entrada de Sudáfrica en el conflicto los chinos decidieron retirarse de Angola. La fuerte escalada militar soviético-cubana, la renuencia del Congreso de los Estados Unidos a intervenir en esa guerra, los problemas de la sucesión del poder en China y la entrada de los sudafricanos, hicieron que la vieja sabiduría asiática justificara una mirada más distante y paciente. De esa forma, lo que de inicio fue una de las tantas consecuencias del conflicto sino-soviético terminó siendo un enfrentamiento entre cubanos y sudafricanos.

El primer gran combate importante ocurrió a inicios de noviembre de 1975 en la planicie de Quifangondo, al norte de Luanda. Las tropas del FNLA y de Mobutu Sese Seko avanzaron apoyadas por la aviación sudafricana. La superioridad numérica y aérea los convenció de que en unas horas tomarían Luanda. En el camino se encontraron con que los cohetes-flecha suministrados por Moscú, y manejados por los cubanos, anularon a la aviación sudafricana. Siguieron avanzando y fueron recibidos

226

con un concierto de Katiuskas. Cuando las BM-21 terminaron de cantar las tropas de Zaire y del FNLA estaban completamente destruidas.

La amenaza del frente Norte había desaparecido y las tropas cubanas quedaron listas para desplazarse hacia el Sur y enfrentar a los sudafricanos. Esa pelea no fue tan fácil como la anterior; ambos bandos sufrieron pérdidas para las que no estaban preparados. Al final los sudafricanos, presionados por la opinión pública internacional y convencidos de que estaban enfrentando a un ejército profesional, decidieron retirarse y apostarle a la lucha irregular de la UNITA contra el MPLA. A partir de ese momento quedó claro que Neto dependía de las tropas cubanas para sobrevivir, y que la lucha sería larga y costosa. Cuba se había convertido en un instrumento militar de la geopolítica soviética.

Un mes después de la batalla de Quifangondo se celebró en La Habana el Primer Congreso del PCCcastrista.

La propuesta de la candidatura de Fidel Castro para primer secretario de esa organización corrió a cargo de Fabio Grobart. El simbolismo de ese acto pasó inadvertido para la inmensa mayoría de los cubanos y para casi todos, por no decir todos, los analistas internacionales. La candidatura de Fidel Castro no fue presentada por un cubano, no fue hecha por Blas Roca o por alguno de aquellos viejos comunistas que habían fundado el PCC en 1925, y todavía estaban vivos. En contra de las más elementales normas protocolares y negando la antigua tradición de pasar inadvertido, Fabio Grobart decidió que sería él quien depositaría en las manos de Fidel Castro la antorcha del comunismo prosoviético y estalinista.

En cincuenta años de lucha, el NCIS del PCC se las había arreglado para controlar el Partido, para utilizarlo como un escudo impenetrable y para hacer de él un instrumento de penetración de todos los estratos de la vida social, política y económica de Cuba. En medio siglo de estrategia Fabiana los comunistas cubanos habían aprendido a solo presentar batalla cuando esta no comprometiera la sobrevivencia de ese pequeño grupo de cuadros que trabajaron como hormigas, desde las sombras y sin reclamar protagonismos, para hacer avanzar eso que consideraban su causa.

Uno no puede menos que sentir una especie de triste admiración por esas mujeres y esos hombres que le dedicaron su vida a una causa perdida. Es una lástima que no les hubiera dado por desarrollar a Cuba económicamente. Una verdadera pena que nunca alcanzaran a entender que la esencia del marxismo es un criterio objetivo, llamado desarrollo de las fuerzas productivas, y no las tonterías semirreligiosas de la justicia social, del futuro luminoso y el hombre nuevo.

Al final, fue por culpa de esa incomprensión del marxismo que muchos de ellos alcanzaron a ver cómo desaparecía la Unión Soviética y cómo Cuba se sumía en la más humillante pobreza. De triunfo en triunfo, y de década en década, esos viejos comunistas lograron destruir los sueños de ellos mismos y de la revolución cubana: el democrático en el año 1960, el económico en 1970, el social en 1980 y el ideológico en 1990. Al final dejaron un país devastado.

Cuba pasó del monocultivo al cero-cultivo, de protestar por los intereses de los préstamos bancarios a vivir de las remesas, de luchar contra la prostitución a tener que aceptar el jineterismo, de una balanza migratoria positiva a miles de ahogados en el Estrecho de la Florida, de una pirámide poblacional sana a un país envejecido y con cada vez menos ciudadanos en edad productiva, de una patria unida bajo un mismo cielo a una diáspora de refugiados en las cuatro esquinas del mundo. Todo eso sucedió mientras la propaganda repetía, hasta el hastío, que la familia era la célula fundamental de la sociedad. Hoy, aunque pocos estén dispuestos a aceptarlo, o muchos se refugien en el consuelo de negarlo, es difícil encontrar a un cubano que no sea parte de una familia destrozada.

Montreal, 22 de diciembre de 2016

227

507. Castro, Raúl. Informe al Comité Central del Partido Comunista de Cuba (sobre las actividades de la microfacción), 24 de enero de 1968. *Punto Final*, suplemento a la edición N° 48, Santiago de Chile, 13 de febrero de 1968. Disponible en línea en: <[www.pf-memoriahistorica.org](http://www.pf-memoriahistorica.org)>.

508. *Ibidem*.

509. *Ibidem*.

510. Echevarría, Oscar A. “Cuba y el mercado internacional del azúcar”. Disponible en línea en: <[www.ascecuba.org/c/wpcontent/uploads/2014/09/v05-FILE30.pdf](http://www.ascecuba.org/c/wpcontent/uploads/2014/09/v05-FILE30.pdf)>. CIA. “Producción cubana de azúcar en 1967 y prospectos para 1968 y 1970”. Disponible en línea en:

<[www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC\\_0000109061.pdf](http://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0000109061.pdf)>.

511. Takasaki, Yoshiyuki. “Studies on Sugar-isomerizing Enzyme Production and Utilization of Glucose Isomerase from *Streptomyces* sp.”, *Agr. Biol. Chem.*, vol. 30, N° 12, p. 1247, 1966.

512. Ritter, A.R.M. “El problema de la deuda de Cuba en moneda convertible”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. XIII, N° 25, 1988, Tabla 1, p. 128.

513. Pérez-López, Jorge F. “Reexportación cubana de petróleo: significado y proyecciones”, *The Energy Journal*, vol. 8, N° 1, enero de 1987, p. 1.

514. Schoultz, Lars. *That Infernal Little Cuban Republic* [Esa infernal republiquita cubana], University of North Carolina Press, 2011, pp. 251-254.

515. Del Pino, Rafael. *Proa a la libertad*, Planeta, 1991, p. 269.

516. Freedman, Lawrence. *The Official History of the Falklands Campaign: War and diplomacy*, vol. 2, Psychology Press, Londres, 2005, p. 119.

517. Suárez, Michel. “Fidel Castro ofreció al dictador Leopoldo Galtieri hundir un barco británico”, *Diario de Cuba*, 2 de diciembre de 2014. Disponible en línea en: <[www.diariodecuba.com](http://www.diariodecuba.com)>.

518. García Márquez, Gabriel. “Operación Carlota: el papel de Cuba en la victoria de Angola”, *Boletín Tricontinental*, La Habana, 1977, N° 53, pp. 4-25.

519. Pérez-López, Jorge F. *Op. cit.*, pp. 24-25.

520. George, Edward. *The Cuban Intervention in Angola, 1965-1991*, Frank Cass, Nueva York, 2005, pp. 6-8.

521. “Soviet Ambassador Comments on v-e day, Portugal, Southeast Asia”, 8 de mayo de 1975. Disponible en línea en: <[wikileaks.org](http://wikileaks.org)>.

522. Malmierca, Isidoro. *Setenta años por Cuba*, Ediciones Octaedro, Barcelona, 2001, pp. 101-103.

523. Un dato hoy aceptado, que el propio Gleijeses reconoce en su libro *Conflicting Missions...* y enriquece, además, con citas de los archivos de la antigua Alemania Oriental (Piero Gleijeses. *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, The University of North Carolina Press, 2002, p. 244).

524. Andrew, Christopher M. y Vasili Mitrokhin. *The Mitrokhin Archive II: The KGB and the World*, Allen Lane, Londres, 2005, p. 450.

525. Legum, Colin. "The Soviet Union, China and the West in Southern Africa", *Foreign Affairs; an American Quarterly Review*, 54:4, julio de 1976, p. 745.

526. Piero Gleijeses. *Conflicting Missions...*, *op. cit.*, p. 254.

527. *Ibidem*.

528. Le Billon, Philippe. "Angola's Political Economy of War: The Role of Oil and Diamonds, 1975-2000", *African Affairs*, vol. 100, Nº 398, enero de 2001, pp. 55-80.

228

*El soviét caribeño* describe la historia de la Revolución Cubana a partir de las relaciones ocultas, y durante mucho tiempo subestimadas, entre los hermanos Fidel y Raúl Castro y el Partido Comunista de Cuba - Partido Socialista Popular (PCC-PSP). Para explicarlas, el autor —nacido en los albores del castrismo e hijo de militantes que combatieron la dictadura de Fulgencio Batista— revela aquí, con conocimiento de primera mano, las internas de la revolución. Se remonta a los orígenes del PCC-PSP y plantea —de forma inédita para la historiografía cubana— la coexistencia de dos organizaciones paralelas: un partido político de corte tradicional y un núcleo central de inteligencia soviética (NCIS). Las diferencias entre ambas dieron lugar a complejas controversias que terminaron siendo zanjadas por el ala soviética.

"Este es un libro necesario para comprender lo que sucedió en Cuba y lo que puede ocurrir cuando lo que se dice no es lo que se piensa."

Juan B. Yofre

229

CÉSAR REYNEL AGUILERA

(La Habana, 1963). Hijo de Thais Aguilera y César Antonio Gómez, combatientes de la lucha clandestina contra la tiranía de Fulgencio Batista, conoció personalmente a todos los miembros de la Revolución Cubana. Se graduó de médico en 1987, y en 1992 terminó un máster en bioquímica clínica. Trabajó durante diez años como investigador en los centros del llamado Polo Científico de La Habana y en la Universidad de Montreal, ciudad en la que reside desde 1995. En 2001 decidió dedicarse a escribir. Sus cuentos y artículos han sido publicados en *La Jornada Semanal*, *Revista Encuentro*, *Caleta* y *Replicante*. Es un asiduo colaborador en blogs sobre asuntos cubanos y autor de dos libros de ficción: *Monólogo de un tirano con Maquiavelo* y *Ruy*.

230

Aguilera, César Reynel

El soviét caribeño / César Reynel Aguilera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-627-829-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD 972.91

Foto: © Getty Images

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© 2018, César Reynel Aguilera

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-627-829-4

Conversión a formato digital: Libresque

231

## Índice

El soviét caribeño

Dedicatoria

A manera de prólogo (por Juan Bautista Yofre)

I. Diamantes para el hombre nuevo

II. “El Polaco”

III. El primer romano

IV. La montaña rusa

V. Perder y reír

VI. Matrioshkas

VII. De esbirros, espías y traidores

VIII. “El Caballo”

IX. Los mejores argivos

X. La gesta del desmerengamiento

XI. Amor a primera sombra

XII. Cartago

XIII. Nikita, matraca

XIV. El quinto mártir

XV. Tarzán de la Sierra

XVI. Razones de Angola

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

232

## **Table of Contents**

El soviet caribeño 2

Dedicatoria 4

A manera de prólogo (por Juan Bautista Yofre) 5

I. Diamantes para el hombre nuevo 7

II. “El Polaco” 15

III. El primer romano 23

IV. La montaña rusa 32

V. Perder y reír 42

VI. Matrioshkas 52

VII. De esbirros, espías y traidores 67

VIII. “El Caballo” 82

IX. Los mejores argivos 96

X. La gesta del desmerengamiento 108

XI. Amor a primera sombra 124

XII. Cartago 142

XIII. Nikita, matraca 156

XIV. El quinto mártir 171

XV. Tarzán de la Sierra 190

XVI. Razones de Angola 211

Sobre este libro 229

Sobre el autor 230

Créditos 231

233

